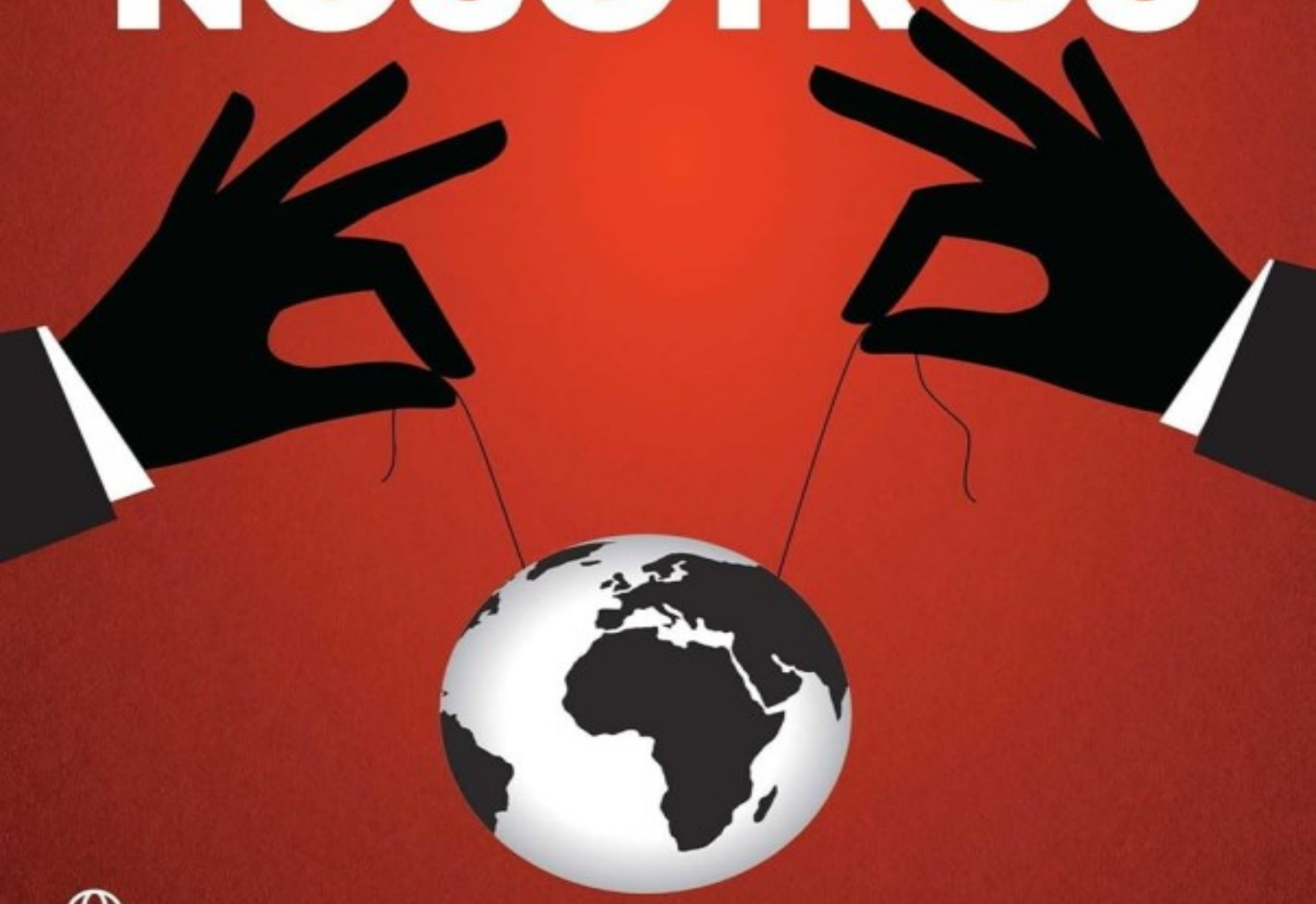
Lorenzo Ramírez

EL DIABLO ESTÁ ENTRE NOSOTROS



Lorenzo Ramírez

EL DIABLO ESTÁ ENTRE NOSOTROS

Los agentes del caos en el nuevo orden mundial

ÍNDICE

PREFACIO
1. EL NUEVO (DES)ORDEN MUNDIAL
   Orden *vs.* Caos
   Europa: una historia de «buenos» y «malos»
   El falso «fin de la historia»
   La utopía de la «desconexión» con China
   El fin del Estado nación
   Cambio en las estructuras del poder mundial
2. OBJETIVO: ALEMANIA
   Nord Stream 2: juegos de guerra en el Báltico
   Complicidad del Gobierno alemán
   Guerra energética
   El abrazo del oso
   Sanciones bumerán
   Navidades sangrientas
   «Un ejemplo de lo que no hay que hacer»
3. EL PECADO ORIGINAL
   Los «pequeños pasos» de Monnet
   La cáscara de huevo europea
   El banquero traidor
   «El libro rojo de la integración europea»
   Falsa filantropía
   Trampa financiera
   Dinero de sangre
   Schuman, el padre fundador
   La conspiración de la CECA, germen de la UE
   La CIA y el «Comité Americano para la Europa Unida»
4. FALSAS PROMESAS
   La traición de Gorbachov
   Yeltsin y el «trato con el diablo»
   El soborno atlantista

Matanza en Yugoslavia
El mayor error de la OTAN
El oscuro papel de los *straussianos*
La Doctrina Wolfowitz y el nuevo orden mundial
La oferta a Putin de la Casa Blanca
«Las revoluciones de colores»
Ingeniería social en Ucrania
El golpe del Maidán
Crimea, el Dombás y la guerra civil
Crear enemigos para justificar la existencia
5. EL NUEVO GRAN JUEGO
El «estado pivote» y la teoría del Heartland
La reinvención de Spykman: el *Rimland*
El CFR y la Comisión Trilateral
La crisis de 1973 y la irrupción de Brzezinski
La operación Carter
Eurasia en el gran tablero
Energía y control de los recursos
¿Otra guerra mundial?
6. LA SOGA VERDE
El «palo de hockey»
Manipulación y falso consenso científico
El «*Climategate*»
Guerra contra agricultores y ganaderos
Geólogos contra el dogma
La Agenda 2030 y el Club de Roma
El enemigo es la humanidad misma
El colapso inducido o la adaptación
7. DEUDOCRACIA PANDÉMICA
El secuestro del dinero
Rescates «estratégicos»
Una bomba de relojería
Creación sistemática de burbujas
El fin del patrón oro
¿Es posible la desdolarización global?

El pacto secreto con Arabia Saudí
El Godzilla bancario
La deudocracia europea
La trampa china
Nuevo Bretton Woods y guerras del capital
8. LOS AMOS DEL MUNDO
La criatura de la isla de Jekyll
La esterilidad de las elecciones
Jamie Dimon (JP Morgan), ganador de todas las crisis
Concentración bancaria y CBDC
Larry Fink, el poderoso jefe de BlackRock
La «élite de los billonarios»
Los alquimistas
La torre de Basilea y el Grupo de los Treinta
El ataque de los buitres
George Soros, el especulador que juega a ser Dios
El Gran Reinicio y los falsos filántropos
La secta transhumanista
9. MORDAZA DIGITAL
La injerencia extranjera
Censura, *fact checking* y democracia controlada
Palantir, el ojo que todo lo ve
La dictadura de la IA
Google y el Estado profundo
ID Digital, la marca de la Bestia
Pasaportes pandémicos
Inmigración y control biométrico
Renta básica universal
Elon Musk, un Iron Man de carne y hueso
EPÍLOGO

Para Cristina, Lorenzo y Cayetana.

Entonces el diablo lo llevó a un alto monte y le mostró en un instante todos los reinos del mundo. Sobre estos reinos y todo su esplendor —le dijo— te daré autoridad, porque a mí me ha sido entregada y puedo dársela a quien yo quiera. Así que, si me adoras, todo será tuyo.

EVANGELIO DE LUCAS 4: 5-7

Porque nuestra lucha no es contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes.

EPÍSTOLA A LOS EFESIOS 6:12

Prefacio

El hombre más peligroso para cualquier Gobierno es el que es capaz de pensar por sí mismo.

Henry Louis Mencken (1880-1956)[1]

Abandoné definitivamente la caverna mediática en el año 2018 por razones estrictamente morales, tras casi dos décadas de trabajo en diarios de papel y digitales, cadenas de televisión y radios dependientes de la publicidad institucional y corporativa. La ilusión con la que inicié mi andadura en la profesión periodística fue diluyéndose como un azucarillo en una taza de café caliente alejándome de aquel joven que confiaba en la capacidad del denominado cuarto poder para fiscalizar a quienes gobiernan el mundo. La falsa dicotomía entre izquierda y derecha, configurada en torno a trincheras ideológicas y mediáticas, había agotado mis fuerzas hasta acabar repudiando aquello a lo que había dedicado los mejores años de mi vida.

Este proceso vital coincidió con el traslado de mi residencia al sur de España por cuestiones familiares, lo cual me ayudó a cambiar de perspectiva mientras decidía cuáles serían mis próximos pasos profesionales. Solicité una plaza de profesor asociado en la Universidad de Málaga a pesar de que era consciente de que los procesos de selección se alargan en el tiempo y colaboré esporádicamente con algunos artículos e intervenciones puntuales en programas de radio. A los pocos meses, recibí una llamada del periodista e historiador César Vidal, con el que había trabajado en el pasado, y que se había exiliado a Estados Unidos, desde donde emitía un pódcast diario llamado *La Voz*. Su proyecto era totalmente independiente porque se financiaba exclusivamente con las aportaciones de los oyentes —lo cual se ha mantenido desde entonces—, y me ofreció dirigir un espacio de análisis de economía. Acepté sin dudarlo y volví a recuperar la ilusión perdida. Bautizamos

la sección con el título «Despegamos» y, por primera vez en mi periplo profesional, pude exponer los hechos y acontecimientos desde la absoluta honestidad intelectual, sin estar sujeto a la presión del banco, el ministerio o el Gobierno de turno. La gran acogida que tuvo el pódcast nos hizo crear un año después un programa semanal enfocado a la geopolítica, desvelando los hilos que mueven la agenda internacional, especialmente en lo referente al papel de los agentes globalistas, que promueven el caos para imponer su orden o, al menos, preservar el que impusieron después de la Segunda Guerra Mundial y apuntalaron en la década de los años setenta del pasado siglo.

La llegada de la pandemia y, sobre todo, la manipulación política y mediática de la misma, incrementaron notablemente las necesidades informativas de una sociedad que cada día era más consciente de que estaba siendo manipulada. Los confinamientos en el marco de «La Gran Reclusión», los criterios cambiantes en materia sanitaria, la expansión de las tecnologías asociadas al control poblacional y el uso del miedo constante para pastorear a los ciudadanos supusieron un punto de inflexión. Una parte de la población buscaba algo de luz entre tanta oscuridad y fue aprovechado por desinformadores sin escrúpulos para extraer una gran rentabilidad y crear más distorsiones cognitivas, aunque también permitió que profesionales sacrificados tuviéramos una atención mayor. Esta especie de despertar, similar al que se produce en los protagonistas de la película *Matrix*, recibió un nuevo impulso tras la entrada de Rusia en la guerra civil ucraniana, que mantenían desde 2014 las repúblicas del Dombás con el gobierno de Kiev. El relato maniqueo que nos presentaron en Occidente los laboratorios de ideas (*think tanks*), grupos de análisis internacionales y tertulianos afectados por el síndrome de Estocolmo hacía agua por todas partes en cuanto se aplicaba a los mensajes un mínimo de estudio con espíritu imparcial. En todos los estratos sociales empezó a calar la idea de que estábamos sufriendo un nuevo episodio de engaño masivo. ¿Hacia quién se dirigían realmente las sanciones? ¿Y si los enemigos más peligrosos no estaban fuera de nuestras fronteras? ¿Era posible que nuestros aliados internacionales fueran en realidad secuestradores a

los que agradecíamos que nos pusieran un plato de comida en la mesa, aunque después nos encerraran bajo llave? ¿Estábamos siendo víctimas de una operación psicológica dirigida a mantener el velo que no nos dejaba ver que el diablo estaba entre nosotros?

Estas cuestiones sembraron la duda incluso en una parte de las élites que no participan en este mecanismo de control. Algo se había roto en la configuración de la gran narrativa global. Era el verano del año 2022 y las posibilidades de alcanzar la paz en el este de Europa se habían alejado por la presión de la cúpula de la OTAN al Gobierno de Zelenski. El doctor Vidal y un servidor preparábamos los contenidos de una temporada que iba a ser de alto voltaje. El periodo estival fue frenético y cuando estábamos a punto de iniciar las emisiones en el mes de septiembre recibí la llamada de La Esfera de los Libros. Lo cierto es que me sorprendió comprobar hasta qué punto una gran editorial se interesaba por nuestro trabajo, y rápidamente fui consciente de su valentía para querer exponer determinados hechos que permanecían fuera del radar de la opinión pública, sobre todo en España, aunque fueran relevantes y absolutamente incontestables. Sin embargo, en aquel momento era demasiado pronto para poder presentar un marco conceptual profundo y, además, estaba preparando una serie sobre los atentados terroristas del 11 de marzo de 2004 de cara al vigésimo aniversario de la matanza. Acordamos, por lo tanto, plasmar primero el resultado de mis investigaciones sobre la masacre y dejar la cuestión del desorden geopolítico global para más adelante. Cuando *Las claves ocultas del 11M* vio la luz en la primavera de 2024, el archivo documental del libro que tiene ahora el lector en sus manos estaba prácticamente realizado y fue entonces cuando comencé a elaborar un hilo conductor que diera forma a la obra. Uno de los aspectos en los que más he querido incidir es en acudir a fuentes precisas y abundantes, que se plasman en casi quinientas notas a pie de página que pueden consultarse al final del volumen. Evidentemente hay opinión y análisis en este trabajo, pero sobre todo se trata de una exposición de declaraciones, hechos históricos, documentos y acontecimientos concretos y comprobables que,

lamentablemente, permanecen al margen del conocimiento del gran público.

Siempre me ha maravillado la figura del «Emboscado» (y su evolución, el «Anarca»), creadas por Ernst Jünger, que fue uno de los escritores alemanes y cronistas europeos más destacados del siglo XX debido a su capacidad analítica, larga vida y a los acontecimientos que le tocó vivir. Un autor tan criticado como incomprendido por su independencia intelectual, que en sus ensayos y novelas describió estas dos figuras como un grito de libertad en una era de miedo, catástrofes y tiranía. Una obra en la que sugiere que la capacidad de los seres humanos para salir del engaño universal no está en la huida o en la mera oposición, sino en la confrontación interna y la conexión con las fuentes primordiales del Ser, haciendo de la «emboscadura» un espacio de acción para minorías que aspiran a una forma de existencia auténtica en tiempos turbulentos. Como expone de forma brillante el autor español Raúl Andrés Pérez, los textos de Jünger «van dirigidos al hombre que vive en un mundo en el que han caído los referentes morales y donde imperan la incertidumbre y el derrotismo, frente al poder aparentemente omnímodo de las nuevas formaciones políticas y técnicas. El Estado utiliza los sentimientos básicos del miedo a la muerte y el odio al disidente para anular cualquier veleidad de resistencia. A esto se añade que, mediante el refinamiento de los métodos de vigilancia, se fomenta la sensación de control ilimitado que anula la privacidad y la libertad de los ciudadanos».[2] Un enfoque que muestra la capacidad del autor alemán para anticipar cómo sería la sociedad de principios de siglo XXI.

Para luchar contra esta ofensiva de los agentes del caos es necesario tener una posición proactiva, lo cual no implica entrar en confrontación directa —ni mucho menos violenta– contra los poderes establecidos, sino que requiere una transformación interior. Desde las élites se nos intenta convencer de que esta labor solo está al alcance de unos pocos, pero esto es otro ejemplo de manipulación mental. Como señalaba Jünger, «cuando hablamos de la persona singular estamos refiriéndonos al ser humano, al hombre tal cual,

pero desprovisto del regusto añadido que esa palabra ha ido adquiriendo en el transcurso de los dos últimos siglos. Estamos refiriéndonos a la persona libre, tal como fue creada por Dios. Ese hombre no representa una excepción, no es una minoría selecta. Antes, al contrario, se halla oculto en el interior de todos y cada uno de nosotros; las diferencias que aquí aparecen son únicamente el resultado de la diferencia de grado en que el ser humano haya sido capaz de hacer realidad la libertad que le ha sido otorgada. Para eso es preciso prestarle ayuda, y se le ha de prestar con el pensamiento, con el conocimiento, con la amistad, con el amor».[3] Todos llevamos la semilla, pero hay que plantarla, regarla y cuidarla de los cuervos que acechan en el horizonte.

Esta actitud vital es, si cabe, más difícil en un contexto de emergencia permanente. Los plutócratas modernos emplean todos los recursos que tienen a su disposición para crear una situación de terror continua, algo sobre lo que también advertía el autor alemán al manifestar la necesidad de tener la cabeza fría y no caer en las garras de aquellos que nos quieren sacar del difícil equilibrio en el cual debemos situarnos: «En nuestra situación actual estamos obligados a contar con la catástrofe; para que no nos sorprenda de improviso por la noche, debemos seguir pensando en ella también mientras dormimos. Solo de ese modo conseguiremos tener unas reservas de seguridad que hagan posible el actuar de forma razonable. Cuando se disfruta de total seguridad, el pensamiento se limita a jugar con la catástrofe; la incluye en sus planes como un factor que es poco probable, y la cobertura que frente a ella adopta se reduce a unas pequeñas medidas de seguridad. En nuestros días las cosas ocurren al revés. Tenemos que dedicar a la catástrofe casi todo el capital, precisamente para mantener franco el camino del medio, un camino que se ha vuelto tan estrecho como el filo de un cuchillo».[4]

Otra visión profética que define a la perfección los tiempos actuales, en los que se pueden lanzar soflamas defendiendo que la Tierra es plana, que las antenas de telecomunicaciones sirven para controlarnos como si fuéramos los personajes de un videojuego, que

nos fumigan para que enfermemos y seamos más manejables, que las farmacéuticas introducen *nanobots* en los compuestos que nos inoculan y, en definitiva, todo un conjunto de estrambóticas afirmaciones que, a pesar de no soportar el mínimo contraste científico, son difundidas sin cortapisas en las redes sociales sin que preocupen a los promotores de un engendro que los autores Michael Shellenberger y Matt Taibbi denominan el «Complejo Industrial de la Censura», formado por un conjunto de agencias gubernamentales, ONG y las empresas privadas más poderosas del mundo que trabajan juntas para silenciar la disidencia.[5] Pero solo a quienes intentan no abandonar el camino del medio sin dejarse llevar por los cantos de sirena de los oficialistas, por un lado, y de los desinformadores profesionales, por otro, en los cuales hay dos grupos diferenciados: los que cobran una remuneración por ello y los subyugados por la locura colectiva del momento, cuyos argumentos, aunque no siempre sean conscientes, han sido fabricados en los departamentos de ingeniería social de los agentes del caos.

Hace varios años un miembro de la comunidad de inteligencia española me explicó el proceso psicológico que sirve de sustrato a este tipo de prácticas de desinformación profesional, que aprovecha la falta de conocimiento de sus difusores involuntarios y la viralidad que proporcionan los nuevos sistemas de comunicación: «En las sociedades es necesario establecer vías de escape mentales para que el sistema de control pueda mantenerse en el tiempo, ya que las personas, más tarde o más temprano, se dan cuenta de que hay demasiados elementos que no cuadran en la mayoría de las versiones oficiales. Del mismo modo que sucede con una olla a presión, que necesita que salga el aire caliente por la espita para evitar que se produzca una explosión, es imprescindible abrir vías que pongan en duda las narrativas del *establishment*, pero solo aquellas que tengan poco sustento real. Los críticos que advierten sobre las verdaderas realidades que se quieren ocultar son perseguidos, pero a los que dan alas a las teorías más dementes se les permite campar a sus anchas».

Un ejemplo de ello es el proyecto ELISA, programa del Centro Nacional de Inteligencia español que consiste en una caza de brujas modernas para limitar el alcance de las críticas contra la agenda globalista. Se puso en marcha en abril de 2020, coincidiendo con el inicio de los confinamientos por la pandemia, como un observatorio digital dentro del laboratorio para el análisis de la desinformación. Una presentación oficial interna, en la que se hizo un diagnóstico de los primeros cinco meses de funcionamiento, establecía que su misión real era acabar con las «narrativas antiglobalistas», porque «tienen una marcada naturaleza antisistema contraria a las instituciones democráticas». Esto es una gran manipulación, ya que no hay nada más antidemocrático que la promoción del globalismo que persigue, precisamente, la destrucción de lo que queda de las democracias occidentales y acabar con las soberanías nacionales, para entregar la gestión a una serie de tecnócratas que se sientan en consejos de administración de multinacionales y en organismos supranacionales para determinar el rumbo de las sociedades.[6] Por denunciar estos hechos, un servidor de ustedes está en esta lista negra mientras otros son invitados a platós de televisión a vender su mercancía averiada.[7]

Es fundamental ser precisos, porque existe un evidente intento de confundir a la opinión pública sobre el significado real de «globalismo», que suele difuminarse de forma deliberada con el de «globalización», a pesar de que se trata de dos conceptos antagónicos. El globalismo es una política supranacional implantada por burócratas que trabajan en despachos gubernamentales, consultoras internacionales y grandes corporaciones que consideran el mundo entero como una esfera propicia para su influencia política y que tiene como objetivo controlar el proceso de la globalización, el cual surge de las necesidades de los pueblos de establecer relaciones comerciales y sociales para elevar sus estándares de vida, gracias en buena medida al desarrollo de las redes de transporte y la extensión de las tecnologías de comunicación a lo largo y ancho del globo. El profesor alemán Thorsten Polleit lo explica de esta forma: «El objetivo del globalismo es determinar, dirigir y controlar todas las

relaciones entre los ciudadanos de varios continentes por medio de intervenciones y decretos autoritarios. Ese es el argumento central del globalismo: lidiar con los problemas cada vez más complejos de este mundo (…) mediante un proceso centralizado de toma de decisiones, a nivel mundial. Consecuentemente, las leyes sociales, laborales y reglamentaciones económicas deben ser armonizadas alrededor del mundo por un cuerpo burocrático supranacional, con la imposición de legislaciones sociales uniformes y políticas específicas para cada sector de la económica de cada país. El Estado-Nación —en la condición de representante soberano del pueblo— se tornó obsoleto y debe ser sustituido por un poder político transnacional, globalmente activo e inmune a los deseos de los gobernados».[8]

La Unión Europea es la muestra más evidente de esta agenda y desde su génesis ha sido el proyecto piloto del globalismo, como vamos a ver más adelante. Los jerarcas de la Comisión Europea combaten con sus actuaciones la identidad de los países del club comunitario mediante programas políticos, económicos y de intervención social, como la Agenda 2030 y las regulaciones que emanan de esta iniciativa global, para moldear a los habitantes del primer mundo que se han convertido en una rémora para el desarrollo de los pueblos. Como apunta el profesor Miguel Antxo Bastos: «La gente confunde el mercado común, que es una buena idea, con la Unión Europea, que es una superestructura política por encima que regula, dirige y gobierna las economías de los países. Y eso es lo que no puede ser, y es lo que está ahogando a Europa. De hecho, está estancada del todo, prácticamente no hay innovación, existe un declive demográfico tremendo, hay una paralización económica total. Llevamos 20 años estancados con respecto al resto del mundo».[9] De eso trata el proceso geopolítico que algunos denominan Nuevo Orden Mundial, término que en esta obra rebautizamos como Nuevo Desorden Global promovido por los agentes del caos que aspiran a aplicar un orden coactivo eminentemente liberticida.

Esto no implica que exista un grupo concreto de personas con grandes recursos que dirija el mundo desde las sombras sentados

alrededor de una gran mesa con un mapamundi de colores. El mecanismo de control incorpora diferentes clanes, intereses, capitales y objetivos, en una lucha entre pastores para decidir a qué redil deben ir las ovejas. Normalmente se ponen de acuerdo en la necesidad de ir del punto A al B, pero no en el camino a seguir, una ruta que nunca es directa y que se estructura como una gran malla o tela de araña que permita modificar el rumbo cuando la situación lo requiera. En numerosas ocasiones los promotores de esta agenda chocan por tener intereses antagónicos, pero en lo esencial se ponen de acuerdo: la homogeneización de los pueblos, la asunción de un sistema económico corrupto, la destrucción de los pilares sobre los que se han edificado las sociedades (con especial énfasis en la desestructuración de la familia) y el control global de los disidentes mediante un uso intrusivo de las herramientas tecnológicas. El propio Jünger ya anticipó la llegada de esta ofensiva de las élites, que él denominaba como los «titanes», a los cuales solo se puede plantar cara si conocemos su existencia: «Y entonces se hunden en el polvo las dictaduras. Aquí es donde se hallan las reservas, apenas explotadas todavía, de nuestro tiempo, y no solo del nuestro. Esa libertad es el tema de la historia como tal y es lo que la deslinda, por un lado, frente a los reinos de los demonios y, por el otro, frente al acontecer meramente zoológico. Esto se halla prefigurado en el mito y en las religiones y es algo que retorna siempre; los Gigantes y los Titanes aparecen siempre con la misma prepotencia. Y, sin embargo, ya ha habido casos en los cuales ha bastado la piedra lanzada por la honda de un pastor o la bandera empuñada por la mano de una doncella o una ballesta capaz de disparar flechas (…). El auténtico problema está, más bien, en que una gran mayoría no quiere la libertad y aún le tiene miedo. Para llegar a ser libre hay que ser libre, pues la libertad es existencia; la libertad es ante todo la concordancia consciente con la existencia y es el placer, sentido como destino, de hacerla realidad. Entonces es libre el ser humano y a partir de tal instante, así como las grandes masas de la roca primitiva producen cristales con la presión que ejercen, así este mundo que está lleno de coacciones y de medios

de coaccionar habrá de servir para poner de manifiesto la libertad en su entero esplendor».[10] Difícil expresar tanto con menos palabras.

Otra idea clave es que las dictaduras —permanezcan ocultas o estén a la vista de todos— solo pueden mantenerse con una cierta aclamación popular. Las masas son guiadas para que demonicen a todos los que cuestionen el sistema de control, en un sistema perverso que, paradójicamente, permite que libros como este puedan ver la luz. Como exponíamos anteriormente con la teoría de la olla a presión, «se necesita un pequeño porcentaje de disidencia que legitime la ficción de permitir la decisión libre de los súbditos —explica Raúl Andrés Pérez—, ese enemigo del pueblo que se convierte en el blanco del odio y la justificación del terror, lo cual sería imposible en un escenario de unanimidad. Al mismo tiempo, la propaganda se encarga de hacer creer a los rebeldes que se encuentran en soledad, frente al número y la superioridad moral de los buenos ciudadanos».[11] Un mecanismo de manipulación del pensamiento que las élites llevan décadas desarrollando a golpes, como un martillo que forja el acero en un yunque. Pandemias, fraudes electorales, guerras a la carta, terrorismo de falsa bandera, catástrofes naturales…, todos ellos elementos que están sirviendo a las grandes tecnológicas para, en colaboración con los estados profundos de los países occidentales, ir realizando experimentos sociales con los que modelar discursos y perfeccionar mecanismos para encontrar a los versos sueltos que no solo no creen las versiones oficiales, sino que tampoco se tragan las alternativas difundidas por las cloacas del sistema.

Siguiendo la línea argumental del ya fallecido Israel Shahak, autor judío perseguido por su propio pueblo por denunciar las actuaciones del movimiento sionista, este libro aspira a cumplir con la función esencial del cronista, «cuyo deber, por el bien del pasado y del futuro, es buscar, encontrar, defender y conseguir la aceptación de aquellas verdades históricas que superarán la prueba del tiempo, independientemente de consideraciones de conveniencia política que puedan elevarse a la categoría de dogma universal con el apoyo de los medios de comunicación de masas y la ayuda de los medios de

control gubernamentales. La adhesión ciega a conclusiones políticamente motivadas y la ocultación de documentos históricos esenciales nunca podrán ayudar a alcanzar esa objetividad indispensable para la búsqueda de la paz y la pervivencia de la humanidad. El mundo actual no puede permitirse tolerar mentiras históricas».[12]

Vivimos un momento de cambio de paradigma, en una especie de parto que viene acompañado de sangre y dolor. La pandemia, la religión climática, la guerra de Ucrania, la reconfiguración de Oriente Medio y la pugna entre Estados Unidos y China por el trono de la hegemonía mundial está provocando una crisis sistémica en la cual el continente europeo es el gran perdedor al verse reducido su peso estratégico en Occidente, un proceso que ha sido, hasta cierto punto, permitido —y en no pocos casos provocado— por las acciones de aquellos gobernantes que, en teoría, son los responsables de garantizar la supervivencia de un modelo político y económico que ahora toca a su fin.

El viaje que ahora vamos a iniciar aspira a aportar luz sobre una serie de procesos económicos y geopolíticos que se intentan manipular desde los órganos de toma de poder para configurar un relato falaz, maniqueo, basado en una supuesta lucha de las sociedades libres contra los países totalitarios. En realidad, las fronteras ideológicas se borran cuando estudiamos a fondo las estructuras del sistema occidental, que están más cerca de organizarse en torno a una plutocracia extractora de rentas que en existir como verdaderas democracias. Antes de ver la paja en el ojo ajeno debemos quitarnos la viga del propio con un análisis riguroso del contexto geopolítico de nuestros días, para poder así detectar los riesgos y oportunidades de cara al futuro. Como decía Kevin Spacey en la película *Sospechosos habituales*,[13] recuperando el viejo aforismo, el mejor truco del diablo ha sido convencer al mundo de que no existe, porque entonces puede actuar con total impunidad. Sobre todo, si está entre nosotros…

[1] «The most dangerous man, to any government, is the sort of man who is able to think things out for himself, without regard to the prevailing superstitions and taboos. Almost inevitably he comes to the conclusion that the government he lives under is imperfect, and so he tries to change it. Nine times out of ten, of course, he is wrong. That is to say, the kind of government he thus unlawfully inclines to is probably just as bad as the kind he proposes to supplant», George Jean Nathan; Henry Louis Mencken, «Répétition générale», *The Smart Set*, 60 (4), 1919, p. 71.

[2] Raúl Andrés Pérez, *Ernst Jünger y la Emboscadura*, Editorial Manuscritos, Aranjuez (Madrid), 2022.

[3] Ernst Jünger, *La Emboscadura*, Tusquets, Barcelona, 2023, (editado originalmente en lengua alemana en 1951).

[4] *Ibid.*

[5] Estos dos autores, junto a los periodistas Rupa Subramanya y Craig Aaron, fueron invitados a una sesión del Comité de la Cámara de Representantes de los Estados Unidos sobre el Poder Judicial en el que explicaron los peligros derivados del poder de lo que denominan *The Censorship-Industrial Complex*. La sesión está disponible en la web de la organización. https://judiciary.house.gov/committee-activity/hearings/censorship-industrial-complex

[6] ELISA es una herramienta del departamento de ciberseguridad del centro criptológico nacional, organismo a su vez dependiente del Ministerio de Defensa español y que, en teoría, es el organismo responsable de garantizar la seguridad de los servicios de tecnologías de la información y comunicaciones en las diferentes entidades de la Administración Pública, así como la seguridad de los sistemas que procesan, almacenan o transmiten información clasificada. Este organismo fue creado en el año 2004 por el Centro Nacional de Inteligencia (CNI) que es quien en realidad lo controla. Se puede consultar el informe al que se hace referencia en el texto en https://www.redgealc.org/site/assets/files/12294/ccn-cert_elisa_12-20.pdf

[7] Lorenzo Ramírez y César Vidal, «Caza al disidente: Servicios de inteligencia eliminan el discurso antiglobalista», *Cesarvidal.tv*, 16 de septiembre de 2023.

[8] Thorsten Polleit, «La diferencia básica entre globalismo y globalización económica», *Centro Mises*, 10 de noviembre de 2017.

[9] Post publicado en X el 2 de marzo de 2024. https://x.com/Bastos_Quotes/status/1763933837870919866

[10] Ernst Jünger, *La Emboscadura… op. cit.*

[11] Raúl Andrés Pérez, *Ernst Jünger y…, op. cit.*

[12] Israel Shahak, *Historia judía, religión judía. El peso de tres mil años*, A. Machado Libros, Madrid, 2002.

[13] Bryan Singer, *Sospechosos habituales*, Polygram/Spelling Firms, 1995.

1.

EL NUEVO (DES)ORDEN MUNDIAL

> *Introduce un poco de anarquía, altera el orden establecido y todo se convierte en caos. Soy un agente del caos. ¿Y sabes lo que sucede con el caos? Que es justo*.
>
> El Joker[1]

El flamante vicepresidente de Estados Unidos, J. D. Vance, terminaba de preparar el equipaje para su gira europea, consciente de que la tarea que le había encomendado el nuevo inquilino de la Casa Blanca, Donald Trump, iba a provocar un terremoto de proporciones bíblicas en el seno de la Unión Europea (UE). Con la toma de posesión aún fresca en el recuerdo —tan solo habían transcurrido unas pocas semanas—, el político, escritor y empresario, uno de los más jóvenes en ocupar el cargo, realizaba las últimas correcciones de un discurso destinado a trasladar a los socios (o súbditos) de la Alianza Atlántica que un nuevo *sheriff* había llegado a la ciudad para poner patas arriba el *statu quo* y redefinir los acuerdos económicos y de seguridad que habían determinado las relaciones occidentales en las últimas décadas.

La parada en París para participar en una cumbre europea sobre inteligencia artificial sería solo el aperitivo de un revolucionario menú que presentaría a los prebostes europeos en la Conferencia de Múnich, durante un fin de semana de febrero de 2025, que será recordado durante mucho tiempo por los burócratas de Bruselas. Un encuentro internacional en el que los analistas constataron, con no poca sorpresa, la llegada de un cambio de paradigma, al escuchar cómo Vance aplicaba, en el fondo y en la forma, una especie de *electroshock* a una Europa moribunda, a la que el vicepresidente norteamericano puso frente al espejo que reflejaba los pecados que habían llevado al Viejo Continente a la irrelevancia internacional, la crisis económica recurrente y la destrucción de los pilares sociales

dirigidos por una casta política que, de tanto plegarse a los intereses de las élites de la esfera anglosajona, se les había puesto la lengua de trapo y habían perdido la movilidad de sus miembros.

Los líderes allí presentes —algunos de ellos no elegidos democráticamente, como los integrantes de la Comisión Europea (CE)— no fueron capaces de articular palabra cuando se dieron cuenta de que su *amigo americano*, al menos con la nueva Administración Trump, no solo les retiraba el respaldo político o ideológico, sino que encima les quería obligar a pagar los platos rotos de la guerra ucraniana, en un saqueo de recursos planeado cuando todavía estaban calientes los cadáveres de los soldados llevados a la muerte por unos políticos que siempre, en todo tiempo y lugar, han situado sus ansias de poder por encima de las necesidades de sus gobernados. Pocos meses después, la humillación se confirmaría con la firma de un acuerdo comercial, refrendado en la Casa Blanca, tras el cual la representante europea, Ursula von der Leyen, tuvo que soportar estoicamente los ataques verbales del presidente retransmitidos en directo durante uno de los tradicionales circos mediáticos que tanto le gustan a Donald Trump.

El gran elefante en la habitación, que casi nadie quiso mencionar cuando hizo referencia a estos dos rapapolvos históricos, es que buena parte de esos errores que Vance y Trump achacaron a los burócratas europeos tienen su origen, precisamente, en acciones protagonizadas por los gobiernos norteamericanos de ambos lados del espectro político, que cada cierto tiempo presentan en sociedad un nuevo orden mundial que siempre emana de los despachos de Washington sin que los europeos tengan mucho que decir al respecto. Una de las últimas grandes ocasiones en las que se lanzó este mensaje fue a finales de enero del año 1991, durante el mandato de George Bush padre, cuando en aquel famoso debate sobre el estado de la Unión dijo: «Lo que está en juego es más que un pequeño país; es una gran idea: un nuevo orden mundial, donde diversas naciones se unen en una causa común para lograr las aspiraciones universales de la humanidad: paz y seguridad, libertad

y el Estado de derecho. Tal es un mundo digno de nuestra lucha y digno del futuro de nuestros hijos».[2]

Esta idea fundamental es la que siempre, con algunas modificaciones, se expone cuando se pretende defender un sistema de relaciones internacionales basado en la existencia de un supuesto faro de la democracia estadounidense creado por Dios Todopoderoso para iluminar al resto de las naciones y permitirles llegar a buen puerto, «cómo estrellas que en su brillante diversidad generan mil puntos de luz sobre un cielo amplio y pacífico».[3] Un modelo que, a pesar la grandilocuencia de su presentación, esconde una forma bastante antidemocrática e imperialista de plantear el orden global.

Uno de los elementos que caracteriza a los seres humanos es la necesidad que tenemos de concebir la realidad y potenciar el concepto de orden frente a un caos que no somos capaces de manejar. A lo largo de los tiempos, las diferentes escuelas filosóficas han estudiado este patrón que, en no pocas ocasiones, deriva en un ansia de control de carácter patológico que en nuestra sociedad actual llena las consultas de los psicólogos, incrementa las ventas de libros de autoayuda y dispara el consumo de ansiolíticos, con o sin receta. Pero más allá de ciertas enfermedades y trampas de la mente, cuyo origen y tratamientos debemos gestionar con especialistas, es indudable que todos necesitamos una cierta seguridad que reduzca en la medida de lo posible la «incertidumbre inerradicable»[4] inherente a la propia existencia. Reclamamos que nuestro entorno, en una u otra medida, sea regular y previsible, para sentir que disponemos de un cierto dominio sobre las causas y consecuencias de nuestros actos. Vivir en lo que hoy en día se denomina la «zona de confort» permite creer en la ilusión de que podemos predecir los acontecimientos y así evitar el terror que implica la incertidumbre. Lo que no podemos prever nos asusta porque lo percibimos como una amenaza. Un mecanismo de autodefensa que también tiene su lado oscuro, ya que actúa como un germen que alimenta la falta de capacidad que tienen muchas personas para asumir el cambio como un factor inherente a la vida. E incluso para poder apreciar en el caos cierta belleza.

Orden *vs.* Caos

Sin embargo, este atributo, que *a priori* nos puede parecer que compartimos la especie humana, no es homogéneo en todo el planeta. En realidad, se ha desarrollado de una forma específica en la civilización occidental debido a los pilares sobre los que hemos edificado nuestro sistema de pensamiento. Los grandes padres de la filosofía griega y su búsqueda desesperada del Orden (con mayúsculas) frente al Caos inicial han influido de una manera determinante en el modo en el que concebimos el mundo en general y las relaciones internacionales en particular. Fue el poeta Hesíodo quien recogió este concepto de la tradición oral que posteriormente Platón y Aristóteles emplearían para sentar una base filosófica que sería revivida varios siglos después, gracias en buena medida al auge renacentista. Los teóricos de la Revolución francesa elevaron a la diosa Razón a los altares para que guiara a la sociedad en el tránsito del diseño inteligente de factura sobrenatural a un *statu quo* en el que la mente humana descifrara en exclusiva las claves de un orden universal, una vez descubiertas las leyes de la materia y la energía que configuran la realidad. Desde este punto de vista, la sociedad sustituiría al ente divino como el motor de la creación que funcionaría con la precisión de un reloj.

Es en este caldo de cultivo donde se nutrirían los ingenieros sociales que, bajo una premisa teóricamente racional, serían los responsables de sembrar el caos con episodios revolucionarios, políticas imperiales, colonizaciones en serie y regímenes totalitarios que demostrarían una capacidad de destrucción sin precedentes. Como bien apuntaba el abogado e investigador David Coll, «las guerras mundiales que han asolado nuestro siglo no han sido más que el producto de la aplicación indiscriminada de métodos del orden industrial a la exterminación de seres humanos. El imperialismo, el colonialismo o el fascismo son modelos fallidos de este mismo delirio occidental por alcanzar la universalización de leyes a pesar de toda demostración empírica y de todo sufrimiento humano. El estigma de civilización sigue sin poder librarse de su parte de barbarie porque se empeña en reducir la diversidad

humana en un orden a la manera en la que los naturalistas del siglo pasado clasificaban las especies animales, los minerales o las plantas (lo que dio origen a falacias como las teorías de las razas)».[5]

En contraposición a este modelo de pensamiento occidental, en China se enfocó de forma diferente el mito sobre la creación de carácter cósmico. Desde el principio, los mimbres del cesto ideológico fueron entrelazados usando el manual del taoísmo[6] y, sobre todo, del confucianismo, un sistema filosófico de carácter secular con un alto componente de ética social y humanista. Su fundador, el maestro Kong Fu-zi (al que nosotros conocemos como Confucio), centró sus esfuerzos en configurar un modelo de armonía social huyendo de las intrigas del poder, aunque de sus enseñanzas se derivaron elementos clave de la política china, en especial al convertirse en la filosofía oficial del Estado con la dinastía Han en el año 206 a. C., en un periodo considerado como una edad dorada en la historia del país.

Confucio concebía al hombre como una pieza del engranaje social, que desempeña una función en el sistema y nunca es un ser aislado. El lema fundamental desde este punto de vista jerárquico —que define el Orden— es que «cada cual conozca su lugar», de forma que el Estado sea virtuoso por medio de la rectitud del comportamiento individual. Como expone Henry Kissinger en su magna obra sobre China: «La respuesta de Confucio al caos de su época era el camino de la sociedad justa y armoniosa, que, como enseñaba él, se había hecho realidad antes, en una lejana era dorada. La humanidad tenía la principal tarea espiritual de crear de nuevo su propio orden, que estaba a punto de perderse. La plenitud espiritual no era tanto tarea de revelación o liberación como de recuperación paciente de los olvidados principios del autocontrol. Tenía como objetivo la rectificación, no el progreso».[7] Y en su plano geopolítico concebía al emperador como soberano supremo de la humanidad, cuya misión era lograr la armonía y no apartarse de la senda de rectitud, porque en caso contrario entonces llegaría el Caos primigenio (una vez más, con mayúsculas). En el caso de que el emperador fracasara en esta tarea, entonces la dinastía que

representara habría perdido el «mandato celestial» que le había proporcionado el derecho de gobernar.

Vemos, por lo tanto, que, aunque el marco filosófico del gigante asiático se fundamenta en un sistema de creencias de carácter secular, coquetea con conceptos divinos y, lo más relevante, desde los albores de su historia consideraba que todo lo que estaba «bajo el cielo» era China. Más allá de sus fronteras solo observaban la existencia de unas sociedades de «bárbaros» a los que no pretendían controlar ni imponer su modelo social y político.

«En la versión china del excepcionalismo, este país no exportó sus ideas, sino que dejó que los demás se desplazaran en busca de ellas. Los pueblos de alrededor, según los chinos, se aprovechaban del contacto con China y de su civilización siempre que reconocieran la soberanía feudal del Gobierno chino. Los que no la reconocían eran bárbaros (…) Según los archivos oficiales, los enviados extranjeros no acudían a la corte imperial a establecer negociaciones o a tratar asuntos de Estado; iban a que la influencia civilizadora del emperador les transformara. Este no participaba en conferencias cumbre con otros jefes de Estado; las audiencias que se celebraban con él representaban el delicado aprecio de unos hombres venidos de lejos, que llegaban con su tributo de reconocimiento a su mando supremo. Cuando la corte china se dignaba mandar enviados al extranjero, no lo hacía con diplomáticos, sino con enviados de la corte celestial»,[8] señala Kissinger, uno de los estrategas occidentales que mejor llegó a comprender la influencia del confucianismo en las relaciones exteriores del Reino Medio,[9] concepto con el que se basa el enfoque sinocéntrico de los gobernantes del país. Un ejemplo que ilustra de forma muy reveladora esta idea es que China no tuvo nada parecido a un Ministerio de Asuntos Exteriores hasta mediados del siglo XIX, después de enfrentarse con las potencias occidentales y haber sido derrotada.

Las raíces intelectuales y culturales de la política exterior china subyacen, por lo tanto, en el pensamiento confuciano y también en el taoísta, que según defiende desde hace años David M. Lampton, profesor norteamericano de la Universidad Johns Hopkins, es vital

para entender la percepción propia de los burócratas de Pekín en relación a sus vecinos y a sus posibles rivales geopolíticos. Esta visión propia de las relaciones internacionales, tan diferente a la occidental, «surge de una matriz en la cual China está conectada al mundo, prestando especial atención a la periferia, con una perspectiva pragmática que busca rentabilizar los beneficios en un entorno global cada vez más voluble e interconectado».[10] No se trata de una opinión fundada en valores absolutos, sino de una ética situacional que es, al fin y al cabo, la que sirvió a Deng Xiaoping para cristalizar su política de «atravesar el río tanteando las piedras». Una expresión que define el gradualismo que ha caracterizado tanto el proceso de apertura económica del país como su forma de enfocar los problemas con otras potencias.

Hoy en día es Xi Jinping quien emplea esta misma estrategia, adaptada a los nuevos tiempos, pero con los mismos principios pragmáticos de la búsqueda del beneficio y el respeto mutuo, al menos en su exposición pública, aunque de puertas hacia dentro sea consciente de que las tensiones en la lucha por la hegemonía mundial dificultan el cumplimiento de este objetivo. «Los chinos suelen hablar más de procesos que de moralidad a la hora de lograr resultados, en cambio, los estadounidenses suelen emplear el vocabulario de absolutos morales», destaca Lampton, que pone de manifiesto la distinta forma de concebir las relaciones internacionales de los dos grandes contendientes mundiales: a los gobernantes del gigante asiático no les importa el sistema político de sus aliados, sino lograr acuerdos que redunden en el interés de su propio país, lo cual es muy atractivo para Gobiernos que llevan décadas sufriendo el yugo de las naciones más poderosas que, bajo la bandera de la democracia y el libre mercado, manipulan sus socios mediante una relación de fuerza que deja poco margen para buscar objetivos compartidos.

Europa: una historia de «buenos» y «malos»

Comprender estas diferentes concepciones del lugar que ocupa cada civilización en el mundo —y de cómo se autoperciben social y

políticamente— es fundamental para analizar la situación de Europa en la geopolítica actual, en un marco conceptual que muchos analistas occidentales califican de «desorden global», frente a un anterior supuesto «orden internacional basado en reglas»[11] capitaneado por el mundo anglosajón y estructurado en torno a las relaciones internacionales impuestas por los vencedores de la Segunda Guerra Mundial. Modelo universalizado tras la caída de la Unión Soviética mediante un sistema vertical unipolar en el que la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) ejerce de policía del mundo, convirtiendo a los aliados en súbditos con nula capacidad de decisión.

Se trata de un orden impuesto ideológicamente en Occidente con el argumento moral y político de que es el vehículo óptimo para promover la democracia en un entorno de libertad económica y de garantía de los derechos ciudadanos. Bajo esta premisa, la entrada de Rusia en la guerra de Ucrania y la ofensiva estratégica de China para promover un orden multipolar que usa como vehículo a los BRICS y a los países del Sur Global —frente al modelo unipolar occidental— suponen una amenaza para los sistemas políticos en Europa y Estados Unidos y pone en riesgo la supervivencia de las sociedades que abanderan el «mundo libre».[12]

Desde este prisma, el desorden mundial sería en realidad la dificultad de control por parte de los organismos e instituciones que abanderan un supuesto orden liberal que se enfrenta a los sistemas autoritarios externos y a los populismos internos. Un escenario al que se sumaría —de forma completamente artificial, como veremos más adelante— la cuestión climática y determinados aspectos sociales, como la ideología de género, las sociedades inclusivas y el fenómeno migratorio. Todas estas categorías se entrecruzan y afectan mutuamente, y añaden en su génesis y promoción a las grandes corporaciones, que se suman a los Gobiernos (en una relación simbiótica) que han sido superados por unas entidades supranacionales que tienen cada vez un mayor peso gracias a la progresiva desintegración de los Estados nación y que presentan

este enfrentamiento estructural bajo la premisa de: «O nosotros o el Caos».[13]

Este enfoque maniqueo tiene muchos problemas desde el punto de vista teórico y práctico, ya que pone de manifiesto un mundo con una visión infantil, de «buenos» y «malos», sin matices de ningún tipo. Evidentemente, se trata de un relato eminentemente propagandístico y que, a pesar de ser burdo y sencillo —o quizás precisamente por ello—, ha calado en buena parte de una población europea que camina sin rumbo, pastoreada como un rebaño, al haber perdido buena parte del espíritu crítico tras décadas de pensamiento único impulsado por unas élites que hasta el momento han conseguido sus objetivos, en buena medida respaldados por unos medios de comunicación que se han convertido en los principales agentes de la desinformación que dicen perseguir. Se cavan trincheras ideológicas para que en todo momento exista una situación de tensión constante y sean los propios gobernados quienes se enfrenten entre sí, azuzados por los creadores de un modelo basado en el tradicional «divide y vencerás». De forma que en esa lucha fratricida perdamos de vista la violación constante de los principios que deberían regir las relaciones, tanto dentro de nuestros países como de cara al exterior.

Una muestra evidente de ello es la repetición constante de la necesidad de defender y mantener el mencionado «orden internacional basado en reglas», concepto que en Occidente ha logrado convertirse en el elemento central de las relaciones entre los distintos Estados, consiguiendo una legitimidad impostada, ya que en realidad es la antítesis del derecho internacional, al cual sortea para no asumir un orden jurídico en el que todas las naciones tengan los mismos derechos y obligaciones. Este es, en buena medida, el verdadero origen del desorden global que tanto preocupa a los analistas europeos y norteamericanos.

Los juristas italianos Michela Arricale y Fabio Marcelli explican[14] el problema que implica enfrentar ambas concepciones de las relaciones globales, al constatar que «una característica fundamental de todos los sistemas jurídicos internacionales, cualquiera que sea su

clasificación, es el hecho de que las reglas que rigen su funcionamiento son determinadas por las grandes potencias de tal manera que aceptan la búsqueda de sus propios intereses. El problema surge cuando estas reglas ya no concuerdan con los intereses de las potencias dominantes y entonces son ignoradas, reinterpretadas o incluso reescritas». En ese momento, «los Estados más poderosos diseñan las reglas de tal manera que obliguen a los Estados más débiles a seguir ciertos comportamientos, pero no existe una manera efectiva que permita a los Estados más débiles que también son parte del orden obligar a los más fuertes a obedecer esas mismas reglas que imponen a otros, cuando esto no responde a sus intereses. Esta característica es extrema en los sistemas jurídicos unipolares, ya que la presencia de una sola gran potencia implica la ausencia de un poder de coerción de un tercero contra ella, lo que de hecho le garantiza una especie de inmunidad a las reglas y, ciertamente, una impunidad sustancial para cualquier violación cometida».

Por eso, ese supuesto «orden basado en reglas» que emana desde Washington y, nos dicen, es una evolución del modelo de derecho internacional que, en teoría, debería regir las relaciones entre los países, es incompatible con un orden que garantice cierta estabilidad. Para que exista legalidad y legitimidad, un sistema jurídico debe aplicarse de forma universal, con unas normas claras y estables que solo se modifiquen por un acuerdo entre los actores implicados tras un necesario debate, sin que la amenaza armada o la guerra comercial sean los elementos centrales de la negociación. Ambas exigencias están ausentes en el mundo actual, en el que las normas se reducen a una mera declaración de principios sin referencia alguna a ninguno de los instrumentos ordinarios del derecho internacional.

No es casualidad que este *Rule based order* (RBO, por sus siglas en inglés) fuera impulsado desde la Casa Blanca en mayo de 2022 para justificar las sanciones contra Rusia y huir de la concepción del derecho internacional que le habría obligado a emplear el mismo rasero para calibrar las acciones de sus aliados, entre los que destaca el Gobierno de Israel. El entonces presidente Joe Biden

empleó el siempre dispuesto altavoz mediático de *The New York Times*[15] para declarar que las acciones del Kremlin en el este de Ucrania «podrían marcar el fin del orden internacional basado en reglas y abrir la puerta a la agresión en otros lugares, con consecuencias catastróficas en todo el mundo».

Meses más tarde, en octubre, la Casa Blanca publicaría el Plan Nacional Estratégico de Estados Unidos, cuyo texto está plagado del mismo concepto como «fundamento de la paz y la prosperidad global». Documento que sirvió como guía para la cumbre de la OTAN de ese mismo año, celebrada en Madrid. Pocos analistas fijan la mirada en esta violación del derecho internacional, que implica, al fin y a la postre, que solamente es legal y legítimo lo que emane de los poderes de la Alianza Atlántica, aunque ello suponga emplear diferentes varas de medir e incluso fomentar revoluciones y golpes de Estado disfrazados de movimientos populares, pasando por encima de las soberanías nacionales si los Gobiernos de los países díscolos no están dispuestos a seguir el guion impuesto por los poderes occidentales. La injerencia extranjera en los procesos electorales solo es detectada y perseguida si proviene del otro lado del nuevo telón de acero.

El falso «fin de la historia»

Se trata, por lo tanto, de un cambio de paradigma que surge de los problemas que tiene Occidente para asumir que el mundo unipolar que vio la luz tras la implosión del régimen soviético ha tocado a su fin. Lo cual es un hecho incontestable, con independencia de lo que pueda pensar cada uno al respecto. Intentar ver la realidad en función de las preferencias personales es un error común que dificulta la comprensión de los procesos geopolíticos y que afecta no solo al común de los mortales, sino a grandes intelectuales contagiados por el virus del orgullo provocado por un sentimiento de superioridad moral imbuido por el sistema de creencias occidental.

Seguramente uno de los más notables haya sido el protagonizado por el politólogo estadounidense Francis Fukuyama en su célebre obra *El fin de la historia y el último hombre*,[16] publicada en el año

1992, que expone la tesis de que el devenir histórico, entendido como la lucha de ideologías, finalizó después de la disolución de la Unión Soviética (URSS), y alcanzó la última etapa de un mundo en el que las democracias liberales se habían impuesto como único paradigma planetario tras ganar la Guerra Fría a un bloque oriental destinado a plegarse a Occidente. China todavía no era considerada una amenaza y la caída del Muro de Berlín simbolizaba esta victoria teórica y práctica de Occidente. De esta forma, pensaba Fukuyama, se constituiría un marco general de pensamiento único, donde las ideologías ya no serían necesarias y la política sería sustituida por una visión economista de las relaciones internacionales. Desde su cátedra en la George Mason University (donde dirige el departamento de Ciencia Política de la Rand Corporation),[17] el politólogo estadounidense, criado en los pechos académicos de las universidades de la Ivy League,[18] anunció el advenimiento de «un estado homogéneo universal, en el que todas las anteriores contradicciones se resuelven y todas las necesidades humanas se satisfacen. No hay lucha o conflicto en torno a grandes asuntos, y, en consecuencia, no se precisa de generales ni estadistas: lo que queda es principalmente actividad económica».[19] El mundo perfecto, según la visión occidental.

A pesar de que hoy es evidente que esta idea es pueril y poco rigurosa (al menos para quienes no han perdido el espíritu crítico y la capacidad analítica), al echar la vista atrás comprobamos cómo prácticamente ninguna voz autorizada discutió el argumento, y la práctica totalidad de los académicos, empresarios y políticos se subieron al carro de una tesis que llegó en el momento perfecto para extenderse como una mancha de aceite en una Europa que aspiraba a enterrar el hacha de guerra en un mundo basado en un nuevo universalismo y encarnar los principios occidentales del libre mercado y la democracia. El telón de acero desaparecería, la amenaza bélica sería un lejano recuerdo y entraríamos en una nueva edad moderna en la que todos los países, en mayor o menor medida, adoptarían similares instituciones, valores, costumbres y creencias. Es la actitud típica de los pueblos y culturas que se

consideran más desarrollados y civilizados que los demás: que el progreso de los que están más abajo en esa escala de valores de organización política implica necesariamente que deban parecerse más a los que están arriba. Un proceso de homogeneización en el que se pretendía usar la vía de las relaciones económicas para llevar la libertad política a los países cuyos pueblos se resistían a admitir la democracia como mejor forma de Gobierno.

Una vez enterrada la amenaza soviética, China sería a partir de ese momento el objeto de deseo de los ingenieros sociales a los que Fukuyama había entregado los planos para construir este nuevo mundo. La visión economicista y utilitarista ayudaría a las grandes multinacionales europeas y estadounidenses, lo que les proporcionaba un terreno fértil para hacer negocios favorecidos por un mercado que, a pesar de las apariencias, no tendría nada de libre y que violaría de forma sistemática los principios de los autores clásicos del *laissez faire*. No se trataba de competir con las mismas reglas para innovar y favorecer la extensión de bienes y servicios para que llegaran al mayor número de personas, sino de emplear la hegemonía política y moral para sacar réditos empresariales aumentando las esferas de poder con la misión de llevar la civilización a los pueblos bárbaros, de forma similar a como se plantearon las expediciones del Imperio romano, las cruzadas o los procesos colonizadores. Charles Krauthammer, columnista estadounidense de *The Washington Post* —premiado con el Pulitzer y uno de los altavoces de los halcones del Pentágono—, lo resumía de esta manera: «El 26 de diciembre de 1991 murió la Unión Soviética y nació algo nuevo, algo totalmente nuevo: un mundo unipolar dominado por una única superpotencia sin rival y con un alcance decisivo en todos los rincones del planeta. Se trata de una evolución asombrosa de la historia que no se veía desde la caída de Roma».[20]

Sin el Kremlin como adversario, al cual se pretendía atraer a la esfera de la OTAN e introducirlo en el supuesto capitalismo mediante la doctrina del *shock*,[21] el gigante asiático era el gran objetivo, un país al que se veía como una gran ubre a la que se pretendía ordeñar una vez que su aparato burocrático y sistema económico

fueran fecundados con el espíritu de la democracia. Una visión que se ha mantenido hasta hace relativamente poco tiempo. Como señala de forma certera el autor británico Martin Jacques en su obra magna[22] sobre el gigante asiático, «el consenso en Occidente, al menos hasta hace muy poco, ha sido que China acabará convirtiéndose —como resultado de su modernización, como condición previa para ella, o una combinación de ambas— en un país de estilo occidental. La política estadounidense hacia China durante las últimas tres décadas se ha basado en esta creencia. En ella se ha basado la voluntad de Estados Unidos de cooperar con China, abrir sus mercados a las exportaciones chinas, aceptar su ingreso en la Organización Mundial del Comercio (OMC) y permitirle convertirse en un miembro cada vez más pleno de la comunidad internacional».

Siguiendo esta línea de pensamiento, la actitud occidental dominante ha sostenido que, en sus fundamentos, el mundo cambiaría relativamente poco con el ascenso de una China que bajo la batuta primero de Deng Xiaoping y posteriormente de Xi Jinping ha experimentado un crecimiento económico de la mano de una política comercial internacional en la que, paradójicamente, entró de la mano de la Administración estadounidense en diciembre del año 2001, tras quince años de arduas negociaciones. Fue durante la etapa de Bill Clinton cuando se favoreció la incorporación de China a la OMC, aunque en un principio no estaba muy convencido de ello. Su predecesor, George Bush padre, había defendido una política de no confrontación con el gigante asiático, en una actitud pragmática basada en la idea de que la relación con China era vital para la seguridad nacional de Estados Unidos. Su experiencia como embajador en Pekín[23] —y sobre todo como director de la CIA— le había llevado a concluir que no era conveniente realizar una política de intervención en el país más poblado del mundo y en el Estado que había vivido la autonomía más larga de la historia. Estaba preparado para intervenir en circunstancias especiales y en beneficio de personas o grupos específicos, pero consideraba que un enfrentamiento general a raíz de la estructura interna china podía poner en peligro una relación vital para la seguridad nacional

estadounidense. Bush retomaba así la política de no confrontación que había caracterizado a la Administración Carter —de la mano de la Comisión Trilateral y del Consejo de Relaciones Exteriores— y que con la llegada de Reagan se había mantenido con matices al centrar los esfuerzos en la contención soviética y usar a China como contrapeso.

Esta estrategia de política internacional experimentó un giro de 180 grados con la llegada de Clinton al Despacho Oval, tras una campaña electoral de septiembre de 1992 en la que puso en cuestión el modelo político de China y acusó a la Administración Bush de haber sido blando con Pekín a la hora de garantizar la protección de los derechos humanos y usar para ello la actuación policial en las manifestaciones de Tiananmén que se habían producido tres años antes. La Unión Soviética ya no era una amenaza y el candidato del Partido Demócrata había puesto el foco en el nuevo rival, al que no pretendía castigar, sino reformar política y económicamente, en esa visión adanista que tantas veces ha caracterizado a los líderes occidentales, especialmente de la esfera anglosajona. El mensaje era claro: «China no puede resistir eternamente las fuerzas del cambio democrático. Un día seguirá el camino de los regímenes comunistas de Europa del Este y la antigua Unión Soviética. Estados Unidos debe hacer lo que pueda para fomentar ese proceso».[24]

Una vez en la Casa Blanca, el político de Arkansas intentó mantener su posición durante un tiempo, usando la vía comercial como elemento de negociación. Para China la incorporación al Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio (GATT, por sus siglas en inglés) era determinante y Clinton se resistía a dar luz verde. En este tira y afloja entraron en juego los señores de Wall Street,[25] que veían en el país asiático una mina de oro y no estaban dispuestos a renunciar a una parte del pastel. Si el régimen de Pekín conseguía entrar en el club del comercio mundial, las grandes empresas de Estados Unidos y sus financiadores podrían impulsar su actividad, tanto en el territorio nacional como en la propia China, a la que se pretendía colonizar. Como dice el refrán español, «donde hay patrón,

no manda marinero», y Clinton retiró los obstáculos para la entrada del gigante asiático en el acuerdo aduanero que en 1995 se transformaría en la Organización Mundial del Comercio (OMC).

La utopía de la «desconexión» con China

De esta forma, se sentarían las bases de un proceso de globalización económica que, sin lugar a dudas, ha beneficiado más a China que a su némesis occidental, como demuestra el hecho de que sea Estados Unidos, antes con Obama–Biden y después con Trump, quien lidere el proteccionismo comercial en el mundo mientras que China es el adalid de los intercambios sin restricciones. Una gran paradoja. Los hogares y las empresas norteamericanas compran ingentes cantidades de productos al país asiático, que dispara el déficit comercial, inunda de dólares las reservas chinas y lo hace cada vez más dependientes de las cadenas de suministro lubricadas por su antagonista asiático. Por eso hay prestigiosos académicos estadounidenses que piden a su Gobierno mesura a la hora de plantear guerras económicas con China, debido a las importantes interdependencias existentes que han creado a lo largo de los años una relación simbiótica en muchos sectores de actividad que hace que la «desconexión» (el denominado *declouping*) sea una auténtica quimera.[26]

En cuanto al Viejo Continente, la reducción de las barreras arancelarias permitió, sobre todo a la locomotora alemana, crear un mercado exportador para su industria, al mismo tiempo que disparaba las importaciones y controlaba la inflación gracias a la adquisición de productos baratos *made in China*. El futuro económico dependía de la relación con el gigante asiático, el energético de Rusia y el militar de Estados Unidos, un cóctel con ingredientes explosivos que ahora desde las estructuras burocráticas se pretende desactivar. En un proceso en el que, además, se inició una suicida transición hacia una economía libre de emisiones de carbono dependiente de las materias primas y los componentes tecnológicos chinos, especialmente en lo relativo a la energía

fotovoltaica. Por lo tanto, en el caso europeo, la desconexión es otra utopía.

Desde la entrada en la OMC, la posición de Occidente respecto al Reino Medio se ha basado en tres supuestos clave: que el desafío de China sería principalmente de naturaleza económica; que el régimen político iría perdiendo su rigidez monolítica progresivamente hasta convertir al país en una nación occidental típica, y que el sistema internacional permanecía inmutable en líneas generales —siguiendo la predicción de Fukuyama— con China aceptando el *statu quo* y convirtiéndose en un miembro complaciente de la comunidad internacional. El problema es que, como expone Martin Jacques, cada una de estas suposiciones es errónea. «El ascenso de China cambiará el mundo de la manera más profunda. Tras haber sido hegemónico durante tanto tiempo, Occidente se ha quedado, en su mayor parte, prisionero de sus propios supuestos, incapaz de ver el mundo de otra manera que no sea en términos de sí mismo. El progreso se define invariablemente en términos de grados de occidentalización, con la consecuencia de que Occidente debe ocupar siempre la cima del desarrollo humano, ya que por definición es el más occidental, mientras que el progreso de los demás se mide por el alcance de su occidentalización. Las diferencias políticas y culturales se consideran síntomas de atraso que desaparecerán con la modernización económica. Sin embargo, es inconcebible que China se convierta en una nación al estilo occidental al que estamos acostumbrados, porque es el producto de una historia y una cultura que poco o nada tienen en común con las de Occidente. Solo descartando los efectos de la historia y la cultura y reduciendo el mundo a una cuestión de economía y tecnología es posible concluir que China se convertirá en occidental».[27]

No obstante, la maquinaria de propaganda no ha podido evitar que una parte del velo que cubría los ojos de los occidentales haya caído, al modificar la percepción de la situación global. En las altas esferas y centros de poder ya no se habla de atraer a China a la democracia, sino de enfrentarla mediante una confrontación con múltiples vertientes entre las que destacan la monetaria, la tecnológica y la

geopolítica, con la amenaza militar y económica siempre presente en el horizonte y la cuestión de la soberanía de Taiwán como chispa que podría encender el polvorín, un papel catalizador que también se reservaba a Ucrania. Ahora el tema estrella en los círculos académicos no es la coexistencia pacífica, sino el conflicto amparado teóricamente en la denominada «trampa de Tucídides», en alusión al historiador y militar ateniense que en su *Historia de la guerra del Peloponeso* postuló, 411 años antes de Cristo, que «fue el ascenso de Atenas y el temor que esto infundió en Esparta lo que hizo inevitable la guerra».[28]

La idea fue rescatada y reinterpretada hace poco más de una década por el politólogo estadounidense Graham T. Allison[29] para describir la tensión inherente a una situación en la que una potencia emergente desafía el estatus de la nación que posee la hegemonía. A su juicio, esta colisión de intereses y objetivos provocará, de forma inexorable, un enfrentamiento bélico entre China y Estados Unidos. Una visión que permite a los señores de la guerra que se sientan en los despachos de Londres, Bruselas y Washington justificar el aumento de los presupuestos nacionales para alimentar a los fabricantes de armamento, en su mayoría norteamericanos. No en vano el propio Allison —a pesar de ser acusado de sinocentrista— es uno de los ideólogos preferidos[30] por el complejo militar industrial de cuyos peligros ya nos advertía el general Dwight Eisenhower, en enero de 1961, cuando se preparaba para dejar la Casa Blanca, en un discurso desde el sillón presidencial en el Despacho Oval en el que alertaba sobre el riesgo [31] del auge de este conglomerado en el que lo público y lo privado representaban una de las mayores amenazas para las libertades ciudadanas y los procesos democráticos.

El problema es que esta tesis de choque de trenes inevitable tiene fisuras que no deben ser ignoradas. En la moderna concepción de esta rivalidad geopolítica entre dos potencias que luchan por la hegemonía se excluyen una serie de elementos que ponen en tela de juicio la afirmación de que una guerra sea inexorable o, al menos, que ambos contendientes busquen a medio plazo un enfrentamiento

armado. Sobre todo, cuando la nación emergente es quien realmente hace gala de un poder blando[32] con una política exterior que elude el enfrentamiento militar y utiliza los pactos económicos como principal palanca de influencia internacional, en el marco de los acuerdos dentro de la Nueva Ruta de la Seda (*Belt and Road Iniciative*).[33]

Detrás del discurso cooperativo que caracteriza al oficialismo, China busca satisfacer unos intereses propios que le ayuden a materializar el «sueño chino», entendido como la conversión del país en una gran potencia global, con una sociedad acomodada respaldada en una gran clase media y una economía innovadora y puntera tecnológicamente. Hay autores que defienden que Pekín está esperando el momento adecuado para entrar en guerra abierta con su némesis en Occidente, pero la realidad es que su estrategia es la antítesis de la que propugna la Casa Blanca —sobre todo desde la llegada de Trump de nuevo al poder— que ofrece la zanahoria en lugar de amenazar con el palo. En todo caso, nunca se puede descartar un enfrentamiento armado, en especial si las tensiones en el mar de la China Meridional se recrudecen.

A este respecto, el inversor Ray Dalio señala convenientemente que los numerosos puntos de fricción entre Estados Unidos y China, con Europa siendo al mismo tiempo víctima y verdugo, no pueden analizarse como si se trataran de conflictos aislados, «sino que más bien debemos reconocerlos como conflictos interrelacionados que funcionan como extensiones de un conflicto más grande que se está desarrollando»,[34] lo cual nos obliga a tratar de comprender los objetivos estratégicos de cada lado y huir de los estereotipos. ¿Es posible que desde los despachos del Pentágono se esté tratando de acelerar el conflicto con el argumento de que no hay que esperar a que China tenga un mayor poder en la esfera global para derrotarla antes de que sea un enemigo imbatible? Los hechos así parecen confirmarlo, aunque también existe otra corriente de opinión entre los ideólogos de Washington —cuestión que destaca el propio Dalio — basada en la premisa de que Estados Unidos saldría mejor parado evitando esta confrontación. Por ello es tan importante que los

líderes políticos tengan claras las líneas rojas y las frecuentes trampas que siembran los señores de la guerra, a uno y otro lado del océano Pacífico (y también del Atlántico), para alterar la intensidad y la gravedad del enfrentamiento existencial.

Este escenario, que la mayoría de los politólogos atlantistas considera inexorable, podría haberse evitado (o al menos mitigado) si el Departamento de Estado norteamericano, los halcones del Pentágono y la propia Casa Blanca, así como la Comisión Europea, no hubieran renunciado a la línea de política exterior y relación con China que defendía Kissinger, personaje que, a pesar de ser uno de los mayores desestabilizadores de naciones durante toda su carrera profesional, tenía muy claro que el verdadero riesgo para la hegemonía estadounidense (como encarnadora del orden mundial) era favorecer una alianza entre Moscú y Pekín a la que se sumara el Viejo Continente. Una Unión Euroasiática que sería la gran amenaza existencial que acabaría con la nueva Roma norteamericana.[35]

Durante la Administración Nixon, Kissinger fue el tejedor de una serie de relaciones y acuerdos —algunos de ellos secretos— con la China comunista de Mao para controlar al oso ruso. Una tarea que *a priori* parecía imposible, ya que sus dos países se habían considerado durante las dos décadas anteriores como archienemigos. China había calificado a Estados Unidos de país capitalista-imperialista, lo que en términos marxistas equivale a la forma última del capitalismo, que, en teoría, solo podía superar sus contradicciones mediante la guerra. El conflicto con Estados Unidos parecía irremediable y la guerra bastante probable, con Vietnam como teatro de operaciones. Sin embargo, la sangre no llegó al río porque ambos contendientes se dieron cuenta de que una alianza —a pesar del evidente foso ideológico que los separaba— era la mejor solución para ambos. Una estrategia que, según manifestó Kissinger hasta su último aliento, no debía haberse abandonado y que se encuentra en el núcleo de las turbulencias que han sacudido el Este de Europa desde la desaparición del régimen soviético.

La llegada de Trump al Despacho Oval volvió a situar este enfrentamiento existencial en el centro del debate sobre el orden

internacional. Algunos han visto en la pelea arancelaria un precursor de una futura guerra total por la hegemonía del planeta, pero aquí debemos precisar que también hay más de propaganda que de realidad, porque los estrategas de Washington son muy conscientes de que en la confrontación comercial tienen mucho que perder y no tanto que ganar. La economía china no es tan dependiente de la norteamericana como lo era antaño y la estrategia de Xi Jinping en la última década se ha centrado en reforzar lazos comerciales con África, la zona sur del continente americano, el Sudeste Asiático y también la Unión Europea.

En realidad, el hecho de que Trump agitara el avispero económico y geopolítico con sus órdenes ejecutivas, exabruptos, amenazas, retiradas de ayuda exterior y salida de organizaciones internacionales generó una «oportunidad estratégica»[36] al Gobierno chino para presentarse al mundo como un socio global no agresivo y estable, lo cual provoca un grave problema político y económico, sobre todo en Europa, ya que los líderes del Viejo Continente deberán decidir en los próximos años cuál será su relación con un país no democrático al que desde Estados Unidos se le obliga a dar la espalda, en buena medida porque las élites norteamericanas quieren evitar la tentación de que, ante la difícil situación económica y social europea, los Gobiernos estrechen lazos con el gigante asiático. Si algo caracteriza a las relaciones internacionales que promueve Pekín es su paciencia y visión a largo plazo y eso es un factor que no se nos puede escapar si aspiramos realmente a comprender las diferentes estrategias de estos dos contendientes por la hegemonía mundial.

El fin del Estado nación

Otro factor que caracteriza la visión china de la política —y que también determinará su relación con Europa— es que no se considera a sí misma como un Estado nación, sino como un Estado civilización, lo cual le aporta una cohesión interna de la que carecen los países occidentales y favorece su estrategia para mirar más allá del horizonte temporal que empleamos en Occidente,

profundamente determinado por unos procesos electorales que alternan Gobiernos pero mantienen una agenda política, económica y social basada en la cesión de la soberanía en estructuras de poder supranacionales.

Como estudiaremos a fondo en páginas posteriores, el proceso de construcción europea es seguramente el mejor ejemplo de esta tendencia orwelliana, tanto en su génesis como en su desarrollo y aspiración de reforma tras la guerra de Ucrania y la vuelta de Trump. Se nos dice que la integración total es la única forma de supervivencia, terminando de enterrar lo que quedaba de unos Estados nación que agonizan al haber perdido relevancia, un proceso dirigido que nada tiene de teoría y sí mucho de conspiración. En el nuevo mundo que nos anunciaba Fukuyama, la identidad nacional dejaba de ser importante y su abandono progresivo ha favorecido un proceso social de destrucción de las escalas de valores que ha desestructurado a las sociedades y a los sistemas políticos.

Europa fue la cuna de los Estados nación a mediados del siglo XVII con la Paz de Westfalia que puso fin a la guerra de los Treinta Años en la que intervinieron la mayoría de las potencias de la época. El tratado terminó con el orden feudal dando inicio al desarrollo de una serie de organizaciones territoriales definidas en tono a un gobierno que reconocía, con mayor o menor grado, sus límites y esferas de poder. Como bien ha estudiado el profesor de la Universidad de Chicago John Mearsheimer, a partir de aquel momento se produciría un cambio estructural en las sociedades el Viejo Continente, al reducirse la brecha entre las élites y los gobernados, lo cual ayudaría a extender un nuevo sistema político: «La Europa prenacional era en gran parte agrícola y comprendía dos clases principales: la aristocracia y el campesinado. El abismo que las separaba era enorme bajo el Imperio romano, durante la Edad Media y en la era de los estados dinásticos que precedió a la aparición de Estados nación. Pero a finales del siglo XVIII, el abismo se había reducido significativamente, en buena parte porque las élites y su público llegaron a comunicarse en el mismo idioma y a verse como parte de una empresa compartida con un destino común».[37]

Este enfoque fue impugnado durante el auge del marxismo, que modificó la escala de valores al situar el compromiso de los individuos en la clase social por encima del componente nacional. Esa fue la razón de que un amplio abanico de fervientes lectores de *El manifiesto comunista* estuviera convencido de que las clases trabajadoras de Europa nunca se alzarían en armas unas contra otras en defensa de sus propias y divergentes identidades nacionales cuando sus Gobiernos los condenaron en 1914 a la pesadilla de la Primera Guerra Mundial. Evidentemente, los teóricos marxistas se equivocaron descubriendo que el esquema de lealtades primaba el carácter nacional respecto a la conciencia de clase, lo cual a su vez ayudó a consolidar a unos Estados nación que desde entonces marcarían el devenir de las relaciones internacionales.

¿Y en qué se basaba esa amalgama integradora que unía a los compatriotas con independencia de su poder adquisitivo, oficio, profesión o situación familiar? Mearsheimer considera que la explicación está en la cultura compartida: «Cada nación tiene un conjunto distinto de creencias y prácticas que comparten sus miembros y que la distinguen de otras naciones. Las prácticas incluyen aspectos como la lengua, los rituales, los códigos, la música y los símbolos, mientras que las creencias se refieren a cuestiones como la religión, los valores políticos y sociales básicos y una comprensión particular de la historia».[38] Estos componentes esenciales, o valores, no son inamovibles ni tampoco discrecionales, sino que surgen mediante un proceso evolutivo a lo largo de la historia. Las culturas se construyen socialmente, aunque las élites siempre son las que intentan llevar la batuta.

El problema se origina cuando hay unas naciones que quieren imponer su visión sobre el resto, pasando por encima de la soberanía de los países a los que pretende modelar y cercenando la capacidad de tomar sus propias decisiones tanto en política interior como exterior, libre de injerencias externas. Primero Gran Bretaña y luego Estados Unidos ejercieron el papel de civilizadores empleando además un supuesto mandato divino que se valió de todas las herramientas a su alcance para lograr el objetivo. La diplomacia dejó

paso a los enfrentamientos bélicos, los chantajes económicos y las ocupaciones coloniales olvidando las palabras de Woodrow Wilson cuando, al seguir esta visión mesiánica, decía que «el destino manifiesto de América no era gobernar el mundo por la fuerza física», sino haciendo que los países eligieran estar del lado de la democracia que emanaba de Estados Unidos. Esta doctrina era en realidad un rechazo al expansionismo y un apoyo a la libre determinación de los pueblos, pero fue interpretada de forma contraria. De hecho, sirvió, tras la Segunda Guerra Mundial, para impulsar un nuevo orden en el que todo aquel que se opusiera a los designios de Washington sería apartado a un lado del camino de la historia, haciendo uso para ello de todas las herramientas al alcance de la primera potencia, golpes de Estado incluidos.

Esta injerencia externa extendió las termitas en los cimientos de los Estados nación, especialmente los europeos, a lo cual se ha ido sumando en los últimos años un componente económico que suele pasarse por alto, pero que es tremendamente relevante: el progresivo deterioro de la clase media, verdadero pilar de las sociedades y variable imprescindible del proceso civilizatorio. El historiador francés Emmanuel Todd hace referencia a ello cuando expone cómo «un Estado nación que funcione de manera correcta presupone también una estructura de clases específica, con las clases medias como centro de gravedad, y, por tanto, algo más que un buen entendimiento entre la élite dirigente y las masas».

Además, «en la historia de las sociedades humanas, las clases medias forman, con otros grupos, una red urbana, y es gracias a una jerarquía urbana concreta, poblada por una clase media culta y diferenciada, que puede surgir el Estado, el sistema nervioso de la nación».[39] Un planteamiento que de hecho procede de los tiempos de Aristóteles, cuando en su obra *Política* enfatizaba la importancia de que los legisladores tuvieran en cuenta los intereses de este estrato social a la hora de configurar estructuras normativas.[40] Este axioma ha perdido importancia en las últimas décadas, en particular desde que Nixon enterró los últimos reductos del sistema monetario basado en el patrón dólar-oro y sembró el terreno para el

crecimiento exponencial de un modelo de dinero-deuda que ha ido recortando el peso de esta clase media, sobre todo después de la crisis de 2008 y la Gran Reclusión pandémica.

Los dos factores mencionados —la injerencia externa que emana de la primera potencia occidental y el progresivo deterioro de las clases medias— están poniendo en riesgo a los Estados nación, lo cual contrasta con lo que está sucediendo al otro lado del nuevo telón de acero, con unos países no alineados que se permiten el lujo de coquetear con ambos bandos persiguiendo sus propios intereses, algo que parece ser un terreno vedado a los Gobiernos de la Unión Europea, a los cuales se les empuja a romper lazos con todo aquel que ponga en duda el *statu quo* atlantista en una alianza que ha perdido su carácter protector para convertirse en un agente controlador. Es el precio de una *pax americana* que, como asegura el exministro de Asuntos Exteriores chino He Yafei, hace tiempo que dejó de existir.[41] Es tan solo un concepto vacío, una entelequia.

En contraposición a este fenómeno, cuando se estudia a fondo la historia de China se observa con claridad que la idea de nación, como un Estado moderno al estilo occidental, no ha sido el factor diferencial en torno al cual se ha construido la identidad de su sociedad. Cuando los altos cargos del politburó sacan a colación alguno de sus hitos de su historia que, según ellos, se remonta a cinco o seis milenios de antigüedad,[42] son muy conscientes de que lo que les define es la idea de civilización, no el sentimiento nacional. No hay ningún otro pueblo en el mundo que esté tan conectado a su pasado —no tanto el reciente como el pasado remoto— y que este sea tan relevante y significativo.

Los distintos episodios en los que se han producido guerras, invasiones y turbulencias son dejados a un lado cuando de trazar líneas de continuidad histórica se trata y esto es algo que comparten tanto los miembros del Partido Comunista Chino (PCCh), que se sientan en los órganos de poder, como el tendero, el obrero o el agricultor, que trabaja de sol a sol para sacar a su familia adelante. En palabras del académico chino Jin Guantao: «No solo los eruditos, sino también los funcionarios y empresarios, así como la gente

corriente, tienen un fuerte sentido de la historia... por poca educación formal que reciban, todos viven en la historia y son sus herederos y portavoces».[43] La gran característica que define a su sociedad es revivir continuamente el pasado. De hecho, no existe ningún mecanismo cultural aceptado que permita a los chinos enfrentarse al presente —tanto en el terreno de las cuestiones nacionales como en las globales— sin recurrir a la inspiración y la fuerza de la tradición.

Además de la cuestión identitaria, la idea del Estado civilización lleva aparejada una serie de características que en Occidente pensamos que son propias de la adopción del catecismo comunista, pero que a decir verdad son anteriores y forman parte intrínseca de la sociedad del gigante asiático. A diferencia de la tradición occidental, el papel del Gobierno no tiene fronteras, su potestad no termina donde comienzan las soberanías de otras naciones, sino que se extiende al actuar como un padre que para proteger a sus hijos tiene una autoridad que trasciende a las líneas geográficas de los estados tal como los concebimos en Europa o Estados Unidos.

A esto se añade una absoluta reverencia por la meritocracia y la calidad de la educación, que junto con la citada idea paternalista configuran el modo de pensar de la sociedad china. Gracias en buena medida a las enseñanzas de Confucio, revisadas por sus discípulos, los habitantes del Reino Medio siempre han sido optimistas sobre la naturaleza humana, creyendo que las personas son esencialmente buenas y que, educando a los niños de la manera correcta mediante la crianza y la tutela adecuada, adquirirían las actitudes, los valores y la autodisciplina correctos. Sobre este punto incide Jacques Martin cuando, en referencia a «la continuidad de la civilización china, se puede razonablemente objetar que, a lo largo de un periodo de más de dos milenios, ha atravesado alteraciones y discontinuidades tan enormes y a menudo violentas que puede haber poca semejanza entre la China actual y la de hace dos milenios. A un cierto nivel, por supuesto, esto es cierto. China ha cambiado hasta quedar irreconocible. Pero a otro nivel, las líneas de continuidad son obstinadas y visibles. Esto se refleja en la

autoconciencia de los propios chinos: la forma en que su civilización —expresada en la historia, las formas de pensar, las costumbres y la etiqueta, la medicina y la comida tradicionales, la caligrafía, el papel del Gobierno y la familia— sigue siendo su principal punto de referencia».[44]

Esta forma en la que se autoperciben los chinos —tanto los ciudadanos como sus gobernantes— determina también el enfoque de las relaciones con otros Estados, con una actitud hacia el exterior que ha experimentado un notable cambio a lo largo de la historia, viraje que ha tomado más velocidad en la última década al coincidir con el desarrollo económico y el mayor peso en los organismos internacionales. Los dirigentes chinos hicieron gala de la *Realpolitik* antes incluso de que el concepto se acuñara en Occidente. El Reino Medio no tenía ambiciones territoriales ilimitadas, sino que perseguía una periferia que fuera dócil y que estuviera dividida para no ser una amenaza, pero sin pretensiones de ejercer control directo sobre sus vecinos.

Este es uno de los factores que se hurta en los análisis de los politólogos europeos y norteamericanos, porque supone un misil contra la línea de flotación del discurso que nos muestra una China imperialista que quiere fagocitar a Occidente por las bravas. Como destaca una vez más Kissinger, «una historia turbulenta enseñó a los dirigentes chinos que no todos los problemas tenían solución y que un énfasis excesivo en el dominio total de los acontecimientos específicos podía alterar la armonía del universo. China siempre tuvo demasiados enemigos del imperio para vivir en una seguridad absoluta; su destino era el de una seguridad relativa, lo que implicaba también una relativa inseguridad: la necesidad de aprender las normas básicas de más de una docena de estados limítrofes con historias y aspiraciones significativamente distintas. En muy pocas ocasiones los dirigentes chinos se arriesgaron a resolver un conflicto en una confrontación de todo o nada; su estilo era más el de elaboradas maniobras que duraban años. Mientras la tradición occidental valoraba el choque de fuerzas decisivo que ponía de relieve las gestas heroicas, el ideal chino hacía hincapié en la

sutileza, la acción indirecta y la paciente acumulación de ventajas relativas».[45]

Cambio en las estructuras del poder mundial

Aunque se pueda considerar que este bagaje histórico, filosófico y político descarta la idea de una China con aspiraciones hegemónicas, la realidad es que el politburó de Pekín sí que está interesado en promover un cambio en las estructuras de poder mundiales, aunque el método sea distinto al de su némesis estadounidense y, por extensión, a los países europeos atados a la alianza atlántica. La llamada de Xi Jinping a un «gran renacimiento de la nación china» contempla la recuperación de la centralidad en la escena internacional, reclamando territorios en disputa, asumiendo una mayor presencia en la toma de decisiones y en las economías de Asia-Pacífico y asegurándose de que cada vez más países de su esfera se alineen con sus intereses, proporcionándoles infraestructuras y financiación para llevarlas a cabo.

Pero lo más relevante y la cuestión diferencial, respecto a iniciativas similares que puedan emanar de organismos como el FMI o el Banco Mundial, es que el Gobierno chino no exige a los países que modifiquen sus estructuras políticas o económicas, no les pide que emulen su sistema ni impulsa movimientos revolucionarios para imponer a un determinado candidato que sirva a sus intereses.

Wen Jiabao, que como primer ministro fue uno de los artífices del auge económico del país en la primera década de este siglo, exponía muy bien esta idea cuando explicaba que «China nunca ve su desarrollo como un modelo» y, por lo tanto, cada país debe escoger su propio camino en función de lo que convenga a sus circunstancias particulares: «Todos los países pueden tener sus propias vías de desarrollo que se adapten a sus propias condiciones nacionales, respetamos la elección de su pueblo».[46] No en vano, como admite la que fue durante una década directora de Estudios Asiáticos del norteamericano Consejo de Relaciones Exteriores, Elizabeth C. Economy, «China ha defendido como miembro permanente del Consejo de Seguridad de la ONU un modelo de gobernanza global

abogando por una serie de principios que incluyen el derecho de todos los países a fijar su propio camino político y económico y la primacía de la soberanía o la no injerencia de segundos países en los asuntos de una nación, sobre todo cuando se trata de la supervisión internacional a la hora de controlar, sancionar y actuar militarmente contra un país».[47]

Esto no implica que la estrategia de Pekín sea aislacionista, sino que su forma de concebir el aumento de su esfera de poder no está ligada ni a las reformas impuestas ni al ámbito militar, sino a un tipo de colonización económica y cultural que sea pacífica y voluntaria, al menos por el momento. Antes de que los británicos pusieran en la diana al gigante asiático, en el año 1839, durante la primera Guerra del Opio, el PIB de China ya representaba el 30 por ciento del total mundial.[48] La imagen de los navíos ingleses hundiendo a los barcos de madera chinos sirvió como acicate para acometer un proceso de modernización que no cristalizó hasta siglo y medio después, pero que ahora es incontestable, aunque intelectuales occidentales sigan presentándonos al país como un territorio atrasado.

Cuando se exponen cifras de reducción de la pobreza global para justificar las bonanzas del capitalismo se oculta que la mayor parte de este descenso es consecuencia del incremento del poder adquisitivo y el auge de una clase media china, que vive en ciudades que parecen sacadas de películas de ciencia ficción. Y aunque es indudable que la economía del país muestra muchos retos, se expone ante el mundo como una opción de futuro para todos aquellos estados que no desean seguir bajo la tutela del sistema eurodólar. En este contexto, la agresiva política arancelaria de la Administración Trump ayuda paradójicamente a Xi Jinping a presentarse como un socio alternativo al capital occidental, manifestándose como una opción comercial que no impone condiciones, sino que las negocia (aunque en buena medida lo haga en una posición de poder).

Por eso en los despachos de Washington están tan preocupados por la posibilidad de que en el futuro el Tesoro chino y las multinacionales del país, en concreto las energéticas y tecnológicas,

puedan ofrecer su colaboración para sacar al Viejo Continente del atolladero. No es una cuestión baladí, como expone Elizabeth C. Economy: «Del mismo modo que las empresas de Estados Unidos, Europa y Japón lideraron el desarrollo de buena parte del mundo en el siglo XX, las chinas compiten hoy para liderarlo en el XXI y el botín de esta competición será duradero, afianzará la tecnología del vencedor, los criterios y los conocimientos técnicos en todo el mundo en las próximas décadas».[49] Y esto explica la urgencia con la que la Casa Blanca quiere extraer las empresas más competitivas del Viejo Continente —con la espada de Damocles arancelaria— para llevárselas a su terreno antes de que terminen de caer en las redes de su adversario hegemónico.

La influencia económica china se complementa e impulsa gracias al enfoque de las relaciones internacionales que surge de la mano de la teoría del «realismo moral», en una corriente de pensamiento desarrollada por Yan Xuetong, decano del Instituto de Relaciones Internacionales de la Universidad Tsinghua que se ha convertido en una referencia para evaluar la postura del país asiático en el concierto global. Sus obras proponen un cambio en la política exterior china, abandonando progresivamente el perfil bajo centrado casi exclusivamente en los logros económicos para sustituirlo por un enfoque más proactivo que persigue un aumento de la legitimidad como consecuencia de una mejora de la imagen propia en el resto del mundo.

Esta propuesta ha generado un importante debate académico que se ha trasladado a los despachos del politburó. Se trata de una discusión «que abarca desde el ascenso y el rejuvenecimiento nacional de China hasta el pensamiento de los principales líderes y su reflejo en la práctica de la política exterior, pasando por el alejamiento del marxismo-leninismo como ideología estatal y el resurgimiento de los valores confucianos en un orden internacional caracterizado por la hegemonía occidental. Esto puede interpretarse como el intento de establecer un marco normativo distintivo para que China actúe como una gran potencia, justificando el cambio en

el orden global basado en el poder internacional chino y su capacidad de establecer nuevas normas».[50]

Yan sostiene que el poder no solo se fundamenta en la economía o en el poderío militar, sino en la legitimidad moral como una vía para ganar respeto y autoridad en el escenario mundial. Pero no a través de la coacción para imponer un determinado modelo político, ni siquiera con la promoción de unos valores democráticos al estilo occidental (de los que China carece), sino mediante una visión colaborativa de las relaciones internacionales, donde cada país, con independencia de su tamaño, tiene un papel en la creación de un sistema de gobernanza global en el que debe primar la armonía sobre el conflicto. A pesar de que este sistema de pensamiento tiene un elevado componente utópico, es muy bien recibido por los Gobiernos de los países que se sienten perjudicados por el orden global impuesto desde Washington, especialmente los del sur del continente americano que llevan dos siglos sufriendo en sus carnes las dentelladas de una doctrina Monroe,[51] que aunque nació para poner barreras al colonialismo europeo en el hemisferio occidental, se ha transformado en un modelo de acoso, coerción, sanciones y bloqueos para limitar la presencia china en la región.

Y en esta batalla por el relato, el debate durante los próximos años será qué modelo elegir, lo cual determinará las alianzas y los pactos en función de la aproximación a una de las potencias líderes. A este respecto, Ray Dalio explica que, «más allá del dinero y el poder militar, la forma en que Estados Unidos y China usen su poder blando para trenzar alianzas será vital para determinar el mapa de poder global. El estilo y los valores serán importantes. Por ejemplo, durante los primeros años de Trump escuché a líderes de todo el mundo describir a los presidentes de ambos países (Estados Unidos y China) como dirigentes brutales. Con Biden en la Casa Blanca estas quejas no se escucharon con tanta frecuencia [pero volvieron después de la vuelta del empresario republicano a la presidencia]. En general, sigue habiendo muchos gobernantes que lamentan que serán castigados si no hacen exactamente lo que quieren los líderes de estos dos países. La idea de tener que echarse en brazos de uno

u otro genera disgusto y desapego. Será importante ver cómo evolucionarán las alianzas porque, a lo largo de la historia, el país más poderoso suele verse derrocado por una coalición de países que son menos poderosos, pero que colectivamente se vuelven más fuertes».[52]

El lector podría verse tentado a pensar que los factores diferenciales del país que nos presentan las élites occidentales como la gran amenaza para la supervivencia de nuestro sistema político, económico y social no son tan relevantes como para dedicarles tanto espacio en el inicio de un libro que versa sobre la capacidad de salvación de un moribundo continente europeo. Así nos han enseñado a pensar en las escuelas y universidades para caricaturizar al adversario y facilitar la creación del relato maniqueo en esta competición a la vieja usanza entre Estados Unidos y China en la que los demás somos meros convidados de piedra y, a menudo, víctimas necesarias en la pugna por la hegemonía global.

Sus protagonistas —como explica el diplomático español y exdirector del Centro Nacional de Inteligencia, Jorge Dezcallar— «se enfrentan hoy a la difícil decisión de determinar si quieren competir o, por el contrario, desean colaborar. O una combinación controlada de ambas opciones, rivalizando en asuntos comerciales o de derechos humanos y cooperando en otros (…), que es la hipótesis más deseable. Los demás asistimos a esta pugna como observadores, sin capacidad real para influir en su decisión porque a corto plazo se está imponiendo la competencia entre las potencias hegemónicas, una *great power competition* con aromas de guerra fría en la que Washington se ha fijado el objetivo de contener a Rusia y ser más competitiva que China, mientras estos dos países unen fuerzas porque están convencidos de que Estados Unidos trata de impedir por todos los medios que alcancen el poder y la influencia mundial que les confieren su historia, su cultura y su peso político y económico».[53] Y antes de que el gigante asiático logre este objetivo, los *lobbies* que representan a aquellos que tienen mucho que perder en este nuevo orden han convencido a los gobernantes de que la solución es la confrontación directa, aunque ello implique

condenar a Europa —teóricos aliados en el club atlantista— a un fin incierto.

Existen autores, como el propio Dezcallar, que consideran que este es el momento perfecto para que el Viejo Continente haga de la necesidad virtud y acelere los procesos de integración política para configurar una especie de Estados Unidos de Europa que sea capaz de recuperar el terreno perdido en el escenario geopolítico. Un mensaje que tras la ruptura escenificada por Donald Trump a cuenta de la guerra de Ucrania ha cobrado aún más relevancia al emplear como excusa el gasto militar y los planes de subsidios para las multinacionales europeas que no son competitivas frente a sus rivales chinas y norteamericanas. «Europa ha dado pasos de gigante en su proceso de integración en esta crisis, aunque aún nos falta, porque soy de los que piensan que o somos capaces de hablar con una sola voz en defensa de nuestros valores e intereses o caeremos en la irrelevancia».[54]

El diplomático español ha acuñado el término «síndrome de Venecia» para definir el gran peligro que, a su juicio, nos acecha: tener el mismo fatídico destino que el de «un imperio que se vino abajo cuando los portugueses llegaron a la India y trajeron en barco a Lisboa las especias que antes viajaban hasta Venecia a lomos de camello, al tiempo que la plata de Potosí llegaba a Sevilla y el centro económico del planeta cambió del Mediterráneo al Atlántico (…) A Europa le puede ocurrir ahora lo mismo que le sucedió a Venecia, que se quede fuera de juego como una península de la gran masa continental euroasiática, que se proyecta hacia un océano alejado del centro de actividad del mundo y por donde ya pasa menos gente. Cuando eso suceda será muy difícil mantener el 50 por ciento del gasto social mundial con solo el 5 por ciento de su población y sin una política exterior o de defensa comunes para hacernos oír».

El retorno de Trump a la Casa Blanca, retirando a Europa el manto con el que teóricamente le protegía de los supuestos bárbaros dictatoriales, provocó que este tipo de discurso aparentemente integrador haya prendido la mecha de aquellas élites que llevan décadas soñando con enterrar las soberanías nacionales de unos

países que hace tiempo que caminan como zombis inmersos en una serie de problemas estructurales que van mucho más allá del ámbito económico y que atribuyen a decisiones de potencias extranjeras, cuando en realidad hay que buscar a sus causantes dentro de nuestras fronteras.

El historiador Adam Tooze ha acuñado el término «policrisis» para definir esta situación de desorden global que genera una especie de «experiencia colectiva de confusión generalizada» en la que vive la sociedad occidental, en especial la europea, debida esencialmente a tres factores: las consecuencias de la Gran Reclusión de 2020 con motivo de la pandemia, la supuesta emergencia climática, un enemigo invisible al que no se puede vencer —y que, por ello, es la herramienta perfecta para justificar decisiones políticas y económicas discrecionales—, y la guerra contra Rusia en suelo europeo que motivan una serie de sanciones bumerán que han hecho descarrilar a la locomotora alemana. De todo ello vamos a hablar en profundidad en los próximos capítulos para demostrar que, más allá de los fuegos de artificio que surjan de la Casa Blanca, del Kremlin o del jardín imperial de Pekín, los problemas y retos a los que se enfrenta Europa están relacionados sobre todo con nuestros propios pecados, al ser incapaces de ver la viga en nuestro ojo mientras denunciamos la paja en el ajeno. Comencemos por la destrucción de la economía germana en una operación geopolítica que ha eliminado convenientemente el principal obstáculo para implantar la agenda globalista en suelo europeo y así tener la excusa perfecta para justificar sin ningún tipo de cortapisa el uso de la deuda como arma para someter a las naciones.

[1] «Introduce a little anarchy, upset the established order, and everything becomes chaos. I'm an agent of chaos, oh, and you know the thing about chaos? ¡It's fair!», Christopher Nolan, *El caballero oscuro*, Warner Bros. Pictures, 2008.

[2] Discurso ante una sesión conjunta del Congreso sobre el Estado de la Unión (29 de enero de 1991). Pocos saben que esta declaración la había realizado en agosto del año anterior, en otro discurso dirigido a los socios del atlantista-globalista Aspen Institute, que se habían reunido en Colorado (Estados Unidos).

[3] Enigmática frase utilizada por George H. W. Bush en su discurso de aceptación de la nominación presidencial en la Convención Nacional Republicana de 1988, celebrada en Nueva Orleans, Luisiana. La expresión «mil puntos de luz» se puede encontrar en el relato corto «Rescue Party» del escritor de ciencia ficción Arthur C. Clarke, publicado inicialmente en *Astounding Science-Fiction*, en mayo de 1946. Posteriormente apareció en 1955 la obra de C. S. Lewis, *The Magician's Nephew*, incluida en la serie de las Crónicas de Narnia. Se ha especulado mucho sobre el origen ocultista del concepto. Donald Trump también hizo referencia al mismo en un mitin celebrado en Montana el 5 de julio de 2018, preguntando: «¿Qué significa eso? Yo sé una cosa: *Make America Great Again*, lo entendemos. Poner a Estados Unidos primero, lo entendemos. Mil puntos de luz, nunca entendí eso. ¿Qué diablos es eso? ¿Alguien lo ha descubierto? Lo dijo un republicano, ¿no?».

[4] Como señalan los economistas e historiadores de la Escuela Austriaca, el futuro está abierto a todas las posibilidades creativas del hombre, por lo que cada actor se enfrenta al mismo con una «incertidumbre inerradicable», que podrá minorarse gracias a los comportamientos pautados propios y ajenos (instituciones), pero que nunca será capaz de eliminar totalmente.

[5] «De Kepler a Laplace, de Galileo a Newton, la mecánica de nuestro universo (una vez determinadas las leyes de la materia y la energía que parecían regirlo) ha inspirado todo modelo de organización humana, toda filosofía y toda política posible, llegando a considerar a la sociedad misma como un motor al que había que poner a funcionar con la precisión, uniformidad y rigor de un reloj. Incluso las matemáticas han servido para reducir el misterio social a un conjunto de fórmulas, apoyadas en la estadística». David Coll García, «Democracia y desorden», *Cuadernos Electrónicos de Filosofía del Derecho*, 2, 1999, Universidad de Valencia.

[6] El taoísmo (también conocido como daoísmo) es una filosofía china atribuida a Lao Tse (c. 500 a.C.) que se desarrolló a partir de la religión

popular del pueblo, principalmente en las zonas rurales de China, y se convirtió en la religión oficial del país bajo la dinastía Tang.

[7] Henry Kissinger, *On China*, Penguin Press, Nueva York, 2011.

[8] *Ibid*.

[9] El término chino es *zhongguo*, que ha sido traducido al español por diversos autores como «Reino Central» o «Reino del Medio». Los historiadores consideran que esta noción fue articulada por primera vez durante la dinastía Zhou, en el primer milenio a.C. El Reino del Medio era considerado como el centro geográfico del mundo y el centro del poder mundial, que ocupaba un lugar intermedio entre los cielos y las demás civilizaciones inferiores. El principio que regía su visión del mundo se sustentaba en el concepto de Tianxia: «Todo lo que existe bajo los cielos». En su centro se encontraba el emperador, cuyo mandato no conocía fronteras.

[10] David M. Lampton, *Adónde va China*, Stella Maris, Barcelona 2015.

[11] Denominado *Rule based order* (RBO, por sus siglas en inglés).

[12] «Mundo libre» es una expresión de propaganda utilizada durante la Guerra Fría (1947-1991) para referirse al Bloque Occidental, que empezó a extenderse especialmente a partir del discurso de Fulton de Winston Churchill y que décadas después usaría frecuentemente la Administración Reagan. Se ha utilizado principalmente para referirse a los países aliados y alineados con los Estados Unidos y aquellos afiliados a organizaciones internacionales como la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) y la Unión Europea (UE). Los críticos señalan la contradicción entre el uso del término y el hecho de que se aplique a todos los miembros de la OTAN incluso en momentos en que algunos de ellos fueron gobernados por dictaduras militares aliadas de Estados Unidos.

[13] Esta expresión se popularizó en España a partir de 1975 gracias a la portada de la revista de humor gráfico *Hermano Lobo*, ilustrada por el dibujante Ramón, en la que aparecía un orador, subido a un pedestal, que se dirige a una muchedumbre gritando: «¡O nosotros o el Caos!». Entonces la gente responde sin dudarlo: «¡El Caos, el Caos!», a lo que el político (o empresario) contesta: «Es igual, también somos nosotros».

[14] Michela Arricale y Flavio Marcelli, «El concepto de orden internacional basado en reglas (RBO), base del dominio unipolar y negación del derecho internacional», en *Transformando el orden internacional: desafíos de la transición y propuestas desde el sur*, VIII Conferencia Internacional de Estudios Estratégicos, La Habana, 2023.

[15] Joe Biden, «What America Will and Will Not Do in Ukraine», *The New York Times*, 31 de mayo de 2022.

[16] Francis Fukuyama *The End of History and the Last Man,* The Free Press, Nueva York, 1992.

[17] Laboratorio de ideas, o *think tank*, de referencia del complejo industrial-militar de Estados Unidos. Sus informes guían la política exterior de la Casa Blanca y la agenda del Pentágono a modo de hojas de ruta. Uno de ellos, el elaborado sobre Rusia en el año 2019, es una profecía autocumplida de la situación actual en el Este de Europa, como veremos en capítulos posteriores.

[18] La Ivy League es una agrupación de ocho universidades privadas en el noreste de Estados Unidos, conocidas por su prestigio académico, excelencia deportiva histórica y su influencia cultural, política y económica. El término Ivy League surgió oficialmente en 1954 como parte de una liga deportiva universitaria, pero con el tiempo se asoció más con el estatus académico y elitista de estas instituciones.

[19] El argumento no es original de Fukuyama, sino que lo extrae de Alexandre Kojève, autor francés que dirigió, en la década de los años treinta del pasado siglo, una serie de seminarios dedicados a la obra del filósofo alemán Hegel (1770-1831) en la École Pratique des Hautes Études de París. Convencido de que ya no había trabajo para los filósofos, puesto que, a su juicio, Hegel (correctamente entendido) había alcanzado el conocimiento absoluto, Kojève dejó la docencia después de la guerra y pasó el resto de su vida trabajando como burócrata en la Comunidad Económica Europea (CEE), hasta su muerte en 1968. Fukuyama le cita en su libro como autor de la proclamación sobre el fin de la historia y del denominado «Estado homogéneo universal».

[20] Charles Krauthammer, *Democratic Realism, an American Foreign Policy for a Unipolar World*, American Enterprise Institute, Washington, 2004.

[21] El papel de Borís Yeltsin y de Bill Clinton en este episodio de la historia es considerado por buena parte del pueblo ruso como una «violación». Desarrollamos esta cuestión en el capítulo 4.

[22] Martin Jacques, *When China Rules the World: The End of the Western World and the Birth of a New Global Order*, Penguin Books, Londres, 2012.

[23] Fue jefe de la Oficina de Enlace de Estados Unidos, que funcionaba como una embajada.

[24] Declaración de Bill Clinton realizada el 14 de septiembre de 1992 y citada en Abraham Michael Rosenthal, «On My Mind: Here We Go Again», *The New York Times*, 9 de abril de 1993.

[25] Las negociaciones entre la Administración Clinton y el Gobierno de China para su entrada en el GATT (germen de la OMC) tuvieron un punto de fricción muy relevante tras la visita del secretario de Estado Warren Christopher a Pekín en marzo de 2004, tal como relata Kissinger en su obra *On China*, anteriormente mencionada: «Ante la resistencia china y las presiones sobre

Estados Unidos ejercidas por las empresas que operaban en China, la Administración fue encontrándose poco a poco en la humillante situación de suplicar a Pekín durante las últimas semanas antes de que se cumpliera el plazo concedido a China como nación más favorecida, a fin de que llevara a cabo unas concesiones modestas que justificaran la ampliación del estatus», y así facilitar que Clinton aprobara su entrada en el acuerdo comercial internacional.

[26] El mejor ejemplo de esta postura académica es la serie de artículos titulada «Measure Twice, Cut Once: Assessing Some China-US Technology Connections», publicada en el año 2020 por la Johns Hopkins University.

[27] Martin Jacques, *When China Rules…*, *op. cit.*

[28] En algunas traducciones la cita exacta es: «Fue la emergencia de Atenas, y el miedo de Esparta, lo que provocó la guerra».

[29] El politólogo estadounidense Graham T. Allison acuñó el término en un artículo que escribió en 2012 para el *Financial Times*, basándose en la cita de Tucídides mencionada en la nota anterior. Allison empleó el término para describir una tendencia hacia la guerra cuando una potencia emergente (ejemplificada por Atenas) desafía el estatus de una potencia dominante (ejemplificada por Esparta). El autor ahondó en este concepto en su libro de 2017 *Destined for War* (Mariner Books, Boston), que sostiene que «China y Estados Unidos están en curso de colisión para la guerra».

[30] Se graduó en la Universidad de Harvard en 1962 y en la Universidad de Oxford con una beca Marshall en 1964. Después regresó a Harvard, donde obtuvo un doctorado en Ciencias Políticas en 1968 y desarrolló su carrera académica como decano de la Kennedy School of Government. También ha sido asesor de la Corporación RAND, miembro del globalista Consejo de Relaciones Exteriores (CFR, por sus siglas en inglés), integrante del comité sobre estudios de política exterior en la Institución Brookings (1972-1977) y miembro de la también globalista Comisión Trilateral (1974-1984).

[31] «Nuestro trabajo, los recursos y los medios de subsistencia son todo lo que tenemos; así es la estructura misma de nuestra sociedad. En los consejos de Gobierno, debemos evitar la compra de influencias injustificadas, ya sean buscadas o no, por el complejo industrial-militar. Existe el riesgo de un desastroso desarrollo de un poder usurpado y [ese riesgo] se mantendrá. No debemos permitir nunca que el peso de esta conjunción ponga en peligro nuestras libertades o los procesos democráticos». Extracto del discurso del presidente de Estados Unidos, Dwight D. Eisenhower, en su despedida a la nación con fecha 17 de enero de 1961.

[32] El *soft power* («poder blando») es un concepto de relaciones internacionales que se refiere a la capacidad de un país o actor para influir en otros no mediante la fuerza o la coerción (poder duro), sino a través de la

atracción, la persuasión y la legitimidad. Aunque fue impulsado desde Estados Unidos como la forma de intervenir en países extranjeros sin el uso de las armas, ha sido China quien lo ha desarrollado como mayor fidelidad.

[33] La Nueva Ruta de la Seda, oficialmente conocida como la Iniciativa de la Franja y la Ruta (en inglés *Belt an Road Initiative*, o BRI), es un ambicioso proyecto global lanzado por China en 2013 bajo el liderazgo del presidente Xi Jinping. Su objetivo es reconfigurar el comercio mundial y expandir la influencia económica y geopolítica de China a través de una red de infraestructuras terrestres y marítimas que conecten Asia con Europa, África y América Latina.

[34] Ray Dalio, *Principios para enfrentarse al nuevo orden mundial*, Deusto, Barcelona, 2022.

[35] Ver capítulo 5.

[36] «La retirada de varias organizaciones internacionales, así como la congelación de la mayor parte de la ayuda es una decisión que beneficia a China y proporciona una oportunidad estratégica a este país en los asuntos internacionales (…) La historia demostrará que el verdadero ganador es el que tiene en cuenta los intereses de todos, y que solo una comunidad garantizará que el mundo pertenezca a todos los países». Declaraciones realizadas el 7 de marzo de 2025 por el ministro de Exteriores chino, Wang Yi, en rueda de prensa con motivo de la tercera sesión del XIV Congreso Nacional.

[37] John J. Mearsheimer, *The Great Delusion: Liberal Dreams and International Realities*, Henry L. Stimson Lectures, Yale University Press, New Haven, 2018.

[38] *Ibid*.

[39] Emmanuel Todd, *La derrota de Occidente*, Ediciones Akal, Madrid, 2024.

[40] «El legislador debe siempre contar con las clases medias en la constitución. Si establece leyes oligárquicas es necesario que tenga presente a la clase media, y si la legislación es democrática, atraerse a esta con las leyes. Pero donde la clase media aventaja en número a los dos extremos o bien a uno solo, ahí es posible que la constitución tenga estabilidad. No se ha de temer que los ricos se pongan de acuerdo con los pobres para ir contra la clase media, porque jamás unos querrían estar sometidos a los otros, y aunque pretendiesen buscar una constitución que sirviese para ambos no encontrarán otra que no sea esta, pues a causa de su mutua desconfianza no aceptarían gobernar por turno. En todas partes el árbitro es el que goza de mayor crédito y el árbitro aquí es la clase media». Aristóteles, *Política*, Istmo, Madrid, 2005.

[41] «Está bastante claro que la *pax americana* está llegando a su fin y que la gobernanza global está pasando de la gobernanza por Occidente a la cogobernanza por Occidente y Oriente. Pero no debemos equivocarnos al

pensar que será un período prolongado y muy enredado en el que los poderes fácticos y el poder en ejercicio tendrán que encontrar una forma mutuamente aceptable de coexistencia pacífica y cooperativa y no caer en la "trampa de Tucídides"». He Yafei, «From Pax Americana to Pax Globalcana», *CHINA US Focus*, 23 de abril de 2018.

[42] La mayoría de los historiadores consideran que el origen de la China actual se remonta a la dinastía Zhou, que creció a lo largo del valle del río Amarillo a finales del segundo milenio a.C. No obstante, hay que precisar que bajo la anterior dinastía Shang los cimientos de la China moderna habían empezado a tomar forma con un lenguaje ideográfico, el culto a los antepasados y la idea de un único gobernante. Sin embargo, la civilización china aún no tenía una idea clara de sí misma. Habría que esperar unos siglos para que llegaran los escritos de Confucio.

[43] Martin Jacques, *When China Rules…*, *op. cit.*

[44] *Ibid.*

[45] Henry Kissinger, *On China…*, *op. cit.*

[46] Declaración extraída de la rueda de prensa de Wen Jiabao tras la sesión de clausura de la cuarta sesión de la XI Asamblea Popular Nacional (APN) en el Gran Palacio del Pueblo de Pekín, celebrada el 14 de marzo de 2011.

[47] Elizabeth C. Economy, *El mundo según China*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2024.

[48] Eugenio Bregolat, «China: 30 años de reformas económicas», *Política Exterior* 126, 1 de noviembre de 2008.

[49] Elizabeth C. Economy, *El mundo según China*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2024, op. Cit.

[50] Gonzalo Ghiggino, «El realismo moral como enfoque de las relaciones internacionales. Aportes al debate teórico sobre el rol de China en el sistema internacional», *Revista de Investigación en Política Exterior Argentina* 3 (5), 2023, pp. 76-93.

[51] «América para los americanos» fue la frase con la que el quinto presidente de Estados Unidos, James Monroe (1758-1831), estableció una doctrina originalmente anticolonialista, pero que a lo largo de la historia ha sido utilizada por Washington para justificar su intervencionismo en Latinoamérica. Fue elaborada por el entonces secretario de Estado y futuro presidente John Quincy Adams.

[52] Ray Dalio, *Principios para enfrentarse… op. cit*.

[53] Jorge Dezcallar, *El fin de una era*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2024.

[54] Jorge Dezcallar, «El síndrome de Venecia», *El Periódico*, 17 de octubre de 2021.

2.

OBJETIVO: ALEMANIA

La OTAN fue creada para mantener fuera a la Unión Soviética, a los estadounidenses dentro y a los alemanes bajo control.

LORD ISMAY[1]

Aquella mañana del 3 de marzo de 2023 el día había amanecido frío y nuboso en Washington. Se conmemoraba el segundo aniversario de la ofensiva militar rusa en el este de Ucrania, en unas repúblicas del Dombás que, tras años de insistencia, habían logrado que Vladímir Putin escuchara sus plegarias y les ayudara a contener a un ejército de Kiev que no dudaba en atacar poblaciones civiles desde que en 2014 la revolución del Maidán dividió al país en una guerra civil soterrada en la que las autoridades europeas hicieron la vista gorda, mientras contratistas militares y diversas agencias de inteligencia norteamericanas y británicas tutelaban y coordinaban las actuaciones sobre el terreno. Era un viernes de mucho ajetreo en los pasillos de la Casa Blanca porque se esperaba la llegada del canciller de Alemania, Olaf Scholz, aunque en esta ocasión la orden del aparato protocolario era no preparar grandes celebraciones: había que mantener un perfil bajo. El político germano viajaba con una pequeña comitiva, prácticamente solo, sin asesores, ministros ni periodistas. La agenda se mantenía en una confidencialidad absoluta, lo cual es extraño en este tipo de viajes oficiales que sirven como herramientas de propaganda, en particular cuando se quiere presentar a la población la férrea colaboración del líder del principal país europeo (con permiso de Francia) con el supuesto defensor del mundo libre, en plena contienda con su némesis rusa.

Poco después supimos que la razón oficial de este secretismo era tan sencilla como inquietante. Las agencias de noticias internacionales exponían que los líderes de las dos potencias se reunían para superar sus reticencias a suministrar armamento

ofensivo a Ucrania, reformular sus posturas para dar sus bendiciones al envío de carros de combate —tanques Abrams estadounidenses y Leopard germanos— e insistir en que la Alianza Atlántica estaba completamente unida en su determinación de apoyar a Kiev en un «respaldo inquebrantable, con lo que hiciera falta durante todo el tiempo que fuera necesario».[2] Sin embargo, la causa real del encuentro era otra, absolutamente inconfesable. El canciller viajaba a Estados Unidos para que Joe Biden le explicara los pormenores de un plan de comunicación institucional dirigido a eludir la responsabilidad de la cúpula de la OTAN en los atentados de los gasoductos Nord Stream, que eran la principal arteria energética que nutría de gas ruso a la economía alemana. Por eso el canciller asistió solo a la cita y no se celebró rueda de prensa. Aunque estaba anotada en la agenda, la convocatoria se anuló aludiendo supuestas discrepancias con el envío del material militar a Kiev cuando de hecho el acto mediático nunca estuvo en la mente de los funcionarios de la Casa Blanca para evitar cualquier desliz que dejara entrever el pacto inconfesable entre Biden y Scholz. Tal como revelaron varios medios de comunicación germanos posteriormente,[3] la clave del encuentro —a petición del presidente norteamericano— fue acordar una posición conjunta respecto a una serie de informaciones que iban a aparecer, al mismo tiempo, en la prensa alemana y norteamericana, creando un relato fabricado del sabotaje de los gasoductos del Báltico en una filtración dirigida desde las cloacas federales que eliminaba la responsabilidad del Pentágono, la CIA y el MI6 en la preparación y ejecución del atentado.

Pocas semanas antes, a principios de febrero, el galardonado periodista estadounidense Seymour Hersh había publicado un reportaje en el que atribuía directamente la autoría a la Casa Blanca con la colaboración del Gobierno de Noruega.[4] Según esta investigación, la orden de destruir esta infraestructura vino directamente de Biden después de nueve meses de un acalorado debate en el seno de la comunidad de seguridad nacional de Washington. Esta revelación implicaba que el ataque comenzó a estudiarse seriamente en enero del año 2022, cuando todavía no se

había producido la intervención militar rusa en Ucrania. La fuente de inteligencia que suministró la información a Hersh dejó muy claro que la cuestión central de las deliberaciones no era si había que ejecutar esta misión, sino cuál era la mejor forma de llevarla a cabo sin ser descubiertos, diseñando una operación de bandera falsa.

Volvía a sacarse del cajón la clásica directiva del Consejo de Seguridad Nacional, aprobada en los albores de la Guerra Fría, que dio el beneplácito gubernamental a la «propaganda, guerra económica, acciones directas que incluía el sabotaje y la subversión contra estados hostiles». Todas estas actividades «han de planificarse y ejecutarse de tal forma que las personas no autorizadas no puedan apelar a la responsabilidad del Gobierno de Estados Unidos y que, si se descubren, el Gobierno de Estados Unidos pueda negar de forma convincente cualquier responsabilidad por ellas».[5] Se trataba de negar lo que ya sospechaban todos aquellos que estaban medianamente informados y que fue verbalizado por el entonces eurodiputado polaco —luego ascendido a ministro de Exteriores y uno de los mayores impulsores de la deriva bélica europea— dando las gracias públicamente en las redes sociales a Estados Unidos por la destrucción de los gasoductos ruso-germanos con una imagen del mar espumoso bajo el cual se habían producido las explosiones: «*Thank you, USA*».[6]

El reportaje incendiario del periodista fue ignorado por la gran mayoría de los medios internacionales, ante todo por los alemanes y norteamericanos, a pesar de que su autor es un profesional reputado por sus numerosos libros y trabajos de investigación, ganó un Pulitzer y durante toda su carrera ha sido reconocido por sus fuentes en los servicios secretos, así como en las altas esferas del Pentágono. No obstante, los estrategas de Washington eran muy conscientes de que la mecha había prendido y solo era cuestión de tiempo que la sociedad despertara y comenzara a hacerse preguntas sobre la destrucción de una infraestructura clave para la seguridad energética europea que, a pesar de los intentos de los habituales propagandistas para atribuir su factura a la inteligencia rusa, era

evidente que se había destruido mediante un sabotaje perpetrado en la órbita de la OTAN.

Las primeras acusaciones pusieron a los rusos en el centro de la conspiración pero perdieron rápidamente fuelle por su falta de consistencia, ya que si el Kremlin deseaba cortar el suministro de gas le bastaba con cerrar las compuertas. No hacía falta destruir una infraestructura que les había costado miles de millones y que además habían construido junto a empresas energéticas europeas y cuya fundación compartía con las autoridades germanas. La falta de interés de las fiscalías danesa, noruega, finlandesa y alemana para llegar al fondo de la cuestión era la mayor muestra de que todos eran conscientes de que lo más probable era que se hubiera tratado de una operación en la que, de una u otra forma, estuviera implicada la cúpula de la Alianza Atlántica. El objetivo primordial en aquellos momentos era echar tierra encima del cadáver para que la sociedad apartara la mirada de los verdaderos autores, pero la gravedad del ataque y sus consecuencias para la economía europea, especialmente para la de Alemania, hacían necesario buscar cabezas de turco. Había que responsabilizar a otros. Y descartados los rusos, los servicios secretos ucranianos eran la opción perfecta para cargarles el muerto.

De forma bien significativa, cuatro días después de la visita de Scholz a Estados Unidos, aparecieron una serie de informaciones coordinadas a ambos lados del Atlántico. La maquinaria de la propaganda es lo único que funciona en Europa con la precisión de un reloj suizo. Una aparente investigación conjunta del semanario *Die Zeit* y las televisiones ARD y SWR apuntaban a un grupo ucraniano como autor del sabotaje a los gasoductos Nord Stream e indicaba de forma muy oportuna —y también reveladora— que la operación se había ejecutado sin el conocimiento del Gobierno de Zelenski. Una cosa era culpar convenientemente a los díscolos ucranianos y otra muy distinta implicar al actor reconvertido a político que en aquel momento se había elevado a los altares de la democracia internacional, olvidando los informes de corrupción y nepotismo que obraban en poder de autoridades europeas y estadounidenses desde antes de la intervención militar rusa, varios

de ellos publicados por organismos oficiales. Según esta nueva versión de los hechos, el ataque lo llevó a cabo un grupo de ucranianos que alquilaron un yate a una empresa con sede en Polonia: llenaron la embarcación con explosivos y emplearon buzos para colocar los artefactos explosivos a 80 m de profundidad en los gasoductos Nord Stream 2.

Nord Stream 2: juegos de guerra en el Báltico

Esta versión de los hechos eludía un numeroso conjunto de sucesos sobre los que se pretendía pasar por alto, ya que su exposición podría dar lugar a preguntas incómodas en el seno de la Alianza Atlántica, en especial en una Europa que había sido atacada sin que teóricamente estuviera en una situación de guerra. El atentado se produjo a la altura de la isla de Bornholm, bajo control danés,[7] territorio que alberga instalaciones de radar de la OTAN de última generación y que fue tomado literalmente por el Ejército norteamericano pocos meses antes del atentado —en mayo— en unas maniobras impulsadas por el Pentágono denominadas Defender Europe 2022. Poco después, en junio, la Alianza Atlántica inició otro de sus tradicionales juegos de guerra precisamente en el Báltico, los conocidos como BALTOPS, destinados a probar los últimos avances en tecnología de minas de vehículos no tripulados en el lecho marino (drones submarinos) para demostrar su eficacia en escenarios reales.[8] La operación se llevó a cabo, precisamente, frente a la costa de la isla de Bornholm, bajo la dirección de la flota de los Estados Unidos. Como ya es tradición, los simulacros de la OTAN coincidían con atentados reales en el mismo tiempo y lugar.[9]

Y no fue el único. Transcurrieron los meses, llegó agosto y un total de 4.000 soldados estadounidenses, pilotos de helicópteros, soldados de infantería naval, personal de apoyo y analistas de inteligencia realizaron la mayor operación en el Báltico desde la Segunda Guerra Mundial. En este contingente estaba el USS *Kearsarge*, un gigantesco buque de combate especializado en operaciones anfibias, con el objetivo no confeso de poner a raya a

los submarinos rusos nucleares que se encontraban frente al enclave ruso de Kaliningrado. Este buque realizó maniobras con el ejército danés, sueco y finlandés. Y finalmente llegamos a septiembre, cuando el mismo día de los atentados contra los gasoductos Nord Stream, la OTAN publica en las redes sociales un comunicado jactándose de probar precisamente estos sistemas de navegación submarina no tripulada en el mar. El comunicado hacía referencia a otro juego de guerra, denominado Dynamic Messenger 22, anunciado el 24 de septiembre.[10]

Por si todo ello no fuera suficiente, resulta que en los primeros días de septiembre un helicóptero Sikorsky MH-60R Seahawk de la Marina norteamericana pasó horas vagando sobre la ubicación de los gasoductos cerca de Bornholm durante varios días seguidos. El servicio de seguimiento de aeronaves Flightradar24 reveló cómo esta aeronave realizó sus incursiones usando como base territorio polaco,[11] aparato al que se sumó los días posteriores un helicóptero NH9 de la Marina holandesa. Para completar el cuadro, el mismo día del atentado, la agencia Reuters informó[12] de la presencia de un avión de patrulla y reconocimiento de la Marina de los Estados Unidos (el P-8 Poseidón) sobrevolando la zona de las explosiones horas antes de que se produjeran. Es decir, que o son los peores vigilantes del mundo o participaron de alguna forma en el sabotaje, porque toda el área estaba controlada por fuerzas de la OTAN, realizando varios ejercicios de guerra simultáneos y actuando por mar y aire justo en las ubicaciones donde se produjeron las explosiones que destruyeron los gasoductos.

Por no mencionar los intentos previos del Gobierno de Polonia de atacar esta infraestructura en marzo de 2021, cuando un submarino y un buque de guerra intentaron minar los gasoductos, sin éxito, y luego usaron barcos pesqueros a modo de kamikaze. Posteriormente, en la denominada Operación Bornholm Bash, las fuerzas armadas polacas trataron de sabotear los buques rusos que colocaban las tuberías del Nord Stream 2, pero se vieron obligados a retirarse de forma abrupta.

Curiosamente, por ese mismo lecho marino también transcurría el gasoducto Baltic Pipe, infraestructura desarrollada por Polonia, Dinamarca y Noruega, competidora directa de su rival germano-rusa y que, sorprendentemente, no fue afectada por las explosiones, que se inauguró para más inri tan solo dos días después del ataque.[13] Con su puesta en marcha, los polacos lograban prescindir totalmente de la dependencia histórica de Gazprom, trazando una hoja de ruta para apoyarse en sus vecinos nórdicos, en el gas natural licuado (GNL) procedente de Estados Unidos (como tiempo después pactaría la Comisión Europea con la Administración Trump para desactivar la amenaza arancelaria) y llegar a un acuerdo con la Casa Blanca para construir seis reactores nucleares. Los tiempos estaban cambiando, como decía Bob Dylan, y los polacos conocían la letra y la música de la nueva sinfonía.

Cuando se publicó la nueva versión del atentado energético en el Báltico, que culpó a los navegantes ucranianos, para eludir la responsabilidad de la Casa Blanca atribuida por las fuentes de Hersh y ocultar todos los operativos de la OTAN previos que acabamos de describir, el Gobierno y la Fiscalía alemanes permanecieron en silencio, a pesar de que en el caso de que esta información fuera cierta estaríamos ante un ataque cometido por ciudadanos de un país ajeno al club contra una infraestructura clave para uno de los países más importantes de la Alianza Atlántica. Si el ejército o los servicios secretos ucranianos estaban implicados, se trataría de un acto de guerra que podría activar el famoso artículo cinco del Tratado de Washington,[14] y abrir otro frente bélico en el seno de Europa, algo que no sería la primera vez que se contemplaría en el caso de las acciones militares del régimen de Kiev durante el curso de la guerra.

Al mismo tiempo, de forma coordinada, *The New York Times* publicaba esta nueva versión del atentado[15] en un reportaje en el que participaron cinco periodistas, un nutrido grupo que a todas luces no era necesario porque el texto ya venía escrito desde las cloacas de los servicios secretos. Entre ellos figuraba Julian E. Barnes, también ganador del Pulitzer y especializado en seguridad

nacional e inteligencia, un tipo con el peso ideal para dar más empaque a la supuesta investigación y neutralizar el reportaje de Hersh. Su trabajo se fundamentaba en un «informe de inteligencia elaborado por oficiales estadounidenses» que había servido de base para elaborar un texto que empleaba de forma milimétrica los mismos argumentos y datos de sus colegas alemanes. Los que llevamos mucho tiempo en la profesión periodística y peinamos canas sabemos que esta es la principal señal de que se trata de una filtración de las altas esferas, con dosieres preparados *ad hoc* para ser publicados al unísono en los dos países que más tenían que ocultar respecto a este sabotaje: el autor y la víctima, que en este caso colaboraba en la estrategia de desinformación para esconder la actitud servil y sumisa hacía su agresor. ¿Por qué el Gobierno alemán permanecía impasible ante tanta ignominia?

Complicidad del Gobierno alemán

Basta con analizar la carrera de Olaf Scholz para comprender la pasividad del entonces canciller. No nos debe sorprender su capacidad para modificar el color de su piel, como un camaleón, cuando la situación externa lo requiere, pero casi nunca por decisión propia. Al político germano se le conoce como «el Autómata», por sus discursos monocordes, sin alma, un tipo carente de compromiso ideológico (disfrazado de pragmatismo) y una total ausencia de carisma. Pasó de defender la ortodoxia fiscal a aplaudir la borrachera de deuda pública cuando llegó la pandemia, cambió el traje de halcón liberal con su reforma laboral por el de protector de los trabajadores durante la Gran Reclusión, dijo que la decisión de la certificación y apertura de Nord Stream 2 era exclusiva del Ejecutivo alemán, pero calló cuando se lo dinamitaron delante de sus narices y acabó sus días en la Cancillería, al frente de la «coalición semáforo» (junto a los Verdes y al Partido Liberal) completamente derrotado, como un boxeador noqueado que da vueltas en el ring, intentando a duras penas mantenerse en pie para evitar caer en la lona.

Los votantes alemanes no dudaron en expulsarlo de la Cancillería en febrero de 2025 en unas elecciones en las que su partido, el SPD,

registró el peor resultado de la historia. El ganador fue Friedrich Merz, un atlantista (como Scholz), exresponsable de la división de la gestora de inversión BlackRock en Alemania, directivo de una de las firmas legales norteamericanas con más peso en el mundo del *lobby*, Mayer Brown, y con asiento en la Comisión Trilateral, organización creada por David Rockefeller para impulsar la agenda globalista desde Estados Unidos, junto con el Consejo de Relaciones Exteriores (CFR, por sus siglas en inglés).

Como explica Werner Rügemer en su obra sobre la presencia de la gestora de inversión norteamericana en Alemania,[16] el trabajo de Merz en Mayer Brown consistió en ayudar a facilitar acuerdos que promovieron los intereses del capital estadounidense en Alemania, al alentar a los inversores estadounidenses a comprar empresas en la República Federal prometiéndoles un entorno amigable. El resultado fue la venta y reestructuración de miles de compañías alemanas, lo que implicó recortes de empleos y congelación de salarios, un enfoque abiertamente elogiado por Merz en su libro *Atrévete a ser más capitalista*,[17] en el cual nos muestra su visión manipulada de un sistema económico que, planteado de esta manera, poco tiene que ver con el mercado libre y mucho con las puertas giratorias y el secuestro de la política por las élites corporativas. Al mismo tiempo que realizaba esta labor, Merz también formó parte de los consejos de supervisión y administración de varias grandes empresas y fue entonces cuando BlackRock llamó a su puerta.

«El atractivo de contratar a Merz no es difícil de ver —expone el analista Tomas Fazi—, facilitó reuniones entre el CEO de BlackRock, Larry Fink, y políticos alemanes y ayudar a dar forma a políticas que beneficiarían a la empresa y su amplia cartera de inversiones. Bajo la influencia de Merz, BlackRock se ha convertido en uno de los mayores accionistas no alemanes de muchas de las empresas más importantes del país, desde Deutsche Bank hasta Volkswagen, pasando por BMW y Siemens. Sin embargo, su trabajo no consistía solo en aumentar las ganancias para los accionistas; también se trataba de definir un entorno político en el que los intereses corporativos estuvieran alineados con la política gubernamental. Por

una feliz coincidencia, también se creó un clima en el que alguien como Merz podía pasar fácilmente del gran empresariado al Bundestag. Y así sucedió en 2021, cuando Merz, armado con un abultado saldo bancario y dos aviones privados, regresó a la política como líder de la CDU».[18]

Al centrar la mirada en estos antecedentes no nos debería sorprender que la caída en desgracia de Scholz —causada en buena medida por la desastrosa gestión económica y política durante la guerra de Ucrania— volviera a beneficiar a los intereses de Wall Street y el Departamento de Estado norteamericano. La banca y los Gobiernos no suelen perder la partida, sobre todo cuando están alineados. En Washington y Nueva York se celebró por todo lo alto el resultado de los comicios germanos: había ganado otra de sus marionetas, la que se apresuraría a violar en los primeros días sus dos principales promesas electorales: el control de la inmigración irregular y el mantenimiento del freno constitucional al aumento de la deuda. Y para completar el guion se ponía de rodillas frente al tradicional enemigo británico y se unía a la Francia de Emmanuel Macron para reclamar un «reinicio» o «reseteo»[19] de una Europa maltratada por sus amos, a los cuales no se enfrenta porque sufre un síndrome de Estocolmo crónico. Una vez más, los votantes habían sido engañados.

Guerra energética

Con todos estos factores sobre la mesa podemos ya comenzar a atisbar una realidad muy distinta a la que se nos presenta en los grandes medios de comunicación occidentales, especialmente en Europa. La destrucción de los gasoductos Nord Stream y las sanciones bumerán a Moscú, que acabaron golpeando a las economías del Viejo Continente, en particular a su locomotora germana, formaron parte de un proceso que comenzó varias décadas antes del enfrentamiento bélico entre Rusia y Ucrania. Para los estrategas de Washington era intolerable que Berlín y Moscú tejieran una alianza energética que reforzara los lazos euroasiáticos,

con una China que podía aprovechar para atraer aún más a la UE a su esfera de influencia.

El acuerdo inicial de la infraestructura energética entre Berlín y Moscú data de 1970, pero fue la canciller Angela Merkel quien lo reflotó para que el gas ruso garantizara el desarrollo industrial alemán, como una fuente de respaldo para la generación eléctrica una vez que la opción nuclear se descartó tras el accidente de la central nuclear japonesa de Fukushima. El uso del carbón tenía los días contados —al menos eso nos decían— y la apuesta europea por una transición energética con más presencia de renovables en el *mix* hacía aún más imprescindible esta alianza, porque hasta que las tecnologías de almacenamiento no estuvieran desarrolladas —a un coste asumible— las centrales fotovoltaicas, eólicas e hidráulicas necesitarían a las de ciclo combinado (que queman gas) para producir electricidad cuando las condiciones climáticas no acompañan.

Esta dependencia se remonta a más de medio siglo. En la década de 1960, la industria pesada de la entonces Alemania Occidental buscaba energía barata y estaba dispuesta a suministrar a la Unión Soviética los gasoductos necesarios para el bombeo de gas. Mientras tanto, estos Gobiernos aspiraban a suavizar las relaciones políticas con los soviéticos. Posteriormente, se ampliaron los lazos económicos bajo el lema *Wandel durch Handel* (el «cambio a través del comercio»), que culminó con la construcción de los gasoductos que conectaban directamente Alemania con el gas ruso bajo las aguas del Báltico. En 2005, el entonces canciller alemán, el socialdemócrata Gerhard Schröder, firmó una declaración de intenciones con el presidente ruso, Vladímir Putin, para poner en marcha el proyecto al que siempre se opusieron los estrategas de Washington y Londres. Poco más de una década después, el alemán fue premiado con la presidencia del gigante petrolero Rosneft, confirmando la alianza entre ambos países y poniendo en guardia a los estrategas de la esfera anglosajona.

Por lo tanto, cuando, seis años después, Merkel y el entonces presidente Rusia, Dimitri Medvédev reían abiertamente en la ceremonia de inauguración del primer Nord Stream, en noviembre

de 2011, en los pasillos de los principales organismos de poder de la esfera anglosajona la preocupación era más que evidente. En aquel acto también estaban el primer ministro de Francia, François Fillon, y el de Países Bajos, Mark Rutte, quien tiempo después, en plena guerra de Ucrania, se convertiría en secretario general de la OTAN, puesto desde el que se sumaría a la promoción de la rusofobia en el Viejo Continente olvidando cómo disfrutó poniendo su mano en la llave que, de forma simbólica, abría este gasoducto creado con el objetivo de que los exportadores rusos evitaran que su gas tuviera que cruzar Ucrania y Polonia para el suministro de los mercados de Europa occidental. La hemeroteca no perdona,[20] aunque haya muchos que se dediquen a reescribir la historia, como hacía el protagonista de la novela *1984*, cambiando hechos en tiempo real, modificando archivos y alterando argumentos para manipular a la opinión pública.

Este acuerdo entre Alemania y Rusia fue el factor que aceleró los acontecimientos en Ucrania, con un cambio de Gobierno en 2014 impulsado desde Washington y una guerra civil motivada por la necesidad de crear un conflicto en el Este de Europa que permitiera romper esta alianza entre Moscú y Berlín, que podría ir más allá del ámbito energético. Como bien apunta el economista estadounidense Michael Hudson, la guerra de Ucrania ha sido, en verdad, un «ataque a Alemania» o, en su defecto, el país germano ha sido una víctima de la nueva contienda que los estrategas geopolíticos norteamericanos han lanzado para asegurarse de que el Viejo Continente salga de la esfera de Putin y Xi Jinping. «El desmantelamiento de la industria alemana desde 2022 es un daño colateral en la guerra geopolítica de Estados Unidos para aislar a China, Rusia y los países aliados, cuya creciente prosperidad y autosuficiencia se considera un desafío inaceptable a la hegemonía estadounidense. Para prepararse para lo que promete ser una lucha larga y costosa, los estrategas estadounidenses tomaron una medida preventiva en 2022 para alejar a Europa de sus relaciones comerciales y de inversión con Rusia. En efecto, pidieron a Alemania que cometiera un suicidio industrial y se convirtiera en una

dependencia norteamericana. Eso convirtió a Alemania en el primer y más inmediato objetivo de la nueva guerra fría de Estados Unidos».[21]

El abrazo del oso

El análisis de Hudson parte de la idea de que, al asumir el cargo en enero de 2021, Joe Biden y su equipo de seguridad nacional declararon a China como el enemigo número uno de los intereses norteamericanos, «considerando su éxito económico como una amenaza existencial para la hegemonía estadounidense». Y para «evitar que sus oportunidades de mercado atrajeran la participación europea mientras construía su propia defensa militar, la Administración norteamericana trató de encerrar a Europa en la órbita económica de Estados Unidos con la esperanza de que esto perturbara sus economías, creando presión popular para renunciar a sus esperanzas de un nuevo orden económico multipolar». Pero este plan tenía un problema. La economía alemana disfrutaba de prosperidad exportando productos industriales a Rusia e invirtiendo en mercados postsoviéticos, mientras importaba gas ruso y otras materias primas a precios internacionales relativamente bajos.

«Es axiomático que, en condiciones normales, la diplomacia internacional siga el interés nacional —continúa explicando el historiador y economista norteamericano—. El problema era cómo persuadir a los líderes de Alemania para que tomaran la decisión antieconómica de abandonar su rentable comercio con Rusia. La solución fue fomentar la guerra en Ucrania e incitar a la rusofobia para justificar la imposición de una amplia gama de sanciones que bloquearan el comercio europeo» con Moscú. Y en una segunda fase, sobre todo tras la llegada de Trump a la Casa Blanca y la supuesta desconexión militar con Europa, «promover la fantasía de que Rusia pueda invadir Europa Occidental» con la esperanza de rearmar a los países del Viejo Continente con material bélico estadounidense y confiar en que Rusia se agote a sí misma al aumentar su propio gasto militar en respuesta al de la OTAN, al mismo tiempo que se produce un éxodo de empresas industriales en

Europa y se sustituye la dependencia del suministro energético ruso importando gas natural licuado (GNL) norteamericano, a precios tres o cuatro veces más altos.[22] El objetivo real de esta estrategia no es cambiar de proveedor por motivos de defensa de la democracia (quien se haya creído esto tiene un serio problema de percepción), sino elevar los precios reduciendo la oferta para garantizar la rentabilidad de las plataformas de exportación fabricadas al otro lado del Atlántico varios años antes de que Rusia entrara de lleno en el conflicto ucraniano. Las energéticas norteamericanas tenían una bola de cristal porque en aquel momento no había mercados extranjeros que demandaran su gas.

La gran paradoja es que la economía rusa se ha fortalecido[23] en lugar de sufrir como consecuencia de unas sanciones que le han proporcionado incentivos para adoptar una serie de reformas estructurales y acelerar su viraje hacia Oriente como política a largo plazo, de lo cual también se ha beneficiado una China que ha aprovechado para potenciar alianzas estratégicas en el seno de los BRICS[24] y comprar materias primas a las empresas del Kremlin con importantes descuentos, sobre todo en los primeros meses de la guerra ucraniana. La economía mundial se está fracturando en dos sistemas opuestos que dejan a los alemanes atrapados en medio, con su Gobierno tomando la suicida decisión de encerrar a la nación en el sistema unipolar estadounidense. El precio de su elección de vivir en el sueño americano eludiendo otros compañeros de viaje cegados por la hegemonía centrada en Estados Unidos ha sido sufrir una depresión industrial, convertirse en el enfermo de Europa y perder la identidad de guardián monetario de la eurozona.

Esto es lo que ha llevado a la mayoría de hogares que viven al este del país a respaldar al partido Alternativa por Alemania (AfD), cuyo programa defiende replantear el vínculo atlantista y volver a negociar con el Kremlin. Lo que los estadounidenses llaman «dependencia» de Rusia ha sido reemplazado por un sometimiento a proveedores estadounidenses más caros, perdiendo las conexiones con el mercado ruso y, lo más grave, alejándose de su vertiente asiática, con un coste enorme: el empleo y la producción industrial

alemanes sobre los que se edificaron los cimientos de la Comunidad Económica Europea (CEE). Y la solución, según los burócratas de Berlín, Londres y Bruselas, es aumentar el gasto público militar para provocar un crecimiento económico artificial que, además, obligue a mantener una situación de tensión bélica constante. A este respecto se pregunta Hudson: «¿Vale la pena renunciar a la oportunidad de prosperidad mutua con los mercados mundiales de más rápido crecimiento por el vasallaje económico a Estados Unidos?».

Otros autores, como el historiador francés Emmanuel Todd, coinciden en señalar que la verdadera víctima del conflicto bélico ucraniano es la locomotora germana al considerar que «ningún país ha tragado sapos más gordos que Alemania» en esta guerra existencial azuzada por la Casa Blanca y el número 10 de Downing Street. Un país que, «tras la reunificación y el auge de su poder financiero durante la crisis de 2007-2008, tenía todos los motivos para desempeñar un papel de liderazgo en Europa y distanciarse de Estados Unidos». Para Todd que el ascenso germano se haya truncado en la reciente «singular trayectoria de este hegemón renuente y pusilánime debe llamar a la reflexión»[25].

Y aquí está seguramente otra de las grandes claves que permanecen ocultas en el maremágnum de intereses que alumbran la era del desorden global que expusimos en el capítulo anterior; el gran interrogante que debemos despejar: podemos comprender los motivos de Washington, Moscú y Pekín a la hora de establecer sus propias prioridades y determinar su política internacional interviniendo en el Viejo Continente, pero lo que parece inexplicable es la colaboración de los gobernantes y de las élites europeas en esta injerencia extranjera, a modo de aparente suicidio. A no ser, claro está, que trabajen para el enemigo.

Es evidente que existía una urgencia dentro del seno del imperio anglosajón para torcer el brazo a Alemania, país que era un obstáculo también para aquellos políticos europeos que, en buena medida dirigidos desde la City y Wall Street, necesitaban que cayera el último bastión contra la ortodoxia fiscal y monetaria, para poner en marcha su plan de endeudamiento masivo y así forzar una mayor

integración política y financiera que permitiera pasar por encima de las soberanías nacionales y hacer efectiva una Unión real, en la que no existiera la posibilidad de que gobernantes díscolos pudieran oponerse a los planes que dicte Bruselas. Esta confluencia de intereses es la que permite comprender la deriva que ha experimentado Europa especialmente en el primer cuarto de siglo XXI, con una responsabilidad propia y ajena en su pérdida de relevancia, quemando en la hoguera al continente con la esperanza de hacerlo resurgir como un ave fénix, con una nueva identidad diseñada al margen de la voluntad ciudadana. Destruir para «reconstruir mejor»,[26] otro de los conceptos rescatados por los ingenieros sociales globalistas que aspiran a modelar las sociedades para aspirar a emular al alfarero universal.

La génesis de las sanciones a Rusia adoptadas en el seno de la UE es un claro ejemplo de esta colaboración entre actores internos y externos. La gran mayoría de la población europea cree que los sucesivos paquetes de medidas para castigar al Gobierno de Putin y a sus grandes empresas fueron diseñados y adoptados por consenso entre los líderes europeos tras un debate sobre las necesidades económicas y geopolíticas de cada Estado miembro, poniendo en la balanza los pros y las contras para no errar el disparo y lograr hacer daño a Rusia y provocar el menor impacto en las economías de la eurozona. Desde este punto de vista, las graves consecuencias que han sufrido los países que han obedecido los designios de la Comisión Europea —debido a los sucesivos paquetes de castigo económico al Kremlin— serían una especie de daño colateral inevitable que incluso algunos han llegado a atribuir a la mala suerte. Es muy revelador comprobar cómo este relato ha calado en buena parte de la sociedad occidental a pesar de ser evidentemente falaz, no solo en lo relativo a la víctima real del daño de estas sanciones (actuando como un bumerán que golpeó a aquellos que las lanzaron), sino que, además, resulta que el diseño de las mismas fue profundamente antidemocrático, realizado al margen de los Parlamentos, con una evidente injerencia externa y muy

posiblemente perpetrado con el objetivo no confeso de dañar a la propia Europa.

Sanciones bumerán

No habían transcurrido ni tres días desde que el Kremlin anunciara su «operación militar especial» para proteger a las repúblicas del Dombás y Ursula von der Leyen no daba abasto en su despacho de la decimotercera planta de la sede de la Comisión Europea. En aquel fin de semana de finales de febrero de 2022, la presidenta contactaba con los representantes de todos los Gobiernos occidentales para impulsar un conjunto de sanciones financieras y económicas que fueran las de mayor alcance que jamás se hubieran impuesto a un adversario. El argumento empleado para justificar este castigo era que el objetivo de Vladímir Putin era invadir toda Ucrania como paso previo a una ofensiva contra toda Europa, narrativa que volvería a emplearse durante las negociaciones de paz mantenidas años después con la mediación de Trump. Siguiendo este guion, Von der Leyen empleó todos sus recursos, utilizando la baza emocional para intentar convencer a los líderes europeos que dudaban sobre la conveniencia de enfrentarse con su armado vecino del Este, temiendo, además, que la ruptura de los lazos comerciales con Rusia afectar a sus propios países, que ya tenían problemas económicos agravados por las restricciones políticas adoptadas por la pandemia, y sufriera el dolor de la herida abierta por la crisis financiera, la de 2008, que nunca se había superado del todo.

En ese contexto la presidenta de la Comisión organizó una videollamada con los gobernantes de la UE en la que intervino también Zelenski. El político ucraniano sacó del viejo baúl sus dotes interpretativas, trabajadas durante varios años de carrera profesional en el mundo del espectáculo, para lanzar un mensaje desolador: «Puede que no os vuelva a ver, porque soy el siguiente en la lista de Putin». Todos olvidaban que, pocos meses antes, el actor reconvertido a presidente —por obra y gracia del oligarca Igor Kolomoiski— había sido cuestionado en un informe especial del Tribunal de Cuentas de la UE por su nulo compromiso en poner coto

a la corrupción[27] de la que se beneficiaban sus padrinos políticos. Era agua pasada. Zelenski se convertía —en el laboratorio de propaganda occidental— en un estadista de prestigio y referencia internacional al que había que proteger a toda costa del ataque del malvado Putin. La operación de lavado de imagen se completaría con la inestimable colaboración de los editores de la revista *Time*, nombrándolo persona del año «por demostrar que el valor puede ser tan contagioso como el miedo» e «inspirar a pueblos» a defender la libertad. Los informes de la ONU sobre la represión del Gobierno de Kiev a los hogares del Dombás se guardaban en un cajón para crear un discurso que justificara las sanciones a Rusia.

La reunión virtual estaba dando sus frutos. La política alemana, ducha en mil batallas políticas y con la mirada puesta en la reelección al frente de la Comisión Europea, había logrado acercar posturas con la estrategia del terror, pero aún faltaba el consenso para adoptar la mayor bomba que se puede lanzar sobre la economía de un país: expropiar las reservas que su banco central tiene en el extranjero. En Estados Unidos la secretaria del Tesoro, Janet Yellen, temía que una decisión de este calado afectara a la confianza mundial del dólar, ya que una confiscación unilateral de estas reservas —entre las cuales había dólares, euros, oro y activos financieros— implicaba apretar el botón nuclear en el ámbito financiero. Sería un atentado contra la seguridad jurídica del sistema monetario capitaneado por el país norteamericano que los saudíes le ayudaron a implantar cuando Richard Nixon enterró el patrón dólar-oro y hubo que usar el petróleo de Oriente Medio como respaldo de la divisa estadounidense para garantizar que siguiera siendo la principal moneda de reserva global. En el caso de que se anunciara la expropiación de los activos que la institución monetaria rusa tenía en el sistema eurodólar, muchos Gobiernos sentirían la tentación racional de reducir su exposición al billete verde, temerosos de ser castigados si en algún momento tomaban alguna decisión que fuera contra los cambiantes y discrecionales designios de la Alianza Atlántica.

Yellen respaldaba sin fisuras iniciar una guerra económica para apretar las tuercas a Putin, pero una cosa era castigar el comercio internacional y otra muy distinta poner en la diana los activos de un banco central. Ella había estado al frente de la Reserva Federal y conocía los estragos que podría provocar una decisión de este calado. Entonces a Von der Leyen se le ocurrió una brillante idea para salvar las reticencias de la titular del Tesoro estadounidense: llamaría a Mario Draghi para que «hiciera su magia» y le convenciera aprovechando su relación personal. No en vano compartían reuniones, mesa y mantel en el oscuro Grupo de los Treinta, que pocos conocen,[28] a pesar de su enorme importancia para dirigir las acciones de política monetaria mundial.

Aún ajena a estas maniobras, la secretaria del Tesoro norteamericano estudiaba un informe con un primer esbozo de sanciones a Rusia, documento que en esencia había sido diseñado por su propia oficina en colaboración con el departamento gubernamental canadiense de Chrystia Freeland, una antigua periodista de ascendencia ucraniana con vínculos en las organizaciones de George Soros y que, por aquel entonces, era viceprimera ministra del Ejecutivo de Justin Trudeau y quien dirigía *de facto* el país. Freeland había puesto a Putin en su lista negra desde el Euromaidán de 2014 y la anexión de Crimea —acontecimientos históricos sobre los que nos detendremos más adelante—, tomándose como una cuestión personal todo lo que sucediera en territorio ucraniano. Por eso contactó con Yellen para exponerle el primer borrador de las sanciones y respaldar lo que el diario británico *Financial Times* describió como una «militarización de las finanzas» atacando los cimientos de la institución monetaria rusa expropiando sus reservas.

El Gobierno norteamericano ya había sancionado antes a otros bancos centrales, pero nunca de un país de esta envergadura. No es lo mismo bloquear las reservas en el extranjero de Corea del Norte, Venezuela e incluso Irán, que expropiar a un país clave en el comercio mundial, especialmente en el área de las materias primas, los fertilizantes o la maquinaria industrial. Sería la primera vez que

se emplearía esta arma contra una economía importante y la primera vez que se haría en el contexto de una guerra en la que, además, se castigaría a una potencia que disponía de armas atómicas. Rusia había establecido, desde su ruptura total con la OTAN, como una prioridad absoluta incrementar sus reservas para evitar precisamente el impacto de futuras sanciones económicas que vinieran de Washington, pero el Kremlin no contemplaba ni como una posibilidad remota que el Tesoro de Estados Unidos pudiera confiscarlas, ni siquiera las que estuvieran en entidades financieras extranjeras.

Militarizar la política monetaria tiene profundas implicaciones para el futuro de la política y la economía internacionales. Muchos de los supuestos básicos de la era de la posguerra fría estaban acabando en el sumidero de la historia. La globalización se vendió en su día como una barrera contra los conflictos, una red de dependencias que acercaría cada vez más a los antiguos enemigos; y este consenso implicaba no tocar las reservas financieras de los países, ya que estos activos no son propiedad de los Gobiernos, sino de los ciudadanos presentes y futuros, configurando los cimientos económicos sobre los que se edifican las sociedades. Si además se incluía en el paquete sancionador la expulsión de bancos rusos del sistema internacional SWIFT[29] —como finalmente se hizo—, entonces el daño en Europa y Estados Unidos podría ser mucho mayor, no solo por la pérdida de confianza en la gobernanza planetaria del sistema eurodólar, sino porque sería imposible adquirir productos indispensables para ambas áreas, como los hidrocarburos de los que dependen los países vecinos (sobre todo Alemania) o el combustible nuclear que necesitan las centrales energéticas norteamericanas.

Estaba Yellen dándole vueltas a todos estos elementos en su cabeza cuando de repente sonó el teléfono. Pensaba que la llamaba de nuevo Von der Leyen, pero al descolgar reconoció la voz de su colega italiano, político y economista que ha pasado a la historia como el salvador del euro al frente del BCE, aunque en realidad actuó como un bombero pirómano apagando el fuego con más

gasolina. El autor del famoso *whatever it takes*, que prometió hacer lo que hiciera falta para salvar la divisa comunitaria —tras haber dirigido la división europea de Goldman Sachs que ayudó a Grecia a maquillar sus cifras de deuda para entrar en la eurozona—, volvía a escuchar la voz de su compañera de fatigas en aquella crisis existencial de 2008, cuando él era presidente del BCE y ella estaba al frente de la Reserva Federal. La participación del bombero pirómano transalpino fue determinante para que la economista norteamericana olvidara sus temores y eludiera el impacto que podría tener en el futuro del dólar disparar el arma monetaria en la guerra contra Rusia. Draghi hizo su magia[30] y el Tesoro de Estados Unidos dio luz verde a la expropiación de más de 300.000 millones de dólares en activos del Banco Central con sede en Moscú, creando un terremoto financiero internacional, dando argumentos a China para usar la desdolarización como palanca geopolítica y obligando meses después a la propia Yellen a articular medidas de rescate del sector bancario norteamericano por la puerta de atrás con la ayuda de Jerome Powell al frente de la FED.

Navidades sangrientas

Esta es la estructura temporal que ha transcendido, aunque, a decir verdad, la decisión de imponer una serie de castigos económicos a Rusia fue adoptada en noviembre del año 2021, varios meses antes de que Putin diera luz verde para que su ejército traspasara las fronteras ucranianas en los territorios del Dombás. La Administración Biden tenía establecida como principal prioridad llevar al Kremlin a una especie de callejón sin salida, confiando en que un enfrentamiento bélico en el Este de Europa minaría la capacidad de la economía rusa y alejaría cualquier posibilidad efectiva de unión euroasiática. La entonces vicesecretaria de Estado Victoria Nuland, esposa de Robert Kagan, uno de los *neocons* que impulsó la política internacional de Bush junior,[31] realizó una gira por diversos países para preparar a los dirigentes políticos la hoja de ruta diseñada por los *think tanks* atlantistas. Es entonces cuando se comienza a trasladar desde los medios de comunicación la idea de que la

invasión rusa de Ucrania es inminente —el propio Biden anunciaba que se produciría en enero—, y de que se trata solo del primer paso de un proceso colonizador impulsado por el mandatario ruso.

Al mismo tiempo, el ejército de Kiev recibía ingentes recursos militares y material bélico con el que incrementó las operaciones de ataque contra los habitantes de Donetsk y Lugansk, en unas Navidades de 2021 que serían más sangrientas de lo habitual. Es entonces cuando el presidente de Estados Unidos pide a su secretaria del Tesoro que prepare una serie de medidas para golpear la economía rusa, tal como confirmaron funcionarios del Departamento de Estado. Entre este momento y el comienzo de la denominada operación militar, el 24 de febrero, altos funcionarios de la Casa Blanca dedicaron «una media de diez a quince horas a la semana en llamadas seguras o videoconferencias con la dirección de la UE y los Gobiernos de los Estados miembros» para coordinar las sanciones.[32]

En Washington, los planes fueron supervisados por Daleep Singh, un antiguo funcionario de la Reserva Federal de Nueva York que posteriormente se convirtió en viceconsejero de seguridad nacional para la economía internacional en la Casa Blanca; junto a Wally Adeyemo, antiguo ejecutivo de BlackRock que cambió su despacho en Wall Street por el de subsecretario del Tesoro. Ambos habían trabajado ya en el gabinete de Barack Obama cuando se produjo el golpe de la plaza de Maidán en Ucrania. Por parte de la Unión Europea, el encargado de tutelar los trabajos técnicos fue Bjoern Seibert, jefe de gabinete de Ursula von der Leyen y su principal hombre de confianza desde su etapa de ministra de Defensa de Alemania, cargo que la alemana tuvo que abandonar investigada por corrupción en la adjudicación de contratos. Por cierto, no está de más señalar que Seibert ha realizado su carrera académica en Estados Unidos y siempre ha mantenido una estrecha relación con el complejo militar industrial del país de las barras y estrellas.

Con estos precedentes no es sorprendente que cuando le comunicaron el plan de ataque económico al canciller alemán Scholz, este lo aceptara sin rechistar. Lo mismo que el presidente francés,

un Emmanuel Macron que comenzaba a atisbar una oportunidad de ganar la partida en la pugna por el control de la Europa Next Gen y presentarse como un moderno Napoleón ayudado por publicaciones británicas como la revista *The Economist*, que le dedicó entrevistas y reportajes laudatorios durante meses para posicionarlo como un gran político internacional y un hombre de Estado, a pesar de su notable pérdida de apoyo popular y de que su ascendencia en la política gala fue patrocinada por la rama británica de la Banca Rothschild.

A partir de aquel momento, todos los políticos europeos serían conscientes de que las sanciones que irían llegando de forma recurrente durante los siguientes años —un total de 18 paquetes impulsados desde Bruselas cuando escribo estas líneas— destruirían la economía germana y abrirían la oportunidad para acelerar la agenda globalista en el continente. El silencio y la colaboración de Scholz y el resto de su Gobierno de coalición sigue siendo un factor incomprensible, sobre todo para aquellos que piensan que todos los políticos europeos defienden intereses nacionales.

Sin embargo, todo cobra sentido cuando se investiga la verdadera génesis de las sanciones. El plan compuesto por un amplio abanico de munición económica y financiera no se había gestado en los despachos ejecutivos de los países europeos, sino en las dependencias de una presidenta de la Comisión a la que no votaron los ciudadanos y en los aposentos de un rico banquero que había sido un año antes primer ministro de Italia sin ni siquiera presentarse a las elecciones. Un financiero con ínfulas políticas al que un año después Von der Leyen le encargaría un informe para elevar la deuda europea en más de 800.000 millones de euros, con la excusa de promover un plan para favorecer la competitividad de las multinacionales comunitarias que posteriormente se transformaría, de un día para otro y sin debate público, en un programa de rearme masivo que destinaba los recursos fiscales presentes y futuros a la industria militar en una nueva versión manipulada del multiplicador económico keynesiano. Draghi volvía a hacer su magia (negra), con el dinero de los demás aprovechando el papel esencial que desempeña la esfera anglosajona en la política

comunitaria de la mano de agentes que actúan como una especie de quinta columna de *lobbies*, *think tanks* y grupos de presión en la que personajes como el economista transalpino han sido importantes activos.

Uno de estos laboratorios de ideas especialistas en anticipar procesos a modo de profecías autocumplidas y guiar la mano de los políticos que operan en la órbita atlantista es la Rand Corporation, surgido en el seno del Pentágono durante el inicio de la Guerra Fría para realizar labores de asesoramiento y que ha ido creciendo en tamaño e influencia, hasta convertirse en uno de los auténticos artífices de la política exterior norteamericana. Esta organización publicó uno de sus documentos clave en el año 2019,[33] en el que exponía una hoja de ruta que debía seguir la OTAN —y especialmente sus socios europeos— para apretarle las tuercas a Rusia con el fin de romper cualquier posibilidad de alianza del Kremlin con sus vecinos del oeste, retomando la vieja estrategia establecida desde Washington cuando se produjo la reunificación alemana tras la disolución de la Unión Soviética.

En este documento se plantea, entre otras cosas, la necesidad de cortar los flujos de gas ruso a Europa y armar al ejército de Ucrania para provocar una intervención militar rusa que facilite, tanto en el plano ideológico como en el informativo, estimular las oposiciones internas a Putin y, al mismo tiempo, socavar su imagen en el extranjero, excluyendo al país de los foros internacionales y culpándole de la sangre vertida en las repúblicas del Dombás. El objetivo confeso de este manual de actuación, tal como dejaba claro en su título y resumen ejecutivo, era desestabilizar a Rusia para beneficiar a Estados Unidos utilizando a Europa como ariete. Leer este informe provoca una especie de *déjà vu*, al constatar cómo muchas de sus predicciones se han plasmado en la realidad, en buena medida porque este tipo de trabajos académicos sirven de brújula para que los señores de la guerra pongan en marcha los resortes adecuados. Todo ello empleando como campo de batalla a una Europa a la que, además de poner las víctimas, se le había reservado el papel de financiador de una supuesta reconstrucción

ucraniana, tanto mediante inyecciones de dinero de los presupuestos comunitarios como acelerando una incorporación en la UE que nunca se habría producido sin la guerra. La Rand Corporation siempre se ha jactado de haber contribuido en la elaboración de la estrategia a largo plazo que permitió que Estados Unidos terminara como vencedor en la Guerra Fría, obligando a la Unión Soviética a agotar sus recursos económicos en la confrontación estratégica. En ese modelo se inspiraron los estrategas de la organización para crear un contexto similar que forzara a Rusia a apoyar a los territorios enfrentados con el régimen de Kiev.

El documento que acabamos de citar es público, pero hay otro posterior, cuyo resumen ejecutivo fue publicado en septiembre de 2021 en Suecia por una web independiente de noticias, que va más allá en la estrategia de tensión, al considerar que «debilitar a Alemania es fortalecer a Estados Unidos»,[34] una confesión en toda regla que ilustra hasta qué punto los intereses de la locomotora europea son inversamente proporcionales a los de la potencia norteamericana. Este medio de comunicación digital sueco tuvo acceso a un informe clasificado, destinado al jefe de personal de la Casa Blanca, al asistente presidencial para la Seguridad Nacional, al Departamento de Estado, a la CIA, a la NSA y a la cúpula del Partido Demócrata. La publicación del reportaje provocó un movimiento telúrico en el complejo militar-industrial norteamericano y en las altas esferas gubernamentales, obligando a la dirección de la Rand Corporation a desmentir su existencia. El problema es que, como en el publicado oficialmente en 2019, la hoja de ruta que describe es tan ajustada a la realidad que aunque fuera una maniobra de propaganda rusa es absolutamente creíble si nos atenemos a los hechos.

El dosier manifiesta la clara intención de destruir a Alemania y crear una crisis controlada empleando para ello la guerra civil ucraniana. Los analistas de la Rand Corporation —siempre que fueran ellos los auténticos autores— ponen el acento en provocar una recesión económica en Alemania «que motive un aumento del flujo de recursos desde Europa a Estados Unidos», dado que «el ritmo del

desarrollo económico de la UE depende casi sin alternativas del estado de la economía de Alemania» y es este país «quien lleva la carga del gasto dirigido a los miembros más pobres» del club comunitario. El texto destacaba que «frenar los suministros rusos bien puede crear una crisis sistémica que sería devastadora para la economía alemana e, indirectamente, para toda la Unión Europea». Bajo este prisma, «el único modo posible de garantizar que Alemania rechace los suministros de energía de Rusia es involucrar a ambos lados en el conflicto militar en Ucrania». Para concluir que «nuestras próximas acciones en ese país [en referencia al papel de Estados Unidos] llevarán inexorablemente a una respuesta militar por parte de Rusia, y los rusos, obviamente, serán incapaces de dejar sin respuesta la masiva presión del Ejército ucraniano sobre las repúblicas no reconocidas del Dombás. Esto haría posible que se declare a Rusia como agresor y se le aplique el entero paquete de sanciones ya preparadas de antemano».

¿Es este resumen ejecutivo real o es una falsificación? Desde luego que se parece mucho a lo que ha ocurrido. Dejo a criterio del lector considerar si se trata de una intoxicación informativa o sin embargo estamos ante una de esas pocas ocasiones en las que la verdad se abre camino y llega a una opinión pública que se ha acostumbrado a vivir en el ostracismo casi absoluto, solicitando y recibiendo solo lo imprescindible para ser manejada. Como los animales de una granja.

«Un ejemplo de lo que no hay que hacer»

No obstante, no podemos caer en el error de pensar que todos los problemas se derivan de responsabilidades ajenas en forma de intervenciones extranjeras. Los errores propios de los gobernantes germanos —de todo el espectro político— han minado la confianza en un modelo de desarrollo económico que ha pasado de ser la envidia de medio mundo a convertirse, como apunta el historiador alemán Rainer Zitelmann, en «un ejemplo de lo que no hay que hacer».[35]

Dos años después de que comenzaran a aprobarse los distintos programas de sanciones contra el Kremlin, dos de los principales

grandes gigantes industriales alemanes, BASF y ThyssenKrupp, del sector químico y acerero, respectivamente, anunciaron ajustes de plantilla que afectaron a miles de trabajadores, mientras otros gigantes como la energética Siemens o la icónica Volkswagen hacían lo propio, ahogados por una excesiva burocracia —sobre todo en materia climática—,[36] golpeados por un incremento de costes derivado de la ruptura de su alianza con Rusia y afectados por la pérdida de pujanza del sector exportador germano, lastrado por la reducción de la demanda de sus socios europeos y por el viraje de China, su principal socio comercial (por delante de Estados Unidos) que le ha ido ganando cuota en la carrera del sector exportador. La balanza comercial de Alemania con el país asiático pasó del superávit al déficit debido a que en la cadena de valor las ventas chinas al exterior se han convertido en un rival temible para las empresas germanas en sectores de alto valor añadido, como la ingeniería mecánica, los productos químicos y la fabricación de vehículos. Y, además, este crecimiento de la pujanza de las exportaciones del Reino Medio se ha registrado en Europa, elevando el peso en las ventas a los países del Viejo Continente a costa del descenso de la cuota alemana.

En contra de lo que se suele apuntar en las conversaciones de mesa y mantel, la antaño conocida como locomotora alemana sufre una crisis industrial estructural que no comenzó con la guerra de Ucrania. A las trabas burocráticas y los errores en política energética se suma el enorme problema laboral, con una escasez de trabajadores cualificados que se ha producido a pesar del incremento de población, y una inmigración que en lugar de elevar la tasa de ocupados en sectores de alto valor añadido ha aumentado la carga del sector público con más gasto social, provocando, además, problemas de seguridad interna. El famoso sistema alemán de formación profesional dual ha fracasado tras muchos años en los que se ponía como ejemplo y modelo a imitar, a lo que se une un enfoque erróneo en la educación académica, con un número de titulados superiores que se encuentra por debajo de la media de la UE.

Puede existir la tentación de atribuir el descenso a los infiernos de la economía germana exclusivamente a los efectos del conflicto ucraniano, pero, para ser justos, hay que señalar que el sector manufacturero —su tradicional fortaleza— ya estaba entrando en barrena antes de la pérdida del gas barato procedente de Rusia. Ya hemos señalado que sobre el declive industrial alemán existe consenso de que uno de los factores que lo ha desencadenado es la ofensiva china en sectores de alto valor añadido, especialmente tras la pandemia, pero llama la atención el hecho de que la crisis parece comenzar ya en el año 2018 y no precisamente causado por el descenso de facturación de la alta ingeniería, sino por la contracción de las ventas de la industria de bajo valor lastradas por el sector del motor, cada vez menos competitivo en el contexto internacional.

La explicación se encuentra en varios factores. Uno de ellos es la productividad laboral, otro de los pilares del éxito germano, que se ha estancado como consecuencia de una considerable ralentización de la inversión que los defensores de la intervención estatal atribuyen a la supuesta ortodoxia fiscal, aunque en realidad se deriva de la ineficiencia del proceso de planificación, aprobación y ejecución de proyectos de inversión, en los que prima la subvención o la ayuda tributaria a la multinacional no competitiva por motivos políticos. Y en cuanto a la inversión privada, las compañías prefieren emplear sus remanentes de tesorería en salir al exterior buscando menores costes que en extenderse por el territorio nacional, factor que se ha agudizado notablemente con la llegada de las sanciones bumerán a Moscú. Todo ello podría haberse paliado con la llegada de capitales extranjeros, pero en esta rúbrica Alemania también ha sufrido un descalabro que China ha aprovechado para ganarle la partida.[37]

Esta situación se debe, en parte, a la incapacidad del entorno regulatorio y corporativo para adaptarse a las nuevas tendencias tecnológicas y sectoriales que están redefiniendo la economía global. Según apunta el catedrático de Economía Rafael Pampillón: «A diferencia de otras potencias económicas, Alemania no ha logrado entrar de manera significativa en los sectores de mayor crecimiento,

como los teléfonos inteligentes, los vehículos eléctricos y la inteligencia artificial. Mientras que el mundo se digitaliza rápidamente, Alemania ha tardado mucho en adaptarse a esta nueva realidad. Esta falta de adaptación se refleja, principalmente, en su estructura industrial, que sigue estando dominada por sectores tradicionales como la automoción y la ingeniería mecánica, mientras que otros países han avanzado en áreas tecnológicas clave. La falta de diversificación y modernización podría ser el talón de Aquiles de la economía alemana en los próximos años. En un mundo donde la innovación y la tecnología son los motores del crecimiento, la resistencia de Alemania a cambiar su modelo económico podría llevarla a quedarse rezagada frente a otras economías más dinámicas».[38]

Todo ello se ha producido a pesar de las ventajas que ha tenido el país en materia monetaria debido a la introducción del euro, que favoreció las exportaciones germanas al resto de los países europeos y, al mismo tiempo, permitió a su Hacienda financiarse a un coste irrisorio que, incluso en la era de los tipos de interés negativos, alumbró la gran paradoja de que aquellos que compraban bonos del Tesoro debían pagar en lugar de cobrar rendimientos por su inversión. Lo cual facilitó en buena medida el mantenimiento de unas cuentas públicas saneadas mientras el resto de los estados de la UE cavaban sus fosas con las palas del endeudamiento crónico al tiempo que los distintos cancilleres hacían gala de una impostada austeridad —lograda a costa del resto a través de la manipulación de la política monetaria a través del BCE—, que luego se pretendía compensar de cara a la galería con unas reglas fiscales que emanaban de las autoridades de Bruselas y que los alemanes —junto con los franceses— fueron quienes primero violaron en los primeros pasos de la divisa comunitaria. Esta ventaja se hizo más patente tras la crisis financiera de 2008 y, sobre todo, con la inyección de liquidez masiva durante la pandemia, que permitió a Alemania entregar a sus multinacionales, que ya estaban en proceso de descomposición, seis de cada diez euros que los Gobiernos europeos suministraron en forma de ayudas públicas,[39] subvenciones

que estaban prohibidas antes de la llegada del COVID pero que se permitieron para rescatar a varias grandes corporaciones,[40] mecanismo que se volvió a aplicar tras la intervención rusa en Ucrania y que, con toda seguridad, volveremos a ver con la próxima crisis, sea real o impostada, provocada o autoinfligida.

Por lo tanto, la ruptura de la presa que se encargaba de contener las aguas procelosas de la irresponsabilidad fiscal y monetaria no comenzó con la guerra en el Este de Europa, sino que, en realidad, sus muros comenzaron a resquebrajarse mucho antes, cuando el sistema económico completó su mutación de un modelo que, más o menos, con matices e imperfecciones, aspiraba a fundamentarse en el mercado, a otro en el que grandes corporaciones y Gobiernos se fusionaran alumbrando una plutocracia moderna disfrazada de democracia, organización política y económica que, en el caso de Europa, además, contaría con el diseño y la ejecución de fuerzas extranjeras. Causa sonrojo escuchar declaraciones de políticos del Viejo Continente, en concreto los que ocupan los sillones de gobierno de las grandes potencias y los que se sientan en los despachos de la Comisión, reclamando una mayor independencia y autonomía de la Europa integrada, cuando ellos mismos han sido colocados en sus puestos por sus afinidades con los poderes económicos e institucionales que emanan de los gigantes financieros, las compañías energéticas y la hoja de ruta de la OTAN.

Los casos de Francia y Alemania son los más evidentes, con Emmanuel Macron y Friedrich Merz pretendiendo liderar la «Europa del rearme» y utilizar para ello el miedo al enemigo ruso, pero existen otros muchos ejemplos, en los que la sombra de la corrupción oscurece trayectorias profesionales, que en lugar de verse lastradas cobran impulso de forma inusitada. Quizás los casos más destacados sean el de Christine Lagarde, arquitecta de la deudocracia europea en sus cargos directivos del BCE y que llegó al FMI (organismo con sede en Washington) tras ser condenada por entregar dinero público al empresario Bernard Tapie cuando era ministra de Finanzas; y el ya citado de Ursula von der Leyen, que en su etapa como responsable de Defensa del Gobierno alemán

protagonizó un caso de corrupción por desfalco en el uso del dinero público y que, años después, ya al frente de la CE, fue investigada judicialmente por irregularidades en la adquisición de vacunas COVID a la empresa Pfizer. Es posible que sin esta imputación hubiera tenido posibilidades de convertirse en secretaria general de la Alianza Atlántica, ya que era la favorita de la Administración Biden para sustituir al noruego Jens Stoltenberg cuando concluyó su mandato en octubre de 2024. Es importante tener contento al jefe.

En este contexto, la irrupción de Trump en Washington dando un puñetazo en el tablero de ajedrez global no fue un factor disruptor, sino que formaba parte del guion general, aunque en determinados momentos los árboles no nos permitan ver la inmensidad del bosque. El cambio político en la Casa Blanca es siempre la siguiente excusa para seguir avanzando en una agenda que tiene como pivote económico el incremento de los recursos públicos mediante la deuda y los impuestos, y que articula su centro político en torno a una OTAN que, en contra de lo anunciado por los líderes europeos tras la vuelta del republicano al Despacho Oval, sigue siendo una herramienta fundamental de intervención externa de los poderes financieros y políticos que mueven los resortes del mundo, especialmente en Occidente.

La crisis económica y la supuesta desconexión de Trump con la UE en el plano militar y comercial pretende emplearse dentro de la burocracia europea como un instrumento catalizador y justificador de una mayor integración europea con el argumento de que así se elevará la competitividad de las industrias del continente y ayudará a sectores punteros a salir del ostracismo en el que han estado inmersos durante décadas. Una vez que Alemania y Francia comparten la reedición del *whatever it takes* en su versión antirrusa —tras el agotamiento argumental de la pandemia—, el escenario está preparado para el siguiente acto de una representación teatral que ya hemos visto antes en numerosas ocasiones.

La principal consecuencia de la guerra de Ucrania desde un punto de vista europeo es la pérdida de peso de Alemania, tanto en el plano político (de toma de decisiones) como económico, con una crisis derivada de la ruptura de la alianza energética que impulsó

Merkel en su etapa de canciller. Como hemos visto a lo largo de este capítulo, uno de los objetivos prioritarios de los estrategas de Washington en este conflicto era cercenar la capacidad de Alemania para liderar una Europa fuerte, lo cual tiene evidentes paralelismos en la historia. El Gobierno germano ha sido un obstáculo para lograr una mayor integración europea, al negarse a asumir la irresponsabilidad fiscal de los países del sur y no renunciar a su soberanía para ceder terreno a la burocracia de Bruselas, que ha protagonizado una deriva atlantista sacrificando los intereses de los ciudadanos europeos. Esta tesis, que puede sorprender a aquellos que confían en que la OTAN es una asociación de defensa de la democracia destinada a protegernos de los totalitarismos externos (Rusia y China), es de hecho la que explica la formación del club europeo. No es la primera vez que políticos galos y germanos enarbolan la bandera de la independencia comunitaria para traicionar a su pueblo, contando para ello con la inestimable colaboración de norteamericanos y británicos. Para comprender este recurrente secuestro institucional debemos retroceder a los albores de la denominada «construcción europea», el momento del pecado original. ¿Me acompañan en este viaje por la historia?

---

[1] Lord Ismay fue un general y diplomático británico. Asistente militar principal de Winston Churchill durante la Segunda Guerra Mundial y el primer secretario general de la OTAN entre 1952 y 1957. En varias ocasiones declaró que la organización había sido creada *«to keep the Soviet Union out, the Americans in, and the Germans down»*.

[2] Macarena Vidal, «Estados Unidos y Alemania hacen alarde de sintonía en torno a Ucrania», *El País*, 3 de marzo de 2023.

[3] Rosalía Sánchez, «Medios alemanes señalan que Biden y Scholz pudieron tratar el sabotaje al Nord Stream en su encuentro a solas en el Despacho Oval», *ABC*, 8 de marzo de 2023.

[4] Seymour Hersh, «How America Took Out The Nord Stream Pipeline», *Substack*, 8 de febrero de 2023.

[5] Directiva del Consejo de Seguridad Nacional sobre Operaciones Encubiertas NSC 10-02 aprobada en 1948 y ampliada en años posteriores.

[6] Post publicado en X el 27 de febrero de 2022 y posteriormente borrado.

[7] Las aguas de la Zona Económica Exclusiva Danesa de la isla de Bornholm son un territorio danés ocupado por Alemania durante la Segunda Guerra Mundial y luego por fuerzas soviéticas entre 1945 y 1946. La isla está a menos de 100 kilómetros de distancia de la costa sueca al norte, la costa polaca al sur y la costa alemana al suroeste. Durante un tiempo, el Gobierno ruso dijo que si Dinamarca estacionaba tropas en la isla, eso equivaldría a una declaración de guerra. La política se modificó para aceptar una guarnición danesa para autodefensa, pero no a las fuerzas estadounidenses u otras fuerzas de la OTAN.

[8] «BALTOPS 22: A Perfect Opportunity for Research and Resting New Technology», *Sea Power Magazine*, 14 de junio de 2022.

[9] Para más información sobre simulacros de la OTAN y atentados terroristas ver Lorenzo Ramírez, *Las claves ocultas del 11M*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2024.

[10] «Dynamic Messenger es el primer ejercicio completo de experimentación operativa de la OTAN que se centra específicamente en la integración de sistemas no tripulados en el dominio marítimo, y más específicamente en los Grupos de Tareas de la OTAN en el mar, con la participación de más de 18 buques, 48 activos no tripulados y 1.500 efectivos de 16 naciones de la OTAN». https://mc.nato.int/media-centre/news/2022/dynamic-messenger-22-an-operational-experimentation-exercise-designed-for-the-future

[11] «US Military Aircraft Circled Nord Stream Incident Site in September», *Al Mayadeeen*, 28 de septiembre de 2022

[12] Phil Stewart, «U.S. Navy Jet Flew Across Baltic Hours after Nord Stream Burst», *Reuters*, 10 de julio de 2022.

[13] «Poland Inaugurates the 10 bcm/year Baltic Pipe Gas Pipeline», *Enerdata*, 28 de septiembre de 2022.

[14] El artículo 5 del Tratado de Washington, que es el tratado fundacional de la OTAN, establece el principio de defensa colectiva. En esencia, si un país miembro de la OTAN es atacado, se considera un ataque contra todos los miembros, y estos tomarán las medidas necesarias, incluyendo el uso de la fuerza armada, para ayudar al miembro atacado a restaurar y mantener la seguridad del área del Atlántico.

[15] VV.AA., «Intelligence Suggests Pro-Ukrainian Group Sabotaged Pipelines, U.S. Officials Say», *The New York Times*, 7 de marzo de 2023.

[16] Werner Rügemer, *BlackRock Germany*, Verlag Hintergrund, Berlín, 2025.

[17] Friedrich Merz, *Mehr Kapitalismus wagen Wege zu einer gerechten Gesellschaft*, Editorial Piper, Múnich, 2008.

[18] Tomas Fazi, «¿Merz venderá Alemania a BlackRock?», *El Viejo Topo*, 6 de marzo de 2025.

[19] Anne Delfs; Samy Adghirni, «Merz and Macron Vow to Reset Franco-German Ties to Boost EU», *Bloomberg*, 07 de mayo de 2025.

[20] Juan Gómez, «Rusia y Alemania ponen en marcha el polémico gasoducto del norte de Europa», *El País*, 8 de noviembre de 2011.

[21] Michael Hudson, «Germany as Collateral Damage in America's New Cold War», *Berliner Zeitung* | *michaelhudson.com*, 29 de marzo de 2022.

[22] En realidad, Estados Unidos no podrá sustituir a Rusia como proveedor de gas. Rusia exportaba del orden de 140 bcm/año y los proveedores norteamericanos no son capaces de alcanzar esa cantidad.

[23] James K. Galbraith, «The Gift of Sanctions: An Analysis of Assessments of the Russian Economy 2022-2023», *Institute for New Economic Thinking. Working Papers*, 204, 10 de abril de 2023.

[24] BRICS es un acrónimo que representa una agrupación de países emergentes con gran peso económico y político a nivel mundial. Las siglas del acrónimo provienen de sus fundadores Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica, a los cuales se ha sumado un número creciente en los últimos años. El grupo es el mayor ejemplo del nuevo orden multipolar y aspira a reformar el orden económico internacional y apoyar el comercio multilateral mediante el uso de monedas distintas al dólar en transacciones internacionales.

[25] Emmanuel Todd, *La derrota de Occidente*, Ediciones Akal, Madrid, 2024, *op. cit.*

[26] El concepto *Build back better* («Reconstruir mejor») se popularizó tras la pandemia, impulsado por la Casa Blanca y por las élites del Foro Económico Mundial (WEF, por sus siglas en inglés) dentro de su programa que promueve un *reset* global como excusa para elevar el dinero público que reciben las grandes corporaciones y promover una serie de cambios estructurales basados en la ingeniería social. Para más información: *El Gran Reseteo*, *Cesarvidal.tv.*

[27] Informe especial 23/2021 del Tribunal de Cuentas de la Unión Europea: *Reducir la gran corrupción en Ucrania: varias iniciativas de la UE con resultados todavía insuficientes*, 23 de septiembre de 2021.

[28] El Grupo de los Treinta es un selecto club, una sociedad discreta (que no secreta) y que tiene a ilustres personajes en sus filas. Se trata de un grupo de banqueros, académicos y políticos que dirigen las finanzas mundiales desde las sombras y que actúa al margen de las democracias. Esta institución privada tiene una importancia determinante en la marcha de la economía planetaria y es uno de los instrumentos creados y financiados por la Fundación Rockefeller para impulsar la agenda globalista.

[29] SWIFT son las siglas de Society for Worldwide Interbank Financial Telecommunication. Es un sistema de mensajería que permite a los bancos y otras instituciones financieras comunicarse de forma segura para facilitar las transacciones internacionales. Conecta a miles de bancos e instituciones financieras en más de 200 países, lo que la convierte en una herramienta esencial para el comercio internacional y las transacciones financieras globales.

[30] Valentina Pop; Sam Fleming, «Weaponisation of Finance: How the West Unleashed 'Shock And Awe' on Russia», *Financial Times*, 06 de abril de 2022.

[31] Ver referencia a los neoconservadores norteamericanos y los *straussianos* en el capítulo 4.

[32] Valentina Pop; Sam Fleming, «Weaponisation of Finance…» *op. cit.*

[33] VV.AA., «Overextending and Unbalancing Russia», *Rand Corporation*, 21 de abril de 2019.

[34] Isac Boman, «Chockerande dokumentet: Så planerade USA kriget och energikrisen i Europa», *Nya Dagbladet*, 13 e septiembre de 2022.

[35] Rainer Zitelmann, «Germany is an Economic Model for What not to Do», *RealClear Markets*, 29 de diciembre de 2024.

[36] En el año 2010 Alemania impulsó el llamado *Energiewende*, un giro hacia una matriz energética basada exclusivamente en renovables, con el consiguiente abandono progresivo de la energía nuclear y la aspiración de reducir el uso de combustibles fósiles. Ese modelo fue luego replicado en buena parte del continente, debilitando la capacidad de producción energética y encareciendo el acceso a la electricidad y el gas para hogares e industrias.

[37] Mihai Macovei, «Cómo las exportaciones alemanas perdieron la carrera contra China», *Mises Wire*, 31 de octubre de 2023.

[38] Análisis del profesor Rafael Pampillón publicado el 6 de septiembre de 2024 en la red social X: https://x.com/Rafaelpampillon/status/1831963549859532933

[39] De los más de 1,8 billones de ayudas de Estado a empresas que la Comisión Europea autorizó a los países miembros de la UE tras declararse la pandemia, casi el 60 por ciento corresponde a un solo país, Alemania, con grandes empresas rescatadas. «Se puede dar la paradoja de que, una vez escampe la pandemia, podríamos tener miles de empresas alemanas no viables económicamente que habrían sobrevivido gracias a las ayudas públicas, mientras otras muchas compañías españolas o italianas, que sí gozaban de buena salud, habrán muerto de inanición por el camino. Merkel no lo oculta. Sin complejos. Va a por todas». Nacho Cardero, «Alemania contra España: Merkel dopa sus empresas, Sánchez e Iglesias las asfixian», *El Confidencial*, 29 de abril de 2020.

[40] Gerald F. Seib; John McCormick, «Coronavirus Means the Era of Big Government Is… Back», *The Wall Street Journal*, 26 de abril de 2020.

3.

EL PECADO ORIGINAL

> *La historia será generosa conmigo, puesto que tengo la intención de escribirla.*
>
> WINSTON CHURCHILL

Una de las grandes falacias que intentó emplear Donald Trump durante los primeros meses de su segundo mandato presidencial, en plena guerra arancelaria, fue proclamar que la Unión Europea se había creado con el objetivo principal de «fastidiar»[1] a Estados Unidos, tesis que no es la primera vez que enarbola de forma torticera un inquilino de la Casa Blanca y que es tan inapropiada como ausente de veracidad. Es posible que haya norteamericanos que crean este tipo de propaganda —incluso es posible que Trump sea uno de ellos— y existen no pocos analistas del Viejo Continente, como el director ejecutivo de Strategy Capital, Matthew Lynn, que aseguran sin rubor que esta declaración del presidente de Estados Unidos es, en esencia, acertada.[2] Otra muestra que revela hasta qué punto personas de relevancia desconocen la verdadera historia del origen del denominado proceso de «construcción europea», que es uno de los mitos fundacionales que han logrado mantenerse en pie a lo largo de casi un siglo, sin que el *establishment* académico se haya asomado a la cruda realidad de un abismo que, de revelarse, pondría patas arriba todo el edificio argumental sobre el que los burócratas de Bruselas han construido un relato alterado. Se trata de un discurso dirigido a diseñar un marco conceptual que permita a las estructuras políticas de la Unión Europea obtener la legitimidad que no logran en las urnas, ya que los tecnócratas de los órganos de Gobierno no son elegidos por los ciudadanos.

La fecha escogida para situar el origen de este mito es el 9 de mayo, día en el que se conmemora la Declaración Schuman, presentada en sociedad por este político de origen alemán, que hizo

carrera política en Francia, ya que ocupó varias carteras, entre ellas la del Ministerio de Asuntos Exteriores[3] desde donde negoció los tratados firmados por el Gobierno galo tras el fin de la Segunda Guerra Mundial, siendo uno de los promotores europeos de la OTAN. Su discurso en el Salón del Reloj del Quai d'Orsay en París sentó las bases para el proceso de integración mediante la creación de la Comunidad Europea del Carbón y del Acero (CECA) a través de la configuración de una estructura de poder compuesta por una Alta Autoridad, una Asamblea Común, un Consejo Especial de Ministros y un Tribunal de Justicia. En el embrión primigenio se encontraban Francia y Alemania Occidental como líderes, acompañados por un primer grupo formado por Italia, los Países Bajos, Bélgica y Luxemburgo.

Fue la primera de una serie de instituciones supranacionales que, aprovechando la necesaria reconstrucción tras la pesadilla bélica y el maná norteamericano procedente del Plan Marshall, ayudaron a implantar un modelo que nació como aspiración para servir de ejemplo para otros territorios y regiones del planeta en el vaciado de sus soberanías nacionales. Con la excusa de la *pax americana* y los acuerdos comerciales por bandera se puso en marcha un proyecto político que, en contra de lo que la mayoría de la gente piensa, no fue diseñado en territorio europeo, sino preparado y ejecutado por agentes al servicio de los intereses atlantistas, encarnados en funcionarios del Departamento de Estado norteamericano, agentes de la CIA, antiguos oficiales nazis reconvertidos en agentes del nuevo imperio y una serie de académicos, financieros y políticos europeos que, traicionando a sus patrias y continentes, entregaron sus soberanías nacionales a poderes extranjeros.

Los «pequeños pasos» de Monnet

La versión oficial que se encuentra en los folletos publicitarios físicos y digitales de los organismos de Bruselas nos habla de la existencia de dos «padres fundadores» que guiaron a los pueblos europeos, en una moderna edición pagana de la travesía por el desierto bíblica que concluiría con la llegada a la tierra prometida de la configuración

europea. Los dos personajes clave son el propio Robert Schuman y el francés Jean Monnet, el verdadero artífice de la estrategia de los «pequeños pasos», basada en una presión constante y continua, pero de baja intensidad, para conseguir el objetivo deseado. De forma similar a lo que le sucede a una rana cuando se le introduce en un recipiente de agua caliente, subiendo la temperatura progresivamente para que no sea consciente de que se está cocinando viva, los pueblos europeos fueron poco a poco despojándose de sus identidades políticas, sociales, culturales y económicas. Se presentaba una agenda liberadora en la que la democracia, la solidaridad territorial y la libertad de mercado serían los grandes pilares sobre los que se sostendría un Viejo Continente que recuperaría su estatus en el tablero geopolítico mundial y renacería cual ave fénix de las cenizas de la guerra. ¿Cómo renunciar a este idílico futuro?

El mito establece que Monnet, cuando estaba a cargo del Comisariado General de Modernización e Infraestructuras de Francia, invadido por un espíritu conciliador en una especie de experiencia mística visionaria, tomó conciencia de que su misión vital a partir de ese momento sería promover la integración europea, por lo que consideró que la prosperidad y la seguridad de su país podría mejorar si conseguía un acercamiento económico entre los Estados del continente. Según esta versión manipulada de los acontecimientos, Monnet decidió por su cuenta y riesgo que la mejor forma de lograr su objetivo sería alcanzar una integración sólida en sectores económicos clave a fin de crear una solidaridad real entre los socios que permitiría alumbrar una federación europea.

Los ámbitos escogidos fueron el carbón y el acero, materias primas cuya producción conjunta, liderada por Francia y Alemania, pasaría a formar parte de «una Alta Autoridad común, en una organización abierta a los demás países de Europa (…) que garantizará inmediatamente la creación de bases comunes de desarrollo económico, primera etapa de la federación europea, y cambiará el destino de esas regiones, que durante tanto tiempo se han dedicado a la fabricación de armas, de las que ellas mismas han sido las primeras víctimas (…) esta propuesta sentará las primeras bases

concretas de una federación europea indispensable para la preservación de la paz».[4] Es decir, que la idea era cambiar los cañones por mantequilla, en esa metáfora que ilustra el concepto del coste de oportunidad popularizada por el economista Paul Samuelson.[5] Había que primar la actividad económica e industrial alejada del terreno bélico para elevar los estándares de vida, instaurar un estado del bienestar y aprovechar la bonanza económica para limar las viejas rencillas (que es justo lo contrario de lo que promueven nuestros actuales líderes europeos con su plan de rearme masivo).

En este contexto, los dos profetas de la visión europeísta son ensalzados como figuras cuasi religiosas a modo de santos políticos de la religión integradora. Monnet se nos presenta como «funcionario internacional y arquitecto de la paz»; a Schuman le corresponde el papel de «arquitecto de la unidad». La sociedad, por su parte, sería la encargada de llevar a los altares los nuevos Estados Unidos de Europa, surgiendo de las entrañas del pueblo. Sin embargo, esta versión de los hechos no solo es inexacta, sino que está basada en un cúmulo de falsedades, medias verdades y mentiras que muy pocos autores se han atrevido a desentrañar. Quizás el más importante sea el expolítico y empresario francés Philippe de Villiers, que desempeñó el cargo de secretario de Estado de Cultura en los años ochenta bajo la presidencia de François Mitterrand, pasando luego a ser diputado en la Asamblea Nacional gala y posteriormente al Parlamento Europeo. Es conocido por el gran público por haber creado el parque de temática histórica Puy du Fou y denostado por el *establishment* académico europeo[6] por haber descubierto el verdadero origen de la UE, lo que en esta obra denominamos como el pecado original que ayuda a comprender el secuestro institucional que sufrimos desde la misma génesis del proyecto político y económico europeo.

Villiers publicó en el año 2019 un libro que resumía el resultado de sus investigaciones derribando el mito europeo. Está editado exclusivamente en francés y su título podría traducirse como *Tiré del hilo de las mentiras y todo se desveló*. «Durante setenta años se nos

ha dicho que la idea de una supernación europea surgió de las entrañas del pueblo, que fue el fervor popular el que, a través de un fenómeno sin precedentes de inmanencia escatológica, impulsó el proceso de integración comunitaria y alentó así la trascendencia del derecho internacional público tradicional. En el centro de esta "historia sagrada", Jean Monnet, el inspirador, es una especie de Moisés. Robert Schuman, que derribó los muros de Jericó con sus sonoras declaraciones, es una especie de Josué. El primero abrió el camino, el segundo guio al pueblo: la soberanía de las tribus fue cedida gradualmente».[7]

Y para confirmar que el objetivo real era avanzar en una agenda de carácter globalista bajo el disfraz atlantista, solo hay que acudir al flamante centro que sirve de museo al Parlamento Europeo, cuya visita comienza con un lúgubre túnel que relata la historia europea antes de los años cincuenta. Si uno fija la vista en la parte derecha de este pasillo descubre rápidamente una serie de fotografías que muestran con toda crudeza la destrucción de las bombas y las víctimas de las deportaciones que fueron enviadas a campos de concentración durante el periodo de entreguerras. Justo enfrente, en el lado izquierdo del corredor, se presentan una serie de citas de intelectuales focalizadas en la necesidad de que nunca se vuelva a repetir la barbarie que llevó a Europa a dos guerras fratricidas. Como revela Villiers en su libro, una de estas frases, expuesta a modo de alegato, confirma cuál es la verdadera intención del proyecto integrador: «La soberanía nacional está en la raíz de los males más flagrantes de nuestro tiempo y del perpetuo retorno de la humanidad al trágico desastre y a la barbarie... El único remedio definitivo para el supremo mal catastrófico de nuestro tiempo es una unión federal de los pueblos».

Se trata de una confesión en toda regla sobre la agenda oculta en los primeros pasos de lo que luego se convertiría en la Unión Europea. Una reflexión que, además, no procede de un alemán o un francés (padres teóricos del club comunitario), sino que lleva la rúbrica de lord Lothian, antiguo consejero del primer ministro británico Lloyd George, en la conferencia internacional que alumbró

el Tratado de Versalles de 1919. Acuerdo de paz que sembró el germen para la segunda contienda mundial, según denunciaron en aquella misma época muchos políticos notables de Francia, Gran Bretaña, Italia y Estados Unidos. Esta idea la expuso de forma magistral el secretario de Estado estadounidense Robert Lansing, al señalar que: «Los vencedores pretenden imponer sus objetivos combinados a los vencidos y subordinar todos los demás intereses a los suyos. La política europea, tal como está establecida hoy, es presa de todo tipo de codicia e intriga, y solo está llamada a declarar justo lo que es injusto. Tenemos un tratado de paz, pero no traerá una paz duradera, porque se basa en las arenas movedizas de los intereses individuales. (…) En este juicio no estuve solo. Pocos días después, me encontraba en Londres, donde discutía el tratado con algunos de los principales hombres de Gran Bretaña. Todos estaban de acuerdo en que el tratado era absurdo e inviable, que había nacido de la intriga y había sido moldeado por la codicia y, por lo tanto, era más apto para causar guerras que para prevenirlas».[8]

La cáscara de huevo europea

Esta novedosa lectura de la historia del club comunitario, basada en declaraciones y documentos que se han olvidado por los intereses creados en torno a la defensa del mito fundacional, revela el espíritu que ha animado a los constructores de Europa desde sus orígenes: hacer desaparecer de manera progresiva el Estado nación de los países de Europa como entidad histórico-política, reduciendo la soberanía de los Estados hasta convertirlos en una cáscara de huevo a la que se le ha sustraído la clara y la yema, eliminando las fuentes de proteínas y vitaminas, destruyendo su esencia vital. Y todo presentado con un excelente papel de regalo, atractivo desde un punto de vista material y emocional, con una declaración de derechos y libertades al estilo de Thomas Jefferson, con una bandera única y, posteriormente, añadiendo una moneda y una Hacienda común. ¿Quién en su sano juicio se opondría a crear una unidad de los pueblos para evitar la lacra del nacionalismo asesino y acabar con todas las guerras futuras? Un caramelo envenenado de

cuyos peligros ya advertía otro de los padres fundadores —en este caso de Estados Unidos—, Benjamin Franklin, cuando decía que todo aquel que sacrifica la libertad por la seguridad, no merece ni la una ni la otra.[9]

Antes de analizar la realidad de la pareja Schuman-Monnet, es preciso hacer una referencia al proceso político en términos históricos. El supuesto éxito de la Comunidad Europea del Carbón y del Acero (CECA) animó a los ingenieros sociales a intentar fusionar las defensas nacionales para crear un ejército único europeo, idea que se ha retomado recientemente a raíz de la guerra de Ucrania. Pero el proyecto de un ejército único bajo control estadounidense, a través de la OTAN, fracasó. La Asamblea Nacional francesa se negó a ratificar el acuerdo de la Comunidad Europea de Defensa, deteniendo así el proceso de integración sectorial hacia un Estado federal. Tras este fiasco, la marcha hacia delante de los pequeños pasos que promovía Monnet se reanudó con los Tratados de Roma, firmados el 25 de marzo de 1957. El primero de ellos estableció la Comunidad Económica Europea (CEE) y el segundo la Comunidad Europea de la Energía Atómica (Euratom), otra iniciativa que se encontró con el escollo francés, pero en esta ocasión no del Parlamento, sino del general De Gaulle, que se negó a estar atado de manos bajo la tutela estadounidense.

Posteriormente llegó otro fracaso, el del proyecto de comunidad política en 1961, seguido por la primera ampliación en 1973, el Acta Única Europea en 1986 y el Tratado de Maastricht en 1992, que introdujo el euro y una política exterior común. Como se puede comprobar con este breve resumen del calendario integrador, si algo ha quedado claro en esta travesía es que nunca es suficiente, los burócratas siempre quieren más. Hasta que en 2007 nació el Tratado de Lisboa para dar un paso más (quizás el definitivo) y, adicionalmente, borrar la consulta popular y, usando la ley, dar un golpe de Estado supranacional al hurtar a los ciudadanos la capacidad de decidir en las urnas.[10] De hecho, el proceso de construcción europea se ha caracterizado precisamente por la

distancia entre lo que desean las sociedades y lo que deciden los políticos en los despachos y pasillos de los organismos de Bruselas.

Sobre esta cuestión pone el foco el catedrático de Derecho Constitucional Miguel Ángel García Herrera, que denuncia cómo los burócratas y sus altavoces mediáticos se encargan de trasmitir la idea totalitaria de que «la complejidad de los documentos constitucionales debe ser competencia de la representación parlamentaria a la que el electorado ha elegido para la gestión de los temas políticos».[11] En esta línea, «consentir el pronunciamiento ciudadano comporta riesgos innecesarios e inevitables debido a la posible conjunción y coincidencia de la ignorancia, el desconocimiento, la irracionalidad, la confusión de temas, la manipulación de la consulta, el castigo al Gobierno de turno, etc. Aceptadas estas premisas, los críticos de los referéndums de aprobación sostienen que la prudencia aconseja sustraer la reforma de los tratados a la voluntad popular y confiarla a la pacífica tramitación parlamentaria en la que el resultado positivo está asegurado por la disciplina de los partidos políticos. El problema es que semejante descalificación corre el riesgo de afectar a los fundamentos de la democracia representativa: si el pueblo carece de discernimiento para pronunciarse sobre los textos constitucionales, ¿podemos admitir que está en condiciones de optar entre los programas políticos que se someten a su consideración en las elecciones europeas, generales, autonómicas o locales?».[12] O, si lo extrapolamos a la etapa histórica actual, siempre se puede emplear el comodín de la injerencia rusa, o china, para anular elecciones argumentando que los votantes están manipulados por las redes sociales y así justificar e incluso amenazar con meter en prisión a candidatos que obtienen amplias mayorías por no compartir el relato atlantista en su versión europea.[13]

La idea germinal de aquel movimiento que puso en marcha la Declaración Schuman —que hoy vuelve a resucitar para promover una pérdida de soberanía que las sociedades europeas rechazan— era plantear la urgencia de acometer un proceso de unificación que respondiera a la necesidad de crear una Europa poderosa,

emancipada de cualquier forma de dependencia soviética o americana, lo cual es otra de esas grandes falacias que se repiten como un mantra y que sirven como argumento clave de los propagandistas de esa idea que algunos autores, como el propio Villiers, denominan el «europeísmo caníbal».

Y aquí destacan políticos franceses como François Mitterrand, que, en 1992 como presidente de la República, ensalzó los méritos del Tratado de Maastricht en nombre del «poder europeo». Años más tarde, en 2005, uno de sus principales rivales políticos, el ilustre Giscard d'Estaing, empleó el mismo concepto al blandir su proyecto de Constitución europea como una espada que debía luchar «en nombre de la Europa potencia». Y, más de una década después, en su discurso en la Universidad de la Sorbona el 26 de septiembre de 2017, Emmanuel Macron afirmó estar allanando el camino para la «soberanía europea», todo ello mientras entregaban al Viejo Continente a las manos de fundaciones norteamericanas y grandes grupos financieros de la City y Wall Street, para confiar a la CIA y al Departamento de Estado estadounidense la batuta de esta obra magna cuyo cemento se empleó para una construcción europea cuyos efectos reales estamos viviendo en nuestros días.

El banquero traidor

Nuestra historia comienza en una bodega familiar ubicada en la región de Nueva Aquitania, en concreto en la afamada región de Cognac. Famosa por su industria vitivinícola gracias a unos caldos que surgen de las entrañas de la tierra fértil alimentada por el río Charente. Allí vivía y trabajaba la familia Monnet, con el patriarca Jean Gabriel al frente de las operaciones. El emblema de la bodega era una salamandra, idéntica a la que se puede encontrar en el escudo de armas de Francisco I, rey renacentista que nació en la ciudad de Cognac en los estertores del siglo XV. La villa era un lugar de ajetreo continuo por el constante trasiego de comerciantes alemanes, ingleses, holandeses y estadounidenses, que acudían para catar los vinos y llevarlos a sus países.

Por aquel entonces Jean Monnet solo era un adolescente, pero tenía claro que su futuro no iba a estar ligado a la empresa familiar, ni siquiera a la industria exportadora de las bebidas espirituosas. Su sueño era salir del ala materna e introducirse en la esfera anglosajona, para lo cual se había preparado concienzudamente, mostrando mucho más interés en su etapa escolar en aprender inglés que en estudiar griego o latín. Poder acceder a los misterios de la City financiera de Londres era su aspiración, mientras se paseaba por las calles de Cognac portando en su cabeza un bombín de corte británico. En cuanto tuvo ocasión, logró que su progenitor y cabeza de familia le permitiera cruzar el canal de la Mancha para impulsar el negocio y conocer de primera mano las relaciones de los industriales con el mundo bancario. Quedó subyugado: tenía que convertirse en uno de ellos.[14]

Eran los inicios del siglo XX y el joven Monnet se especializó en la exportación de las marcas de la bodega familiar, trabajo que cobró un especial impulso tras la petición de su padre al rogarle que se trasladara a Canadá para abrir nuevos mercados. Era hora de rentabilizar la experiencia y los contactos desarrollados en Londres, capital del Imperio británico con sus dominios de ultramar. Al principio la madre se opuso a esta misión comercial porque el joven Monnet ni siquiera había terminado el bachillerato, pero las necesidades financieras de la bodega la obligaron a ceder. La empresa no pasaba precisamente por su mejor momento y la competencia en el sector de las bebidas alcohólicas era muy fuerte. Así que, dicho y hecho, Jean, sin ocultar su alegría, hizo la maleta, cogió su bombín y marchó rumbo a Winnipeg, en las praderas del oeste de Canadá. Era el comienzo de una leyenda, edificada en torno a una serie de manipulaciones y omisiones para ocultar que, a partir de ese momento, el francés que pasaría a la historia por ser uno de los padres fundadores de la Unión Europea, siempre trabajó para aquellos que tenían el inglés como lengua materna.

Al poco tiempo de llegar a Canadá, Monnet cerró la firma de unos acuerdos con una empresa británica cuya influencia en el comercio internacional revelaba la altura de miras del comerciante galo. Se

trataba de la Compañía de la Bahía de Hudson, una firma establecida por exploradores ingleses,[15] fundada como compañía privilegiada real bajo el mandato del rey Carlos II a finales del siglo XVII y que logró gobernar *de facto* un tercio de lo que hoy es Canadá durante dos centurias.[16] Los contratos firmados por Monnet fueron negociados con los dos principales pilares financieros de la corporación: la banca Lazard y la casa Morgan. Consistían, en esencia, en utilizar una serie de herramientas comerciales para eludir la legislación que prohibía vender aguardiente a los indios. La idea era que la bodega francesa suministraría el coñac a la empresa canadiense, lo que convertía a los Monnet en sus proveedores exclusivos, para posteriormente entregar el producto a los nativos americanos, los cuales pagaban en especie con pieles de gran valor que acababan en París en los almacenes del gran peletero Révillon, que a su vez estaba vinculado con Lazard a través de un férreo acuerdo comercial.

Esta rentable operación hizo ganar a todas las partes implicadas mucho dinero y Monnet llamó la atención de lord Robert Kindersley, futuro director del banco Lazard y el primer gran mentor del comerciante francés. Él fue quien le introdujo en las altas esferas británicas, cuyos integrantes le comenzaron a considerar una especie de benjamín protegido, que tenía como principales virtudes el don de gentes, el dominio de las relaciones personales, la capacidad empresarial y una ambición que los señores de la City aspiraban a controlar para que fuera uno de sus principales agentes. Por eso nunca dejaron de velar por su destino.[17] A Monnet no le interesaba la política, tampoco la historia, la literatura o el arte. Carecía de ideología, no creía en las fronteras ni en las disputas políticas. Solo le atraían los negocios y el poder. Había pasado directamente de los fértiles campos de Cognac a codearse con los grandes banqueros internacionales, no solo olvidando sus raíces, sino renegando de ellas. Él mismo confesaría varios años después, en una carta enviada a Raymond Aron, el filósofo y sociólogo francés, que «sentía una doble lealtad, inglesa y americana». No era ningún secreto. Su amigo André Fontaine dijo de él que «sabía más

palabras inglesas que francesas», característica que Monnet compartía con el otro padre de Europa, el joven Schuman, de quien se decía que «conocía más palabras alemanas que francesas».[18]

Cuando estalló la Primera Guerra Mundial, Monnet no se preocupó demasiado, siguiendo también la estela de las élites británicas, grupo de poder que incluso se alegró de que se pusiera en marcha la máquina militar para intentar derrotar a una emergente Alemania. En contra de lo que se nos ha enseñado en colegios y universidades, cuando se declaró la guerra —en el verano de 1914, tras el asesinato del archiduque Francisco Fernando de Austria, heredero de la Corona austrohúngara—, los miembros de la alta sociedad inglesa estaban felices y contentos. Así lo relata el filósofo británico Bertrand Russell en su autobiografía,[19] al manifestar su sorpresa por esta alegría ante una contienda inminente, en buena medida provocada por los tentáculos del Departamento de Asuntos Exteriores, dirigido por un Edward Grey que estuvo maquinando a favor del conflicto bélico sin que lo supieran varios miembros del Gobierno.

¿Para quién trabajaba en realidad? Desde luego que no para los Gobiernos oficiales de los países vencedores, a los cuales ocultó información de forma sistemática. Sus verdaderos jefes eran un grupo de personas, aglutinadas en torno a los círculos financieros de Londres,[20] que veían cómo determinados elementos de la política alemana amenazaban sus haciendas y sus esferas de poder. Un grupo que durante una década tramó la destrucción de Alemania como primera parte de una agenda para extender sus tentáculos de forma global y evitar que pudieran surgir actores que amenazaran sus planes. El asesinato del archiduque no fue un hecho casual. Encendió una mecha que había sido cuidadosamente preparada a través de una cadena de mando que se extendía desde Sarajevo, pasando por Belgrado y San Petersburgo, hasta esa cábala de Londres. Estamos hablando de una conspiración con mayúsculas, en su sentido literal del término, y, a tenor de la abundante documentación que aportan los historiadores valientes, no es una teoría, sino un hecho.[21]

En el momento en el que comienza la Gran Guerra, los dos supuestos padres de Europa lograron que se les eximiera de ir a filas y ambos con la misma excusa: razones de salud que desaparecieron misteriosamente en 1918 cuando se acordó el armisticio. No seremos nosotros quienes pongamos en tela de juicio la honorabilidad de estos patriotas de salón, pero no deja de ser curioso que tanto a Monnet como a Schuman se les protegiera ya desde este momento, probablemente porque sus guías tenían planes para ellos. Según desveló a Philippe de Villiers uno de los redactores del Tratado de Roma, Jean-François Deniau, «en septiembre de 1914, dos meses después de que comenzara la Primera Guerra Mundial, la Compañía de la Bahía de Hudson le encarga a Monnet una misión, que consistía en convencer al Gobierno francés para que recurriera los servicios logísticos de la empresa para poner su flota comercial a disposición de los ejércitos aliados. Según este testimonio fueron las amistades masónicas las que permitieron que el joven hombre de Cognac fuera recibido por el propio primer ministro de Francia, René Viviani».[22] Resulta que el abogado de la empresa familiar, el señor Benon, era también el abogado de Viviani, que fue quien intercedió para que fuera recibido Monnet cuando tenía veintiséis años. Esto demuestra que el Gran Oriente francés abre todas las puertas. Gracias a esta mediación, mientras sus compatriotas iban al frente con sus bayonetas, Monnet se instalaba en el distrito de negocios londinense y recibía la felicitación de lord Kindersley, orgulloso de su protegido.

Lejos quedaban los vapores de los caldos del negocio familiar. Ahora era un poderoso intermediario que ayudaba a tejer relaciones entre grandes industriales y miembros del Parlamento, facilitando al Gobierno británico los puentes que necesitaba para sacar adelante las finanzas públicas. Y de vez en cuando realizaba alguna labor que beneficiaba a su patria natal, como cuando logró un préstamo de la Compañía de la Bahía de Hudson por valor de cien millones de francos en oro en beneficio del Banco de Francia, en liquidación de trigo canadiense.

Además, Monnet destacó por su papel como supervisor de las operaciones marítimas en nombre del Gobierno francés (compra y alquiler de barcos), en estrecha colaboración con el ministro galo de Comercio, operación que le hizo ascender de nuevo y, con veintiocho años, se convirtió en el representante del ministro en la capital del Imperio británico, ayudado por los abogados londinenses especialistas en borrar la frontera semántica entre lo público y lo privado. Gracias a Monnet, lord Kindersley obtuvo el monopolio de las compras francesas en Canadá y logró préstamos del banco norteamericano JP Morgan, que, como hemos expuesto, estaba vinculado a Lazard y la Compañía de la Bahía de Hudson. Todos se hicieron prodigiosamente ricos financiando las políticas de suministro aliadas.[23]

Estas maniobras no pasaron desapercibidas para el ministro de Armamento francés, Louis Loucheur, que era consciente de que existía un tráfico de influencias que perjudicaba los intereses del Tesoro galo y que beneficiaba a un Monnet que iba al teatro envuelto en una capa forrada con seda blanca y cuyas estancias en el hotel Ritz levantaban rumores que llegaban al Parlamento. El ministro elevó la cuestión al primer ministro Georges Clemenceau, quejándose de que no se hubiera movilizado y denunciando sus sospechas sobre posibles comisiones y amaños en los contratos de suministros militares en los que participaban los señores de la City. De poco sirvió la pataleta, aunque al final de la guerra se llamó a filas a Monnet, no dio tiempo para cursar el mandato: antes de que cristalizara, se firmó la paz. Como pago por los grandes y excelentes servicios prestados, la monarquía británica decidió premiar al joven francés otorgándole el título de sir. Había cumplido su sueño y, además, con los bolsillos llenos.

«El libro rojo de la integración europea»

Este breve resumen de las peripecias del padre fundador de la UE permanece oculto, soterrado, gracias en buena medida a la biografía oficial, creada a partir de unas memorias oficiales[24] que, como las han definido algunos burócratas comunitarios, son «el pequeño libro

rojo de la integración europea», en referencia al famoso *Libro rojo* de Mao que era como una especie de biblia secular en la China de los años sesenta y setenta del pasado siglo. En esas memorias, las de Monnet, publicadas en el año 1976, se describe a un visionario que desde su juventud tenía un plan en mente para conseguir evitar las guerras en Europa estableciendo acuerdos de colaboración económica primero e integración política después, favoreciendo el libre intercambio de bienes e ideas. Además, esta supuesta biografía está impregnada de una idea clave: la de abrir una tercera vía entre Estados Unidos y la Unión Soviética. Creando las bases para construir el camino de una «Europa como potencia», competidora de los dos imperios, con un enfoque determinista en el que se establecía que el único destino de los países es caminar hacia la «Europa integrada».

El problema es que, tal como demuestra la investigación de Philippe de Villiers, estas memorias son más falsas que un euro de madera, algo que incluso apuntó el propio Monnet a sus autores cuando vio el resultado de un trabajo en el que no participó en absoluto. Esta obra fundacional es una reconstrucción en el laboratorio, una revisión de la vida de un hombre, llevada a cabo por otros hombres que apenas le conocieron, una obra externa a su autor. Su creador no es Monnet, sino la pluma de François Fontaine, un alto funcionario europeo, director de la Oficina de las Comunidades Europeas de París, premiado al final de su carrera con el sillón de consejero especial de la Comisión. El objetivo de esta construcción editorial fue servir de tabla de referencia para todas las sucesivas biografías y hagiografías de los héroes del club comunitario. Estaba destinada a ser la crónica de las crónicas, el relato fundamental para construir el mito.

Fontaine era un fanático opositor a la herencia del general De Gaulle, al que consideraba un peligroso reaccionario por rechazo a injerencias extranjeras y su defensa de la soberanía nacional. El verdadero autor de las memorias de Monnet era un tipo profundamente globalista que pensaba que la historia de Francia se había desviado de Richelieu y Luis XIV, cuando el partido nacional prevaleció sobre el partido devoto, en detrimento de una Europa de

la cultura que había sido gobernada, desde lejos, por los benévolos Habsburgo. Bajo esta visión, convencido de que Francia estaba muerta, decidió convertirse en europeísta y atlantista, conceptos que acabarían fusionándose décadas después, especialmente tras las denominadas «revoluciones de colores» y la expansión de la OTAN hacia el Este de Europa, que estudiaremos a fondo en el próximo capítulo.

Antes de recibir el encargo, Fontaine había escrito varias novelas en las que destacaba el papel del Imperio romano y establecía paralelismos con la UE, lo cual llamó la atención de los estrategas de Washington que le escogieron para realizar la autobiografía atribuida falsamente a Monnet. Él mismo admitió que el futuro padre de Europa rechazó todas las ofertas, «antes de haberse asegurado de que la unidad profunda de su vida pudiera expresarse en una obra coherente»; fue en ese momento, a los ochenta y cinco años, cuando descubrió el hilo conductor de sus actividades fabricado *ex profeso* para ello.[25] Pero Fontaine no realizó este trabajo en solitario. Fue quien puso la cara, la firma y la pluma —aunque oficialmente solo fuera el editor—, pero tuvo a su disposición un equipo compuesto por quince investigadores cuidadosamente seleccionados[26] por otro de los personajes que permanecen en un segundo plano: Jean-Baptiste Duroselle, académico que tampoco actuaba por iniciativa propia, sino contratado por el Departamento de Estado de Estados Unidos, pagado por la Fundación Ford y tutelado por la CIA.

Este es el pecado original que permanece oculto en las entrañas del aparato burocrático europeo, porque muestra sin ambages que el proyecto integrador fue dirigido desde el otro lado del océano Atlántico. Existen numerosos documentos que prueban esta relación y que siguen siendo enterrados tanto por los legisladores del club comunitario como por los historiadores que se niegan a aceptar una realidad incómoda pero evidente. Duroselle fue escogido por una pareja formada por Shepard Stone, por aquel entonces un preeminente agente de la Fundación Ford, y por McGeorge Bundy, asistente especial del presidente Kennedy, que había sido decano de

la Facultad de Artes y Letras en Harvard cuando Duroselle había impartido clases en esta universidad.

Estos dos norteamericanos, que suelen ser citados como simples «discípulos» del académico francés, recibieron el encargo de sus superiores de contactar con Monnet para indicarle que su amigo Duroselle había sido elegido para coordinar la fabricación de sus memorias. Era el año 1962 y se ponía en marcha la operación de propaganda[27] indispensable para configurar un documento seminal que ocultara los hilos que manejaban a Monnet y que, al mismo tiempo, ensalzara sus supuestas virtudes como si fueran genuinas y alejadas de cualquier intervención exterior, mediante la creación de una biografía que sirviera a los intereses de los verdaderos arquitectos de la integración europea, cuya misión era vaciar de contenido las competencias gubernamentales e institucionalizar el control por parte de las élites estadounidenses.

La Fundación Ford fue el instrumento seleccionado para llevar a cabo esta misión, tanto en lo relativo a su financiación como a su tutela y dirección. Esta organización, constituida el año 1936 por Edsel Ford —hijo del creador del imperio del automóvil que revolucionó la actividad productiva de la industria norteamericana—, aparenta aún hoy en día ser una institución filantrópica, pero desde sus inicios actuó como una correa de transmisión de la CIA y del Departamento de Estado norteamericano, siendo empleada para operaciones delicadas que requieren, para una mayor opacidad, una entidad pantalla. Al concluir la Segunda Guerra Mundial, los servicios de inteligencia de Estados Unidos confeccionaron una estrategia de guerra cultural para intentar contrarrestar la influencia soviética en Europa. Entre las operaciones más destacadas y conocidas se encuentran la financiación de publicaciones académicas, medios de comunicación, congresos y conferencias, organizaciones sociales y laborales (sindicatos) que defendieran los ideales supuestamente liberales que emanaban desde Washington.[28]

A partir de la década de los años cincuenta, la Fundación Ford, con sede en Nueva York, se convirtió en una de las puntas de lanza de esta guerra fría cultural, mediante una campaña secreta en la que

algunos de los más destacados exponentes de la libertad intelectual en el mundo occidental fueron instrumentos —unos voluntariamente y otros forzados a ello— de los servicios secretos estadounidenses. Desde el final de la Segunda Guerra Mundial, la naciente CIA (construida sobre los cimientos de la OSS)[29] empleó varios de sus fondos y programas para llevar a cabo actividades en países extranjeros ocultando el verdadero origen de las mismas con la cobertura legal de la directiva que hemos expuesto en páginas anteriores.

Falsa filantropía

La Fundación Ford pasaba así a entrar en el club de entidades supuestamente filantrópicas (como la Carnegie o la Fundación Rockefeller) que servirían a la inteligencia estadounidense para promocionar la marca de su país como principal guardián y defensor de la democracia frente a las dictaduras comunistas, labor que pocos años después aglutinaría la USAID[30] especialmente en los países del tercer mundo, cuando el papel de las agencias de inteligencia en esta labor de ingeniería social, económica y política era tan evidente que había que cambiar de estrategia. Este fue el embrión de uno de los elementos que después se calificaría como el «poder blando» de Washington (*soft power*), calificativo nada apropiado, ya que en realidad esta estructura no solo se limitaba a una colonización cultural, sino que en no pocas ocasiones promovía golpes de Estado y actividades de contrainsurgencia, primero en países de Hispanoamérica y, más tarde, en el Viejo Continente, utilizando el discurso del miedo rojo, según el cual toda Europa Occidental habría caído en manos de los comunistas si no hubiera sido por la Alianza Atlántica. Un relato muy similar al que se emplea en este final de primer cuarto de siglo XXI cuando se asegura que Putin va a invadir todo el territorio comunitario si no le paramos los pies poseído por su fervor imperialista.

Shepard Stone era un doctor en Historia que se nos ha presentado durante décadas como un simple intelectual de alto postín, centrado en sus trabajos académicos, y alejado del campo político. Pero basta

con revisar su carrera para comprobar a qué intereses servía realmente. Nieto de judíos que habían emigrado de Lituania en busca del sueño americano, creció en un entorno acomodado en la ciudad de Nashua, en el estado de New Hampshire. El apellido de su padre era Cohen, pero nada más graduarse en la escuela secundaria local, el joven Shepard siguió el ejemplo de su hermano y renegó del mismo, cambiándolo por Stone. Después se graduó en Historia en una elitista universidad de la Ivy League y, posteriormente, puso rumbo a Berlín para realizar el doctorado en la ciudad alemana durante la convulsa etapa de entreguerras, en los estertores de la República de Weimar. Allí realizó su tesis doctoral sobre la diplomacia germana hacia Polonia y conoció a la que sería su futura esposa, Charlotte Hasenclever-Jaffé.

Al regresar a Estados Unidos, Stone prefirió entrar en el mundo de la comunicación antes que desarrollar una carrera profesional en el mundo académico. Utilizó sus contactos para conseguir un trabajo en el diario *The New York Times*, donde se distinguió como reportero y analista de todo lo que ocurría en la Alemania nazi, hasta que se produjo el ataque a la base de Pearl Harbor por parte del ejército japonés y Estados Unidos entró en la guerra. A partir de ese momento, este intelectual sería una pieza clave de los servicios de inteligencia militar y acción psicológica norteamericano.[31] Y lo que es más revelador, se convirtió en la mano derecha del Alto Comisionado estadounidense en Alemania, John McCloy, un gran amigo a quien Monnet había conocido de sus aventuras en Wall Street cuando era banquero de la élite. En la tensa época de la caza de brujas de McCarthy, en la que todo progresista era calificado de peligroso comunista, Shepard Stone «trató de vender los Estados Unidos a un público aún escéptico en el nuevo Estado semisoberano de Alemania Occidental, al tiempo que seguía vigilando la prensa y subvencionando publicaciones [supuestamente] liberales».[32]

De esta forma, empleando el vehículo de la batalla contra la influencia del comunismo soviético, se legitimó una acción cultural europea procedente del otro lado del Atlántico, mientras Monnet se centraba en interferir para conseguir una despolitización de las

estructuras de poder en el Viejo Continente que sirviera de lubricante para los intereses de Washington. Esta figura tan poco conocida para el gran público, que ocupó puestos clave en la regulación de los intercambios culturales atlánticos, es una buena ilustración de esta dualidad, que potenciaría como asesor del programa «Establecimiento de la Paz» de 1952 a 1954, momento en el que se convertiría en director de Asuntos Internacionales de la Fundación Ford. Después, en la década de los años setenta, ocuparía el más alto cargo del Instituto Aspen de Berlín, otra de las organizaciones que utilizan la pantalla atlantista para promover las ideas globalistas.

El otro personaje al que hemos hecho referencia para construir el mito de Monnet es McGeorge Bundy, consejero de Seguridad Nacional de la Administración Kennedy, y que, de forma bien significativa, mantuvo el cargo cuando Lyndon Johnson llegó a la Casa Blanca después del atentado de Dallas que acabó con la vida del presidente. Bundy permaneció a las órdenes del nuevo inquilino de la Casa Blanca, donde actuó como fuerte partidario de una mayor implicación de Estados Unidos en la guerra de Vietnam, mediante el envío de cada vez más efectivos y recursos, convirtiéndose en uno de los arquitectos de la escalada en la guerra. Destacó entre los partidarios de la línea dura, que propuso a Johnson adoptar la doctrina clásica de la guerra convencional, defendiendo que la victoria dependía de una combinación de control territorial y desgaste del adversario. No fue casualidad que Bundy presidiera el denominado Comité 303, responsable de coordinar las operaciones encubiertas para el Gobierno de los Estados Unidos. Y al salir de la Casa Blanca, en el año 1966, fue elegido presidente de la Fundación Ford.

Bundy fue otro hombre clave de la comunidad de inteligencia norteamericana, miembro de la oscura sociedad Skull and Bones tras su paso por Harvard. Siempre dispuso de un asiento destacado en el órgano de dirección del Consejo de Relaciones Exteriores y pasó sus últimos días trabajando para la Carnegie Corporation en Nueva York, otra entidad cuya estructura se emplea para aplicar agendas

políticas y económicas al margen de los Gobiernos, de uno y otro color.

Es así como se articula el mecanismo de creación y financiación de las memorias de Monnet, dirigido y financiado por la Fundación Ford con el visto bueno de Kennedy, asesorado por Bundy. Se trataba de una operación de Estado que aprovecharon los globalistas para introducir su virus desintegrador en Europa valiéndose de la influencia establecida poco antes con el Plan Marshall, que además de la maquinaria financiera impuso un sistema de control sin precedentes a través de la Administración de Cooperación Europea. Entidad que se aseguraba de que cualquier resistencia a la injerencia de Estados Unidos se considerara un «atentado contra el mundo libre», según revela el historiador Gerad Bossuat en un libro[33] que describe cómo las economías europeas, especialmente la francesa y alemana, pasaron a depender de departamentos controlados por los políticos y grandes corporaciones norteamericanas.

En conclusión: Washington pretendía utilizar su supuesta generosidad para controlar a Europa. Solo hay que analizar la estructura de los primeros comités, grupos de estudio y organismos comunitarios para comprobar cómo estaban plagados de «expertos» estadounidenses, omnipresentes en los círculos de altos funcionarios que rodeaban a los políticos europeos. Fueron ellos quienes redactaron de su puño y letra las cláusulas antimonopolio de la CECA como germen de una unión aduanera interna que estableciera una barrera económica con el exterior en la cual solo existiría una brecha para las empresas norteamericanas, empleando para ello el paraguas de la OTAN. Detrás de la integración económica y militar europea había una motivación tácita por parte de los estadounidenses: la carta alemana. Su sueño era apoderarse del país y hacer negocios con las grandes empresas del otro lado del Rin, manteniendo la estructura del periodo de entreguerras en el que las corporaciones norteamericanas habían colaborado estrechamente con el partido nacionalsocialista.

Aquí es donde entra en juego otro gran amigo de Monnet, una de esas figuras con rancio abolengo que mueven los hilos del poder al

margen de lo que decidan las urnas. Aparece en escena John Foster Dulles, hermano mayor del poderoso Allen Dulles, primer director civil de la CIA y uno de los padres de las redes *stay behind* en Europa, entre las cuales destaca la Operación Gladio,[34] red de grupos terroristas que utilizó la OTAN para realizar atentados de falsa bandera en Europa con la colaboración de antiguos militares nazis, tal como expongo con detalle en mi libro sobre los atentados de Madrid cometidos el 11 de marzo de 2004.[35]

Antes de convertirse en secretario de Estado durante la presidencia del general Eisenhower, John Foster Dulles había representado los intereses de la Fundación Ford, siendo uno de los mejores abogados de la organización y actuando como pieza clave de los intereses geopolíticos e industriales norteamericanos[36] en Alemania durante el ascenso de Hitler. De su época universitaria en la Sorbona conservaba un magnífico dominio del idioma francés y hablaba de forma fluida el alemán, lo que le facilitó en buena medida su papel de arquitecto de la nueva Europa. Años después acabaría siendo un gran amigo del canciller Konrad Adenauer, al cual manejó como una marioneta más del teatro europeo.

Trampa financiera

Como suele suceder en la gran mayoría de los casos, el sector financiero, junto con el Tesoro y la Reserva Federal, fueron las vías por las cuales se canalizó la intervención estadounidense en Europa, primero en forma de préstamos disfrazados de ayudas económicas y después como instrumentos de control. El Plan Dawes y el Plan Marshall —uno antes de la Segunda Guerra Mundial y el segundo al finalizar la contienda— fueron una trampa financiera para los países europeos, tanto para los vencedores como para los vencidos, tejiendo una relación de dependencia que dificultaría el desarrollo de una industria financiera propia desconectada de la City y Wall Street. Foster Dulles tuvo un papel destacado en ambos programas de asistencia a cambio de cesión de soberanía.

El primero ellos, capitaneado por Charles Dawes, fue puesto en marcha en 1924 tras el terrible episodio de hiperinflación que destruyó el sistema monetario alemán y su estructura productiva, ya mermada por la ocupación del Ruhr por parte de franceses y belgas. Una vez estabilizado parcialmente el aumento de precios con el experimento de ingeniera monetaria que creó el Rentenmark (el «marco seguro»), los Gobiernos británico, francés y alemán aceptaron la propuesta de Washington para que Dawes presidiera una comisión que debía considerar las formas de equilibrar el presupuesto alemán, estabilizando la moneda y fijando un nivel nuevo y viable de reparaciones anuales.

Dawes era un hombre de la banca que había trabajado en el Tesoro norteamericano a finales del siglo XIX por encargo del presidente William McKinley, quien le había encomendado la tarea de reorganizar el sistema bancario estadounidense para evitar crisis de pánico financiero y eludir corridas bancarias. Es ahí donde tiende puentes con el mundo financiero, en un momento en el que todavía no existía la Reserva Federal, banco central privado, no público, que se crearía en 1913 a pesar de la oposición de un grupo de financieros e industriales[37] que no pudieron alzar la voz, porque, casualidades de la vida, la mayoría de ellos fallecieron en el hundimiento del *Titanic*. El dueño de la naviera era JP Morgan, fundador del imperio financiero y energético con el que hacían negocios los amigos de Monnet, creador de General Electric, de la compañía federal del acero y del famoso banco que todavía hoy lleva su nombre. De hecho, en el momento en el que se edita este libro, es la mayor entidad financiera comercial por volumen de activos y una de las grandes beneficiarias de las turbulencias financieras que periódicamente golpean al sector bancario estadounidense.

¿En qué consistió el Plan Dawes? Básicamente, era una reestructuración de pagos que estipulaba que entre 1924 y 1929 la deuda alemana sería abonada de una forma progresiva, fijándose un pago inicial de 1.000 millones de marcos-oro anuales, de los cuales 800 vendrían a ser cubiertos por un préstamo exterior. Los pagos se elevarían cada año hasta alcanzar los 2.500 millones de marcos en

1929. Y a partir de ese momento se actualizaría la cifra en función de la capacidad de pago de la economía germana. El banco central alemán, el Reichsbank —este sí de carácter público—, fue reorganizado bajo la supervisión de los vencedores, es decir, secuestrado. Y para evitar la inflación, se le prohibió descontar los bonos del Tesoro manteniendo unas reservas de oro y moneda extranjera equivalentes, por lo menos, al 40 por ciento del papel emitido.

A cambio de que los alemanes aceptaran este plan, que, en la práctica, suponía una pérdida total de soberanía financiera, económica y monetaria, se estableció que franceses y belgas se retirarían del Ruhr y que solo podrían volver a ocupar la región en caso de flagrante incumplimiento por parte de Alemania (y únicamente con el acuerdo unánime de todos sus acreedores). El Gobierno alemán aceptó el plan el 17 de abril de 1924 y una semana después lo refrendaron Inglaterra, Italia y Bélgica. Francia al principio se negó a ratificarlo (porque estaba expropiando los recursos del centro minero germano del valle del Ruhr con presencia de tropas), pero temiendo un desplome de su divisa (el franco) si se mantenía fuera del pacto, el primer ministro francés Raymond Poincaré firmó la propuesta de Dawes tan solo un día después que el resto.

El programa consistía en un movimiento de dinero que se sostenía casi exclusivamente en la marcha de la economía norteamericana, dopada con el crédito barato que salía de las arcas de la Reserva Federal: los bancos estadounidenses otorgaban fondos para que el Tesoro los prestase a Alemania, cuyo Gobierno usaba en su mayoría para costear las indemnizaciones de guerra debidas a otros países europeos (como Gran Bretaña, Francia y Bélgica). Y estos, a su vez, destinaban las reparaciones abonadas por Alemania a pagar a Washington su propia deuda de guerra (generada porque, desde 1917, el país norteamericano se había convertido en prestamista de los Gobiernos aliados de la Triple Entente, además de venderles gran cantidad de productos manufacturados durante la contienda y después de ella). Foster Dulles tuvo un papel determinante en este plan, ya que a través de su bufete de abogados, Sullivan &

Cromwell, gestionó la compra de bonos emitidos por corporaciones alemanas por parte de financieros de Wall Street. El caso más destacado fue el del gigante químico IG Farben, que mantenía un monopolio *de facto* en su sector y que colaboró con Hitler hasta el punto de ser quien produjo en masa el gas Zyklon B que fue usado en los campos de exterminio. Eso no evitó que esta empresa albergara la sede del Alto Comisionado de Estados Unidos para la Alemania ocupada después de la guerra. Una parte de sus directivos que fueron juzgados en Núremberg se convirtieron en líderes de las compañías que surgieron del desmembramiento de la gran corporación.[38] La más famosa, Bayer, se fusionó con la multinacional agroalimentaria norteamericana Monsanto en el año 2016.

A pesar de que en muchos libros se considera que el Plan Dawes funcionó los primeros años, en realidad fue una trampa financiera para expoliar a los alemanes —y por extensión al resto de Europa— en un momento en el que necesitaban desesperadamente un salvavidas. El programa de asistencia contemplaba un conjunto de medidas que permitieron el desembarco de inversión extranjera —principalmente de bancos y empresas industriales norteamericanas— a cambio del compromiso del Gobierno alemán de mantener una reserva de oro que avalase los pagos de su deuda. El acuerdo se modificó abandonando la idea del pago en especie mediante la expropiación de materias primas y otros bienes, estipulando un mecanismo de financiación con impuestos al consumo, aranceles y tasas por la explotación de los ferrocarriles. Pero como Alemania no tenía ninguna capacidad de generar estos ingresos porque su economía había sido destruida, la mayor parte del dinero vino en forma de dólares.

Todo esto sucedía mientras la sociedad norteamericana vivía los felices años veinte, los del charlestón, la alegría por el fin de la guerra y la conciencia de que se preparaba para sustituir a Gran Bretaña como el país con más influencia en el mundo. El Tesoro y Wall Street no presionaban ni a Londres ni a París para que devolvieran sus préstamos de guerra, mientras exprimían lo que quedaba de una Alemania castigada y humillada a quien, gracias al

manto de protección norteamericano, se le permitía también aplazar sus pagos a Francia. Un sistema frágil, con cimientos nada sólidos porque no estaba basado en el crecimiento económico germano, ni en el auge real de la economía de Estados Unidos, sino en el creado por la FED y Wall Street con su barra libre monetaria.[39]

Y entonces, antes de que se pudiera constatar lo diabólico de este Plan Dawes, llegó el crac bursátil de octubre de 1929 y lo cambió todo. Se produjeron liquidaciones masivas, cierres… en un *shock* que dio lugar a la Gran Depresión, crisis económica que se agravó por las decisiones que adoptaron primero el presidente Herbert Hoover y, sobre todo, Franklin Delano Roosevelt, cuando llegó en 1933 al Despacho Oval de la Casa Blanca. Las intervenciones masivas de precios, el gasto público como panacea universal, la prohibición del ajuste salarial y la socialización de buena parte de la economía no solo no ayudaron a contener el golpe, sino que multiplicaron exponencialmente los problemas. Todo ello llevado a su máxima expresión con el famoso New Deal de Roosevelt, un programa que poca gente sabe que estaba inspirado en el fascismo italiano[40] y que tenía el respaldo de los plutócratas que veían en este programa económico una forma de conseguir los recursos que en el mercado no podían obtener, de forma muy similar a como sucede ahora en Europa con los programas Next Gen y sus derivados, tanto a la hora de luchar contra pandemias como en su vertiente bélica para rearmarse ante una posible guerra contra Rusia.[41]

Es así como se aprovecha de la *atlantización* del mercado bancario para tomar el control de Europa. «Los círculos industriales, financieros y bancarios del otro lado del Atlántico apostaron por Alemania para nuevas aventuras y nuevos beneficios —indica De Villiers— y la diplomacia americana estaba a su lado. Jean Monnet les mostró las ventajas de una Alemania integrada en un gran mercado europeo. Los servicios de inteligencia vigilaban de cerca. Monnet estaba al timón. Los americanos se apoyaban cada vez más en él para llevar a cabo operaciones de influencia y asegurar el sometimiento francés».[42] El mercader vitivinícola no solo se había

convertido en un financiero de postín, sino que actuaba como un tentáculo más del Departamento de Estado norteamericano.

Durante los felices años veinte, Monnet realizó muchos viajes internacionales para representar los intereses financieros y políticos. Se mudó a Nueva York para cambiar su centro de operaciones y realizar misiones para la propia Reserva Federal en Europa del Este, y así ayudar al banco central norteamericano a estabilizar los sistemas monetarios de los países de la región, lo cual consolidó su posición en la gran banca internacional. Fue cortejado, venerado, temido y considerado como el hombre de Wall Street en Europa. Su mimetismo con la cultura norteamericana rayaba lo patológico: se alimentaba casi exclusivamente de hamburguesas. Como exponen los historiadores Gerard Boussuat y Philippe Mioche, autores que nos descubren al verdadero Monnet, era un tipo «inspirado por la cultura estadounidense que, en la década de 1920 y principios de 1930, ya no distinguía entre sus prácticas al servicio de las instituciones públicas y sus intereses privados».[43] Seguramente nunca lo hizo.

En Washington decían de Monnet que era un europeo que pensaba como un americano. En realidad, fue un precursor globalista que usó los estrechos vínculos que se establecieron en aquella época en Estados Unidos entre el mundo de los negocios y el político, cultivando esta relación con éxito e inteligencia geopolítica. Se dio cuenta de que la libra iba a dejar paso al dólar como gran divisa de reserva internacional en un contexto en el que Estados Unidos sustituiría al Imperio británico como potencia hegemónica. Aprovecharon también su ambición y capacidad ejecutora, así como sus conexiones en su continente natal, las élites de Washington le hicieron aparecer como la encarnación europea de la idea estadounidense de una federación supranacional. Se combinaban intereses geopolíticos con los económicos.

El Departamento de Estado buscaba crear un bloque sobre el que fuera más fácil influir estratégicamente en la antesala de la Guerra Fría, con el objetivo prioritario de cortar de raíz cualquier alianza intraeuropea que Estados Unidos no pudiera controlar y, ya en la década de los años setenta, alejar el fantasma de una unión

euroasiática que pudiera amenazar el nuevo orden nacido de la Segunda Guerra Mundial. Un proyecto federal en el que los Gobiernos cada vez tuvieran una menor capacidad de decisión, tal como exponía en las propias memorias de Monnet el abogado George Ball, que más tarde se convertiría en vicesecretario de Estado de Kennedy, y que trabajaba con Foster Dulles para reducir las barreras europeas a los industriales y financieros norteamericanos: «El Estado nación tal y como sobrevive en el siglo XX es ahora, en su convicción, un anacronismo; dentro de una estructura federal, la acción común ya no está sujeta a los caprichos de los Gobiernos, todos ellos condicionados por presiones externas y ambiciones nacionales (…) Los problemas europeos no pueden resolverse dentro de la actual estructura de soberanías en pugna».[44]

Dinero de sangre

Monnet ya era consciente de que el orden económico y geopolítico estaba virando de la libra hacia el dólar, aunque la City de Londres siguiera teniendo influencia en las plazas financieras estadounidenses. Es en el periodo de entreguerras cuando el francés teje fuertes lazos con otro político del país de las barras y estrellas que ya ha aparecido en esta obra. Se trataba de John McCloy (Alto Comisionado estadounidense en Alemania) también banquero y abogado y personaje clave tanto en el auge empresarial de la Alemania nazi como en la Guerra Fría como asesor de varios presidentes. También fue el máximo directivo del Banco Mundial, del Chase Manhattan Bank y de la Fundación Ford, así como del Consejo de Relaciones Exteriores, gracias a su excelente vínculo personal con el clan Rockefeller. Su peso en estas organizaciones que manipulan los hilos de la política fue clave para que fuera seleccionado por el presidente Lyndon Johnson para alejar cualquier teoría de la conspiración del asesinato de Kennedy en la Comisión Warren, que implicara a alguien más que a Lee Harvey Oswald. Más tarde se convirtió en presidente honorario del Instituto Atlántico con sede en París, poniendo de manifiesto los verdaderos intereses a los que sirvió este Rasputín moderno en versión norteamericana.

Justo un año antes de que Hitler decidiera iniciar la anexión de Polonia, Monnet estaba en su apartamento de lujo en Nueva York, con vistas a Central Park, contando el dinero logrado durante su última misión en tierras asiáticas con sus viejos amigos de la Banca Lazard. Prácticamente sin haber deshecho el equipaje, el francés recibió una notificación de uno de sus contactos gubernamentales, que le comunicaba la inminente apertura de una investigación por fraude fiscal. Nada como tener amigos en las entrañas de la Hacienda federal. La acusación no tenía que ver con sus obligaciones tributarias en Estados Unidos, sino con la participación en una trama para lavar dinero de los nazis. Monnet, consciente de que no era el único sospechoso de haber empleado sus redes financieras para ayudar al blanqueo de capitales de grandes corporaciones alemanas, realizó las gestiones necesarias para que el proceso fuera aparcado y el caso abandonado durmiendo el sueño de los justos sin que se produjera la menor acusación formal.[45] Había demasiada gente importante implicada y era mejor no remover el avispero. No hizo falta ni amenazar con tirar de la manta.

Una vez alejada la amenaza judicial, Monnet volvió a fijar su mirada en Europa, en el ministro de Defensa francés, Édouard Daladier, otro hombre que no ocultaba su fascinación por Norteamérica y que ejerció de puente entre Monnet y el primer ministro británico, Arthur Neville Chamberlain, que lejos de oponerse al auge del Tercer Reich le dio aire con su política de apaciguamiento y el famoso acuerdo de Múnich del año 1938 que devolvió a Alemania la región germanófona de los Sudetes de Checoslovaquia. Sin embargo, dos días después de que el ejército de Hitler entrara en Polonia el 1 de septiembre de 1939, el *premier* británico anunció la declaración de guerra a Alemania. Chamberlain dirigió al Reino Unido durante los primeros ocho meses del conflicto bélico hasta su renuncia.

Cuando estalló la guerra, el francés Daladier, por encargo de Monnet, intentó convencer a su homólogo británico para que estableciera una organización interaliada con el objetivo de importar de forma conjunta equipos y material militar al complejo militar industrial estadounidense (otro *déjà vu* de los tiempos actuales), que

comenzaba a crecer de la mano de financieros y políticos que alimentaban a esta bestia, de cuyos peligros alertó el general Eisenhower en su célebre intervención televisada en su despedida del Despacho Oval. Poca gente sabe que del texto final que leyó este héroe de guerra convertido en presidente se excluyó la palabra «congresista» del concepto «complejo militar industrial», una alusión a los tentáculos que los negocios tenían en la política americana. Eisenhower quitó del original la referencia al Congreso para no enemistarse con los legisladores que escucharían su último discurso.[46] Entre ellos un joven Kennedy que estaba cerca de coger el testigo presidencial y que experimentó en sus propias carnes el poder y la influencia de este grupo de corporaciones militares, en cuyo accionariado están grandes bancos y gestoras de inversión, a las cuales se han unido en tiempos recientes los gigantes tecnológicos de Silicon Valley.

En las dos guerras mundiales y en esta especie de tercera contienda que hemos descrito en el capítulo dedicado al nuevo desorden global, es fundamental estudiar el papel de este conglomerado que actúa al margen de las democracias (usándolas a discreción) y que en Europa ha logrado impulsar un programa de rearme con fondos de dinero público que salen de los ahorros presentes y futuros de los hogares y los emprendedores para comprar armamento a las empresas y contratistas norteamericanos con la excusa de la guerra de Ucrania y la amenaza rusa. Pero no nos desviemos de nuestra historia, volvamos a la petición de Daladier, aceptada por el Gobierno británico. ¿Sabe, querido lector, quién fue la persona encargada de cristalizar el pacto y gestionar los envíos del material militar norteamericano a los arsenales de Londres y París? Evidentemente, Jean Monnet.

Ya en aquellos momentos los brujos visitadores de Roosevelt aprovechaban los viajes al extranjero previos a la guerra para convencer al presidente de que había que usar el poder norteamericano para tutelar un proceso que redujera la soberanía de los «pequeños estados europeos que nunca cesan de pelear». Todos esos jardines separados por setos debían convertirse en una sola

pradera: las naciones europeas ya no podían permitirse el lujo de vivir para sí mismas. Pero el proyecto de fusión entre galos e ingleses, recibido como una utopía premonitoria, iba a fracasar, en buena medida por la oposición del general De Gaulle, que no sucumbió a los encantos del padre fundador de la UE, convertido ya en presidente del Comité de Coordinación Franco-Británico, cargo que desempeñaba desde su oficina de Londres mientras susurraba al oído del ministro de Asuntos Exteriores, lord Halifax, gran rival de Churchill. No en vano tenía su oficina en el mismo edificio.

Los malabarismos de Monnet fueron notables, porque trabajaba para todos a la vez y representaba intereses de la esfera anglosajona al mismo tiempo que servía como agente del Departamento de Estado —incluso en misiones secretas—[47] y favorecía a los banqueros e industriales internacionales, con los que departía en su recién estrenada casa de Fox Hall, en Washington, ubicada a tiro de piedra de la Casa Blanca. Sus memorias describen las veladas de intercambio de ideas con todas las personas importantes invitadas a la mesa: «Había un flujo constante de ideas entre todos estos hombres. Todos cenábamos juntos, a menudo en nuestra propia casa, telefoneándonos e intercambiando notas a todas horas del día y de la noche».[48] Gracias a pertenecer a esta esfera de influencia —o grupo de control— consiguió la ansiada reunión en el Despacho Oval con Roosevelt. A partir de aquel momento, Monnet pasa a trabajar en el gabinete del presidente norteamericano. Su controlador y guía era el omnipresente John McCloy.

John Kenneth Galbraith definió a McCloy como «el *capo* del *establishment*» norteamericano. Y utilizó su influencia no solo para reconfigurar al Viejo Continente enterrado en las cenizas de la Segunda Guerra Mundial, sino también para salvar a varios de los criminales nazis que pasarían después a estar en nómina de la CIA y de la NASA, entre otras agencias del Tío Sam.[49] Convertido en el auténtico virrey de Alemania Occidental en la posguerra, requirió a sus superiores en Washington permiso para revisar las condenas de las sentencias firmes de los tribunales militares de Núremberg, que

se aplicaban a casi un centenar de los criminales nazis juzgados por Estados Unidos y encarcelados en Landsberg. La respuesta fue casi inmediata: luz verde para hacer cualquier cosa que desease. Tardó menos de un año y medio en convertir en papel mojado un buen número de procesos judiciales, reduciendo las condenas de setenta convictos y conmutando cinco de las diez penas de muerte pendientes. Eficacia ante todo.

Esta situación no pasaba desapercibida para el general De Gaulle, seguramente el líder europeo que más consciente era de los riesgos que suponía para la soberanía de los países del Viejo Continente los movimientos políticos, económicos y financieros que provenían del otro lado del Atlántico.[50] De Gaulle no ocultaba su menosprecio hacia aquellos europeos que actuaban siguiendo las instrucciones de las potencias de la esfera anglosajona. Monnet era uno de los más destacados y el militar francés lo consideraba un mercader que se había vendido a los aliados, razón por la cual lo despreciaba profundamente, aunque utilizó sus contactos tras la liberación francesa de la ocupación nazi e incluso le puso al frente de la recién creada Comisaría General de Planificación: a los enemigos hay que tenerlos cerca.

Fue así como Monnet regresó a su país natal, aunque no lo hizo de buena gana. Echaba de menos Nueva York y se sentía atrapado en la ciudad de París mientras realizaba la tarea para la cual estaba en la capital francesa: negociar préstamos del otro lado del Atlántico porque, según admitía a regañadientes el Gobierno galo, era el único que gozaba de la confianza de los funcionarios de la Administración norteamericana. Esta fue su mayor aportación a la construcción europea: conseguir financiación en forma de dólares y favorecer intereses extranjeros. A cambio se hizo de oro y logró satisfacer sus ansias de poder y reconocimiento por parte de sus amos, que le premiaron con una biografía a la carta para que pasara a la posteridad como un firme defensor de la soberanía de los pueblos europeos. Así es como se escribe la historia.

Schuman, el padre fundador

El otro arquitecto de la Unión Europea sobre el que se ha tejido un manto de mentiras es Robert Schuman, cuyo apellido nos proporciona algunas pistas sobre su origen, que estaba más cerca de Alemania que de la campiña gala. Nació en un barrio de Luxemburgo y su padre, aunque originario en Francia, se nacionalizó alemán después de la guerra franco-prusiana de 1870, al pasar el siempre disputado territorio de Alsacia-Lorena a control germano. Después puso rumbo Luxemburgo, donde vivió junto a su esposa y tuvieron un hijo, Robert, todos ellos considerados alemanes por la ascendencia del cabeza de familia. Poseían un terreno dedicado a la explotación agrícola propia y al alquiler de parcelas, lo cual generó ingresos suficientes para que el joven Robert pudiera estudiar en varias universidades germanas. Concluyó sus estudios en la Universidad de Estrasburgo y después se mudó a Metz en junio de 1912, ciudad que en aquel momento estaba bajo control alemán y en la que fundó su propio bufete. Dos años después estalló la Primera Guerra Mundial y, como ya hemos señalado, se libró de ir a filas por supuestos problemas de salud, como en el caso de Jean Monnet, aunque a diferencia del otro padre fundador de la UE, Schuman tuvo que realizar tareas jurídicas en una unidad de no combatientes, mientras continuaba al mismo tiempo con su trabajo en el bufete de abogados. Hasta este momento nadie dudaba de que este hombre tenía una cultura alemana, se sentía alemán y hablaba alemán, aunque había estudiado francés.

El inicio de su vida política se produce gracias al apoyo de varios movimientos católicos de Lorena, que estaban preocupados por la integración al Estado francés y de su política anticlerical —a principios del siglo XX en Francia se había producido la disolución de las órdenes religiosas— y convencieron y auparon a Schuman para que fuera diputado en la Asamblea de Lorena. Allí es la primera vez que le acusan de trabajar para los alemanes, poniendo en duda su lealtad hacia un pueblo francés al que nunca había pertenecido. No obstante, esto no supuso un obstáculo para que se convirtiera después en parlamentario de la Asamblea Nacional francesa, ya que de 1929 a 1939 fue miembro de la comisión de finanzas y ocupó un

escaño en el Senado hasta 1940. En ese año fue detenido por la Gestapo, pero no le enviaron a una prisión o a un campo de trabajo, sino que le alojaron en un hotel familiar de Renania, donde le permitieron recibir visitas e incluso viajar dentro de Alemania. Ventajas de apellidarse Schuman.

Justo cuando parecía que iba a ser enviado a un centro de prisioneros —al menos eso nos dice la historia oficial—, Schuman se fugó en agosto de 1942, llegó a la denominada zona libre y pasó a la clandestinidad cuando los nazis ocuparon el sur de Francia. Hasta el final de la guerra permaneció oculto en diferentes monasterios gracias al apoyo de los movimientos católicos que fueron clave en los inicios de su carrera política. Respecto a su posición sobre las alianzas europeas en este periodo hay que ser muy claro: aunque varios historiadores han intentado defender que Schuman estuvo a favor del famoso llamamiento contra la ocupación que Charles de Gaulle hizo en los micrófonos de la cadena británica BBC del 18 de junio de 1940, lo cierto es que sucedió todo lo contrario: el luxemburgués respaldó la posición servil del mariscal Pétain durante la guerra y nunca formó parte de la Resistencia francesa.

Quizás por ello, durante la Segunda Guerra Mundial, fue nombrado subsecretario de Estado en la Administración de Paul Reynaud, cargo que mantendría con el primer Gobierno de Pétain, que planteó una votación para tener plenos poderes. Schuman apoyó a este mariscal que pasó de ser considerado un héroe de guerra a ser denostado como traidor a su patria, calificativo absolutamente merecido. Lo mismo que un Schuman que estuvo a punto de ser detenido al final de la contienda, acusado, en esta ocasión, de colaborar con los nazis. Para salir del atolladero hizo lo mismo que Monnet con su problema de corrupción fiscal: decidió escribir una carta al general De Gaulle proclamando su inocencia y logrando que se archivara el expediente en su contra. Acto seguido, de forma sibilina, logró introducirse en el Gobierno de la Cuarta República francesa como ministro de Finanzas y, ya en 1947, ascendió a presidente del Consejo de Francia. Todo ello mientras numerosos parlamentarios le acusaban de haber sido un oficial alemán.

En aquel momento se estaba gestando la creación de la conocida como Unión Europea Occidental, alianza iniciada por Francia, Benelux y Reino Unido, grupo que rápidamente se americanizó y sirvió de base para la creación de la OTAN, en el año 1949. El objetivo era reforzar el anclaje alemán en el espacio euroatlántico y occidental, al mismo tiempo que desde Washington y Londres se aseguraba el control del ámbito militar y del complejo industrial que lo acompaña en su eterna simbiosis. La Guerra Fría estaba comenzando y la alianza atlántica era la herramienta fabricada por los poderes de la esfera anglosajona para mantener la presión sobre los soviéticos y evitar que los partidos políticos de izquierda que pusieran en tela de juicio el *statu quo* pudieran llegar a tener un peso específico dentro de los Parlamentos europeos. Las formaciones de extrema derecha no eran una preocupación, porque fascistas y nacionalsocialistas eran empleados como muro de contención, bien de forma oculta —el ejemplo de la red Gladio italiana es el más evidente— o directamente en los Gobiernos, como refleja el caso español, con un régimen de Franco que siempre mantuvo una estrecha relación con la inteligencia norteamericana, incluso después del asesinato del almirante Carrero Blanco.

Es entonces, tras el final de la Segunda Guerra Mundial, cuando la carrera de Schuman experimenta una aceleración vertiginosa, accediendo a la cartera de ministro de Asuntos Exteriores francés, puesto en el que se le coloca para realizar la fusión de dos uniones aduaneras: el Benelux, surgida en el periodo de entreguerras y concretada en 1948 (que sirvió de laboratorio para la futura Comunidad Económica Europea), y un proyecto de unión aduanera franco-italiana lanzado en 1947 que nunca llegó a buen puerto. Todo esto se producía mientras nacía el Consejo de Europa destinado a preparar la confederación de Estados europeos.

Estos antecedentes son necesarios para comprender lo que vendría después, la razón por la que Schuman pasaría a la historia, la declaración pública con la que comenzamos este capítulo y que ha sido santificada por los burócratas europeos, a pesar de que este francés-luxemburgués con alma germana nunca fue un buen orador y tampoco destacaba precisamente por su carisma. El 9 de mayo de

1950 Schuman se subió al estrado junto a Jean Monnet ante dos centenares de periodistas para proponer la creación de la comunidad franco-alemana para el carbón y el acero bajo una alta autoridad común, independiente de los Gobiernos y con poder para tomar decisiones. Una CECA que suponía una evolución teóricamente democrática de la ilegal ocupación del valle del Ruhr, región rica precisamente en carbón y en acero que franceses y belgas invadieron en 1923 aprovechando la imposibilidad de Alemania para defenderse, castrada económica y militarmente por el Tratado de Versalles.

La conspiración de la CECA, germen de la UE

La CECA se instituyó en el Tratado de París de 1951, refrendada por los Gobiernos de Alemania, Bélgica, Francia, Italia, Luxemburgo y los Países Bajos. Una vez puesta en marcha, cumpliendo los designios de la Declaración Schuman, debería ser el embrión para que otros países se sumaran formando un espacio de libre circulación de personas, mercancías y capitales. Todo con la excusa de garantizar la paz y evitar otra guerra, para lo cual también se pretendía crear una comunidad europea de defensa, una iniciativa que fracasaría años después —de nuevo por la oposición del general De Gaulle—, pero que finalmente se implantó estableciendo un mando militar estadounidense en el Viejo Continente, por la siempre presente amenaza soviética. Han pasado tres cuartos de siglo y, en esencia, la situación no ha variado. Aunque cambien las personas y las siglas de los partidos políticos, la situación es prácticamente la misma.

Esta declaración fundamental del proceso de construcción europea se ha canonizado por parte de los ingenieros sociales que desde sus despachos en las consultoras, *think tanks* y ministerios han ido configurando un relato mítico en el que, al igual que sucedió con Monnet, disfrazan a Schuman como una especie de profeta que guía a su pueblo por el desierto para llegar a la tierra prometida, un visionario que traería la paz al continente, la unidad y la prosperidad por medio de una construcción supranacional surgida de las entrañas de la Vieja Europa. Sin embargo, todo esto no es cierto,

según demuestran los trabajos más recientes de los historiadores que contradicen esta visión y tumban el relato. Porque resulta, además, que la Declaración Schuman no fue redactada por Schuman y la idea tampoco partió de Francia, sino de Estados Unidos.

No hay que irse muy lejos para descubrir la verdad, solo tener voluntad de encontrarla. El propio jefe de gabinete de Schuman, un tipo llamado Bernard Clappier, expuso con detalle[51] cómo la CECA nació realmente en Washington, en el año 1949, cuando el secretario de Estado norteamericano Dean Acheson, uno de los padres de la doctrina Truman, del Plan Marshall, de la creación de la OTAN y perteneciente al «círculo mágico» de controladores de Jean Monnet, «instó amistosamente al ministro de Exteriores francés a encontrar una solución para reintegrar a Alemania» en el concierto europeo. Incluso le dio una fecha y un lugar para llevar a cabo sus instrucciones: en Londres el 10 de mayo de 1950. En aquel momento Schuman «no tenía ideas propias, a sus equipos de trabajo no se les había ocurrido nada y daba vueltas a la cuestión en su cabeza sin llegar a una solución».[52]

Entonces, como un *deus ex machina* que de forma sobrenatural aparece para solventar la papeleta saliendo de una situación desesperada, uno de los hombres del gabinete de Schuman acudió a un almuerzo con Jean Monnet, quien le entregó una nota escrita a mano en la que se desglosaban los principales elementos de lo que posteriormente conoceríamos como la Declaración Schuman. Una semana después, sin previo aviso, llegó a París el secretario de Estado norteamericano para asegurarse de que el político había entendido las instrucciones, le pidió que volviera a leer la nota y le insistió en que la empleara como base para el discurso por el que pasaría a la historia.

A cambio, Dean Acheson ofreció a Europa la tutela militar y los dólares de Wall Street, el Tesoro y la Reserva Federal; no en vano Monnet, el hombre de la banca y de la Casa Blanca, había ejercido el papel de intermediario. El historiador François Roth, biógrafo de Schuman, expone con profundidad cómo la mayoría de los funcionarios franceses no sabían nada de lo que estaba ocurriendo

entre bambalinas. Las conversaciones preparatorias eran secretas y cristalizaron en una sesión informativa final, que se celebró pocas horas antes de que Schuman y Monnet comparecieran ante la prensa internacional.

Hay constancia física de esa reunión, en una fotografía[53] tomada el mismo 9 de mayo de 1950, justo al final del encuentro, en la que aparecen los dos políticos europeos junto a Acheson en la residencia del embajador de Estados Unidos en Francia, minutos antes de que se produjera la declaración. Nadie conocía el contenido del documento, excepto las personas cercanas a estas tres figuras —varios de ellos banqueros de Wall Street— que han sido borradas de los libros de historia en un procedimiento de manipulación social tan orwelliano como revelador. Una de ellas era Pierre Uri, director de la división europea de Lehman Brothers, que describió estos encuentros de la siguiente forma: «Éramos una especie de comando invadiendo el Ministerio de Exteriores de Francia: los hombres del plan dirigían los grupos de trabajo libres de cualquier instrucción de los ministerios».[54]

Esta conspiración, años después, fue calificada de golpe de Estado por el ministro de Exteriores francés, posteriormente ministro de Economía y luego primer ministro, Maurice Cuide de Murville. Así que no se trata de una invención de historiadores revisionistas actuales, sino de hechos constatados que se intentan ocultar para que los europeos no sepan quiénes diseñaron el germen de lo que hoy es la UE. Es importante comprender que, a diferencia de algunos de sus discípulos, Jean Monnet no quería una *supernación* europea que fusionara las naciones preexistentes creando una estructura que fuera capaz de competir con el Imperio británico o el norteamericano. Consideraba, en cambio —siguiendo la línea argumental de las élites estadounidenses para las que trabajaba—, que el mayor peligro de este proceso de manipulación geopolítica era que pudiera surgir un patriotismo europeo, lo cual había que evitar a toda costa. Por eso los conspiradores que hoy son alabados como los autores de la integración de los pueblos y las naciones chocaron de bruces con figuras como Charles de Gaulle, que

reclamaban precisamente esa vertiente patriótica para utilizarla como los cimientos de la nueva Europa.

Por el contrario, como expone De Villiers, «para estos padres fundadores supuestamente europeos convencidos, la CECA y luego la Unión Europea no eran más que un laboratorio experimental de la futura gobernanza mundial. Por tanto, no eran más que una estación, una fase de transición, un experimento geopolítico al servicio de una causa que no era Europa, ni el conjunto de sus pueblos, ni su civilización».[55] Y en esta materia no hay diferencias sustanciales con la moderna infraestructura europea. Von der Leyen, Macron o Merz sirven a los mismos intereses que Schuman y Monnet, con unos perfiles y carreras políticas muy similares a los de estas figuras históricas que llegaron a sus puestos precisamente por esta característica servil que les define en sus actos, aunque en sus discursos se jacten de representar a los ciudadanos europeos.

La CIA y el «Comité Americano para la Europa Unida»

Para garantizar el éxito de los sucesivos proyectos de integración europea y dirigirlos mejor, destacados oficiales de los servicios de inteligencia estadounidenses crearon una organización privada de recaudación de fondos que permitiera ocultar el respaldo institucional de esta injerencia externa en el proceso de construcción europea. En los archivos conservados en las Universidades de Stanford, Georgetown y Madison, existen rastros del nacimiento de este engranaje esencial de la estrategia americana para el Viejo Continente. El vehículo elegido fue el «Comité Americano para la Europa Unida» (ACUE, por sus siglas en inglés), fundado por «un grupo de ciudadanos privados americanos que creía que el apoyo organizado, pero no oficial, del pueblo americano al ideal de la unidad europea podía resultar determinante para la dirección que tomaría Europa en la segunda mitad del siglo XX».[56]

Antes de distribuirlos entre los beneficiarios europeos, esta discreta estructura buscaba fondos entre las grandes empresas y financieros norteamericanos que estaban interesados en la idea de un mercado transatlántico que superara las barreras comerciales. La idea era

establecer un muro arancelario de puertas afuera, pero en el que hubiera un gran agujero por el que pudieran colarse los capitales y productos norteamericanos. Se preguntará el lector quiénes eran los integrantes de este «grupo de ciudadanos privados» estadounidenses. Y la respuesta es tan sencilla como reveladora: varios pesos pesados de los servicios de inteligencia de Estados Unidos, entre los que destacaron tres directores de la Agencia Central de Inteligencia (CIA): el general Bill Donovan (apodado Wild Bill), Walter Bedell Smith y el ya citado en páginas anteriores Allen Dulles, hermano de John Foster Dulles, hombre del círculo de confianza de Monnet. Es decir, que el verdadero motor del Comité Americano para una Europa Unida fueron los hombres de los servicios secretos norteamericanos.

Bill Donovan es uno de los hombres que más operaciones encubiertas ha diseñado en la historia del planeta Tierra, un soldado, abogado, oficial de inteligencia y diplomático estadounidense, conocido por el gran público por haber sido el jefe de la Oficina de Servicios Estratégicos (OSS), organismo precursor de la CIA. Donovan no pudo llegar a ser el primer director de la agencia porque Truman decidió nombrar al almirante Roscoe Hillenkoetter, un personaje mediocre y sin experiencia, pero que aprovechó la desconfianza que generaba Wild Bill entre el director del FBI, Edgar Hoover, y el propio presidente Truman. Sin embargo, la fortuna le sonrió con la llegada de Roosevelt a la Casa Blanca, devolviéndole a la primera línea en Europa convirtiéndose en uno de los enlaces de la Administración norteamericana con Winston Churchill.

En 1942, Donovan llegó a dirigir una organización con más de 10.000 hombres, desplegados en Europa y el Pacífico. Creó la estructura de un moderno servicio de espionaje con grupos especializados en operaciones encubiertas y una unidad de análisis que dispuso de una información extraordinaria sobre el régimen de Hitler. Hasta el punto de que después de la guerra contrató a muchos nazis para lavarles la cara y hacerlos pasar por demócratas de toda la vida, operación en la que ya hemos expuesto el papel central de los hermanos Dulles y de McCloy. Aunque esta labor en la creación de Europa es poco conocida, se trata de uno de los

episodios de los que Donovan estaba más orgulloso. Más tarde confesaría: «Me llaman el padre de la inteligencia centralizada, pero prefiero que se me recuerde por mi contribución a la unificación de Europa».[57]

El otro personaje clave es el más desconocido de los tres directores de la CIA que ejerció como vicepresidente del Comité Americano para una Europa Unida. Se llamaba Walter Bedell Smith, y sus amigos le apodaban «el Escarabajo», por lo entrometido que era y por la semejanza del sonido de su apellido con la palabra en inglés que define a este insecto (*beetle*). Después de la Segunda Guerra Mundial, Smith sirvió como embajador de Estados Unidos en la Unión Soviética de 1946 a 1948. Luego pasó a ser director de la Agencia Central de Inteligencia. En 1950, Smith reorganizó la agencia, redefinió su estructura y misión y le dio una nueva motivación. Convirtió a la CIA en el brazo del Gobierno, básicamente responsable por las operaciones encubiertas. Dejó ese cargo en 1953 para ocupar el de subsecretario del Departamento de Estado.

El funcionamiento y la financiación de este comité ha sido estudiado en detalle por un autor francés, François-Xavier Rebattet, en una tesis publicada en la Universidad de Oxford, pero que solo es accesible desde el año 1990. En este trabajo se expone cómo «había no menos de cuatro miembros de la CIA entre los funcionarios y directores del Comité Americano. (…) la gran mayoría de los fondos americanos dedicados a la campaña por la unidad europea, y prácticamente todos los recibidos para la campaña de la juventud europea, procedían de los fondos especiales del Departamento de Estado»[58]. Esto, por supuesto, se mantuvo en secreto. El Comité desempeñó así el papel de una organización tapadera. Las donaciones de empresas representaron hasta una sexta parte del total. A cambio esperaban que se les abrieran las puertas del naciente mercado comunitario europeo. Amigos con derecho a roce.

Otra de las voces que denunció esta trama fue el militar y político francés Henri Frenay, fundador del movimiento Combat y famoso por haber sido uno de los líderes de la teórica Resistencia gala a la ocupación de las tropas alemanas. En mayo de 1988, a la edad de

ochenta y tres años, quiso limpiar su conciencia y decidió confesarse[59] ante el profesor Rémi Kauffer, especializado en los servicios secretos. La clave era que esta financiación estaba sujeta a condiciones, entre ellas las de hacer labores de *lobby* a favor de las empresas norteamericanas y participar en operaciones publicitarias (esencialmente propaganda) para convencer a los europeos de las bondades del *made in USA*. También se exigió, a cambio del dinero, que los organismos de la naciente Unión Europea realizaran informes de actividad con datos confidenciales destinados a proporcionar a la diplomacia estadounidense información valiosa que sirviera a sus intereses políticos, económicos y financieros. Todo ello amparado por el «secreto de Defensa». Los europeos mendigaban los dólares y los estadounidenses usaban esta necesidad de financiación para unificar el continente en su propio beneficio. Todo estaba dirigido desde los despachos de la CIA en Langley, Virginia.

El dinero del Comité americano llegó a ser tan importante que representaba aproximadamente dos tercios de los recursos del presupuesto del Movimiento Europeo presidido por Schuman entre los años 1955 a 1961. Existe rastro de los pagos hasta 1969, pero después de esta fecha las rúbricas desaparecen de los archivos. ¿Qué fue lo que ocurrió? Pues que fueron las instituciones europeas las que recogieron el testigo de la financiación, haciéndose cargo de la transferencia de los fondos americanos. Así fue como el primer presidente de la Comisión Europea, Walter Hallstein, informó a Robert Schuman de que la Comisión había decidido concederle una importante subvención por sus actividades en favor de la unificación europea. Por cierto, Hallstein fue una de las personalidades del Tercer Reich[60] y, como tal, una de las mentes que elaboraron el marco jurídico supranacional de la Gran Alemania, es decir, de un Reich europeo que luego pondría en marcha como negociador alemán del tratado constitutivo de la CECA, ministro que firmó el Tratado de Roma y finalmente presidente de la Comisión Europea. Un ejemplo maravilloso de reciclaje político. En una declaración al diario *Le Monde*, en 1952, cuando era secretario de Estado del canciller Adenauer en la cartera de Asuntos Exteriores de Alemania,

Hallstein dijo: «En mi ministerio solo hay un 65 por ciento de antiguos nazis»,[61] desconocemos si se incluía o no a sí mismo en esta proporción, aunque no fue un problema para que la revista *Time* le llevara a los cielos mediáticos otorgándole el título de Mister Europe.

Y así fue como comenzó la andadura el proyecto de integración europea sobre los cimientos de una Alemania derrotada, una Francia endeudada y un Imperio británico que comenzaba a ser consciente de que su lugar hegemónico llegaba a su fin, en beneficio de Estados Unidos que se preparaba para imponer un nuevo orden. Los dólares del Plan Marshall y la permanente amenaza soviética hicieron el resto. Un ejército de burócratas, abogados y ejecutivos financieros e industriales tomarían el control de la maquinaria política y económica europea, mientras la OTAN usaría la Guerra Fría para fijar el rumbo de las instituciones comunitarias hasta llegar un momento en el que secuestraría las soberanías nacionales, fusionándose en un solo ser, sobre todo gracias a su proceso de expansión hacia el este incluso después de la desintegración de la Unión Soviética.

Conocer este origen del club europeo nos permite comprender y explicar las decisiones de los políticos europeos actuales, que cuando han decidido salirse del guion establecido por las élites de la esfera anglosajona han sido devueltos al redil utilizando las cañerías del poder internacional (mediante revoluciones políticas, chantajes financieros y sanciones económicas). En teoría, la Alianza Atlántica debería haber desaparecido con la caída del oso soviético —y con ello su influencia sobre los Gobiernos europeos—, pero nunca hay que subestimar la capacidad del controlador para crear nuevos enemigos que justifiquen su permanente existencia: llegaba la hora de enfrentarse a la Rusia de Putin.

---

[1] El 26 de febrero de 2026, durante una de las primeras reuniones del gabinete presidencial, Donald Trump declaró: «La Unión Europea se formó con el objetivo de fastidiar a los Estados Unidos, ese es su propósito. Y lo han hecho muy bien. Pero ahora yo soy el presidente».

[2] Mathew Lynn, «Trump tiene razón en que la UE se creó para "joder" a los EE.UU., pero no ha funcionado», *El Economista*, 27 de febrero de 2025.

[3] En la Cumbre de Milán de 1985, el Consejo Europeo decidió declarar el 9 de mayo como Día de Europa en conmemoración de ese discurso de Robert Schuman.

[4] Cita textual de la Declaración Schuman. https://european-union.europa.eu/principles-countries-history/history-eu/1945-59/schuman-declaration-may-1950_es

[5] El nobel de economía Paul Samuelson popularizó un modelo simplificado que empleaba la dicotomía entre cañones y mantequilla para referirse a ese límite teórico que marca hasta dónde puede llegar una economía con los recursos disponibles en un momento determinado. La curva que ilustra este concepto muestra que, si queremos producir más unidades de un bien (cañones), debemos renunciar a parte de otro (mantequilla). Se trata de una expresión económica del coste de oportunidad que, en realidad, no nació con este economista norteamericano, sino que fue empleada por miembros del partido nacionalsocialista alemán, especialmente por Hermann Göring, que en sus discursos hacía gala de su deriva bélica proclamando: «Los cañones nos harán fuertes; la mantequilla solo nos hará más gordos».

[6] Philippe de Villiers, de ascendencia aristocrática, tiene en su agenda multitud de contactos que participaron en todo el proceso de creación de lo que hoy conocemos como UE. Plasmó el resultado de su investigación en un libro que provocó la ira institucional porque aporta muy poco de opinión y mucho de documentación, datos y rigor. Y como refutar documentación oficial es muy complicado, en estos casos lo que se suele hacer es atacar directamente al autor, a veces acusándole de plagiar a varios autores, a pesar de que no se trata de un plagio porque los cita expresamente en una obra llena de fuentes y de referencias bibliográficas.

[7] Philippe de Villiers, *J'ai tiré sur le fil du mensonge et tout est venu*, Hachette Pluriel Edition, París, 2019.

[8] Udo Walendy, *Who Started World War II*, Castle Hill Publishers, Uckfield, 2014.

[9] La cita exacta es la siguiente: «Quien renuncia a su libertad por seguridad, no merece ni libertad ni seguridad».

[10] El Tratado de Lisboa es un acuerdo internacional que modifica los dos tratados que forman la base constitucional de la Unión Europea. Fue firmado por los Estados miembros el 13 de diciembre de 2007 y entró en vigor el 1 de diciembre de 2009. En España fue ratificado por el Parlamento español a través de una ley orgánica sin dar posibilidad a los ciudadanos a decidir al respecto. Modificó el Tratado de Maastricht (1992), conocido en forma

actualizada como el Tratado de la Unión Europea (2007) o TUE, y el Tratado de Roma (1957), rebautizado como Tratado de Funcionamiento de la Unión Europea (2007) o TFUE.

[11] Miguel Ángel García Herrera, «El Tratado de Lisboa o Europa sin europeos», *Boletín de la Academia Vasca de Derecho*, 6 (15), 2008, pp. 5-31.

[12] *Ibid*.

[13] El caso más evidente ha tenido como protagonista a Călin Georgescu, ganador de las elecciones presidenciales de noviembre de 2024 en Rumania, comicios que fueron anulados por el Tribunal Constitucional del país, presionado por las autoridades europeas. Tal como confesó en una entrevista concedida a Radio Montecarlo (RMC) el excomisario Thierry Breton el 9 de noviembre de 2025, la Ley de Servicios Digitales de la UE es la herramienta que se emplea como arma política para determinar qué tipo de injerencia extranjera es tolerable (en función del país del que proceda, si es aliado atlantista o de fuera de la OTAN). Preguntado por la posibilidad de que el partido Alternativa por Alemania pudiera aprovechar su presencia en redes sociales, Breton, de forma inconsciente, admitió el uso discrecional de esta regulación para modelar el relato en internet, al afirmar: «Apliquemos nuestras leyes en Europa cuando haya riesgo de que se incumplan. Si no las aplicamos puede llevar, evidentemente, a interferencias. Lo hicimos en Rumanía, tendremos que hacerlo si es necesario en Alemania». Sobra decir que las interferencias, cuando proceden de *think tanks* británicos o norteamericanos, muy presentes en los centros de poder europeos, no son consideradas como tales.

[14] Le influye el discurso mesiánico que realiza Richard Cobden en Mánchester en 1846 a favor del libre comercio, que indica que las guerras se terminan favoreciendo los intercambios. Solo lleva dos años en Londres, pero ya se siente como en casa.

[15] «En el siglo XVII era corriente que, en las grandes exploraciones europeas de zonas desconocidas para ellos hasta entonces, como América o Asia, se mezclaran el descubrimiento, el comercio y la conquista. Mientras que España o Francia conquistaban territorios en nombre de la Corona, los Países Bajos, Portugal e Inglaterra crearon algo más complejo: las empresas-Estado. Las Compañías de las Indias, tanto la británica como la holandesa, pasaron a la historia por acabar gobernando países enteros ellas solas. Antes de que sus respectivos Gobiernos se anexionaran oficialmente sus territorios, la India e Indonesia pasaron años bajo el control político y militar de lo que se suponía que eran empresas privadas. Las firmas comerciaban con té, seda y especias, y también organizaban ejércitos, recolectaban impuestos y manejaban la política de millones de personas. Una combinación con pocos precedentes». Víctor Ventura y Remo Vicario, «Auge y caída de la empresa más poderosa de

Canadá: Hudson's Bay quiebra tras cuatro siglos y reconvertida en centro comercial», *El Economista*, 21 de abril de 2025.

[16] Es habitual encontrar referencias que indican que la Compañía de la Bahía de Hudson nació en Canadá, pero esto no es exacto. «El 2 de mayo de 1670, el rey Carlos II de Inglaterra otorgó a su primo hermano, el príncipe Rupert, un estatuto real para formar la Compañía de la Bahía de Hudson en América del Norte, después de las expediciones que este había realizado por parte de lo que hoy es territorio canadiense. En esos viajes había constatado la existencia de una inmensa población de castores y otros preciados recursos naturales como el oro y la plata. El rey observó la gran oportunidad de negocio que se asomaba en aquellas lejanas tierras al norte del nuevo continente, y otorgó una carta real a la compañía por derechos comerciales exclusivos sobre los ríos y vías marítimas en toda la bahía de Hudson». La empresa obtuvo acceso exclusivo a más del 40 por ciento de la masa continental del país. «A todo ese extenso pedazo del mapa norteamericano se le conoció durante siglos como Rupert Land (la Tierra de Rupert). Básicamente, el rey dio a sus amigos y familiares el monopolio de la explotación comercial y el desarrollo de los recursos en el nuevo mundo». A mediados del siglo XIX, conforme crecían las propiedades de la compañía, la región llegaría a abarcar unos 8 millones de kilómetros cuadrados. «Los colonos franceses habían sido los primeros en desarrollar relaciones comerciales cercanas con las tribus indígenas. Y los británicos querían desesperadamente participar en ese negocio». Ver Juan Gabassa, «La historia de Hudson's Bay, la compañía que fue dueña de Canadá», *Lattin Magazine*, 2 de octubre de 2020.

[17] Ver Roger Mennevée (dir.), *Les documents politiques, diplomatiques et financiers*. *Revue mensuelle d'informations et de documentation internationales*, Agence indépendante d'informations internationales, París,1953.

[18] Philippe de Villiers, *J'ai tiré sur le fil du mensonge…*, *op. cit.*

[19] Bertrand Russell, *Autobiografía,* Aguilar, Madrid, 1968.

[20] La «sociedad de los elegidos» era uno de los nombres con los que se designaba a un grupo elitista impulsado por Cecil Rhodes y Alfred Milner. Su objetivo era apuntalar el dominio del Imperio británico y controlaban los resortes del Parlamento y de la Corona.

[21] Gerry Docherty; Jim MacGregor, *Hidden History, the Secret Origins of the First World War*, Mainstream Publishing, Edimburgo, 2014.

[22] Philippe de Villiers, *J'ai tiré sur le fil du mensonge…*, *op. cit.*

[23] Bruno Riondel, *Cet étrange monsieur Monnet: une biographie*, L'Artilleur, París, 2017.

[24] Jean Monnet, *Memoires*, Fayard, París, 1976.

[25] François Fontaine, *Plus loin avec Jean Monnet*, Fondation Jean Monnet pour l'Europe, Lausana 1983.

[26] Antonin Cohen, *Histoire d'un groupe dans l'institution d'une «communauté» européenne (1940-1950)*, París, 1999 (tesis doctoral).

[27] «Por tanto, fue el propio Jean Monnet quien construyó —de forma paulatina—, gracias a su amplia red de contactos esparcida por todo el mundo, la estructura que permitiría la construcción de las memorias que darían forma a la figura que ya había sido *oralizada* previamente, como una especie de plan trazado para dar forma al "caos organizado" que siempre lo había caracterizado. Como el mismo Jean-Baptiste Duroselle afirmó, fue François Fontaine quien mejor conoció a Monnet, ya que supo colmar sus vacíos y vincular sus palabras a una vida extraordinaria. Tras la culminación de esta obra, las memorias de Jean Monnet —así como los historiadores y demás *ghost writers* que realmente las produjeron— se han convertido en fuente primigenia, aunque realmente debe ser considerada fuente secundaria, como obra de construcción histórica». Juan Francisco Barroso Márquez, «Jean Monnet: la punta del iceberg comunitario», *Revista Universitaria Europea*, 33, 2020, pp. 79-94.

[28] Frances Stonor Saunders, *La CIA y la guerra fría cultural*, Debate, Madrid, 2001.

[29] Siglas de Office of Strategic Services (OSS): la agencia de inteligencia de Estados Unidos, precursora de la CIA.

[30] La Agencia de los Estados Unidos para el Desarrollo Internacional (USAID, por sus siglas en inglés) fue creada en el año 1961 por la Administración Kennedy para distribuir dinero bajo el paraguas de la ayuda exterior no militar, con el objetivo oficial de cooperar con los países receptores en las áreas económica, agrícola, sanitaria, política y humanitaria. Su constitución coincide en el tiempo y, no es casualidad, con el desastre de bahía de Cochinos, operación militar en la costa suroeste de Cuba protagonizada por la inteligencia de Estados Unidos y el Frente Revolucionario Democrático Cubano (FRD), integrado por exiliados cubanos que se oponían a la revolución de Fidel Castro. Fueron financiados de forma clandestina y directa por el Gobierno estadounidense, contando con la participación de sesenta miembros de la Guardia Nacional de Alabama y ocho bombarderos que, a pesar del enorme despliegue, fracasaron estrepitosamente abriendo una crisis en la Casa Blanca, el Pentágono y los servicios de inteligencia norteamericanos.

[31] Volker R. Berghahn, *America and the Intellectual Cold Wars in Europe*, Princeton University Press, Princeton, 2001.

[32] Carole Fink, «America and the Intellectual Cold Wars in Europe (review)», *Journal of Cold War Studies*, 6 (2), 2004, pp. 71-73.

[33] Gérard Bossuat, *Les aides américaines économiques et militaires à la France, 1938-1960*, Comité pour l'Histoire Économique et Financière de la France, Vincennes, 2001.

[34] Lorenzo Ramírez, *Las claves ocultas del 11M…*, *op. cit.*

[35] «Estos ejércitos secretos fueron creados por la CIA y el MI6 después de la guerra mundial, en colaboración con algunos oficiales nazis, para cometer atentados en los países de Europa Occidental. Su objetivo era crear un conjunto coordinado de grupos terroristas paraestatales que actuaran bajo falsa bandera, poniendo bombas, realizando secuestros y cometiendo asesinatos, para demonizar a los simpatizantes de los partidos comunistas (…) Fruto de estas negociaciones se produjo una reunión en Suiza entre Dulles y el general nazi Reinhard Gehlen, jefe de la inteligencia alemana, que siendo consciente de que la derrota del Tercer Reich era inevitable, había urdido la idea de formar escuadrones de guerrilla clandestinos que actuaran como una especie unidades de retaguardia en suelo europeo. Un grupo de agentes encubiertos al que este militar germano se refería como el ejército de los "hombres lobo", individuos que harían vida normal de día y que por las noches se convertirían en terroristas de falsa bandera, cometiendo atentados en nombre de la ideología comunista en los países del Viejo Continente para así justificar la represión contra los movimientos de izquierda». Lorenzo Ramírez, *Las claves ocultas del 11M…*, *op. cit.*

[36] Abogado de Prescott Bush y accionista de United Fruit Company, fue una de las figuras que impulsó el intervencionismo exterior en Guatemala, calificando al gobierno electo como comunista y ordenando bombardeos sobre ciudades. Logró derrocar al presidente Jacobo Árbenz Guzmán, dando fin al periodo revolucionario conocido como «los 10 años de primavera» en Guatemala.

[37] En contra del relato oficial que se ha querido imponer, no había consenso en el mundo de la gran banca para crear la FED, ya que muchos financieros sabían que su sistema de reserva fraccionaria impulsaría la creación de burbujas especulativas, favoreciendo periodos de auge (como los felices años veinte) para luego provocar depresiones recurrentes, como sucedió a partir de 1929. La Escuela Austriaca de Economía ha estudiado en profundidad este tipo de procesos. Ver Murray N. Rothbard, *America's Great Depression*, Van Nostrand, Princeton, 1963.

[38] Las principales empresas sucesoras de IG Farben fueron AGFA, Bayer, BASF y Hoechst (ahora parte de Sanofi) y Pelikan (que suministraba a los campos nazis la tinta con la que se tatuaba a los prisioneros). Heredaron las propiedades de IG Farben, pero no las responsabilidades penales.

[39] La Reserva Federal, tras la guerra, mantuvo los tipos de interés artificialmente bajos y expandió la base monetaria, inyectando liquidez en la

economía de un país que no había sufrido la guerra en territorio propio. Se generó una burbuja de crédito, la primera de la era moderna, que sería una pauta recurrente a lo largo del siglo, originando los ciclos de expansión artificial, crac y recesión que nos han acompañado desde entonces, hasta llegar al momento actual, en el que las recesiones se aplazan con más liquidez artificial, ocasionando burbujas masivas que amenazan con llevarse por delante a todos los sectores de la economía occidental. El auge de los felices años veinte no fue provocado por un aumento de los préstamos derivados del ahorro real, sino de la creación de dinero fiduciario, y eso que todavía existía el patrón oro. Pero los bancos se lo saltaron con su reserva fraccionaria, prestando más dinero del oro que tenían en sus bóvedas. Esto ya se había hecho antes, pero no con la magnitud que lo hizo la recién creada Reserva Federal. Profundizamos sobre el papel de la banca central en el orden geopolítico global en el capítulo 8.

[40] En la primera reunión del Gabinete de Roosevelt tras la toma de posesión en 1933, el presidente llevó como invitado destacado a un financiero y asesor de la Casa Blanca llamado Bernard Baruch, un supuesto filántropo que también había susurrado al oído del presidente Wilson. Había nacido en el seno de una familia judía en Carolina del Sur y se había mudado a Nueva York para hacer carrera en Wall Street. Amasó una fortuna durante los felices años veinte especulando en el mercado del azúcar y se le conocía como el «lobo solitario de Wall Street», mucho antes de Jordan Belfort, el que inspiró la película protagonizada por Leonardo DiCaprio. Baruch, después del crack de 1929, pasó de la bolsa al complejo militar industrial, reclamando públicamente que Estados Unidos debía prepararse para otra guerra mundial, y en 1932 Roosevelt le puso al frente de su grupo de especialistas para diseñar lo que luego conoceríamos como el New Deal. Pues bien, en esa primera reunión de Gabinete, Bernard Baruch se presentó con su amigo el general Hugh Johnson, que se convertiría en el jefe de la Administración de Recuperación Nacional, y al llegar, nada más sentarse, pusieron sobre la mesa un ejemplar de un libro de Giovanni Gentile, el teórico fascista italiano, para cada miembro del Gabinete, que todos los presentes leyeron con gran atención. Ver Antony Sutton, *Wall Street and the FDR: The True Story of How Franklin D. Roosevelt Colluded with Corporate America*, Clairview Books, Forest Row, 2013.

[41] Todos los programas de desembolso de dinero público europeo al sector privado (bajo emergencia pandémica, climática, bélica o económica) se enmarcan en un contexto de expropiación y transferencia de rentas de los hogares y emprendedores a las grandes corporaciones y tesoros nacionales. Explicamos en el proceso en el capítulo 8.

[42] Philippe de Villiers, *J'ai tiré sur le fil du mensonge…*, *op. cit.*

[43] Gérard Boussuat (dir.), *Jean Monnet, banquier, 1914-1945: Intérêts privés et intérêt général*, Institut de la Gestion Publique et du Développement

Économique, París, 2014.

[44] Citado en Philippe de Villiers, *J'ai tiré sur le fil du mensonge…*, *op. cit.*

[45] Christopher Booker; Richard North, *The Great Deception: The True Story of Britain and the European Union*, Bloomsbury Continuum, Londres, 2021

[46] Bret Baier, *Three Days in January: Dwight Eisenhower's Final Mission*, Mariner Books, Nueva York, 2017.

[47] Monnet realizó un viaje como enviado diplomático de Roosevelt, para defender la política de la Casa Blanca en la región. En 1943 el presidente estadounidense incluso barajó la idea de *nombrar a Monnet* Alto Comisario americano para África del Norte.

[48] Jean Monnet, *Memoires*, Fayard, París, 1976, *op. cit.*

[49] La Operación Paperclip fue un programa secreto impulsado por la Oficina de Servicios Estratégicos (OSS) y más tarde por su sucesora, la CIA, junto con el ejército de Estados Unidos, al final de la Segunda Guerra Mundial. Su objetivo era reclutar científicos, ingenieros y técnicos alemanes —muchos de ellos miembros del partido nazi o incluso de las SS— para trabajar en proyectos militares, tecnológicos y de inteligencia en suelo estadounidense.

[50] De Gaulle aparece como la más destacada figura de la defensa europea.

[51] *L'Europe: une longue marche*, Fondation Jean Monnet pour l'Europe (col. Cahiers Rouges), Lausana, 1985.

[52] Ver François Roth, *Robert Schuman: Du Lorrain des frontières au père de l'Europe*, Fayard, París, 2008.

[53] Documento «Dean Acheson during his visit to Paris (9 May 1950)», Luxembourg Centre for Contemporary and Digital History.

[54] Citado en Philippe de Villiers, *J'ai tiré sur le fil du mensonge…*, *op. cit.*

[55] *Ibid.*

[56] Archivos de la Hoover Institution, Universidad de Stanford, California (Estados Unidos) citados en Philippe de Villiers, *J'ai tiré sur le fil du mensonge…*, *op. cit.*

[57] Ver Rémi Kauffer, «La CIA finance la construction européenne», *Historia*, 675, 2003, pp. 47.

[58] François-Xavier Rebattet, *The European Movement, 1945–1953: A Study in National and International Non-governmental Organisations Working for European Unity,* Universidad de Oxford, 1963.

[59] Conversación citada en Philippe de Villiers, *J'ai tiré sur le fil du mensonge…*, *op. cit.*

[60] Hay una obra titulada *Diccionario de personalidades del Tercer Reich* que desvela quiénes fueron muchos de estos prohombres antes y después de

1945. Y ahí aparece una entrada sobre Walter Hallstein en la que se demuestra que pertenecía a la Federación Nacionalsocialista para la Defensa Aérea, creada en 1933 por Göring, ministro del Aire del Reich. Además, Hallstein era miembro de la Federación Nacionalsocialista para el Bienestar Popular, creada en 1932, y practicante del culto hitleriano. Finalmente, el futuro primer presidente de la Comisión Europea perteneció a la Federación de Abogados Nacionalsocialistas fundada en 1928 por Hans Frank y afiliada al partido nazi.

[61] Declaración de Hallstein publicada en el diario *Le Monde*, el 27 de marzo de 1952.

4.

FALSAS PROMESAS

La expansión de la OTAN es el error más fatídico de la política estadounidense en toda la era posterior a la Guerra Fría.

GEORGE KENNAN[1]

La maquinaria de los revisionistas modernos ha dedicado mucho esfuerzo y trabajo a la tarea de desterrar de los libros de historia y los reportajes periodísticos las promesas de los líderes occidentales realizadas a Mijaíl Gorbachov en relación con la expansión de la OTAN hacia el Este de Europa, tras la desintegración del Imperio soviético. La guerra de Ucrania incrementó los incentivos para falsificar la realidad de las negociaciones mantenidas entre los gobernantes rusos y norteamericanos a finales de los años ochenta del siglo pasado, conversaciones en las que se prometió de forma clara y taxativa a Moscú que la Alianza Atlántica no aprovecharía la caída de la Unión Soviética para extender sus redes de influencia en los países de Europa Oriental, a cambio de que el Kremlin aceptara la reunificación alemana y la caída del Muro de Berlín como hechos consumados. Tertulianos, divulgadores e *influencers* que ejercen de propagandistas de la OTAN —muchos de ellos sin ser conscientes de ello—, tanto en los grandes medios de comunicación como en las redes sociales, han destinado muchas horas de emisión a intentar convencer a la opinión pública de que esta promesa en realidad nunca existió, argumentando que se trata de una creencia mítica surgida de las entrañas de la eficiente máquina propagandística del todopoderoso Gobierno de Vladímir Putin.

Sin embargo, solo hace falta acudir a la hemeroteca para comprobar que la famosa garantía del secretario de Estado norteamericano, James Baker, de que la OTAN no avanzaría «ni una pulgada hacia el Este» fue trasladada en varias ocasiones directamente a Gorbachov, al menos dos de ellas en la sede

gubernamental del Kremlin el 9 de febrero de 1990. Fue durante un almuerzo en el que Baker, enviado por el presidente George H.W. Bush (antiguo director de la inteligencia estadounidense y padre del Bush que inició la denominada guerra contra el terror), insistió al líder ruso de que, si admitía el plan diseñado por la Casa Blanca para la reunificación de Alemania, la Alianza Atlántica no supondría una amenaza para la seguridad soviética, manteniéndose lejos de Moscú sin incorporar a nuevos miembros de la zona oriental del Viejo Continente.[2] Una vez más se trataba de una propuesta trampa, ya que el número dos del Consejo de Seguridad Nacional norteamericano –y futuro director de la CIA– en aquellos tiempos, Robert Gates, admitió posteriormente que la oferta formaba parte de una estratagema para engañar a Gorbachov, «haciéndole creer» que la OTAN mantendría su compromiso una vez conseguido su objetivo de volver a controlar al país germano, núcleo de la futura Unión Europea.

La promesa de Baker no fue exclusivamente realizada a Gorbachov, sino también a Eduard Shevardnadze, que por aquel entonces era el ministro de Exteriores de la Unión Soviética, presente también en esta reunión que muchos quieren olvidar. Durante el encuentro, el secretario de Estado de la Administración Bush les dijo a sus anfitriones: «El presidente y yo hemos dejado claro que no buscamos ninguna ventaja unilateral en el proceso» de una unificación alemana que calificó de «inevitable» y, en este sentido, «entendemos la necesidad de dar garantías a los países del Este», porque «si mantenemos nuestra presencia en una Alemania que forma parte de la OTAN, no habrá ninguna ampliación de la jurisdicción de la OTAN para las fuerzas de la OTAN ni avanzará una sola pulgada hacia el Este». Más adelante, Baker planteó la misma posición en forma de pregunta: «¿Preferiría usted una Alemania unida fuera de la OTAN, independiente y sin fuerzas estadounidenses o una Alemania unida vinculada a la OTAN y con garantías de que no habrá ninguna ampliación de la jurisdicción actual de la OTAN hacia el Este?». Los responsables de desclasificar este memorándum omitieron la respuesta de Gorbachov, que,

efectivamente, calificaba tal ampliación de «inaceptable», pero la carta que Baker envió al canciller alemán Helmut Kohl al día siguiente del cónclave sí recoge la cita.[3]

Esta referencia histórica es solo una pequeña muestra de un amplio abanico de documentación desclasificada por parte de los Departamentos de Exteriores y los servicios de inteligencia de Estados Unidos, la Unión Soviética, Alemania, Gran Bretaña y Francia, que vio la luz en diciembre del año 2017 procedente del Archivo de Seguridad Nacional de la Universidad George Washington,[4] que puso de manifiesto esta realidad incómoda que se pretende ocultar para defender la maltrecha credibilidad de la Alianza Atlántica. Aunque en un principio el engaño no fue tan evidente. En aquellos tiempos, los líderes de las potencias europeas, tutelados y guiados por los norteamericanos, llegaron a creer que la promesa era real, porque había sido expresada por el propio Bush durante la histórica Cumbre de Malta celebrada en diciembre de 1989, donde expuso que Washington no se aprovecharía de los cambios de Gobierno en los países de la Europa del Este para atacar intereses soviéticos ni aumentaría la presencia de la OTAN en la región.

Un mes después de esta puesta en escena de la Administración norteamericana, el ministro de Asuntos Exteriores de Alemania Occidental, Hans-Dietrich Genscher, abrió el melón de la reunificación en un discurso público en Tutzing, ciudad ubicada en la región de Baviera. La embajada de Estados Unidos en Bonn informó a la Casa Blanca de que Genscher había dejado claro «que los cambios en Europa del Este y el proceso de unificación alemana no debían conducir a un menoscabo de los intereses de seguridad soviéticos». Por lo tanto, la OTAN debía descartar una «expansión de su territorio hacia el este, es decir, acercarse a las fronteras soviéticas». Se preparaba el operativo para convertir, de nuevo, al país germano en un protectorado de los poderes atlánticos.

Esta tesis era compartida y defendida también por los Gobiernos de Margaret Thatcher y François Mitterrand, que, a lo largo de los años 1990 y 1991, ofrecieron garantías sobre la protección de los

intereses de seguridad soviéticos y la inclusión de la Unión Soviética en las nuevas estructuras de seguridad europeas, dos cuestiones estrechamente relacionadas y que servirían de base para la futura cooptación de los países de la antigua esfera soviética, una vez que se constató que la oferta a Moscú no era real. El cable de Bonn[5] también señalaba la propuesta de Genscher de dejar el territorio oriental del país fuera de las estructuras militares de la OTAN, incluso en una Alemania unificada dentro de la Alianza Atlántica. Todo ello bajo el contexto de lo que el propio alto cargo germano consideraba un paso fundamental para la creación de una «nueva arquitectura europea» que garantizara la sumisión de las principales potencias del continente a la esfera anglosajona, para lo que emplearía como argumento la necesidad de subirse al tren de los vencedores de la Guerra Fría envolviéndose en la bandera de la democracia.

El discurso del ministro de Exteriores alemán alumbró lo que posteriormente se conocería como la «fórmula de Tutzing», que serviría como núcleo central de los contactos diplomáticos que condujeron a la crucial reunión del 10 de febrero de 1990 en Moscú entre Kohl y Gorbachov, en la que el líder de Alemania Occidental logró el consentimiento, en principio, de la Unión Soviética a la adhesión alemana en la OTAN, siempre y cuando esta no se expandiera hacia el Este.

La traición de Gorbachov

A este respecto, es importante señalar que el líder ruso se enfrentaba en aquel momento a una opinión pública interna que rechazaba este acuerdo, por considerarlo tramposo y una rendición, a pesar de lo cual siguió la senda que le marcaban desde Washington, Londres y Berlín sin poner apenas obstáculos. Buena parte de los antiguos habitantes de la Unión Soviética hoy en día consideran a Gorbachov un traidor y no pocos analistas apuntan que en realidad no debe ser recordado por haber sido el artífice del fin de la Guerra Fría, sino por su culpabilidad derivada de la firma del «acta de capitulación total e irreversible»[6] del país que gobernaba.

Una crítica que se ve respaldada por las estrechas relaciones que el mandatario del Cáucaso mantuvo tanto con la Administración Reagan como con Margaret Thatcher durante los años en los que la Dama de Hierro ejerció el mando de la política británica desde el número 10 de Downing Street. Antes de asumir el cargo de secretario general del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) Gorbachov realizó un viaje a Reino Unido en 1984 durante la cual rechazó visitar la tumba de Karl Marx en el cementerio londinense de Highgate, con lo que violó una de las prácticas obligadas, casi rituales, de toda delegación soviética que pusiera el pie en la capital británica. Existe cierto consenso entre los historiadores de que se trató de un acto deliberado, de corte simbólico, para alejar los temores de Occidente sobre la vinculación del Gobierno ruso con la esencia marxista, lo cual generó una fuerte polémica en su país.[7] El contacto político más relevante fue con Thatcher, con quien almorzó en la residencia campestre de la Dama de Hierro en Chequers. Encuentro tras el cual la *premier* británica puso rumbo a Washington para comunicarle a Reagan que Gorbachov era el hombre perfecto para desarticular al enemigo soviético en la pugna por la hegemonía ideológica y geoestratégica global. Su icónica frase resume bien cuáles eran los objetivos de la esfera anglosajona: «Me gusta el señor Gorbachov, podremos hacer negocios juntos».[8] Fue el comienzo de una larga amistad.[9]

No es tarea de esta obra entrar a fondo a analizar hasta qué punto las dos políticas principales del líder soviético, articuladas en torno a la *perestroika* «reestructuración» y la *glásnost* «apertura o transparencia», estuvieron dictadas por los estrategas de las potencias occidentales, pero sí forma parte de nuestra misión arrojar algo de luz sobre su cesión a las pretensiones de Washington y Londres respecto al futuro de Alemania, contra el mandato de su propia formación política. El exembajador soviético en Estados Unidos, Anatoli Dobrynin, afirmó que en la Cumbre de Malta de diciembre de 1989 Gorbachov hizo caso omiso de la directiva del Buró Político del Comité Central del PCUS, según la cual la reunificación germana sería posible siempre y cuando los dos

bloques enfrentados desde el final de la Segunda Guerra Mundial —la OTAN y el Pacto de Varsovia— fueran disueltos y unidos por un acuerdo mutuo de no agresión.

Gorbachov no solo rehusó plantear esta condición a Bush padre, sino que incluso se puso al servicio de los designios del Departamento de Estado norteamericano sugiriendo en sus intervenciones públicas —varias de ellas después de recibir premios y reconocimientos de organizaciones de la esfera anglosajona— que se debían abrir las puertas a las instituciones y empresas estadounidenses para que tuvieran un papel protagonista en las «transformaciones pacíficas» de los países de Europa Oriental. Las palabras del líder ruso en Malta a su contraparte norteamericana fueron suficientemente reveladoras: «Ya no le consideramos nuestro enemigo (…) han cambiado muchas cosas. Queremos su presencia en Europa. Estados Unidos debe quedarse en Europa. Su presencia allí es importante para el futuro de este continente. Por eso no deben pensar que busquemos que se vayan».[10]

El Kremlin intentó convencer al pueblo soviético de que su hoja de ruta era la más adecuada utilizando el recurrente instrumento de los dólares norteamericanos, en este caso canalizados a través de los alemanes occidentales, que ya habían servido de tubería financiera para crear y moldear formaciones políticas que, con independencia de su color o ideología, sirvieran a los intereses de la Alianza Atlántica. El caso español quizás sea uno de los más evidentes de un modelo que fue acelerado en la etapa de Reagan y que continuó con los demás inquilinos de la Casa Blanca. Sin embargo, los soviéticos no fueron tan dóciles como los ibéricos y Gorbachov carecía del respaldo popular cuando Moscú firmó formalmente el acuerdo «Dos más Cuatro» en septiembre de 1990, denominado así por haber sido refrendado por los Gobiernos de las dos Alemanias (RFA y RDA) y las cuatro potencias vencedoras de la Segunda Guerra Mundial (Estados Unidos, Reino Unido, Francia y la Unión Soviética).

Este tratado es considerado el acto jurídico que devolvió la plena soberanía a la Alemania unificada y que cerró oficialmente el capítulo de la posguerra. Pero, como hemos podido comprobar

posteriormente, fue una victoria de la diplomacia norteamericana al lograr el control efectivo del corazón de Europa, preparando el terreno para intentar desactivar cualquier amenaza a su hegemonía, primero engatusando a los gobernantes de la nueva Federación Rusa, con Yeltsin como actor principal, y luego convirtiéndolos en la reencarnación del anticristo en su versión geopolítica, con la irrupción de Vladímir Putin, al que primero se quiso integrar en la estructura de seguridad europea (con dirección atlántica) y después se demonizó para justificar las intervenciones de la OTAN en Europa y el rearme permanente.

Yeltsin y el «trato con el diablo»

La llegada de Bill Clinton al Despacho Oval coincidió con la irrupción de un político ruso proveniente de los Urales que supo aprovechar el descrédito de Gorbachov ganando popularidad en los estertores de la Unión Soviética, convirtiéndose en el primer presidente elegido democráticamente después de un intento de golpe de Estado llevado a cabo por comunistas del ala dura del partido, en connivencia con algunos elementos del KGB, auténtico factótum de la inteligencia rusa. Una vez más, los vericuetos de la historia demostraban que un intento ilegítimo de acceder al poder era aprovechado por los que se vestían de demócratas para obtener el respaldo nacional e internacional, presentándose como estadistas de primer orden que querían devolver el gobierno al pueblo.

Desde el primer momento, Clinton mostró un apoyo inquebrantable a las aspiraciones políticas de Yeltsin, especialmente después de que el mandatario ruso anunciara en 1992 públicamente su renuncia al legado comunista[11] y se presentara como el promotor de un nuevo enfoque, abierto a la economía de mercado y al sistema político occidental, llegando a prometer a Washington colaboración para construir una «nueva arquitectura mundial», concepto que vuelve a salir a colación, y no por casualidad, en este breve resumen histórico. Para lograr el control de la agenda rusa, Clinton logró que Yeltsin diera su visto bueno al programa Partnership for Peace de la OTAN. Este proyecto consistía en que el dirigente ruso apoyaría la

reducción de armamento, se sentaría en las mesas destinadas a evitar la proliferación nuclear y mantendría a las repúblicas exsoviéticas dentro del paraguas de la Alianza Atlántica.

Como ya habrá advertido el apreciado lector, este programa suponía un avance de la OTAN hacia el Este que violaba la promesa inicial, algo a lo que se opuso Yeltsin solamente —y de forma tímida — en sus primeros años al frente del Gobierno ruso, porque después necesitó el apoyo financiero y político norteamericano para mantenerse en el poder. La evidente sumisión del Kremlin al nuevo amigo americano y la situación de corrupción generalizada en la que entró el país en aquellos años, en buena medida debido al uso maligno de la doctrina de *shock* en el plano económico,[12] provocaron una pérdida de popularidad evidente y constataron que el Gobierno ruso no protegería al país del saqueo *made in USA*. Bajo el mando de consultores, inversores y economistas británicos y estadounidenses, con el respaldo del Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, Rusia adoptó una liberalización acelerada de su economía sin proteger los derechos de propiedad de los nacionales por lo que atentó contra los principios del capitalismo que prometía querer adoptar. Las privatizaciones masivas y la apertura incontrolada de las barreras comerciales sirvieron de acicate para el robo institucional y corporativo, en un periodo de la historia que los rusos definen como el de la gran «violación» del país. La aparente bonanza inicial dio lugar a una profunda crisis que estallaría finalmente en el año 1997, un año después de las elecciones en las que Yeltsin revalidó el cargo ayudado por los capitales internacionales que fueron los grandes beneficiarios de sus políticas, junto con los grandes oligarcas que años después se verían obligados a huir del país para no acabar entre rejas.

Conscientes de que se les acababa el tiempo y sabiendo que el crac de la economía rusa era inminente, los estrategas de Washington pusieron de nuevo en marcha su maquinaria de injerencia externa institucional a través de organizaciones como la National Endowment for Democracy (NED), el Krieble Institute (centro ligado a la Fundación Heritage) y la Open Society de George Soros, que ya

habían ayudado antes a Yeltsin a coger el timón de la Rusia emergida de la desintegración soviética tanto en el plano argumental/propagandístico como financiero. En las elecciones de 1996 las posibilidades de éxito del candidato ruso que más había hecho por los intereses empresariales extranjeros eran nulas, con todos los sondeos dando por ganador al aspirante comunista Guennadi Ziugánov. Había que darle la vuelta a la situación para que cuando se derrumbara el mercado de valores ruso y se hundieran los precios de los activos reales (lo cual sucedería pocos meses más tarde), las puertas para la sustracción exterior estuvieran abiertas de par en par.

La solución vino de la mano, una vez más, del ámbito bancario, en este caso en forma de préstamo del FMI, que lo presentó como un gran éxito diplomático de un Yeltsin que recibía 10.200 millones de dólares adicionales justo en plena campaña electoral. Esto es relativamente conocido, pero lo que pocos saben es que esta operación se terminó de concretar en una serie de reuniones en el Foro de Davos, lugar en el que las élites mueven los hilos mientras dicen buscar un mundo más equitativo, inclusivo y sostenible.

El inversor Bill Browder, uno de los mayores enemigos confesos de Vladímir Putin y de todo lo que tenga que ver con oponerse a los designios de Occidente (siempre y cuando logre réditos económicos con ello), confiesa en uno de sus libros[13] cómo se decidió manipular las elecciones rusas en varios encuentros nocturnos mantenidos en la ciudad suiza donde cada año celebra su reunión anual el Foro Económico Mundial. Browder, uno de los mayores beneficiados por la doctrina del *shock*, en la cual participó activamente como gestor de inversiones, expone con crudeza cómo era la situación en la Rusia previa a los comicios, aunque elude toda responsabilidad al respecto y atribuye toda la culpa al propio Yeltsin y a los empresarios de su entorno que se hicieron de oro: «En lugar de 150 millones de habitantes repartiéndose el botín de la privatización masiva, Rusia acabó con veintidós oligarcas que poseían el 39 por ciento de la economía mientras el resto de la población vivía en la pobreza. Para sobrevivir, los profesores de universidad tuvieron que convertirse en

taxistas, las enfermeras en prostitutas y los museos de arte vendían los cuadros arrancándolos directamente de la pared. Casi todos los rusos se sentían acobardados y humillados, y odiaban a Yeltsin por ello».

Frente a este panorama económico y social, el famoso inversor norteamericano cofundador de Hermitage Capital Management y sus colegas de profesión estaban preocupados no porque Yeltsin pudiera revalidar el cargo, sino por la posibilidad de que un cambio de dirección política les dejara sin su parte del pastel, la porción que no estaba en los platos de los oligarcas. «Si Ziugánov se convertía en presidente, mucha gente temía que expropiara todo lo que se había privatizado. Yo podía tolerar muchas cosas más de Rusia, tales como la hiperinflación, las huelgas, la escasez de alimentos, hasta la criminalidad callejera, pero la historia sería totalmente diferente si el Gobierno se dedicaba a apoderarse de todo y declarar el fin del capitalismo». Browder no oculta que su concepción del sistema capitalista dista mucho de los principios liberales, basando su enfoque en los privilegios otorgados por los burócratas, que entregan recursos públicos a los capitales foráneos a bajo precio, desesperados por cumplir las exigencias de los prestamistas favorecidos por la liquidez del Tesoro y la Reserva Federal. Es en ese momento, a inicios del año 1996, cuando en Davos se produce una reunión, a la cual asistió Browder con uno de sus socios, especializado en extraer activos de países en vías de desarrollo.[14]

En el marco de la cumbre anual del Foro Económico Mundial se organizó un encuentro en el Sunstar Parkhotel, al margen de las conferencias, mesas redondas y paneles temáticos, donde los oligarcas, en connivencia con los señores de Wall Street y de la City, determinaron que harían todo lo posible para lograr que Yeltsin ganara las elecciones. En esa cita, Browder habló con Borís Fiódorov, que acababa de dejar de ser ministro de Finanzas de Rusia para convertirse en corredor de bolsa, y le expresó su preocupación por la más que posible victoria del candidato comunista. «No se preocupe por las elecciones, Bill, Yeltsin va a ganar con toda seguridad», dijo confiado el ruso, a lo que el socio de Browder replicó: «¿Cómo

puede decir eso? Su índice de popularidad es de apenas el 6 por ciento». Entonces Fiódorov extendió la mano y uno de sus dedos dibujó un círculo alrededor del vestíbulo del hotel en el que se encontraban: «Ellos se encargarán de hacer el resto». Los dos financieros siguieron el gesto del ruso y reconocieron a varias figuras. Entre ellas destacaban tres hombres: Borís Berezovsky, Vladímir Gusinsky y Anatolí Chubáis, que estaban intercambiando opiniones en una esquina. «Los dos primeros fueron destacados y famosos oligarcas rusos. Cada uno se había abierto camino con garras de la nada, derribando a cualquiera a su manera, para convertirse en multimillonarios propietarios de bancos, cadenas de televisión y otros principales activos industriales». Por su parte, «Chubáis era uno de los operadores políticos más astutos de Rusia». Había sido la correa de transmisión de las reformas económicas de Yeltsin, diseñadas en Occidente, y en aquel momento había renunciado al Gobierno para concentrarse a tiempo completo en revertir el fracaso de Yeltsin en los sondeos.

«No lo sabía entonces —concluye su confesión involuntaria Browder —, pero esta escena en el vestíbulo del Sunstar Parkhotel fue el infame trato con el diablo, donde los oligarcas decidieron poner todos sus medios y recursos financieros detrás de la reelección de Yeltsin. En intercambio, obtendrían lo que quedara de la economía rusa no privatizada por casi nada». Y los financieros anglosajones, como él mismo, también sacarían su correspondiente tajada una vez que lograran, como así sucedió, que el político ruso amigo del vodka y de la danza, el que regaló un saxofón a Bill Clinton, lograra una remontada histórica en la carrera electoral y superara a su rival, aunque hiciera falta una segunda vuelta. «Los mercados se volvieron locos y la rentabilidad de nuestro fondo subió un 125 por ciento desde que lo lanzamos. Así era. Yo estaba bien y totalmente sumergido en el negocio»[15].

Un año después, antes del desplome bursátil de 1997, Browder y sus compañeros se bajarían del tren justo antes de su descarrilamiento: vender caro para luego comprar barato. Ellos lo llaman «mercado», pero en realidad se trata de latrocinio

institucional, transferencia de rentas y activos desde los bolsillos de los hogares y las tesorerías de los emprendedores a los oligarcas corporativos y saqueadores financieros, cuestión sobre la que volveremos en capítulos posteriores.

El soborno atlantista

Durante toda la etapa de Yeltsin al frente del Gobierno ruso, se produjo un progresivo acercamiento a las tesis de Washington sobre el futuro de la OTAN. Documentos que vieron la luz en el año 2024, publicados en la Biblioteca Digital Clinton, recogen las conversaciones mantenidas por ambos líderes y sus correspondientes delegaciones de política exterior, especialmente a partir de ese año 1996, desde la perspectiva de la Casa Blanca. Casi 600 páginas de transcripciones sobre negociaciones, favores, cesiones y acuerdos bajo la mesa revelan cómo el Gobierno de Yeltsin pasó de considerar un error la ampliación de la OTAN hacia el Este de Europa, manifestando un rechazo categórico a que esta cuestión se negociara, a terminar aceptándola como un hecho inevitable que podía manejar. El periodista Juan Pablo Duch resume la postura de Moscú indicando que «el Kremlin pretendía contrarrestar los efectos negativos de la expansión noratlántica y confiaba en que podría convencer a la Casa Blanca para establecer una cooperación más estrecha entre ambos y, de ese modo, poder conseguir tres grandes objetivos: una suerte de derecho al veto de cualquier decisión de la OTAN, la no admisión de ninguna república exsoviética y el compromiso de no instalar armamento nuclear en el territorio de los nuevos miembros».[16]

Tras unos primeros momentos de indecisión, justo cuando Yeltsin accedió al Gobierno, la cuestión comenzó a aclararse después del episodio —poco conocido en Occidente— del bombardeo del Parlamento ruso en octubre del año 1993 y la ocupación militar de la Cámara legislativa, decisión absolutamente desproporcionada ordenada por el propio Yeltsin en repuesta a la rebelión que los diputados protagonizaron tras el decreto presidencial anticonstitucional que establecía la disolución del Parlamento. La

sangrienta operación, que concluyó con cientos de muertos y heridos, no fue un obstáculo para que la Casa Blanca siguiera adelante con su agenda, más bien todo lo contrario.

Pocas semanas después de este autogolpe, el asesor de Seguridad Nacional estadounidense Anthony Lake recomendó a Clinton que jugara con dos barajas, dando a entender que la Alianza Atlántica, lejos de disolverse, seguiría aumentando el número de miembros, mientras se calmaba a Yeltsin con los dólares de Wall Street y el FMI, al mismo tiempo que se le ofrecía una asociación estratégica de seguridad a largo plazo. Sin embargo, el presidente norteamericano se pasó de la raya en Budapest durante su intervención en la Conferencia para la Seguridad y Cooperación en Europa, celebrada en diciembre de 1994. La capital húngara fue el escenario en el que Clinton pronunció una frase que elevó la gélida temperatura de Moscú: «El proceso de ampliación de la OTAN ya comenzó». Esta declaración no sorprendió al Kremlin por su contenido, ya que los burócratas rusos eran conscientes del doble juego en el que participaban como cómplices necesarios, sino porque la Administración norteamericana lo hubiera hecho públicamente en una relevante cumbre del Viejo Continente.

Yeltsin escuchó la frase desde la cama del hospital en el que estaba convaleciente por un problema cardiaco y su enfado fue de tal magnitud que no solo tuvieron que acudir las enfermeras a socorrerlo, sino que obligó al entonces vicepresidente norteamericano, Al Gore, a intentar calmar sus ánimos en una visita relámpago en la que quien años después se convertiría en el profeta del apocalipsis climático llegó a Moscú con la misión de intentar manipular, de nuevo, al líder ruso. Gore indicó a Yeltsin que no se había producido ningún cambio en la posición de Washington a este respecto y que, si recordaba, se trataba en esencia de lo mismo que Clinton le había manifestado ya en septiembre de aquel año, que eventualmente la OTAN se iba a ampliar, pero que el camino iba a ser gradual y estaría sujeto a consultarlo con Moscú. Proceso que se llevaría a cabo de forma paralela al impulso de las relaciones de la

UE con Rusia y de la asociación de esta última con el club liderado por los anglosajones.[17]

Para terminar de calmar los ánimos del Kremlin, la Casa Blanca incluso cambió el encabezado de su documento programático, que llevaba por título «Avanzando hacia la ampliación de la OTAN», por el más comedido «Construcción de un nuevo sistema de seguridad en Europa».[18] La modificación del enfoque no alteró su esencia, aunque puso el acento en que Washington estaba abierto a asociarse con todos, incluida Rusia, a pesar de que ello violaba las promesas realizadas a Gorbachov.

Yeltsin no quedó conforme con estos movimientos diplomáticos y mensajes tranquilizadores que venían del otro lado del Atlántico, lo cual obligó a Clinton a acudir a los actos de conmemoración en la plaza Roja de Moscú el Día de la Victoria que se celebran cada 9 de mayo para recordar el triunfo de la Unión Soviética contra la Alemania nazi en la Segunda Guerra Mundial, a la que denominan la «Guerra Patriótica». Antes del evento, el ruso trasladó con preocupación a su colega norteamericano que, aunque aceptara la ampliación de la OTAN, era una humillación que el pueblo ruso no iba a aceptar, lo cual, además, perjudicaría sus posibilidades de ser reelegido y pondría fin de forma abrupta a la agenda de Washington y Londres para la era postsoviética. Clinton respondió prometiendo que no habría ningún movimiento de la alianza militar hasta que se produjeran las elecciones de 1996 y garantizó asimismo la llegada tanto del dinero del FMI para las arcas estatales rusas como de los dólares para la financiación de su campaña, fondos que no fueron empleados para reformas estructurales, sino que se destinaron en su mayor parte a abonar pensiones y sueldos públicos cuyo impago, sin la asistencia estadounidense, habría provocado el hundimiento de la economía del país, fuertemente dependiente de la asistencia estatal, lo cual habría puesto una alfombra roja para el retorno al poder del Partido Comunista. Esta vez la Casa Blanca, sin que sirviera de precedente, cumplió su promesa.

Matanza en Yugoslavia

La violación del compromiso alcanzado con Gorbachov a cambio de que cediera el territorio de Alemania Oriental a los señores de la OTAN se hizo patente tres años después, en el momento en el que el Tío Sam se quitó la careta y centró su política exterior en Europa donde utilizó a la Alianza Atlántica, modificó su teórica razón de ser, dejó a un lado la excusa defensiva para pasar al ataque, para seguir la estela marcada por la guerra de Yugoslavia, último gran conflicto bélico en el Viejo Continente hasta la fractura ucraniana. Ha transcurrido ya un cuarto de siglo desde aquel bombardeo indiscriminado, que no tenía el respaldo de la ONU, efectuado por la Alianza Atlántica por orden de Estados Unidos. Un pacto entre el Partido Demócrata y el Republicano que fue presentado a Clinton por dos embajadores de los señores de la guerra: John McCain y Joe Biden, dos amigos que compartieron intereses a pesar de su teórica diferencia política.[19] El más belicista de esta extraña pareja siempre fue Biden, ya que McCain conocía la desgracia de la guerra en primera persona, por lo cual al principio se opuso a la masacre en los Balcanes, a pesar de todos los mensajes que se lanzaban contra el presidente serbio, Slobodan Milošević, desde los terminales mediáticos occidentales. Sin embargo, finalmente se convirtió al credo bélico, en un giro que sorprendió a buena parte de la bancada republicana de aquel momento. Para más inri acabó siendo el ponente de la resolución que autorizó a Clinton a realizar los bombardeos.

No obstante, el verdadero artífice de la acción de la OTAN fue Biden, político de Delaware que años después sería vicepresidente en la Administración Obama y finalmente se sentaría en el sillón del Despacho Oval, a pesar (o precisamente por ello) de sus problemas cognitivos. Hombre que tuvo un papel destacado a la hora de solicitar la acción militar, pidiendo en numerosas ocasiones que se bombardeara Belgrado y se destruyeran infraestructuras civiles. En no pocas ocasiones acusó a la organización de ser demasiado blanda y llegó a exigir a la cúpula de la alianza —con el español Javier Solana como secretario general— una ocupación del estilo de las realizadas en Japón o Alemania cuando se convirtieron en

protectorados *de facto* del imperio de las barras y estrellas, un estatus que todavía no han abandonado.

Clinton anunció el inicio de los ataques contra Yugoslavia en un discurso el 24 de marzo de 1999, justificándolo como «una intervención humanitaria» para impedir la represión contra la mayoría albanesa en la provincia serbia de Kosovo. Los bombardeos masivos duraron hasta el 11 de junio. Durante aquellos setenta y ocho días, la OTAN lanzó un total de 2.300 misiles contra 990 objetivos y 14.000 bombas sobre el territorio de Yugoslavia, entre ellas las execrables municiones de racimo. Solo en la capital, Belgrado, cayeron más de dos centenares. También fueron lanzadas entre diez y quince toneladas de uranio empobrecido que provocaron que se multiplicaran por cinco los casos de cáncer. Según las cifras oficiales murieron más de 2.000 civiles, de ellos casi un centenar de niños, y hubo más de 6.000 heridos, con 250.000 desplazados a causa de los ataques. *The Washington Post* dejaba muy clara la situación cuando titulaba a toda página: «La OTAN bombardea Serbia hasta dejarla en la oscuridad», destacando entre los principales objetivos las redes energéticas que no solo proporcionaban recursos a los soldados serbios, sino también a la población civil.[20]

Una de las grandes vergüenzas de esta guerra fue que la destrucción de objetivos civiles no se hizo por casualidad, ni por efecto colateral, sino que fue absolutamente premeditada. Las fuerzas militares de la Alianza apuntaron intencionalmente a la infraestructura civil, como plantas de energía, fábricas, hospitales y puentes, lo cual no solo tuvo un efecto inmediato en aquel momento en términos humanitarios, económicos y sociales, sino que retrasó el progreso del país por varias décadas, ya que la destrucción vino precedida de ocho años de sanciones económicas. Los ataques de la OTAN estaban destinados a infligir un sufrimiento inmenso al pueblo de Yugoslavia, y así lo admitía sin tapujos la prensa estadounidense de la época.[21] Es en aquel momento cuando la revista *Time* publicó aquella portada en la que se vanagloriaba de meter a los serbios en cintura, de ponerlos a raya, en una expresión en inglés que hace un

juego semántico con la palabra *«heel»* que es muy parecida a *«hell»* y que si sustituimos una por otra la expresión sería: «mandar a los serbios al infierno».[22] Todo ello disfrazado de intervención humanitaria, a pesar de que, insistimos en ello, se emplearon bombas de racimo y se lanzaron ataques con uranio empobrecido.

Si me permite el paciente lector un breve inciso, no deja de ser curioso que este ataque se produjera con Javier Solana en la secretaría general de la OTAN, que había sido ministro de un Gobierno que llegó al poder haciendo campaña precisamente para no entrar en la Alianza, aunque había pactado ya con la CIA y con el Departamento de Estado norteamericano que España seguiría los pasos dados por Calvo Sotelo tras el asesinato de Carrero Blanco. El PSOE sería quien incorporaría plenamente a España en el club como pago por los servicios prestados para lograr que el antaño conocido como «Isidoro» (Felipe González) llegara al poder con el dinero entregado por la socialdemocracia alemana, que ejercía de bisagra entre la inteligencia norteamericana y los guías de la Transición española. De hecho, el partido fue creado prácticamente por esos servicios de inteligencia extranjeros después de acabar con su vena marxista, primero en el Congreso de Toulouse y después en el celebrado en Suresnes, donde había más espías que afiliados al partido.[23]

Democracia y paz, pero siempre que sea impuesta por lo civil o lo criminal desde Washington. Como expone certeramente el analista español Carlos Sánchez, «la OTAN ni es ni ha sido una organización militar defensiva. Su espíritu nunca ha sido el de promover la democracia ni el de ayudar a resolver conflictos de manera pacífica. Empezando por Turquía, estado fundador, hasta la Grecia de los coroneles, pasando por la cooperación con España firmada con el general Franco allá por 1953, la OTAN ha establecido diversas líneas de colaboración y membresía con toda suerte de dictadores señores de la guerra. Resulta, por tanto, evidente que la cacareada promoción de valores democráticos no es más que un eslogan para consumo de adocenados».[24]

El mayor error de la OTAN

Esto no quiere decir que no hubiera personajes con peso específico en Estados Unidos que aplaudieran la nueva deriva de la Alianza Atlántica. Seguramente la voz más autorizada que advirtió sobre los riesgos de la expansión hacia el Este de Europa y su nuevo papel de policía mundial al servir a los intereses anglosajones fue George Kennan, uno de los principales arquitectos de la política de contención de la Unión Soviética durante la Guerra Fría y cuya voz se alzó para oponerse de manera clara y explícita al guion establecido por las élites políticas y financieras norteamericanas en el Viejo Continente tras el colapso de la Unión Soviética, la caída del Muro de Berlín y la disolución del Pacto de Varsovia.[25]

En un artículo publicado en *The New York Times* un año antes de que comenzara el proceso de integración, con la incorporación de Polonia, Hungría y República Checa, Kennan dijo que «la expansión de la OTAN era el error más fatídico de la política estadounidense en toda la era posterior a la Guerra Fría», porque provocaría un resurgimiento del nacionalismo ruso y un deterioro de las relaciones entre Rusia y Occidente y crearía un nuevo clima de confrontación a todas luces innecesaria. «Cabe esperar que tal decisión avive las tendencias nacionalistas, antioccidentales y militaristas de la opinión pública rusa; tenga un efecto adverso en el desarrollo de la democracia rusa; restablezca el clima de la guerra fría en las relaciones entre Oriente y Occidente, e impulse la política exterior rusa en direcciones que decididamente no nos gustan. Y, por último, pero no por ello menos importante, podría hacer mucho más difícil, si no imposible, garantizar la ratificación del acuerdo Start II por parte de la Duma rusa y lograr nuevas reducciones del armamento nuclear (…) ¿Por qué, con todas las posibilidades esperanzadoras que ha generado el fin de la Guerra Fría, las relaciones entre Oriente y Occidente deben centrarse en la cuestión de quién se aliará con quién y, por implicación, contra quién en un conflicto militar futuro fantasioso, totalmente imprevisible y muy improbable? (…) Los rusos no se muestran muy impresionados por las garantías estadounidenses de que no refleja intenciones hostiles. Consideran

que su prestigio (siempre primordial para ellos) y sus intereses de seguridad se verían afectados negativamente. Por supuesto, no tendrían más remedio que aceptar la ampliación como un hecho militar consumado. Pero seguirían considerándola un desaire de Occidente y probablemente buscarían en otra parte garantías de un futuro seguro y esperanzador para sí mismos».[26]

Releer este artículo en el momento actual, en el que Rusia ha buscado ese futuro lejos de Occidente y está inmersa en una guerra existencial contra la OTAN, causa escalofríos, y más al comprobar cómo la advertencia de este estratega, historiador y académico cayó en saco roto, al haber perdido influencia entre los halcones de Washington —grupo al cual pertenecía— y que nunca le perdonaron haber criticado el papel de Estados Unidos en la guerra de Vietnam y sus propuestas de contener el comunismo sin el uso excesivo de la fuerza bruta. Kennan pasó la última parte de su vida alertando sobre los peligros que supondría llevar las fronteras de la OTAN hasta las puertas de Rusia, y sus análisis son considerados proféticos, sobre todo respecto a la cuestión ucraniana.

Pasó de héroe a villano, especialmente en los círculos de personajes tan oscuros como poderosos del calibre de Madeleine Albright, secretaria de Estado de la Administración Clinton durante la masacre de Yugoslavia y una de las principales defensoras de la intervención en Irak, en la primera guerra del Golfo como embajadora de Estados Unidos ante la ONU. Preguntada por la periodista Lesley Stahl sobre el medio millón de niños que habían muerto en el país gobernado por el antaño aliado de Occidente, Saddam Hussein, debido a las sanciones impuestas por el país norteamericano, Albright respondió que era un precio que «merecía la pena pagar».[27] Más tarde dijo que se arrepintió de esta afirmación, pero, a tenor del resto de las actuaciones que protagonizó en su carrera política, no por remordimiento, sino por haber expresado su verdadero pensamiento en público.

Es deplorable comprobar cómo estas declaraciones se obvian por el *establishment* histórico y político cuando nos recuerdan a Albright como una defensora de la diplomacia como principal vía para la

resolución de conflictos internacionales, por haber criticado abiertamente la orientación geoestratégica de la Administración de George Bush junior, en especial en lo relativo a la ocupación, destrucción y corrupta reconstrucción de Irak, tras los atentados contra las Torres Gemelas de Nueva York. Ella siempre dijo que Al Gore, el candidato del Partido Demócrata que perdió las elecciones contra Bush, hubiera sido un mejor presidente para Estados Unidos, que no hubiera dañado tanto la imagen exterior del país, afectada por el uso de la amenaza terrorista para la reconfiguración de Oriente Medio, con el doble objetivo de la búsqueda del petróleo y el rediseño de las fronteras del mundo árabe respondiendo a los intereses del Gobierno de Israel y el *lobby* sionista, un grupo de presión que, paradójicamente, compartía mesa y mantel —y en algunos casos incluso lecho conyugal— con el entorno de la propia Albright. Un grupo que, entre otros vehículos para imponer su visión del mundo, empleó a la ya citada National Endowment for Democracy (NED), donde la exsecretaria de Estado presidió una de sus filiales.[28] Volvía a actuar detrás del telón, como cuando a finales de los años setenta del pasado siglo fue fichada para el Consejo de Seguridad Nacional de Jimmy Carter, controlado por la Comisión Trilateral.

El oscuro papel de los *straussianos*

Una de las mejores evidencias que revelan la poca importancia que en realidad tienen las siglas de los partidos políticos a la hora de llevar a cabo las agendas políticas y económicas se encuentra en el denominado grupo de los *straussianos*, que autores como el francés Thierry Meyssan[29] y la canadiense Shadia Drury[30] han diseccionado de forma magistral al establecer las conexiones y las raíces filosóficas e intelectuales de este «Estado dentro del Estado» a ambos lados del arco parlamentario norteamericano, y cuya influencia en el destino europeo ha sido —y sigue siendo— determinante. La mayoría de los analistas que han prestado atención a este grupo se han centrado en las figuras que formaron parte de la camarilla de George Bush junior y que se denominaban a sí mismos

de forma burlona como la Cábala,[31] en alusión a la existencia de una especie de Gobierno en la sombra que adopta las decisiones valiéndose de la mentira y la desinformación.

El nombre de este colectivo procede del filósofo judío de origen alemán Leo Strauss, que emigró a Estados Unidos, y a partir de 1949 comenzó a impartir clase en la Universidad de Chicago. Pronto formó un pequeño colectivo de discípulos con ambición, contactos políticos y no pocos de ellos relacionados con el *lobby* sionista. En sus escritos públicos, Strauss reclamaba la necesidad de que en la filosofía política moderna se recuperara la tradición clásica, porque a su juicio los textos de Sócrates, Platón o Aristóteles ponían un mayor énfasis en descubrir el mejor régimen de gobierno que permitiera responder al interés general, en contraposición a autores modernos que primaban en sus objetivos la lucha por el poder, la técnica y la autonomía del individuo frente a la masa.

Desde este punto de vista, Strauss, influido sobre todo por Platón, defendía el concepto del «gobierno de los sabios», poniendo en un segundo plano la necesidad de que esta dirección social deba ir acompañada de una democracia o de la transparencia en la toma de decisiones. Más bien lo contrario, porque Strauss extrajo otro concepto de la filosofía griega, manipulándolo, alumbrando la idea de la «mentira noble» como una herramienta del gobernante, considerada como una especie de mito o parábola que transmitía una verdad subyacente sobre la moralidad o la naturaleza. Un término que, en el cuerpo teórico de Strauss, se transformaba en la capacidad —y necesidad— de engañar a la multitud y garantizar el poder de una élite especial.[32] Este profesor animaba a sus jóvenes pupilos (a los que llamaba «sus hoplitas», como los ciudadanos-soldados de la antigua Grecia) a ser efectivos pero discretos, mensaje que les trasladaba tras concluir los seminarios en los que sus enseñanzas de corte totalitario iban mucho más lejos de lo mostrado en sus escritos públicos.

Poco antes de fallecer Strauss, en 1972, algunos de estos alumnos comenzaron a dar sus primeros pasos en la política saliendo de la placenta universitaria de la mano del senador demócrata Henry

(Scoop) Jackson. Aquí encontramos tres nombres que años después se convertirían en los diseñadores del orden mundial en su versión atlántica: Elliott Abrams, Richard Perle y Paul Wolfowitz. «Trabajaban en estrecho vínculo con un grupo de periodistas *trotskistas* también judíos que se habían conocido en el City College of New York y que editaban una revista llamada *Commentary*. Estos últimos eran llamados los *New York intellectuals*, o sea "los intelectuales neoyorquinos". Ambos grupos estaban muy vinculados a la CIA y, simultáneamente y a través del suegro de Richard Perle —el estratega militar Albert Wohlstetter—, a la RAND Corporación, el *think tank* o "tanque pensante" del complejo militar-industrial estadounidense. Muchos de aquellos jóvenes se casaron entre sí y formaron un grupo compacto de un centenar de personas», recuerda Meyssan[33].

En aquellos primeros albores de este círculo hermético, Wolfowitz destacó sobre los demás al ser uno de los protagonistas del denominado «Equipo B», al que el entonces presidente Gerald Ford encargó un análisis y una hoja de ruta para «evaluar la «amenaza soviética».[34] El resultado fue un informe fabricado para intentar convencer a la Casa Blanca de que los rusos se estaban preparando para lograr una «hegemonía global», amenazando por lo tanto los intereses norteamericanos en el planeta. Esto suponía pasar de la tesis de la contención de Kennan a una mucho más agresiva y proactiva en la que el objetivo era acabar con los soviéticos para salvar al «mundo libre». Argumento que en la actualidad ha vuelto a resurgir, copando todos los informes de los grupos de presión que trabajan, de forma directa o indirecta, para cumplir los designios de la OTAN. En este sentido el informe del «Equipo B» fue absolutamente adelantado a su tiempo, en buena medida porque los herederos de los *straussianos* siguen conservando la manija de la geopolítica occidental.

Cuando cayó Carter en desgracia y llegó Ronald Reagan, estos «intelectuales neoyorquinos», supuestamente todos de izquierda, se pusieron al servicio del presidente republicano. Meyssan explica esta aparente paradoja donde recuerda que «es importante entender que

esos grupos no son verdaderamente de izquierda ni tampoco de derecha. Algunos de sus miembros han migrado cinco veces del Partido Demócrata al Republicano y a la inversa. Lo importante para ellos es infiltrarse en el poder, sin importar la ideología de quien lo tenga». Por esa razón, años después, en la última etapa de Clinton[35] y tras la llegada del segundo Bush al Despacho Oval, los antiguos *trotskistas* pasarían a ser conocidos como los *neocons*, tejiendo redes con sus supuestos adversarios políticos en la NED de Albright y el US Institute of Peace, organizaciones que fomentaron las denominadas «revoluciones de colores» en Europa.

La Doctrina Wolfowitz y el nuevo orden mundial

Pero no vayamos tan rápido, volvamos a Wolfowitz, que en 1992 recibió otro encargo, en este caso del Pentágono —dirigido por Richard Perle, otro *straussiano*—, para seguir adelante con sus propuestas para mantener la hegemonía norteamericana frente al oso ruso. El anterior informe del «Equipo B» no pasaba de ser una declaración de intenciones, de corte propagandístico, y hacía falta concretar la estrategia. En este trabajo el futuro subsecretario de Defensa y presidente del Banco Mundial buscó la colaboración del suegro de Richard Perle, llamado Albert Wohlstetter (conocido por sus trabajos sobre la disuasión nuclear), y del considerado como el gran intelectual del complejo industrial-militar, Andrew Marshall, que falleció antes de terminar el proyecto. El hueco fue cubierto por el almirante Arthur Cebrowski, figura clave en la transformación tecnológica y doctrinal del Ejército y la inteligencia de Estados Unidos a comienzos del siglo XXI. Él fue quien fomentó la idea —tan actual— de que las operaciones militares deben servir para crear redes de trabajo, abrir mercados y garantizar el libre flujo de capital y recursos. El uso de la fuerza para defender la «democracia» y la «conexión al sistema global».[36]

El documento que alumbraron estos halcones académicos fue mantenido en secreto, aunque formaría parte intrínseca y fundamental de la *Defense Planning Guidance* del Pentágono en los años posteriores. Su contenido fue parcialmente filtrado por *The*

New York Times[37] y *The Washington Post*,[38] que en sendos artículos expusieron las claves del mismo. El informe habla abiertamente de «un nuevo orden mundial apoyado en última instancia por Estados Unidos», en el que la única superpotencia no solo dispondría de alianzas permanentes, sino temporales, en función del conflicto a tratar.

Como ha plasmado en sus trabajos el analista Paul Labarique,[39] la que podríamos denominar como «Doctrina Wolfowitz» teoriza sobre la necesidad de que Estados Unidos bloquee la aparición de cualquier competidor potencial a la hegemonía estadounidense, especialmente «naciones industriales avanzadas» como Alemania y Japón. De hecho, el corazón de la Unión Europea era ya un objetivo prioritario en esta agenda globalista de corte atlantista, al destacar el informe firmado por Perle que «a pesar de que los Estados Unidos apoyan el proyecto de integración europea, debemos velar para que no surja un sistema de seguridad puramente europeo que socave la OTAN, y particularmente su estructura de mando militar integrado». Por ello, «se solicitará a los europeos que incluyan en el Tratado de Maastricht una cláusula que subordine su política de defensa a la de la OTAN, mientras el informe del Pentágono aboga por la integración de los nuevos Estados de Europa Central y del Este en el seno de la Unión Europea, beneficiándolos con un acuerdo militar con los Estados Unidos que los proteja contra un posible ataque ruso». Otro texto profético que se ha cumplido al pie de la letra durante las últimas tres décadas. Vemos, como siempre sucede, que los problemas actuales no surgen de la nada. Como reza el refranero español: de aquellos polvos, estos lodos.

Por cierto, no está de más recordar que los *straussianos* fueron los fundadores del Proyecto para el Nuevo Siglo Americano (PNAC, por sus siglas en inglés), *think tank* autor del famoso informe *Rebuilding America's Defenses, Strategy, Forces and Resources for a New Century* (Reconstruir las defensas, la estrategia, las fuerzas y los recursos de Estados Unidos para un nuevo siglo), elaborado en el año 2000, un año antes del 11S, en el que se dejaba claro que solamente un ataque a Estados Unidos externo, un «nuevo Pearl

Harbor», permitiría las transformaciones en materia militar y geopolítica que los halcones de Washington deseaban realizar, acciones que posteriormente servirían de columna vertebral para diseñar la citada «guerra contra el terror» y así provocar una serie de intervenciones militares que causaron al menos 4,5 millones de muertes y desplazaron hasta 60 millones de personas.[40] Después de los atentados, Richard Perle y Wolfowitz se pusieron al frente de las operaciones, pasando de la teoría a la práctica y colocaron al almirante Arthur Cebrowski bajo el ala protectora de Donald Rumsfeld en el Departamento de Defensa.

A partir de ese momento, se impondría la estrategia de la guerra sin fin, en virtud de la cual la prioridad de Estados Unidos ya no sería ganar batallas, sino garantizar que se produjeran. El enemigo cambiaría en función del tiempo y del lugar,[41] pero el objetivo siempre sería el mismo: el conflicto bélico permanente para alimentar al complejo militar-industrial, garantizar la rentabilidad financiera, extraer recursos de países arrasados y desestabilizar el planeta para evitar el auge primero de la eterna Rusia y, más tarde, de la emergente China. Todo ello siempre, claro está, que no amenazara, o incluso respaldara, los intereses del Gobierno de Israel. El economista y profesor estadounidense Jeffrey Sachs lo explica en estos términos: «El mensaje principal de los neoconservadores estadounidenses es que Estados Unidos debe mantener su predominio militar mundial y enfrentarse a las potencias regionales emergentes que puedan poner en peligro su dominio global o regional, especialmente Rusia y China. Para conseguirlo, Estados Unidos debería desplegar su ejército en cientos de bases militares a lo largo y ancho del mundo, de forma preventiva, para estar preparado para iniciar una guerra de elección si fuera necesario. Estados Unidos recurriría a las Naciones Unidas únicamente cuando ello conviniera a sus intereses».[42]

Con todo ello, la excusa presentada a la comunidad internacional para que la OTAN no se disolviera tras la disolución de la Unión Soviética era que había que luchar contra el terrorismo internacional y emplear de forma torticera los conceptos de democracia y

capitalismo para poner y quitar presidentes, extraer activos extranjeros y someter a posibles competidores, como una Europa que estaba en aquellos momentos preparando su proyecto monetario integrado y su corpus legislativo e institucional. La ampliación de la Alianza Atlántica en el Este, además, sería una oportunidad de oro para renovar armamento, ya que las antiguas repúblicas soviéticas habían vendido sus arsenales de forma desesperada en el mercado negro. Incluso en Washington se coqueteó con la idea de incluir a Rusia en el club, esperanza que se había trabajado durante la etapa de Yeltsin y que no se abandonaría con la llegada de un antiguo agente de inteligencia al Gobierno de la Federación Rusa, al cual se le ofreció ser el amigo que pondría al Kremlin en la esfera atlántica y colaboraría en el bloqueo de la expansión china en el Viejo Continente. Poca gente conoce este hecho, y mucha menos que aquel hombre curtido en mil batallas, llamado Vladímir Putin, le dijo a la OTAN que sí.

La oferta a Putin de la Casa Blanca

Para más inri, en realidad fue el ruso, recién nombrado primer ministro, quien propuso a la Casa Blanca que su país entrara en la Alianza Atlántica como parte de una Europa a la que Moscú nunca ha negado pertenecer. Aquí, como sucedió en el caso de Gorbachov y las promesas de la Casa Blanca, no existió ningún compromiso escrito, pero sí conversaciones al más alto nivel en el que se trató esta cuestión poco después de que Putin ganara las elecciones presidenciales, tras haber ocupado el cargo de primer ministro. En una serie de entrevistas concedidas al director de cine norteamericano Oliver Stone,[43] Putin desveló que, en la última etapa de la Administración Clinton, en junio del año 2000, durante una visita oficial del mandatario estadounidense a Moscú, planteó a su homólogo la cuestión en estos términos: «Consideremos una opción que Rusia pueda unirse a la OTAN», a lo que Clinton respondió: «¿Por qué no?». Sin embargo, la delegación diplomática estadounidense se puso muy nerviosa, trasladando horas después que se trataba solamente de un escenario hipotético.

Recientemente, Putin ha aportado más información al respecto, en una entrevista concedida en 2024 al periodista estadounidense Tucker Carlson, revelando que, ante las dudas de la delegación norteamericana, preguntó a los funcionarios del Departamento de Estado que quién era realmente quien tomaba las decisiones en Washington si la palabra del presidente no tenía valor. «En una reunión aquí en el Kremlin con el presidente saliente Bill Clinton, aquí mismo en la sala de al lado, le pregunté: "Bill, ¿cree usted que si Rusia pidiera unirse a la OTAN, podría suceder?". De repente dijo: "Sabes, es interesante. Creo que sí" (…) pero por la noche, cuando nos reunimos para cenar, dijo: "Sabes, he hablado con mi equipo, no, no es posible ahora"». ¿Quiénes eran los que se oponían a este escenario? ¿Habían vuelto los *straussianos* a tomar el mando?

Los atentados de Nueva York y Washington (solemos olvidar el oscuro episodio del ataque al Pentágono) pusieron la cuestión del futuro de Rusia en el marco de la Alianza Atlántica en un segundo plano, mientras la Unión Europea configuraba su estructura y daba la bienvenida al euro, sin que los dos principales socios —Francia y Alemania— fueran capaces de cumplir las reglas económicas del Pacto de Estabilidad que ellas mismas habían impuesto al resto de los países como núcleo central de la unión comunitaria. De todos modos, en la Conferencia de Múnich del año 2007, Vladímir Putin alejó cualquier atisbo de acercamiento con Washington y dejó meridianamente claro que no solo rechazaba que Rusia pudiera establecer algún tipo de relación con la OTAN, sino que no admitiría que continuara el proceso de expansión aproximándose a las fronteras de su país y amenazando su seguridad: «Creo que es obvio que la expansión de la OTAN no tiene ninguna relación con la modernización de la propia Alianza ni con garantizar la seguridad en Europa. Por el contrario, representa una grave provocación que reduce el nivel de confianza mutua. Y tenemos derecho a preguntar: ¿contra quién va dirigida esta expansión?».[44]

La profecía de Kennan comenzaba a cumplirse, así como la expresada por otros miembros destacados del *establishment* atlantista, como el propio Henry Kissinger, que pasó de defender la

ampliación de la Alianza en el Este de Europa a cuestionarla cuando se puso sobre la mesa la entrada del Gobierno de Kiev en el club. «Para que Ucrania sobreviva y prospere, no debe ser el puesto de avanzada de ninguna de las partes contra la otra, sino que debe funcionar como un puente entre ellas. Occidente debe comprender que, para Rusia, Ucrania no puede ser nunca un simple país extranjero».[45]

Y aquí es donde comenzó el verdadero enfrentamiento entre Putin y los *straussianos*, los también apodados *neocons*, que defendieron la inclusión de Ucrania en la OTAN incluso antes de que ello constituyera la política oficial estadounidense con George W. Bush junior en 2008. Como apunta el profesor Sachs, «para ellos, la pertenencia de Ucrania a la OTAN era clave para el dominio regional y global de Estados Unidos».[46] En abril de 2006, Robert Kagan explicaba así los argumentos atlantistas: «Rusia y China no ven nada natural en las revoluciones de colores [de la antigua Unión Soviética], solo golpes de Estado respaldados por Occidente y diseñados para ampliar su influencia en regiones estratégicas. ¿Están tan equivocados? ¿No podría ser la satisfactoria liberalización de Ucrania, instada y respaldada por las democracias occidentales, sino el preludio de la incorporación de dicha nación a la OTAN y la Unión Europea o, dicho de otro modo, la expansión de la hegemonía liberal occidental?».[47]

Robert Kagan pertenece a la globalista Brookings Institution, es miembro del Consejo de Relaciones Exteriores y colaborador del Foro Económico Mundial. Trabajó como asesor de Bush junior y del senador McCain y estaba afiliado al Partido Republicano hasta que se cambió de bando pasando a apoyar a Hillary Clinton. Cuando realizó esta consideración pública sobre la expansión de la OTAN, en un artículo periodístico, su mujer era la embajadora de Estados Unidos ante la ONU, Victoria Nuland, que pasó a ser secretaria de Estado adjunta de Asuntos Europeos y Euroasiáticos entre 2013 y 2017 con Barack Obama. Participó de forma activa en el derrocamiento del presidente *prorruso* de Ucrania, Víktor Yanukóvich, y después ejerció como subsecretaria de Estado de la Administración Biden, repitiendo

la jugada y convirtiendo en agresora a Rusia en una operación conjunta con los *think tanks* atlantistas. Llegamos en nuestro viaje al momento de afrontar la cuestión ucraniana que ha aparecido en capítulos anteriores de forma tangencial y sobre la que debemos detenernos para comprender la deriva europea del último lustro.

«Las revoluciones de colores»

El gran obstáculo que se encontraron los estrategas occidentales para trazar su programa de control en las repúblicas exsoviéticas fue la existencia de gobernantes que, apoyados por sus pueblos, se oponían a entrar en la OTAN si ello implicaba una confrontación con Rusia; no exclusivamente por miedo a una guerra, sino debido a los lazos culturales y económicos que los unían con el antiguo Imperio soviético. La solución vino de la mano de la utilización de agencias gubernamentales y organizaciones del denominado Tercer Sector (ONG), que colaboraron con las agencias de inteligencia anglosajonas para promover movimientos populares de oposición a los líderes prorrusos.

Para ello se utilizaron las tesis de Gene Sharp,[48] al que se considera un filósofo y politólogo experto en revoluciones no violentas a pesar de que sus pupilos han promovido golpes de Estado sangrientos. Bajo el paraguas de la Albert Einstein Institution, la USAID, el Departamento de Estado y la NED, organizaciones no gubernamentales, entre las cuales destacó la citada Open Society Foundation de Soros, dieron la cobertura para los denominados «golpes blandos», siguiendo la tesis de Sharp de que es imposible implantar un nuevo régimen sin un mínimo de apoyo de la población. Por consiguiente, según esta visión conceptual, es posible derrocar un régimen generando simplemente la impresión de que ha perdido su legitimidad popular.

Partiendo de ese principio, se establecieron estrategias para manipular multitudes, organizar manifestaciones y hacer creer a la opinión pública occidental que existía una verdadera revolución en un determinado país, mientras equipos especializados en la guerra híbrida, la propaganda y las acciones encubiertas facilitaban la toma

del poder a un candidato seleccionado para plegar los intereses de su país natal al de la Alianza Atlántica. Desde la caída de Nicolae Ceauşescu, en 1989, se aplicó ese escenario en numerosos países, a menudo con éxito. No se trataba de revoluciones auténticas que aspiraban a transformar las sociedades de países acostumbrados a vivir bajo las botas de Gobiernos controlados de forma directa o indirecta por el Kremlin, sino de cambiar a los equipos dirigentes e imponer recetas económicas y políticas que permitieran su expolio, al mismo tiempo que se convertía a estos territorios en nuevos arietes contra Rusia. La falta de sustrato democrático de estos «golpes blandos» ha provocado que en numerosas ocasiones algunos de los países afectados se transformen en Estados fallidos que sirven de centros neurálgicos para las redes criminales internacionales, además de convertirse en lavadoras de dinero negro de los servicios de inteligencia extranjeros, como sucedió en el caso de Ucrania.

De la mano de esta estrategia vinieron las denominadas «revoluciones de colores», todas ellas con lemas diseñados en los laboratorios de los ingenieros sociales atlantistas, poniendo el foco en tres territorios clave: Serbia (2000), Georgia (2003) y Ucrania (2004). El *modus operandi* fue muy similar en todas ellas: se aprovechó la esperanza de una parte de la población que aspiraba a emular el modo de vida occidental, dando cuerda a la cometa desde los terminales mediáticos, mostrando lo bien que se vive en el sistema capitalista y exagerando la capacidad de decisión que tienen los ciudadanos en los modelos democráticos. Para ello se dotó de capacidad financiera y logística a los movimientos que rechazaban permanecer en la órbita rusa (mientras desde Moscú se intentó contrarrestar esta influencia con sus propias herramientas),[49] diseñando lemas, fabricando pancartas y otros instrumentos que fueron empleados en protestas que comenzaron siendo pacíficas pero que terminaron en batallas campales contra las fuerzas gubernamentales. Acciones violentas instigadas por grupos de choque entrenados, encapuchados y muy violentos, que protagonizaron espectaculares refriegas ampliamente cubiertas y

difundidas por los medios de comunicación con titulares que ensalzaron a los manifestantes por resistir a la represión en nombre de la democracia.

Esta sería la forma escogida para realizar la ampliación de la OTAN al Este de Europa: a los gobernantes que desearan entrar se les abriría la puerta, se les daría financiación y, además, se les prometería la incorporación a la UE, en una especie de *pack* indivisible como los de los productos de los supermercados. Y al que se negara se le montaría una «revolución de color» en su territorio, estrategia que años después se repetiría, con matices, en los países de las «primaveras árabes» y que, de varias formas, se sigue aplicando en nuestros días en el seno del Viejo Continente siempre que ganan elecciones candidatos que cuestionan la relación de sus países con el amo atlantista.

En el caso de Ucrania, se suele pasar por alto la existencia de un documento muy importante: el Memorándum de Budapest, firmado por Rusia, Ucrania, Estados Unidos y Reino Unido en el año 1994. Su objetivo era establecer garantías de seguridad para Kiev que evitaran un conflicto entre las grandes potencias, prometiendo todos los firmantes que respetarían la soberanía y las fronteras de Ucrania a cambio de que su Gobierno entregara su arsenal nuclear, que en ese momento era el tercero más grande del mundo, heredado tras la disolución de la Unión Soviética. Este acuerdo político —que parte de la población rusa rechazó, y por el que se criticó a Putin por firmarlo al considerar que se abandonaba a un país considerado como propio — ha tratado de ser ninguneado por aquellos que rechazan admitir que la guerra de Ucrania de 2022 comenzó mucho antes de lo que nos han contado. En concreto cuando, precisamente, una «revolución de color» —en este caso «naranja»— se desató en el país después de unas elecciones en las que el candidato más cercano a Moscú, Víktor Yanukóvich, venció al partidario de Occidente, Víktor Yúshchenko. Las denuncias de fraude en los comicios prendieron la llama en los troncos de madera seca que habían sido apilados previamente por los grupos anteriormente citados, preparando una hoguera que rápidamente ardería en la sociedad ucraniana.

Ingeniería social en Ucrania

Los escándalos de corrupción, la falta de transparencia de la Administración, la ausencia de democracia y el hartazgo de una parte de la población que quería salir de la influencia rusa fueron los ingredientes que lanzaron a las calles a millones de ciudadanos vestidos con ropa naranja, simbolizando el color de la campaña de Yúshchenko. Fue la primera vez que la plaza del Maidán, en Kiev, recibiría a ucranianos en campamentos aparentemente improvisados, en los que compartían lemas y consignas las ONG, estudiantes, políticos opositores a Yanukóvich, observadores internacionales, todos respaldados por la USAID, la NED y el Departamento del Estado (y guiados por la CIA y el MI6). La Unión Europea se limitaba a obedecer, aunque los líderes de los principales países expusieran públicamente una capacidad de maniobra de la que carecían, pero de la que se beneficiaban, sobre todo Alemania.[50] Como resultado de este movimiento social, tutelado desde el extranjero, se repitieron las elecciones en su segunda vuelta, que dieron como ganador al candidato atlantista, el cual asumió la presidencia en enero de 2005. El país fue desconectándose de Rusia, a pesar de que su economía dependía de su vecino del Este, y se anunciaron reformas para la modernización, hacer avanzar la democracia y acabar con la corrupción.

A pesar de todos estos medios políticos y materiales el plan fracasó porque, como hemos apuntado anteriormente, el proceso careció de un caldo de cultivo genuino y había sido aprovechado por arribistas de la política y el mundo de la empresa que vieron en el acercamiento a la OTAN una forma de llenar sus cuentas bancarias. Muchos ucranianos recordaron entonces lo que acababa de suceder en la vecina Rusia con Yeltsin, en la que el hundimiento de la economía centralizada y la avalancha de la facción más audaz y venal de la *nomenklatura* sobre los bienes públicos en curso de «privatización» durante la época de Yeltsin provocaron una explosión de la desigualdad y una concentración extrema de la riqueza y las rentas. Una vez estabilizada, esta concentración se fue ampliando hacia abajo, favoreciendo la aparición de una clase media alta cuyos

privilegios económicos no tenían nada que envidiar a los de sus homólogos occidentales. El pueblo perdía, como siempre.

Como expone el profesor Rubén Ruiz, investigador que ha realizado un pormenorizado estudio de la reciente historia ucraniana,[51] «al repetirse las elecciones y alcanzar el poder Yúshchenko, el objetivo de distanciarse de Rusia pasó a convertirse en la máxima prioridad de la política exterior. Para el nuevo Gobierno, los sucesos de la revolución naranja demostraban que Ucrania era la principal línea de contención frente a las ambiciones rusas de Europa Oriental, argumento con el que reclamaron su rápida integración en la UE y en la OTAN que les protegiera de su poderosa vecina. El avance de estas organizaciones se presentó sin matices a los ciudadanos —con una potente campaña en los medios de comunicación— como garantía de un futuro de paz y prosperidad, que acabaría con problemas sistémicos como la corrupción. Pero este relato idealizado creaba una línea divisoria en la sociedad y presentaba a las regiones del este y del sur —que deseaban seguir manteniendo sus tradicionales vínculos con Rusia— como lastres para el desarrollo del país, ancladas en una mentalidad soviética; o como simples *quintas columnas*, en el peor de los casos. Una receta idónea para sembrar entre esa población el sentimiento de verse discriminados por Kiev».

El aparato diplomático estadounidense era muy consciente de que esta política internacional del nuevo Gobierno de Yúshchenko, alimentada desde el exterior, sería considerada por el Kremlin como un ataque directo y el preludio de una intervención militar, que tarde o temprano llegaría como consecuencia ineludible. Así lo demuestra un cable firmado por William J. Burns, por aquel entonces embajador norteamericano en Ucrania (y que sería designado director de la CIA por la Administración Biden años después), en el que advertía que plantear la incorporación del país del Este europeo a la Alianza Atlántica sería considerado una amenaza existencial por Moscú y sentaría las bases para un escenario bélico.

El documento confidencial fue publicado por WikiLeaks,[52] y en él, Burns indicaba lo siguiente: «La ampliación de la OTAN, en particular a Ucrania, sigue siendo una cuestión emocional y neurálgica para

Rusia, pero también hay consideraciones estratégicas que subyacen a la fuerte oposición a la adhesión de Ucrania y Georgia a la OTAN. En Ucrania, entre ellas figura el temor de que la cuestión pueda dividir el país en dos, lo que daría lugar a violencia o incluso, según algunos, a una guerra civil, lo que obligaría a Rusia a decidir si interviene. Además, el Gobierno de Rusia y los expertos siguen afirmando que la adhesión de Ucrania a la OTAN tendría un impacto importante en la industria de defensa de Rusia, en los vínculos familiares entre rusos y ucranianos y en las relaciones bilaterales en general». La advertencia, que hoy podemos considerar premonitoria, no modificó el guion de la Casa Blanca, que en la Cumbre de la Alianza celebrada aquel año 2008 en Bucarest lideró a los gobernantes occidentales que pidieron públicamente que el Gobierno de Kiev se sumara al club atlantista. ¿Estaba buscando Washington una futura guerra con Rusia en suelo europeo? ¿Por qué los dirigentes de los países comunitarios no se replantearon su postura ante la posibilidad, muy creíble, de un enfrentamiento militar?

Una vez que quedaron patentes las falsas promesas de reformas y regeneración democrática, la coalición gubernamental se rompió y el desencanto social volvió a resurgir, sobre todo en las zonas más orientales del país, que eran el motor económico de Ucrania y quienes más habían perdido con la gestión gubernamental del candidato europeísta de la OTAN. Algunos autores han definido este desencanto popular como «la fatiga naranja»,[53] una especie de resaca tras la borrachera revolucionaria en la que se comprobó que no era oro todo lo que relucía en la nueva Administración ucraniana. En la sociedad del país creció la sensación de que estas nuevas élites habían gobernado nuevamente en su propio beneficio y en el de los oligarcas que les habían apoyado. Pero, en lugar de estallar otra revuelta «popular», se produjo un cambio tranquilo y fueron las urnas en 2010 quienes pusieron a Yanukóvich de nuevo en la presidencia, esta vez en unas elecciones certificadas como limpias por los observadores internacionales.

El experimento de ingeniería social de los pupilos de Gene Sharp había sido un absoluto desastre y el resultado electoral complicaba

los planes de Washington, donde la Administración Obama hacía dos años que había aterrizado, con Biden como vicepresidente. En aquel momento, la crisis financiera internacional, disparada por la crisis de la banca norteamericana, hacía temer la desaparición de la eurozona, con la reaparición de la vieja frontera norte y sur, a lo que se sumaba la nueva brecha entre este y oeste. La pesadilla más frecuente entre los miembros del Consejo de Relaciones Exteriores era que el Viejo Continente pudiera salir de la hecatombe económica y estrechar lazos comerciales con China y energéticos con Rusia.

Sin embargo, el nuevo presidente ucraniano no realizó un giro de 180 grados en su política internacional. Consciente de que el acercamiento a la UE era bien visto por la población, siempre que ello no supusiera una ruptura total con su vecino oriental, aceptó la iniciativa de las autoridades de Bruselas para acordar un nuevo documento de asociación y cooperación, que actualizara el vigente desde 1998 firmado con el espíritu de la Cumbre de Bucarest y basado en el pacto entre anglosajones y rusos.

La idea era continuar con una agenda reformadora en materia política y económica a cambio de ayuda financiera y asistencia técnica. Pese a ello, el Gobierno de Yanukóvich dejó muy claro que este acercamiento a Europa Oriental no iría de la mano de una relación más estrecha con la Alianza Atlántica. Ucrania retiró la solicitud de ingreso siguiendo también el mandato popular, ya que la gran mayoría de los habitantes del país se oponían a entrar en la OTAN, especialmente en las regiones del este y del sur. Y, al mismo tiempo, el presidente quiso demostrar su política de no alineamiento militar no integrando a su país tampoco en la Organización del Tratado de Seguridad Colectiva (OTSC), creada por Rusia sobre las cenizas del Pacto de Varsovia ante la negativa de Londres y Washington a disolver la OTAN tras la desintegración soviética.

El borrador del texto final del acuerdo entre Kiev y Bruselas estableció convenios en materia económica y una especie de hoja de ruta para la progresiva adaptación de la legislación ucraniana a los estándares europeos, pero no fijó ninguna promesa o calendario para la adhesión del país al club comunitario. Entonces se puso en marcha una segunda fase de conversaciones para fijar una «agenda

de asociación», centrada en particular en garantizar la separación de poderes, el Estado de derecho y la lucha contra la corrupción, verdadero talón de Aquiles del país. Además, estableció la posibilidad de que Ucrania pudiera participar en actividades de la política común de seguridad y defensa europeas, avanzando hacia la interoperabilidad entre las fuerzas armadas del país y las de los miembros de la UE, pero sin estar dentro de la OTAN.

El golpe del Maidán

Todo estaba preparado para que esta iniciativa diplomática llegara a buen puerto en la Cumbre de la Asociación Oriental europea que iba a celebrarse en la capital lituana en el año 2013, pero, según se acercaba la fecha, varios miembros del Gobierno ucraniano comenzaron a dudar del contenido del documento, ya que suprimir las barreras comerciales con la UE perjudicaría a varios sectores productivos que sufrirían la avalancha de productos sin la posibilidad de competir a corto plazo, lo cual provocaría quiebras empresariales y despidos masivos. Además, Bruselas ligó la firma del acuerdo a que Kiev realizara una serie de duras reformas diseñadas por el FMI como contrapartida a los créditos que se otorgarían al país para superar el golpe financiero derivado de esta política liberalizadora. El cambio de deuda por cesión de la soberanía nacional era una cuestión central que preocupaba no solo a Yanukóvich, sino a una Rusia que sabía que esto, tarde o temprano, afectaría a sus propios intereses: en el plano económico imposibilitando que Ucrania entrara en la unión aduanera capitaneada por el Kremlin, en la que estaban Bielorrusia y Kazajistán; y en el terreno político porque una cesión de competencias —acompañada por un aumento de la deuda externa— podría ser utilizada en el futuro como una herramienta de chantaje para empujar a Ucrania dentro de la OTAN.

Finalmente, las presiones internas y externas provocaron que Yanukóvich anunciara que no firmaría el acuerdo de asociación con la UE, lo cual motivó una cascada de reacciones internacionales, en las que se acusó al líder ucraniano de ser una marioneta del Kremlin. Las autoridades europeas conocían la realidad de las negociaciones y

sabían que Kiev deseaba seguir adelante con ellas, aunque se negara a refrendar el pacto en esas condiciones y reclamara un aplazamiento para poder meditarlo y convencer a Rusia de que no era una amenaza para la relación de vecindad. El presidente de Ucrania no era consciente del riesgo de jugar con dos barajas, sobre todo porque Washington y Moscú estaban en una partida de mayor calado, una competición de suma cero en la que cualquier avance de una de las partes tendría que realizarse a costa de la otra. El terreno estaba abonado para una nueva crisis y en esta ocasión los *straussianos* pondrían toda la carne en el asador, literalmente.

Las manifestaciones y disturbios comenzaron la noche del 21 de noviembre de aquel mismo año, y fijaron como teatro de operaciones, de nuevo, la plaza del Maidán. Mediante el uso de las redes sociales y de la infraestructura que se había creado años antes durante la revolución naranja, se llegaron a concentrar más de 50.000 personas. Los lemas a favor de una mayor integración europea se tornaron en proclamas contra el Gobierno, poniendo en duda la legitimidad del mismo, a pesar de que las elecciones se habían celebrado sin irregularidades. De forma progresiva la protesta pacífica fue mutando en un hervidero de grupos paramilitares y organizaciones de extrema derecha alentadas por Occidente que ocuparon edificios y se enfrentaron con la policía empleando armamento urbano. Las tiendas de campaña fueron sustituidas por barricadas en llamas, en un episodio de subversión alabado por los medios de comunicación internacionales, apoyado abiertamente por los líderes de la UE y, sobre todo, de Estados Unidos, poniendo a dos figuras que ya han aparecido en esta obra en el primer plano: Victoria Nuland y Jon McCain.

Nuland era, en aquellos momentos, responsable de asuntos europeos y euroasiáticos del Departamento de Estado y se hacía fotografías en la plaza del Maidán con el senador republicano mientras repartía comida a los manifestantes, flanqueados a su vez por el embajador de Estados Unidos en el país, Geoffrey Pyatt. Las imágenes dieron la vuelta al mundo que destacaban cómo el pueblo ucraniano «luchaba por la libertad» para «liberarse del yugo ruso», ocultando que Yanukóvich quería seguir adelante con las

negociaciones para estrechar su relación con la UE. Algo que muchos propagandistas actuales siguen sin querer conocer. El ministro de Exteriores alemán, Guido Westerwelle, no hacía tanta ostentación como sus colegas norteamericanos, pero también trabajaba entre bambalinas para que el golpe triunfara. Ya no se trataba de cerrar el acuerdo de asociación, sino de colocar en el palacio presidencial a un candidato proatlantista. La idea era utilizar a la ONU para consumar el golpe, de forma que fuera aceptado por la comunidad internacional. En este contexto es en el que se produce la famosa conversación entre Nuland y Pyatt en la que la agente *straussiana* le dice al embajador: «Sería muy bueno, creo, el ayudar a consolidar esto y lograr que la ONU nos ayude a unirlo y ya sabes... que se joda la UE», a lo que el diplomático responde: «Exactamente».[54] En esta conversación, ambos altos cargos de la Administración Obama repasaron una lista de posibles aspirantes a gobernar Ucrania una vez que se quitara a Yanukóvich de en medio, lo cual vuelve a confirmar que la injerencia rusa no era la única que sufría Kiev; de hecho, era la norteamericana la más potente en aquellos tiempos.

Pero Putin no se quedó de brazos cruzados. A mediados de diciembre acordó con el Ejecutivo ucraniano la compra del equivalente a 15.000 millones de dólares en eurobonos ucranianos (justo la cantidad que ofrecía el FMI, pero sin la exigencia de austeridad y privatización), así como la rebaja de la factura del gas que llegaba a los hogares y empresas del país procedente de los yacimientos rusos. Este pacto terminó de enervar a los diputados de la oposición, que estaban envalentonados por el apoyo de las potencias occidentales y decidieron bloquear la votación del acuerdo en el Parlamento (otra actuación antidemocrática que suele pasarse por alto en los análisis posteriores que se han realizado de este episodio central de la reciente historia europea).

A medida que se enquistaba la situación, el Gobierno de Kiev veía cómo el país se encaminaba a la bancarrota junto con una crisis social e institucional sin precedentes. Los manifestantes celebraron la Nochevieja y el Año Nuevo con una marcha de antorchas

conmemorando el cumpleaños de Stepán Bandera, colaborador nazi[55] ucraniano reconvertido en mito por los líderes nacionalistas que dirigían las operaciones de subversión sobre el terreno, conscientes de que era una gran oportunidad para tomar el poder y entrar en el futuro Gobierno, como finalmente consiguieron después de la masacre perpetrada por un grupo de francotiradores.

La versión oficial mantuvo durante mucho tiempo que después de que dos días antes murieran treinta personas en los enfrentamientos entre fuerzas de seguridad y manifestantes, la policía apareció el día de autos, por primera vez desde el comienzo de las movilizaciones, armada con fusiles Kaláshnikov. Tras una noche relativamente tranquila, en la que se respetó la tregua pactada, a las ocho de la mañana del jueves 20 de febrero, empezaron a escucharse disparos en la calle Institúskaya, que desemboca en el Maidán por el lado sureste de la explanada, desde la elevación coronada por el hotel Ucrania. Horas más tarde aparecieron vídeos en internet con imágenes de unos francotiradores apostados en las terrazas de varios edificios en la zona del atentado.

Al día siguiente, en YouTube se publicaron grabaciones de comunicaciones mantenidas supuestamente entre los asaltantes mediante radiotransmisores en el momento de la matanza. Parecían profesionales con formación militar que hablaban ruso, aunque algunos con acento ucraniano. A juzgar por el contenido de la grabación, la misión de los francotiradores consistía en «cubrir» a los efectivos policiales y «neutralizar» a cualquier «individuo con armas de fuego», pese a que la mayoría de los abatidos no portaba ninguna. Ante las primeras muertes, los congregados en la plaza arremetieron con bates y cócteles molotov contra los agentes de los destacamentos antidisturbios. Era el final de Yanukóvich, que huyó del país acusado de haber dado luz verde a esta sangrienta operación. A los pocos días se celebraron elecciones y el nuevo ejecutivo aceptó el dinero del FMI y las condiciones impuestas desde Washington, Londres y Bruselas.

Muchos investigadores y analistas independientes han expuesto a lo largo de los años multitud de pruebas abrumadoras que ponen en

duda esta versión de los hechos en aquella fatídica jornada, aunque el más destacado, sin duda, ha sido el politólogo ucraniano Iván Katchanovski, oriundo de Lutsk, al oeste del país, profesor e investigador de la Universidad de Ottawa (Canadá) tras pasar por las Universidades de Harvard, Toronto o Nueva York. Su trabajo de investigación sobre aquellos días de 2014, publicado en una revista revisada por pares y de acceso abierto,[56] se titula «La masacre de los francotiradores en el Maidán en Ucrania» donde resume las conclusiones de sus diversos estudios elaborados con la información de vídeos sincronizados, testimonios de varios centenares de testigos, las confesiones de catorce personas que se reconocen a sí mismas como ejecutores y las localizaciones de los agujeros de bala, que muestran que tanto la policía como los manifestantes fueron masacrados por francotiradores situados en edificios y zonas controladas por el propio movimiento del Maidán.

«El análisis del contenido de los vídeos sincronizados reveló que la hora y la dirección concretas de los disparos de la *Berkut* (la fuerza policial antidisturbios), acusada de la masacre, no coinciden con los que asesinaron a manifestantes concretos. Los testimonios de la totalidad de los manifestantes heridos y de un centenar de testigos, y los exámenes forenses realizados por expertos en balística y medicina para el juicio e investigación de la masacre lo corroboran», afirma Katchanovski, que considera fuera de toda duda que se trató de un «ataque de falsa bandera racionalmente organizado y llevado a cabo con la participación de elementos oligárquicos y de extrema derecha para derrocar al Gobierno de Ucrania».[57]

Este investigador ha sido vilipendiado desde los terminales mediáticos y el aparato institucional atlantista, pero su trabajo ha sido respaldado recientemente por el tribunal del distrito de Sviatoshyn,[58] en Kiev, y sigue las conclusiones de la investigación de la Fiscalía General ucraniana, lo cual constituye una admisión oficial de que aquel fatídico día, al menos diez de los activistas del Maidán asesinados y más de la mitad de los casi dos centenares de heridos no fueron abatidos por las fuerzas del orden, sino por tiradores de élite que operaban en lugares controlados por las fuerzas opositoras.

¿Cuál era la nacionalidad de esos operativos? ¿Se trataba de mercenarios a sueldo o de miembros de los equipos especiales de algún ejército o servicio de inteligencia interesado en el cambio de régimen?

Muchos desconocen, por motivos evidentes, que, antes de este sangriento episodio, el presidente Yanukóvich se planteaba la convocatoria de elecciones para salir de una situación de bloqueo que todos sabían que terminaría en tragedia, no solo en Kiev, sino en las regiones del este del país que también estaban respondiendo con violencia a los intentos de la oposición para derrocar al Gobierno. Putin temía que se produjera una guerra civil que pusiera en riesgo el control de la frontera occidental rusa y convenció a Yanukóvich para que, tras la masacre del Maidán, llegara a un acuerdo con sus opositores, compartiera primero el gobierno con ellos en un Ejecutivo provisional y permitiera que los ciudadanos decidieran su futuro en las urnas. Pero la matanza dio al traste con estas opciones. Es muy probable que, de no haberse producido la mediación del Kremlin, el presidente ucraniano hubiera declarado el estado de excepción movilizando a las fuerzas armadas y motivando un enfrentamiento civil que, poco tiempo después, sería inevitable.

Crimea, el Dombás y la guerra civil

El pacto fue violado antes de ponerse en marcha tras el derrocamiento de Yanukóvich con un Gobierno provisional en el que varios ministros, incluido el de Defensa, procedían de organizaciones ultranacionalistas y xenófobas que confiaban en iniciar una limpieza étnica en las zonas rusófonas (las ubicadas en el este ucraniano). Moscú reaccionó asegurando que el territorio de Crimea no caería en manos del nuevo Ejecutivo, por lo que desplegó tropas respaldado por la población al presentarse como única protectora de los rusos étnicos residentes en esa región, ante las esperadas decisiones de Kiev para limitar sus derechos culturales, políticos y económicos. Bajo la protección de las fuerzas rusas se celebró un referéndum —calificado de ilegal por los países de la esfera atlántica— que por amplia mayoría respaldó la anexión por parte de la Federación de

Rusia de las dos entidades que forman la península: la república de Crimea y la ciudad autónoma de Sebastopol.

Este movimiento de Putin sirvió a los estrategas de la OTAN para justificar la existencia de la organización en este nuevo orden internacional posterior a la Guerra Fría, argumentando que esta anexión violaba el principio de integridad territorial que el Kremlin había defendido para Kosovo o Chechenia, otro punto caliente de la política exterior rusa. Para la cúpula de la Alianza el nuevo conflicto por la soberanía de Crimea fue percibido como una gran oportunidad, porque permitía proyectar la idea de que el Gobierno de Putin estaba expandiendo su esfera de influencia, retomando la identidad colectiva de la Alianza Atlántica como némesis del imperialismo del antiguo país soviético. Para lubricar el relato, el entonces secretario de Estado norteamericano, John Kerry (futuro zar climático de la Administración de Estados Unidos), se presentó en Kiev y anunció la entrega de 1.000 millones de dólares. El Tío Sam siempre tiene preparado el maletín.

Ese mismo año, en 2014, las repúblicas del Dombás (regiones de Donetsk y Lugansk, situadas al este del país en frontera con Rusia) que gozaban de un estatus de cierta autonomía, comenzaron a sufrir la presión del Gobierno de Kiev, que no quería que estas zonas con grandes recursos minerales pudieran en un futuro seguir el mismo camino de Crimea. Los nacionalistas de extrema derecha vieron entonces la oportunidad de borrar de la faz de estos territorios cualquier reminiscencia rusa al emular tácticas y mensajes extraídos de la ideología nacionalsocialista alemana, que recordaban a su padre político Stepán Bandera. En el año 2014 un ucraniano llamado Andriy Biletsky, fundador del Batallón Azov y de varios movimientos políticos que defendían esta limpieza étnica —diputado del Parlamento de Ucrania desde la revolución del Maidán hasta el año 2019—, declaró: «La misión histórica de nuestra nación en este momento crítico es dirigir a las razas blancas del mundo en una cruzada final por su supervivencia (...). Una cruzada contra los subhumanos dirigidos por los semitas».[59] Sin comentarios.

A menudo olvidamos que Rusia siempre ha conservado un sentimiento de responsabilidad hacia los pueblos que, de la noche a la mañana, se vieron reducidos al rango de minoría en los nuevos países resultantes del desmantelamiento de la Unión Soviética. Estos Estados han establecido mecanismos culturales para conceder la ciudadanía a sus habitantes, pero los derechos de las minorías están muy lejos de lo que cabría esperar. «Los ultranacionalistas quieren una Ucrania dominada por los ucranianos, es decir, las poblaciones del noroeste de Ucrania, entre Lvov y Kiev. No pretenden necesariamente expulsar a las demás comunidades, sino limitar sus derechos constitucionales. Los neonazis luchan por la supremacía del Occidente blanco y cristiano. Odian a los rusos y a sus amigos, especialmente a los serbios. Admiran al Tercer Reich y su simbolismo, pero no tienen una lectura intelectual de su doctrina y sus implicaciones. Les mueve más el odio a los demás y anhelan una Ucrania étnicamente pura. Lo que, por otra parte, podría dar lugar a una Ucrania geográficamente reducida», señala Jacques Baud, exmiembro de la inteligencia suiza, especialista en los países de Europa del Este y responsable de la doctrina de operaciones de paz de las Naciones Unidas en la región.[60] Además, el nacionalismo ucraniano no solo actuó contra los rusoparlantes, sino que también ejerció presión sobre las minorías rumana y magiar, lo que provocó tensiones con Budapest. Esto fue lo que (entre otros factores) explicó el acercamiento de Víktor Orbán a Rusia y le convirtió en un elemento discordante tanto en el seno de la UE como de la OTAN.

Hay que ser muy claro respecto a la situación de los territorios del Dombás, desde aquel momento, en un estado de guerra civil permanente que no cesó ni siquiera tras los famosos Acuerdos de Minsk. La capital bielorrusa fue protagonista hasta en dos ocasiones de estos pactos internacionales que cayeron en saco roto porque, según han confesado los líderes europeos en fechas recientes, los firmantes comunitarios (Francia y Alemania) nunca tuvieron la intención real de que se lograra un alto el fuego permanente, sino que se trató simplemente de una estratagema para ganar tiempo mientras se armaba a Ucrania usando para ello las cañerías de la

OTAN, aunque el país no perteneciera a la Alianza. La excanciller Angela Merkel concedió varias entrevistas en el año 2022 en las que confesó este objetivo y justificó este engaño geopolítico en la necesidad de proteger a Kiev de las fuerzas de Moscú. La dirigente germana rubricó los Acuerdos de Minsk con voluntad clara de incumplirlos, al mismo tiempo que tejía la alianza energética con Rusia a la que nos hemos referido en capítulos anteriores, aunque el acercamiento comenzó antes, durante la Administración del partido socialdemócrata de Gerhard Schröder. En cuanto a Francia, el presidente François Hollande, otro de los protagonistas de las negociaciones de Minsk, respaldó la confesión de Merkel al indicar que, en aquel momento, Occidente necesitaba un respiro con el que lograr una paz temporal y tramposa en el este ucraniano.

No debería de extrañar, por lo tanto, que el alto el fuego fuera una quimera. Los sucesivos Gobiernos ucranianos, fundamentalmente durante la etapa de Zelenski, enviaron tropas regulares al Dombás en una guerra intestina en la que soldados profesionales se enfrentaron con milicias populares, que según la cúpula de la OTAN estaban respaldadas por Rusia, aunque Putin se negaba a mandar tropas, convencido de que ello produciría un conflicto abierto con su némesis atlántica. Los Gobiernos de las autoproclamadas repúblicas pidieron a Moscú en numerosas ocasiones que interviniera de forma directa ante las matanzas de civiles, documentadas por Naciones Unidas y por informes de las autoridades europeas, así como del Departamento de Estado,[61] documentos que se metieron en cajones cuando finalmente en el año 2022 el ejército ruso cruzó la frontera.

Es muy sintomático ver cómo los memorándums sobre la corrupción ucraniana, la ausencia de democracia efectiva y los atentados contra la población civil pasaron a no existir en la narrativa oficial, al mismo tiempo que se elevaba al presidente Zelenski a los altares, calificándolo de un estadista noble y limpio que se enfrentaba a la maquinaria totalitaria de una renacida Unión Soviética. Un relato sencillo y falaz que todavía muchos europeos creen a pies juntillas, a pesar de que, como apunta el exembajador español José Zorrilla, «Putin no estaba interesado en una anexión

del Dombás, a la que se vio forzado una vez que entró en la guerra».[62] Es evidente que otros autores no comparten este enfoque, pero no se puede negar que el Kremlin esperó muchos años para entrar en un conflicto de carácter civil que experimentó una notable escalada en los meses previos a la intervención rusa. La propia Victoria Nuland, cuando testificó en el Congreso de Estados Unidos en el año 2016, aportó muchos detalles sobre el apoyo que recibía Kiev desde Washington, que incluía la presencia de asesores en doce ministerios ucranianos, policías entrenados por las fuerzas norteamericanas en una veintena de ciudades y el Departamento del Tesoro que manejaba el sistema financiero del país, en el que los oligarcas cercanos al régimen gubernamental se hacían de oro mientras se expulsaba a cualquiera que tuviera relaciones con los rusos, cerrando bancos a golpe de pistola si era necesario.

Crear enemigos para justificar la existencia

Como consecuencia de la crisis del Maidán y de la guerra civil ucraniana, disfrazada de revuelta separatista respaldada por el Kremlin, el Pentágono reforzó la presencia militar de tropas norteamericanas —soldados y agentes de inteligencia— en Europa Oriental. «La OTAN asumió un papel singularmente activo en la formulación de la nueva estrategia política y mediática frente a Rusia —explica el profesor Rubén Ruiz—, desde sus estructuras centrales en Bruselas a las puramente militares, como su cuartel general para Europa (SHAPE)».[63] En este marco se enviaron efectivos a Polonia, Estonia, Letonia, Lituania y a la propia Ucrania, lo que incrementó asimismo la presencia de buques militares en el Báltico, que desde el fin de las revueltas del Maidán y el cambio institucional en Crimea realizaron maniobras regulares y ejercicios militares (como BALTOPS 22, relacionada con los atentados contra los gasoductos Nord Stream que mencionamos en el segundo capítulo).

Estas actividades cobrarían una mayor importancia a partir de la llegada de Biden a la presidencia de Estados Unidos, con Victoria Nuland como maestra de ceremonias y los países bálticos, junto a Dinamarca, Suecia y Noruega, que actuaban de mamporreros en las

actividades de presión contra Rusia en las trasegadas aguas del Báltico. Recordemos: el guion lo había dejado claro la Corporación Rand en 2019: había que presionar y acorralar a Rusia para desequilibrarla y forzarla a actuar,[64] para así poder defender ante la opinión pública internacional la entrada en la OTAN de Ucrania como elemento de discordia permanente que facilitara un enfrentamiento existencial que permitiera seguir adelante con la agenda globalista-atlantista.

Una profecía autocumplida que no se trató solamente de un ejercicio de simulación geopolítica de un *think tank*, sino que cobró forma en un informe elaborado por el exsubsecretario de Estado norteamericano para Asuntos Europeos y Euroasiáticos, A. Wess Mitchell, que preparó para la oficina del Pentágono en otoño de 2020 y cuyas principales ideas se publicaron meses después en *National Interest*.[65] Según este historiador y diplomático, «el mayor riesgo al que se enfrenta Estados Unidos en el siglo XXI, aparte de un ataque nuclear directo, es una guerra en dos frentes con sus rivales militares más poderosos, China y Rusia. Un conflicto de este tipo supondría un esfuerzo y un riesgo a escala nacional sin precedentes en generaciones, que enfrentaría a Estados Unidos con los recursos de casi la mitad del continente euroasiático. Pondría a prueba y probablemente superaría las capacidades actuales del ejército, lo que exigiría grandes sacrificios al pueblo estadounidense y tendría consecuencias de gran alcance para su influencia, sus alianzas y su prosperidad. Si se intensificara hasta convertirse en un enfrentamiento nuclear, podría incluso poner en peligro la propia existencia del país».

Bajo este prisma, Mitchell alerta de que la existencia de «un desajuste en los objetivos del poder militar y diplomático de Estados Unidos no es deseable ni sostenible». A su juicio, el país norteamericano debería «limitar el número de rivalidades activas que requieren una atención militar importante, mejorar la funcionalidad de sus alianzas existentes para contrarrestar las presiones de la simultaneidad o aumentar significativamente los presupuestos de defensa, o una combinación de las tres cosas». Dado que la

situación fiscal no permite incrementar el gasto público de forma notable (agujero que la Casa Blanca pretende que se cubra parcialmente con dinero europeo), solo quedan las otras dos opciones, que se resumen en una: «En lugar de intentar seducir o cortejar a Rusia para que adopte una postura conciliadora, deberíamos presentarle una combinación de obstáculos insuperables para su expansión hacia el oeste (incluido, si es necesario, infligirle una derrota mucho más grave que la que ha sufrido hasta ahora en Ucrania) y, al mismo tiempo, ofrecerle nuevas oportunidades de cooperación, inversión y crecimiento en el este de Rusia. En pocas palabras, el objetivo debería ser aliviar el problema de simultaneidad de Estados Unidos al dar a Rusia incentivos para ser menos una potencia europea y más una potencia asiática».

¿Implica esto lanzar a Rusia en brazos de China? Solo parcialmente y con un objetivo oculto: aumentar el temor de los propios dirigentes rusos a convertirse en un mero apéndice de las ambiciones de Pekín y crear incentivos para que Moscú reoriente su política exterior. Esta es la verdadera clave que explica tanto la geopolítica de la guerra de Ucrania como la ofensiva arancelaria de Trump y la reconfiguración de Oriente Medio a golpe de cañón: la ruptura de una natural alianza euroasiática que pudiera amenazar la hegemonía de Estados Unidos. Preparen las maletas, nos vamos de viaje al corazón del mundo.

---

[1] La cita corresponde a una entrevista publicada por *The New York Times* el 2 de mayo de 1998.

[2] Memorando desclasificado del Departamento de Estado norteamericano, FOIA 199504567. National Security Archive Flashpoints Collection, Box 38.

[3] «Letter from James Baker to Helmut Kohl», National Security Archive, 10 de febrero de 1990.

[4] «NATO Expansion: What Gorbachev Heard», National Security Archive, 12 de diciembre de 2017.

[5] «U.S. Embassy Bonn Confidential Cable to Secretary of State on the speech of the German Foreign Minister: Genscher Outlines His Vision of a New European Architecture», National Security Archive, 5 de septiembre de 2017.

[6] Oleg Nazarov, «Cómo Gorbachov traicionó a su país», *Sputnik*, 13 de mayo de 2015.

[7] Gorbachov descartó que se tratara de un desplante deliberado a la figura del filósofo alemán fundador del marxismo, argumentando que durante su viaje visitó la Biblioteca Memorial Karl Marx.

[8] La estrecha relación Thatcher-Reagan no es algo que se ponga en tela de juicio, dado que ambos eran líderes conservadores de países unidos por una alianza histórica. Más sorprendente es el terreno común que Thatcher encontró con el líder comunista, teóricamente su contrario ideológico, aunque Gorbachov se hizo socialdemócrata al final de su etapa en el poder, acercándose a las tesis de lo que años después se calificaría como la tercera vía, también de factura británica, de la mano de Tony Blair. Los documentos desclasificados muestran la notable influencia de Thatcher en el pensamiento de Gorbachov en lo relativo a la reforma económica, las armas convencionales en Europa y los conflictos locales, entre muchas otras cuestiones. Ver Tom Blanton; Svetlana Savranskaya, «The Thatcher-Gorbachev Conversations», National Security Archive Electronic Briefing Book, No. 422, 12 de abril de 2013.

[9] Charles Moore, *Margaret Thatcher, The Authorized Biography (vol. 2): Everything She Wants*, Penguin Books, Londres, 2019.

[10] Transcripción de la Cumbre de Malta, los días 2 y 3 de diciembre de 1989. Documento número 110 publicado por Central European University Press.

[11] Yeltsin se pronunció de forma pública y explícita sobre el abandono del legado comunista en un discurso ante el Congreso de EE.UU. el 17 de junio de 1992.

[12] Existe la creencia popular de que las reformas económicas adoptadas en Rusia en los años noventa del pasado siglo fueron de carácter liberal promoviendo el mercado libre, pero realmente se trató de acciones dirigidas a instaurar un capitalismo de Estado, de corte plutócrata.

[13] Bill Browder, *Red Notice: How I became Putin's Number 1 Enemy*, Corgi Books, Londres, 2016.

[14] «Recibí una llamada de mi amigo Marc Holtzman. Marc y yo nos habíamos conocido en Budapest cinco años antes cuando trabajaba para Maxwell. Dirigió un banco de inversión boutique que se centró en Europa del Este y Rusia y era el *networker* más capaz que había conocido. Podía lanzarse en paracaídas sobre cualquier país en desarrollo y en veinticuatro horas asegurar reuniones con el presidente, el canciller y el jefe del Banco Central. Aunque tenía más o menos mi edad, me sentía como un aficionado cada vez que encendía sus finamente afinadas habilidades políticas. "Hola, Bill —dijo Marc tan pronto como descolgué el teléfono—. Yo iré a Davos, ¿quieres venir conmigo?"». *Ibid.*

[15] *Ibid.*

[16] Juan Pablo Duch, «Yeltsin aceptó una débil promesa de no ampliar la OTAN hacia Rusia», *La Jornada*, 21 de julio de 2024.

[17] Transcripción del encuentro entre Yeltsin y Al Gore elaborada por el Departamento de Estado norteamericano. «Gore Debrief on One-on-One with Yeltsin, Notes on Vice President Gore's Meeting with President Yeltsin», Moscú, 16 de diciembre de 1994. National Security Archive Freedom of Information Act Lawsuit.

[18] «Memorandum for the President from Anthony Lake: European Security/NATO Enlargement Progress Report», National Security Archive, 17 de julio de 1995.

[19] Una de las cosas que hizo Biden nada más llegar a la Casa Blanca en 2021 fue nombrar a la viuda de McCain, Cindy, embajadora de Estados Unidos ante la Organización de Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación (FAO), un puesto al que llegó siendo presidenta de la compañía de bebidas The Hensley Beverage Company en Phoenix (Arizona), Estado del que su marido fue senador. La familia de McCain no invitó a Donald Trump al funeral y Biden fue uno de los que llevó el féretro del senador fallecido.

[20] Daniel Williams, «NATO Bombs Serbia Into Darkness», *The Washington Post*, 3 de mayo de 1999.

[21] Michael Dobbs, «NATO's Latest Target: Yugoslavia's Economy», *The Washington Post*, 25 de abril de 1999.

[22] Portada de la revista *Time* publicada el 24 de marzo de 1999 con el titular*:* «Bringing the Serbs to heel: A massive bombing attack opens the door to peace».

[23] Alfredo Grimaldos, *La CIA en España*, Ediciones Península, Barcelona, 2017.

[24] Carlos Sánchez, «Siempre está la OTAN», *Substack Brownstone España*, 11 de marzo de 2025.

[25] No fue el único, tal como apuntó el propio Clinton en un artículo dirigido a justificar su actuación en la Vieja Europa publicado en *The Atlantic*: «El prestigioso columnista Tom Friedman dijo que Rusia se sentiría humillada y acorralada por una OTAN ampliada, y que cuando se recuperara de la debilidad económica de los últimos años de gobierno comunista, veríamos una reacción terrible. Mike Mandelbaum, una respetada autoridad sobre Rusia, también pensaba que era un error, argumentando que no promovería la democracia ni el capitalismo». Bill Clinton, «I Tried to Put Russia on Another Path», *The Atlantic*, 07 de abril de 2022.

[26] George F. Kennan, «A Fateful Error», *The New York Times*, 5 de febrero de 1997.

[27] Entrevista en la CBS a Madeleine Albright realizada por la periodista Leslie Stahl en el programa *60 Minutes*, 12 de mayo de 1992.

[28] Albright presidió el National Democratic Institute (NDI), una de las cuatro principales organizaciones subsidiadas por la NED. El NDI es la rama demócrata oficialmente encargada de la promoción internacional de sistemas políticos democráticos, con proyectos de asesoramiento electoral, fortalecimiento de partidos políticos y participación ciudadana. Se trata de una de las múltiples pantallas que emplean la CIA y el Departamento de Estado para intervenir en procesos electorales de terceros países y provocar cambios de régimen.

[29] Thierry Meyssan, «Vladímir Putin en guerra con los *straussianos*», *Voltairenet.org*, 5 de marzo de 2022.

[30] Shadia B. Drury, *Leo Strauss and the American Right*, Palgrave Macmillan, Nueva York, 1998.

[31] Seymour M. Hersh, *Reporter: A Memoir*, Allen Lane, Londres, 2019.

[32] Como señalo al final de mi investigación sobre los atentados del 11 de marzo de 2004 en Madrid, «Esta es la premisa filosófica que subyace en el intento de convencer al denominado mundo libre de que Saddam Hussein disponía de armas de destrucción masiva, o de utilizar herramientas de propaganda acusando a los enemigos de crímenes de guerra —obviando el uso de las mismas que hacen sus propios soldados— o de crear comandos de operaciones especiales para actuar en los países de la Alianza Atlántica con bandera falsa, en ocasiones facilitando las condiciones adecuadas para que grupos ya configurados y con una historia previa (integrados por terroristas locales o internacionales) cometan atentados y, otras veces, utilizando la cobertura que proporcionan los simulacros para realizarlos, en cuyo caso es necesario diseñar *a posteriori* tramas de encubrimiento que alejen las miradas de los verdaderos culpables». Lorenzo Ramírez, *Las claves ocultas del 11M…*, *op. cit.*

[33] Thierry Meyssan, «Vladímir Putin en guerra…», *op. cit.*

[34] El «Team B» fue un «ejercicio de análisis competitivo» iniciado en mayo de 1976, cuando el presidente norteamericano Gerald Ford invitó a un grupo de expertos externos a revisar la inteligencia clasificada sobre la Unión Soviética, al mismo tiempo que la CIA elaboraba su propia evaluación interna. Fue aprobado por George H. W. Bush como director de la CIA y organizado bajo el ala del President's Foreign Intelligence Advisory Board (PFIAB), con personalidades como Richard Pipes, Paul Nitze, Paul Wolfowitz, y Daniel Graham entre sus miembros. El panel deliberadamente estaba integrado por

analistas con una visión más alarmista o severa respecto al nivel de amenaza soviética que, según ellos, las evaluaciones de la CIA estaban subestimando.

[35] Durante la presidencia de Clinton, los *straussianos* se vieron apartados del poder y decidieron refugiarse en varios *think tanks* de Washington. En 1992, William Kristol y Robert Kagan —el esposo de Victoria Nuland, madrina de la revolución del Maidán y de la guerra de Ucrania— publicaron en la revista *Foreign Affairs* un artículo criticaban la política exterior del presidente Clinton. Al año siguiente fundaron el «Proyecto para el Nuevo Siglo Americano» (PNAC, por sus siglas en inglés) en las oficinas del American Enterprise Institute. Thierry Meyssan, «Vladímir Putin en guerra…», *op. cit.*

[36] La idea de «conexión al sistema global» está muy ligada a la teoría de Thomas Barnett sobre el *Core vs. Gap*, que complementaba la visión de Cebrowski. Según esta teoría, las naciones del *Core* (integradas al «sistema global») representan estabilidad, mientras que las del *Gap* (desconectadas) constituyen zonas de inestabilidad que exigen intervención para integrarse. Thomas P. M. Barnett, *The Pentagon's New Map: War and Peace in the Twenty-First Century*, Putnam Pub Group, Nueva York, 2004.

[37] Patrick E. Tyler, «US Strategy Plan Calls for Insuring No Rivals Develop», *The New York Times*, 8 de marzo de 1992. El diario publica igualmente largos resúmenes en páginas interiores de esa edición.

[38] Barton Gellman, «Keeping the US First, Pentagon Would preclude a Rival Superpower», *The Washington Post*, 11 de marzo de 1992.

[39] Paul Labarique, «Paul Wolfowitz, el alma del Pentágono», *Voltairenet.org*, 4 de octubre de 2004.

[40] Stephanie Savell, «How Death Outlives War. The Reverberating Impact of the Post 9/11 Wars on Human Health», *The Watson School of International and Public Affairs*, 15 de mayo de 2023.

[41] Bernard Lewis es de los que trabajaron con los tres grupos —con los *straussianos*, los neoconservadores y los sionistas revisionistas. Exagente de la inteligencia británica, Bernard Lewis adquirió las nacionalidades estadounidense e israelí, fue consejero de Benjamin Netanyahu y miembro del Consejo de Seguridad Nacional de Estados Unidos. A la mitad de su carrera, Lewis aseguraba que el islam era incompatible con el terrorismo y que los árabes terroristas eran agentes soviéticos, pero después cambió de canción y comenzó a decir, con el mismo aplomo que antes, que la religión musulmana predica el terrorismo. Lewis inventó la historia del «choque de civilizaciones» para el Consejo de Seguridad Nacional de Estados Unidos y con vista a instrumentalizar las diferencias culturales para lanzar a los musulmanes contra los cristianos ortodoxos, concepto que fue popularizado por Samuel Huntington, asistente de Bernard Lewis en el Consejo de Seguridad Nacional estadounidense. Solo que Samuel Huntington no presentó el «choque de

civilizaciones» como una estrategia, sino como una fatalidad frente a la cual había que reaccionar. Huntington comenzó su carrera como consejero de los servicios secretos del régimen sudafricano del *apartheid* y después escribió un libro, *The Soldier and the State*, donde aseguraba que los militares, ya sean soldados regulares o mercenarios, son una casta aparte, la única capaz de entender las necesidades de la seguridad nacional. Thierry Meyssan, «Vladímir Putin en guerra…» *op. cit.*

[42] Jeffrey D. Sachs, «Ukraine is the Latest Neocon Disaster», *Brave New Europe*, 30 de junio de 2022.

[43] Stone entrevistó a Putin entre 2015 y 2017. Las entrevistas se emitieron en cuatro partes en el canal estadounidense de televisión por cable Showtime.

[44] Vladímir Putin, «Speech and the Following Discussion at the Munich Conference on Security Policy», *Kremlin*, 10 de febrero de 2007.

[45] Henry Kissinger, «How the Ukraine Crisis Ends», *The Washington Post*, 6 de marzo de 2014. Fue publicado después del golpe del Maidán y poco antes del referéndum de Crimea.

[46] Jeffrey D. Sachs, «Ukraine is the Latest…», *op. cit.*

[47] Robert Kagan, «League of Dictators? Why China and Russia Will Continue to Support Autocracies», *The Washington Post*, 30 de abril de 2006.

[48] Gene Sharp, *From Dictatorship to Democracy: A Conceptual Framework for Liberation*, The Albert Einstein Institution, Boston, 2003.

[49] Es evidente que tanto el Gobierno ruso, como el estadounidense y el británico, como líderes de la OTAN, pugnan porque haya Gobiernos en el Este de Europa que sean cercanos a sus respectivos intereses, pero en Europa solo se habla de la injerencia rusa, sin mencionar las otras dos.

[50] «A partir de 1999-2001, Rusia no fue la única potencia en recuperarse. Los alemanes solo tardaron diez años en digerir a Alemania Oriental. En 2001, su superávit comercial empezó a dispararse, superando el 5 por ciento del PIB en 2004 y el 7 por ciento en 2015. La reorganización de la economía alemana no se limitó a la actualización industrial de la Bundesrepublik ampliada. La integración de la República Checa, Polonia y Hungría en la OTAN creó una inmensa zona de seguridad para las inversiones alemanas. La recuperación de Alemania consistió esencialmente en integrar las antiguas democracias populares en su sistema industrial, poniendo a trabajar a sus poblaciones activas, a las que el comunismo había dado una buena educación». Emmanuel Todd, *La derrota de Occidente*, Ediciones Akal, Madrid, 2024.

[51] Rubén Ruiz Ramas, *Ucrania. De la revolución del Maidán a la guerra del Dombás*, Comunicación Social Ediciones y Publicaciones, Salamanca, 2016.

[52] https://wikileaks.org/plusd/cables/08MOSCOW265_a.html

[53] Javier Morales Hernández; Rubén Ruiz Ramas, «Ucrania tras la elección de Yanukóvich: entre la UE y Rusia», *Memorando Opex*, 133, 2010.

[54] «Ukraine Crisis: Transcript of Leaked Nuland-Pyatt Call», *BBC News*, 7 de febrero de 2014.

[55] Stepán Bandera fue el líder de una facción de la Organización de Nacionalistas Ucranianos (OUN-B) que colaboró con la Abwehr, la inteligencia militar nazi, para recibir entrenamiento, armas y apoyo logístico para operaciones contra la Unión Soviética y Polonia.

[56] Ivan Katchanovski, «The "Snipers' Massacre" on the Maidan in Ukraine», *Cogent Social Sciences*, 9 (2), 2023, pp. 1-34.

[57] Entrevista a Iván Katchanovski: Irene Zugasti, «Iván Katchanovski: "La masacre de Maidán era una falsa bandera que fue racionalmente organizada"», *Diario Red*, 23 de febrero de 2024.

[58] https://reyestr.court.gov.ua/Review/114304164

[59] Citado en Jacques Baud, *Operación Z,* Max Milo Editions, París, 2024.

[60] *Ibid*.

[61] «Entre las cuestiones significativas de derechos humanos figuraban informes creíbles de homicidios ilegítimos o arbitrarios, incluidas ejecuciones extrajudiciales por parte del Gobierno o sus agentes; casos de tortura y casos de tratos o penas crueles, inhumanos o degradantes infligidos a detenidos por miembros de las fuerzas de seguridad; condiciones de detención duras y que ponen en peligro la vida; casos de detención o reclusión arbitrarias; graves problemas con la independencia del poder judicial; abusos graves en el contexto del conflicto dirigido por Rusia en el Dombás, incluida la violencia física o los castigos infligidos a civiles y miembros de grupos armados recluidos en centros de detención; graves restricciones a la libertad de expresión y de los medios de comunicación, como violencia o amenazas de violencia contra periodistas, detenciones o procesamientos injustificados de periodistas y censura; graves restricciones a la libertad en internet; devolución de refugiados a un país donde su vida o su libertad estarían amenazadas; graves actos de corrupción gubernamental; falta de investigación y rendición de cuentas por violencia de género; delitos, violencia o amenazas de violencia motivados por el antisemitismo; delitos que impliquen violencia o amenazas de violencia contra personas con discapacidad, miembros de minorías étnicas, lesbianas, gais, bisexuales, transexuales, homosexuales o transgénero; y la existencia de las peores formas de trabajo infantil». *2023 Country Reports on Human Rights Practices: Ukraine*, Departamento de Estado de Estados Unidos.

[62] José Antonio Zorrilla, «La verdad empieza a abrirse paso y con ella la derrota y quizás la guerra», *Diario 16+*, 19 de septiembre de 2024.

[63] Rubén Ruiz Ramas, *Ucrania. De la revolución del Maidán…, op.cit.*

[64] VV.AA., «Overextending and Unbalancing Russia»…, *op. cit*.

[65] A. Wess Mitchell, «A Strategy for Avoiding Two-Front War», *National Interest*, 21 de octubre de 2021.

5.

EL NUEVO GRAN JUEGO

> *Quien gobierne Europa del Este controlará el Heartland; quien controle el corazón del continente controlará la isla mundial, y quien controle la isla mundial gobernará el mundo.*
>
> HALFORD JOHN MACKINDER

No era un restaurante con estrellas Michelin, pero los ayudantes de chef estaban en tensión, visiblemente nerviosos, ultimando los detalles de última hora. Faltaban pocos minutos para que hicieran acto de presencia las dos estrellas de la jornada, líderes mundiales que hicieron un hueco en su apretada agenda durante el Eastern Economic Forum celebrado en la ciudad portuaria rusa de Vladivostok, no muy lejos de la frontera con China. La cocina improvisada en uno de los *stands* del foro vivía una situación de pleno bullicio, con un despliegue logístico y mediático cuidadosamente preparado para presentar en sociedad la unión de los aspirantes a configurar un nuevo orden global. Los *flashes* de las cámaras inundaron la estancia cuando aparecieron Vladímir Putin y Xi Jinping ataviados con sendos delantales, asistidos por los cocineros que les habían preparado todo lo necesario para elaborar unas tortitas típicas de la gastronomía rusa, llamadas blinis, una especie de crepes muy comunes en las mesas de las familias eslavas. Los acompañaron con un poco de caviar y brindaron con un chupito de vodka. Moscú y Pekín ilustraban así su alianza frente a los designios de Londres y Washington. Con las cosas de comer no se juega.

Poco antes, ese mismo día, Putin y Xi habían utilizado el escaparate de la cumbre económica para indicar a la esfera anglosajona que estrechaban sus lazos en el nuevo mundo multipolar. Había nacido lo que algunos analistas denominaron la «diplomacia de las tortitas». La clase de cocina de alto nivel con fogones improvisados estaba

cuidadosamente diseñada para enviar un mensaje claro al resto del mundo, y en particular a la Casa Blanca: a pesar del legado de desconfianza que había caracterizado históricamente la relación entre Rusia y China, la expansión de la OTAN hacia el Este y especialmente la guerra de Ucrania, Moscú se lanzaba a los brazos de Pekín en una alianza integral militar, científica, económica, tecnológica y, sobre todo, política. La pesadilla de Occidente se había hecho realidad.

Es una gran paradoja que la ofensiva de Estados Unidos y Reino Unido —con la UE de perrito faldero— haya provocado lo que durante tantas décadas los estrategas del Departamento de Estado norteamericano quisieron evitar. Ya expusimos al principio de nuestro viaje literario que Henry Kissinger articuló en los años setenta una política exterior en la que mantuvo separados a ambos gigantes, consciente de que unidos eran más peligrosos para los intereses de Washington que separados. Esta estrategia se fue diluyendo con la llegada de los *straussianos* a las altas esferas, grupo que aspiraba a la guerra total en ambos frentes, que utilizaron el suelo europeo y el de Oriente Medio como principales campos de batalla. El problema se agudizó en la década de los noventa con el avance de China en el escenario clave de la geopolítica mundial. Antes de que Ucrania ocupara el centro de la escena, Asia Central y el Cáucaso habían sido los territorios en los que Rusia había intentado reafirmar de forma vigorosa su primacía en el espacio postsoviético. Esta área, que el Kremlin denominada «el extranjero próximo», se convirtió en el centro de un enfrentamiento político, pero no con China, sino con Estados Unidos.

El historiador norteamericano Daniel Yergin aporta claves muy interesantes sobre este particular en su imprescindible libro *The New Map*[1] que describe la importancia de la influencia del sector energético en el nacimiento de esta nueva alianza. Según explica el autor, en los años que siguieron al colapso de la Unión Soviética, «Moscú estaba decidido a garantizar que estos países de Asia Central permanecieran en la esfera privilegiada de Rusia, a pesar de su nueva independencia. Estados Unidos, insistían algunos rusos,

había urdido el colapso de la Unión Soviética para crear una banda de Estados independientes que mantuvieran débil a Rusia y le permitieran hacerse con el petróleo del Caspio. Para Estados Unidos y Europa, estas nuevas naciones eran países independientes a los que debía permitirse desarrollar sus propias identidades y economías. Así debía ser la vida en el mundo globalizado después de la Guerra Fría. Además, si estos países eran débiles e inestables, volverían a caer en manos rusas o se convertirían en presa del vecino Irán».

En aquella época la economía norteamericana dependía de las importaciones de hidrocarburos, lo cual agravaba el problema para los encargados de mantener la hegemonía norteamericana, y explica la serie de acontecimientos que se desarrollaron en años posteriores, con las guerras en el golfo Pérsico, la pelea por los oleoductos del Caspio en Afganistán y la inestabilidad generalizada en la región, de la cual se beneficiaban Arabia Saudí e Israel, socios de Estados Unidos en la zona. El propio secretario de Energía norteamericano, Bill Richardson, lo expresaba con estas palabras: «Es de esperar que la región del Caspio nos salve de la dependencia total del petróleo de Oriente Medio».

Los países de esta zona geográfica —que abarcan lo que hoy son Kazajistán, Kirguistán, Tayikistán, Turkmenistán y Uzbekistán, además de Azerbaiyán— ocupan el centro mismo de la masa continental euroasiática que uno de los padres de la geopolítica moderna, Halford John Mackinder, identificó hace más de un siglo como «el pivote geopolítico del mundo» —el denominado *Heartland,* el corazón continental— en su icónico ensayo[2] presentado en la Real Sociedad Geográfica de Londres en 1904. El texto, ampliado en las siguientes obras del autor, no fue considerado importante en su momento, pero décadas después se reveló como un estudio profético y seminal, en especial después de la Segunda Guerra Mundial y, sobre todo, durante la Administración Carter a través del consejero de Seguridad Nacional, Zbigniew Brzezinski, de origen polaco y presidente de la Comisión Trilateral creada por David Rockefeller para utilizar la política exterior norteamericana como una

herramienta para sus propios intereses. Entraremos en breve en ese jardín de hierbas altas y mucha maleza.

El enfoque de Mackinder partía de la geografía, pero no estaba exento de aspiraciones políticas. No en vano ejerció de parlamentario en la Cámara de los Lores y fue consultor gubernamental en los asuntos imperiales. Su formación en ciencias naturales, humanidades y su labor como docente en la Universidad de Oxford, le permitió desarrollar conceptos e ideas que le ayudaron a elaborar sus trabajos académicos. Siempre con la aspiración de explicar la realidad política nacional e internacional desde el punto de vista del Reino Unido, donde proponía un marco teórico que permitiera a los gobernantes adoptar medidas en política internacional para mantener la preponderancia británica en el mundo. Su esfera de conocimiento se amplió con el viaje que realizó a finales del siglo XIX a Estados Unidos, con visitas a las Universidades de Harvard, Princeton y la Johns Hopkins, instituciones determinantes no solo en clave de excelencia académica, sino también en el proceso de creación de mensajes y argumentos que posteriormente emplean los ingenieros sociales para defender las acciones de los Gobiernos y las grandes corporaciones. Tras su periplo norteamericano, Mackinder recibió una condecoración de la Sociedad Geográfica Escocesa y fue propuesto para el cargo de director en la London School of Economics and Political Science, puesto que ocupó en 1904, año en el que presentó públicamente el embrión de su teoría.

El «estado pivote» y la teoría del Heartland

El profesor británico identificó el siglo XX, que en aquel momento arrancaba, como el del fin de la llamada «época colombina» (*Columbian Epoch*), en referencia a los cuatro siglos transcurridos desde el descubrimiento oficial de América por parte del navegante genovés, durante los cuales el dominio mundial se ejerció a través de la expansión marítima. Mackinder analizó en su ensayo primigenio cómo una generación antes de la suya, la irrupción de la Revolución industrial —con la máquina de vapor— y la apertura del

canal de Suez «parecían haber aumentado la movilidad del poder marítimo con relación al terrestre, funcionando los ferrocarriles principalmente como tributarios del comercio oceánico». En cambio, con la llegada del nuevo siglo, los trenes transcontinentales comenzaron a «modificar las condiciones del poder terrestre y en ninguna parte pueden ejercer tanto efecto como en el cerrado corazón continental de Eurasia».

A este respecto preguntaba de forma retórica el autor: «¿No es la región pivote de la política mundial esa extensa zona de Eurasia que es inaccesible a los buques, pero que antiguamente estaba abierta a los jinetes nómadas y que está hoy a punto de ser cubierta por una red de ferrocarriles? Han existido y existen en esa zona las condiciones de una movilidad de poder militar y económico de gran alcance y, sin embargo, limitado. Rusia reemplaza al Imperio mongol. Su presión sobre Finlandia, Escandinavia, Polonia, Turquía, Persia, la India y China sustituye a los ataques centrífugos de los hombres de la estepa. Ocupa en el mundo la misma posición estratégica central que ocupa Alemania en Europa. Puede atacar por todos lados, y ser también atacada por todos lados, excepto por el norte».

Mackinder situaba, fuera de la región pivote, un gran «cinturón interior» en el que se hallarían según su cuadro teórico los países de Centroeuropa, Turquía, la India y China, y otro círculo exterior en el que se encuadrarían Inglaterra, Estados Unidos, Canadá, Japón y Australia. «En las actuales circunstancias del equilibrio de poder —explicaba el profesor en el año 1904—, el estado pivote, Rusia, no es equivalente a los periféricos y podría crearse un contrapeso en Francia». Además, «el vuelco del equilibrio de poder en favor del estado pivote, como resultado de su expansión por las tierras marginales de Eurasia, permitiría la utilización de los amplios recursos continentales para la construcción de una flota y un imperio de alcance mundial estaría a la vista. Esto podría ocurrir si Alemania se aliara con Rusia». Todo esto nos suena mucho ¿verdad?

Cuando este ensayo fue elaborado, Gran Bretaña era la potencia indiscutible, su imperio colonial era el más extenso del mundo y su poderío naval estaba fuera de toda duda. No obstante, para tomar

posiciones en el corazón continental debía enfrentarse a una potencia terrestre, Rusia, que, aunque atrasada económicamente, era una fuerza a tener en cuenta, sobre todo si establecía una alianza estructural con las potencias europeas. De forma premonitoria, el geógrafo y político inglés planteaba incluso que China pudiera sustituir al país de los Urales como fuerza controladora del *Heartland*, representar «un peligro amarillo para la libertad del mundo, simplemente porque añadirían un frente oceánico a los recursos del gran continente, ventajas de las que no han podido gozar todavía los rusos, ocupantes de la región pivote». La posibilidad de que ambos países pudieran sellar un pacto para asegurarse el control de esta zona vital desde el punto de vista geopolítico y económico (sus recursos naturales comenzaban a ser conocidos) no estaba en la mente de Mackinder, por eso, si hubiera podido volver al mundo de los vivos, aunque fuera tan solo por unos instantes, para ver a Putin y Xi Jinping cocinando tortitas, comiendo caviar y bebiendo vodka, seguramente se habría vuelto corriendo a la tumba.

A pesar de que en aquel momento Mackinder todavía era un desconocido para el gran público, sus tesis comenzaron a ser consideradas por algunos estrategas de la esfera anglosajona. A finales del siglo XIX estuvo a punto de estallar una guerra entre británicos y rusos en Afganistán y la India precisamente por el control de Asia Central, y en el mismo año en que el profesor pronunció su discurso se abrió un conflicto bélico entre Rusia y Japón por la necesidad del imperio de los zares de acceder a un puerto de aguas cálidas expandiéndose por Manchuria; en una ofensiva que también contemplaba la pelea por el control de Corea y que concluyó con la derrota rusa tras la mediación del presidente Theodore Roosevelt, que recibió el Premio Nobel de la Paz por su papel. Mirando hacia Eurasia, la cuestión de entonces no era quién iba a controlar el corazón continental, puesto que se descontaba sobradamente que en su mayoría esta zona estaba bajo el dominio del Imperio ruso, sino si este sería capaz de desarrollar el potencial

suficiente para contrarrestar las fuerzas que pretendían arrebatárselo.

El escenario cambió con la derrota frente a Japón y el resultado de la Primera Guerra Mundial, que alejaron temporalmente los temores a la amenaza rusa. La falta de capacidad industrial fue una de las principales causas de la esterilidad de las fuerzas militares del país. Un ejército numeroso, pero mal equipado, con muchos soldados que no disponían de rifles, botas o municiones, fue capaz de mantener por un tiempo el avance de las líneas enemigas, mientras el desgaste social y económico iba haciendo mella en el apoyo popular al zar Nicolás II. Antes de que finalizara la contienda se inició la Revolución y el Gobierno bolchevique abandonó oficialmente la lucha y cedió enormes territorios, entre ellos Ucrania, Polonia, Finlandia y los Estados bálticos. Poco después, la derrota alemana y las exigencias impuestas por los vencedores en el Tratado de Versalles apartaron de la agenda geopolítica la posibilidad de una alianza entre la naciente Unión de Repúblicas Soviéticas y el antaño Imperio germánico. La amenaza parecía haber sido desactivada, pero volvería con fuerza antes del siguiente enfrentamiento global.

Durante la Gran Guerra, Mackinder se encargó de reclutar soldados en los regimientos escoceses, tarea que compaginó con la puesta en marcha del *War Savings Movement*, un programa de financiación de la contienda mediante impuestos. Un mecanismo gubernamental de ahorro forzoso que se mantuvo durante décadas y que tenía un enfoque muy similar al que ahora los burócratas europeos nos presentan en el programa para «rearmar Europa» y afrontar los costes de la «reconstrucción». Cuando se firmó el armisticio, el profesor dio los últimos retoques a su nuevo libro,[3] en el que profundizó en el concepto del *Heartland* y donde concluyó que la potencia que fuera capaz de controlar Europa del Este, reinaría en la «isla del mundo» y sería capaz de gobernar el «mundo entero». Cuando se publicó esta obra, Mackinder se encontraba en Rusia cobrando en libras y actuando como Alto Comisionado británico, con la misión de recopilar información sobre los bolcheviques y trasladarla a las fuerzas contrarrevolucionarias, grupo heterogéneo

que ha pasado a la historia como el «Ejército Blanco» y que no pudo ganar el envite.

El teórico y político británico permaneció como asesor y consultor gubernamental en un segundo plano hasta que se produjo el pacto entre la Alemania nazi y la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. Los análisis de Mackinder habían sido estudiados a fondo en Berlín por otro profesional de la geografía (hoy diríamos geopolítica), un veterano de guerra llamado Karl Haushofer que convirtió la teoría del *Heartland* para adaptarla a los objetivos germanos. «Pensó que su país, humillado tras la Gran Guerra, podía formar una gran alianza con Rusia y Japón y así cortar los tentáculos del poder naval británico. Esta teoría intrigó a uno de los estudiantes de Haushofer, Rudolf Hess, quien era miembro del nuevo partido nacionalsocialista. En 1923, intentaron tomar el poder, pero Hess terminó en la cárcel. Allí lo visitó Haushofer para ofrecerle tutorías tanto a él como a su compañero de prisión, el líder nazi Adolf Hitler».[4]

Por eso, en 1939, pocos días después de anunciarse el pacto de no agresión entre alemanes y rusos, la prensa norteamericana y británica hizo referencia a que el acuerdo era fruto de las ideas de Mackinder, haciendo que el sueño del control del «corazón del mundo» se transformara en pesadilla ante la posibilidad de una alianza euroasiática que dejara fuera a Estados Unidos y Gran Bretaña. A partir de aquel momento, la palabra «geopolítica» se convirtió en un arma arrojadiza para calificar el fanatismo germánico. Incluso la propaganda de la industria cinematográfica estadounidense centró sus esfuerzos en intentar convencer a la sociedad de que Mackinder era el padre teórico de la estrategia imperialista de Hitler, lo cual afectó personalmente al autor británico.

En el año 1943, en plena Segunda Guerra Mundial y una vez que el Führer rompió el pacto con Stalin que inició la suicida Operación Barbarroja, la revista *Foreign Affairs* —uno de los tentáculos mediáticos más importantes del Consejo de Relaciones Exteriores— se puso en contacto con Mackinder para intentar paliar el golpe reputacional. El editor le pidió que terminara de dar forma a su

teoría en un artículo que, sin saberlo, sería su última gran reflexión académica[5] y la que definió de forma más precisa la región en disputa: «El corazón del territorio es la parte norte y el interior de Eurasia. Se extiende desde la costa ártica hasta los desiertos centrales y tiene como límite occidental el amplio istmo entre el mar Báltico y el mar Negro (…) Para nuestro propósito actual, basta con decir que el territorio de la Unión Soviética es equivalente al *Heartland* (…) es inevitable llegar a la conclusión de que, si la Unión Soviética sale victoriosa de esta guerra contra Alemania, se convertirá en la mayor potencia terrestre del mundo. Además, será la potencia con la posición defensiva más fuerte desde el punto de vista estratégico. El *Heartland* es la mayor fortaleza natural de la Tierra. Por primera vez en la historia, está defendida por una guarnición suficiente tanto en número como en calidad». Cuatro años después de esta reflexión, Mackinder falleció consciente de que su teoría se convertiría en la base de la política exterior norteamericana y británica durante la Guerra Fría.

La reinvención de Spykman: el *Rimland*

Las ideas de Mackinder llegaron a George Kennan, diplomático estadounidense al que ya nos hemos referido por haber sido el arquitecto de la política de contención de la influencia soviética y que fue muy crítico en sus últimos días con la expansión de la OTAN en el Este de Europa, porque obligaba a Rusia a actuar de forma beligerante. Kennan no desarrolló una teoría explícita sobre el papel de Eurasia en la geopolítica global —ni siquiera empleaba el término en sí como categoría geoestratégica—, pero bebió de la fuente de Mackinder al establecer que la «seguridad» de Estados Unidos (en realidad, se refería a su hegemonía) dependía de evitar que una potencia hostil dominara el *Heartland* euroasiático, especialmente los territorios de Europa Occidental, Alemania Oriental y los accesos a Oriente Medio y Asia Central. Este enfoque explica los movimientos de la inteligencia norteamericana y del Pentágono durante la Guerra Fría, y es complementado por las ideas de otro autor destacado: el

periodista y profesor universitario estadounidense de origen holandés Nicholas John Spykman, autor de la teoría del *Rimland*.

Spykman, desde el estrado que le proporcionaba la Universidad de Yale, donde impartía clases de Relaciones Internacionales, es considerado por los ideólogos atlantistas como el fundador del realismo geopolítico moderno por su reformulación de la visión de Mackinder, hasta el punto de invertir la esencia del mismo en cierto sentido. A su juicio, la clave no estaba en el corazón de Eurasia, sino en la periferia. Lo importante no era la superficie terrestre, sino la marítima, la franja costera que rodea el *Heartland* de Mackinder compuesta por Europa Occidental y del Sur (con el mar Mediterráneo), Oriente Medio, Asia Occidental y Asia Oriental, incluyendo a China, Japón, Corea y los países del sudeste. Spykman bautizó esta vasta superficie como el *Rimland*, es decir, la «tierra del borde».

A los autores de los informes que se publican en los *think tanks* modernos —al menos hasta que estalló la guerra de Ucrania— les gustaba citar más al profesor norteamericano que al británico Mackinder, ya que su enfoque servía mejor a los intereses imperialistas de Washington. El profesor español Antonio R. Rubio del Real Instituto Elcano explica la divergencia de esta manera: «Europa Occidental, la península arábiga, las costas chinas o el archipiélago japonés formaban parte del *Rimland*, y Spykman habría asegurado que su control garantizaba el dominio del planeta. Por el contrario, Mackinder afirmaba que ese dominio provendría de controlar el *Heartland*, el espacio terrestre que se extiende por Ucrania, Rusia, Siberia y Asia Central. La teoría del *Rimland* colocaba en excelente posición del tablero mundial a Estados Unidos, primera potencia marítima, y a sus aliados, en los preliminares de la Guerra Fría, pues Washington había perdido claramente la posibilidad de acceder a un *Heartland* que formaba parte del imperio soviético».[6]

Es evidente, por lo tanto, que existe una divergencia conceptual que no se puede eludir. A pesar de que se suelen presentar estos autores como complementarios, podríamos concluir que son antagonistas, aunque Spykman utilizara los mimbres teóricos de su

colega británico para crear su propia teoría. «Los dos estudiosos han venido a ser el símbolo de la relación estratégica especial construida por Londres y Washington desde los inicios de la Guerra Fría —indica el profesor Rubio—; sin embargo, un joven profesor francés de geopolítica, Olivier Zajec, ha desmitificado la imagen de Spykman y resaltado las notables diferencias que le separan de Mackinder. Su tesis doctoral,[7] publicada en el año 2016 por la Universidad de la Sorbona, demuestra, tras minuciosas investigaciones en los archivos de Yale, que el Spykman, precursor de los teóricos de la guerra fría, fue una invención al servicio de los intereses de un Departamento de Relaciones Internacionales que aspiraba a convertirse en consejero privilegiado del Departamento de Estado o del Pentágono».

El profesor de origen holandés escogido por Washington para reinventar las tesis de Mackinder y acercarlas a la agenda geopolítica de corte globalista falleció joven,[8] antes de concluir la Segunda Guerra Mundial, por lo que no pudo comprobar cómo su figura era utilizada para justificar las operaciones en el extranjero de la primera potencia mundial. Fue su sucesor en la cátedra de Yale, Frederick S. Dunn, quien seleccionó cuidadosamente a un grupo de colaboradores para compilar y seleccionar los textos de Spykman que sirvieran mejor a los objetivos del Departamento de Estado norteamericano. Una vez más, una camarilla de académicos estructuraba una serie de ideas y argumentos para justificar golpes de Estado, operaciones encubiertas y todo tipo de intervenciones externas en las que la ingeniería social se mezcla con las armas y las tácticas de subversión. Como decía Mark Twain: «La historia no se repite, pero a menudo rima».

El equipo de Dunn fue el artífice de la base doctrinal del atlantismo en la posguerra, a pesar de que Spykman no era atlantista y tampoco creyó en la necesidad de implantar por lo civil o lo militar una arquitectura de seguridad aglutinadora de los países anglosajones. «Creía, ciertamente, que la política de seguridad debía tener en cuenta los factores geográficos, pero precisamente por esto, no encontraba ninguna convergencia de intereses entre Estados Unidos, Gran Bretaña o una posible Europa Occidental

unificada. Para Spykman, la geopolítica era mucho más que Eurasia. En la estrategia norteamericana contaban bastante América Latina y Asia Oriental. Se ha afirmado habitualmente que Kennan fue un seguidor de Spykman en la estrategia de la política de contención, pero el diplomático de Truman no creía en el determinismo geográfico de Mackinder [en el que contaban más los territorios que los individuos], al igual que el auténtico Spykman. Los propósitos de Kennan no eran tanto hostigar a Rusia, cuya cultura admiraba, sino al comunismo. El problema es que en el Departamento de Estado dirigido por Dean Acheson no sabían distinguir entre rusos y comunistas», argumenta el profesor del Real Instituto Elcano.[9] Una cita del propio Spykman, destacada por Zajec en su trabajo, respalda esta visión: «No creo que se pueda dividir el mundo en buenos y malos, y no creo que los malos son los que quieren la guerra y viven al este del Atlántico, mientras que los buenos querrían la paz y vivirían al oeste del mismo océano».[10]

Este era el marco teórico que definió las guerras *proxy* entre la Unión Soviética y Estados Unidos durante las décadas que siguieron a la Conferencia de Yalta, mientras China dejaba de ser un apéndice sin importancia de las potencias occidentales y comenzaba su transformación al pasar de una sociedad feudal a un país unificado y controlado férreamente por un poder central. Las regiones del noroeste del país asiático entraban en el corazón del mundo que consideraba Mackinder y también en el *corpus* teórico de Spykman, incluyendo también la zona costera del mar de la China Meridional. Como ya hemos visto, el Departamento de Estado de la Administración Nixon utilizó el ariete diplomático de Kissinger para evitar que Mao evaluara la conveniencia de algún tipo de alianza con Brézhnev mientras que el riesgo de un pacto entre Europa y Rusia era neutralizado con las escaramuzas a uno y otro lado del Muro de Berlín. El sudoku geopolítico estaba siendo solventando, no sin esfuerzo, desde Washington, pero entonces se produjeron dos hechos que provocarían un cambio estructural que obligaría a replantear toda la estrategia exterior atlantista: el escándalo del Watergate y la crisis del petróleo, ambos afrontados por los pupilos

de Nelson y David Rockefeller en la Comisión Trilateral y el Consejo de Relaciones Exteriores. La banca tomaba el poder de forma directa, sin intermediarios ni artificios ocultos, a plena luz del día y jactándose de ello.

El CFR y la Comisión Trilateral

El principio estratégico del reparto de poder entre el ámbito público y el privado, desde la Conferencia de Yalta hasta inicios de la década de los años setenta del siglo XX, había consistido en un sistema mediante el cual una serie de instituciones no gubernamentales se homologaban estructuralmente al sistema político, trabajando con agencias federales que se encargaban de asegurar el control de los países y sus sistemas económicos con la excusa de promover la democracia y ayudarles financieramente para no caer en las garras del comunismo. Para tutelar este modelo se creó en el año 1921 el Consejo de Relaciones Exteriores (CFR, por sus siglas en inglés), organismo que ha aparecido de forma recurrente en este trabajo por haber tenido ilustres miembros clave en los acontecimientos políticos que hemos relatado, especialmente en clave europea.

Allí se encontraban los hermanos Dulles, dirigentes de los grandes grupos bancarios Morgan, Rockefeller, Warburg y la rama norteamericana de la casa Rothschild, cuyos miembros se mezclaban con los políticos que más tarde tendrían labores decisivas en las embajadas, Secretarías de Estado e incluso en la Casa Blanca, con Herbert Hoover como principal exponente.[11] El objetivo de esta institución —diseñada con una estructura de laboratorio de ideas— era aprovechar el final de la Gran Guerra para preparar mentalmente a los ciudadanos de Estados Unidos de la necesidad de implantar un sistema de relaciones internacionales fundamentado en una gobernanza mundial en la que Reino Unido cedería el mando a Estados Unidos, una tarea titánica si tenemos en cuenta que en la propia esencia del país norteamericano está la independencia del Imperio británico y la defensa de su soberanía nacional. En el año 2007 la cúpula creó una filial en Europa a modo de caballo de Troya o quinta columna, en la que trabajan analistas y políticos de varios

países comunitarios, que actúan siguiendo las consignas que establece la matriz desde el otro del Atlántico. Entre ellos se encuentran varios exministros españoles, como Josep Borrell, Arantxa González Laya, Ana Palacio, Javier Solana y Joaquín Almunia.[12]

El CFR comenzó su andadura conectando a la Casa Blanca con representantes de la élite financiera y empresarial, con los que compartían un proyecto común y paralelo a los sistemas democráticos. El mecanismo era lúcido y efectivo: establecer variantes y alternativas desde centros privados que examinaban, con la misma documentación, los propósitos gubernamentales que ofrecían las hipótesis de un «capitalismo organizado», alejado del mercado libre y basado en los privilegios estatales, en particular en el terreno bancario.[13] El hombre encargado de conectar ambos ámbitos —el público y el privado— fue Edward Mandell House, apodado «el Coronel», a pesar de no tener experiencia castrense. Su papel fue decisivo en la política norteamericana, primero colocando a cuatro gobernadores de Texas (ejerciendo de consejero de todos ellos) y más tarde situando a una de sus marionetas en el Despacho Oval: Woodrow Wilson, autor de los famosos catorce puntos que definieron la Paz de Versalles y la losa que caería en la cabeza del pueblo alemán tras el conflicto bélico mundial.

El peso de House en el Viejo Continente fue muy destacado, siendo el negociador principal durante las negociaciones para alcanzar el armisticio y actuando como primer emisario de Wilson en la Conferencia de París. También dirigió el proceso de la elaboración de la constitución de la Sociedad de Naciones. En las elecciones presidenciales de 1916, el Coronel recibió propuestas para acceder a uno de los sillones en la nueva Administración, pero las rechazó todas, porque siempre fue consciente de la importancia de actuar entre bambalinas, fuera de los focos, donde se articula el verdadero poder. Por eso el 30 de mayo de 1919, también en la capital francesa, participó en una reunión en la que se sentaron las bases para la creación del CFR. Años más tarde, también colaboraría en la

llegada de Franklin Delano Roosevelt a la Casa Blanca, junto con los señores del dinero de Wall Street.[14]

El grupo fue creciendo hasta incluir a varios miles personas entre los que se encuentran más de una docena de secretarios de Estado, militares, directores de la CIA, banqueros, abogados, profesores y figuras de alto nivel de los medios de comunicación. El CFR desarrolla sus ideas en sus grupos de trabajo y luego crea argumentos intelectuales y emocionales que sirven de base a esas ideas y que permiten desorientar y desprestigiar a todos los que se pronuncien en su contra. Básicamente hablamos de la «fabricación del consenso», concepto impulsado por Walter Lippmann, otro de los fundadores de la organización y que se convertiría en uno de los intelectuales más influyentes de la esfera anglosajona. Este periodista y politólogo estadounidense publicó en 1922 —un año después de que se creara oficialmente el Consejo de Relaciones Exteriores— su obra *Public Opinion*, donde analizaba cómo se formaba la opinión pública y argumentaba que el ciudadano medio, el hombre de la calle, no está capacitado para comprender la complejidad del mundo político moderno. Por ello, propuso que una «clase especializada» de expertos (técnicos, intelectuales y miembros de las élites) dirigieran los asuntos públicos, mientras que la sociedad se mantendría como un «rebaño desorientado» (*bewildered herd*) que seguiría a sus pastores.

A pesar de la crudeza de este enfoque, no es difícil concluir que es el que se aplica en la creación del relato en nuestros días, con un modelo de pensamiento único que se extiende como una mancha de aceite en el mar, a pesar de su evidente carácter totalitario en versión tecnocrático. Nos recuerda mucho a las tesis ya expuestas de los *straussianos* y, como ha denunciado Noam Chomsky en sus trabajos, es una forma de manipulación ideológica antidemocrática, ejercida por los medios de comunicación en beneficio de las élites económicas y políticas.[15]

El CFR tiene una filial, denominada Comité para el Desarrollo Económico (CED, por sus siglas en inglés) del que salieron el Plan Dawes y el Plan Marshall para controlar financieramente a Europa,

actuando de forma paralela a la Secretaría del Tesoro y al Departamento de Comercio, a los que guiaban con sus informes y narrativas. Dentro de este organismo había otro, a modo de las *matrioskas* rusas, el denominado Business Council, cuya misión es influir en los círculos de política económica más altos y especializados, como el Consejo de Asesores Económicos de la presidencia de Estados Unidos.

La crisis de 1973 y la irrupción de Brzezinski

Estas eran las líneas maestras del sistema de relaciones entre lo público y lo privado que existían en el mundo occidental hasta que llegó la crisis económica de 1973 que marcaría un punto de inflexión poniendo fin a los denominados «treinta años gloriosos» y enterrando sistema de Bretton Woods. La devaluación del dólar tras el abandono del patrón oro por parte de la Administración Nixon, junto con el *shock* petrolero provocado por el cártel de la OPEP, en represalia por el apoyo occidental a Israel en la guerra del Yom Kippur, iniciaron una etapa de inflación, guerra de divisas y estancamiento (en algunos casos recesión) en la que las economías desarrolladas experimentaron por primera vez un fenómeno que hasta entonces se consideraba imposible: aumento generalizado de precios e incremento del desempleo. Estados Unidos no era capaz de superar el golpe por sí misma y entonces los estrategas del CFR decidieron crear una nueva organización, la Comisión Trilateral, para mantener la hegemonía mundial utilizando a dos de sus protectorados: Japón y Europa Occidental (con Alemania Federal como pieza clave).

La iniciativa corrió a cargo de David Rockefeller y el hombre escogido para llevar las riendas fue Zbigniew Brzezinski, un profesor de Harvard que había sido asesor de varios presidentes (Kennedy incluido, con el director de la Fundación Rockefeller Dean Rusk como secretario de Estado), y que llamó la atención del banquero debido a sus análisis sobre el declive de Estados Unidos en este fin del orden internacional tejido durante décadas al calor de la Guerra Fría y que había permitido expandir la influencia de Washington sin demasiada

dificultad. En un artículo publicado en el año 1970 en la revista de cabecera del CFR, la ya mencionada *Foreign Affairs*, este ideólogo de origen polaco anticipó la necesidad de un rediseño geopolítico y estratégico en el Atlántico, preocupado por la posibilidad de que el país norteamericano perdiera el control de Europa.[16] En un contexto en el que, además, la tecnología comenzaba a crecer de forma exponencial alumbrando la llegada de una «era tecnotrónica» que modificaría las industrias y generaría problemas sociales y políticos que excederían la capacidad de respuestas de los Gobiernos, en países, los europeos, que no habían experimentado un renacimiento real porque nunca habían recuperado la total soberanía. Esto, admitía Brzezinski, había provocado un creciente resentimiento de los ciudadanos europeos frente a la tutela extranjera, por lo que era necesario un cambio de estrategia para mantener el control del continente desde la esfera atlantista y así poder tener la llave de Eurasia.

Uno de los extractos del mencionado artículo de Brzezinski es especialmente significativo; en él se hace referencia a la conferencia celebrada en 1945 en la ciudad alemana de Potsdam, donde se sentaron en la misma mesa Stalin, Churchill y Truman sin que los líderes del Viejo Continente estuvieran invitados al reparto del poder mundial: «En Potsdam, hace veinticinco años, en julio, Europa estaba ausente. En la capital postrada de la nación más poderosa de Europa, el futuro del antiguo centro del mundo se forjó en un enfrentamiento entre una potencia continental atlántico-pacífica, descendiente de la tradición liberal europea, y un imperio ideológico euroasiático, también producto trasplantado de la difusión intelectual europea. Aunque algunos de los debates más animados de Potsdam fueron contribución personal del líder bélico británico, la presencia británica —que representaba principalmente a un imperio de ultramar— ya se estaba convirtiendo en una extensión del poder estadounidense. Así surgió un nuevo orden mundial poseuropeo, con una Europa impotente y dividida. Se trató de un cambio de proporciones históricas, la desaparición de lo que durante varios siglos había sido el centro del poder mundial, la partición del que

hasta entonces había sido el continente más dinámico del mundo y el surgimiento de dos centros de poder competitivos, ideológicamente distintos y no europeos». El viejo orden tocaba a su fin y había que hacer algo para remediarlo y evitar una alianza entre Rusia y Europa Occidental que pusiera en riesgo el estatus hegemónico estadounidense.

Brzezinski amplió y profundizó estas ideas en su libro *Entre dos eras* anticipando la hoja de ruta de la Comisión Trilateral tres años antes de que se fundara, donde introdujo la idea de que el poder ya no podía limitarse a la fuerza militar, sino que debía complementarse con el control de la información y la creación de narrativas que lograran convencer a los extranjeros de las bondades de la tutela norteamericana.[17] En su análisis preconizaba la llegada de un sistema de vigilancia masivo y denunciaba con total hipocresía los riesgos de «la aparición gradual de una sociedad más controlada, dominada por una élite, sin restricciones por los valores tradicionales», élite en la cual el propio Brzezinski tendría un papel protagonista.

Todas estas ideas llamaron la atención de David Rockefeller, sobre todo una fundamental y que no se suele mencionar cuando se habla de este libro del autor polaco: la que auguraba la pérdida de capacidad de maniobra de los sistemas políticos tradicionales y el papel creciente de los financieros en este rediseño geoestratégico global. «El Estado nacional como unidad fundamental de la vida organizada del hombre ha dejado de ser la principal fuerza creativa: los bancos internacionales y corporaciones multinacionales actúan y planifican muy por delante de los conceptos políticos del Estado nacional (…) la desaparición, durante los últimos tres siglos, de la aristocracia europea esencialmente supranacional, y la posterior nacionalización de la Iglesia cristiana, el socialismo y el comunismo, determinaron que en los últimos tiempos la actividad política más significativa tendiera a desarrollarse dentro de los compartimientos nacionales. Ahora volvemos a asistir a la aparición de élites supranacionales, compuestas por empresarios, estudiosos, profesores y funcionarios públicos internacionales. Los vínculos de

estas nuevas élites trasponen las fronteras nacionales, sus perspectivas no están limitadas por tradiciones nacionales y sus intereses son más funcionales que nacionales. Estas comunidades globales cobran fuerza y es probable que, tal como sucedía en la Edad Media, antes de que transcurra mucho tiempo, las élites sociales de la mayoría de los países más avanzados tengan una mentalidad y una filosofía muy internacionalista o globalista».

Este fue el aldabonazo definitivo que necesitaba Brzezinski para entrar en el grupo de los elegidos, compuesto por brujos geopolíticos que manejan los hilos desde sus torres de marfil como si se tratara de un videojuego de estrategia, donde las personas son mercancías que se pueden sacrificar. Su postura tan alejada del triunfalismo habitual en las esferas de poder, su llamada a la acción y, sobre todo, su capacidad preclara para ver los poderes reales que gobiernan el mundo calaron en la mente del financiero, que si por algo se ha destacado en su vida ha sido por intentar adelantarse a los acontecimientos para crear el futuro a modo de profecías autocumplidas. El propio David Rockefeller, en sus *Memorias*, lo admite de esta manera: «Durante más de un siglo, extremistas ideológicos de ambos extremos del espectro político han aprovechado incidentes muy publicitados, como mi encuentro con Castro, para atacar a la familia Rockefeller por la influencia desmesurada que, según ellos, ejercemos sobre las instituciones políticas y económicas estadounidenses. Algunos incluso creen que formamos parte de una conspiración secreta que actúa en contra de los intereses de Estados Unidos, y califican a mi familia y a mí de internacionalistas y de conspirar con otros en todo el mundo para construir una estructura política y económica global más integrada, un mundo único, por así decirlo. Si esa es la acusación, me declaro culpable y estoy orgulloso de ello».[18]

La operación Carter

La crisis económica y la posterior dimisión de Nixon por el Watergate creaban una ventana de oportunidad de oro que no se podía desaprovechar. Había llegado el momento de quitarse la careta y

tomar las riendas a la vista de todos, fusionando lo público y lo privado en un solo ser, planteando esta simbiosis como algo inevitable de la cual dependiera el futuro de Estados Unidos, cuyo Gobierno iba a ser secuestrado de forma completa. No se trató de una conspiración porque no había secreto alguno: había que elegir un candidato a la presidencia de Estados Unidos que articulara este programa geoestratégico y llevarle en volandas hasta el Despacho Oval, acompañado por un seleccionado grupo de miembros de la Trilateral que fueran responsables de las políticas desde la primera línea, no como asesores o susurradores en las sombras, sino como secretarios de Estado. Y el elegido fue Jimmy Carter.

El ascenso al poder del cultivador de cacahuetes, representante del nuevo sur, se ejecutó mediante una operación planificada que llevó a este candidato del Partido Demócrata que se oponía al *establishment* y denunciaba la corrupción institucional, a convertirse en una marioneta del Chase Manhattan Bank de Rockefeller a través del CFR y la Trilateral. En contra de lo que se ha dicho en numerosos artículos y perfiles históricos, el gobernador de Georgia se preparó abiertamente para ser presidente antes de las elecciones de 1976, mediante medidas políticas para captar el denominado «voto negro» y apoyarse en sus nuevos amigos, que habían hecho buenas migas con su grupo de asistentes (los conocidos como «la mafia de Georgia»). En 1972, apoyó a Scoop Jackson, un representante notorio del núcleo elitista de Washington, para la candidatura del Partido Demócrata, pero cuando ganó las primarias su adversario McGovern, no dudó en cambiar de chaqueta y mostrarle su apoyo, pidiéndole que le llevara como vicepresidente en el cartel electoral. No hubo acuerdo, pero este movimiento denota que las aspiraciones de Carter eran evidentes. Solo necesitaba un empujón. Y se lo dieron los grandes banqueros y los dirigentes de los imperios corporativos de Coca-Cola e IBM, entre otros directivos de renombre, como los de General Electric, el Instituto Hudson y, cómo no, la Rand Corporation. En la parte europea destacaba la familia Agnelli, propietaria de Fiat, directivos de medios de comunicación y políticos clave como Raymond Barre, vicepresidente de la Comisión Europea y ministro francés.

Las relaciones Rockefeller-Brzezinski con Carter datan de 1972. En ese año, el presidente del Chase Manhattan Bank invitó al gobernador de Georgia a formar parte de «una nueva organización internacional de élites, que estaba formando y que se llamaría Comisión Trilateral», según relató sin ningún tipo de complejo el profesor polaco al periodista Robert Scheer de la revista *Playboy*, en un número en el que el guion globalista era mucho menos decoroso que los desnudos de las señoritas que aparecían en esa edición. Carter no dudó nunca tampoco a la hora de expresar su admiración por el grupo y declaró que su ingreso en la Trilateral fue una de sus mejores experiencias políticas.

A pesar del apoyo de los señores del dinero, el gobernador de Georgia ganó las presidenciales de 1976 por un estrecho margen a un Gerald Ford que fue un candidato muy débil y con escaso carisma. Pero fue suficiente para poner en marcha la nueva política geopolítica y económica. El cargo de consejero de Seguridad Nacional recayó en manos de Brzezinski, el de secretario de Estado fue a parar a los dominios de Cyrus Vance (abogado y presidente de IBM); la jefatura del Pentágono en manos de Harold Brown, presidente del Instituto Tecnológico de California, y la dirección del Tesoro fue entregada a Michael Blumenthal, viejo conocido de las Administraciones de Kennedy y Johnson. Todos ellos, y varios altos cargos más, procedían de la Trilateral y la Fundación Rockefeller, lo cual sirvió a Ronald Reagan como un ariete para atacar a Carter cuando se enfrentaron en la campaña electoral de 1980. El aspirante republicano criticó a su oponente por tener a casi una veintena de miembros de este selecto club y prometió iniciar una investigación si accedía a la Casa Blanca para desvelar el secuestro del Gobierno.[19] Promesa que rápidamente violó incluyendo a varios de los integrantes de la Trilateral en su propio gabinete, entre ellos al vicepresidente, George H. W. Bush.

Podríamos escribir toda una serie de libros sobre esta organización, pero es hora de volver a la senda del tema que nos ocupa: la forma en la que este replanteamiento de los objetivos norteamericanos en política exterior acabó definiendo la situación de Europa en el marco

de la pelea por el control del *Heartland*. Visto con perspectiva podemos decir que la Administración Carter fue un absoluto desastre. Estados Unidos entregó el canal de Panamá a un marxista, apoyó financieramente a grupos terroristas en África, se produjo la toma del Gobierno de Nicaragua por parte de los sandinistas y cayó el sha en Irán lo que dio entrada al régimen de los ayatolás, operación amparada por la Casa Blanca[20] y que usó también Reagan para llegar al poder.

En este caso, sí hubo intervención europea en la toma de decisiones, aunque orientada desde las cabezas pensantes de Nueva York. Fue el presidente francés Giscard d'Estaing quien terminó de convencer a Carter en la cumbre celebrada en la isla de Guadalupe en enero de 1979.[21] En mangas de camisa, le indicó que debía hacer caso a los chicos de la Trilateral y permitir que Jomeini accediera al poder porque así se contendría mejor la influencia soviética: había que acelerar las vacaciones del sha con el fin de facilitar una alianza entre el movimiento religioso y el ejército para evitar una guerra civil. En contraste con lo que luego serían sus diatribas contra «el Gran Satán» americano, los mensajes de Jomeini a los altos cargos estadounidenses, enviados solo unas semanas antes de su regreso a Teherán, fueron tremendamente conciliadores. En otra de las paradojas de la historia, Jomeini llegó al poder como un aliado de los estrategas atlantistas. Ver para creer.[22]

En su obsesiva misión de socavar la influencia soviética, directa o indirecta, Brzezinski vio también una oportunidad de asegurar el control del «corazón del mundo» en la guerra en Afganistán, confiando en que este territorio se convirtiera en el Vietnam de los rusos. Para ello financió y armó a los muyahidines que se oponían al Gobierno del país seis meses antes de la intervención soviética, como confesó el exdirector de la CIA Robert Gates en sus memorias,[23] lo que obligó a Leonid Brézhnev, entonces presidente de la Unión Soviética a responder. El apoyo económico y táctico de la CIA —a través de la Operación Ciclón— a los grupos subversivos en Afganistán les proporcionó no solo el armamento necesario, sino también el impulso que requerían para promover su lucha fuera de

sus fronteras, donde había mucho islamista radical dispuesto a ser reclutado para dar su vida en pro de una «causa noble». Un joven idealista que pertenecía a una familia influyente en Arabia Saudí con intereses en el sector inmobiliario escuchó la llamada y viajó hasta Pakistán para unirse a los combatientes islamistas en la lucha contra la maquinaria soviética. Su nombre: Osama bin Laden, líder de Al Qaeda que posteriormente pasaría a la historia por ser el autor intelectual oficial de los atentados a las Torres Gemelas de Nueva York el fatídico 11 de septiembre de 2001.

En una entrevista concedida al medio galo *Le Nouvel Observateur*, le preguntaron a Brzezinski si se arrepentía de haber dado alas al terrorismo islamista suní y el polaco respondió: «¿Arrepentirme de qué? Aquella operación secreta fue una excelente idea. Logró atraer a los rusos a caer en la trampa afgana, ¿y usted quiere que me arrepienta de eso? El día que los soviéticos cruzaron oficialmente la frontera, yo le escribí al presidente Carter [diciéndole] sustancialmente: ahora tenemos la oportunidad de darle a la Unión Soviética su guerra de Vietnam. De hecho, Moscú tuvo que librar durante casi diez años una guerra insoportable para el régimen, un conflicto que provocó la desmoralización y finalmente el estallido del Imperio soviético (…) ¿Qué es más importante para la historia mundial? ¿Los talibanes o la caída del Imperio soviético? ¿Un puñado de islamistas exaltados o la liberación de Europa central y el fin de la Guerra Fría?».[24]

Eurasia en el gran tablero

Como ya hemos analizado en páginas precedentes, la caída de la Unión Soviética contó con la colaboración interna, pero, en todo caso, sirvió de acicate para que Brzezinski terminara de pulir su estrategia en Eurasia, plasmada en 1997 en una obra de pocas páginas pero de un contenido esencial, si aspiramos a comprender el sustrato que llevó a Washington y Londres a dinamitar el polvorín ucraniano, junto al resto de injerencias en el Este comunitario, teniendo a Eurasia como clave central del proceso. El título escogido nos da pistas sobre el objetivo de la obra: *El gran tablero de ajedrez:*

la supremacía estadounidense y sus imperativos geoestratégicos.[25] Su centro temático es el ejercicio del poder en la masa continental euroasiática, que alberga la mayor parte de la población, los recursos naturales y la actividad económica del planeta. «Desde Portugal hasta el estrecho de Bering, desde Laponia hasta Malasia, Eurasia es el gran tablero de ajedrez en el que se ratificará y se desafiará la supremacía de Estados Unidos». Según él, la tarea a la que debería enfrentarse el país norteamericano en el nuevo siglo era gestionar los conflictos y las relaciones en Europa, Asia y Oriente Medio para que no surgiera ninguna superpotencia rival que amenazara los intereses o el bienestar de los ciudadanos norteamericanos, aunque, en realidad, se refería exclusivamente a las élites extractivas que los pastorean.

Este informe, publicado en forma de libro, examina la geopolítica de Eurasia y su importancia para la primacía global de Estados Unidos en la era posterior a la Guerra Fría. Argumenta que Eurasia sigue siendo el gran tablero donde se disputa el poder mundial, a pesar de que Estados Unidos, una potencia ajena a la región, había emergido como el árbitro clave. Brzezinski propone emplear a jugadores geoestratégicos clave y pivotes geopolíticos para lograr el control de esta zona —empleando conceptos de Mackinder, Spykman y Haushofer—, entre los cuales señala a Francia, Alemania, Rusia, China, la India, Ucrania, Azerbaiyán, Corea del Sur, Turquía e Irán. En su parte final, el documento enfatiza la importancia de una geoestrategia estadounidense integrada a largo plazo para mantener la estabilidad y la influencia en Eurasia y reconoce que la hegemonía estadounidense, aunque única, es finita y «debe evolucionar hacia un marco de responsabilidad global compartida». Es decir, que el papel del Estado nación norteamericano tiene que dar un salto cualitativo. El país necesita convertirse en una especie de líder de la gobernanza mundial —el polaco usa el término «príncipe regente», donde se somete a los países díscolos mediante la ingeniería social (influencia cultural y creación del relato), el uso de la tecnología (innovaciones y control social), la presión económica y la

intervención militar, y utiliza como instrumentos entidades supranacionales como la OTAN, el FMI, el Banco Mundial y la OMC.

En el caso de la Alianza Atlántica, Brzezinski hace referencia a su papel para manejar los designios europeos y usa para ello al régimen de Kiev: «Dado el creciente consenso sobre lo deseable de admitir a las naciones centroeuropeas tanto en la UE como en la OTAN, el significado práctico de esta cuestión hace que la atención se centre en el futuro estatus de las repúblicas bálticas y quizás también en el de Ucrania (…) los Estados Unidos y los países de la OTAN —de una manera firme y consistente, aunque tratando de no herir, en la medida de lo posible, la autoestima rusa— están destruyendo las bases geopolíticas que podrían permitir, al menos en teoría, que Rusia aspirara a adquirir el estatus de segunda potencia en política mundial que tenía la Unión Soviética. Asimismo, los Estados Unidos estarían llevando a cabo una política en la que la nueva organización del espacio europeo que está siendo ideada por Occidente está, en esencia, construida a partir de la idea de apoyar, en esta parte del mundo, a Estados nacionales nuevos, relativamente pequeños y débiles, mediante su acercamiento más o menos estrecho a la OTAN y la Comisión Europea».

Queda claro, por lo tanto, que todo lo ocurrido en el Este de Europa y que hemos narrado prolijamente con nombres, fechas, citas y obras concretas, no forma parte de una estrategia de un determinado Gobierno, o de una rama política concreta. Ni siquiera es consecuencia de un acuerdo supranacional de Occidente, sino que es el resultado de una hoja de ruta elaborada en organismos cuyos altos cargos han sido elegidos en ámbitos privados por las élites financieras e industriales de la esfera anglosajona —primero por británicos, luego por norteamericanos— que establecen sus objetivos como una especie de tela de araña. Saben dónde está el punto de partida y en qué lugar se encuentra el de llegada, pero para llegar del punto A al B no existe una sola estrategia. Es la forma de garantizar el resultado, mediante varias opciones y caminos, que a veces se solapan y en otras ocasiones colisionan debido a la natural tensión intrínseca que existen en los grupos de poder.

¿Y cuál es el punto final? Brzezinski lo sugiere en su libro: «Los Estados Unidos no solo son la primera y la única verdadera superpotencia global, sino que, probablemente, serán también la última (…) Nunca antes una democracia genuinamente populista había alcanzado la supremacía internacional. La persecución del poder, y especialmente los costes económicos y el sacrificio humano que el ejercicio de ese poder requiere, a menudo resulta incompatible con los instintos democráticos. La democracia es contraria a la movilización imperial». Para el pupilo de los Rockefeller, la clave es «gestionar el ascenso de otras potencias regionales de manera que no resulten amenazadoras para la primacía global estadounidense». La idea es pasar de la primacía de Washington a un «núcleo global de responsabilidad política» a través de un «Sistema de Seguridad Transeuroasiático» que incluya a la OTAN (ampliada y vinculada a Rusia), China, Japón y la India.

Y para ello el *Heartland* es la clave: «Eurasia es el hogar de la mayoría de los Estados políticamente asertivos y dinámicos del mundo. Todos los pretendientes históricos al poder global se originaron allí. Los aspirantes más poblados del mundo a la hegemonía regional, China y la India, están en Eurasia, al igual que todos los potenciales rivales políticos o económicos a la primacía estadounidense. Después de Estados Unidos, están las siguientes seis economías más grandes y los que más gastan en armamento, al igual que todas menos una de las potencias nucleares más abiertas del mundo, y todas menos una de las encubiertas. Eurasia representa el 75 por ciento de la población mundial, el 60 por ciento de su PIB y el 75 por ciento de sus recursos energéticos. Colectivamente, el poder potencial de Eurasia eclipsa incluso al de Estados Unidos».

Este análisis es el que ha guiado a la política exterior occidental en las últimas décadas y que, a pesar de los desgarros sociales, guerras civiles, golpes de Estado, revoluciones populares, secuestros económicos y presiones institucionales, no ha logrado el objetivo deseado. Como estudiamos en el primer capítulo, el ascenso de China como aspirante a luchar por la hegemonía global se está constatando justo cuando Rusia se lanza a sus brazos —no sin cierta

desconfianza, pero compartiendo tortitas, caviar y vodka— obligada por los acontecimientos en el Este de Europa. A este respecto Yergin recuerda en su libro sobre el nuevo mapa mundial que «China y la Unión Soviética habían sido rivales acérrimos sobre cuál era el líder del mundo comunista y la vanguardia del movimiento revolucionario global. Mao Zedong era bastante franco sobre lo que sentía por los soviéticos. Eran "renegados y esquiroles", decía, "esclavos y cómplices del imperialismo, falsos amigos y traidores". En la década de 1990, tras el colapso de la Unión Soviética, los rusos se mostraron recelosos ante la expansión china hacia el Lejano Oriente ruso, escasamente poblado. Pero, una vez instalado como presidente, Putin puso un nuevo énfasis en China y Asia. A medida que aumentaba su distanciamiento de Occidente, encontró un socio dispuesto en Pekín. La primera parada de Xi Jinping en su primer viaje al extranjero como presidente en 2013 fue Moscú. China se convirtió en el mayor socio comercial de Rusia. Los papeles respectivos estaban muy claros. China aportaba manufacturas, bienes de consumo y financiación; Rusia, petróleo, gas, carbón y otras materias primas, así como alineamiento geopolítico».[26]

Energía y control de los recursos

En cierto sentido, en este fin del primer cuarto de siglo XXI nos encontramos en una situación con paralelismos claros a la de los años setenta, con una crisis económica con inflación, guerra energética con lucha por el control de los recursos, inestabilidad política por el fin de un tipo de modelo institucional y un derrumbe de los valores que nos ayudaron a construir las sociedades. Cambios telúricos que explican y dan sentido a muchos de los acontecimientos actuales. Con China y Rusia que se muestran unidas a lo que describen como una unipolaridad que se derrumba y una recuperación de las riendas de las soberanías nacionales por parte de países que no quieren seguir bajo el ala protectora de Occidente, que ha actuado en buena forma como las organizaciones mafiosas que ofrecen protección en un sistema de extorsión disfrazada, ya que la falta de obediencia se castiga con represalias. Y la consciencia

de este escenario por parte de la mayoría de los ciudadanos informados es aprovechada por Putin y Xi Jinping para usar su alianza —en el marco de la «diplomacia de las tortitas»— como un movimiento reactivo, aunque tenga un fundamento proactivo evidente que cobró especial fuerza tras las revoluciones de colores —y sus espejos en las «primaveras árabes»— para poner la maquinaria oriental a trabajar.

Rusia necesitaba diversificar su dependencia de los clientes europeos en clave energética y afianzar su futuro en un mercado con un enorme apetito de petróleo y gas que, además, es más compatible tanto en su estrategia como en estructura económica, incluido el denominado Consenso de Pekín[27] que define el «capitalismo de Estado» chino al margen del FMI y del Banco Mundial. A diferencia del Consenso de Washington, que exige a los Gobiernos reformas políticas y el modelo chino prioriza el crecimiento económico, la estabilidad y el control político interno. Ofrece cooperación e inversión sin exigir cambios políticos o de derechos humanos, lo que atrae a países que rechazan la condicionalidad política occidental. Y está recogiendo sus frutos en África, Hispanoamérica y Asia. China financia infraestructura, tecnología, minería (con la importancia creciente de las tierras raras),[28] energía y transporte mediante préstamos y acuerdos bilaterales. Un modelo que Rusia quiere aprovechar haciendo de la necesidad virtud, especialmente una vez que se ha situado en la diana de las sanciones impuestas por el sistema financiero occidental. Esta multipolaridad se está articulando en torno a los BRICS y la Nueva Ruta de la Seda, alianza que Moscú quiere emplear como plataforma. En el foro económico donde Xi Jinping y Putin mostraron sus escasas dotes como chefs, un documento publicado por el Kremlin definía esta situación como aquella en la que el poder global se está desplazando hacia la región Asia-Pacífico, y por ello considera imprescindible que Rusia avance rápidamente para convertirse en «parte integrante de esta zona geopolítica en amplio desarrollo».

Este nuevo pivote es muy evidente en términos energéticos. Se ha visto facilitado por la construcción del oleoducto ESPO (Siberia Oriental-Océano Pacífico), con una longitud de más de 4.000 kilómetros y una inversión de 25.000 millones de dólares; así como por el gasoducto Power of Siberia 2, que aspira a una longitud de 1.300 kilómetros y un desembolso de 45.000 millones de dólares. Ambas infraestructuras tienen como objetivo reorientar los envíos de hidrocarburos de Europa a Asia, no porque Rusia lo haya decidido *motu proprio* —ya que a China le hace descuentos para favorecer la relación—, sino para no tener todos los huevos en una cesta que es atacada de forma sistemática en represalia por las acciones políticas del Gobierno de Moscú. Las cifras son suficientemente reveladoras: en 2005, solo el 5 por ciento de las exportaciones rusas de petróleo se destinaban a China, creciendo hasta un peso del 30 por ciento antes de la guerra de Ucrania que hizo que Rusia eclipsara a Arabia Saudí como primer proveedor del gigante asiático.

El ataque contra los gasoductos del Báltico aceleró este proceso, aparte de incrementar la importancia de los países de la esfera soviética que fueron utilizados por los Gobiernos europeos para saltarse sus propias sanciones. El caso de Kazajistán es el más destacado, país cuyo subsuelo está repleto de los recursos naturales que necesitan tanto Oriente como Occidente, además de ser un estado bisagra imprescindible para poner en los mercados comunitarios los productos rusos reetiquetados para ocultar su verdadero origen, lo cual se hace a la vista de todos. No en vano, al cierre del año 2024, este país tenía como mayor socio comercial a la Unión Europea, con el petróleo y el gas como productos estrella de esta relación de intercambio bajo cuerda. Kazajistán dispone de un territorio mucho mayor que el de todos los países de Asia Central juntos y tiene una larga frontera con China, lo que la convierte en un importante corredor comercial también para su vecino. Por si fuera poco, tal como destaca Daniel Yergin, «los países de Asia Central acogen con satisfacción el comercio y las inversiones de China y reconocen que Pekín no tiene ningún interés en cambiar sus sistemas políticos autocráticos, no los critica ni a ellos ni a sus elecciones, y no apoya a los activistas de derechos humanos y los

funcionarios de esos países podrían seguir haciendo negocios en el idioma ruso, con el que habían crecido».[29]

Esto no quiere decir que la alianza sea inicua en términos de pérdida de soberanía. La influencia económica y tecnológica de China en los países con los que establece acuerdos a largo plazo es muy elevada, lo cual también causa cierta inquietud en los países de Asia Central. A nivel popular, existe desconfianza y resentimiento ante esta influencia y cuestiones como la adquisición de tierras agrícolas levantan suspicacias. Y en el plano institucional, en no pocos de estos países existe preocupación por el equilibrio de las relaciones entre Moscú y Pekín. Hasta ahora, el compromiso continuo de Rusia había ayudado a evitar que estos países se vieran demasiado abrazados por China, pero la situación puede cambiar si el Kremlin se queda solo con una baraja con la que jugar, lo cual dependerá de la relación que establezca en el futuro con la Administración norteamericana.

Finalmente, no se puede eludir otro factor central: el cierto recelo con el que observa Putin este proceso, aunque no lo exprese públicamente, porque la inversión china en energía e infraestructuras en la región debilita los cimientos de la esfera privilegiada de Rusia y suplanta su influencia. Pero por el momento, concluye Yergin, «Rusia se considera la principal beneficiaria de las inversiones y el comercio con China y, más allá de la economía, de la relación estratégica, que se ha convertido en un hecho fundamental de la vida internacional».

Por su parte, China no propone una desconexión de Occidente como la que sale de los aparatos de comunicación de la Casa Blanca en sentido contrario. El hecho de que sea el mayor poseedor de dólares del planeta (debido a sus ventas al país norteamericano) y la simbiosis de la que hablamos en el primer capítulo son incentivos fundamentales para no plantear un escenario de ruptura. Por eso, dentro del seno de los BRICS, hay dos fuerzas que enfrentar a rusos y chinos, porque los primeros desean una desconexión mayor mientras que los segundos desean un contexto de cohabitación. Junto a Moscú está Teherán, con quien comparte sanciones por

parte de Occidente, mientras que al lado de Pekín se encuentra Nueva Delhi, que aspira a seguir haciendo tratos con Estados Unidos para no detener su desarrollo económico y acceder al pódium global. Esta brecha es la que aleja la posibilidad de que exista un nuevo sistema monetario BRICS que excluya al dólar, siendo el escenario más probable el de un acuerdo transnacional que permita a cada uno de los países del nuevo club a abandonar el *billete verde* de forma voluntaria, ejerciendo China como compensador de pasivos y árbitro de contiendas.

Para respaldar esta tesis de que a Xi Jinping no le interesa romper con Washington solo hay que ver que cuando se impusieron sanciones a las operaciones financieras con Rusia (ya en los tiempos de la adhesión de Crimea), los principales bancos chinos las acataron. No merecía la pena perder el acceso al sistema del dólar y a los mercados internacionales de capitales por unas pocas operaciones en Rusia. Ese negocio se dejó en manos de un puñado de bancos especiales que han cobrado importancia según han avanzado las sanciones, sobre todo los paquetes en versión europea.

Otro de los países que tiene mucho que decir en esta edición moderna del «Gran Juego» es Turquía, país perteneciente a la OTAN y que también ha representado un doble papel en la cuestión ucraniana, al aprovechar la situación para tejer más lazos energéticos y corporativos con Rusia al mismo tiempo que sacaba tajada de la reordenación de Oriente Medio para lograr el control del norte de Siria. En el plano energético, Recep Tayyip Erdoğan lleva dos décadas tejiendo relaciones con Moscú para que su gasoducto TurkStream sea la llave del preciado hidrocarburo ruso a Europa y supere sanciones presentes y futuras. Precisamente en una reunión celebrada en Kazajistán, en octubre de 2022, pocos meses después de que Rusia entrara en la guerra, Putin ofreció a su homólogo crear en Turquía un centro de distribución del gas ruso por considerar que el país ofrece la «ruta más fiable» para que los hidrocarburos rusos lleguen a Europa, en especial tras el sabotaje en los gasoductos Nord Stream.

¿Otra guerra mundial?

Por todas estas razones —y varias más en las que no podemos detenernos—, la región euroasiática es la que explica todos los grandes movimientos geopolíticos de los últimos años, primando la obsesión de los estrategas del Departamento de Estado y del Pentágono por evitar que la pesadilla de Mackinder y Brzezinski se haga realidad: una unión euroasiática en la que Rusia pusiera las materias primas y China la potencia militar, comercial y tecnológica, mientras que la Vieja Europa aportaría demanda de bienes y servicios, así como una capacidad industrial mejorada por los acuerdos con el gigante asiático. Esta es la alternativa que los gobernantes que están en su torre de marfil de Bruselas no quieren que nos planteemos, porque entonces se derribaría el muro conceptual y nos daríamos cuenta de que no es necesario ceder a todas las exigencias de Estados Unidos; podríamos negociar usando nuestra alianza con Oriente como moneda de cambio.

Desde el punto de vista de los estrategas rusos, la visión es más apocalíptica, al apuntar con no pocas voces que señalan desde hace años que estamos en una Tercera Guerra Mundial (cuarta si contamos como tal la Guerra Fría), que podría ser el último gran enfrentamiento entre dos formas de ver el mundo. Es el caso precisamente de Serguéi Gláziev, economista y político considerado como uno de los padres del espacio económico euroasiático. Los países de esta alianza son los mayores exportadores agrícolas del planeta y, junto con Estados Unidos y los países del Golfo, los que tienen los hidrocarburos, además de las tierras raras. Desde las sanciones occidentales de 2014 a Rusia, Gláziev es una de las voces más activas dentro del país, al promover la desdolarización y la creación de un sistema monetario alternativo en el seno de los BRICS. En un libro publicado dos años después del golpe del Maidán y la anexión de Crimea,[30] Gláziev advirtió de la posibilidad de que estallara un conflicto global resultado de un ciclo estructural de confrontación entre Rusia y Estados Unidos, que tendría como escenario clave la crisis de Ucrania y el choque entre las potencias occidentales y el Gobierno de Moscú por la expansión de la OTAN hacia el Este de Europa.

El autor sostiene que estos conflictos, entre los que incluye la manipulación de élites y la propagación de rusofobia, desestabilizan Europa mientras benefician los intereses norteamericanos. Además, a pesar de ser uno de los principales asesores de Putin, el político y economista critica la política económica del Kremlin por no ser suficientemente rupturista con el modelo occidental y propone reformas estructurales y la integración euroasiática para fortalecer al país y construir un nuevo orden mundial. Es muy posible que muchos de los lectores no conocieran la existencia de Gláziev —debido al oscurantismo y la censura occidental—, pero, sin tener en consideración todos los análisis y posicionamientos, incluidos los que nuestros supuestos enemigos, faltan piezas sin las cuales no podemos resolver el puzle.

De hecho, el enfoque nuclear del economista y político ruso coincide en buena medida con el de sus némesis estadounidenses de la Comisión Trilateral y del Consejo de Relaciones Exteriores; sostiene que la escalada de tensiones político-militares globales es una manifestación natural del cambio en los patrones tecnológicos y económicos mundiales, en virtud del cual Estados Unidos busca mantener su hegemonía mundial frente al surgimiento de un nuevo centro de desarrollo económico en Asia, liderado por China. Para ello, al utilizar a la Alianza Atlántica como ariete, estaría instigando guerras para dificultar la influencia de sus competidores y captar los recursos ajenos que no posee, un análisis que cuadra con los pactos comerciales impulsados desde la Administración Trump, especialmente en el caso del acuerdo con el régimen de Kiev para que le ceda la propiedad de los minerales y la gestión de sus infraestructuras.

Otro de los polos determinantes, junto a Ucrania, es Irán, país en el que no se trata solo de limitar sus aspiraciones para lograr armamento nuclear, ni promover un cambio de régimen que satisfaga tanto a Washington como a Tel Aviv, sino de impedir que se convierta en un centro logístico de la nueva arquitectura euroasiática. Un papel internacional de Teherán al que se oponen no solo los israelíes, sino los Gobiernos de Arabia Saudí y Catar, que ayudan a Occidente a minar el posible ascenso del régimen chiita

desde sus puestos de privilegio sunitas. Esta guerra religiosa introduce otro factor más de desestabilización que no suele incluirse en los análisis geopolíticos sobre el polvorín de Oriente Medio, a pesar de que es fundamental. Un conflicto que perjudica notablemente las aspiraciones chinas de conseguir mediante el comercio lo que otros pretenden obtener con las armas. Xi Jinping logró sentar en la misma mesa en marzo del año 2023 a estos dos archienemigos —cuya pugna se remonta a los orígenes del islam— en un momento en el que los árabes coqueteaban con abandonar a su padrino americano para pasarse al otro bando, y llega incluso a plantear que las acciones de la Administración Biden iban contra los intereses del Reino y que esto podría motivar no solo que Arabia Saudí se alineara con China, Rusia, la India y el resto de los países de los BRICS ampliados, sino que impulsara al yuan para realizar intercambios de hidrocarburos, lo cual amenaza la hegemonía del petrodólar.

A medida que la relación entre Arabia Saudí y Estados Unidos, aliados desde hace mucho tiempo, se volvía cada vez más tensa, China pretendía construir un vínculo con el país clave de Oriente Medio. Durante la mayor parte de su historia diplomática, la relación entre ambos países ha sido puramente transaccional: petróleo a cambio de dinero y armas. De hecho, Arabia Saudí fue una de las últimas naciones de Oriente Medio en reconocer al Partido Comunista Chino como Gobierno de China en 1990. Pero en los últimos años esto ha cambiado, ya que ambos países intentan ampliar sus vínculos, y la guerra en Ucrania los ha empujado a acelerar su acercamiento, no solo por la cuestión militar, sino porque Arabia Saudí sabe que tiene un papel determinante en la batalla económica, porque de él depende la estabilidad del dólar y su papel como divisa de reserva. Si el pacto auspiciado por el aparato diplomático chino entre Irán y Arabia Saudí llegaba a buen puerto y las relaciones entre Riad y Teherán mejoraran, esto haría que buena parte de las tensiones empezaran a remitir de forma significativa en el golfo Pérsico y en los vecinos Pakistán y Afganistán. Esto ayudaría a reducir las vulnerabilidades en materia de seguridad y suministro

energético de los países más pequeños de la región, y beneficiaría el desarrollo de la Nueva Ruta de la Seda.

Sin embargo, todo se fue al traste con el ataque de Hamás del 7 de octubre de aquel mismo año, y convirtió otra vez al régimen de Teherán en un enemigo a batir, dando excusas al Gobierno de Benjamin Netanyahu para su sangrienta ofensiva en Gaza (que además del componente territorial presenta una vertiente energética por el control de los yacimientos de gas) y sentando las bases para el cambio de régimen en Siria, reemplazando a Bashar al-Assad en la presidencia por el líder de Al Qaeda en Irak, Abu Mohamed al Jolani, que no solo transformó su vestimenta sustituyendo la chilaba y el turbante por el traje y la corbata, sino que incluso modificó su nombre para completar la limpieza de cara y ser presentado como el defensor de los derechos humanos para así eliminar barreras al sueño expansionista del Gran Israel. La idea es que los flujos de capitales internacionales canalizados a través de la City y Wall Street, junto con las tuberías financieras de los países del Golfo, fluyan para la reconstrucción, aunque primero debe ponerse fin a la carnicería que están protagonizando las fuerzas gubernamentales, así como los turcos e israelíes en las zonas que controlaban.

Fue tocar la corneta Donald Trump y salir la cúpula de la UE a anunciar el fin de las sanciones a Siria en su nueva etapa. La visita del sirio a París, donde se reunió con Macron, fue solo un aperitivo de un blanqueamiento de este terrorista, que para Kaja Kallas, que ostenta la cartera de Asuntos Exteriores de Bruselas, es un líder democrático e inclusivo. Es tan inclusivo que al frente de la filial de Al Qaeda en Siria, el movimiento Hayat Tahrir al-Sham (HTS), promovió una campaña masiva de secuestros de mujeres, una gran mayoría alauitas, que fueron llevadas a vivir como esclavas sexuales[31] a la provincia de Idlib, el bastión tradicional de HTS, por facciones armadas afiliadas al nuevo Gobierno sirio. Alguno se sorprenderá de que devotos musulmanes realicen este tipo de prácticas, seguramente porque desconocen que son comunes. El Estado Islámico, el terrorista ISIS (patrocinado del mismo modo que

Al Qaeda lo fue por Brzezinski) ya lo puso en marcha en 2014 durante el genocidio en Sinjar, en Irak.

Hay que decir que estos secuestros, junto con las matanzas de cristianos y en general de todo aquel que se opusiera al nuevo Gobierno, se ejecutaron con la colaboración de grupos extremistas ajenos a los yihadistas, pero con los que compartían objetivos, como los uigures del Partido Islámico del Turquestán (TIP) y los turcomanos sirios de facciones del Ejército Nacional Sirio, respaldados por la inteligencia turca desde que llegaron al poder en Damasco. Algunos de estos extranjeros fueron incluso nombrados como altos cargos del Ministerio de Defensa sirio. Todo esto le parece muy inclusivo también a Ursula von der Leyen, que en sus redes sociales publicaba uno de esos *posts* que califican a sus autores sin necesidad de adjetivos adicionales: «Acojo con satisfacción la decisión de levantar las sanciones económicas contra Siria. El camino hacia la recuperación todavía es largo, pero Europa está dispuesta a trabajar con Siria en el proceso. Queremos ser socios en el crecimiento de Siria, junto con nuestros aliados en la región y más allá. La reconciliación es el primer paso, crucial, hacia la reconstrucción».[32]

En este escenario geopolítico, la OTAN solo es capaz de mantener en el redil a los Gobiernos del Viejo Continente porque ni los asiáticos ni las regiones del denominado sur global aceptan este modelo que ha definido la política internacional del viejo orden unipolar, al cual se le insufló aire en aquella no tan lejana década de los setenta, pero que ahora se ahoga en su propio mar de contradicciones. Los BRICS se presentan como alternativa, aunque de momento no sean nada más que una alianza comercial para evitar el yugo de las sanciones del sistema eurodólar, y el único Gobierno que acepta sin rechistar las órdenes del otro lado del Atlántico es la Comisión Europea, incluso aunque ello implique la sumisión económica y política y ponga en riesgo la propia supervivencia del club comunitario.

En esto sí han tenido éxito los hombres y mujeres de la Trilateral y del Consejo de Relaciones Exteriores, acompañados por las

universidades y *think tanks* del complejo militar industrial y tecnológico. El Viejo Continente se ha convertido en un laboratorio, una especie de cajón de arena (*sandbox*) en el que hacer pruebas para calibrar hasta qué punto los pueblos se someten, en este nuevo modelo de democracia orwelliana en la que se persigue a los disidentes como en las más sangrientas dictaduras, pero con métodos sostenibles, inclusivos, resilientes y preservando la igualdad de género. La neolengua al poder, ya saben: «La guerra es la paz, la libertad es la esclavitud y la ignorancia es la fuerza».[33]

---

[1] Daniel Yergin, *The New Map: Energy, Climate, and the Clash of Nations*, Penguin Books, Nueva York, 2020.

[2] Halford John Mackinder, «The Geographical Pivot of History», *The Geographical Journal*, 23 (4), 1904, pp. 431-437.

[3] Halford John Mackinder, *Democratic Ideals and Reality: A Study in the Politics of Reconstruction*, Holt, Nueva York, 1919.

[4] Phil Tinline, «Teoría *Heartland*: cómo un geógrafo del siglo XIX desarrolló la idea que rige la geopolítica actual», *BBC News*, 18 de enero de 2020.

[5] Halford John Mackinder, «The Round World and the Winning of the Peace», *Foreign Affairs*, 21 (4), 1943, pp. 595-605.

[6] Antonio R. Rubio Plo, «La desmitificación de Spykman y del determinismo geopolítico», *Real Instituto Elcano*, 2 de noviembre de 2016.

[7] Olivier Zajec, *Nicholas John Spykman, l'invention de la géopolitique américaine*, Presses de l'Université Paris-Sorbonne, París, 2016.

[8] Spykman murió de cáncer con cuarenta y nueve años, aunque ya había alcanzado fama a nivel académico y popular, con su libro *America's Strategy in World Politics* (Harcourt, Brace and Company, Nueva York, 1942), aunque su obra más difundida, *The Geography of Peace* (Harcourt, Brace and Company, Nueva York), se publicó de forma póstuma en 1944.

[9] Antonio R. Rubio Plo, «La desmitificación de Spykman…», *op. cit.*

[10] Olivier Zajec, *Nicholas John Spykman, l'invention de la géopolitique…, op. cit.*

[11] Enrique Ruiz García, *La era de Carter: las transnacionales, fase superior del imperialismo*, Alianza Editorial, Madrid, 1978.

[12] https://ecfr.eu/madrid/es/consejo/

[13] Ver capítulo 7, dedicado a la deudocracia.

[14] Antony C. Sutton, *Wall Street and FDR: The True Story of How Franklin D. Roosevelt Colluded with Corporate America*, Clairview Books, Forest Row, 2013.

[15] Noam Chomsky; Edward S. Herman, *Manufacturing Consent: The Political Economy of the Mass Media*, Random House, Londres, 2002.

[16] Zbigniew Brzezinski, «America and Europe», *Foreign Affairs*, 49 (1), 1970, pp. 11-30.

[17] Zbigniew Brzezinski, *Between Two Ages: America's Role in the Technetronic Era*, The Viking Press, Nueva York, 1970.

[18] David Rockefeller, *Memories*, Random House, Nueva York, 2003.

[19] «Creo que hay una élite en esta nación y que son ellos los que dirigen el Gobierno. Quieren gente manejable porque no creen que las personas puedan gestionar sus vidas. No creo que la Comisión Trilateral sea un grupo de conspiradores, pero pienso que sus intereses están ligados a los de la banca internacional y las multinacionales. Yo tomaré una dirección distinta». Tras ganar las elecciones, Reagan escogió a cincuenta y nueve personas para formar el equipo de trabajo que seleccionarían a aquellos que ocuparían los puestos de responsabilidad en la nueva Administración, de los cuales veintiocho pertenecían al CFR, diez estaban vinculados al Club Bilderberg y otra decena a la Trilateral.

[20] El sha quería llevar la democracia y el desarrollo de la clase media iraní que no gustaba al grupo de Brzezinski, y tras pedirle al dirigente iraní que metiera todo su dinero en el Chase Manhattan Bank, Carter le dijo, a través del general Robert Hyser, comandante adjunto de las fuerzas estadounidenses en Europa, que se abstuvieran de dar un golpe de Estado contra el inminente Gobierno de Jomeini.

[21] «El equilibrio estratégico dominó la primera jornada de la Cumbre de Guadalupe», *El País,* 6 de enero de 1979.

[22] Siempre se supo que Ruhollah Jomeini, el carismático líder de la Revolución iraní, había intercambiado algunos mensajes con Estados Unidos a través de un intermediario durante su exilio en París. Pero según muestran los documentos a los que tuvo acceso el servicio persa de la BBC, Jomeini llegó a escribir personalmente a dirigentes estadounidenses para asegurarse de que Washington no pondría en peligro su plan de regresar a Irán. Según este relato, la Administración Carter atendió la petición de Jomeini y allanó el camino para su regreso evitando un golpe militar del ejército iraní. La BBC también publicó un análisis de la CIA de 1980, desclasificado hace tiempo, pero que había pasado desapercibido. Con el título «El islam en Irán», el informe de la CIA demuestra que los primeros intentos de Jomeini de

comunicarse con Estados Unidos datan de 1963, dieciséis años antes de la revolución.

[23] Robert Gates, *From the Shadows*, Simon and Schuster, Nueva York, 2007.

[24] Entrevista de Vincent Jauvert a Zbigniew Brzezinski en *Le Nouvel Observateur*, 15-21 de enero de 1998.

[25] Zbigniew Brzezinski, *The Grand Chessboard: American Primacy And Its Geostrategic Imperatives*, Basic Books, Nueva York, 1997.

[26] Daniel Yergin, *The New Map: Energy, Climate…*, *op. cit.*

[27] El Consenso de Pekín es un término que describe un modelo de desarrollo y relaciones internacionales asociado principalmente a China, como alternativa al llamado Consenso de Washington. Fue acuñado a mediados de la década de 2000 por Joshua Cooper Ramo para referirse a la forma en que China ha crecido económicamente y aumentado su influencia sin seguir las recetas económicas y políticas tradicionales promovidas por instituciones como el FMI o el Banco Mundial. Ver *The Beiging Consensus*, Foreign Policy Centre, Londres, 2004.

[28] Las tierras raras son un grupo de diecisiete elementos químicos con propiedades únicas, utilizados en diversas tecnologías y aplicaciones, incluyendo electrónica, energías renovables y defensa. Aunque su nombre sugiera escasez, algunos de estos elementos son relativamente abundantes en la corteza terrestre, pero su extracción y procesamiento pueden ser complejos y costosos. En el año 2024 China extrajo el 70 por ciento de la producción mundial (datos de 2024).

[29] Daniel Yergin, *The New Map: Energy, Climate…*, *op. cit.*

[30] Sergey Glazyev, *La última guerra mundial, EE.UU. la comienza y la pierde*, Book World, Moscú, 2016.

[31] «Syria's Stolen Daughters: The HTS Campaign to Enslave Alawite Women», *The Cradle*, 23 de abril de 2025.

[32] Mensaje publicado en la cuenta oficial de la presidenta de la Comisión Europea en X el 20 de mayo de 2025. https://x.com/vonderleyen/status/1924878374914150825

[33] Cita extraída de la novela de George Orwell titulada *1984*, publicada por primera vez en el año 1949.

6.

LA SOGA VERDE

Para que un pueblo se mantenga cohesionado necesita un enemigo. Si no lo hay, habrá que inventarlo.

AFORISMO ATRIBUIDO A HENRY KISSINGER[1]

Una gélida mañana de enero del año 2006 nació una nueva religión en el estado de Utah, cuna de los mormones, que sentó las bases de una creencia con aspiraciones globales. El exvicepresidente norteamericano Al Gore se levantó de la cama cansado. La jornada anterior había sido muy ajetreada y era muy consciente de que el circo aún no había terminado. En su agenda había anotadas varias citas sociales, entre ellas una velada que organizaban productores del Discovery Channel en la que confiaba disfrutar de unos macarrones con queso mientras se haría fotografías con admiradores. Todavía no había anunciado su conversión al veganismo y seguía casado con Tipper (de la cual se divorciaría cuatro años después). Fiel esposa que, junto con sus hijos, le acompañaría en la gira de presentación en su nueva identidad como emergente profeta del apocalipsis climático.

Mientras terminaba el café matutino, el político y empresario reconvertido a activista rememoraba los mejores momentos del día anterior, en el que había triunfado como una estrella de cine en el Festival de Sundance, al ser el centro de atención de invitados y periodistas. Eclipsó incluso a Paris Hilton, que en aquellos tiempos era una de las famosas más deseadas por los editores del papel cuché. El miedo siempre es rentable, sobre todo si el enemigo es imbatible y las consecuencias de su victoria son fatales para la raza humana. Según su mensaje trufado de tintes escatológicos faltaba una década para el fin del mundo tal como lo conocemos, en una versión moderna del diluvio universal. Íbamos a ser condenados por nuestros pecados contra la madre naturaleza, entidad que según la

hipótesis GAIA de James Lovelock tiene vida propia y ha decidido nuestra aniquilación.[2]

El título del famoso documental que Al Gore presentó en aquella edición del festival se titulaba *Una verdad incómoda*,[3] en el que se nos presentaba a un político que había aceptado su nuevo rol tras haber perdido las elecciones presidenciales contra George Bush junior, en un controvertido proceso que requirió la intervención de la Corte Suprema de los Estados Unidos para certificar el recuento de votos en el estado de Florida. Las sospechas de fraude crecieron hasta que el organismo judicial emitió su fallo y el equipo de campaña de Al Gore otorgó la victoria a su contendiente. Sería Bush quien pocos meses después lanzaría la agenda internacional de los *straussianos* tras el ataque terrorista en Nueva York y el exvicepresidente se retiraba para iniciar otro trabajo igual de importante: «educar a las masas» para convencerlas de una teoría que presentaba como cierta e irrefutable: que el dióxido de carbono (anhídrido carbónico, CO2) genera un calentamiento global que, como destacaba la prensa de la época, «provocaría pronto un aumento catastrófico del nivel del mar, que podría inundar ciudades como Nueva York, y produciría espantosos espasmos no lineales de fenómenos meteorológicos extremos (huracanes y tifones más grandes y violentos), pandemias mundiales y, dependiendo del lugar donde se viva, lluvias torrenciales o sequías que duren décadas».[4] Todo ello expuesto por Al Gore en gráficos y cuadros presentados en grandes pantallas, con proyecciones temporales supuestamente avaladas por la ciencia.

Además de cronologías, curvas de campana y datos sobre isótopos de oxígeno en los núcleos de hielo de Groenlandia —con imágenes de casquetes polares derritiéndose como mantequilla—, el político incluyó en su exposición varias viñetas, una de ellas con un señor Sol atrapado por los matones conocidos como Gases de Efecto Invernadero (GEI), que abandonaban su papel de creadores de vida para convertirse en asesinos natos.[5] «A menos que se tomen medidas drásticas para reducir los gases de efecto invernadero en los próximos diez años —afirmó Al Gore— el mundo llegará a un

punto de no retorno» con decenas de millones de refugiados y una nueva era glacial en Europa que vendría después del calentamiento extremo en forma de emergencia planetaria. Fue todo un éxito: la presentación de diapositivas más rentable de la historia de la humanidad.

Poco importaba, como vamos a comprobar enseguida, que las tablas que ligaban emisiones de CO2 con aumento de temperaturas estuvieran manipuladas y tampoco parecía tener relevancia el hecho de que las dos terceras partes de la energía primaria dependan de los hidrocarburos (aún hoy en día). Nadie se daba cuenta de que la tesis de partida implicaba señalar como veneno al gas que necesitan las plantas para desarrollarse y generar el oxígeno del que dependemos los seres humanos y los animales. No pocos científicos levantaban sus cejas al ver el documental al saber que había muchas cosas que no encajaban, sobre todo los físicos y geólogos que todavía no habían sido perseguidos por la inquisición de la secta climática. El chantaje emocional de Al Gore se retroalimentaba con referencias a su familia, que siguió cultivando tabaco después de que su hermana falleciera de cáncer de pulmón.

En la pantalla vimos a un «político en recuperación» —como le gustaba autodenominarse— que se había lanzado a la carretera en mangas de camisa, trabajaba en lúgubres habitaciones de hotel, picoteaba algo de comer a horas intempestivas mientras trabajaba con su ordenador portátil, cruzando los continentes para contar su historia una y otra vez. Para, cual profeta en el desierto, proclamar la llegada del fin del mundo después de una conversión similar a la caída del caballo de San Pablo, revelación que se había producido —siempre la versión del entorno de Al Gore— durante una clase en la Universidad de Harvard en la que se convenció de los peligros de los gases de efecto invernadero. Su compañero de habitación era el actor Tommy Lee Jones; desconocemos si le ayudó a mejorar sus habilidades interpretativas.

En el año 1992, a las puertas de entrar en el Gobierno de Clinton, siendo todavía senador, Al Gore publicó un libro en el que ya apuntaba algunas líneas argumentales que posteriormente

desarrollaría: *Earth in the Balance: Ecology and the Human Spirit*.[6] Una obra de carácter pseudocientífico con tintes holísticos en la que propuso una visión integral que combinaba la historia, la ciencia, la tecnología y una dimensión espiritual para ilustrar la interconexión entre la humanidad y el medioambiente. Su objetivo era «fomentar una conciencia global ambiental compartida» que permitiera, entre otras cuestiones, que la sociedad asumiera la obligación de «estabilizar la población mundial». Un discurso que recordaba a las tesis eugenésicas que surgieron a finales del siglo XIX y que fueron revestidas con verdes ropajes por el Club de Roma en los años setenta del pasado siglo, década que vuelve a aparecer en nuestro análisis como elemento determinante para comprender la realidad actual.

Lejos de la política, antes de convertirse en el zar climático mundial, Al Gore impartió clases universitarias, principalmente sobre la relación entre la familia y la comunidad, tema sobre el que también escribió un libro junto con su mujer Tipper, activista LGTB criticada por organizaciones de derechos humanos debido a su postura ambigua ante el tratamiento psiquiátrico involuntario, donde incluía el consumo obligado de drogas y el procesamiento legal de personas diagnosticadas como enfermos. Para complementar sus ingresos, el político se incorporó al consejo de administración de Apple y se convirtió en asesor de Google. Gracias a ello pudo mantener su estatus y aumentar su patrimonio, además viajó en jet privado que, como todo el mundo sabe, no contamina ni colabora en el calentamiento global. Además de trabajar con los gigantes de Silicon Valley, Al Gore pasó a ser socio de una firma de capital riesgo que se hizo de oro con la llegada de la «gripe A» en 2007, gracias a sus inversiones en las farmacéuticas BioCryst y Novavax, cuyas acciones subieron como la espuma tras registrarse los primeros casos de la enfermedad en México.[7] Ambas compañías eran socias de la Administración norteamericana en materia de biodefensa. Y para que no se le tachara de vil especulador, creó una empresa financiera de «inversión ética» con sede en Londres junto con David Blood, antiguo director de Goldman Sachs, llamada Generation.

¿Imaginan que hubieran decidido registrar la empresa con el nombre Gore and Blood («Vísceras y Sangre»)?

También hay que señalar que en la creación del exitoso documental tuvo mucho que ver una película *El día después de mañana* (*The day after tomorrow*), protagonizada por Dennis Quaid. El actor interpreta el personaje de un científico climático que lucha por salvar a su hijo en la ciudad de Nueva York, mientras una serie de catástrofes azotan al mundo tras la interrupción de la corriente del océano Atlántico Norte en una serie de eventos climáticos extremos que marcan el comienzo del enfriamiento global y conducen a una nueva Edad del Hielo. El día del estreno, en mayo de 2004, una de las espectadoras se quedó prendada del potente mensaje. Se llamaba Laurie David, una activista ambiental que poco después asistiría a una de esas conferencias que daba Al Gore en *petit comité*. Al salir del evento se dio cuenta del diamante en bruto que tenía a su disposición y se puso en contacto con uno de los productores de las películas de Quentin Tarantino (entre ellas *Pulp Fiction*), llamado Lawrence Bender. También contactó con el multimillonario fundador de la plataforma de compra *online* eBay y magnate del cine, Jeffrey Skoll. Todos ellos se reunieron con el político y le pidieron que les dejara convertir sus exposiciones en un documental. Al principio, Al Gore se mostró reticente, receloso de entregar su criatura, pero finalmente llegaron a un acuerdo, dejaron claro que ganar dinero con el filme era secundario: lo principal era convencer a la gente de adoptar medidas para salvar el planeta. Paramount Pictures engrasó la maquinaria… Ingeniería social, sí, pero realizada por «los buenos».

El «palo de hockey»

De todas las diapositivas expuestas por Al Gore en su magna obra hay una que brilla sobre el resto y que ha sido el paradigma de su tesis principal sobre la influencia de la actividad humana en el incremento de las temperaturas derivada de sus emisiones de CO2. Esta teoría antropogénica que por aquel entonces se usaba para explicar el «calentamiento global» —después transformado a

«cambio climático»— fue ilustrada por un gráfico que mostraba que la línea de las temperaturas es prácticamente plana a lo largo del tiempo, hasta que, en el siglo XX, asciende de forma tan abrupta que su figura recuerda a la imagen de un palo de hockey.[8] La imagen fue presentada como la prueba irrefutable de que la rápida industrialización había disparado las emisiones de GEI lo que provocó el calentamiento del planeta de forma no natural, pero eludió el resto de los factores que influyen en este proceso, como la actividad solar y otros fenómenos de carácter astronómico, así como el resto de las fuerzas internas que modifican el clima desde que el mundo es mundo.

Los datos para confeccionar esta icónica imagen del impacto de la actividad humana en el calentamiento de la Tierra fueron extraídos de un estudio realizado en el año 1998 por tres científicos norteamericanos llamados Michael E. Mann, Raymond S. Bradley y Malcolm K. Hughes, en el que presentaron una serie de patrones de temperatura a escala global y su relación con el clima durante los últimos seis siglos.[9] La conclusión era la siguiente: «Las correlaciones de las reconstrucciones con registros de series temporales que representan los cambios en las concentraciones de gases de efecto invernadero, la irradiación solar y los aerosoles volcánicos sugieren que cada uno de estos factores ha contribuido a la variabilidad climática de los últimos cuatrocientos años, con los gases de efecto invernadero como factor dominante durante el siglo XX. Las temperaturas medias anuales del hemisferio norte durante tres de los últimos ocho años son más cálidas que las de cualquier otro año desde (al menos) el año 1400 d.C.».

Se preguntará el querido lector cómo pudieron acceder estos científicos a datos tan antiguos. La reconstrucción de las temperaturas es una tarea muy compleja, aunque es factible y se emplea con frecuencia en este tipo de análisis. La clave está en combinar la información que aportan los anillos de los árboles con más edad, los núcleos de hielo o las perforaciones en los corales con algoritmos matemáticos. Este tipo de enfoques deben incluir datos de una múltiple variedad de lugares, especialmente si se aspira a

lanzar una conclusión con carácter global, como el caso que nos ocupa, el de este estudio que fue publicado por la revista *Nature*, origen de la imagen del palo de hockey ampliamente difundida y publicitada para constatar que los seres humanos somos los máximos responsables (prácticamente únicos) de ese supuesto ascenso de las temperaturas planetarias. Sin embargo, el modelo elaborado por Michael Mann presentaba demasiadas carencias. Solo se fundamentó en el análisis de los anillos de algunos árboles de las montañas Rocosas de los Estados Unidos, sobre todo de dos especies concretas significativas por su fuerte ponderación en el estudio.[10] Además, como recuerda el economista español José Ramón Ferrandis, «desde el principio se criticó que en ninguno de los gráficos divulgados se encontraran reflejados ni el conocido Periodo Cálido Medieval, también llamado Óptimo Climático Medieval (que tuvo lugar aproximadamente entre el año 900 y el 1300 después de Cristo), ni tampoco la igualmente datada Pequeña Edad de Hielo que se produjo acto seguido (entre los años 1350 y 1850). Ambas habían desaparecido por completo».[11]

En su libro *Crimen de Estado*,[12] Ferrandis realiza un pormenorizado análisis de este estudio clave para configurar el relato posterior sobre la emergencia climática, donde denuncia «este tipo de modelos tramposos que seleccionan datos para ajustarse a una narrativa determinada» y cita la crítica que expusieron el científico Steve McIntyre y el economista Ross McKitrick tras diseccionar los fundamentos del famoso gráfico. «Los investigadores hallaron múltiples errores en el análisis de los anillos: se vio que solo consideraba crecimientos estacionales, que solo valoraba zonas templadas, que se limitaba a pequeñas áreas o zonas locales, que no tomaba en consideración otras variables —como la humedad, el fuego o la pluviometría—, que los datos eran demasiado específicos y que presentaba problemas de interpretación». Otros estudios posteriores publicados en revistas académicas de prestigio incidieron en los errores de Mann y de sus compañeros, y mostraron que, en realidad, como consecuencia del tratamiento informático de las cifras y del algoritmo empleado para efectuar las proyecciones, cualquier

base de datos daría como resultado el mismo tipo de gráfico con forma de palo de hockey.[13] Por cierto, como también señala Ferrandis, si se corrigen estos errores, inmediatamente aparece el Óptimo Climático Medieval, cuya existencia se conoce con absoluta certeza aunque Al Gore lo excluyera de la línea temporal.

A pesar de todas estas consideraciones, el palo de hockey fue empleado como argumento central en la tercera reunión que celebró en el año 2001 el Panel Intergubernamental del Cambio Climático,[14] conocido por el acrónimo en inglés IPCC, un organismo creado por Naciones Unidas dentro de su programa de medioambiente cuyo objetivo fundacional es «concentrar la información científica disponible sobre el cambio climático, determinar las consecuencias ambientales y sociopolíticas del calentamiento y formular estrategias de respuesta al mismo». Dos años después, la misión de la institución se modificó, y anunció que su prioridad sería «comprender las bases científicas del riesgo que supone el cambio climático inducido por el ser humano, sus potenciales impactos y las opciones de adaptación y mitigación». Se trata de una confesión en toda regla porque admite sus objetivos políticos y su carácter de institución orientada a la ingeniería social. Y, además, deja claro que no estudiará fenómenos naturales en los cuales no intervengan seres humanos, lo cual es una absoluta temeridad si verdaderamente se pretende llegar hasta el fondo de las causas de los complejos procesos físicos y geológicos del planeta.

Michael Mann fue una de las voces autorizadas de aquel cónclave del año 2001 que popularizó el palo de hockey, junto con el británico Keith Briffa, que fue quien preparó los datos que sirvieron de alimento al famoso gráfico y que acabaría trabajando también para el IPCC. Esta cocina estadística es el lugar de nacimiento del supuesto «consenso científico» que otorga el respaldo académico necesario para atacar a todo aquel que cuestione la veracidad de la teoría antropogénica del calentamiento global. El documental de Al Gore logró su objetivo: la «verdad» ya no era «incómoda», había comenzado un movimiento a escala global que serviría para someter a Gobiernos de países y modificar los patrones de consumo, ahorro e

inversión de hogares y empresas. Una cuerda anudada en nuestros cuellos que nos colocaríamos de forma voluntaria, ahorcándonos si es necesario para «salvar el planeta» de nosotros mismos: la soga verde.

Manipulación y falso consenso científico

Se suele decir que el 97 por ciento de los científicos que trabajan en actividades relacionadas con el clima respaldan la responsabilidad de la actividad humana en el clima, afirmación amplificada por Barack Obama, que solía repetir esa cifra mágica para corroborar la supuesta existencia de un consenso científico adscrito a esta idea. Pocos saben que todo surgió de la pluma digital de un activista llamado John Cook, responsable de la web *Skeptical Science*, un lugar dedicado a intentar refutar las tesis escépticas con la teoría del calentamiento global por causas antropogénicas. Cook extrajo la mágica cifra de un estudio realizado tras examinar casi 12.000 informes sobre el clima publicados entre los años 1991 y 2011, y aserveró que el 97 por ciento de los mismos respaldaban la tesis principal, a pesar de que en sus propias conclusiones indicaba que un 66 por ciento de los trabajos mostraban dudas al respecto.

El trabajo propagandístico de Cook pretendía reforzar otro anterior, referido esta vez a científicos y no a estudios, que también concluía que existía ese porcentaje de acuerdo entre los climatólogos alrededor de la tesis más alarmista. El trabajo, publicado en 2009, se basaba en una encuesta *online* enviada a 10.275 científicos en la que, curiosamente, no se encontraba ningún meteorólogo. De ellos contestaron poco más de 3.000 a dos preguntas a las que la inmensa mayoría de los escépticos también responderían afirmativamente: «Comparado con los niveles anteriores al siglo XIX, ¿cree que las temperaturas globales generalmente han subido, bajado o mantenido relativamente constantes? ¿Cree que la actividad humana es un factor que contribuye significativamente al cambio en las temperaturas?». En vista de que el resultado no era tan claro como querían, los autores del estudio eliminaron *a posteriori* a todos los científicos que no se identificaran a sí mismos

como expertos en clima, por lo que se pasó de los 10.275 a los que se preguntó originalmente a 77, cuyas respuestas eran las únicas que se consideraban válidas. De ahí salió el famoso (y falaz) dato del 97 por ciento.[15]

Al margen de estas trampas estadísticas, lo relevante aquí es destacar que hablar de consenso en materia científica es un contrasentido, una especie de oxímoron que une dos conceptos antagónicos. La ciencia avanza cuando cuestiona los postulados establecidos, crea hipótesis y los verifica mediante pruebas controladas, que alumbran nuevas teorías que son, a su vez, cuestionadas para pulirlas y mejorarlas de cara a la comprensión de la realidad. Los consensos son siempre políticos, no científicos. El público forma una opinión consensuada, luego vota y elabora leyes o normas que reflejan esa opinión, pero este sistema dista mucho del método científico. «En ciencia, primero formamos una hipótesis o idea que explica un fenómeno natural observado, como el calentamiento o el enfriamiento. El siguiente paso es intentar refutarla. Si fracasamos, la idea sobrevive. Publicamos lo que hemos hecho y otros intentan refutar la idea; si no lo consiguen, la idea sobrevive. Una vez que esto ha sucedido durante el tiempo suficiente, la idea se convierte en una teoría. Una teoría científica simplemente sobrevive, nunca se demuestra, siempre debe estar sujeta a pruebas»,[16] expone el investigador Andy May, científico y bloguero, que lleva años luchando contra el uso político de la cuestión climática. Ligarlo todo a las emisiones de CO_2 y torcer los datos hasta que salgan las conclusiones que necesitan políticos y determinadas multinacionales para sacar adelante sus agendas no es ciencia, sino manipulación social.

La propia historia del IPCC ilustra la capacidad camaleónica de este organismo para mantener su credibilidad, a pesar de sus continuos errores predictivos hasta llegar al momento actual, en el que admite públicamente que sus modelos no sirven para realizar proyecciones fiables y que sus estimaciones no se cumplen porque hay demasiados factores que intervienen en la configuración del clima y la mayoría de ellos quedan fuera de sus análisis. De hecho, esta

asunción no es nueva, ya se incluía en el citado tercer informe del organismo, en el que especulaba sobre la dificultad de predecir el clima porque «es un sistema caótico no lineal combinado, de lo que se deduce que la predicción a largo plazo de los futuros estados del clima no es posible». Paradójicamente es en este informe en el que desaparece la influencia de la actividad natural en la evolución de las temperaturas y se borra cualquier rastro de la pequeña Edad de Hielo que hemos mencionado antes, ya que su existencia atacaba el núcleo del mensaje propagandístico. «Convenía presentar el clima del último milenio como estable hasta la llegada del siglo XX, el IPCC se volvió orwelliano para que los datos se ajustaran a una narrativa, a un relato predeterminado, y no al revés, como el método científico dicta», concluye Ferrandis.[17]

Los directores de este altavoz de la propaganda climática vestido con los ropajes del «consenso científico» eran muy conscientes de que estaban pisando un terreno resbaladizo que podría hacerles caer en desgracia una vez se fueran confirmando las trampas que estaban haciendo en sus conclusiones, aunque en los informes incluyeran párrafos exculpatorios. De forma bien reveladora, en el informe del IPCC del año 2007 desapareció misteriosamente el palo de hockey y se suavizaron las previsiones de aumentos de temperaturas, preparando el terreno para dejar de hablar de calentamiento global y mutar el fenómeno en su versión definitiva: el cambio climático. Esta es la gran maniobra que permitiría derribar las barreras académicas para justificar todas las herramientas que vendrían después —y de las cuales solo hemos visto la punta del iceberg—, porque no se puede negar que el clima cambia, lo lleva haciendo desde la propia creación de la Tierra. Es una tautología. Sin embargo, a partir de aquel momento, todo aquel que cuestionara la tesis de que el CO_2 emitido por seres humanos y animales provoca este cambio del clima sería calificado de «negacionista», en una argucia argumental que ha subyugado a millones de personas, incluidos científicos que, en no pocas ocasiones, dependen de esta teoría para poder seguir recibiendo fondos públicos y privados para

realizar sus investigaciones, así como para mantener sus cátedras en las universidades.

Aunque no todos han pasado por el aro. Existen varios premios Nobel que se han opuesto a esta campaña de propaganda masiva y que han sufrido en sus propias carnes el escarnio público y el *apartheid* profesional por cuestionar la veracidad de la teoría antropogénica del cambio climático o, al menos, por solicitar que se estudien sus causas al margen de consideraciones políticas. Uno de ellos es Ivar Giaever, Nobel de Física en 1973 y firmante de la Declaración Climática Mundial,[18] texto que señala que «la ciencia del clima debería ser menos política, mientras que las políticas climáticas deberían ser más científicas. Los científicos deberían abordar abiertamente las incertidumbres y exageraciones en sus predicciones sobre el calentamiento global, mientras que los políticos deberían contar desapasionadamente los costes reales, así como los beneficios imaginarios de sus medidas políticas».

También el francés Pascal Richter, investigador adscrito al Institut de Physique du Globe de París desde hace casi cuatro décadas, coincide en el planteamiento con Giaever al poner el énfasis en la falta de relación causa-efecto entre los datos y las conclusiones que extraen los defensores del dogma. El caso de este profesor galo es uno de los más sangrantes en lo referente al ostracismo al que le ha condenado el *establishment* por sus opiniones, y menciona un hecho que a muchos se les pasa por alto: aunque existiera efectivamente un consenso —en esta u otra área—, ello no implicaría automáticamente la validez científica del supuesto a considerar. La ciencia no es una democracia en la que gana la visión de la realidad del mayor número de adeptos y que exista un volumen masivo de publicaciones que afirmen un hecho no nos debe llevar al error de considerar, de forma directa, que exponen certezas, sobre todo cuando la mancha de la corrupción hace mucho tiempo que se extendió a revistas científicas de renombre, fenómeno que se agudizó con motivo del uso político de la pandemia.

Como expone Richter, aquí «la noción de consenso no es pertinente, porque la historia de la ciencia no es más que un largo

paseo por el cementerio donde descansan en paz ideas aceptadas sin discusión durante mucho tiempo. Más bien, sirve de justificación para desterrar del debate cualquier idea heterodoxa que cuestione el dogma (…) Sorprendentemente, el libre debate en que se ha basado el progreso científico en la historia ha sido sustituido por acciones propias del totalitarismo como la difamación, el intento de silenciamiento y la persecución del disidente bajo amenaza. Quizá Aristóteles, con su lógica, pensaría que esta violencia e imposición son, en sí mismas, un indicio de en qué lado del debate se encuentra la verdad».[19]

Hay muchos más ejemplos de disidentes que son calificados de negacionistas,[20] como el de Robert Laughlin, que defiende que el clima está fuera de nuestro poder de control y que la humanidad no puede ni debe hacer nada para responder a este proceso natural, solo protegerse cuando sea necesario. Otros van incluso más lejos, como el físico norteamericano John Clauser, ganador del Nobel en el año 2022 y que durante una conferencia en Seúl afirmó que «no existe una crisis climática real» y que los modelos que usan aquellos que defienden lo contrario son incompletos o se basan en datos exagerados. Sus detractores le acusan de trabajar para las compañías petroleras, esas que se visten de verde para arrimarse al sol que más calienta.

No podemos concluir este breve resumen sin mencionar a Frederick Seitz, presidente de la Academia Americana de Ciencias, que denunció en 1996 en los principales periódicos norteamericanos[21] la manipulación del primer informe del IPCC, alteración que el organismo de la ONU realizó a espaldas de sus autores, lo cual motivó que varios de ellos se negaran a estampar su firma en el documento. El acusado fue Benjamin D. Santer, autor principal del capítulo titulado «Detección del cambio climático y atribución de las causas», que eliminó el contenido que destacaba la incertidumbre de la ciencia y su carácter inherente. Por no citar el hecho irrebatible de que los modelos climáticos predictivos basados en la computación están fallando continua y estrepitosamente.[22] Si no somos capaces

de predecir el clima de mañana, ¿cómo pretendemos estimar con precisión lo que ocurrirá dentro de varias décadas?

El «*Climategate*»

Lo que sí estamos en condiciones de afirmar es que llueve sobre mojado. Un simple repaso por la hemeroteca constata que los escándalos y las acusaciones sobre la mala praxis han acompañado al IPCC desde su creación, pero el más sonado, sin lugar a dudas, fue el *«Climategate»*. El caso salió a la luz por la filtración de una serie de documentos que estaban en el servidor de la Universidad East Anglia de Norwich (Inglaterra), entre los cuales había un millar de correos electrónicos en donde científicos de la Unidad de Investigación del Clima intercambiaban datos y opiniones sobre su trabajo, proponiendo en no pocos casos que se alteraran los registros de temperaturas y se ocultaran los que no servían para hacer cuadrar la narrativa oficial.

El propio Michael Mann, el padre del palo de hockey, climatólogo de cabecera del IPCC, apuntaba en uno de los correos la conveniencia de «contener» la temperatura del Periodo Cálido Medieval. Y en otro prometía que los estudios que no respaldaran su tesis no se publicarían en la siguiente edición del informe anual del panel. La cita textual es la siguiente: «No veo a ninguno de estos estudios apareciendo en el próximo reporte del IPCC. Kevin y yo los mantendremos fuera de algún modo alguna manera… ¡aun incluso si tenemos que redefinir lo que es la literatura científica colegiada!».[23]

En otro de los *emails*, un científico reconoce haber usado el «truco de Mike» en la revista *Nature*, refiriéndose a Mann, para «ocultar el descenso» de temperaturas. El «truco» en cuestión consistía en no revelar la divergencia entre las temperaturas desde el año 1960 y los registros de los anillos de los árboles empleados para reconstruir el clima pasado. ¿Cómo? Eliminando esos registros en los resultados durante los años problemáticos, es decir, aquellos que no se ajustaban al modelo. Una vez que se destapó el escándalo, Mann admitió públicamente en declaraciones a la BBC que su trabajo original que tanto ayudó a extender el relato de Al Gore era solo una

aproximación y que «siempre pensó que era en cierto modo inapropiado convertirlo en el icono central del debate del cambio climático».[24]

Esta unidad de la Universidad East Anglia es uno de los centros de investigación más activos en sus esfuerzos por demostrar el carácter antropogénico de la teoría del calentamiento global y cuando se produjo la filtración ya acumulaba denuncias por haber destruido datos originales por falta de espacio para guardarlos. Dos semanas después de que los documentos salieran a la luz debido a un *hackeo* informático, un lord inglés llamado Christopher Monckton —que fue asesor de Margaret Thatcher durante su etapa como primera ministra— aseguró que la BBC disponía de los correos electrónicos seis semanas antes de que llegaran a internet y que la cadena estatal inglesa se negó a difundirlos.

Además de ocultar y manipular datos y registros, los mensajes revelaron que varios de los científicos implicados tenían una actitud sectaria hacia todo aquel que cuestionara su narrativa sobre la influencia de la actividad humana en el clima, expresando alegría por la muerte del escéptico John Daly e incluso deseando que el climatólogo norteamericano Patrick Michaels —otro opositor a la tesis oficial— recibiera una paliza para que así dejara de cuestionar los métodos de investigación defendidos por el *establishment*. De hecho, en los *emails* también se revela la existencia de una campaña de presión y chantaje a los medios de comunicación y revistas especializadas para impedir que los científicos escépticos pudieran publicar sus estudios críticos.

El revuelo mediático obligó al centro académico a forzar la dimisión del director de la unidad de investigación afectada, Phil Jones, pero, pocos meses después, en abril de 2010, una comisión parlamentaria echó tierra sobre el asunto al negar que se hubieran alterado las mediciones en los trabajos académicos. Acto seguido, un grupo creado por la propia Universidad East Anglia y la Royal Society, la academia de ciencias británicas, dictaminó que no había «evidencia de mala práctica científica deliberada».

De esta forma, el IPCC y el resto de sus apéndices volvían a tener vía libre para seguir haciendo política secuestrando y violando el método científico. Desde aquel momento, la ingeniería social terminó de fagocitar la actividad de este organismo de Naciones Unidas, sobre todo a partir del quinto informe, del año 2014, en el que hizo más hincapié del habitual en la evaluación de los aspectos socioconómicos del cambio climático y sus consecuencias para el «desarrollo sostenible», así como en la responsabilidad exclusiva del cambio climático a las emisiones de dióxido de carbono de origen humano: todo evento catastrófico en la naturaleza es debido a este CO_2.

Guerra contra agricultores y ganaderos

El siguiente informe del IPCC, del año 2019, puso el foco en la actividad agrícola y ganadera, incluyendo al sector primario en la lista de asesinos del planeta, para así seguir la línea argumental que fundaciones globalistas, como la Rockefeller, desarrollarían en sus propios informes. Hay uno en concreto, titulado «Reset the Table», que llega a considerar que los alimentos son medicinas y que, por lo tanto, en el futuro deben ser prescritos, de forma que se una el sistema sanitario y farmacológico con la dieta. El estudio expone cómo buena parte de la comida artificial se realiza con procedimientos químicos de laboratorio muy similares a los de los fármacos y describe básicamente una agenda para controlar los alimentos y la cadena de suministro bajo el pretexto de la equidad, la justicia y la protección medioambiental. Los trabajadores del campo se han dado cuenta demasiado tarde de que serían los siguientes en el paredón de los ingenieros sociales, sobre todo las pequeñas explotaciones que son las que sufren el aumento de costes, las subvenciones trampa y la demonización de una actividad primaria que es esencial para la soberanía alimentaria.

En Europa, la ofensiva legislativa que cuelga de la percha del denominado «Pacto Verde» (Green New Deal) propone sin rubor cerrar granjas y reducir tierras de cultivo, destruir buena parte de la agricultura y la ganadería tradicional (usando los terrenos para

implantar en no pocos casos centrales de energía renovable y centros de datos), promover una serie de alimentos que son producidos en laboratorios, introducir en la dieta alimentos con alto contenido proteico pero nulo atractivo gastronómico —como las harinas de gusanos— y demonizar el consumo de carne para «frenar la crisis climática». Uno de los principales arietes normativos es la Ley de Restauración de la Naturaleza (*Restore Nature*), impulsada por la Comisión Europea en el año 2024 y que atenta contra las explotaciones del sector primario comunitario. En España la inclusión de tan solo las zonas de Red Natura 2000 para su aplicación afectaría a casi el 40 por ciento de la superficie total, donde la agricultura y la ganadería pueden pasar a ser actividades no rentables económicamente, lo que supondría automáticamente la pérdida de uno de los pilares fundamentales de la sostenibilidad: es decir, la económica. Además, la no inclusión de cláusulas espejo o de reciprocidad en el comercio internacional puede dejar en una situación muy desventajosa a la competitividad del mercado europeo frente a terceros países que no tienen que lidiar con las medidas y restricciones de esta normativa[25]. La soga verde aprieta solo a los que se la colocan voluntariamente en sus cuellos.

Este proceso se ve acompañado por la imposición de un relato en el que todo lo natural es perjudicial y se aparta a quienes llevan milenios adaptando nuestra dieta a los ciclos de la tierra, que campesinos y ganaderos saben gestionar. Cuando uno consulta estas cuestiones con ecologistas de verdad, no con los subyugados por la secta verde, descubre que todo es una gran mentira. ¿Por qué no se analizan las diferencias en los modelos productivos de proteína animal, sabiendo la importancia de los herbívoros en el ciclo de los nutrientes, el aprovechamiento que hacen de alimentos que no compiten con la población humana, su papel de fertilizadores de la tierra, etc.? ¿Por qué se ignoran que una alimentación a base de proteínas de guisantes, soja, maíz o trigo es replicar el mismo modelo de monocultivos responsables de los problemas que dicen quieren solucionar? ¿Por qué no se reconoce la dependencia del petróleo para tanto procesamiento, viajes y plásticos que visten a

estos pseudoalimentos? ¿Cuál es la razón de que se oculte la importancia de la ganadería extensiva para la prevención de incendios?

En Europa, particularmente en España, los profesionales del campo saben bien cuál es la magnitud del problema, aunque, como en el resto de los países del Viejo Continente con tradición agrícola, se ha estado mucho tiempo sufriendo también, como en otros aspectos de la sociedad actual, el síndrome de Estocolmo citado en el capítulo introductorio. Porque la política agrícola común, la famosa PAC, ha sido como el abrazo del oso que ha limitado la capacidad del sector primario de competir y ha creado incentivos para vivir atados por un sistema de cuotas que les ha perjudicado, para cercenar su capacidad de desarrollo. Los Gobiernos dijeron a los agricultores y ganaderos que se les protegería de los productores de fuera de Europa y que se les ayudaría con subsidios, pero ahora se dan cuenta de que se trataba de una estrategia para debilitarlos. Porque una vez que dependes del *maná* estatal ya no puedes tomar tus propias decisiones.

Aunque en Europa los que más ruido están haciendo no son los profesionales del campo español, sino del holandés, que han visto cómo el extremismo ecologista usado como bandera por el Gobierno del país está expulsando de sus tierras a miles de agricultores. Primero se les limitó el uso de fertilizantes a base de nitrógeno y después directamente mediante la expropiación de terrenos. En el caso de los ganaderos, la regulación sobre el nitrógeno les obligó a sacrificar a las vacas, cuyos residuos están ya prohibidos. De hecho, el Gobierno holandés tiene una ministra de Nitrógeno para reducirlo drásticamente por el «exceso de vegetación y las cabezas de ganado». Un suicidio asistido en toda regla en este mundo de locos.

Otra de las grandes obsesiones de las élites es perseguir a los ganaderos por las emisiones de metano de los animales. Para ello utilizan al Banco Mundial, al FMI, a la ONU, que presionan a los gobernantes díscolos para que aprueben regulaciones que castiguen a las pequeñas explotaciones. La tesis de esta persecución es que las emisiones del ganado, provenientes del estiércol y de liberaciones gástricas, producen aproximadamente una tercera parte

del metano liberado por la actividad humana. La estrategia tradicional es prohibir, aunque también está la opción de multar o de cobrar impuestos. Para que vean una vez más cómo la realidad supera a la ficción, en Nueva Zelanda el Gobierno decidió gravar fiscalmente a los eructos y las flatulencias de las vacas y las ovejas. Es un plan pionero que entró en vigor en 2025 para intentar reducir los gases de efecto invernadero que produce el metano que generan estos animales. Como en el caso de las sanciones occidentales a Rusia o la política energética, al final todo esto lo que causa es una destrucción provocada por el Gobierno del propio país. En Nueva Zelanda el sector agrícola y ganadero representa el 65 por ciento de los ingresos por exportaciones. La Hacienda del país dice que devolverá el dinero a la industria mediante la financiación de nuevas tecnologías, investigación e incentivos para los trabajadores del campo, pero todos sabemos cómo funcionan estas cosas: al final, se engordan las arcas tributarias al mismo tiempo que se destruye tejido productivo.

Por si todo esto no fuera suficiente, los burócratas que persiguen al sector primario por su supuesto efecto adverso contra el medioambiente no tienen suficiente con los animales y nos dicen que el cultivo de arroz, en el que los campos inundados evitan que el oxígeno penetre en el suelo, crea las condiciones ideales para las bacterias emisoras de metano. Este sector representa otro 8 por ciento de las emisiones. Y para terminar de pintar el cuadro, la ONU y el Banco Mundial se sacan de la manga que el metano es responsable del 30 por ciento del calentamiento global desde la época preindustrial.[26]

El tema del metano, aunque es menos conocido que el CO_2, sirve lo mismo para un roto que para un descosido. Otro de los mensajes que lanzan las élites promotoras de esta agenda al usar el mantra de la sostenibilidad es que el Ártico, según se vaya derritiendo, liberará una inmensa cantidad de metano llevándonos al apocalipsis climático. A este gas ubicado en las regiones polares del norte se le llama «el gigante dormido», a pesar de que no está nada claro que cuando se libere suba a la atmósfera en lugar de quedarse en el

agua. Y otra cosa que nunca nos dicen es que este gas, pasados doce años desde su liberación, reduce su concentración a la mitad. Como apunta el ecologista Bjørn Lomborg —que se ha convertido en el azote de sus antiguos compañeros de trinchera— estamos asistiendo a otra «historia de terror» sobre el cambio climático basada en modelos científicos y predicciones que fallan por una sencilla razón: su motivación es exclusivamente política.[27]

Geólogos contra el dogma

En España, un grupo de valientes profesionales de geología, liderados por el profesor Enrique Ortega Gironés, ha salido a la palestra para exponer la ausencia de unanimidad científica respecto a la influencia de la actividad humana en la evolución del clima. Este profesor de la Universidad de Oviedo ejerce desde hace medio siglo como geólogo y trabaja como consultor para organismos internacionales como la Agencia Internacional de la Energía Atómica, la Unión Europea, el Banco Interamericano de Desarrollo (BID) o el Banco Mundial, así como en el Comité de Energía y Recursos Naturales del Instituto de Ingeniería de España. Una voz autorizada que ha publicado varios libros, entre ellos el titulado *Cambios climáticos*,[28] en colaboración con otros dos geólogos que comparten una sensación de indignación y frustración por la ausencia de una oposición rigurosa y académica a la propaganda climática que llena los espacios públicos y que no admite contestación alguna.

El prólogo de esta obra de obligada referencia justifica la urgente necesidad de profesionales con conocimiento que alcen su voz ante la maquinaria propagandista: «Desde hace aproximadamente cuatro décadas, a los autores de esta obra se les ha ido acumulando una irritante fatiga (compartida con otros muchos colegas), producida por tener que leer y escuchar con asiduidad en los medios de comunicación exageraciones de la realidad, verdades a medias e informaciones sesgadas en relación con observar cómo se lanzaban (y se siguen lanzando sin recato) admoniciones catastrofistas y amenazas tremendistas dudosamente justificadas sobre el futuro climático de la Tierra; los geólogos autores de este trabajo han

estado esperando a que las instituciones oficiales responsables de la geología, a nivel nacional e internacional, saliesen a la palestra y pusiesen a disposición de la opinión pública evidencias ciertas sobre el comportamiento climático del planeta, basadas en datos científicos fehacientes y objetivos, que permitiesen contrastar y desechar muchas de las informaciones catastrofistas que cotidianamente se vierten tanto desde los medios de comunicación como desde numerosas instituciones públicas. Pero nuestra espera ha sido en vano».

Este grupo de geólogos incide en un hecho evidente de que se quiere alejar del debate científico sobre el cambio del clima y su relación con el CO_2: la exclusión de las fuentes naturales de generación de este gas a la hora de determinar la influencia del mismo, entre las que destacan volcanes, océanos —que constituyen el gran almacén de dióxido de carbono del planeta— y los fenómenos astronómicos, con el sol como auténtica estrella del proceso. A esto hay que añadir que la comparación a lo largo del tiempo de la temperatura y el contenido del CO_2 atmosférico demuestra que no hay relación causa-efecto, es decir, que el aumento del gas no siempre va acompañado de un ascenso de los termómetros. ¿Qué evidencias hay de ello? «Hay muchas, y no son fáciles de resumir en pocas frases, pero mencionaremos dos por ser significativas y relativamente fáciles de explicar. En primer lugar, el estudio de los hielos acumulados en el Polo Sur y en Groenlandia durante los últimos 800.000 años indica que no existe un calentamiento asociado a un refuerzo del efecto invernadero por el aumento de CO_2, sino que ocurre todo lo contrario, primero se produce el calentamiento y, como consecuencia, crece el dióxido de carbono en la atmósfera. Esos mismos sondeos demuestran que el actual calentamiento global es el noveno que ocurre durante los últimos 800.000 años, sin que el hombre y sus actividades estuvieran presentes en los ocho anteriores. Y, en segundo lugar, si en la actualidad estuviese ocurriendo un calentamiento anómalo, el hielo de los polos se estaría fundiendo a una velocidad igualmente

anómala. Sin embargo, está sucediendo precisamente lo contrario. El nivel del mar sube desde hace 20.000 años, desde el final de la última glaciación, cuando estaba 120 metros por debajo del nivel actual, y la velocidad actual de ascenso es inferior al promedio registrado durante esos veinte milenios anteriores».[29]

Estos datos no deben hacernos caer en la tentación de pensar que no debemos proteger la naturaleza, sino todo lo contrario. Fijarnos exclusivamente en el CO_2 a costa de dejar a un lado al resto de los agentes —externos e internos— que amenazan la biodiversidad y ponen en riesgo la salud de los seres que vivimos en la Tierra debería ser una prioridad para todos los Gobiernos, organizaciones ecologistas e instituciones científicas, pero, lamentablemente, no es así. Es irrefutable que la actividad humana afecta al planeta, con las ingentes cantidades de basura que generamos cada día, los vertidos a las aguas, los plásticos en los mares y el resto de los innumerables desmanes cometidos contra nuestro entorno. Pero el reconocimiento de esta realidad no tiene por qué implicar que las modificaciones climáticas tengan como causa directa la intervención humana —dejando a un lado de espinosa cuestión de la geoingeniería— ni, sobre todo, que las teóricas soluciones propuestas desde los despachos de los burócratas sean adecuadas o eficaces para paliar los efectos adversos de estos cambios.

Otro de los aspectos centrales que se obvia en la Unión Europea es el peso que tiene su territorio en las emisiones globales en un contexto de incremento planetario, especialmente por el aumento de la población mundial del 30 por ciento en el próximo cuarto de siglo y la duplicación del producto interior bruto (PIB) en el mismo periodo temporal como consecuencia del ascenso de países que están en plena era industrial. Los 27 Estados miembros del club comunitario son responsables tan solo de un 9 por ciento de los gases de efecto invernadero que llegan a la atmósfera y se postulan como los primeros de la clase en la reducción de emisiones, mientras que otros países como China —con el 35 por ciento— y Estados Unidos —con un 25 por ciento— renuncian a sacrificar crecimiento económico en el altar de los climatólogos defendiendo sus propios

intereses económicos y nacionales. «Los países que no suscriben los compromisos de lucha contra el calentamiento global, al mismo tiempo que alientan las tendencias ecologistas más radicales fuera de sus fronteras, sonríen satisfechos al ver diferencialmente fortalecidas sus economías y su competitividad», explica el profesor Ortega.

A estas informaciones, el geólogo español añade otra evidencia técnica que los medios de comunicación suelen silenciar: no existen los vehículos libres de emisiones. «En realidad, los vehículos eléctricos lo que hacen es exportar sus emisiones a otras etapas de la industria de la automoción, pero no reducirlas. Por ejemplo, para fabricar una batería de algo menos de media tonelada, capaz de sostener la energía equivalente a un barril de petróleo, se necesita extraer y procesar 225 toneladas de diversos materiales, precisando el aporte energético equivalente a entre 100 y 300 barriles de petróleo. Por ello, el proceso de fabricación de cada batería conlleva la emisión a la atmósfera de entre 10 y 40 toneladas de CO_2. En otras palabras, la electrificación de los vehículos, en términos prácticos, no supondrá una reducción significativa de las emisiones de dióxido de carbono. Un razonamiento similar y con idénticas consecuencias puede aplicarse a los equipos generadores de energías renovables, tanto eólicos como solares, además de otros equipos y máquinas que requieran almacenamiento de energía».

Es cierto que países que tradicionalmente han realizado un uso intensivo de hidrocarburos, como el gigante asiático, e incluso productores de la talla de Arabia Saudí, han elevado el peso de la producción de energía «renovable», pero no por criterios medioambientales, sino políticos y económicos. Es fundamental diversificar las fuentes de suministro para evitar que futuros *shocks* de oferta amenacen la seguridad energética, algo que la Comisión Europea elude cuando diseña sus modernos planes quinquenales con rimbombantes nombres nacidos de los aparatos de propaganda.

Aspirar a la descarbonización de la economía como proclaman los prebostes de Bruselas no solo es una entelequia de imposible cumplimiento —al menos con las herramientas actuales—, sino que

además es una de las principales causas de la pérdida de peso del sector secundario, que junto con el asesinato del primario, coloca al Viejo Continente en una difícil situación al fiar todo a los servicios, que dependen a su vez del consumo en un momento en el que la capacidad de compra de los hogares se reduce por el aumento de costes y la inflación galopante, al mismo tiempo que países de fuera de la Unión ganan terreno como productores. La excusa oficial es que la crisis industrial europea —exacerbada por las leyes de cambio climático— se manifiesta en la necesidad de una transición hacia una economía baja en carbono que afecta a la competitividad de la industria tradicional, pero también impulsará la innovación y el desarrollo de nuevas industrias sostenibles. El cuento de la lechera en versión verde que, si bien podría cumplirse (por lo menos en parte), no debería ser el eje central de las políticas públicas debido a los elevados riesgos que conlleva.

Sobre todo, si estas acciones que se plasman en forma de leyes y reglamentos acaban entregando una buena parte del sustento a operadores extranjeros. Es el caso de las normas relacionadas con el comercio de derechos de emisión, que en el sector portuario tienen un impacto directo en la capacidad de supervivencia de una actividad logística que es vital para el Viejo Continente. Competidores extracomunitarios como Egipto o Marruecos se frotan las manos con cada uno de los nudos de la soga verde europea, mientras que los operadores de las principales plazas portuarias de la UE se quiebran la cabeza para mantener la rentabilidad en un entorno de incremento de costes supuestamente verdes. Y las navieras modifican sus rutas para no tener que sufrir el golpe regulatorio y firmar contratos con empresas no comunitarias en lo que ya se califica como la «gran fuga de carbono». Esta destrucción no afecta solo al sector de la logística, sino a todas las industrias intensivas, como la minería, química, papelera y siderúrgica, que no puede competir con los brazos atados detrás de la espalda.

¿Y si resulta que el CO_2 no es tan relevante para explicar los cambios en los patrones climáticos? ¿Estamos seguros de que las energías renovables reducen las emisiones de este gas? ¿Es

realmente sostenible la extracción masiva de recursos para promover las denominadas fuentes de energía verde? ¿Conocemos los riesgos reales de un proceso masivo de descarbonización de nuestras economías? ¿Arriesgamos el futuro de la actividad agrícola, pesquera y ganadera que nos sirve como sustento, así como del oxígeno que necesitamos para vivir y que nos proporcionan las plantas a cambio de que les entreguemos nuestro malvado CO_2? Si el cambio climático es irreversible, ¿por qué tenemos que entregar ingentes cantidades de dinero público para combatirlo? ¿No será mejor trabajar en la adaptación de nuestras sociedades al cambio climático en lugar de iniciar una guerra que no se puede ganar? ¿O es que el objetivo principal es mantener esa batalla por el resto de nuestra existencia? Demasiadas preguntas que se excluyen del debate público básicamente porque estamos asistiendo a un programa de manipulación basado en la mentira y la corrupción institucional.

La Agenda 2030 y el Club de Roma

Aunque muchos piensen que todo lo relativo a la sostenibilidad y a la necesidad de limitar la actividad humana es algo relativamente nuevo, en realidad tiene unas raíces profundas que permanecen bajo tierra para no mostrar su verdadero color. En nuestros días, la ofensiva climática se encuadra en la Agenda 2030 para el Desarrollo Sostenible, proyecto de Naciones Unidas que en Europa tiene un gran predicamento —no hay político o monarca que no lleve el pin con su logo en la solapa— y que va más allá de la protección de la naturaleza, la eficiencia energética o la equidad para presentar un programa con mensajes buenistas, pero que esconde un evidente lado totalitario bajo premisas de ingeniería social.

Su preámbulo comienza indicando que «es un plan de acción en favor de las personas, el planeta y la prosperidad. También tiene por objeto fortalecer la paz universal dentro de un concepto más amplio de la libertad. Estamos resueltos a liberar a la humanidad de la tiranía de la pobreza y las privaciones y a sanar y proteger nuestro planeta». Una vez más, hombres jugando a ser dioses que ponen en riesgo la capacidad de las sociedades para salir adelante sin

iluminados que les guíen y sientan las bases para reducir los derechos y libertades ciudadanas en nombre de un «bien común», o del «interés general». Sin embargo, su exposición, a la cual acompañan los denominados objetivos de desarrollo sostenible (ODS),[30] está construida de forma que nadie en su sano juicio se pueda negar, a no ser que sea un sociópata de manual. ¿Quién no aspira a acabar con la pobreza en el mundo, garantizar acceso a recursos vitales con independencia del territorio en el que se resida, acabar con las desigualdades, respetar los derechos humanos, gozar de economías «sostenibles» y promover sociedades «pacíficas, responsables e inclusivas»?

El problema fundamental es que todas estas buenas intenciones están elaboradas sobre conceptos que implican juicios de valor que están en las antípodas de los análisis objetivos sobre los que los autores de esta agenda nos dicen que han construido los cimientos de la misma. Términos como «sostenibilidad» o «inclusivo» no se forman exclusivamente sobre hechos empíricos, sino que tienen definiciones cambiantes en función de la persona o entidad que los ponga en el centro del debate. Podemos determinar de una manera relativamente objetiva los recursos disponibles (con el riesgo de equivocarnos en nuestra fatal arrogancia, como exponía Hayek), pero determinar qué especies de seres vivos deben protegerse a costa de alterar los ecosistemas o qué nivel de reducción de calidad de vida estamos dispuestos a asumir para cumplir estos objetivos —por poner dos ejemplos ilustrativos— responde a criterios subjetivos en los cuales es imposible obtener un acuerdo social (de ahí que se apele al consenso científico).

Por no mencionar el hecho de que hay países en vías de desarrollo que pueden defender, con toda la razón, que si las regiones del primer mundo pudimos mejorar nuestros niveles económicos sin ninguna cortapisa, no tenemos derecho a mutilar sus capacidades, aludiendo al cambio climático o a cualquier otro elemento incluido en la agenda. A esto se refería el economista estadounidense Robert M. Solow al señalar que, si, «gracias a la tecnología, en el medio y largo plazo será posible sustituir todos los recursos agotables por recursos

renovables, se postula que las próximas generaciones deben tener derecho a poder consumir como mínimo lo mismo que nuestra generación».[31]

Además, no podemos esquivar otra cuestión esencial: las acciones políticas para reducir el hambre en el mundo, acabar con la pobreza o garantizar el acceso universal a servicios médicos, en lugar de conseguir sus objetivos declarados, suelen empeorar la situación, ya que crean nuevos problemas que justifican nuevas intervenciones, y así sucesivamente. Debemos estar alerta ante este caballo de Troya que, empleando buenas palabras, nos puede llevar al cadalso. Ya saben, el camino del infierno está empedrado de buenas intenciones.

En este lado de la trinchera están autores que no tienen ninguna vergüenza en admitir que las sociedades deben avanzar hacia una transición que, siguiendo la estela de los *straussianos* y su manipulación de las enseñanzas de Platón, otorgue cada vez más poderes a instituciones supranacionales que constituyan una versión futurista del gobierno de los sabios, de los expertos, una tecnocracia que cada vez gana más adeptos de la mano de activistas como David Shearman y Joseph Wayne Smith que, volviendo a citar a Hayek, nos preparan para un camino de servidumbre bajo el pretexto de salvar al planeta.[32] Estos activistas publicaron un libro en el año 2007 que defiende la necesidad de redefinir la democracia para crear una maquinaria capaz de forzar a las sociedades a adoptar medidas de control que reduzcan el cambio climático, al cual consideran una «amenaza existencial».[33] Por ello, ambos autores exploran la posibilidad de modelos de gobernanza más autoritarios o tecnocráticos, y sugieren que se necesitaría una élite científica y política fuerte con capacidad para tomar decisiones rápidas y vinculantes, incluso limitando libertades individuales. A su juicio, la humanidad debe replantearse sus valores: abandonar el consumo excesivo, aceptar límites ecológicos y modificar radicalmente los estilos de vida. Y si no lo hace voluntariamente, debe forzársele a ello.

Este polémico libro cuestionó directamente si la democracia representativa es compatible con la sostenibilidad ecológica, lo cual ayudó a fomentar mensajes sobre cómo adaptar las instituciones políticas a crisis globales. ¿Una dictadura es asumible si nuestra vida depende de ello? Una peligrosa pregunta cuya respuesta siempre ha generado ríos de sangre, pero que es recurrente en la evolución humana, que tropieza una y otra vez en la misma piedra, y aprovecha el poco conocimiento que tienen las nuevas generaciones del pasado, aunque sea reciente. Porque este sistema ecofascista que proponen Shearman y Smith no tiene nada de novedoso: se desarrolló en las oficinas de los tecnócratas en los años setenta (de nuevo la década maldita), que utilizó precisamente el concepto de «sostenibilidad» para pastorear a los borregos de la granja humana.

El germen de lo que hoy conocemos como Agenda 2030 nació en el año 1967, cuando la transcripción de un discurso del industrial italiano Aurelio Peccei fue leída por un científico escocés llamado Alexander King, compañero de la Orden de San Miguel y San Jorge y miembro de la Orden del Imperio Británico. King había trabajado en investigación química aplicada durante la Segunda Guerra Mundial y más tarde se convirtió en alto funcionario de organismos científicos internacionales, llegó a ser director de ciencia, tecnología y educación de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE). El texto de la intervención de Peccei, economista y empresario que se jactaba de sus actividades filantrópicas, expresaba preocupación por el impacto del ritmo de desarrollo económico en la degradación ambiental y en las diferencias entre los países del norte y los del sur. En su discurso, el italiano aportaba las claves que años después configurarían la esencia del relato globalista en su versión climática, con un potencial de manipulación social que no pasó desapercibida para King. El escocés contactó con Peccei para proponerle la celebración de un congreso internacional en el que una treintena de científicos, directivos empresariales y economistas se reunieran para debatir estas ideas. El italiano recogió el guante y juntos organizaron el evento, pero fue un fracaso debido a la falta de preparación de los asistentes. Todos se dieron de plazo un año para estudiar a fondo los temas sobre los que incidía Peccei

bajo el manto de King y aumentaron hasta un centenar el número de participantes. Es así como nace en 1968 el Club de Roma, que, a pesar de llevar en su nombre a la capital transalpina, tiene desde el mismo día de su creación su registro jurídico en Suiza, como el Foro Económico Mundial. El blanco de las montañas y su sistema bancario parecen atraer a este tipo de instituciones como moscas a la miel.

La misión principal del Club de Roma fue ejercer de catalizador global de los cambios en los patrones de vida de las sociedades, independientemente de los intereses políticos, ideológicos o empresariales, por considerarlos obstáculos a la agenda reformadora, en línea con la interpretación tecnocrática de los filósofos griegos. En primer lugar, se trataba de identificar los problemas que tenía la humanidad en su conjunto para proponer soluciones globales que fueran más allá de las fronteras y soberanías nacionales ante la necesidad de conseguir un objetivo común: salvar el planeta, aunque ello implicara aplicar criterios de limitación del crecimiento económico y reducción de población, y recoger las tesis eugenésicas que ya antes de la llegada de Hitler hacían las delicias del Instituto Carnegie, la Fundación Rockefeller y el grupo empresarial Harriman, famoso por los ferrocarriles.

Estas tres últimas instituciones establecieron en la primera década del siglo XX una alianza con algunos de los científicos más respetados de Estados Unidos, procedentes de las Universidades de Stanford, Yale, Harvard y Princeton, para promover la eugenesia bajo premisas raciales. El presidente y fundador de Stanford, David Starr, ya hablaba en 1902 del binomio «raza-sangre» en su conferencia «Sangre de una nación», en la que el académico declaró como hecho irrefutable que las cualidades y condiciones humanas, como el talento y la pobreza, se transmitían a través de la sangre.[34] Un claro ejemplo del pensamiento eugenésico que dominó parte de la academia y la política en aquel tiempo.

Dos años después, el Instituto Carnegie realizó ejercicios teóricos mediante la creación de millones de tarjetas en las que censaban a ciudadanos estadounidenses, que se usaban para simular la eliminación de familias, linajes y pueblos enteros. Todo ello desde el

laboratorio de Cold Spring Harbor, un centro cuyas investigaciones se centraban en la genética y al que después de la Segunda Guerra Mundial se le lavó la cara; este fue uno de los lugares más influyentes en biología molecular y hoy en día referencia en el terreno de la neurociencia y la bioinformática (transhumanismo). Aquellos eugenistas no eran un puñado de jóvenes universitarios jugando con tubos de ensayo, sino gente que sabía lo que hacía: nueve científicos que trabajaron en este laboratorio obtuvieron el Nobel. Y no se trataron solo de ejercicios teóricos, el Instituto Carnegie usó el dinero de los Rockefeller y de los Harriman para pagar a organizaciones benéficas, como la Oficina de Industrias e Inmigración de Nueva York, para buscar inmigrantes judíos e italianos con el objetivo de realizar listas para deportarlos, confinarlos o incluso someterlos a la esterilización forzada.[35] Estas prácticas e ideas fueron observadas e imitadas en la Alemania nazi, donde se llevaron a su máxima expresión. Y una vez terminada la guerra, muchos de los eugenistas germanos volaron a Norteamérica para iniciar sus nuevas vidas al servicio de agencias federales.

Todo este pensamiento eugenésico se mantuvo soterrado en buena parte de las altas esferas científicas y políticas que participaron en la fundación del Club de Roma, y recogieron también las tesis del economista Thomas Malthus que, a finales del siglo XVIII, propuso limitar el crecimiento demográfico para evitar catástrofes sociales. Este clérigo y economista británico consideraba que la población crece en progresión geométrica, mientras que los recursos alimentarios lo hacen de forma aritmética, de modo que la primera siempre tiende a crecer más rápido que los segundos, provocando hambrunas, enfermedades y guerras que actúan como una especie de frenos automáticos que restablecen el equilibrio. El enfoque de Malthus cobró una nueva vida a finales del siglo XIX, a pesar de que erraba fundamentalmente al no tener en cuenta la capacidad de la innovación para elevar los recursos disponibles, o el hecho de que el propio desarrollo económico lleva aparejada una menor natalidad, sin necesidad de que se produzcan desastres humanitarios para reducir la tasa de crecimiento demográfica. A lo cual hay que añadir

que Malthus tampoco consideraba en su análisis que el hambre no es un problema de capacidad de producción, sino de distribución desigual y pobreza estructural fomentada por los países del primer mundo mientras se entregan ayudas y subvenciones, que en lugar de solucionar los problemas de los receptores los agravan. Así lo ha demostrado la economista africana Dambisa Moyo, aunque haya utilizado su enfoque crítico con la ayuda al desarrollo para favorecer los intereses de las multinacionales occidentales que quieren extraer los recursos de los países más desfavorecidos usando el comercio forzoso, corporaciones para las cuales ella misma trabaja.[36]

La profecía general de Malthus sobre la demografía fue evolucionando hasta que a mediados del pasado siglo comenzó a transformarse, poniendo el acento en el papel de las catástrofes naturales que sirven para reducir la población de forma automática, actuando como limitadores naturales de la expansión humana, como si el planeta tuviera vida propia, recogiendo la esencia de la hipótesis GAIA que hemos mencionado al principio de este capítulo. En ese contexto es en el que nace el Club de Roma, en 1968, año en el que se publicó el libro que reviviría al clérigo británico titulado *The Population Bomb*. El autor fue Paul Ehrlich, entomólogo estadounidense, que rápidamente se convirtió en uno de los preferidos de las élites globalistas, incluidas las españolas. No en vano ha recibido numerosos premios y galardones, entre ellos el Ramón Margalef de Ecología otorgado por la Generalidad de Cataluña y el Premio Fundación BBVA Fronteras del Conocimiento en Ecología y Biología de la Conservación. Aunque el galardón más importante fue el reconocido Premio Crafoord, de la Real Academia Sueca de las Ciencias. Medallas para un señor que defendía que los Gobiernos de los países —tanto subdesarrollados como superdesarrollados— debían llevar a cabo programas sistémicos, universales, incluso autoritarios, para reducir sus tasas de natalidad, «si puede ser mediante cambios en nuestro sistema de valores o a la fuerza, si los métodos voluntarios fracasan».[37]

Todo ello por presentar un escenario apocalíptico, que, evidentemente, no se cumplió, pero que vino de perlas a aquellos

que querían utilizar la alarma social para llevar a cabo su agenda. Ehrlich predecía que «la mortalidad se incrementará en 100 o 200 millones de personas anuales, que morirán de hambre en los próximos diez años», cifra que actualizó con motivo del primer Día de la Tierra en 1970,[38] anunciando a los lectores de la revista *The Progressive* que entre 1980 y 1989 unos 4.000 millones de personas, incluidos 65 millones de estadounidenses, perecerían en lo que definió como la «Gran Mortandad». Si alguien decidió en aquel momento crear una empresa funeraria para aprovechar el negocio se equivocó de pleno. Para evitar este desastre, sostenía el científico norteamericano, había que adoptar medidas urgentes de control poblacional y cambios radicales en la forma de vida y consumo. Los muertos por inanición en el primer mundo no llegaron, pero las medidas represivas crecieron como la espuma. «El problema demográfico tiene dos clases de salidas. Una es la solución del índice de natalidad, en la que encontramos maneras de reducir ese índice. La otra es la solución del índice de mortalidad, en la que las fórmulas para elevar ese índice —guerra, hambruna, plagas— nos encuentran a nosotros».[39]

El enemigo es la humanidad misma

Con este sustrato ideológico nace el Club de Roma, para cuya financiación y puesta en marcha, Peccei contactó con la familia Agnelli, propietaria de Fiat, que mantenía estrechas relaciones con el Chase Manhattan Bank de los Rockefeller, entidad financiera que se mostró encantada con el proyecto. Varias fundaciones europeas participaron también en la obtención de fondos, entre las cuales destacó la ligada a Volkswagen, lo que sumó paradójicamente otra empresa del motor que vería como décadas después era golpeada por la misma herramienta que ayudó a crear. Es esta institución alemana la que patrocinó el emblemático informe del Club de Roma, titulado *Los límites del crecimiento*, publicado en 1972, y cuyo origen se encuentra en el Instituto Tecnológico de Massachusetts (MIT, por sus siglas en inglés). Un grupo de investigadores recibió el encargo de King y Peccei para confeccionar un estudio de prospectiva

económica mundial. Querían evaluar el capitalismo y conocer qué futuro le esperaba a la humanidad de continuar con el modelo vigente de desarrollo, un enfoque muy similar al de la Comisión Trilateral. El equipo de científicos sociales entregó el resultado de su trabajo, que daría la vuelta al mundo transformado en el primer gran texto del Club de Roma.

El informe se sustentaba en una simulación informática basada en el *software* World3 con doce escenarios que dibujaban el futuro del mundo. De todos ellos, solo en cuatro se evitaba el colapso global, gracias a la estabilización demográfica y mediante la reducción de la industrialización mundial. Los demás escenarios apuntaban a que, si el ritmo de crecimiento de la población y de la producción se mantenía a largo plazo, se agotarían los recursos. En este contexto, después, el aumento de la contaminación haría caer la producción agrícola y el repunte de la mortalidad reduciría drásticamente la población humana. Ante estas previsiones, los autores proponían como solución el «crecimiento cero» o incluso el decrecimiento, mensajes que se acuñaron hace casi cincuenta años y que están en plena efervescencia hoy en día, en buena medida porque el relato ha calado en las permeables instituciones y sociedades, repetido hasta la náusea.

Hay que dejar muy claro que *Los límites del crecimiento* no es un informe técnico ni científico, sino un ejercicio teórico que sirve como excusa para aplicar y justificar medidas represivas de ingeniería social: «La humanidad posee hoy la más poderosa combinación de conocimientos, instrumentos y recursos de todos los tiempos. Tiene todo lo que es físicamente necesario para crear una forma de sociedad humana completamente nueva... pero para ello es necesario una visión prospectiva y una firme voluntad (…) en un planeta limitado, las dinámicas de crecimiento exponencial (población y producto per cápita) no son sostenibles».[40]

Dos años después, este informe se complementó con otro titulado *La humanidad en la encrucijada*, que comienza con una frase escalofriante: «El mundo tiene cáncer y el cáncer es el hombre». Esta cita,[41] aunque aparece en el citado informe del Club de Roma,

es en realidad de Alan Gregg, un médico estadounidense muy influyente como ejecutivo en la Fundación Rockefeller, donde ocupó cargos de relevancia desde 1919 hasta 1956: primero como director de la División de Ciencias Médicas y, finalmente, como vicepresidente. En 1955, Gregg publicó un artículo en la revista *Science* sobre «los aspectos médicos del problema demográfico», cuya lectura causa verdadero pavor. Es ahí donde comparó el crecimiento demográfico humano con la proliferación descontrolada de las células cancerosas. Su frase emblemática fue: «No digo que el mundo tenga un cáncer, ni que la célula cancerosa sea el hombre; no hay prueba experimental ni predictiva que lo valide; no obstante, no veo ninguna razón que lo excluya».[42]

Más allá de la cuestión demográfica, el Club de Roma reveló su ADN globalista sobre todo a partir de 1981, cuando comenzó a promover un debate intelectual encaminado a sentar las bases para la creación de una autoridad supranacional, concepto que hoy ha evolucionado hasta el mucho más manejable de «gobernanza global». Peccei dejó escrito que «uno de los mayores obstáculos para el progreso de la humanidad es el concepto de la soberanía de cada nación», y su discípulo, descubridor y sucesor en la jefatura del club, Alexander King, hablaba sin timidez sobre ello al asegurar que «la sociedad mundial requiere una única dirección, un gran capitán que guíe la tierra hacia un destino común». En ese destino, el «desarrollo sostenible» es el instrumento para meter en vereda a los pueblos que se opongan a esta agenda que considera que las personas son virus o bacterias que provocan enfermedades a nuestro querido planeta Tierra, por lo que, si es necesario, deben ser eliminados (o no permitirles nacer).

La caída del Muro de Berlín y la desintegración soviética también fueron acontecimientos que aprovecharon los directivos del club para pisar el acelerador con la publicación en 1991 del libro *La primera revolución global*, firmado también por King en colaboración con el diplomático francés Bertrand Schneider, que ejercía como secretario de la institución y que, tras su paso por el club, se convirtió en consultor de inteligencia y promotor de las ideas transhumanistas.

Les ofrezco otra cita para confirmar el enfoque de la obra: «En la búsqueda de un nuevo enemigo que nos ayude a unirnos a nosotros se nos ocurrió la idea de que la polución, la amenaza del calentamiento global, la escasez de agua y la hambruna encajarían bien en nuestro objetivo. Todos estos daños son causados por la intervención humana y, por lo tanto, solo cambiando las actitudes y los comportamientos podemos superarlos. El verdadero enemigo, entonces, es la humanidad misma (…) por sacrílego que pueda parecer, la democracia ya no es adecuada para las tareas que tenemos por delante. La complejidad y la naturaleza técnica de muchos de los problemas actuales no siempre permiten que los representantes electos tomen decisiones competentes en el momento adecuado».[43] Más claro, agua.

El libro de King y Schneider analiza todos los fenómenos globales desde una perspectiva de interdependencia, y pide a los políticos que cedan competencias en favor de entidades que respondan a los retos mundiales de forma sistémica y coordinada a escala planetaria. Aquí también se introduce la idea *hobbesiana* de que hay que tutelar y guiar la actividad humana para que no nos devoremos entre nosotros. La famosa expresión *homo homini lupus* («el hombre es un lobo para el hombre») implica que las personas son, en esencia, animales salvajes que solo pueden vivir en paz gracias a un supuesto «contrato social»[44] implícito —que nadie ha firmado— y que define un poder centralizado que dispone del monopolio de la violencia y una autoridad absoluta para proteger a la sociedad, y crear una comunidad civilizada. Esto plantea la necesidad de realizar una transformación social desde arriba pero que requiere primero un proceso de manipulación mental hacia abajo para poder ejecutarla. De la teoría contractualista del Estado como ente que expone Hobbes en su *Leviatán*[45] se pasa a un sistema en el que se justifica al *supraestado*, compuesto por Gobiernos y multinacionales. En esa charca nadan felices directivos de corporaciones, supuestos filántropos, políticos y los que ostentan los centros de mando en las organizaciones internacionales.

Al acudir a la página web de la ONU se comprueba cuáles son los fundamentos de la Agenda 2030. Si se consigue ir más allá de los lemas propagandísticos y los logotipos coloreados disfrazados de buenas intenciones, cualquiera se da cuenta de que la filosofía que subyace debajo de la arquitectura teórica y práctica es la misma que de los ideólogos del Club de Roma, con una obsesión enfermiza por el control demográfico y el fin del desarrollo económico, objetivos que se emplean como armas en el plano geopolítico para someter a países concretos. En el plano demográfico en las sociedades del primer mundo se fomenta el aborto y la desintegración de la unidad familiar, con una nueva generación *childfree* (libre de niños) que cada vez tiene más adeptos en Europa[46] y campañas en las escuelas para extender la ideología de género; mientras que en las naciones menos desarrolladas se implantan programas de reducción de la natalidad e incluso se realizan pruebas de fármacos empleando en muchos casos a mujeres negras, pobres y analfabetas como cobayas de laboratorio.

A este respecto es muy revelador el trabajo de Darrell Bricker y John Ibbitson, plasmado en su libro *El planeta vacío*, cuya tesis principal es que, a diferencia de las proyecciones de las agencias de Naciones Unidas, que anticipan un aumento de la población mundial hasta mediados de este siglo, se producirá un descenso rápido y acusado. Según estos autores, la humanidad no se enfrenta a un problema de superpoblación, sino de «un futuro en el que habrá una crisis demográfica que traerá consigo distintos beneficios: el riesgo de hambrunas disminuirá, la situación medioambiental mejorará, menos trabajadores exigirán mejores salarios y unas tasas de natalidad más bajas representarán mayores ingresos y autonomía para las mujeres. Pero no todo son buenas noticias: ya podemos ver los efectos del envejecimiento de la población en Europa y algunos puntos de Asia, y cómo la escasez de trabajadores debilita la economía e impone unas exigencias desmesuradas en el campo de la salud pública».[47] Si estos señores tienen razón habrán triunfado los agoreros del Club de Roma y sus secuaces, pero no porque sean buenos profetas, sino porque han puesto toda su maquinaria para

conseguirlo. Un estudio elaborado por el Instituto de Métricas y Evaluaciones de Salud de la Universidad de Washington, publicado en junio de 2020, asegura que la población mundial comenzará a reducirse a partir de la segunda mitad de este siglo,[48] dando la razón a Bricker e Ibbitson.

El colapso inducido o la adaptación

Y mientras esto sucede en el terreno de la demografía, en el ámbito económico, los decrecentistas[49] del Club de Roma se infiltran en movimientos ecologistas y en asociaciones de agricultores, ganaderos y comunidades de regantes para intentar sembrar su semilla y conseguir más adeptos a la causa: que las masas vuelvan a las cavernas, maniatadas con la soga verde, mientras las élites disfrutan de todo aquello que nos niegan a los demás. Bill Gates seguirá comiendo hamburguesas —su comida preferida— mientras a nosotros nos vende su mantequilla fabricada a base de metano.[50] Todo ello mientras se libra una guerra por los recursos energéticos, que son la verdadera moneda universal, en la que se pretende que los hogares se embarquen en una deriva suicida en el buque de la supuesta sostenibilidad.

A este respecto, el investigador español Luis Ignacio Gómez considera que la Agenda 2030 —marca sobre la que opera en nuestros días el Club de Roma— «nos embarca directamente en la gigantesca tarea de cambiar radicalmente nuestra forma de obtener energía. Se trata de alcanzar al mismo tiempo objetivos de sostenibilidad y "lucha" contra el cambio climático. Esto va a exigir un gigantesco esfuerzo porque el escenario medioambiental y económico del siglo XXI no se puede calificar de "todo va a ir bien". Más bien, es de esperar que las condiciones de vida y de trabajo sean más difíciles que fáciles en este siglo. No en el sentido de una gran catástrofe, sino en el sentido de diversos periodos de escasez en determinadas zonas geográficas, daños materiales y dificultades de adaptación». Problemas que se suman a los derivados del cambio climático natural en el círculo evolutivo del planeta y a los cuales nos

tenemos que adaptar, no intentar derrotarlos en una guerra imposible de vencer, como don Quijote con los molinos de viento. «Toda civilización se construye siempre sobre la base de un "sin embargo", se vive y se trabaja a la sombra de los peligros (que de hecho ocurren y causan víctimas). Y la experiencia nos dice que los costos de evitar cualquier peligro son siempre mucho más altos que los de adaptarse a ellos».[51]

Esta debería ser la prioridad de Gobiernos, *think tanks*, universidades, corporaciones y agrupaciones de la sociedad civil. Se deberían destinar los recursos disponibles a proteger a las poblaciones y las economías de un cambio climático que es inevitable. Mitigar de forma agresiva las emisiones de gases de efecto invernadero tiene un coste de oportunidad enorme que detrae tiempo y presupuesto para atender a las verdaderas prioridades, como luchar contra la pobreza, mejorar los sistemas sanitarios y educativos, garantizar las pensiones, promover la innovación y lograr economías productivas que operen en sistemas financieros sanos, esto es lo verdaderamente sostenible, pero, claro, implica un esfuerzo en múltiples áreas y la renuncia a utilizar la ingeniería social mediante la creación de adeptos a la secta del CO_2, una nueva religión con sus dogmas, profetas y tesoreros que es muy onerosa para los líderes de la misma y que, como hemos visto, tiene tantos padres como incentivos para mantenerla.

Es verdad que a lo largo de los años 2020 y 2021 la presencia de la «lucha contra el cambio climático» se redujo notablemente en los medios de comunicación debido a la llegada de la pandemia; no obstante, una vez que la alarma sanitaria fue desapareciendo, la cuestión volvió a resurgir de nuevo con fuerza. Ni siquiera la guerra de Ucrania, la pugna por Eurasia y la reconfiguración de Oriente Medio han hecho mella en ella (con la excepción de las soflamas de Donald Trump), gracias, en buena medida, a los avisos que continuamente lanza el IPCC en sus informes, cada vez más políticos, que anuncian catástrofes inminentes con el mantra de la «emergencia climática», otro término que en España ha calado especialmente, sobre todo tras el desastre del virulento episodio de

gota fría en octubre de 2024 (la terrible DANA) y los incendios del verano de 2025. Dos catástrofes nada imaginarias y cuyos efectos letales hay que buscar no en los cielos, sino en la tierra, donde toman decisiones los burócratas que, con el pretexto de salvar la naturaleza, ponen en riesgo las vidas y haciendas de los seres humanos.

En su libro *Premoniciones*, Alfonso Tarancón y Javier del Valle incluyen una reflexión adicional: «Resulta evidente que las agresivas políticas verdes relativas a energía, alimentación, normativas medioambientales, etcétera, nos han hecho enormemente débiles y dependientes, como la crisis desatada por la guerra de Ucrania ha demostrado. Europa ha tenido que dar marcha atrás en muchas de sus medidas para no quedar al borde del colapso energético y del desabastecimiento de muchas materias primas, mineras o agrícolas. El mundo es grande y complejo y obsesionarse con que todos nuestros males se deben al cambio climático nos lleva al reduccionismo, a un mayor empobrecimiento de los ya pobres y un enriquecimiento de los ricos, e incluso puede que al colapso económico».[52] Quizás sea demasiado tarde para evitar esta pérdida de peso económico europeo, porque hace veinticinco años cada gran empresa estadounidense tenía un equivalente alemán y/o francés. Hoy son las corporaciones chinas quienes suben peldaños en los *rankings* mientras Europa va camino de convertirse en un museo al aire libre.

Y en este caso los europeos no podemos atribuir a agentes externos, al menos exclusivamente, nuestro descenso a los infiernos. La política energética comunitaria es una excelente ilustración del suicidio económico del Viejo Continente —como ya expusimos en el capítulo dedicado a Alemania—, que se ha adoptado de espaldas a la realidad y con premisas geopolíticas profundamente erróneas. Los programas para extender la implantación de energías renovables no son compatibles con una ruptura comercial con los países que deben suministrar el gas asequible (Rusia) y los paneles fotovoltaicos (China). Si verdaderamente los burócratas europeos consideraran que las fuentes renovables son la gran solución para nuestros

problemas económicos y medioambientales habrían reforzado sus lazos con estos países, aunque ello hubiera implicado un enfrentamiento con Estados Unidos y su matón británico, además de reducir trabas regulatorias para impulsar la innovación. Nada de esto ha sucedido.

Ahora nos intentan convencer de que el dinero público, obtenido mediante emisiones masivas de deuda e impuestos, conseguirá superar esa dependencia, pero no se trata nada más que de un ardid para justificar la promesa a la Casa Blanca de que los países de la UE comprarán su gas natural licuado a precio de oro (que llega en metaneros altamente contaminantes y con riesgo de provocar vertidos), pero deja en el aire la cuestión de los paneles solares, cuyo mercado domina China a mucha distancia del resto. Y no ha conseguido el trono por tener salarios bajos o por inyectar enormes subsidios (como ya admite la prensa financiera norteamericana),[53] sino porque, a partir del año 2004, el gigante asiático decidió invertir de forma masiva[54] para tener toda la cadena de suministro en casa y liderar el mercado global. Europa no lo hizo y ahora culpa a los precios baratos chinos de su dependencia en un contexto de crisis energética derivada de las sanciones bumerán a Rusia. Y lo peor de todo es que, en lugar de intentar remediar la situación, los gobernantes del continente se dan por vencidos y envían su industria solar a Estados Unidos, que está haciendo sus propios esfuerzos para desarrollarse en ese sentido y que también ha llegado muy tarde a la fiesta. Las emisiones de CO_2 son absolutamente una cuestión accesoria en este proceso.

En definitiva, el cambio climático cumple en Occidente una función similar en la era de la información a la que desempeñaba el marxismo a la etapa del auge industrial: un relato ideológico (una parte de verdad exagerada y rodeada de mentiras) cuya misión principal es incrementar el poder de negociación de unos pocos sobre la producción y la distribución de la riqueza del conjunto de la sociedad, lo que altera las relaciones internacionales y lleva a Europa al matadero. El «desarrollo sostenible» es la llave maestra para justificar la transferencia de rentas de los bolsillos de los

ciudadanos/contribuyentes a las cuentas de las grandes empresas y sueldos directivos, compañías que, al no ser competitivas, secuestran/compran a los Gobiernos para realizar esta confiscación utilizando herramientas legales diseñadas a la carta. El escenario se completa con campañas de propaganda y demonización a los críticos, que pasan a ser calificados de «negacionistas», término que se emplea de forma indiscriminada para meter en el mismo cajón de sastre a los que cuestionaron la emergencia pandémica, los que critican el servilismo europeo en el contexto de la OTAN y, en general, toda voz discordante con el relato oficial, cuyas denuncias se consideran desinformación patrocinada por los rusos o los chinos, convirtiéndolas en delito. Y mientras esto sucede nos dicen que los países occidentales somos los abanderados de la libertad de mercado y la democracia. Llegamos así a los fundamentos de esta operación de saqueo institucional y represión social. Entremos en la madriguera del conejo que perseguía Alicia, pero ya les adelanto que no encontraremos ningún País de las Maravillas.

---

[1] Aforismo político popularizado en el siglo XX relacionado con la teoría de Carl Schmitt —fundamenta la idea de que la política necesita enemigos para existir— y atribuido de forma apócrifa a Henry Kissinger, aunque no haya constancia escrita del mismo.

[2] La hipótesis GAIA es un modelo que afirma que la atmósfera y la parte superficial del planeta se comportan como un sistema donde la vida se encarga de autorregular sus condiciones esenciales tales como la temperatura, composición química y salinidad en el caso de los océanos. Según este enfoque, la Tierra se comportaría como un sistema que tiende al equilibrio, lo que lo asimila a un ser vivo. La hipótesis inicial fue planteada por el químico James Lovelock en 1969, (aunque publicada en 1979). Fue el novelista y poeta William Golding quien le sugirió que la denominase «Gaia», como la diosa griega de la Tierra (Gaia, Gea o Gaya). Ver James Lovelock, *GAIA, a New Look at Life on Earth*, Oxford University Press, Oxford, 1979.

[3] *An Inconvenient Truth.* Dirección: Davis Guggenheim. Producción: Lawrence Bender, Scott Burns, Laurie David. Paramount Pictures, 2006.

[4] William Booth, «Al Gore, Sundance's Leading Man», *NBC News*, 26 de enero de 2006.

[5] Los gases de efecto invernadero (GEI) son componentes gaseosos de la atmósfera, tanto naturales como antropogénicos, que absorben y emiten radiación infrarroja. Esta capacidad de atrapar calor contribuye al efecto invernadero, que es esencial para mantener una temperatura habitable en la Tierra.

[6] Al Gore, *Earth in the Balance: Ecology and the Human Spirit*, Houghton Mifflin, Boston, 1992.

[7] Lorenzo Ramírez, «Al Gore también gana dinero con la nueva gripe», *Libertad Digital*, 5 de mayo de 2009.

[8] José-Ramón Ferrandis Muñoz, «El palo de hockey y los jugadores tramposos (primera entrega)», *joseramonferrandis.es*, 6 de mayo de 2023.

[9] Michael E. Mann; Raymond S. Bradley; Malcolm K. Hugues, «Global-Scale Temperature Patterns and Climate Forcing over the Past Six Centuries», *Nature*, 392, 1998, pp. 779-787.

[10] Se trata del Bristlecone Pine, *Pinus aristata* o pino del Colorado y el Limber Pine, Rocky Mountain White Pine o *Pinus flexilis*.

[11] José-Ramón Ferrandis Muñoz, «El palo de hockey…», *op. cit.*

[12] José-Ramón Ferrandis Muñoz, *Crimen de Estado*, Unión Editorial, Madrid, 2022.

[13] Hans von Storch; Eduardo Zorita; Julie M. Jones; Yegor Dimitriev; Fidel González-Rouco; Simon F.B. Tett, «*Reconstructing Past Climate from Noisy Data*», *Science*, 306 (5696), 2004, pp. 679-82.

[14] «The Third Assessment Report (TAR) of the Intergovernmental Panel on Climate Change (IPCC)», *World Climate News*, 19, Naciones Unidas, junio de 2001.

[15] Daniel Rodríguez Herrera, «¿Existe un consenso del 97% en torno al calentamiento global?», *Libertad Digital*, 22 de mayo de 2013.

[16] Andy May, *Politics and Climate Change, a History*, Andy May Petrophysicist, 2020.

[17] José-Ramón Ferrandis Muñoz, *Crimen de Estado…*, *op. cit.*

[18] Declaración promovida por la Fundación Climate Intelligence (CLINTEL). https://clintel.org/world-climate-declaration/

[19] Citado en Enrique Ortega Gironés; Stefan Uhlig; José Antonio Sáenz de Santamaría, *Cambios climáticos*, Editorial Aula Magna-McGraw Hill, Sevilla, 2024.

[20] Para un listado extenso de los autores de reconocido prestigio que se muestran en contra del dogma de la teoría antropogénica del cambio

climático, ver Hugo Rubio Águila, *Cambio climático ¿Hecho o fraude?*, Amazon, 2021.

[21] William K. Stevens, «U.N. Climate Report Was Improperly Altered, Overplaying Human Role, Critics Say», *The New York Times*, 17 de junio de 1996.

[22] Patrick Michaels; Caleb Stewart Rossiter, «The Great Failure of the Climate Models», *Washington Examiner*, 25 de agosto de 2019.

[23] Patrick Michaels, «Verdades inconvenientes del "Climategate"», *El Cato*, 14 de diciembre de 2009.

[24] Daniel Rodríguez Herrera, «El creador del palo de hockey reconoce que la ciencia en que se basó es incierta», *Libertad Digital*, 1 de julio de 2010.

[25] Análisis proporcionado por la Asociación Agraria de Jóvenes Agricultores (ASAJA). https://www.asajajaen.com/actualidad/la-ue-aprueba-la-ley-de-restauracion-de-la-naturaleza

[26] *Global Methane Assessment (full report)*, United Nations Environment Programme, 2021. https://www.ccacoalition.org/resources/global-methane-assessment-full-report

[27] Este escritor, profesor y ambientalista danés ha escrito varios libros, que recomiendo a todos nuestros queridos amigos. Dos de los más conocidos son *El ecologista escéptico* y *Falsa alarma*. Lomborg se describe a sí mismo como una persona de izquierdas y antiguo miembro de Greenpeace. La cita a la que hemos hecho referencia se encuentra en un artículo titulado «Otra historia de terror sobre el cambio climático», publicado en su blog en el año 2013. https://lomborg.com/news/otra-historia-de-terror-sobre-el-cambio-climatico

[28] Enrique Ortega Gironés; Stefan Uhlig; José Antonio Sáenz de Santamaría, *Cambios climáticos…*, *op. cit.*

[29] Declaración extraída de la entrevista realizada al profesor Enrique Ortega en *La Tribuna del País Vasco* por el periodista Jacobo de Andrés y publicada el 13 de agosto de 2024.

[30] Son diecisiete objetivos de desarrollo sostenible (ODS) u objetivos globales, interconectados, que fueron establecidos en 2015 por la Asamblea General de las Naciones Unidas. La Unión Europea pretende que se alcancen en su territorio en el año 2030. Son: fin de la pobreza; hambre cero; salud y bienestar; educación de calidad; igualdad de género; agua limpia y saneamiento; energía asequible y no contaminante; trabajo decente y crecimiento económico; industria, innovación e infraestructura; reducción de las desigualdades; ciudades y comunidades sostenibles; producción y consumo responsables; acción por el clima; vida submarina; vida de ecosistemas terrestres; paz, justicia e instituciones sólidas, y alianzas para lograr los objetivos fortaleciendo los medios de ejecución y revitalizar la alianza mundial

para el desarrollo sostenible. https://www.un.org/sustainabledevelopment/es/sustainable-development-goals/

[31] Robert M. Sollow, «Intergenerational Equity and Exhaustible Resources», *The Review of Economic Studies*, 41, 1974, pp. 29-45.

[32] Esta referencia debo atribuirla al autor español Luis Ignacio Gómez Fernández, que en su serie analítica sobre la Agenda 2030, publicada en la web *Disidentia*, emplea el título del famoso libro de Hayek *The Road to Serfdom*, Routledge Press, Londres, 1944. Luis Ignacio Gómez Fernández, «La Agenda 2030. ¿Camino de servidumbre? (I-V)», *Disidentia*, 16 y 23 de diciembre de 2020 y 6, 13 y 27 de enero de 2021.

[33] David Shearman; Josep Wayne Smith, *The Climate Change Challenge and the Failure of Democracy*, Praeger Publishers, Westport, (Connecticut), 2007.

[34] David Starr Jordan, «The Blood of the Nation: A Study of the Decay of Races through Survival of the Unfit», publicado en 1902 como una conferencia y posteriormente difundido como panfleto (American Unitarian Association, Boston, 1910).

[35] El Carnegie Institution of Washington (hoy Carnegie Institution for Science) financió en 1910 la creación de la Eugenics Record Office (ERO) en Cold Spring Harbor, dirigida por Charles Davenport y Harry H. Laughlin. Su objetivo era recopilar información genealógica de familias estadounidenses para «probar» que rasgos como la pobreza, la criminalidad, el alcoholismo o la discapacidad eran hereditarios. Fue uno de los centros más influyentes del movimiento eugenésico internacional. Entre sus actividades, el ERO colaboró con agencias estatales como la New York Bureau of Industries and Immigration, una oficina de asistencia social a inmigrantes. Con los fondos y asesoría del ERO, esa oficina recopilaba información sobre inmigrantes judíos, italianos, polacos y otros grupos considerados «indeseables». Esas listas buscaban identificar a quienes supuestamente tenían «defectos hereditarios» para recomendar su deportación, internarlos en instituciones o someterlos a esterilización forzada bajo las leyes eugenésicas estatales. Mary Harriman, heredera de la fortuna ferroviaria de la familia, aportó fondos decisivos para la fundación del ERO, y la familia Rockefeller financió otros programas de eugenesia y biología racial, tanto en Estados Unidos como en Europa (incluyendo instituciones alemanas en la República de Weimar que luego serían aprovechadas por los nazis). Estos aportes permitieron al ERO expandir sus estudios y mantener programas de «investigación social aplicada».

[36] Dambisa Moyo nació en Zambia y trabajó en el Banco Mundial y en Goldman Sachs como analista de estrategia global. Hoy es conferencista internacional, escritora y tiene asientos en varios consejos de administración de grandes corporaciones (Chevron, Barclays, 3M, Seagate). Su libro más

famoso es *Dead Aid: Why Aid Is Not Working and How There Is a Better Way for Africa*, Farrar, Straus and Giroux, Nueva York, 2009.

[37] Paul Ehrlich, *The Population Bomb*, Ballantine Books, Nueva York, 1968. El libro fue escrito también por la mujer de Ehrlich, llamada Anne H., pero la editorial insistió en que apareciera solo un autor.

[38] El primer Día de la Tierra se celebró el 22 de abril de 1970.

[39] Paul Ehrlich, *The Population Bomb…, op. cit.*

[40] Donatella H. Meadows; Dennis Meadows; Jørgen Randers; William Behrens, *Los límites del crecimiento: informe al Club de Roma*, 1972.

[41] La cita de Alan Gregg es heredera de otras muchas. Por ejemplo, la del británico John Burdon Sanderson Haldane, otro genetista que en 1927 publicó un libro titulado *El último juicio* en el que decía lo siguiente: «En el peor de los casos, nuestra tierra es solo un área séptica muy pequeña en el universo, que podría esterilizarse sin grandes problemas». Esencialmente, el mismo pensamiento se encuentra en la película *Matrix* (1999), cuando el agente Smith describe a la raza humana como un virus, una enfermedad, un cáncer del planeta.

[42] Alan Gregg, «A Medical Aspect of the Population Problem», *Science*, 121 (3150), 1955, pp. 681-682.

[43] Alexander King; Bertrand Schneider, *The First Global Revolution*, Pantheon Books, Nueva York, 1991.

[44] *El contrato social*, de Rousseau, publicado en 1762, fue tan solo un comentario teórico de la situación política de su Ginebra natal, que entonces era una ciudad-estado independiente de algo menos de 30.000 habitantes, gobernados por una pequeña oligarquía hereditaria de los jefes de las familias aristocráticas de Ginebra. La apelación de Rousseau al «pueblo» y a la «soberanía popular» fue realmente un ataque contra esa oligarquía, pero no, como hoy se pretende, una defensa de la democracia y la participación política universal. Lo que Rousseau tenía en mente al defender la «soberanía popular» eran los miembros de otro cuerpo político de Ginebra, el Gran Consejo, integrado por unos 1.500 miembros, entre los que se contaba, aliado de la aristocracia más selecta de la ciudad, la baja aristocracia hereditaria. Ver Hans Hermann Hoppe, *Democracy, The God That Failed*, Transaction Publishers, New Brunswick-Londres, 2001.

[45] Thomas Hobbes escribió *Leviatán* en 1651, en plena guerra civil inglesa. El título proviene de la Biblia, en referencia a un monstruo marino que aparece en el Libro de Job, bestia que Hobbes utiliza como metáfora del Estado soberano: una entidad gigantesca, formada por todos los individuos que ceden su poder a un soberano común.

[46] «En Europa, la maternidad ya no es el destino inevitable que fue durante siglos, especialmente para las mujeres. Cada vez más personas están decidiendo no tener hijos. Esta decisión, lejos de ser anecdótica o marginal, está transformando los modelos familiares, afectando a las políticas públicas y cuestionando los valores tradicionales que han sostenido a las sociedades europeas durante generaciones». Alejandra Maximoff, «Europa Childfree: ¿Por qué cada vez más personas deciden no tener hijos?», *Las Furias Magazine*, 5 de agosto de 2025.

[47] Darrell Bricker; John Ibbitson, *El planeta vacío. El shock del declive de la población mundial*, Ediciones B, Barcelona, 2019.

[48] Stein Emil Vollset *et al.*, «Fertility, Mortality, Migration, and Population Scenarios for 195 Countries and Territories from 2017 to 2100: A Forecasting Analysis for the Global Burden of Disease Study», *The Lancet*, 396 (10258), pp. 1285-1306.

[49] La cuestión del decrecimiento económico es la consecuencia lógica de los postulados de aquellos que piensan que no hay recursos suficientes para todos y hay que reducir el consumo de bienes y energía. Es una corriente de pensamiento que defiende la disminución regular y controlada de la producción. Los teóricos de esta escuela van incluso más allá de los que defienden el desarrollo sostenible porque dicen que este es incompatible con el crecimiento económico. Hablan de decrecimiento sostenible. En realidad, esto no es nuevo, es lo mismo que planteaba Malthus, aunque en esta versión 2.0 de su tesis tiene una especial importancia un determinismo energético que lo inunda todo y que les hace errar en sus supuestos. Por no mencionar que para aplicar una agenda decrecentista haría falta emplear medidas totalitarias restringiendo aún más las libertades. Uno de los máximos exponentes de esta escuela es el francés Serge Latouche y en España seguramente el más conocido sea Antonio Turiel, promovido por el Club de Roma.

[50] La *startup* Savor es una empresa estadounidense que ha contado con financiación del propio Bill Gates para elaborar una mantequilla artificial fabricada con metano, entre otros gases. El multimillonario invierte en otras empresas de comida artificial, aunque no consume los productos.

[51] Luis Ignacio Gómez, «Agenda 2030: Camino de Servidumbre (V)», *Disidentia*, 27 de enero de 2021, *op. cit.*

[52] Alfonso Tarancón; Javier del Valle, *Premoniciones: cuando la alerta climática lo justifica todo*, Editorial Rosamerón, Barcelona, 2023.

[53] David Fickling, «The Problem With China's Green Subsidies Is They Don't Exist», *Bloomberg*, 27 de octubre de 2025.

[54] Como resultado de estas inversiones masivas, China llegó a dominar por completo aspectos clave de la cadena de suministro solar. Por ejemplo, para

obleas y células respectivamente (componentes esenciales para la producción de módulos), la participación de China en el mercado global es respectivamente del 96,8 por ciento y 85,1 por ciento según la Agencia Internacional de la Energía.

7.

DEUDOCRACIA PANDÉMICA

Denme el control de la moneda de una nación y no me importará quién haga sus leyes.

MAYER AMSCHEL ROTHSCHILD[1]

A ninguna persona con un mínimo de entendimiento y espíritu crítico se le escapa que en los países occidentales se está produciendo un progresivo abandono de los valores que sirvieron de cimientos para construir unos sistemas políticos, sociales y económicos que están siendo carcomidos por el contagioso virus liberticida, provocando la desaparición paulatina de los mismos, haciéndoles perder su esencia y poniendo en peligro las instituciones que tanto tiempo y esfuerzo hemos tardado en construir. Las normas jurídicas, el lenguaje, el mercado y el dinero no surgieron y se desarrollaron por medio del ordeno y mando de una estructura centralizada —aunque desde muchos púlpitos se nos diga lo contrario—, sino que han emergido como consecuencia de un proceso evolutivo, de carácter descentralizado, en el que los individuos, persiguiendo sus propios fines y eligiendo los medios que tenían disponibles en cada tiempo y lugar, moldearon estas instituciones de forma orgánica. En un proceso de orden espontáneo que a lo largo de los milenios se fue puliendo en base a la prueba y el error.[2]

Evidentemente, la tentación de los burócratas por manejar estas cadenas vertebrales de los sistemas sociales era demasiado elevada y poco a poco fueron convenciendo a los pueblos de que era fundamental crear organizaciones verticales, de arriba hacia abajo, utilizando como tesis central la idea de Hobbes, ya expuesta en el anterior capítulo, que afirma la imposibilidad de que exista un orden espontáneo entre los seres humanos que no derive en violencia en

ausencia de un controlador que tenga el monopolio de la pluma y la espada. Progresivamente se fueron violando los principios generales del derecho, modelando el lenguaje para emplearlo como herramienta de control del pensamiento (idea brillantemente expuesta por George Orwell en su novela *1984*) y pervirtiendo el dinero, núcleo central de las relaciones económicas, hasta convertirlo en un instrumento de poder, envileciendo la moneda y arrancando de las sociedades el principal elemento que les permitía adoptar sus decisiones de consumo, ahorro e inversión, entorpeciendo su capacidad para afrontar el presente y el futuro con ciertas garantías de éxito. La manipulación del dinero realizada desde las autoridades monetarias, con la imprescindible colaboración de Gobiernos y entidades financieras, es primordial para entender cómo hemos llegado a la situación actual, con un modelo basado en el sistema del dinero/deuda que muchos desconocen, porque no se explica ni siquiera en las Facultades de Economía (puedo darles fe de ello) y, mucho menos, en la inmensa mayoría de consultoras y escuelas de negocios que, de una manera u otra, se aprovechan del sistema. El debate sobre la esencia de la institución del dinero se hurta, como sucede en el resto de los ámbitos de la vida, promoviendo un pensamiento único que no cuestiona la narrativa predominante, y así es muy difícil luchar para derribarlo.

Muchos se sorprenderían si supieran la cantidad de economistas de postín, directivos de empresas y consejeros de bancos y gestoras de inversión que no son conscientes realmente de cómo la estructura monetaria es un enorme fraude sobre el que se ha edificado una economía a la que se califica de liberal y capitalista, cuando en realidad su núcleo permanece en manos de una agencia central planificadora y coactiva que no eligen los ciudadanos. A través de esta estructura se intenta fijar el precio más importante de una economía: el tipo de interés, que es la referencia, el semáforo, que permite orientar —y coordinar a lo largo del tiempo—[3] las decisiones económicas de los individuos. Y esta manipulación genera distorsiones que, a la postre, son la causa estructural de las tensiones permanentes en la asignación de recursos y las culpables

de las crisis sociales recurrentes, que siempre afectan a aquellos que no tienen ni voz ni voto en la gestión del sistema.

La situación inflacionaria inherente al modelo actual de creación de dinero *ex nihilo* (de la nada) —lo que se conoce como el sistema fiduciario o *fiat*—[4] nunca es consecuencia de condiciones de mercado, no se trata de un fenómeno económico natural: es una decisión política tomada por quienes se benefician de ella a expensas de quienes la padecen. La emisión de moneda está intervenida por un cártel formado por financieros y políticos, que son los que determinan qué es dinero de curso legal, la cantidad de oferta monetaria y sus destinatarios que se financian a costa del resto de la sociedad vía emisiones de deuda e impuestos. Un sistema que crea burbujas recurrentes que alteran los ciclos económicos que generan un ciclo inestable de expansión-recesión que los que manejan las redes y disponen de la información, así como de los poco conocidos privilegios gubernamentales, aprovechan para captar activos de la economía real, vendiendo caro en el cénit de la pendiente del ciclo económico y después comprando barato una vez que todo se derrumba.

Como sucede en el juego de las sillas musicales, cuando se detiene la melodía todos deben buscar su asiento, pero no hay suficientes y siempre hay uno que termina con el trasero en el suelo. Los bancos centrales no solo se dedican a servir de prestamista de última instancia para rescatar permanentemente a las entidades financieras, sino que actúan como el director de orquesta, mientras los músicos (la banca privada) tocan al son que determina el planificador monetario y dejan de hacerlo cuando su batuta lo indica. Se privatizan los beneficios y se socializan las pérdidas. La consecuencia de todo ello es una deudocracia que va carcomiendo la totalidad de las estructuras de las sociedades —no solo las estrictamente económicas— y que actúa como el virus más peligroso, contagioso y letal, siendo el protagonista de la auténtica pandemia.

Una de las grandes derrotas en esta guerra planetaria por el control del relato se deriva de pensar que el sistema monetario-financiero

actual es fruto de un estado natural de las cosas y que los problemas se derivan de la ausencia de intervención coactiva por parte de las autoridades. Esto es rotundamente falso. No «es el mercado, amigos», expresión se ha popularizado en las redes sociales cuando algunos intentamos adoptar una visión de defensa de las libertades individuales en este corrupto sistema económico. Se trata de un secuestro —otro más— del dinero por parte de unas élites que desde hace siglos (especialmente en los últimos cien años) han violado esta institución, cuya evolución durante miles de años se ha detenido de forma abrupta para servir a los intereses de una minoría. Los que critican al sector financiero desde las filas de la «izquierda» no entienden el proceso de creación de dinero y atribuyen todo a un «neoliberalismo salvaje» que no existe; mientras, desde la denominada «derecha», se ataca a las figuras de los Estados eludiendo el papel de los banqueros con los que los Gobiernos forman una simbiosis perfecta, ganando ambos integrantes de la pareja a costa del resto.

El secuestro del dinero

Para entender la gravedad del nuevo sistema monetario y financiero es imprescindible insistir en la idea —siguiendo las tesis seminales de Carl Menger— de que el dinero es una institución evolutiva, que, a través de los siglos y mediante aciertos y fallos, se ha ido configurando sin que en su origen los gobernantes tuvieran nada que ver.[5] Más bien fue tras el surgimiento de los Estados cuando los políticos acabaron metiendo sus manos en el dinero para ayudar a sus queridos banqueros, porque la relación entre sistema financiero y sector público es tan estrecha que no se puede entender al uno sin el otro. Unos otorgan el privilegio de la concesión de crédito por lo que crean dinero *ex novo* (que no procede del ahorro real) y los otros adquieren la deuda pública que emiten los Tesoros financiando sus compromisos y promesas políticas. Un matrimonio de conveniencia, aunque de vez en cuando se peleen y uno de ellos acabe durmiendo en el sofá durante unos cuantos días.

Esta relación es una gran desconocida, de una pareja que vive precisamente a costa de generar pérdidas de poder adquisitivo en los hogares y dificultar el trabajo de los emprendedores, aunque beneficia a los gigantes empresariales que, como avanzaba en sus escritos hace casi un siglo el economista Joseph Schumpeter, se han convertido en una especie de grandes ministerios corporativos que no son capaces de cumplir su función económica y social. Se han transformado en organismos burocráticos,[6] atenazados por las tareas administrativas, más preocupados en obtener partidas del presupuesto público que de responder a las necesidades de sus clientes ofreciéndoles productos atractivos al mejor precio posible. Aspiran tan solo a mantener sus márgenes con políticas proteccionistas de sus cómplices legisladores y engordan sus cuentas gracias a las ayudas públicas, mientras se financian en los «mercados» donde utilizan la pólvora real que le facilitan los bancos centrales. En algunos casos incluso les compran directamente los bonos que emiten, como sucede en Japón o en la propia Unión Europea desde el famoso *whatever it takes* de Mario Draghi, el bombero pirómano que, tras la crisis de 2008, convirtió al Banco Central Europeo en un gigantesco *hedge fund*, nutrido con el sudor de las frentes de los trabajadores del Viejo Continente y la pérdida de poder adquisitivo de los ahorradores.

Teóricamente, los bancos centrales tienen como misión principal el control de la inflación, pero en realidad trabajan para mantenerla en el tiempo, aunque sea de forma limitada. La inflación es el gran impuesto silencioso, el hijo legítimo del matrimonio entre Gobiernos y banca. No se intenta evitar, se fomenta por los poderosos incentivos que existen en el sector político y empresarial para alimentarla: el déficit público crónico, la licuación de la deuda, el crédito permanente que lleva al endeudamiento masivo y la subida de las bolsas que refleja el terrible axioma de «cuanto peor, mejor». Son los ingredientes de un cóctel molotov que más tarde o más temprano explota, y perjudica a los pequeños ahorradores que se han subido en la montaña rusa en el peor momento del ciclo para evitar desesperadamente que su patrimonio se destruya como

consecuencia del ascenso continuo de los precios, al mismo tiempo que reclaman a sus empleadores subidas salariales que perpetúan y cronifican el problema. Son los denominados «efectos de segunda ronda» que sirven de excusa para detener por un tiempo la maquinaria de la liquidez.

Henry Hazlitt explicaba muy bien cómo la inflación cubre cualquier proceso económico con un velo de ilusión: «Confunde y engaña a la inmensa mayoría, e incluso a quienes sufren sus consecuencias. Estamos todos acostumbrados a medir nuestros ingresos y riqueza en términos monetarios. Este hábito mental es tan poderoso que incluso economistas y estadistas profesionales no pueden deshacerse de él. Es difícil estar atentos siempre en las relaciones económicas a los bienes y bienestar reales que las suscitan. ¿Quién de nosotros no se siente más rico y satisfecho cuando oye decir que la renta nacional se ha duplicado (en dólares, por supuesto), en comparación con la de algún periodo preinflacionario? Incluso el empleado que percibía 25 dólares y ahora gana 35, cree que ha mejorado de situación, aunque ahora todo le cueste doble que cuando ganaba 25 dólares. No es que permanezca ciego ante el alza experimentada en el costo de la vida. Pero no advierte tan claramente su situación real actual como lo hubiera hecho si, hubiera permanecido inalterado el actual coste de la vida y le hubiera sido reducido el salario al objeto de asignarle el mismo poder adquisitivo más reducido que ahora posee como consecuencia del alza en los precios y aun a pesar del aumento conseguido en términos monetarios. La inflación es la autosugestión, la hipnosis o anestesia que amortigua el dolor de la operación. Es el opio del pueblo».[7]

Rescates «estratégicos»

Para justificar este apoyo institucional a un selecto club de elegidos se nos presentan planes recurrentes que amparan las emisiones de deuda pública financiadas con la barra libre monetaria, y se les ponen nombres rimbombantes, como la *Europa Next Generation* o el *Make America Great Again*, que utilizan barreras comerciales selectivas y el dinero de los Tesoros nacionales —ese que la

exministra Carmen Calvo dice que «no es de nadie»—[8] para proteger a las «empresas estratégicas» que pierden comba contra sus rivales internacionales. Compañías en cuyos consejos de administración acaban sentados en no pocas ocasiones los mismos políticos que les entregaron los fondos de los contribuyentes. Aquí hay pocos inocentes, todos los sectores están implicados: energía, banca, construcción, motor, industria química, sector militar… salvemos a las multinacionales occidentales con el dinero de aquellos que lo ganan con su esfuerzo, sin privilegios ni ayudas y entreguémosles de vez en cuando algunas migajas para que no se sientan esquilmados.

Es aquí donde se enmarca el plan para el «rearme europeo» con motivo de la guerra de Ucrania o el «plan de competitividad» diseñado por Mario Draghi y que llevaba muchos años en un cajón esperando el momento de ser presentado en sociedad para respaldar argumentalmente este expolio. Seamos claros al respecto porque aquí no valen medias tintas: todos y cada uno de los programas de desembolso de dinero público europeo al sector privado (bajo emergencia pandémica, climática, bélica o económica) se enmarcan en un contexto de expropiación y transferencia de rentas de los hogares y emprendedores a las grandes corporaciones y Tesoros nacionales. Saqueo realizado mientras el *establishment* académico y mediático jalea el proceso, incluido un buen puñado de liberales de salón que (en no pocos casos) deben sus ingresos a este sistema corrupto.

Se trata de uno de los grandes males de Europa que, paradójicamente, quiere imitar la Administración estadounidense al poner en marcha programas de gasto público para cubrir con demanda pública lo que no consigue la privada. A costa, claro está, de detraer recursos de otras partes de la economía. Ha llegado un momento en el que casi todos los sectores son calificados de estratégicos para ser mimados, intervenidos, rescatados, en una especie de unión existencial en la que no sabemos dónde acaba el Estado y dónde comienza la gran corporación, y formar así las dos caras de la misma moneda.

Y esto a quien perjudica no es solo a los ciudadanos de a pie, que pasan a ser, además de consumidores, contribuyentes forzosos y financiadores de este sistema de privilegios estatales a los sectores protegidos. También impacta, y de manera notable, a unas pequeñas y medianas empresas que compiten en condiciones desfavorables, pero no porque las compañías de países extranjeros produzcan más y más barato, sino porque son expulsadas del sistema por sus propios gobernantes que, justificando las ayudas a las corporaciones de los denominados sectores estratégicos —que plantea la tan manida teoría de que hay que crear campeones nacionales—, acaban con el emprendimiento nacional de los verdaderos empresarios.

¿Quiénes son estos emprendedores? Los que tan acertadamente describe el economista estadounidense de origen británico Israel Kirzner, que sigue la senda establecida por los autores austriacos Mises y Hayek, que interpretaron el sentido de la función empresarial como una cuestión dinámica, basada en la acción humana, que está necesaria e inexorablemente unida a una actitud que consiste en intentar continuamente buscar, descubrir, crear o darse cuenta de nuevos fines y medios para satisfacer las necesidades de la sociedad.[9] Pero no solo desde un punto de vista económico y financiero, sino también social. Kirzner argumentaba que el ejercicio de la empresarialidad desde este punto de vista implica una «especial perspicacia», es decir, un «continuo estar alerta», que hace posible al ser humano descubrir y darse cuenta de lo que ocurre a su alrededor para poder satisfacer necesidades ajenas, descubrir desequilibrios y solventarlos con ideas que ayuden a la sociedad a crecer y evolucionar. Una función social de la que poco se habla[10] y que se está destruyendo a martillazos.

Un concepto del empresario que parece haberse olvidado en los últimos años y que deriva en el de «empresaurio» que sustrae la esencia vital y económica de las sociedades por su cercanía con el poder, configurando el auge del actual capitalismo de Estado, que no es tan distinto, lamentablemente, al autodenominado «socialismo de mercado» chino, un término que es a primera vista contradictorio,

pero que encierra un modelo híbrido que pretende convertirse en una especie de patrón o estándar en los países de la órbita de la alianza BRICS, que aspira a pelear por la hegemonía que ostenta la OTAN y promueven un orden multipolar que, en no poca medida, es el mismo perro con distinto collar, al menos en el plano monetario. En el ámbito económico esto se traduce en la cada vez más frecuente envidia por parte de líderes occidentales —que suele tornar en cierta admiración— por los sistemas autoritarios que consiguen aumentos de la producción, de la actividad y de los niveles de vida, al mismo tiempo que se intenta coartar a los ciudadanos y emprendedores, al usar barreras comerciales y castigar a los contribuyentes para salvar a los productores, que no pueden competir en determinados sectores estratégicos y que requieren ingentes recursos públicos para desarrollarse.

La presente estatalización de las empresas, corporativismo del Estado —o plutocracia, si preferimos considerar que el timón lo llevan los directivos de las multinacionales—, provoca profundas ineficiencias que amenazan la esencia de lo que todavía queda en pie de las maltrechas democracias liberales. La imposibilidad del cálculo económico en un entorno de planificación socialista[11] (con el precio más relevante, el tipo de interés, intervenido) —que no es exclusiva de formaciones políticas de «izquierda»— se muestra en todo su esplendor, aunque se pretenda emplear la tecnología para alcanzar modelos centralizados alcanzando un nivel de omnisciencia que solo posee Dios.[12] Deben ser los precios los que sirvan de señales para conseguir los diferentes equilibrios entre necesidades de consumidores y acciones de productores, pero estos precios están tan intervenidos y manoseados que han dejado de cumplir su función, lo cual ha permitido a burócratas y legisladores aprovecharlo como excusa para fijarlos, generando problemas de escasez y desabastecimiento. Esto no es exclusivo de países como Cuba o Venezuela, sino que se está exportando el modelo a Europa y en no poca medida se corre el peligro de normalizarlo en Estados Unidos.

Una bomba de relojería

La Escuela de Chicago y los monetaristas discípulos de Milton Friedman critican a los economistas *neokeynesianos* por su excesivo intervencionismo, pero no se atreven a dejar que sea el mercado quien determine el tipo de interés. La desaparición del sistema del patrón oro y la llegada del modelo del dinero *fiat* abrió la puerta a la emisión masiva de dinero/deuda, iniciando una carrera para aumentar los pasivos del sector público, que son empleados para comprar votos con supuestas políticas sociales y asegurar el favor de las grandes multinacionales, laminando la competencia de las pymes como hemos comentado antes. Todo ello con la falaz excusa de buscar el «interés general» y ocultar que, en realidad, lo que se persigue es el interés particular de aquellos que determinan, en cada momento y lugar, lo que es el supuesto «interés general».

La historia demuestra que el sistema de bancos centrales y manipulación monetaria «ha ido continuamente en contra del interés público, centralizando, devaluando y politizando la moneda. El resultado de esta política es que las monedas *fiat* no cumplen hoy con las propiedades que tiene que tener el dinero (…) Pero ¿y si el papel de los bancos centrales fuera precisamente destruir el bien público que se supone que representa la moneda, para utilizarla como herramienta de expolio legal a través de la inflación monetaria, y provocar inestabilidad económica mediante la manipulación de los tipos de interés del mercado para utilizarla como arma contra las libertades individuales mediante el control cada vez mayor del Gobierno sobre la vida de las personas? En este contexto, la promesa de una moneda digital del Banco Central Europeo (CBDC) puede considerarse la culminación de este ataque coordinado contra el verdadero bien público».[13] Abordaremos esta cuestión un poco más adelante.

La crisis de deuda que afecta a todo el planeta ha puesto de manifiesto las graves consecuencias del aumento del tamaño del sector público que ha caracterizado la actividad económica del principio del siglo XXI, un fenómeno que se ha visto acompañado por un incremento del pasivo del sector privado gracias a la

manipulación a la baja de los tipos de interés, especialmente desde la crisis de 2008, y tuvo su nivel más elevado durante la pandemia, periodo en el que se creó mediante inyección monetaria la mayor cantidad de dinero desde que existen registros.[14] Les ofrezco un simple dato para ilustrar la magnitud de esta bomba de relojería: la deuda total mundial equivale al 328 por ciento de todo el producto de las economías planetarias.[15]

Existe la creencia generalizada de que toda esta deuda nunca se va a pagar y que solo se abonarán los intereses, en un proceso que necesita tipos de interés reducidos para no colapsar. Sobre esta premisa se mueven los grandes gigantes corporativos y los Ministerios de Hacienda, confiando en que desde las altas esferas se pueda mantener este frágil sistema que, de tanto en tanto, muestra su verdadera faz con incrementos de las rentabilidades de los bonos que provocan terremotos políticos y económicos. Es imposible poner puertas al campo y por mucho que los ingenieros sociales —en este caso, monetarios y financieros— se afanen por controlar los intereses de la deuda, al final los poseedores de los títulos, los acreedores, terminan rompiendo el espejismo.

Podríamos tener la tentación de pensar que son los países con menos recursos quienes impulsan la deuda planetaria, pero son precisamente las economías más avanzadas las que tienen un mayor peso en el incremento de estos pasivos, porque pretenden salir de su estado catatónico mediante la creación de dinero sin fin, antes imprimiendo los billetes y ahora pulsando botones del teclado. La tan denostada austeridad europea es tan solo una entelequia, los escasos países que logran superávit fiscal lo obtienen gracias a su especial situación de aislamiento y refugio financiero, como Suiza, o porque disponen de activos atractivos para exportar, como sucede con Noruega y los hidrocarburos.

Los tradicionales límites de déficit y endeudamiento fijados por ley se saltan a la torera —en Estados Unidos también, incluso más que en la eurozona por el estatus del dólar como divisa de reserva global — en cuanto surge un nuevo enemigo: bien sea el cambio climático, la Rusia de Putin, la China de Xi, pandemias globales o, como

apuntaba en el año 2011 el premio Nobel de Economía de referencia de Barack Obama, el ínclito Paul Krugman, porque nos enfrentemos a una invasión alienígena.[16] «Si descubriéramos que los extraterrestres estaban planeando atacar y necesitáramos una inversión masiva para contrarrestar la amenaza, la inflación y el déficit presupuestario serían un problema secundario y esta recesión podría terminar en dieciocho meses», porque permitiría a las Administraciones Públicas disparar el gasto en infraestructuras y defensa, argumentaba el economista en un ejemplo perfecto de la estropeada brújula que guía los designios económicos.

Aunque esta reflexión de Krugman pueda parecer una astracanada más del circo político y mediático permanente, posee un sustrato ideológico erróneo que sigue vigente, a pesar de que en el siglo XIX la tesis fue desmontada, aunque no neutralizada. Se trata de la «falacia de la ventana rota» expuesta por el economista y legislador francés Frédéric Bastiat en un ensayo titulado *Lo que vemos y lo que no vemos*, en donde explica, de forma sencilla, la realidad que subyace tras los procesos de reconstrucción económica, tan de moda en nuestra época, después de que se haya producido algún tipo de desastre natural o provocado. Bastiat pone el ejemplo de un chico travieso que lanza un ladrillo contra la ventana de la panadería de su barrio, rompiendo el cristal del escaparate. El comerciante intenta atrapar al muchacho, pero este huye al mismo tiempo que un grupo de curiosos se arremolina en torno al establecimiento. Los presentes comienzan a filosofar acerca del incidente, sugiriendo que, después de todo, la desgracia puede tener su lado bueno: creará negocio para el profesional que sustituya el cristal, lo cual a su vez beneficiará a otras tiendas del barrio porque el vidriero gastará sus ganancias en otros comercios, de forma que «la ventana rota generará dinero y empleos en forma de espiral y la muchedumbre concluirá, entonces, que el chico travieso lejos de ser una amenaza pública, ¡se ha convertido en un benefactor social!».[17] Evidentemente, esta perspectiva olvida al gran damnificado: el panadero que tendrá que afrontar el coste de arreglar el escaparate.

Este simple relato sirve a la perfección para comprender lo que sucede cuando tras una guerra se nos habla de las grandes oportunidades que supone la reconstrucción en materia de actividad empresarial y generación de puestos de trabajo, pero olvida que alguien tiene que pagar todo lo que se ha destruido. Y en esta realidad, como ya habrá advertido el audaz lector, los panaderos que pagan los cristales rotos somos los sufridos ciudadanos con impuestos, pérdida de poder adquisitivo (inflación) y nuevas losas de deuda para financiar el ingente gasto público, para mayor gloria de las empresas que realizan la reconstrucción y de los administradores que cobran mordidas por ello. El caso de Irak fue bien revelador y el de Ucrania lleva el mismo camino.[18]

Sobre este particular es adecuado realizar una consideración que diferencia a nuestra época de tiempos pasados. Antes, las expansiones de gasto público con la ayuda de la banca central se realizaban casi exclusivamente en etapas de recesión para insuflar aire artificial a las economías que, siguiendo la tesis de Keynes, se ahogaban por el miedo de los «espíritus animales» que invaden a consumidores y empresarios cuando el ciclo alcista toca a su fin.[19] El sector público debía acudir así al rescate del privado para que la música no dejara de sonar, que protegía los puestos de trabajo y evitaba un desplome que llevara a los países a la catástrofe. Sin embargo, ahora los rescates —bien sean directos o mediante inyecciones monetarias— llegan antes de que se produzca el necesario ajuste tras etapas de *booms* artificiales. Lo cual provoca que la bola de nieve de la deuda se haga más grande y que, al mismo tiempo, se mantengan y extiendan las ineficiencias económicas, lo que afecta a las posibilidades de desarrollo futuras.

Nos hemos acostumbrado a vivir entre empresas zombis, que caminan sin rumbo, generan empleo ficticio (subvencionado) y presentan cuentas de resultados dopadas con los fondos públicos (o protegidas por regulaciones, como es el caso de los aranceles). Aquí es donde entran en el terreno de juego los profetas de la Teoría Monetaria Moderna (TMM) con sus palas y sacos de tierra para enterrar lo poco que queda de ortodoxia monetaria e intentar

convencernos de que la capacidad de los organismos de creación de dinero es ilimitada y que la deuda no importa. Sorprende comprobar la cantidad de adeptos que tiene este marco conceptual, a pesar de que ha demostrado su falta de consistencia en numerosas ocasiones, con múltiples y catastróficos ejemplos de lo que siempre (en todo momento y lugar) sucede cuando se envilece la moneda: que los usuarios la rechazan, por lo que la emplean solo para pagar por bienes y servicios mientras ahorran en dinero real.[20] Esto explica el aumento del precio del oro en el final del primer cuarto de siglo XXI —antes limitado por los bancos de inversión para no mostrar la verdadera inestabilidad del sistema— y el auge de bitcoin como alternativa digital descentralizada al metal amarillo, que sirve de depósito de valor.[21]

Creación sistemática de burbujas

El gran elefante en la habitación del que nadie quiere hablar es que la crisis inmobiliaria que estalló en 2007 en Estados Unidos, lo que se llevó por delante al gran banco de inversión Lehman Brothers y provocó un *shock* financiero global, no se ha superado después de casi veinte años. Los rescates bancarios dejaron paso a las estériles promesas de reformar el sistema,[22] y cuando la Reserva Federal intentó retornar a una cierta ortodoxia monetaria subiendo tipos de interés en el año 2018, se dio cuenta de que las heridas todavía no habían sanado. De hecho, los banqueros centrales de todo el planeta fueron conscientes de que el esqueleto sobre el que se había edificado el mundo monetario y financiero se había resquebrajado y amenazaba su propia supervivencia, aunque se prepararon reforzando sus reservas mediante la compra de oro. La autoridad monetaria de China llevaba la delantera, porque tras la crisis del Maidán había sido capaz de anticiparse a sus adversarios, que se sumaron a la adquisición de lingotes para afrontar un futuro incierto. La llegada de la pandemia fue la última presa derribada en el muro monetario y las inyecciones de liquidez artificial alcanzaron niveles sin precedentes. La emergencia pandémica justificó el

endeudamiento masivo, monetizado a través de la creación masiva de dinero. En solo cinco años, de 2020 a 2025, se generó *ex novo* casi la mitad de toda la masa monetaria existente.[23]

El primer gran aviso de que el sistema estaba implosionando por su adicción permanente a la liquidez artificial se produjo años antes de la crisis *subprime* y tuvo como protagonista a la industria de internet, que hoy vuelve a liderar las ganancias bursátiles en un escenario muy similar al de finales de los años noventa del pasado siglo, con el auge de las entonces compañías «puntocom», sustituidas hoy por las multinacionales de Silicon Valley y su apuesta por la inteligencia artificial. Entre 1995 y marzo del año 2000 la cotización del principal índice bursátil tecnológico estadounidense, el Nasdaq, registró un increíble aumento del 400 por ciento. Cuando se pinchó la burbuja el desplome provocó quiebras masivas[24] y una crisis de la cual se salió al estilo Krugman: con los desembolsos públicos en el contexto de la «guerra contra el terror» promovida tras los atentados del 11S. No eran extraterrestres, sino yihadistas criados a los pechos de Occidente, pero daba igual, su función era la misma. La burbuja se produjo porque muchas empresas tecnológicas de nueva creación se concentraron en la inversión, en la mayoría de los casos especulativa, sin disponer de un modelo de negocio sólido y con perspectivas de rentabilidad absolutamente infladas. Los bancos suministraban los préstamos y la Reserva Federal subía el volumen de la música para que no se escucharan los gritos de denuncia.

Entonces, como ahora sucede con el auge de la IA, los mercados financieros premiaban el crecimiento futuro —como en el cuento de la lechera— y obviaban los fundamentos de los negocios que financiaban. Esto es posible porque el crédito no procede del ahorro, sino que se crea sin ningún tipo de respaldo más allá del visto bueno de la directiva del banco y de la autoridad supervisora, lo cual lleva aparejado un evidente riesgo moral que solo se menciona cuando llegan las épocas de vacas flacas. La liquidez aparece por arte de birlibirloque pero abre una brecha entre la economía financiera y la real y provoca burbujas que están destinadas a explotar, tarde o

temprano, porque no hay sustento que las mantenga de forma indefinida. Y si no se permite que estallen, como sucede en el momento que estoy escribiendo estas líneas, los problemas estructurales se enquistan y crecen de forma soterrada, como los tumores malignos que si se deja pasar el tiempo son imposibles de extirpar.

El fundamento de este sistema fraudulento es la acumulación progresiva de deudas por parte de individuos y empresas en los periodos de auge económico, empujados a elevar sus pasivos por los bajos tipos de interés y la laxitud en la concesión de créditos, que les incentiva a firmar compromisos de pago que, cuando llega la recesión, no son capaces de afrontar. Las empresas realizan inversiones que solo son rentables con unos tipos de interés artificialmente bajos y deben liquidar sus activos en el momento en el que la marea baja y quedan al aire las vergüenzas individuales. Como consecuencia de ello surge la desconfianza y los bancos cierran el grifo, mientras los supervisores monetarios recuperan el discurso oficial y proclaman su mantenimiento en la nunca perseguida lucha contra la inflación. Entonces acude la Administración Pública al rescate, que provoca una crisis de deuda que exige un aumento de los ingresos fiscales y un ajuste del gasto estatal. Este es el modelo[25] que está en vigor desde el surgimiento definitivo del sistema de dinero *fiat* con el abandono del patrón dólar-oro por parte de Richard Nixon, aunque, en realidad, fue Franklin Delano Roosevelt quien dinamitó el modelo cuando aprobó la Orden Ejecutiva 6.012 que expropió el oro por mandato gubernamental.[26]

El fin del patrón oro

En plena Gran Depresión (1929-1933), la economía norteamericana experimentaba una ola de quiebras bancarias y un desempleo que superaba el 25 por ciento. En este escenario, los ahorradores acudían en masa a sus entidades financieras a convertir sus dólares en oro, lo cual limitaba la capacidad institucional para expandir la masa monetaria y aplicar las mal denominadas «políticas de

estímulo». Roosevelt llegó a la Casa Blanca en marzo de 1933 y su primer objetivo fue desligar el dólar del oro y así romper el único vínculo que garantizaba un respaldo del papel moneda por un dinero mercancía, que tuviera un valor intrínseco más allá de lo que determinara cualquier autoridad gubernamental.[27] La justificación de esta expropiación ilegítima ha sido múltiple y variada por parte de los altavoces mediáticos de este sistema corrupto, pero economistas como Elgin Groseclose muestran cómo la orden ejecutiva de Roosevelt formaba parte de un esfuerzo más amplio para degradar deliberadamente el dólar, hacer subir los precios, nacionalizar los mercados del oro e impagar los bonos basados en el metal precioso mientras engañaba a la población prometiendo que el dólar «dentro de una generación» tendría «el mismo poder adquisitivo y de pago de la deuda» que antes de la confiscación.[28]

Sucedió todo lo contrario, en 1934 la Administración norteamericana aprobó la Gold Reserve Act, que consolidó el control estatal sobre los lingotes y provocó una devaluación masiva de la divisa de Estados Unidos, con un desplome del 70 por ciento de su valor en términos de oro. Los ciudadanos entregaron (forzosamente) su metal amarillo a un precio de 20 dólares de la onza y el Tesoro pasó a valorarlo a 35 dólares, capturando para sí la plusvalía generada, lo que fortaleció las reservas y otorgó, por parte de magia, una munición financiera extra para financiar el New Deal.

Poco después, para concluir este golpe mortal al sistema monetario libre de injerencias, llegó el Acuerdo de Bretton Woods de julio de 1944, a punto de finalizar la Segunda Guerra Mundial. Al conclave acudieron representantes de 44 países y fue la delegación estadounidense quien salió triunfadora, tras un enorme debate entre las propuestas ofrecidas por John Maynard Keynes (Reino Unido) y Harry Dexter White (Estados Unidos), el enviado del Tesoro norteamericano consiguió convencer a la mayoría de los participantes para instaurar un nuevo sistema monetario internacional en el cual se fijaban tipos de cambio fijo de las divisas nacionales respecto al dólar.

De esta manera, la divisa de Estados Unidos tomaba el relevo a la libra como moneda de referencia internacional, sobre todo gracias a una segunda condición que fue imprescindible para el poderío financiero norteamericano posterior. Además del tipo de cambio fijo respecto al dólar, se pactó que los bancos centrales de los Estados miembros podrían intercambiar sus reservas de dólares por oro en el momento que considerasen conveniente, pero al precio fijo de 35 dólares por onza (como fijaba la Gold Reserve Act de Roosevelt). A través de este mecanismo, completamente arbitrario, Estados Unidos se convirtió en la nación con más reservas de oro acumuladas de toda la historia, pero siempre con la obligación de mantener estable la oferta de dólares dentro del sistema, porque, de lo contrario, el resto de los miembros podrían solicitar el cambio de estos por onzas de oro, como ocurriría casi tres décadas después lo que forzó a Nixon a desvincular completamente el dólar de su respaldo físico en forma de metal precioso.

El profesor español Daniel Fernández expone cómo «múltiples voces han puesto énfasis en la guerra de Vietnam como causa principal» de la decisión adoptada por Nixon, porque el desembolso de dinero público para hacer frente a la contienda llevó al Tesoro norteamericano a una situación de «incapacidad para devolver el oro a sus legítimos dueños». Sin embargo, la degradación en la calidad del dólar había empezado mucho antes: las reservas netas de Estados Unidos cayeron a partir del año 1949 —tan solo un lustro después de Bretton Woods— y entraron en terreno negativo al comienzo de la década de los años sesenta. «El dólar no era más que una promesa (pasivo) a entregar una cantidad de oro determinada y que Estados Unidos tuviera reservas netas negativas significaba que había emitido muchas más promesas a entregar oro que el metal que tenía disponible para cumplirlas, lo que provocó el mayor impago de la historia».[29] Por eso los especuladores atacaron al dólar, porque, como sucede con los buitres, habían detectado un moribundo del que alimentarse. Esta es otra lección que debemos extraer: los especuladores no devoran entidades sanas, necesitan

detectar debilidades estructurales en sus víctimas: oler la enfermedad.

Antes de continuar debemos exponer una aclaración sobre la conveniencia del patrón oro, aunque sea en su versión dolarizada. Algunos autores reclaman, desde que se firmó la Paz de Versalles, que en realidad este corsé monetario es un obstáculo para el desarrollo económico, al limitar las posibilidades de emisión de billetes (físicos o electrónicos) a la producción mundial de oro, cuya escasez es precisamente lo que vacuna al modelo del virus inflacionario. De ser cierta esta tesis, permitiría explicar, al menos en parte, la a todas luces insuficiente acumulación de reservas de oro por parte de los bancos centrales desde 1945 hasta el colapso del patrón dólar-oro e implicaría que la ruptura entre metal y divisa se habría producido de todas formas. El dilema de Triffin se había revelado como cierto.[30] En ese paréntesis de la historia, las reservas de onzas del metal amarillo por millón de dólares del PIB mundial se redujeron en dos terceras partes. Pero ahora las tornas han cambiado, la demanda de oro crece como la espuma ante la evidencia de movimientos telúricos que aumentan el apetito por los activos refugio.

En este contexto, pensar en la deuda pública como un elemento de protección ante las turbulencias económicas —como se ha hecho tradicionalmente— calificándola incluso de «renta fija», puede ser un error fatal, sobre todo para los ahorradores particulares que no tienen un salvavidas como el que poseen los bancos. Las entidades financieras obtienen compromisos por parte de los tesoros nacionales de que los bonos que adquieren para financiar los gastos gubernamentales no supondrán una carga, lo que supone otra violación clara de las reglas de mercado. En Estados Unidos la secretaria del Tesoro de la Administración Biden —citada en páginas anteriores—, Janet Yellen, prometió a la gran banca norteamericana recomprar sus títulos de deuda pública al precio que fueron adquiridos para evitar que las quiebras de entidades en la primera mitad de 2023 provocaran una crisis financiera.

Como este caso hay muchos, aunque no suelan destacarse en las primeras páginas de los diarios financieros debido a que ponen en evidencia el doble rasero del sistema monetario. Si a esto le sumamos la inflación, que licua el valor de la deuda perjudicando al acreedor y favoreciendo al deudor, entonces tenemos una situación de impago permanente que afecta, sobre todo, a los tenedores de bonos del Tesoro norteamericano y de los países europeos. El crecimiento sostenido del peso de la deuda sobre el PIB necesita ser acompañado de tipos de interés decrecientes para mantenerse, junto con políticas de expansión monetaria (la mayoría de ellas aplicadas desde las puertas traseras de los bancos centrales) que poco a poco diluyen el atractivo de los bonos de los tesoros (incluso del norteamericano) como activos refugio. Y como el dinero es deuda, entonces el dólar se ve afectado también por este aumento de la desconfianza, al cual ha contribuido de enorme manera usar el sistema financiero como un arma en relación con la guerra de Ucrania y las sanciones bumerán.[31] Todo ello dificulta la capacidad de financiar los servicios públicos, particularmente si al mismo tiempo se eleva el presupuesto destinado a la industria militar y los rescates corporativos discrecionales.

¿Es posible la desdolarización global?

Esto no implica que se haya iniciado un proceso de desdolarización global, como se apunta desde la trinchera argumental de los países de la órbita de los BRICS, en análisis voluntariosos que confunden la realidad con los deseos de quienes anticipan la muerte de la divisa estadounidense o, en el mejor de los casos, la pérdida de su estatus hegemónico. Es cierto que a raíz del enfrentamiento en el Este de Europa y la ofensiva arancelaria de Trump han aumentado los incentivos para que los países que están fuera de la esfera de la OTAN incrementen el número de transacciones que realizan si emplean monedas distintas al dólar, pero no podemos eludir la cuestión esencial: ¿qué país es el mayor poseedor de dólares aparte de Estados Unidos? Con lo expuesto hasta ahora ya saben ustedes la respuesta: China, país que obtiene estas reservas gracias a las

ventas de productos que hace a las familias, empresas e incluso a las agencias públicas norteamericanas.

Por eso, en las conversaciones mantenidas en el seno de los BRICS para crear un sistema de pagos alternativo que excluya al billete verde, la delegación del país asiático ha mostrado siempre su disconformidad, al igual que los representantes de la India, que aspiran a seguir haciendo negocios con el bloque occidental. Otra cosa es que China se esté deshaciendo de una parte de los bonos del Tesoro norteamericano que tenía como reservas —lo cual es cierto— y además a una gran velocidad, pero detrás de este movimiento se encuentra la necesidad de hacer caja para defender el tipo de cambio del yuan, divisa que si aspira a ser una alternativa al dólar debe abandonar su tradicional deriva devaluadora. Los chinos ya no necesitan rebajar el valor de su moneda para elevar las exportaciones, sino que aspiran a reforzar al yuan para hacerlo atractivo ante sus socios BRICS, en una estrategia en la que el dólar también tiene un papel fundamental: ayudar a varios países de la Nueva Ruta de la Seda a hacer frente a los compromisos financieros que firmaron con Estados Unidos, prestándoles dólares. Puede parecer un contrasentido, pero se trata de un movimiento que preocupa al Tesoro norteamericano porque implica que su rival asiático irrumpe como actor protagonista en el mercado monetario del dólar. Y para dejarlo aún más claro, Xi Jinping emitió a finales del año 2024 deuda pública china denominada en la divisa norteamericana, en una subasta pública que celebró, para más inri, en Arabia Saudí, la casa de los petrodólares. Todo un órdago a los señores de Wall Street, la Reserva Federal y la Casa Blanca. No olvidemos que la teocracia de la Casa de los Saúd es uno de los principales pilares sobre los que se sostiene el billete verde desde que se produjo la ruptura total del dólar con el oro, en un movimiento audaz realizado por el propio Nixon de la mano de Kissinger.

Para entender la importancia del crudo del golfo Pérsico en la hegemonía del dólar posterior al fin del patrón oro hay que viajar en el tiempo hasta el arranque del siglo XX, cuando se crearon los

cimientos de lo que hoy conocemos como Arabia Saudí. Tras diferentes formas políticas y sucesivos Estados, el nacimiento del Reino fue fruto de un proceso de construcción nacional en el que los británicos tuvieron un papel determinante. El pacto firmado en 1915 por la Casa de Saúd en la isla de Darin con el Imperio anglosajón permitió el reconocimiento de sus aspiraciones de mando (aunque bajo un régimen de protectorado) y la concesión de financiación, protección y armamento a cambio de que la teocracia suní no interfiriera en los intereses de Gran Bretaña, especialmente en su pugna con el Imperio otomano. El acuerdo consolidó el liderazgo del patriarca Ibn Saúd (Abdulaziz) frente a otros antagonistas de grupos rivales y religiosos y fue determinante para extender su poder y tomar la ciudad de La Meca en 1924. Ocho años después fundó oficialmente el Reino de Arabia Saudí.

Paralelamente a este proceso, en Estados Unidos el gran consorcio petrolero del clan Rockefeller, la Standard Oil Trust, se enfrentaba a una importante reestructuración como consecuencia de las leyes antimonopolio. Los reguladores obligaron a la corporación dirigida por John Davison, el hombre más rico de su época, a dividirse en varias filiales. Ante este golpe regulatorio, el magnate diseñó una estrategia para seguir con el control de todas las empresas resultantes desde las sombras, y así liderar al grupo de petroleras que se conocería posteriormente como «las siete hermanas» porque funcionaban como un cártel, protegiéndose mutuamente y violando las normas de competencia.[32] Hoy solo sobreviven cuatro porque el resto se integraron en sus hermanas mayores (ExxonMobil, Chevron, Royal Dutch Shell y BP) y su capital conjunto es muy superior al que tenían cuando John D. Rockefeller creo el grupo. Es entonces, en el arranque de la década de los años treinta del pasado siglo, con el recién creado reino saudí y el comienzo de la Gran Depresión norteamericana, cuando se empiezan a realizar las primeras prospecciones en los yacimientos del golfo Pérsico por parte de este cártel dirigido desde Estados Unidos.

El presidente Herbert Hoover aprovechó la «política de puertas abiertas» —impulsada durante su etapa como secretario de

Comercio para favorecer los intereses de los Rockefeller en China —,[33] como vehículo para que las empresas norteamericanas realizaran prospecciones petroleras en Arabia Saudí sin ningún tipo de cortapisa. Aunque al principio la búsqueda no fue exitosa, el ingente crudo acabó saliendo a borbotones, lo que colocó a «las siete hermanas» en una situación monopolística *de facto*, al controlar toda la cadena del negocio, incluidas las actividades de refino y distribución. Momento en el que las compañías decidieron cartelizarse aún más y pactar precios para repartirse el mercado. Aprovecharon el crecimiento de la demanda a nivel mundial y su influencia sobre los Gobiernos de los países productores,[34] que fundaron la OPEP como respuesta a esta injerencia extranjera, con Arabia Saudí, como siempre, en ambos lados de la contienda.

La Casa Blanca asistió al despliegue de las petroleras occidentales con cierta desconfianza, consciente del enorme poder que estaba en manos del grupo de Rockefeller y para guiar el rumbo del Departamento de Estado, aunque el Gobierno se mantuvo en la senda que le marcaban. Roosevelt firmó un acuerdo estratégico con Ibn Saúd en el año 1945, que cambió el mandato británico por el norteamericano, y sentó las bases de una relación que se haría mucho más estrecha tres décadas después, cuando nació el sistema de dinero fiduciario en su versión actual. La rendición de Nixon en el plano monetario requería respaldar el dólar con un activo que no fuera el oro ni la plata, sino algo que pudiera ser controlado y que, al mismo tiempo, fuera demandado en masa por ser imprescindible para el desarrollo económico y carecer de sustitutos. El elegido fue el petróleo saudí, con la inestimable ayuda del socio israelí.

El pacto secreto con Arabia Saudí

Corría el año 1973, concretamente el mes de octubre, cuando una coalición árabe capitaneada por Egipto, y con participación de Siria, escogió el Día de la Expiación (o el del Arrepentimiento), el Yom Kippur, para asestar un golpe a las fuerzas israelíes. La guerra comenzó con la recuperación del control del canal de Suez y continuó con el avance de las fuerzas egipcias hasta la península del

Sinaí, mientras los sirios hacían lo propio con los Altos del Golán, territorio en disputa desde que en 1948 se creó el Estado de Israel por mandato británico y petición de la casa Rothschild. En aquel momento, el presidente de Estados Unidos era Nixon y su secretario de Estado y consejero de Seguridad Nacional, Henry Kissinger, que tuvo un papel determinante en esta guerra según revelan varios documentos desclasificados recientemente.[35] En ellos se muestra a un Kissinger ambivalente, que apoyó sin fisuras a Israel mientras intentaba no enfadar a unos países árabes bajo cuyo subsuelo se encontraba el preciado oro negro. Este encaje de bolillos se completaba con la premisa de evitar que se fuera al traste el proceso de acercamiento con la Unión Soviética que se intentaba articular desde la Secretaría de Estado.

La evidencia de la ratonera en la que estaba atrapado de Kissinger aparece en la transcripción de una conversación telefónica mantenida pocos días después del inicio del conflicto bélico con el embajador soviético, en la que reconoció: «Mi pesadilla es una victoria para cualquiera de las partes», a lo que el ruso contestó diciendo: «No solo es tu pesadilla». La OPEP intervino y confirmó que la era de los precios del crudo bajos se había terminado, el cártel no se dejó convencer por los cantos de sirena de Washington y anunció un embargo petrolero a los países que apoyaban a Israel. Al mismo tiempo, la organización acordó utilizar su influencia sobre el mecanismo que fijaba el precio mundial del petróleo para multiplicarlo por cuatro, después de que fracasaran las tentativas previas de negociar con las «siete hermanas».

El aumento del precio, unido a la gran dependencia que tenía el mundo industrializado del petróleo árabe, provocó un fuerte efecto inflacionista y una reducción de la actividad económica de los países afectados. Antes del embargo, el Occidente industrializado, sobre todo Estados Unidos, solía disponer de crudo abundante y barato. Las ciudades norteamericanas posteriores a la Segunda Guerra Mundial, con enormes núcleos urbanos llenos de casas unifamiliares, dependían del automóvil como principal medio de transporte, de modo que necesitaban combustible de forma masiva. Entre 1945 y

finales de los años setenta, Occidente y Japón consumían más petróleo que nunca. Solo en el país norteamericano, la demanda se había duplicado desde el final de la Segunda Guerra Mundial. Con un 6 por ciento de la población planetaria, Estados Unidos consumía el 33 por ciento de la energía de todo el mundo. Al mismo tiempo, la economía norteamericana mantenía una cuarta parte de la producción industrial global, lo cual quiere decir que los trabajadores norteamericanos eran cuatro veces más productivos que la media, pero a cambio la industria consumía cinco veces más.

El petróleo, ante todo el procedente de Oriente Medio, se pagaba en dólares estadounidenses, con los precios también fijados en dólares por el acuerdo estratégico alcanzado por ambos Gobiernos que hemos relatado en párrafos anteriores. Durante el mandato del presidente Nixon, el modelo económico norteamericano estaba ya agotado, el crecimiento era nulo, y sin embargo la inflación empezaba a ser preocupante. Durante el verano de 1971, Nixon estaba bajo una fuerte presión pública para que actuara de forma tajante ante este parón económico. Es en este momento cuando Nixon entierra definitivamente el sistema Bretton Woods. La devaluación dio lugar a una creciente incertidumbre económica y política en todo el mundo, pero fue un clavo ardiendo al que se agarró la Casa Blanca, ya que trajo consigo también una bajada del precio del petróleo, que se pagaba en dólares. Así se mejoró levemente la situación de las industrias norteamericanas respecto a sus competidoras de Europa y Japón. Pero la pérdida de valor del dólar provocó también la inquietud de los productores de materias primas del tercer mundo, que veían cómo la riqueza que había bajo sus tierras se reducía y cómo sus activos crecían en una divisa que se depreciaba. Esta situación inauguró una nueva etapa de lucha por el control de los recursos naturales y por un reparto más favorable de su valor entre los países ricos y los exportadores de petróleo de la OPEP.[36]

En los despachos de Washington, la situación era de alto voltaje, en un contexto de desesperación en el que Kissinger llegó a plantear a Nixon la posibilidad de invadir Arabia Saudí para demostrar quién

mandaba a los dirigentes del «país de los 8 millones de salvajes» o «al menos deshacernos de uno de los jeques, solo para demostrarles que podemos hacerlo».[37] El plan llegó a estudiarse en el Pentágono en una operación múltiple que incluía la ocupación de campos petroleros saudíes y kuwaitíes, e incluso acciones «limitadas» contra determinados líderes árabes para sembrar el terror en la región. Finalmente, el proyecto se desechó por la propia recomendación de analistas del Departamento de Defensa, porque sería un suicidio político y diplomático: una ofensiva de este cariz radicalizaría al mundo árabe y dañaría gravemente las relaciones con Europa Occidental, que dependía también del crudo del Golfo.

Dado que Nixon había acabado con el sistema patrón dólar-oro y que Estados Unidos necesitaba un respaldo material de su divisa para que siguiera siendo la moneda de reserva mundial, la solución fue realizar otro pacto con Arabia Saudí para que controlara a los socios de la OPEP y empleara los dólares para adquirir bonos del Tesoro norteamericano y exigiera que las compraventas de petróleo globales se realizaran en la divisa estadounidense, a cambio de armamento, respaldo político y protección de sus yacimientos. William Simon, recién nombrado secretario del Tesoro, recibió el mandato presidencial de ir a ver al rey Fáisal y no volver con las manos vacías. Una gira por Europa y Oriente Medio de dos semanas sería la pantalla diplomática. Pero la verdadera misión, mantenida en estricta confidencialidad dentro del círculo íntimo del Nixon, tuvo lugar durante una escala de cuatro días en la ciudad costera de Yeda, en Arabia Saudí. «El objetivo: neutralizar el petróleo crudo como arma económica y encontrar la manera de persuadir a un reino hostil para que financiara el creciente déficit de Estados Unidos con su nueva riqueza en petrodólares. Según reveló el adjunto del director del Tesoro, Gerry Parsky, la Casa Blanca dejó muy claro que no se podía volver de esta misión con las manos vacías. El fracaso no solo pondría en peligro la salud financiera de Estados Unidos, sino que también proporcionaría a la Unión Soviética una oportunidad para seguir avanzando en el mundo árabe».[38]

Antes de ser designado secretario del Tesoro, Simon acababa de desempeñar el cargo de zar de la energía de Nixon, lo cual mostraba la estrecha relación que iba a nacer entre el sistema monetario y las materias primas energéticas. En su etapa previa a la política, este nativo de Nueva Jersey, fumador empedernido, dirigía la prestigiosa mesa de bonos del Tesoro en Salomon Brothers. Los burócratas de carrera se sorprendieron cuando fue escogido para llevar las riendas del dólar, sobre todo por su descaro en su trabajo de operador de activos de deuda en Wall Street, que le llevó en una ocasión a compararse a sí mismo con Gengis Kan, el líder imperialista mongol. Su temperamento y ego desmesurado desentonaban en Washington, pero Kissinger, su verdadero padrino, sabía que era perfecto para el cargo, no en vano le había dado un sillón en la Comisión Trilateral.

Simon, mejor que nadie, comprendía la vital tarea de mantener el atractivo de la deuda del Gobierno estadounidense y sabía cómo convencer a los saudíes de que el país norteamericano era el lugar más seguro para invertir sus petrodólares. Con ese conocimiento, la Administración ideó un plan sin precedentes, a vida o muerte, que influiría en casi todos los aspectos de las relaciones entre Estados Unidos y Arabia Saudí durante las décadas siguientes. Se necesitaron varias reuniones discretas de seguimiento para ultimar todos los detalles, según reveló el propio Parsky. Pero al final de meses de arduas negociaciones, todo estaba listo para cerrar el pacto, con la excepción de un pequeño pero crucial inconveniente: el rey Fáisal bin Abdulaziz Al Saúd exigió que las compras del Tesoro del país se mantuvieran «en estricto secreto», según revela un cable diplomático obtenido por *Bloomberg* de la base de datos de los Archivos Nacionales.[39] El monarca temía la reacción de su pueblo.

De esta forma, la guerra del Yom Kippur y la crisis del petróleo concluyeron con un sistema que empuja a los compradores de crudo a hacerlo en dólares con una alianza existencial que une los destinos de Estados Unidos y la teocracia saudí. Se trata de una especie de patrón monetario que sigue vigente hasta el día de hoy, aunque puede ser sustituido —o complementado— por otro de factura oriental si Arabia Saudí decide profundizar en sus relaciones con

China y apostar más por la divisa del gigante asiático, para promover los intercambios de crudo en petroyuanes y coquetear con llegar a acuerdos de asistencia similares a los pactados con los norteamericanos hace más de medio siglo. Cada vez que se produce un colapso del precio del petróleo se agrava la preocupación en Washington de que Arabia Saudí tenga que liquidar sus bonos del Tesoro para obtener efectivo, a lo cual se suma otro temor: que el reino utilice su desmesurada posición en el mercado de deuda más importante del mundo como arma política, al igual que hizo con el petróleo en la década de los setenta.

Hay incluso analistas que consideran que la citada guerra árabe-israelí de 1973 pudo ser forzada para instaurar ese nuevo modelo que permitiera al dólar mantener su hegemonía; por mi parte, no voy a llegar tan lejos, pero las similitudes con el momento actual son más que evidentes. Lo cierto es que esta línea de acontecimientos justifica que cada inquilino de la Casa Blanca doble la cerviz ante los monarcas saudíes y que el pavor recorra los pasillos de la sede gubernamental cuando la teocracia decide no coger el teléfono al presidente de la principal potencia occidental, como le sucedió a Joe Biden. De una u otra forma, el dólar es prisionero del régimen suní que se dedica, entre otras lindezas, a promover el terrorismo internacional yihadista con el armamento que le proporciona la propia OTAN, algo que se elude en los debates públicos porque, como admitió la *expremier* británica Liz Truss, los saudíes violan derechos humanos, pero, como en la película de Scorsese, son uno de los nuestros.[40]

El Godzilla bancario

El otro gran pilar sobre el que sustenta el sistema monetario occidental, que tiene al dólar como guía y al euro como mera comparsa, es Japón, que en la práctica opera como un protectorado norteamericano cuyo sistema financiero está unido por un cordón umbilical con el de su amo y protector al otro lado del Pacífico. El país nipón es el primer acreedor extranjero de Estados Unidos, con más de un billón de dólares en bonos (los llamados *Treasuries*),

adelantando a China que en los últimos años ha reducido su exposición, con 759.000 millones. Se trata de datos de cierre del año 2024 que pueden variar si como consecuencia de la guerra arancelaria y la presión diplomática y bélica de la Casa Blanca ambos países deciden vender parte de sus títulos, bien para defender su propia moneda (como hemos comentado en el caso de China) o como medida de presión para rebajar las pretensiones del inquilino del Despacho Oval, sea Trump o el que venga en un futuro. Si este escenario se produce, los tipos de interés de la deuda pública norteamericana subirán, lo que dificultará la financiación del enorme pasivo del Tesoro y contagiará también al mercado de deuda corporativa, esto complicará a las grandes corporaciones obtener fondos y pondrá en riesgo a los bancos que tienen buena parte de esos bonos en su balance.[41] Una espiral que cuando arranca es muy difícil detener y que es otra de las claves de la fragilidad del sistema monetario occidental, basado en un dólar que depende de terceros.

El Banco Central de Japón lleva tres décadas en los que aplica políticas de tipos de interés muy bajos o incluso negativos, lo cual ha *zombificado* su economía, lo que beneficia los intereses de Estados Unidos. Durante muchos años, la autoridad monetaria nipona ha navegado en las peligrosas aguas de la deflación y ahora que la inflación llama a sus puertas se encuentra ante la necesidad de elevar los costes de financiación de su propia deuda, despertando a un monstruo que permanecía latente, esperando paciente para ver la luz. Los rendimientos del bono japonés a treinta años se han disparado, debido, en buena medida, a un cambio en las expectativas de inflación a largo plazo, que se está produciendo en todo el mundo y que, aunque se culpe de ello a la guerra arancelaria, en realidad tiene su génesis en esos bancos centrales que han inundado el planeta de liquidez artificial, haciendo a todo el sistema adicto.

Y si la banca nipona tiene un problema, también por extensión lo tienen la Reserva Federal y el Tesoro de Estados Unidos, no solo porque sea el primer acreedor del país norteamericano, sino porque, además, Japón es el actor clave en el sistema de *carry trade* global,

basado en el uso del yen para pedir prestado a bajos intereses para destinar el dinero a invertir en activos financieros que generen más rendimientos, sobre todo deuda pública norteamericana. En esencia, se aprovecha la diferencia de tasas de interés entre el yen y el dólar. Para mantener este sistema es necesario que el yen siga depreciado y que al mismo tiempo los tipos de interés en Japón sean reducidos… y si esto cambia, como sucede ahora, entonces el modelo colapsa.[42]

Esta es la razón de que secretario del Tesoro de Trump, Scott Bessent, no duerma bien por las noches, mucho más que la cuestión china, aunque no esté en los primeros focos mundiales. Sobre este particular soy de los que piensan que el verdadero peligro que puede desencadenar una nueva crisis financiera global no está ni China ni Estados Unidos, sino un Japón, cuyo experimento monetario de casi tres décadas toca a su fin, con un modelo basado en el endeudamiento permanente financiado desde el interior, lo cual ha creado una especie de Godzilla bancario generado gracias a montañas de bonos cuya pérdida de valor suponen una bomba absoluta en el núcleo de la estructura financiera del país nipón y, por ende, del norteamericano además corre el peligro de arrastrar a todo Occidente. Europa sería la segunda candidata, con unas economías que se enfrentan a crisis fiscales ocultadas por el manto del Banco Central Europeo, pero que no podrán mantenerse soterradas para siempre.

Respecto a la cuestión nipona debemos realizar otra consideración antes de estudiar la deudocracia en su versión europea: se suele argumentar como un elemento positivo de Japón que su deuda pública está en manos de los nacionales, lo cual elude la injerencia externa usando para ello la esclavitud del pasivo. Pero si nos atenemos a los hechos, vemos que Japón es un protectorado de Estados Unidos desde su derrota en la Segunda Guerra Mundial, por lo que de independiente tiene poco. Asimismo, esa deuda nacional se ha empleado para financiar al Tesoro norteamericano, en un sistema de planificación completamente fuera de mercado, con un banco central de Japón que controla el 60 por ciento de los bonos

del Tesoro del país. Esto significa que más de la mitad de la deuda pública emitida por el Gobierno japonés está en manos del emisor nacional y que cada vez que los rendimientos de los bonos superan este límite debido a las ventas por parte de los inversores, el banco central se ve forzado a intervenir comprando para que los intereses no suban por encima de ese nivel, consciente de que una crisis bancaria interna podría contagiarse rápidamente al resto del mundo, golpeando primero a Estados Unidos.

La deudocracia europea

En el Viejo Continente, la llegada de la moneda única, el euro, se produjo tras la explosión de las burbujas tecnológica (1997-2001), inmobiliaria (2008) y financiera (2012) —insistimos, generadas mediante la expansión crediticia sin respaldo de ahorro real— y los países del denominado «estado del bienestar» entraron en una espiral de gasto público insostenible. Los intereses de la deuda pública se dispararon y, para calmar a los especuladores —que ya estaban afilando sus cuchillos para saborear los nuevos cadáveres—, los burócratas europeos anunciaron una tímida senda de ajustes fiscales. Siempre que suenan los tambores del ajuste y de la restricción presupuestaria, surgen grupos de interés que reclaman no quedarse fuera del reparto del dinero que los Gobiernos —de forma coactiva— obtienen de los ciudadanos. De hecho, esta austeridad no es real, porque mientras se castiga a los hogares y a las pequeñas empresas, se emplea la banca central para refinanciar a las grandes corporaciones que, además, se benefician del gasto público, que acaba en sus cuentas de pérdidas y ganancias. En aquella ocasión no fue distinto.

La mayoría de los Gobiernos comunitarios no consiguieron cuadrar sus cuentas públicas, porque hace muchos años que se convirtieron en adictos al desequilibrio presupuestario. ¿Cuál era la única solución? Crear nuevas burbujas mediante la emisión masiva de deuda, para lo cual se necesitaban excusas, argumentos y enemigos externos. El cambio climático fue uno de los elegidos, junto con la pandemia, que apareció en 2020 y eliminó cualquier restricción al

incremento de la masa monetaria: se crea dinero de la nada para adquirir títulos de deuda (no solo pública, también privada) en una estrategia suicida.

Después llegó la guerra de Ucrania para justificar de nuevo las inyecciones de liquidez y el incremento del pasivo, y Alemania renunció a su papel de garante del euro de la mano del nuevo canciller, Friedrich Merz. El hombre que cambió los despachos de la gestora de inversión norteamericana BlackRock por el de la Cancillería germana defendió la conveniencia del «rearme» europeo como palanca para elevar el gasto y la deuda pública, concretando la senda que había marcado Josep Borrell como Alto Representante de la UE, cuando sugirió que este desembolso masivo afectaría a la calidad de los servicios públicos: «No se puede aumentar el bienestar de las personas, de los hospitales, de las escuelas, de las ciudades: porque ese dinero lo necesita Ucrania»,[43] declaró el sibilino político español al poner de nuevo sobre el tapete la comentada disyuntiva entre «cañones y mantequilla».[44]

Meses después, en el verano de 2025 y rodeado por sus compañeros de partido en la ciudad de Osnabrück, el canciller alemán fue más lejos al declarar: «El estado del bienestar ya no es sostenible financieramente», tras lo cual pidió a los ciudadanos que se prepararan para asumir recortes de los sistemas de protección social. Todo ello mientras firmaba aumentos del presupuesto militar para construir nuevas fábricas de armamento en el Este de Europa y elevar la contribución de su país a las cuentas de la OTAN. Macron en Francia también se ha manifestado en el mismo sentido (en realidad, la crisis fiscal gala es mucho más peligrosa que la germana) y en Reino Unido el agujero presupuestario es tan palmario que pone en riesgo incluso la supervivencia del Gobierno de Starmer, que del único sitio que no recorta es de las asignaciones a las empresas de armamento.

No nos llevemos a engaño: en Europa nuestros gobernantes nos lo acaban de dejar muy claro: se reducirá el gasto en sanidad, educación y otros servicios sociales para alimentar al complejo militar industrial y tecnológico utilizando la amenaza china y rusa,

una amenaza que, sea real o imaginaria, sirve para reducir las libertades de los ciudadanos europeos. Según esta visión paternalista y asistencialista, las empresas y los ciudadanos deben dejar en manos de los políticos la asignación de los recursos, una estrategia que siempre, a lo largo de la historia, ha demostrado su fracaso a largo plazo, aunque en el corto pueda generar réditos aparentes. Este es el gran problema económico y moral del intervencionismo: ¿cómo sabe esta nueva plutocracia a qué rama tecnológica debe asignar los recursos escasos? La respuesta es sencilla: no lo puede saber porque no dispone de toda la información necesaria que se encuentra dispersa en la mente de los individuos. Y como no hay solución a este problema, se sustituye el enfoque indicando que los ciudadanos no son capaces de decidir lo que mejor les conviene y tienen que ser tutelados durante toda su vida, ya saben… de la cuna a la tumba.

Para lograr este objetivo es indispensable que los ciudadanos vivan con miedo, con terror, en un estado permanente de emergencia. Y esto lo hemos vivido especialmente durante las restricciones derivadas de la pandemia, con la escalada bélica en el Este de Europa y las diversas guerras en Oriente Medio, así como con la deriva climática. Las principales economías mundiales han acumulado un polvorín de deuda en sus sótanos y hay señales evidentes de complicaciones a la hora de vaciarlo. Por el camino, cualquier chispa puede hacer detonar el polvorín y desatar una crisis de mercado que se puede contagiar a la bolsa y provocar un pánico financiero. Las ratios de deuda/PIB de algunos de los principales países del G7 reflejan una situación fiscal mucho peor que la que había antes de la quiebra de Lehman Brothers[45] y la única razón de que no haya estallado una crisis bancaria en Occidente es porque se está evitando a costa de engordar a la bestia para que no salga de una jaula cuya puerta siempre está abierta.

La trampa china

Buena parte de lo que estamos exponiendo aquí se hurta a los lectores europeos de prensa económica y, en menor medida, a los

norteamericanos, que pone todo el foco en los problemas estructurales de la economía China, que también sufre una crisis de deuda, aunque en su caso tiene una ventaja: la ausencia de inflación otorga a su banco central un margen de maniobra del que carecen los países occidentales. El empacho inmobiliario está siendo digerido con actuaciones quirúrgicas de la autoridad monetaria, con un Gobierno que abre periódicamente ventanas de liquidez a la banca y adopta programas de asistencia financiera a las familias y empresas para que puedan hacer frente a sus pasivos. En el caso de China, los problemas de endeudamiento tienen un carácter local y regional, debido a que son estas Administraciones las que financian las infraestructuras y el resto de las actuaciones económicas de esta orientación planificada. Y aunque la estrategia de Xi Jinping ha contenido el impacto, existen dudas sobre la capacidad del gigante asiático para evitar un *shock* de deuda que derive en una crisis financiera que pueda contagiarse al resto del globo.

Es esta una situación que también afecta al desarrollo de la Nueva Ruta de la Seda y en concreto a los países más pobres, a los cuales el Tesoro chino exige un mayor retorno para los préstamos que les concede. Durante las últimas décadas, el país se ha convertido en el banco del mundo en el que otorga financiación a los Gobiernos con los que firma tratos comerciales, en un movimiento que Trump ha denominado «la trampa de deuda china».

Según la tesis que proclama el presidente norteamericano —apoyada por un nutrido grupo de estrategas económicos del búnker de la Casa Blanca—, China presta dinero consciente de que algunos países no podrán devolverlo, porque el objetivo real no es obtener rendimientos derivados de la intermediación financiera, sino provocar impagos que permitan ejecutar las garantías del crédito para lograr infraestructuras clave, recursos naturales y forzar la implantación de bases militares estratégicas. Si nos paramos a pensarlo, se trata del mecanismo que emplean el Fondo Monetario Internacional y la OTAN para conseguir esos mismos objetivos, lo cual hace bueno al refranero español cuando nos dice que «piensa el ladrón que todos son de su misma condición». Sin embargo, en el caso de China la realidad es más compleja: Pekín ya cuenta con

lograr estos recursos de sus acreedores, porque lo hace mediante pactos comerciales unidos a la concesión de los préstamos, lo cual proporciona una alternativa al sistema occidental. Se trata también de controlar, pero ofrece algo a cambio: transforma la amenaza en un acuerdo. En esto nos llevan ventaja, y si en Europa nos negamos a emplear esta baza y apostamos por el enfrentamiento existencial, no tendremos nada con lo que oponernos a los designios que provengan de la esfera anglosajona.

En relación a la crisis de deuda, una posibilidad que manejan los estadistas del Partido Comunista Chino es liderar una revolución monetaria a través de un nuevo patrón que sustituya al fallecido modelo de Bretton Woods. Estamos en los albores de un nuevo orden monetario y financiero mundial, algo que tanto Washington como Pekín tienen muy presente, al contrario que una Europa cuya estrategia carece de sentido a medio y largo plazo. Cuando se retiren los últimos cadáveres del matadero ucraniano, el dólar será más débil que antes de la guerra y el yuan podría ser mucho más fuerte si Xi Jinping decide respaldarlo con activos energéticos, tierras raras e incluso oro. Aunque no asegure la convertibilidad, sino exclusivamente la fijación del precio, ya sería un enorme cambio respecto al marco conceptual y práctico del euro-dólar, al recuperar aspectos del dinero como mercancía.

Nuevo Bretton Woods y guerras del capital

Esta es la tesis que considera probable el economista húngaro-estadounidense Zoltan Pozsar, conocido por su análisis de la banca en la sombra a sueldo de la Reserva Federal[46] y que publicó un interesante informe en marzo del año 2002 como director de estrategia de tipos de interés a corto plazo en Credit Suisse. El documento, titulado *Bretton Woods III*, anticipaba lo que sucedería poco tiempo después, al prever que la situación en Ucrania provocaría una «tormenta perfecta» en las materias primas que podría debilitar el sistema del euro-dólar, contribuir a la inflación en las economías occidentales y amenazar la estabilidad financiera de las mismas, por lo que China sería el gran beneficiado al tener la

posibilidad de «dar el primer paso real para romper la hegemonía» del billete verde.[47] Pozsar establece el final del régimen monetario actual en el día en el que Occidente decidió bloquear las reservas de divisas del Banco Central de Rusia, no permitiéndole acceder a sus dólares y lanzando un mensaje al mercado: que la divisa que sirve de moneda de reserva mundial es confiscable y, por lo tanto, no cumple su función primordial.

El analista de Credit Suisse apunta que, en este escenario, el Banco Popular de China tiene dos alternativas para proteger sus intereses en la guerra monetaria: vender más bonos del Tesoro norteamericano y/o hacer su propia flexibilización cuantitativa, es decir, imprimir yuanes (o crearlos digitalmente) para adquirir productos básicos, entre ellos los que le vendan Rusia y el resto de los países del área BRICS, ricos en recursos naturales. En ambos escenarios el efecto en Occidente sería el mismo: subida de los intereses de la deuda denominada en euros y dólares, junto con más inflación. «Si crees que Occidente puede elaborar sanciones que maximicen el dolor para Rusia al tiempo que minimizan los riesgos de estabilidad financiera y de precios en Occidente, también podrías creer en los unicornios», sentencia con sarcasmo este antiguo empleado de la FED para concluir con una aseveración audaz pero creíble: «Después de que esta guerra termine, el dinero nunca volverá a ser el mismo... y el bitcoin (si todavía existe entonces) probablemente se beneficiará de todo esto».

Estamos asistiendo, por lo tanto, a una guerra en el terreno financiero que, posiblemente, esté en un plano superior al del enfrentamiento comercial, energético, tecnológico y geopolítico, afectando a todas estas variantes de confrontación entre las dos grandes potencias. La batalla real no está en la pelea arancelaria, ni siquiera en el desarrollo de las nuevas herramientas de computación e inteligencia artificial, o en la pugna por acceder a fuentes de energía abundantes y baratas, sino en la evolución de los flujos de capitales y el control de las monedas internacionales, a medida que la relación económica de Estados Unidos y China revele su antagonismo.

Según la descripción del economista británico Michael Roberts, «a pesar de la disminución de su participación en la producción mundial, Estados Unidos es el principal proveedor de la moneda de reserva dominante para los mercados mundiales. Pero su economía está marcada por un bajo crecimiento de la productividad junto con mercados financieros altamente desarrollados. China ha disfrutado de un alto crecimiento de la productividad a medida que se moderniza, pero ha subdesarrollado los mercados financieros. Sus persistentes excedentes comerciales han contribuido a una enorme acumulación de reservas de divisas: la mayoría en activos en dólares. Todo esto crea una interdependencia fragmentada (…) si China pudiera ofrecer una moneda fuerte y con liquidez para reemplazar al dólar, el imperialismo estadounidense estaría en serios problemas. Pero una moneda fuerte no puede ser "creada" por los mercados financieros; proviene de la fuerza relativa de la productividad del trabajo y la creación de valor en una economía. Ahí es donde se centra la guerra económica; con el comercio, la tecnología y las finanzas como campos de batalla. El valor es lo decisivo, no el crédito»[48].

Esta cita denota la escuela de pensamiento marxista de su autor, aunque coincide parcialmente con la visión de uno de los economistas que más están sacudiendo las mentes del *establishment* financiero, al menos en su aspecto teórico y analítico. Me refiero a Michael Howell, que en su libro *Capital Wars* rompe con la visión convencional que sitúa a los tipos de interés o la inflación en el centro del debate, y da más importancia a los flujos financieros: «La visión tradicional de los mercados financieros, basada en modelos de equilibrio, precios eficientes y valoración fundamental, se ha vuelto cada vez más inadecuada para explicar la dinámica financiera moderna. En su lugar, un marco centrado en la liquidez pone de relieve cómo los mercados de capitales contemporáneos funcionan principalmente como mecanismos de refinanciación de deuda, donde las crisis surgen de la escasez de colateral más que de la fijación de precios de los activos. Este cambio exige replantear nuestro enfoque de la estabilidad financiera,

la política monetaria y la gestión del riesgo (…) las economías modernas funcionan a base de deuda, no de inversión real. Los mercados financieros son simplemente máquinas de liquidez que facilitan la refinanciación de deuda, donde los precios de los activos dependen de la cantidad y el flujo de liquidez, no de los fundamentos subyacentes. En realidad, los mercados no asignan capital: refinancian deuda».[49] Esta es la clave de todo.

¿Y cómo encaja esta deudocracia en la guerra de Washington y Pekín por la hegemonía mundial? Pues porque el arma nuclear que ganará la guerra no será una bomba tradicional, sino la capacidad de acaparar activos seguros, de calidad o, mejor dicho, líquidos: «El campo de batalla está en el dinero, la tecnología y la geopolítica, con la lucha librada entre las dos superpotencias: la China industrial y manufacturera contra las finanzas norteamericanas». Y en esta pugna el gigante asiático escala peldaños en la escalera de la liquidez global: pasó de tener casi el 6 por ciento del total, apenas una quinta parte del peso de Estados Unidos en el año 2000, a duplicar esa cifra en la crisis de 2008. Y justo antes de la llegada de la pandemia, el porcentaje superaba el 27 por ciento, frente al 22 por ciento de su competidor norteamericano. Esto implica que China ya es clave no solo en la economía global, también en las finanzas (y no únicamente a través del yuan, sino con sus posesiones de dólares).[50]

Para Howell la internacionalización del yuan, posiblemente a través de una moneda digital (CBDC) y una red de líneas de liquidez regionales, es inevitable. Esta competencia monetaria, sin embargo, «suscitará fuerzas geopolíticas contrarias y probablemente impulsará intentos de detener los flujos libres de capital», que culminarán en una «lucha por la supremacía entre el dólar estadounidense, la divisa china y las criptomonedas digitales». La pregunta crucial es si el yuan digital puede convertirse en el activo seguro del siglo XXI.

En resumen: mientras Estados Unidos debería revitalizar su industria manufacturera, su rival asiático tiene que mejorar su sistema financiero para optar verdaderamente a la hegemonía. Todo ello mientras Europa se debate entre ayudar forzosamente a su

socio anglosajón a recuperar fábricas a costa de perder empresas y competitividad, o hacer negocios con China que inevitablemente aumenten la presencia de sus bancos y la financiación en los territorios comunitarios, incluso ofreciéndose a adquirir los eurobonos que de forma enfermiza se emitirán en los próximos años. ¿Quién será el caballo ganador?

---

[1] La cita original en inglés es *«Give me control of a nation's money and I care not who makes its laws»*. Frase atribuida al banquero de origen alemán Mayer Amschel Rothschild (1744-1812), fundador de la dinastía bancaria Rothschild que experimentó su auge en Reino Unido, dando posteriormente el salto a Estados Unidos, junto con la casa Warburg, estableciendo lazos con el clan Rockefeller y el resto de las familias bancarias. Algunos textos vinculan esta frase a su hijo Mayer Anselm Rothschild o a Amschel Mayer Rothschild (el primogénito). En ciertos contextos aparece referida a James A. Garfield (presidente de Estados Unidos), quien en 1881 dijo algo parecido sobre el poder de quienes controlan el crédito de un país.

[2] Este es el enfoque de la teoría evolutiva de las instituciones sociales, cuyos primeros estudios fueron realizados por el fundador de la Escuela Austriaca, Carl Menger. Fue posteriormente desarrollada y perfeccionada por F. A. Hayek, considerando que instintos adquiridos a través de la genética fueron los que en un principio orientaron y coordinaron la actividad de los hombres primitivos en pequeños grupos, donde los fines son compartidos y se resumen en uno: la lucha por la supervivencia. Sin embargo, junto a estos instintos fueron surgiendo paulatinamente esquemas normativos basados en la imitación, el aprendizaje y la transmisión del conocimiento, facilitando el paso a estadios más superiores de civilización. De esta manera, individuos no solo cercanos entre sí, sino también ajenos al grupo, fueron acatando normas abstractas evolutivas (el respeto a la propiedad y a su transmisión, a los pactos, etc.) que generaron de un modo inconsciente un orden extenso —que apareció de forma muy lenta a través de dilatados procesos de tiempo— y que fue capaz de superar la limitada capacidad de la percepción y de la razón del hombre. Todo ello fue posible gracias a dos factores esenciales: la adaptación a un esquema de normas, instituciones y tradiciones, que surgieron de forma espontánea y cuya función fundamental no somos capaces de comprender en su totalidad; y que una gran parte de esas normas abstractas fue de carácter económico. Además, junto con los órdenes espontáneos, el hombre fue capaz de crear deliberadamente ciertas organizaciones pequeñas, elaborando mandatos que dieron forma a esos sistemas. Para una visión general de esta

teoría en español, ver César Martínez Meseguer, *La teoría evolutiva de las instituciones: la perspectiva austriaca*, Unión Editorial, Madrid, 2006.

[3] Roger W. Garrison, *Time and Money: The Macroeconomics of Capital Structure*, Routledge, Londres-Nueva York, 2007.

[4] Dinero *fiat* es aquel cuyo valor no está respaldado por un bien físico (como el oro o la plata), sino que se sustenta en la confianza y aceptación generalizada de que servirá como medio de pago. Su validez depende de que el Estado lo declare de curso legal y de la confianza de los usuarios (forzosos) de que será aceptado para cancelar deudas, impuestos y transacciones.

[5] Carl Menger, *Principios de economía política*, editado por primera vez en alemán en 1871. Esta obra fundacional para la Escuela Austriaca de Economía introdujo conceptos como el análisis marginal y la teoría subjetiva del valor, que siguen siendo pilares de la teoría económica moderna.

[6] Joseph Alois Schumpeter, *Capitalismo, socialismo y democracia*, publicado por Harper & Brothers, en Nueva York en 1942.

[7] Henry Hazlitt, *Economics in One Lesson*, Harper & Brothers, Nueva York, 1946. En España ha sido publicado con el título *Economía en una lección*, Unión Editorial, Madrid, 1996.

[8] En mayo de 2004, cuando Carmen Calvo era ministra de Cultura del Gobierno presidido por José Luis Rodríguez Zapatero, dijo una frase que ilustra el concepto que tienen los burócratas de los fondos de los contribuyentes: «Estamos manejando dinero público, y el dinero público no es de nadie».

[9] Para Israel Kirzner, la función social del empresario es la de coordinar los recursos de la economía de mercado a través de la detección de oportunidades de ganancia y la atención de necesidades insatisfechas, llevando al sistema a un estado de equilibrio y eficiencia. El empresario, con su perspicacia o *«alertness»*, descubre información dispersa y actúa para cerrar las brechas entre la oferta y la demanda, logrando así una mejor asignación de recursos y un progreso económico.

[10] Para profundizar en estos conceptos ver Jesús Huerta de Soto, *Socialismo, cálculo económico y función empresarial*, Unión Editorial, Madrid, 2024 (7.ª ed.).

[11] La obra que aborda la imposibilidad del cálculo económico en el socialismo es el ensayo *El cálculo económico en la comunidad socialista* (1920), de Ludwig von Mises, el cual fue posteriormente incluido en su libro *El socialismo: un análisis económico y sociológico* (1922). Mises argumentó que la propiedad privada y la existencia de precios de mercado son esenciales para la asignación racional de recursos, ya que los precios reflejan las valoraciones subjetivas y permiten calcular costos y beneficios, algo imposible bajo un sistema socialista sin propiedad privada ni mercado.

[12] En este sentido recomiendo las obras de Friedrich Hayek en los que estudia cómo se obtiene el conocimiento en una sociedad, que siempre es parcial, disperso y tácito. No existe una mente única que pueda poseer todo el conocimiento necesario para organizar la sociedad de forma racional, descartando así la idea de un conocimiento divino o centralizado que sea eficiente. Su análisis se centra en la importancia del conocimiento individual y local, la experiencia y la interacción espontánea del mercado para coordinar la acción humana y generar un orden social.

[13] Ulrich Fromy, «Christine Lagarde and the Privatization of Currency», *Mises Wire*, 31 de julio de 2025.

[14] Entre marzo y noviembre de 2020, la oferta monetaria, medida en términos de M2, se incrementó un 24 por ciento, superando cualquier aumento producido en el siglo y medio del que hay datos. Ver Verónica Llera, «La mayor inyección monetaria de nuestra historia», *Cobos Asset Management*, 2 de febrero de 2021.

[15] Datos de cierre de 2024, porcentaje de deuda respecto al PIB según los cálculos del Instituto de Finanzas Internacionales (IIF).

[16] Paul Krugman intervino en un programa de televisión estadounidense en el verano del año 2011, en la cadena CNN, en la que, conversando con Kenneth Rogoff, execonomista jefe del FMI, afirmaba que la crisis del año 1929 fue solventada, en parte, por el estallido de la Segunda Guerra Mundial, y bromeaba con la necesidad de que estallase una tercera. Además, para reforzar su argumento, Krugman explicaba que, si hubiese una falsa amenaza de invasión alienígena, dejaríamos de preocuparnos tanto por la eliminación del déficit, nos centraríamos en la construcción de edificios para defendernos de los extraterrestres y la economía despegaría.

[17] «La falacia de la ventana rota» de Bastiat, es un capítulo de su libro *Lo que vemos y lo que no vemos*. Está publicado, adaptado al español, en *El Cato.org* el 21 abril de 2000.

[18] La corrupción en la reconstrucción de Irak ha sido documentada en múltiples informes, incluyendo los de la Oficina del Inspector General Especial para la Reconstrucción de Irak (SIGIR), del Congreso de Estados Unidos. Estos informes identifican diversas formas de corrupción, como el fraude, el soborno y el despilfarro, que obstaculizaron la efectividad de los esfuerzos de reconstrucción y beneficiaron a contratistas y funcionarios corruptos.

[19] Keynes introdujo este concepto en su obra *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero* (1936) para explicar por qué las decisiones de inversión y consumo, que tienen consecuencias en el futuro, a menudo no se basan en análisis racionales, sino en un «optimismo espontáneo» que impulsa a la acción y que se torna en pesimismo cuando llegan las crisis.

[20] La Ley de Gresham establece como la moneda «mala» desplaza al dinero «bueno» en los intercambios comerciales. La formulación se atribuye a sir Thomas Gresham (1519-1579), financiero inglés que asesoró a la reina Isabel I, aunque el fenómeno ya era conocido en la Grecia clásica y en la Edad Media. Se podría resumir en que cuando coexisten dos tipos de dinero de curso legal con el mismo valor nominal pero distinta calidad (por ejemplo, monedas con diferente contenido metálico o, en la actualidad, divisas devaluadas), la gente atesora el dinero de mayor valor intrínseco y utiliza en circulación el de menor contenido metálico o devaluado para abonar los bienes y servicios que adquiere.

[21] Álvaro D. María, *La filosofía de bitcoin*, Deusto, Barcelona, 2024.

[22] Miguel Ángel Alonso Neira; Philippe Bagus; Juan Ramón Rallo, «La crisis *subprime* a la luz de la teoría austriaca del ciclo económico: expansión crediticia, errores de decisión y riesgo moral», *Revista de Economía Mundial*, 28 2011, pp. 145-174.

[23] Datos del Centro Regional de Estrategias Económicas Sostenibles (CREES). https://crees.org.do/?p=27580

[24] Ver el informe «The Late 1990s Dot-Com Bubble Implodes in 2000», en la web de Goldman Sachs. https://www.goldmansachs.com/our-firm/history/moments/2000-dot-com-bubble

[25] Aunque presentan notables diferencias teóricas y conceptuales, esta descripción de los ciclos económicos sistematizada por la Escuela Austriaca de Economía comparte fundamentos con autores neokeynesianos, si bien heterodoxos, como Hyman Minsky. La diferencia entre ambas posturas es que los autores de la Escuela Austriaca priman la importancia del ahorro sobre el consumo y destacan la falta de coordinación entre los agentes económicos que se produce con la expansión de crédito artificial no basada en ahorro real.

[26] El 5 de abril de 1933, Roosevelt emitió la Executive Order 6102, que obligaba a todos los ciudadanos, empresas y bancos a entregar su oro (monedas, lingotes y certificados) a la Reserva Federal antes del 1 de mayo. El oro se cambiaba por dólares al precio oficial de 20,67 dólares por onza. Se exceptuaban pequeñas cantidades destinadas a joyería, usos industriales o colecciones. El incumplimiento estaba penado con multas de hasta 10.000 dólares (una suma enorme en la época) y hasta diez años de prisión.

[27] El concepto de «dinero-mercancía» expuesto por el economista Ludwig von Mises se refiere a un bien que, al tener un valor propio, se utiliza al mismo tiempo como medio de intercambio y reserva de valor, facilitando la superación de las ineficiencias del trueque en una economía. El valor de este dinero, que es una mercancía real, se basa en su utilidad intrínseca y su capacidad de ser comercializado, como explica el famoso teorema regresivo, que vincula el valor

presente de una mercancía con su poder adquisitivo anterior. El uso de lingotes de plata o la adopción del oro como dinero-mercancía en épocas pasadas son ejemplos claros de este concepto.

[28] Elgin Groseclose, «Roosevelt's 1933 Gold Theft and Default», *Mises Wire*, 4 de mayo de 2023.

[29] «Este argumento puede ser convincente; sin embargo, mostrar las reservas netas no es suficiente: si bien la FED (o Estados Unidos) no tenía el oro suficiente para honrar sus promesas, podría ocurrir que tuviera activos de calidad en su lugar que permitieran ser vendidos sin quebranto por oro para honrar las promesas realizadas en forma de dólares. En otras palabras, los activos que respaldan el oro podrían ser de muy buena calidad y no provocar problema alguno. A este respecto, conviene recordar que la calidad del activo de la FED también se estuvo deteriorando durante todo el periodo. La nueva emisión de dólares era respaldada por una cuantía cada vez mayor de deuda pública. Esta tendencia fue especialmente pronunciada desde 1958 (…) Además, la deuda pública en el balance de la FED era impagable en oro a corto plazo. La deuda pública en manos de la FED o bien estaba emitida a largo plazo, o era deuda a corto plazo continuamente renovada. En cualquiera de los dos casos, la deuda pública tiende a ser un activo monetario de muy mala calidad, ya que es incapaz de ser liquidado a corto plazo y recuperar el oro en caso de estrés monetario (incremento precio oro o movimientos adversos en tipo de cambio). En otras palabras, el dólar se estaba haciendo cada vez más frágil ante cualquier eventualidad que disparara una súbita demanda de conversión de dólares por oro (como en efecto sucedió en repetidas ocasiones a partir de 1965)». Daniel Fernández, «Nixon y el fin del patrón oro: el mayor impago de la historia», *danifernandez.org*, 14 de agosto de 2021.

[30] El dilema de Triffin es un concepto de economía internacional formulado en 1960 por el economista belga-estadounidense Robert Triffin. Se refiere a la contradicción inherente que enfrenta un país cuya moneda actúa como moneda de reserva mundial. Para que el mundo tenga liquidez internacional (es decir, suficientes dólares para comercio y reservas), Estados Unidos debe emitir más dólares de los que puede respaldar con oro o, tras el fin del patrón, con la propia confianza en su crecimiento económico. Pero al mismo tiempo, si emite demasiados dólares, la confianza en su valor se deteriora y pone en riesgo su convertibilidad en el metal precioso.

[31] Ver capítulo 2.

[32] Cuatro de estas compañías estaban controladas por el jefe del clan Rockefeller fruto de la escisión corporativa: ExxonMobil, Chevron, Gulf Oil y Texaco. A las que sumaban Royal Dutch Shell, Angloiranian Oil Company (hoy

conocida como British Petroleum) y la firma Esso. El término «siete hermanas» fue acuñado por el presidente de la petrolera italiana ENI, Enrico Mattei.

[33] William Appleman Williams, *The Tragedy of American Diplomacy*, World Publishing, Cleveland, 1956.

[34] Gary Allen, *The Rockefeller File*, Buccaneer Books, Nueva York, 1994.

[35] Silvia Schnessel, «Desclasificado: el verdadero papel de Kissinger en la guerra de Yom Kippur», *Enlace Judío*, 12 de octubre de 2029.

[36] Existe un cierto consenso en el mundo académico de que esta crisis del petróleo y la posterior de 1979 fue la causa de la inflación que llevó a Occidente (y en concreto a Estados Unidos) a la recesión, eludiendo el papel que tuvo en esta crisis inflacionaria el abandono del patrón dólar-oro impulsando el sistema del dinero deuda que ha llegado hasta nuestros días y que hace que el modelo económico tienda a la inflación porque la creación de dinero no está respaldada por ningún activo real.

[37] «Memorandum of Conversation», Foreign Relations of the United States, 1969-1976, Volume XXV, Arab Israeli crisis and war, 1973. https://history.state.gov/historicaldocuments/frus1969-76v25/d363

[38] Andrea Wong, «The Untold Story Behind Saudi Arabia's 41-Year U.S. Debt Secret», *Bloomberg*, 30 de mayo de 2016.

[39] En respuesta a una solicitud presentada por *Bloomberg News* en virtud de la Ley de Libertad de Información, el Tesoro reveló por primera vez en el año 2016 las tenencias de Arabia Saudí tras «concluir que era coherente con la transparencia y la ley divulgar los datos», según la portavoz Whitney Smith. El importe comunicado de 117.000 millones de dólares convertía al reino en uno de los mayores acreedores extranjeros de Estados Unidos, con el 20 por ciento del total de reservas extranjeras. Sin embargo, un antiguo funcionario del Tesoro, especializado en reservas de bancos centrales y que pidió no ser identificado, afirmó a la agencia norteamericana que la cifra oficial subestima en gran medida las inversiones de Arabia Saudí en deuda pública estadounidense, que podrían ser el doble o más.

[40] La película de Martin Scorsese se titula en su versión original *Goodfellas*, aunque en España fue comercializada como *Uno de los nuestros* y en Hispanoamérica como *Buenos muchachos*. Está basada en el libro *Wiseguy*, escrito por Nicholas Pileggi, y narra la historia de una familia de gánsteres en la cual entra un joven de trece años del barrio neoyorquino de Brooklyn, fascinado por el mundo de la mafia.

[41] El problema de que tu acreedor, el que tiene la mayor parte de tus bonos (deuda), tenga que venderlos es múltiple, pero genera dos efectos fundamentales: por un lado, hace que el precio de estos bonos caiga, al salir mucho papel al mercado, lo cual dispara su tipo de interés. Esto provoca que

si debes refinanciar esa deuda, porque tienes una crisis fiscal enorme, como es el caso de Estados Unidos, lo hagas pagando un mayor interés, lo cual de alguna manera es asumible para un país que tiene el dólar, divisa de reserva internacional, y puede pagar esos intereses creando dinero de la nada, aunque sea inflacionario… pero hay otro problema, que los mayores tenedores de deuda norteamericana que están en Estados Unidos son los bancos, y estos ven cómo el precio de esos bonos que tienen en su balance cae, con lo cual sus activos pierden valor y abren un agujero contable que hay que tapar (517.000 millones de dólares al cierre de 2004).

[42] Cuando hay diferencias grandes entre los tipos de interés en Estados Unidos (altos) y Japón (bajos), los inversores venden yenes y compran dólares (estrategia de *carry trade*), fortaleciendo el dólar; o bien venden deuda pública nipona y compran norteamericana, reduciendo los tipos de interés de los bonos de Estados Unidos, lo cual requiere, para que siga funcionando el sistema, que se rebajen aún más la rentabilidad de los bonos japoneses.

[43] Estas palabras han sido extraídas de una intervención el pasado 6 de mayo durante un acto sobre el Estado de la Unión organizado por el Instituto Universitario Europeo (IUE) en Florencia (Italia), en la que Borrell respondió a preguntas de Euronews sobre el apoyo a la inversión en armamento por parte de la Unión Europea.

[44] Para una introducción detallada a este dilema en una obra divulgativa que no requiere conocimientos técnicos, ver Sergio A. Berumen, *¿Cañones o mantequilla? Respuestas de economía para no economistas*, Esic Editorial, Madrid, 2017.

[45] Víctor Blanco Moro, «La deuda de las grandes economías occidentales es un polvorín y la mecha ya está corriendo», *El Economista*, 21 de julio de 2025.

[46] Zoltan Pozsar sí trabajó en la FED de Nueva York durante la crisis financiera de 2008-2011, donde desempeñó un papel clave en inteligencia de mercados de crédito securitizado, facilitó la creación del programa TALF (*Term Asset-Backed Securities Loan Facility*) y elaboró el influyente mapa del *shadow banking* (la banca en la sombra).

[47] Zoltan Pozsar, «Bretton Woods III», *Credit Suisse Economics*, 7 de marzo de 2022.

[48] Michael Roberts, «Capital Wars», The Next Recession Wordpress, 19 de julio de 2020.

[49] Michael J. Howell, *Capital Wars. The Rise og Global Liquidity,* Palgrave Macmillan-Springer Nature Switzerland, Cham (Suiza), 2020.

[50] Según Howell, «mientras los capitales van fluyendo hacia el Este, el poder político y la población se mueve hacia el Oeste, provocando que muchos países, especialmente China, necesiten de la estabilidad y seguridad del dólar

y de los bonos del tesoro norteamericano». Este es un concepto similar al de *«Chimerica»*, descrito por Niall Ferguson y Moritz Schularick en 2009 para designar la simbiosis económica entre Estados Unidos y China que ha impulsado el crecimiento económico de ambos países y ha liderado el crecimiento mundial en los últimos quince años. Ver «The End of Chimerica», *Harvard Business School BGIE Unit Working Paper*, 10 (37), 2009. https://papers.ssrn.com/sol3/papers.cfm?abstract_id=1502756

8.

LOS AMOS DEL MUNDO

Creo sinceramente que las instituciones bancarias son más peligrosas para nuestras libertades que los ejércitos permanentes.

THOMAS JEFFERSON

La biblioteca de John Pierpont Morgan lucía especialmente tenebrosa en la tarde del 2 de noviembre de 1907. Dicen que la cara es el espejo del alma y los allí reunidos no podían ocultar su desasosiego, enfundados en sus negras levitas y con unas ojeras que les llegaban hasta el suelo. Las fiestas de Halloween se habían adelantado aquel año porque el terror había calado hasta los huesos de la sociedad norteamericana varios días antes de preparar las calabazas para fabricar lámparas improvisadas. El «truco o trato» había sido precedido por largas colas en las puertas de las sucursales bancarias. No había ni dinero ni caramelos, solo desolación. Las quiebras empresariales se produjeron en cascada durante tres semanas, en un pánico financiero que recordaba los primeros momentos de la Gran Depresión. En este escenario Morgan había convocado a los primeros espadas del sector bancario y a los presidentes de las grandes compañías fiduciarias —los famosos trust — encerrándolos bajo llave para asegurarse de que ninguno de ellos tuviera la tentación de abandonar la sala antes de llegar a un acuerdo. Había que detener la hemorragia.

El viejo John volvía a ejercer de capitán de las huestes de los ángeles caídos. Había que hacer un torniquete que, al menos, permitiera recuperar algo de confianza en un sistema roto, ahogado por la corrupción y el desfalco sistemático de un sector financiero edificado sobre el saqueo y la sustracción del poder adquisitivo de los ciudadanos como ya hemos relatado. La chispa, en aquella ocasión, había sido encendida por dos hermanos, Otto y Augusto, de la familia Heinze, al mando de la United Copper Company. Realizaron

una suicida operación bursátil sin disponer del capital necesario, cuyo fracaso estrepitoso prendió la mecha del pánico bancario. El escándalo afectó al corrupto magnate Charles W. Morse, amigo de los Heinze y con los que compartía intereses pecuniarios; acabó entre rejas, aunque no estaría mucho tiempo durmiendo a la sombra. Fue liberado a los cuatro años por unos supuestos problemas de salud que desaparecieron inmediatamente tras pisar la calle y volver a sus negocios, convirtiéndose después en uno de los proveedores estrella del Gobierno federal, sacando con ello partido en la Primera Guerra Mundial. Por su parte, Augusto, antaño conocido como «el rey del cobre», fue exonerado de responsabilidad tras varios casos judiciales que se empantanaron en los tribunales de Nueva York. Y el fideicomiso Knickerbocker Trust Company, socio financiero de los Heinze y de Morse, suspendió sus operaciones contagiando al resto de los agentes del sector y cerrando el grifo de la liquidez. La propia ciudad de Nueva York podría ir a la quiebra si nadie ponía remedio, un proceso de insolvencia que fue evitado porque el propio Morgan recaudó 30 millones de dólares para que los servicios públicos pudieran seguir funcionando.

Esta era la situación a la que se enfrentaban los convocados por el financiero norteamericano en su biblioteca durante aquella fría tarde de noviembre. Los separó en dos grupos, los banqueros ubicados en la sala este y los presidentes de los fideicomisos en la del oeste. Ambos colectivos debían comprometerse, por mandato de Morgan, a proporcionar liquidez y aportar un mensaje de estabilidad. No se trataba de un episodio único en la historia reciente del país. De hecho, los pánicos bancarios habían sido frecuentes, con crisis similares en los años 1857, 1873 y 1893. No solo habían tenido responsabilidades los señores del dinero, sino también el Departamento del Tesoro, que, ante la ausencia de un banco central, hacía las funciones de este, en una violación clara de sus mandatos estatutarios, realizando adquisiciones de activos financieros durante las etapas de recesión y depositando dinero público en grandes bancos nacionales con los que mantenía buena relación. De hecho, seis meses antes del cónclave organizado por Morgan, la economía

estadounidense había entrado en un periodo de contracción, antes de que se produjera el *shock* financiero.

De una forma muy similar a lo que haría Hank Paulson como secretario del Tesoro en la crisis *subprime* de 2007-2008, el magnate elaboró una lista con las cantidades pecuniarias que cada banquero debía aportar para evitar el desastre y no permitió que nadie saliera de la estancia hasta que todos firmaron su compromiso.[1] Morgan orquestó inyecciones de capital para salvar a múltiples instituciones, tarea en la que tuvo como principales ayudantes a John D. Rockefeller, que aportó 10 millones de dólares, y al secretario del Tesoro, George Cortelyou, quien depositó 25 millones de dinero público en diversos bancos de Nueva York. De paso, acordó también con la Casa Blanca hacer más grande a la US Steel, el imperio acerero de J. P. Morgan, mediante fusiones, aprovechando los bajos precios del «mercado». El entonces presidente Theodore Roosevelt se oponía a esta operación corporativa hasta que llegaron las corridas bancarias y el pánico social. No hay mal que por bien no venga.[2] Donde hay patrón, no manda marinero.

La criatura de la isla de Jekyll

El aquelarre en la biblioteca del millonario estadounidense consiguió estabilizar la situación, al introducir combustible en las cañerías del sistema financiero. Fue considerado un gran hito, aunque al mismo tiempo puso de manifiesto la fragilidad de un modelo que dependía de un solo individuo para navegar en las aguas revueltas. No faltaron las críticas al propio Morgan por haber aprovechado la crisis en su beneficio, aumentando el ya de por sí insultante poder que poseía a la hora de mover los hilos de la política y la economía. Circunstancia que aprovechó el propio magnate para sembrar la idea de que había que crear un banco central que actuara como prestamista de última instancia en un sistema más estructurado y regulado. Un movimiento audaz que cristalizaría pocos años después, en 1910, en un encuentro secreto que tuvo lugar en la isla de Jekyll para crear lo que hoy conocemos como el sistema de la Reserva Federal (la FED), germen y modelo del sistema de bancos

centrales actual que gobierna el mundo, aunque en su caso se trate de una entidad privada, no pública.

Representantes de las principales entidades financieras de Estados Unidos acudieron a este bucólico enclave situado frente a las costas de Georgia disfrazados de cazadores de patos, acompañados por un enviado del Departamento del Tesoro.[3] Debían ocultarse porque iban a dar un golpe de Estado para lograr el control del dólar. La reunión había sido organizada por el senador republicano Nelson Wilmarth Aldrich, cuya hija Abigail estaba casada con el hijo homónimo de John D. Rockefeller. El político había presentado, tras el pánico de 1907, un proyecto de ley para facultar a los bancos a emitir, en una situación de emergencia, una moneda respaldada por fondos federales y estatales, es decir, de carácter público, pero con factura privada. Como es comprensible, esta propuesta no fue bien recibida por los legisladores, que consideraban la idea de Aldrich un atentado contra la libertad de mercado y los derechos de propiedad individuales. El senador, en realidad, trabajaba para los señores del dinero liderados por Morgan y Rockefeller, a los cuales se denominaba de forma despectiva los «barones ladrones»[4] desde que en 1897 usaron sus resortes para colocar en el Despacho Oval a William McKinley, cuya primera decisión fue abolir la regulación antimonopolio que limitaba el margen de actuación de estos financieros.

La criatura de la isla de Jekyll[5] nació tres años después del contubernio, aunque Morgan no pudo asistir al parto. Pasó sus últimos días tejiendo la tela de araña de lo que posteriormente sería la Reserva Federal y expandiendo su imperio, ejerciendo de intermediario financiero para construir el canal de Panamá, una infraestructura vital para el comercio internacional. Casi 80.000 trabajadores se asaron literalmente bajo el abrasador sol panameño con una humedad cercana al 100 por cien, excavando una vía fluvial de 80 kilómetros de distancia en su versión inicial. Morgan tampoco vería el final de las obras porque murió en 1913, un año antes de que terminaran. Tenía setenta y cinco años. La Bolsa de Wall Street

se apagó durante dos horas en su memoria, lo cual era un honor reservado exclusivamente a los presidentes que fallecían.

Woodrow Wilson firmó en el Despacho Oval la Federal Reserve Act en diciembre de aquel año, ley que otorgaba poderes a la nueva institución para emitir la moneda oficial de curso legal (los dólares), fijar la tasa de descuento (tipos de interés de referencia) y regular la oferta monetaria. Además, tendría la potestad de determinar las reservas bancarias y convertirse en el prestamista de última instancia para evitar fugas masivas de depósitos, tareas que, desde su nacimiento, la FED haría con total discrecionalidad. El nombramiento de su presidente, sobre el papel, sería facultad de la Casa Blanca, requiriendo la confirmación del Senado para otorgar al proceso de un halo de legitimidad que proporcionara la sensación de control político y público de una institución diseñada a la medida de la gran banca.

Aunque Wilson puso su rúbrica como presidente en el documento que creaba el poderoso organismo monetario, rápidamente se dio cuenta del enorme poder que tendría la institución a la hora de fijar y orientar decisiones políticas, más allá de las estrictamente financieras. Lo plasmó en su libro *The New Freedom*, elaborado a partir de las ideas de la campaña presidencial de 1912, centradas paradójicamente en la defensa de los pequeños emprendedores y los trabajadores, con lemas en los que se manifestaba la necesidad de utilizar el poder del Gobierno para romper monopolios y restaurar la competencia económica: «Un gran país industrial está siendo controlado por su sistema de crédito. Nuestro sistema de crédito está centralizado. El crecimiento de la nación, por lo tanto, y todas nuestras actividades, están en manos de unos pocos hombres. Nos hemos convertido en uno de los Gobiernos peor gobernados, más completamente controlados y dominados en el mundo civilizado… Ya no somos un Gobierno de libre opinión, ya no somos un Gobierno de convicción ni de voto de la mayoría, sino un Gobierno de la opinión y de la coacción de un pequeño grupo dominante de hombres».[6] Sorprendente declaración de un señor que, como presidente, participó en este ataque existencial contra la democracia. Si Wilson

tenía tan claro el peligro que suponía la estructura de control bancario, ¿por qué colaboró de forma tan determinante en su creación? El pánico de 1907 fue una de las claves, junto con la constancia de que sin el visto bueno de esa élite a la que se refería el político norteamericano no se llega al Despacho Oval.

Wilson no fue el único que se opuso, aunque acabara firmando. Como ya hemos mencionado, varias figuras industriales y financieras estaban en contra, a pesar de lo cual se puso en marcha el actual sistema de la FED. Sus padres fueron principalmente los Morgan, Rothschild, Rockefeller y la casa Warburg, menos conocida por el pueblo, pero igual de influyente. Estos clanes conspiraron junto con el secretario de Tesoro para crear el banco central más importante de Occidente al margen del control democrático y contra el criterio de otros gigantes corporativos, entre los cuales destacaban Benjamin Guggenheim, empresario estadounidense dedicado a la minería y la metalurgia; Isidor Strauss, político y gigante corporativo; y John Jacob Astor IV, el hombre más rico del mundo en aquel momento. Todos ellos murieron en el hundimiento del *Titanic*, un barco al que no se subieron los conspiradores de la isla de Jekyll porque cancelaron sus billetes. Morgan oficialmente tuvo que anular su viaje por un contratiempo en el envío de su colección de arte a Nueva York, según recoge la biografía oficial del banquero.[7] Casualidades de la vida.

Los creadores de la Reserva Federal aprovecharon su influencia en los grandes medios de comunicación para vender a la sociedad estadounidense las bondades del nuevo sistema bancario. El poder mediático de los señores del dinero era una cuestión que había sido incorporada al debate parlamentario gracias a congresistas como Oscar Callaway, representante demócrata por Texas, que en 1917 realizó una declaración oficial denunciando que intereses ligados al imperio de la casa Morgan habían tomado el control total de la prensa estadounidense adquiriendo acciones de los diarios más influyentes —a los que previamente había seleccionado— y colocando a editores que sirvieran a sus intereses. Según Callaway los objetivos eran manipular a la opinión pública, influir en la política

exterior de Estados Unidos y proteger al complejo financiero-industrial.

La esterilidad de las elecciones

Más de un siglo después, podemos afirmar sin temor a equivocarnos que esta agenda no tuvo obstáculos notables, y acompañó y guió los procesos históricos y económicos que hemos ido desgranando a lo largo de los capítulos de este libro. El dólar ha perdido el 95 por ciento de su poder de compra desde aquel 1913, y en nuestros días los imperios Morgan y Rockefeller ya no están separados, ni siquiera por una leve cortina de lino, sino unidos gracias a la fusión de sus dos principales buques: JP Morgan y Chase Manhattan Bank. Justo antes de los atentados contra las Torres Gemelas de Nueva York se produjo la integración de las dos ballenas financieras, creando un gigante al que poco después se sumaría el Bank One de Chicago, entidad menos conocida y cuyas conexiones con la mafia y el crimen organizado —así como su relación con la red del proxeneta de la élite Jeffrey Epstein— permanecen fuera del radar del gran público.[8] Fue a través de este banco cómo llegó a la cima Jamie Dimon, que hoy es el principal directivo del grupo y uno de los financieros más importantes del mundo, junto a Larry Fink, de la gestora de inversión BlackRock. Se podría decir que esta pareja es la parte visible de los poderes financieros que mueven los hilos, cuyo dominio real algunos siguen negando, a pesar de que lo ejercen sin ningún tipo de disfraz ni artificio.

Fink es quien más claramente ha expresado la esterilidad del proceso democrático y ha ejercido de portavoz de los señores de Wall Street —con la City en un segundo plano, pero igual de importante—, al exponer públicamente que a los amos del mundo les es indiferente el partido político que gane las elecciones. En una confesión de esas que caracterizan a aquellos que se sienten impunes porque están por encima del resto, el primer ejecutivo de BlackRock dijo estar «cansado de escuchar» que las elecciones de noviembre de 2024, disputadas entre Kamala Harris y Donald Trump, eran «las más importantes de esta generación, porque en realidad

no importa» cuál de los dos ganara los comicios. «Trabajamos con ambas Administraciones y mantenemos conversaciones con ambos candidatos», declaró Fink en una conferencia celebrada el octubre previo a la cita electoral y organizada por la Asociación de la Industria de Valores y Mercados Financieros.

Una postura que comparten el resto de los altos directivos, especialmente los que operan en Estados Unidos, conscientes de que, tanto en las filas del Partido Demócrata como en las del Republicano, disponen de los apoyos necesarios para mantener su esfera de poder, aprovechando los canales del Departamento de Estado para realizar operaciones en el exterior y garantizando el suministro constante de liquidez para mantener la maquinaria en marcha, aunque ello implique una mayor inestabilidad financiera estructural y un proceso inflacionario que, de forma evidente o soterrada, siempre se deriva del incremento de masa monetaria. A cambio, los legisladores aprovechan estas conexiones para recibir fondos para sus campañas electorales y, de paso, realizar inversiones empleando información privilegiada.[9]

Jamie Dimon (JP Morgan), ganador de todas las crisis

A Jamie Dimon, los medios especializados en información económica le suelen situar, de tanto en cuanto, en las apuestas para convertirse en secretario del Tesoro, pero lo cierto es que no le hace falta ocupar el cargo para dirigir esta agencia gubernamental que, junto con la FED, es calificada como la «guardiana del dólar». Dimon llevaba dos años al frente de JP Morgan cuando la Administración de George Bush junior le pidió ayuda para hacer frente a la crisis desatada tras el estallido de las hipotecas «basura» en Estados Unidos, que pinchó la burbuja de crédito iniciada siete años antes. Todos se acuerdan de Lehman Brothers, pero a lo largo de 2007 numerosas entidades mostraron sus costuras, entre las cuales estaban las instituciones hipotecarias públicas Fannie Mae y Freddie Mac y un banco, llamado Bear Stearns, que en marzo de 2008 estaba a las puertas de la quiebra.

El secretario del Tesoro, Hank Paulson, levantó el teléfono para llamar a su amigo Jamie Dimon y pedirle que ayudara a la FED a rescatarlo de forma encubierta. El banco central pondría 30.000 millones de dólares en garantías sobre activos de dudosa calidad para que JP Morgan aceptara la operación de salvamento. Inicialmente, Dimon ofreció 2 dólares por acción, valorando Bear Stearns en 236 millones, una cifra ridículamente baja en comparación con los 20.000 millones de un año antes. Finalmente, decidió elevar su oferta hasta los 10 dólares por título. También compró a precio de saldo Washington Mutual. Fueron dos negocios redondos que permitieron aplazar unos meses la crisis financiera. La cuestión de por qué se salvó a Bear Stearns y se dejó caer a Lehman Brothers todavía sigue planeando en nuestros días. Lo cierto es que JP Morgan salió ganando, a pesar de los litigios que tuvo que afrontar posteriormente.[10] Dimon es el único banquero de Wall Street que sigue al frente de su entidad desde entonces.

No sería la última ocasión en la que el Gobierno norteamericano llamara a la puerta del millonario neoyorquino, hijo de inmigrantes griegos, cuyo patriarca se cambió el apellido de Papademetriou a Dimon para que sonara francés. Cuando, en la primavera del año 2023, se avecinaba otra situación de alto riesgo financiero, volvió a ejercer de rescatador y sacar tajada en el proceso. Fueron Janet Yellen y Jerome Powell, al frente del Tesoro y de la FED, respectivamente, quienes le contactaron. Los bancos regionales se estaban ahogando lastrados por el peso de la deuda pública adquirida a lo largo de los años, cuyo valor se estaba depreciando por el entorno alcista de tipos de interés. Los depositantes se habían dado cuenta del enorme agujero que tenían estas entidades en sus balances y estaban sacando el dinero del sistema, lo cual amenazaba la estabilidad del castillo de naipes sobre el que está construida la deudocracia actual.

El método tradicional de rescate con fondos públicos había sido denostado por su impacto en una opinión pública que estaba harta de que siempre se salvara a los peces grandes mientras los chicos se ahogaban cuando llegaba la sequía de crédito. Entonces diseñaron

un plan maestro. Para evitar que los ahorradores sacaran sus dólares del sistema bancario, les empujarían a llevarlos a los balances de las grandes entidades y así matar dos pájaros de un tiro: evitarían una crisis de confianza de los depositantes —que dormirían tranquilos sabiendo que sus ahorros estarían a buen recaudo— y beneficiarían a los grandes jugadores del sector. Huelga decir que el más beneficiado fue JP Morgan.

Los grandes medios de comunicación nacionales e internacionales dedicaron numerosos elogios a Dimon por haber salvado, una vez más, al sistema bancario occidental presentándolo como un ángel de luz. En su despacho, el directivo sonreía al ver los titulares, mientras en la pantalla de su teléfono móvil comprobaba cómo se producía el trasvase de dinero de las entidades locales y regionales a nuevas cuentas de la división de banca comercial de JP Morgan. El proceso se aceleraba cada vez que Yellen decía públicamente, con toda la intención del mundo, que no habría planes de rescate masivo y que los depositantes debían ser responsables y decidir dónde estaban más seguros sus ahorros.

Para ampliar la imagen de buen samaritano, Dimon consiguió que el consejo de administración aprobara el salvamento de First Republic Bank. «Nuestro Gobierno nos invitó a nosotros y a otros a dar un paso adelante, y lo hemos hecho», declaró. Unos 800 empleados del banco trabajaron contrarreloj en la preparación de la oferta y JP Morgan se apuntó 2.600 millones de beneficio neto de entrada aspirando a lograr una rentabilidad de más del 20 por ciento con la operación: 500 millones de dólares anuales extra de beneficio empleando cálculos conservadores. Miel sobre hojuelas. Como expone el analista de Odeon Capital, Dick Bove, la entidad «es el mayor banco de Estados Unidos, con más de 4 billones de dólares en activos, ejerce como respaldo del sector financiero y Jamie Dimon es el verdadero presidente de la Reserva Federal».[11] Y, añadimos nosotros, el que susurra al oído del secretario del Tesoro. John Pierpont estaría orgulloso de su legado.

Concentración bancaria y CBDC

Crisis tras crisis, rescate tras rescate, intervención tras intervención, el sector bancario experimenta un proceso de concentración que es el paso previo para instaurar el nuevo orden financiero que está naciendo en los últimos estertores del modelo anterior. La llegada de las divisas digitales de banca central (CBDC, por sus siglas en inglés) requiere un menor número de jugadores y la lucha por la supervivencia y el control es fratricida.

En Europa las barreras nacionales generan un problema para acelerar esta agenda y por eso el BCE se rompe la cabeza ideando nuevas regulaciones de capital —en buena medida con la excusa verde— para promover las fusiones transfronterizas. En esta materia China lleva la delantera, ya que usa como palancas a las grandes entidades del país que actúan como un solo ser con el aparato gubernamental. Y en Estados Unidos la crisis de la primera mitad de 2023 se aprovechó en este sentido, aunque el Congreso rechaza por el momento la creación de un dólar digital. Sin embargo, la Administración Trump con su Ley Genius quiere impulsar el uso de un híbrido, las monedas estables (*stablecoins*)[12] para financiar la ingente deuda pública norteamericana y emplear estas divisas como puertas traseras para lograr un efecto similar al que provocaría una CBDC. Todo aquel que quiera emitir su *stablecoin* ligada al dólar —por ejemplo, empresas del ámbito tecnológico que las utilicen para que sus clientes les paguen productos y servicios en su propia moneda digital (*token*)— deberá comprar bonos del Tesoro para respaldarlas, lo cual aportará una liquidez adicional de 2 billones de dólares para refinanciar el pasivo público estadounidense según los cálculos realizados por Scott Bessent.

Los Gobiernos de todo el mundo se encuentran en diferentes fases de investigación o implementación de este nuevo sistema de patrón monetario digital y centralizado. Como expondremos en el siguiente capítulo, a medida que avanzamos hacia versiones cada vez más electrónicas del dinero, nuestra libertad de uso se vuelve cada vez más finita y limitada. El grupo de trabajo de las divisas digitales de los grandes bancos centrales estudia el diseño bajo el paraguas del Banco de Pagos Internacionales (BIS). Las CBDC revolucionarán el

sistema financiero, porque el dinero irá directamente de los bancos centrales a las billeteras digitales (*wallet*) de los ciudadanos, que no solo tendrán esos euros digitales, en el caso de Europa, sino que también servirán para incluir datos personales, como el historial sanitario, el laboral, educativo, etc. Por eso la Comisión Europea las denomina «Wallets ID», billeteras de identidad digital, cuyo uso fue presentado en sociedad con motivo de la pandemia. ¿Y qué papel tendrán las entidades financieras en este nuevo mundo de dinero digital? Pues eso es lo que están debatiendo, porque la idea es que se conviertan en tentáculos comerciales de los bancos centrales, lo cual requiere que se reduzcan notablemente. De ahí la ola de fusiones que vamos a experimentar en el sector bancario y que desea el BCE para que queden solo un puñado de bancos relevantes.[13] Los amos del mundo serán menos, pero tendrán más control.[14]

Por eso en la rueda de prensa telefónica que ofreció tras cerrar la adquisición la de First Republic Bank, Dimon dejó claro que no va a pedir perdón por el tamaño del banco que dirige y sacó a relucir su influencia en Washington, mostrando sin vergüenza que es quien mueve los hilos de la banca norteamericana y, por extensión, de la occidental: «Necesitamos bancos grandes y prósperos en la mayor y más próspera economía del mundo. Tenemos capacidad para ayudar a nuestros clientes, que son ciudades, escuelas, estados, hospitales y Gobiernos. Somos banqueros de países, del Fondo Monetario Internacional, del Banco Mundial. Se necesitan bancos grandes y prósperos, y quien piense que sería bueno para Estados Unidos no tenerlos, que me llame directamente». Un desliz barriobajero con tintes totalitarios, ya que establecer una relación de identidad entre los intereses del país y los de su banco sitúan a Dimon en la esfera de aquellos que han traspasado los límites cegados por una visión del mundo en el que ellos son los señores del cortijo.

Larry Fink, el poderoso jefe de BlackRock

El otro gran personaje destacado de este grupo de visionarios cegados por el poder y con alma de ingenieros sociales es Larry

Fink, quien, a través de la gestora de inversión BlackRock, es también un contratista clave de la Reserva Federal, desempeñando labores de gestión de los denominados «activos tóxicos», calificativo que sirve para definir aquellas acciones, bonos o cualquier otro tipo de activo cuyo precio sube como la espuma a lomos de la burbuja de turno, para pasar después a desplomarse por carecer de un fundamento real que justifique su apreciación anterior. Las agencias de calificación, que son en teoría las encargadas de evitar que esto ocurra, trabajan en connivencia con bancos y gestoras como BlackRock precisamente para provocarlo, ya que todos los implicados ganan con el proceso a costa de los ahorradores que no son capaces de saltar a tiempo del barco antes de que se hunda porque carecen de la información privilegiada que sí poseen los ejecutores.

La empresa que dirige Fink también ha participado en el diseño de los planes de rescate durante las crisis económicas, lo que le da acceso prioritario en las agencias gubernamentales de todo el planeta —incluida la china— y una posición influyente en la toma de decisiones, especialmente en Europa y Estados Unidos. Lo cual le ha permitido beneficiarse de las mismas políticas en cuya génesis y desarrollo participa, en una colusión evidente que solo niegan aquellos que todavía permanecen subyugados por la ilusión de que los bancos y los grandes gestores representan los intereses de los inversores y depositantes.

Como en el caso de JP Morgan, la compañía de la roca negra tuvo un papel destacado en la crisis financiera de 2008, en la que recibió múltiples contratos a dedo, sin que mediara licitación pública, de forma discrecional. Entre ellos se encontraba la valoración y liquidación de activos de la aseguradora AIG, que fue arrastrada a las puertas de la quiebra por la caída de Lehman Brothers y cuyo derrumbe se evitó por mandato gubernamental. Además, BlackRock fue escogida por la Reserva Federal y el Tesoro para gestionar la cartera de Citigroup, uno de los mayores bancos del mundo y que también zozobró en la tormenta *subprime*. Por ambas tareas —y varias adicionales— la gestora de Larry Fink cobró jugosos honorarios muy poco transparentes con la excusa de que era urgente actuar para evitar males mayores, del mismo modo que

sucedió en España con los contratos adjudicados durante la Gran Reclusión para la compra de material sanitario en la pandemia.

La sospecha de corrupción se convirtió en certeza cuando se despejó el horizonte y se alejaron los temores a un terremoto bancario adicional. El organismo encargado de supervisar las operaciones bursátiles en el país norteamericano sancionó a BlackRock por algunos hechos aislados, castigando a la gestora con pequeñas multas que no amenazaron su negocio y sirvieron para dar una imagen de pulcritud en un sistema de control que, a pesar de que es sensiblemente mejor que el europeo, permite el fraude institucional. Sanciones que no perjudicaron a la compañía para volver a recibir la llamada de la Reserva Federal cuando llegó el COVID y se puso en marcha el mayor proceso de creación de dinero artificial de la historia. Fink consiguió adjudicarse la labor de asesorar y gestionar los programas de compra de activos con esta montaña de liquidez caída del cielo, de forma que pudo beneficiar a las empresas en las cuales tenía intereses la gestora.[15] Varios senadores, liderados por Elizabeth Warren, se rebelaron en las cámaras legislativas norteamericanas y enviaron cartas al Departamento del Tesoro y a la Reserva Federal exigiendo explicaciones sobre estos contratos, criticando su opacidad y conveniencia, pero no sirvió para nada. Simplemente lograron que se publicaran las condiciones del acuerdo, sin entrar en el fondo de la cuestión: que buena parte del dinero fue destinado a adquirir bonos corporativos, que incluían fondos cotizados (ETF) de deuda que son uno de los principales productos que gestiona la propia BlackRock. Otro jugoso negocio a costa de las generaciones presentes y futuras.

Con estos antecedentes no nos debería de extrañar que Fink y Dimon fueran quienes se pusieran al frente de la reconstrucción de Ucrania cuando la guerra aún estaba en pleno apogeo. La catadura moral de estos sujetos se explica sola, al comprobar que ya ni siquiera esperan al fin de la contienda bélica para aprovechar las oportunidades de negocio que se abren tras la matanza. El 21 y 22 de julio de 2023, la capital londinense fue protagonista de la

Conferencia de Recuperación de Ucrania (Ukraine Recovery Conference), en la cual se reunieron numerosos aspirantes a recibir parte de los cientos de miles de millones de dólares procedentes bolsillo de los contribuyentes, allí actuaron JP Morgan y BlackRock como intermediarios. Las directivas de ambos gigantes anunciaron que harían el trabajo de forma altruista, si cobrar por ello, en otro arrojo de hipocresía que es marca de la casa.

La «élite de los billonarios»

Las cifras del saqueo son desorbitantes, yendo de los 411.000 millones de dólares que calculaba el Banco Mundial que serían necesarios para construir nuevas infraestructuras, hasta los 524.000 millones de euros que en febrero de 2025 estimó la Comisión Europea. Casi quinientas empresas multinacionales de cuarenta países firmaron el «Pacto de Negocios de Ucrania» para obtener unos recursos de cuyo origen nadie dudaba: «El objetivo del Gobierno de Ucrania, la UE, el Gobierno de los Estados Unidos, las agencias multilaterales y las instituciones financieras estadounidenses que están a cargo de la recaudación de fondos y de asignarlos para la reconstrucción es restaurar la economía ucraniana como una especie de zona económica especial, con dinero público para cubrir cualquier pérdida potencial del capital privado. Ucrania también estará libre de sindicatos, de estrictos regímenes y regulaciones, de impuestos a las empresas y de cualquier otro obstáculo significativo para que sean rentables las inversiones del capital occidental en alianza con los antiguos oligarcas ucranianos».[16]

Por si quedaba algún resquicio respecto al proceso, en la jornada previa a la conferencia, el editorialista de *Financial Times* pontificaba al respecto: «La financiación internacional del sector público debe ser la base del esfuerzo de reconstrucción. Pero dado que se espera que el sector privado desempeñe un papel central no solo para hacer el trabajo, sino también para ayudar a financiarlo, se requerirá la movilización de la inversión privada a una escala que tiene pocos precedentes».[17] Es decir, preparen sus carteras que van a pagar

ustedes la fiesta. Y quien se oponga será quemado en la plaza pública por ser un peligroso negacionista a sueldo de Putin.

Dimon y Fink decidieron que la mejor forma de unir sus fuerzas en el proyecto de reconstrucción ucraniano sería a través de un banco de desarrollo que diera apariencia de servicio público a esta transferencia de rentas. El vicepresidente de BlackRock, Philipp Hildebrand, aprovechó una intervención en el Foro de Davos para anunciarlo en enero de 2024, y confiaba en que se pondría en funcionamiento a lo largo de aquel año. Sin embargo, el lanzamiento se retrasó debido a la incapacidad para obtener el dinero y, sobre todo, por la dificultad para llegar a un alto el fuego que permitiera el desembarco corporativo. En esta misión, el liderazgo lo llevó personalmente Fink, haciendo valer las excelentes relaciones que mantiene con el régimen de Kiev desde el golpe del Maidán, cuando la gestora de inversión se convirtió en uno de los principales tenedores de deuda soberana ucraniana.

Una relación que se estrechó cuando se produjo la intervención militar rusa en febrero de 2022, donde se sumaron otras empresas que confiaban en pegar el *pelotazo* de la mano del gigante financiero. El propio Zelenski ha aprovechado varios encuentros anuales del Foro Económico Mundial para convencer a algunos de ellos, entre los cuales destacan, además de los mencionados, el gigante de deuda PIMCO; la famosa firma de Ray Dalio, Bridgewater Associates; la empresa de inversiones inmobiliarias Blackstone, y el grupo Carlyle, otra de las hidras mediante la cual la CIA realiza sus operaciones financieras, en no pocos casos al margen de la ley y las fronteras. Todos ellos están muy interesados en que no haya un cambio estructural en el Gobierno ucraniano, ya que verían peligrar el pago de la deuda adquirida por Kiev, especialmente desde el estallido de la guerra. Abono que podría realizarse en especie, es decir, con tierras raras y otros recursos naturales, así como activos logísticos, como puertos y redes energéticas. Un pastel demasiado grande como para dejarlo en manos de la voluntad del pueblo.

Concluimos este breve repaso por algunas de las actuaciones más destacadas de BlackRock, trufadas de conflictos de intereses, con lo sucedido en el canal de Panamá al inicio del segundo mandato de

Trump, cuando el presidente puso a la infraestructura en la diana geopolítica al acusar a China de controlar esta puerta fundamental del comercio internacional, creada precisamente por los norteamericanos para tener la llave de la misma. La empresa CK Hutchison, con sede en Hong Kong y registrada en las islas Caimán, poseía varios puertos en el canal, controlados por una sociedad filial panameña, que la Casa Blanca quería en manos estadounidenses. Trump inició entonces una de esas campañas mediáticas que tanto le satisfacen, faltando a la verdad, exagerando la presencia china en la zona y asegurando que Xi Jinping conseguía tarifas más baratas para las navieras del país que cruzaban la vía fluvial. «Maravillosos soldados de China están operando amorosa, pero ilegalmente, el canal de Panamá, pero no se preocupen porque lo recuperaremos, ya hemos empezado a hacerlo», espetaba el presidente norteamericano que miraba de reojo a su equipo de asesores a la espera de la respuesta de Larry Fink. BlackRock anunciaría horas después que había llegado a un acuerdo para comprar los puertos panameños de CK Hutchison junto con otros cuarenta que poseía la compañía del multimillonario Li Ka-shing, magnate que no se ha caracterizado precisamente por mantener buenas relaciones con el Gobierno chino desde que construyó su fortuna en Hong Kong durante el dominio británico.

En las negociaciones participó también Goldman Sachs, banco de inversión al que algunos apodan «Government Sachs» por su influencia para nombrar a altos cargos económicos y financieros de la Administración, sobre todo en el pasado. También intervino el fondo norteamericano Global Infrastructure Partners (GIP) con presencia en España y que poco antes había logrado el control de la mayor naviera de contenedores del mundo, Mediterranean Shipping Company (MSC). El director ejecutivo de GIP, Adebayo Ogunlesi, acompañó a Fink en un trato que no tuvo como contraparte a un ejecutivo chino, sino a un banquero estadounidense llamado Michael Corbat, famoso por haber sido el consejero delegado de Citigroup entre 2012 y 2021**,** y calificado por *The New York Times* como el «hombre orquesta» de todos los acuerdos comerciales.[18]

Así fue como «la élite de los billonarios respondió al llamamiento de Donald Trump sobre el canal de Panamá»,[19] al menos según el relato de los medios financieros británicos y norteamericanos, porque aquí no hubo ningún tipo de golpe geopolítico, sino un negocio puro y duro. El acuerdo no incluyó los puertos en Hong Kong y China continental, cuya venta podría haber sido políticamente delicada y habría requerido, como mínimo, un largo proceso de aprobación regulatoria. Y para CK Hutchison, el efectivo obtenido con la operación engrosó su fondo de guerra para nuevas adquisiciones, lo cual le permitió presentar una oferta para adquirir la empresa de servicios públicos británica Thames Water, lo que apaciguó a los accionistas y reveló que la cuestión de su relación con el Gobierno chino no supone un obstáculo para poner una pica en tierras anglosajonas.

Los alquimistas

Estos ejemplos revelan el grado de cercanía que existe entre las firmas de inversión y el terreno político, en una mezcla que pone en tela de juicio la existencia de separación de poderes y la transparencia en los contratos públicos, demostrando quiénes son los que tienen verdadera influencia en la toma de decisiones en materia de seguridad nacional y, en definitiva, de todo lo que rodea al proceso democrático.

La cuestión central no es que los gigantes financieros muevan las piezas del tablero para tener más control y poder, tanto en el plano económico como en el social e institucional, sino localizar la llave maestra que les permita abrir todas las puertas sin apenas esfuerzo. Estudiosos de todas las épocas han explorado e indagado buscando una respuesta, aportando teorías que han engrosado lo que hoy conocemos como ciencia política, pero solo unos se acercaron a la verdad y, por ello, fueron apartados del pensamiento dominante. La clave está en la deuda: el control del acreedor. Y el mecanismo no está ni por asomo relacionado con la existencia de un mercado monetario regulado por la oferta y la demanda de los agentes, sino, como demostramos en el capítulo anterior, por un mecanismo

fraudulento basado en las necesidades vitales de unos Gobiernos que han creado a su propia herramienta de subyugación.

De forma insistente hemos mencionado en varias ocasiones que el dinero se crea de la nada, una expresión que el lector puede tener la tentación de pensar que se trata de una figura retórica destinada a explicar de forma sencilla un proceso de emisión complejo que requiere metáforas de brocha gorda. Pero no es así. Literalmente, los euros, dólares, yuanes y el resto de las divisas mundiales nacen como por arte de magia gracias fundamentalmente a dos mecanismos: el ya analizado fin del patrón-oro que desliga el dinero de la mercancía y el privilegio otorgado a los bancos comerciales para conceder créditos sin estar respaldados por ahorro real, que se articula mediante la reserva fraccionaria[20] junto con la red de asistencia permanente del banco central. Es este proceso de alquimia financiera el que garantiza a los gigantes inversores tomar posiciones en multinacionales, captar esferas de poder en las Haciendas, imponer determinadas ideologías y llevar a los pueblos a la guerra, ofreciéndoles después ayuda en la reconstrucción y reconfiguración del territorio. Un proceso que, además, genera pobreza, desestabiliza las economías y provoca recesiones recurrentes.[21]

El germen de esta corrupción ha acompañado a los seres humanos desde los inicios de la actividad bancaria, aunque solo ahora se ha perfeccionado hasta niveles que nunca hubieran imaginado los primeros prestatarios. En la antigua Grecia los templos eran los encargados de realizar la actividad de intermediación financiera, prestando a particulares y monarcas, a los que se ofrecía también el servicio de guardia y custodia del dinero, pero violaban ya desde este primer momento su obligación y entregaban parte de estos fondos que debían estar en las cámaras de los primeros bancos por haber sido depositados a la vista. Isócrates y Demóstenes ya hablan cuatrocientos años antes de Cristo de cómo los banqueros usaban su poder social e influencia para obtener privilegios y mantener su fraudulenta actividad: prestar dinero que se les dejaba en custodia, es decir, la reserva fraccionaria. Lo cual llevó a crisis financieras

como la sufrida en Éfeso, que motivó que las autoridades concedieran el primer privilegio expreso a la banca que consta históricamente, en virtud del cual se estableció una moratoria de diez años para la devolución de los depósitos. El primer *corralito* documentado en un contexto en el que la «rentabilidad» de la actividad fraudulenta de los banqueros, mientras no fuera descubierta y no quebraran, era elevadísima.[22]

El derecho romano intentó poner coto a este tipo de prácticas, pero, a pesar del intento de separar la custodia de los depósitos a la vista de la concesión de préstamos, Calixto I, antes de ser papa, quebró un banco en el año 190, en la época del emperador Cómodo, hijo de Marco Aurelio, al que le gustaba pelear disfrazado de gladiador. Al final el Imperio cayó, en buena medida, como consecuencia de la inflación endémica ligada a un excesivo gasto público (incluyendo el destinado a las clases populares con el famoso «pan y circo»), junto con un intento desesperado de control de precios que derivó en desabastecimiento y crisis económica.[23] De forma similar a como sucede en los procesos inflacionarios actuales, en los que los causantes del encarecimiento de los bienes y servicios intentan convencer a la población de que la culpa es exclusivamente de los «malvados comerciantes», y eluden la responsabilidad del emisor monetario y de aquel que le otorga privilegios para su actividad ilegítima, aunque sobre el papel pueda ser legal.

Habría que esperar ochocientos años para que se redescubriera el negocio bancario en las ciudades italianas de la Baja Edad Media. Antes, la actividad financiera se había ceñido a los monasterios tras la ruptura de las cadenas comerciales y el golpe a la división del trabajo, lugares donde se realizaba la guarda y custodia del ahorro. Órdenes como la de los templarios otorgaban préstamos a gobernantes, lo cual despertó envidias y suspicacias que motivaron su desaparición de la mano de Felipe IV de Francia. Es a finales del siglo XI cuando se produce el auge de la banca en Génova, Venecia y Barcelona, gracias a la financiación del comercio con Constantinopla y con Oriente. Pero se vuelve a repetir el esquema: al principio los bancos cumplen, pero al final acaban incrementando la liquidez de

forma fraudulenta. En el siglo XIII se extiende esta práctica para beneficiar a los propios banqueros y surgen familias que luego articularían el sistema monetario y financiero moderno: la nobleza veneciana. Todo este proceso, ampliamente documentado por el profesor español Jesús Huerta de Soto, se hacía con la existencia de un patrón oro irreal, que se violaba sistemáticamente porque las entidades financieras emitían billetes por encima de sus reservas de metal amarillo.

La Florencia del siglo XIV de la Casa Médici fue el siguiente lugar en el que la banca tuvo su refugio, mezclando los negocios con la actividad papal, así como con la nobleza francesa y británica. Los matrimonios de conveniencia permitieron a esta familia conectarse con las élites de la época que sirvieron de centro neurálgico de las estructuras de poder. Hubo que esperar mucho tiempo para que llegara el único intento real de crear un banco que respetara los derechos de propiedad de los ahorradores: fue en Ámsterdam, en 1609, a través de una entidad que nació como un banco municipal y que creció como la espuma precisamente por cumplir la esencia del contrato del depósito irregular del dinero. Financió proyectos empresariales rentables, generó crecimiento económico y fue citado elogiosamente por David Hume y Adam Smith. Pero, a finales del siglo XVIII, estalló la cuarta guerra entre Inglaterra y Holanda, que forzó al banco de Ámsterdam a abrir la espita del crédito para financiar al Gobierno y a los industriales de su país, lo cual le llevó al desastre.

Posteriormente su modelo intentaría ser emulado por el Banco de Inglaterra en una relación derivada de la influencia de la Casa de Orange, pero desde el principio la entidad estuvo enfocada a la financiación de los gastos públicos. Dijo pretender acabar con los abusos de la banca y del Gobierno, pero nunca llegó a cumplir su promesa. Un terrible proceso inflacionario ligado a la burbuja de la Compañía de los Mares del Sur (South Sea Bubble) acabó alumbrando la base del modelo actual, con billetes de banco de curso forzoso para pagar deudas privadas e impuestos, aunque todavía ligados al oro, al menos nominalmente. Llegamos así en los

albores del sistema bancario moderno, con coeficiente de reserva fraccionaria y el banco central como prestamista de última instancia.

El economista irlandés del siglo XVIII Richard Cantillon fue uno de los pocos que se dio cuenta del mecanismo de transferencia de riqueza que suponía la creación masiva de dinero que no fuera ahorrado previamente: los ganadores son aquellos que reciben el dinero primero y los perdedores, quienes sufren la inflación sin haber recibido los beneficios iniciales. Las personas y entidades más cercanas a la fuente de esa nueva liquidez (como bancos, gestoras de inversión, Gobiernos y grandes empresas) se benefician primero al poder comprar bienes y activos antes de que los precios suban. Por el contrario, quienes reciben el dinero más tarde —o no lo reciben en absoluto— ven cómo su poder adquisitivo disminuye debido al aumento generalizado de los precios, lo que crea distorsiones económicas y genera desigualdades.

Hayek utilizaba el ejemplo de la miel para explicar el mecanismo, producto que, debido a su textura particular, cuando se pone en un plato se queda en el centro y luego se expande lentamente hacia los bordes. Personalmente prefiero utilizar el símil de una pirámide en la que se vierte la miel desde arriba y se queda en los estadios superiores, pero llega tan solo una parte —en algunos casos nada— a la base. El propio Keynes, padre teórico de los defensores de la intervención estatal en la economía, era muy consciente de los perniciosos efectos que tiene este motor financiero sobre el desarrollo de las sociedades: «El proceso de inflación puede confiscar, de manera secreta y desapercibida, una parte importante de la riqueza de los ciudadanos. No hay manera más sutil ni más segura de derribar las bases de la sociedad que corromper su moneda».[24]

Esta es la clave de bóveda que sujeta todo el edificio económico y la llave maestra del poder que es tan poco comprendido por la sociedad. El dinero de nueva creación, junto con el ahorro forzosamente prestado de forma múltiple y masiva acaba en las cuentas de multinacionales en las cuales los bancos de inversión y grandes gestoras tienen un peso específico, logrado en parte gracias

a este proceso inflacionario. La manipulación monetaria y la intervención política impulsan los valores en bolsa, especialmente en los sectores estratégicos, que cuando tienen problemas son rescatados por la inyección directa de dinero público en el capital. No solo sucede en Europa, sino que en Estados Unidos es una práctica cada vez más habitual, como ha pasado en el caso de Intel, en cuyo capital ha entrado el Gobierno federal norteamericano. China, por su parte, tiene un sistema en el cual permite la competencia en las primeras fases del proyecto empresarial y apoya luego con legislación y presupuesto a los campeones nacionales.

El sistema se completa con la compra de bonos corporativos por parte de los bancos centrales —e incluso de acciones como en el caso japonés— que financian a los señores de las armas, empresas farmacéuticas, compañías energéticas, firmas de telecomunicaciones, imperios agroalimentarios… todo ello en un ciclo económico que toca a su fin cuando los primeros receptores de la miel así lo determinan, en connivencia con la abeja reina madre del panal y en un estado de chantaje permanente. El especialista financiero costarricense Daniel Baeza lo resume de esta manera: «Los bancos actúan como fondos de inversión especulativos insertados sobre una infraestructura crítica. Esta estructura está diseñada para extraer subsidios del resto de la sociedad amenazando a los civiles con crisis si se permite que las apuestas de los bancos fracasen»[25]. En esas estamos.

La torre de Basilea y el Grupo de los Treinta

Por encima de las autoridades monetarias nacionales —la abeja reina— está el Banco de Pagos Internacionales de Basilea (BIS), que es quien coordina a los distintos bancos centrales desde su gran torre. Fue creado por los gobernadores de los Bancos Centrales de Inglaterra y Alemania en 1930, tres años antes de que Hitler llegara al poder y está protegido por un tratado internacional, por el cual la propia institución, sus gestores y activos se encuentran legalmente fuera del alcance de cualquier Gobierno o jurisdicción. Desde sus inicios, el secretismo rodeó la actividad del BIS, institución

teóricamente dirigida a facilitar los pagos de la reconstrucción de la Primera Guerra Mundial y cuya sede inicial era un hotel con una puerta trasera al lado de una chocolatería en la que solo se podía vislumbrar un pequeño letrero que indicaba las siglas del banco, como sucede en esos locales ilegales en los que para entrar hay que proporcionar una contraseña. Hoy en día el centro de operaciones es un enorme rascacielos y sus equipos tienen la potestad de comunicarse en clave, enviar y recibir correspondencia en valijas que gozan de la misma protección que las de las embajadas. Además, los enormes salarios de sus directivos están exentos de impuestos, todos los responsables del banco tienen inmunidad bajo la ley suiza y la policía no entra en sus dependencias porque tienen sistemas de seguridad privados, instalaciones médicas y refugios a prueba de bombas. Parece un modelo copiado del Vaticano.

El BIS es prácticamente un superestado, con la salvedad de que carece de control democrático y sus decisiones afectan a todo el planeta gracias a la alquimia financiera de la política monetaria que acabamos de describir. Adam LeBor, escritor y periodista que ha estudiado a fondo esta institución, indica a este respecto: «Los gobernadores que se reúnen en Basilea cada dos meses son funcionarios públicos. Sus salarios, billetes de avión, facturas de hotel y lucrativas pensiones cuando se retiren las pagan las arcas públicas. Las reservas nacionales de los bancos centrales son dinero público, la riqueza de las naciones. Las discusiones de los banqueros centrales en el BIS, la información que comparten, las medidas que evalúan, las opiniones que intercambian y las subsiguientes decisiones que toman son profundamente políticas. Los banqueros centrales, cuya independencia está protegida constitucionalmente, controlan la política monetaria del mundo desarrollado. Administran la oferta de dinero a las economías nacionales. Fijan tipos de interés, que decide así el valor de nuestros ahorros e inversiones. Dictaminan si concentrarse en la austeridad o en el crecimiento. Sus decisiones determinan cómo será nuestra vida».[26]

Al margen del Banco de Pagos Internacionales existen organismos como el discreto, pero no secreto, Grupo de los Treinta,[27] cuyo

nombre no tiene relación directa con las piezas de plata que le prometieron a Judas por traicionar a Jesús, aunque su estructura podría recordar a más de uno al sanedrín y también guarda relación con las monedas. Su origen está en el llamado Grupo de Bellagio que creó David Rockefeller en la ciudad homónima situada en la provincia de Lombardía, donde se ubicaba uno de los cuarteles de la familia: Villa Serbelloni. También tuvieron un papel fundamental en la génesis de este organismo varios miembros de la familia Rothschild. Ambos clanes colocaron de primer presidente al banquero Geoffrey Bell, un hombre de la London School of Economics, institución fundada por la Sociedad Fabiana y que ha impulsado recientemente a economistas de la escuela de George Soros, defensores a ultranza de la expansión de la OTAN hacia el Este de Europa y promotores de la emisión masiva de eurobonos. Recordemos que la Sociedad Fabiana tenía como escudo un lobo con piel de cordero, imagen muy significativa porque ha pasado a la historia por haber participado en la creación intelectual del estado de bienestar: con la promesa de la asistencia del Estado se consigue tener sometidos y atemorizados a los súbditos. Mejor disfraz imposible.

Los miembros del Grupo de los Treinta celebran reuniones periódicas y producen informes altamente influyentes, donde marcan el camino que luego deben seguir los Gobiernos y las empresas financieras, con las cuales comparten mesa y mantel. Aunque muchos puedan pensar que se trata de un grupo occidental, lo cierto es que China también tiene representantes, así como otros países asiáticos. También está presente Rusia. Es una organización «sin ánimo de lucro» (recomiendo siempre sospechar de las instituciones que dicen no buscar un beneficio económico en las que se sientan políticos, financieros e industriales) que toma decisiones sin luces ni taquígrafos, y emplean sus ingentes recursos para realizar informes de cara a la galería mientras manejan el sistema monetario fiduciario desde las sombras y disponen de información privilegiada.

Los integrantes de esta organización que se hace pasar por un *think tank* son gobernadores de los bancos centrales, directores de instituciones supranacionales como FMI, el propio BIS o el Banco

Mundial y secretarios del Tesoro y ministros de Finanzas, así como economistas con gran predicamento y miembros de los grandes bancos de inversión y gestoras de patrimonio. Es decir, personas que están (o han estado) en los principales centros de poder monetario mundial y que actúan como una especie de politburó de planificación financiera, interviniendo los tipos de interés y ayudando a los bancos de inversión —y a algunos bancos comerciales— a actuar como los instrumentos de una orquesta, en la cual lleva la batuta y participa en el diseño de las partituras.

El presidente emérito de esta organización es Jacob Frenkel, en cuya carrera destacó como gobernador del Banco de Israel, alto directivo de JP Morgan y miembro de la Comisión Trilateral. Un señor al que se le ha concedido el título de caballero de la Gran Cruz italiana y que algunos consideran que sirve a los intereses de la nobleza negra veneciana, grupo de poder popularizado, entre otros, por el escritor y analista Daniel Estulin que afirma que utiliza al Vaticano como red de inteligencia. Oscuro contubernio en el que tienen una gran importancia la Compañía de Jesús, la Orden de Malta y los Caballeros de Colón. Por cierto, al analizar la biografía de Frenkel, descubrimos que fue vicepresidente del American International Group (AIG) de 2004 a 2009, la gran aseguradora que hemos mencionado por haber sido rescatada por el Gobierno de Barack Obama tras la quiebra de Lehman Brothers. Frenkel anteriormente había sido presidente de Merrill Lynch International, banco que fue comprado por Bank of América precisamente en 2008.

No se trata de teorías, sino de hechos contrastables que demuestran la existencia de una capa de poder que permanece fuera del radar de la opinión pública mundial. Una madriguera en la cual han entrado recientemente prestigiosos autores como Niall Ferguson y que han descubierto una serie de tramas que les han puesto en el lado de los enemigos públicos del sistema de control, siendo atacados por ello.[28]

Fue el Grupo de los Treinta quien publicó un informe nada más aparecer la pandemia, presentado precisamente por Mario Draghi,

en el que emplazaba a los Gobiernos a facilitar un proceso de «destrucción creativa» en la crisis del COVID, pero no en el sentido que apuntaba el economista Schumpeter, permitiendo a los agentes económicos que hagan los ajustes entre oferta y demanda, sino atribuyendo al Estado y a las élites la configuración de esta nueva estructura social, previamente destruida por las decisiones políticas y económicas. Si uno lee entre líneas el informe[29] se da cuenta de que lo que esta organización pide a los Gobiernos es que les ayuden a elegir entre qué negocios deben sobrevivir y quiénes deben morir para facilitar su transición a la «nueva normalidad».

Es importante comprender que este grupo —como otros *think tanks*, laboratorios de ideas o consultoras corporativas— no realiza meras recomendaciones, sino más bien instrucciones que espera que se sigan. Y para asegurarse su cumplimiento, es vital que sus miembros ocupen cargos de relevancia, puestos oficiales desde los que puedan aplicar las recetas, o bien tener acceso directo a los mismos con tan solo levantar el teléfono. En estos momentos su prioridad número uno es conseguir imponer el citado sistema de divisas digitales de banca central (CBDC) y crear las condiciones estructurales para que se mantenga y reafirme el régimen plutocrático oculto bajo el disfraz de la «colaboración público-privada».

En este sanedrín monetario y financiero no está Larry Fink, pero sí otros representantes del sistema de control que lideran las grandes gestoras de inversión agrupadas en torno a lo que se denomina en los círculos financieros como el Club de las Tres Grandes (Big Three): BlackRock, Vanguard y State Street. No son las únicas, pero sí las más relevantes porque de forma combinada son los mayores accionistas de casi el 90 por ciento de las empresas del S&P 500. A diferencia de los fondos activos, las Tres Grandes mantienen posiciones de propiedad permanentes, lo que les confiere un poder casi ilimitado, aunque a menudo oculto, sobre las decisiones empresariales, principalmente a través de estrategias de votación coordinadas y capacidad para diseñar consejos de administración.[30] También se encargan de imponer criterios de ingeniería social en las

multinacionales, como en el caso de los criterios de sostenibilidad, la ideología de género y las políticas de «diversidad». No porque crean en ello, sino para participar en el lavado de cerebro social pretendiendo conseguir un beneficio adicional. La creciente concentración de la propiedad corporativa en las manos de gigantes de la inversión tiene profundas implicaciones, no solo en el ámbito empresarial, sino también a la hora de guiar la acción de los Gobiernos, especialmente en el Viejo Continente. Porque no se trata exclusivamente de buscar la rentabilidad de las inversiones, haciendo lo que sea necesario para comprar barato y vender caro, sino del uso de los poderes públicos para ganar dinero y poder. Y si algún mandatario decide ir por su cuenta y riesgo entonces se lanza a los buitres para que realicen el trabajo de acoso y derribo.

El ataque de los buitres

A lo largo de mi carrera profesional siempre he evitado utilizar el concepto «fondos buitre» para definir a los especuladores que seleccionan víctimas y les atacan para obtener réditos económicos. A decir verdad, este tipo de agentes tienen una misión esencial en un sistema de mercado: seleccionar aquellas empresas o tesoros nacionales que han violado la regla fundamental de proteger a sus accionistas y contribuyentes, poniéndoles en su justo lugar para ajustar las cotizaciones de las acciones y las rentabilidades de los bonos soberanos. Sin embargo, según fue avanzando mi conocimiento sobre el verdadero funcionamiento de los procesos de asalto financieros, fui comprobando cómo, en realidad, este tipo de acciones no tiene su fundamento en criterios de eficiencia del sistema capitalista (aunque en ocasiones pueda ser así), sino que son fruto de operaciones deliberadas guiadas por motivos espurios que van más allá de la obtención de ganancias o de la selección darwiniana de los agentes del mercado.

Una muestra de este tipo de operaciones fue la caída de la *premier* británica Elizabeth (Liz) Truss, antaño musa de la plutocracia globalista y que hoy es un juguete roto debido al ataque que sufrió su Gobierno de la mano de la gran banca y las gestoras de inversión,

en un movimiento especulativo que estuvo a punto de llevarse por delante el sistema de pensiones del país, en manos precisamente de estos directores de orquesta. Truss trabajó para la petrolera Shell y otras empresas antes de llegar a la política, área en la que fue escalando posiciones hasta convertirse en secretaria de Estado de Medioambiente (enarbolando el arma de la emergencia climática). Después pasó por prácticamente todas las áreas de Gobierno donde obtuvo la confianza de varios primeros ministros: Tesoro, Justicia, Comercio Internacional, Igualdad y Relaciones Exteriores, para finalmente convertirse en ministra de esta última cartera en la Administración de Boris Johnson y la primera mujer del partido conservador que llegaba al cargo.

Desde este puesto, participó en el acoso a Irán, apoyó al Gobierno de Israel, defendió a Arabia Saudí y se enfrentó a Moscú antes y después de la entrada del Ejército ruso en las repúblicas del Dombás. Con este currículum, Liz Truss se presentó en 2022 a las elecciones para lograr la secretaría general del partido —tras el descrédito de Boris Johnson—, con una agenda orientada a facilitar las ganancias de las empresas diseñada por un equipo que proclamaba a los cuatro vientos que sus referencias eran Margaret Thatcher y Ronald Reagan. El nombramiento como primera ministra fue el último gran acto que hizo la reina Isabel II, que falleció dos días después de entregar a Truss el mando político del país. Lo tenía todo a favor para estar en el cargo muchos años e incluso para repetir mandato si aprovechaba el mal momento del Partido Laborista. Nada hacía presagiar el desastre que estaba a punto de producirse: solo duró cuarenta y cinco días en el número 10 de Downing Street.

La dimisión llegó tras la presentación de un avance de presupuesto, elaborado por el canciller de Hacienda, Kwasi Kwarteng, que reducía el impuesto de la renta a los que más ganaban, cancelaba el aumento del impuesto de sociedades y aprobaba nuevas emisiones de deuda pública para financiar el gasto. Era un programa de Gobierno con muchos paralelismos al que presentaría años después Donald Trump en su vuelta a la Casa Blanca. Aunque se nos haya intentado convencer de lo contrario, este presupuesto británico iba

en consonancia con las promesas electorales de Truss y, aunque es cierto que aumentaba los desequilibrios de las cuentas públicas del país, no suponía una novedad en el sistema de deudocracia global. Pese a ello, nada más ser presentado, la libra esterlina se desplomó respecto al dólar y los intereses de los bonos británicos se dispararon, poniendo en peligro el frágil sistema financiero, especialmente de aquellas gestoras de inversión que tenían en sus manos los ahorros de los ciudadanos bajo la forma de deuda pública, cuyo valor se hundía.

El Banco de Inglaterra se vio obligado a realizar varias intervenciones de emergencia y los medios de comunicación comparaban a Liz Truss con una lechuga, por lo que hacía apuestas sobre cuánto tardaría en pudrirse fuera del frigorífico. El periódico sensacionalista *Daily Star* inició una retransmisión en vivo empleando una lechuga real, mientras *The Economist* se sumaba al escarnio público, en una campaña que traspasó las fronteras nacionales y que contó con la inestimable colaboración de medios norteamericanos como *The Atlantic,* donde celebraba con sorna que la duración de la hortaliza política fuera objeto de apuestas y sugería que debía ser destinada a «hacer ensalada».[31] Entre todos acabaron con Truss, forzando su dimisión. Los amos del mundo habían vuelto a ganar el pulso utilizando para ello el escarnio público y la mentira. Ella misma admitió que «vivimos en un sistema al servicio de la élite que se ha desarrollado a lo largo de varios años».[32] Y en el que Truss misma estaba metida hasta el cuello.

He escogido este ejemplo porque es reciente y, sobre todo, porque trata de un caso de manual. Explica bien lo que ocurre cuando existe un desajuste notable entre los gastos e ingresos públicos, pero la cuestión central no es esa, ya que, como hemos analizado con detalle, la mayoría de las economías desarrolladas están en una situación similar. Si esa fuera la explicación del descenso a los infiernos de Truss entonces debería también haber sucedido lo mismo con Macron en Francia o Pedro Sánchez en España, políticos que durante años han estado protegidos por el gran poder, al que sirven incluso antes de ser solicitados para ello. La diferencia

fundamental que explica este episodio se encuentra en el proceso de primarias que llevó a Truss a liderar el Partido Conservador. Su oponente, el perdedor, fue un señor llamado Rishi Sunak, que era el verdadero candidato que deseaban colocar en el Gobierno los señores del dinero, para los cuales había trabajado en el pasado. Antes de ser canciller de Hacienda de la Administración Johnson, Sunak trabajó para Goldman Sachs y fue socio de varias firmas de fondos de cobertura (*hedge funds*). Su matrimonio con la hija del multimillonario indio que fundó la empresa Infosys —a la cual conoció en la Universidad de Stanford— le sitúan en las listas de personas más ricas del mundo. Y era el favorito de la City londinense y de Wall Street para ser el próximo jefe de Gobierno.

Por eso, los antiguos compañeros de Sunak pusieron a Truss en la diana desde antes de llegar a Downing Street. En cuanto inició su andadura al frente del Ejecutivo, Goldman Sachs rebajó considerablemente las previsiones de crecimiento económico, lo cual descuadraba aún más el presupuesto británico. Los banqueros de inversión se sumaron al ataque, a pesar de que la acción iba a poner en riesgo su propia estabilidad financiera. ¿Cómo es posible? Porque en estos casos el pulso siempre lo gana el que ataca, en una versión financiera del juego de la gallina, en el cual pierde la partida el primero que se desvía ante la llegada del vehículo en dirección contraria. Esto sucede por la propia esencia de la deudocracia, ya que si la caja pública británica hubiera estado saneada, el ataque de los fondos buitre habría sido estéril. No se puede realizar un asalto especulativo a la divisa de un país que tiene superávit fiscal y un nivel de deuda reducido, por eso existe tanto interés por parte de los amos del mundo en que cada vez haya menos países en esta situación saneada que les vacune contra intervenciones de este tipo. El final de esta historia ya la conocen: Sunak llegó al poder, pero su incapacidad manifiesta para liderar el país abrió la puerta del Gobierno al Partido Laborista de un Keir Starmer que, en el momento de escribir estas líneas, sigue sufriendo las consecuencias de una crisis fiscal endémica de la que se intenta salir, como en el caso de Truss, a golpe de deuda.

George Soros, el especulador que juega a ser Dios

Este ataque a las instituciones supuestamente democráticas nos recuerda a la operación protagonizada por George Soros, también en suelo británico, cuando el 16 de septiembre de 1992 provocó el «miércoles negro» al apostar masivamente contra la libra, ejecutando uno de los golpes más reveladores a la hora de comprobar el poder que tienen los fondos de inversión. Durante varias semanas, el magnate fue construyendo poco a poco una posición corta masiva, es decir, una estrategia destinada a apostar contra la divisa británica, de forma que si se producía la caída obtendría jugosos rendimientos económicos. Es uno de esos casos de profecía autocumplida, porque, aunque es verdad que la libra estaba sobrevalorada, la detonación se produjo cuando el resto de los inversores fueron conscientes de la magnitud de la jugada de Soros. El multimillonario vendió 10.000 millones de dólares en libras esterlinas para lanzar la bola de nieve y el resto de los fondos de inversión completaron el trabajo. Uno selecciona el objetivo y los demás lo ejecutan. Como en un pelotón de fusilamiento.

El Banco de Inglaterra fue incapaz de contrarrestar el golpe, aunque elevó las tasas de interés hasta el 15 por ciento y usó sus reservas para comprar libras. Como resultado, el Tesoro británico hizo crecer aún más su agujero y el impacto puso fin a la presidencia de John Major, contribuyendo al declive del Partido Conservador y su derrota en las siguientes elecciones legislativas de 1997, que situaron a Tony Blair al frente del Gobierno, político que continúa como uno de los promotores de la agenda globalista y que conserva un papel fundamental en las estructuras de poder mundiales. Soros nunca ha ocultado su satisfacción por esta operación, que fue dirigida por el director de la oficina de su firma de inversión en Londres. ¿Saben quién era? Scott Bessent, secretario del Tesoro de Donald Trump. El millonario tecnológico Elon Musk se lo echó en cara durante una discusión en el Ala Oeste de la Casa Blanca en la que ambos estuvieron a punto de llegar a las manos, y Trump zanjó el enfrentamiento poniéndose de parte de Bessent y apartando al

empresario australiano de su puesto como auditor de las políticas gubernamentales.[33]

George Soros está en retirada, ha dejado a su hijo Alexander el mando de su imperio, y se ha convertido en nuestros días en una especie de muñeco que recibe golpes desde todos los lugares del espectro político, quizás con la excepción del Partido Demócrata norteamericano que tanto dinero ha recibido de sus manos. Su verdadero nombre es György Schwartz, con el que nació este judío askenazi en agosto de 1930 en Budapest, que ha llegado a ser uno de los hombres más poderosos del planeta. Es un especulador con ínfulas de filósofo, cuyo pasatiempo preferido es jugar a ser Dios empleando para ello una fortuna que supera el PIB de muchos países. Estamos ante uno de esos casos en los que el personaje ha engullido al individuo, cuya figura se ha caricaturizado hasta límites insospechados. Se le califica de hombre amoral y sociópata que solo busca lucrarse con la desdicha ajena, a pesar de que destina miles de millones de dólares a organizaciones no gubernamentales encargadas —al menos sobre el papel— de ayudar a países totalitarios a caminar hacia la democracia. A los agentes del mal les gusta vestirse de filántropos.

También es acusado de ser un heraldo del anticristo que maneja los hilos del poder desde un supuesto gobierno en la sombra para instaurar un nuevo orden mundial coercitivo, aunque su hipócrita defensa de la sociedad abierta va en esencia contra esta pesadilla orwelliana. Y lo más paradójico es que todos estos elementos están, de una u otra forma, en la vida de George Soros, dando munición a sus detractores. En las distancias cortas hace gala de un irónico sentido del humor, pero en sus conferencias es un orador aburrido y gris, todo lo contrario que en las entrevistas, en las que aprovecha siempre para dejar mensajes que ilustran bien su carácter. «Hay gente buena y gente mala, pero yo no me identifico con ninguno de los dos grupos, a veces los buenos son demasiado buenos para mi gusto»,[34] es una de las frases acuñadas por este húngaro nacionalizado estadounidense que constata la equidistancia de su camino vital y su amoralidad confesa.

El padrino de los fondos especulativos de alto riesgo se jacta de no tener ideología. Como confesó al periodista Michael Steinberger: «Pertenezco al club de los que no son de ningún club»,[35] una afirmación que enmarca la figura de verso suelto de la que siempre ha hecho gala George Soros. Cuando estaba en las puertas de la adolescencia se convirtió en un colaborador del régimen nacionalsocialista tras la toma de control de Hungría por parte de las huestes de Hitler. Sirvió en la casa de un empleado del Ministerio de Agricultura encargado de hacer redadas y confiscar las propiedades de los judíos húngaros. En una célebre entrevista concedida en 1998 al programa *60 Minutos* emitido en la cadena de televisión CBS, Soros respondió a estas acusaciones asegurando que él era «solo un mero espectador». Sin embargo, posteriormente calificó esta etapa en Budapest —durante la ocupación nazi— como «la más excitante y feliz de su vida» por «enfrentarse al mal y sacar lo mejor de uno mismo».[36] Desde una temprana edad supo ganar en las situaciones adversas y no le duelen prendas en admitir que se trató de la «experiencia educativa más importante» de su carrera.

El joven Soros se valió de la conexión con un aristócrata judío para huir a Lisboa, y después de que el Ejército Rojo «liberara» Hungría de las garras nazis, se marchó a Londres porque no se fiaba de los comunistas. Aprovechó un congreso juvenil de esperanto en Suiza, idioma universal que habla a la perfección por influencia paterna, para trasladarse a Gran Bretaña, donde estudió en la London School of Economics. Es entonces cuando recibió la influencia del pensamiento de Karl Popper —aunque no lo tuvo como profesor—, que le sirvió posteriormente para fundar Open Society, grupo conformado por una red de organizaciones que utiliza para influir en la política internacional, bajo la apariencia de ser entidades sin ánimo de lucro. A través de ellas, emplea los canales de la ayuda al desarrollo para promover golpes de Estado, impulsar procesos migratorios masivos, extender el aborto y la eutanasia, defender el uso lúdico de las drogas y emplear la ideología de género como herramienta de ingeniería social.[37]

No se puede decir que Soros se esconda, ya que ha escrito varios libros en los que ha dejado constancia de su particular visión social. Así lo plasmó en *La alquimia de las finanzas*: «Admito que siempre he albergado una idea exagerada de mi importancia. Me veo a mí mismo como una especie de Dios, o como un reformista económico como Keynes o, mejor aún, como un científico como Einstein».[38] Y es ahí precisamente donde reside el peligro de este filósofo frustrado: que bajo la premisa de buscar el bien común hace mucho más daño del que evita. Porque la sociedad abierta que preconiza Soros no es libre. Tal como la interpreta el magnate, «se trata en realidad de una sociedad diluida, carente de historia o carácter, y en la que los individuos no se sienten parte más que de una humanidad universal. Una humanidad que no mirara atrás, olvidase las culturas en las que ha evolucionado y hablase un mismo idioma; un idioma nuevo con el que transmitir valores comunes para todos».[39] Una distopía que solo puede implantarse con férreas cadenas paternalistas que cercenan de raíz la libertad de los individuos a los que dice proteger.

Soros no es el único miembro del este selecto club de personas que se consideran por encima del bien y del mal, con capacidad de acción sobre las vidas y haciendas de miles millones de personas, aunque seguramente sea el que tiene una mayor exposición mediática, una situación en la que siempre se ha sentido cómodo. Hay muchos más similares a él, que de cara al exterior se convierten en falsos filántropos, en una búsqueda enfermiza de la aceptación social que les permita conciliar el sueño a pesar de los efectos que tienen sus decisiones en las sociedades donde intervienen. Se reúnen en foros y clubs selectos, en los que intentan presentar la idea de que trabajan para lograr un mundo mejor, creando programas e iniciativas como la citada Agenda 2030 o el impostado «Gran Reinicio», concepto impulsado por el Foro Económico Mundial tras la llegada del COVID para que, siguiendo la esencia de la novela *El gatopardo*, «todo cambie para que todo siga igual».

El Gran Reinicio y los falsos filántropos

No podemos concluir este viaje por los amos del mundo sin mencionar a este organismo, conocido también como el Foro de Davos, fundado por Klaus Schwab, otro de los personajes que se ha convertido en villano en los últimos años, sobre todo desde la llegada de la pandemia y la publicación de su libro *COVID-19: The Great Reset*, cuyo título sirvió de lema para una nueva de vuelta de tuerca de la agenda globalista, gracias a la emergencia sanitaria y los confinamientos masivos, en un contexto de terror promovido desde las élites sin ningún tipo de límite ni pudor.

Se suele mencionar a otros grupos de poder, como el Club Bilderberg,[40] pero en la actualidad es el Foro Económico Mundial quien asciende peldaños en la pirámide. En sus cumbres anuales tienen mucha más importancia los encuentros que se celebran al margen de las conferencias oficiales que los eventos que se publicitan. Su cúpula es especialista en «normalizar la no normalidad»,[41] lo cual es una aberración que nos quieren hacer tragar moviendo la ventana de Overton, ese mecanismo de teoría política que impulsó Joseph Overton desde el Centro Mackinac, en Estados Unidos, que establece cómo se puede modificar el marco de creencias de una sociedad, lo que la población considera asumible, o incluso bueno o malo, si se alterna el rango de creencias. Un sistema en el que las decisiones de los que determinan la agenda (las élites plutocráticas hoy en día) se enmarcan en una ventana conceptual que puede moverse a discreción para manipular las creencias sociales.

Con ese *leitmotiv* trabaja el Foro Económico Mundial. La estrategia consiste en aplicar técnicas de ingeniería social para modificar los patrones de comportamiento mientras se pretende convencer a las masas de que es lo mejor para todos. Unas élites que dicen ser «los buenos», a pesar de que son los principales enemigos de las sociedades libres, una humanidad a la que dicen proteger, aunque la aborrecen. Políticos y empresarios se dan la mano en un grupo de visionarios que, siguiendo los sueños húmedos de Klaus Schwab, aspira a utilizar la tecnología para dar el siguiente paso evolutivo en una doble vertiente: control social y agenda transhumanista. En

esencia, se trata de una agenda de corte *adanista*, que pretende crear un hombre nuevo que dé la espalda a Dios y que sustituya la religión por el culto a la tecnología y a la naturaleza. Una modalidad de visión panteísta en la que no pocas veces colabora incluso el Vaticano.

El lema más famoso de esta organización es «no tendrás nada, pero serás feliz»,[42] incluido en uno de los vídeos de promoción más polémicos de su extensa historia, que comienza también, como en el caso de sus socios del Club de Roma y la Comisión Trilateral, en los años setenta del pasado siglo. Seguro que a estas alturas el lector no se sorprenderá de que la creación de este foro globalista no fue una idea de su fundador oficial y presidente casi vitalicio, Klaus Schwab, sino que nacería de las entrañas de un programa de Harvard financiado por la CIA. Dirigido por Henry Kissinger e impulsado por dos figuras de relevancia: el economista, diplomático y escritor John Kenneth Galbraith y el halcón de la Corporación Rand y fundador del Instituto Hudson: Herman Kahn.

Como revela la investigación realizada por el periodista Johnny Vedmore, la historia oficial del Foro Económico Mundial ha sido manipulada para que pareciera un organismo de factura europea, en una estrategia muy similar a la utilizada en las figuras de Schuman y Monnet. El economista y empresario Klaus Schwab contaba con un equipo político estadounidense de élite que trabajaba en la sombra y que le ayudó a crear la organización globalista de base europea. «Fue en Harvard en la década de 1960, donde conoció al entonces profesor Henry Kissinger, un hombre con el que Schwab entablaría una amistad de por vida. Pero, como ocurre con la mayoría de la información de los anales de los libros de historia del Foro Económico Mundial, lo que le han contado no es la historia completa. De hecho, Kissinger reclutaría a Schwab en el seminario internacional de Harvard, que había sido financiado por la Agencia Central de Inteligencia de Estados Unidos. Aunque esta financiación salió a la luz el año en que Klaus Schwab dejó Harvard, la conexión ha pasado prácticamente desapercibida. El Foro Económico Mundial no es una creación europea. En realidad, se trata de una operación

que emana de los grandes de la política pública de las épocas de Kennedy, Johnson y Nixon; todos ellos tenían vínculos con el Consejo de Relaciones Exteriores y el Movimiento de la Mesa Redonda asociado con un papel de apoyo desempeñado por la Agencia Central de Inteligencia».[43]

La génesis del que años después sería conocido como el Foro de Davos, por sus cumbres anuales en la ciudad suiza, estuvo en los seminarios que impartía Kissinger con financiación de la inteligencia norteamericana[44] y que sirvieron de centros de reclutamiento. Permitió presentar a Schwab a los responsables políticos estadounidenses, muy bien conectados, que le ayudarían a crear lo que después se convertiría en el instituto europeo de políticas públicas más poderoso con aspiraciones supranacionales. Kissinger encargó a Galbraith que estrechara lazos con el empresario alemán, que tenía veintiséis años y una carrera por determinar. Su padre, Eugen Schwab, había estado en el lado equivocado de la historia durante la Segunda Guerra Mundial y había participado en los intentos del régimen nazi por lograr la bomba atómica. Mandó a su retoño a Harvard para que orientara su vida profesional, y cuando volvió a casa, al final de la década de 1960, lo hizo acompañado por Galbraith. Viajaron juntos a Europa para poner en marcha la institución, con sede en Suiza, y sumaron a Herman Kahn, que en aquellos momentos era muy considerado en los pasillos del Pentágono y del Departamento de Estado por sus informes sobre el concepto y la viabilidad de la disuasión nuclear, que posteriormente se convertiría en política militar oficial y en la que participó el propio Schwab.[45] Como recuerda Vedmore, «es en la histeria primordial de los primeros años de la Guerra Fría donde Kahn tendría el espacio intelectual, y algunos podrían decir ético y moral, para pensar lo impensable. Kahn aplicaría la teoría de los juegos —el estudio de los modelos matemáticos de las interacciones estratégicas entre agentes racionales— para jugar a los posibles escenarios y resultados de la guerra termonuclear».[46]

En un ensayo escrito para el Consejo de Relaciones Exteriores en julio de 1966, titulado *Nuestras alternativas en Europa*, Kahn afirma:

«La política actual de Estados Unidos se ha dirigido generalmente a la integración o unificación política y económica, así como militar, de Europa Occidental como medio para la seguridad europea. Algunos han visto la unificación como un paso hacia la unidad política de Occidente en su conjunto, o incluso del mundo. Así, la consecución de alguna forma más cualificada de integración o federación de Europa, y de Europa con América, también se ha considerado un objetivo intrínsecamente deseable, especialmente porque las rivalidades nacionales en Europa se han considerado una fuerza fundamentalmente perturbadora en la historia moderna; de ahí que su supresión, o su acomodación en un marco político más amplio, sea indispensable para la futura estabilidad del mundo».[47] ¿Estaba el Foro Económico Mundial destinado simplemente a unir a Europa? ¿O la idea era unir en una relación de sumisión al Viejo Continente con Estados Unidos, en un experimento de corte globalista, un nuevo orden mundial diseñado por el Consejo de Relaciones Exteriores, la Trilateral, el complejo militar industrial y el mundo financiero?

Además de ser un señor de la guerra, al menos en el plano teórico, Kahn fue uno de los primeros geopolíticos con ínfulas de visionario. A través del Instituto Hudson publicó un documento[48] en el que pretendía trazar las líneas de la sociedad futura y que incluyó un capítulo titulado: «Necesidades educativas especiales de los responsables de la toma de decisiones», en el que exponía lo siguiente: «Debería considerarse muy seriamente la conveniencia de educar explícitamente a los responsables de la toma de decisiones para que sean más capaces, en efecto, de planificar el destino de la nación, o de llevar a cabo los planes formulados mediante un proceso más democrático. Una faceta de este procedimiento sería la creación de un conjunto de conceptos compartidos, un lenguaje compartido, analogías compartidas, referencias compartidas… (…) la re-enseñanza universal en el espíritu de la tradición humanista de Europa —por lo menos para su grupo de liderazgo integral— podría ser útil en muchos aspectos».

Cuando se estudia esta retórica y se descifra lo que significa, en este documento Herman Kahn sugiere subvertir la democracia para

formar solo a un determinado grupo de la sociedad como líderes potenciales, siendo esos pocos preseleccionados que se preparan para el poder los que pueden definir cuáles deben ser nuestros valores compartidos como sociedad. Volvemos a la escuela teórica de los *straussianos* y el gobierno de los sabios que toman sus decisiones al margen del rebaño, al cual se pastorea empleando la mentira como instrumento habitual. Uno de estos engaños es apelar al concepto humanista para defender sus postulados. En el año 1968, en respuesta a un periodista que le preguntó a Herman Kahn qué hacían en el Instituto Hudson, este le respondió: «Tomamos el punto de vista de Dios. Grande, aéreo, global, galáctico, etéreo y espacial. La megalomanía es el riesgo profesional habitual».[49] En 1971 Kahn se sentó en el centro del escenario para asistir al discurso de John Kenneth Galbraith en la histórica primera sesión de la organización de elaboración de políticas que acabaría convirtiéndose en lo que hoy conocemos como el Foro Económico Mundial.

Klaus Schwab se retiró de la primera línea de la institución en 2025 por su vejez y, sobre todo, por su implicación en un caso de corrupción que pocos han querido investigar a fondo (fue sustituido por dos copresidentes, uno de ellos el propio Larry Fink). Ha terminado su carrera convirtiéndose en una caricatura viviente de un villano de las películas de James Bond, que celebra reuniones con las élites en lo alto de los chalets de las montañas suizas. Pero, como expone la investigación de Vedmore, la imagen que tenemos de Schwab no es accidental. En los años de la posguerra ocurrió algo muy singular en la cultura occidental, cuando el Gobierno empezó a utilizar los medios de comunicación de masas como herramienta para dirigir al público operaciones psicológicas de grado militar en las cuales aparecían adversarios poderosos que siempre fracasaban en su obsesión por dominar el mundo.

Si la gente te percibe como un villano malvado y todopoderoso, puede que no consigas el apoyo del hombre común, pero ganarás la atención de aquellos que buscan el poder, la riqueza y el control. Ese grupo al que Schwab define como las «partes interesadas» de la sociedad y que excluye a las masas para abrir la puerta a lo que

delimita como el «capitalismo de los grupos de interés», cuya musa es lady Lynn Forester de Rothschild, fundadora del Consejo para el Capitalismo Inclusivo, cuyos miembros —entre los cuales están los Rockefeller y el propio papado— ejercen de «guardianes» de este sistema.[50] Como los «vigilantes» que describía Enoc y que terminaron subyugando a las «hijas de los hombres».[51] En estos círculos están las fundaciones a las que nos hemos referido en esta obra relacionadas con la política exterior y la industria militar, junto con otras no menos relevantes como las creadas por las familias Koch, Bloomberg, Gates, Bezos, Omidyar, Schmidt… todas pertenecientes a la casta que ha vaciado a las democracias para dejarlas como cáscaras de huevo resquebrajadas sin sustrato vital.

De esta forma se produce una transferencia de poder hacia un sistema de gobierno formado por un pequeño grupo de liderazgo preseleccionado, que es entrenado para continuar la agenda establecida por la generación anterior. Ellos tendrán todas las cartas, mientras que a la gente común solo le quedarán procesos ilusorios, vivirán en el umbral de la subsistencia y sufrirán constantes operaciones psicológicas para distraerlos y mantener sus mentes ocupadas moviendo la ventana de Overton a discreción. Lo que hoy es blanco, mañana es negro, después vuelve a ser blanco, y así sucesivamente. El amigo pasa a ser enemigo de la noche a la mañana y viceversa, lo que provoca la desorientación en una sociedad cada vez más anestesiada a la que se inunda de ruido mental. La gestión política de la pandemia fue un claro ejemplo de ello, pero hay muchos casos más, como presentar a Trump como un *outsider*, creer que los políticos persiguen el bien común, ocupar trinchera en la falsa dicotomía entre izquierda y derecha, considerar a los filántropos como protectores de la humanidad y, sobre todo, negar la existencia de una agenda que tenemos delante de nuestros ojos.

La secta transhumanista

Schwab se ha convertido en algo más que un tecnócrata. Ha manifestado su intención de fusionar su identidad física y biológica

con la tecnología del futuro, y así convertirse en otro de los profetas de la diabólica agenda transhumanista, una religión de carácter gnóstico, que susurra a los hombres que pueden ser dioses gracias al desarrollo científico y tecnológico. Esta ideología, que comparte la plana mayor de los directivos de las grandes empresas de Silicon Valley (cada uno con un nivel de grado de creencia), promueve una evolución de la humanidad en la que lo divino es el ser humano en sí mismo: es lo que le decía la serpiente a Eva en el jardín del Edén: «Comed, seréis como dioses».[52] Este es el pilar del componente ocultista de la agenda globalista, que va mucho más allá de lo geopolítico y de lo económico, porque su núcleo estriba precisamente en la destrucción de los pilares sociales y espirituales sobre los que se ha edificado la civilización.

Hablamos de una iglesia transhumanista que se disfraza, además, de un falso progresismo, en una idea de progreso evolutivo que en realidad acaba con la esencia humana. El británico Kevin Warwick llega a considerar que quienes no pasen por el aro de la fusión entre el hombre y la máquina serán «una subespecie, los chimpancés del futuro».[53] Otro de los autores clave de esta escuela filosófica que combina el ocultismo con el desarrollo tecnológico es Raymond Kurzweil, ingeniero que ha trabajado muchos años en Google como técnico y directivo, una figura reconocida que ha escrito también varios libros y que anhela un futuro en 2045 en el que espera que la inteligencia artificial (IA) haya adquirido el desarrollo necesario para alcanzar lo que denomina como la «singularidad», en el momento en el que la tecnología se creará a sí misma e incluso se adentrará en la biología y la neurociencia prácticamente de forma autónoma, con el mínimo componente humano. Es importante destacar que en este movimiento están desde Google a la NASA, pasando por Microsoft, PayPal y Tesla, cuyo fundador, Elon Musk, es un reconocido transhumanista que ya ha logrado, a través de su empresa Neuralink, realizar implantes neuronales a animales conectándolos a ordenadores, como paso previo a implantarlos en seres humanos con el objetivo de trasladar a los procesadores informáticos los

sentimientos, emociones y recuerdos para que puedan ser descargados en la red por cualquier persona y en todo momento.

Cuando se trata a las personas, a los cuerpos, a las mentes, como fines en sí mismos, se abre la puerta a la eugenesia, el aborto masivo, la eutanasia, los experimentos con personas, todo con la falsa promesa de crear nuevos humanos, a los que se pretende cercenar el espíritu. Y el hombre se convierte en creador… el *Homo deus* que nos presenta Yuval Noah Harari,[54] otro de los profetas de esta secta que ha sido encumbrado a los altares de la «cuarta revolución industrial» que preconiza el propio Schwab en sus obras y cuya llegada intentó acelerar con motivo de la irrupción de la pandemia en su proyecto de «Gran Reinicio»[55] global. Schwab celebra la posibilidad de crear este nuevo mundo aprovechando las crisis sanitarias. En el Chicago Council on Global Affairs, aseguró sin pestañear que «el Gran Reinicio nos llevará a fusionar nuestra identidad física, digital y biológica». En la propia página web del Foro Económico Mundial dedicada a esta agenda existe un apartado exclusivo a esta «ascensión del ser humano».

En el plano económico y social, la hoja de ruta del Foro Económico Mundial se basa principalmente en desmantelar el sistema capitalista en favor de un mayor Gobierno tecnócrata centralizado que trabaje siguiendo los designios de la plutocracia global. Esto no implica que las élites tengan los mismos objetivos a corto plazo, ya que las luchas intestinas son parte de su estructura. Los dioses del Olimpo se pelean mientras los pobres mortales se centran en la supervivencia y en una búsqueda de la felicidad cada vez más irreal. La ingeniería social que se deriva de este rumbo aspira a conducir a niveles de vida más bajos para que los hogares empleen su tiempo y esfuerzo en conseguir el sustento, con una clase media en evidente retirada. Eso sí, los humanos serán felices, como en el libro de Aldous Huxley, gracias, entre otros elementos, a la medicación permanente y los entretenimientos tecnológicos. Terrorífico, ¿verdad?

El transhumanismo no es solo un *hobby* de excéntricos, fanáticos y diseñadores del progreso tecnológico. Es consecuencia de llevar

hasta su último término el mito del progreso y la evolución. Ante tal amenaza, lo mejor que podemos hacer es conocerla, tomar consciencia de quiénes son sus precursores y cuáles son sus objetivos. Solo así no llegará a materializarse o bien reducirá considerablemente su ámbito de influencia y control. Como decía Orwell en su nóvela *1984*, «lo importante no es mantenerse vivos, sino seguir siendo humanos».

---

[1] Liaquat Ahamed, *Los señores de las finanzas. Los cuatro hombres que arruinaron el mundo*, Deusto, Barcelona, 2010.

[2] Como siempre sucede en este tipo de terremotos financieros, hubo algunos que lo vieron venir, como el inversor Jesse Lauriston Livermore, que un año antes del *crash* se dio cuenta de que el desastre era inminente. «Estudié el mercado en 1906, ya viviendo en Nueva York. La mayoría de la riqueza mundial acababa de ser destruida. La guerra de los Boers en Sudáfrica fundió gran parte de la riqueza de los inversores británicos. El gran terremoto de San Francisco y otros desastres dejaron muy tocados a trabajadores, comerciantes, empresas de manufacturas o granjeros. Las compañías ferroviarias iban a sufrir mucho. En este entorno, solo podía imaginar una opción: vender acciones». Edwin Lefèvre, *Reminiscences of a Stock Operator*, John Wiley & Sons Limited, Hoboken (Nueva Jersey), 2007.

[3] Los asistentes fueron el senador Nelson Aldrich (líder republicano y suegro de John D. Rockefeller Jr.), Piatt Andrew (como experto del Tesoro), Frank A. Vanderlip (del National City Bank de Nueva York), Henry P. Davison (socio de JP Morgan & Co.), Paul Warburg (Kuhn, Loeb & Co., experto en banca central europea) y Benjamin Strong (futuro primer presidente de la Reserva Federal de Nueva York).

[4] En realidad, el término fue importado. La denominación procedía de los nobles medievales alemanes que imponían grandes tasas al paso de los barcos fluviales por el Rin en aquellos tramos que discurrían por sus dominios.

[5] Edward G. Griffin, *The Creature from Jekyll Island*, Dauphin Publications, Westlake Village (California), 1994.

[6] Algunos historiadores discuten si Wilson se refería específicamente a la Reserva Federal o a la concentración bancaria en general.

[7] Herbert L. Satterlee, *J. Pierpont Morgan: An Intimate Portrait*, The Macmillan Co., Nueva York, 1939.

[8] Relaciones que ha expuesto de forma magistral y extremadamente documentada la investigadora Whitney Webb, famosa en todo el mundo por

destapar las claves internas de la trama del proxeneta de la élite, Jeffrey Epstein, y autora de un magnífico libro, de dos volúmenes, titulado *One Nation Under Blackmail* y editado por Trine Day en el año 2022. En enero del año 2000 el consejo de administración de Bank One crea un grupo de varias personas para escoger al próximo CEO, comité en el que, además de representantes de la familia Crown, estaban John Kessler, vinculado también a la red de Epstein, y John Hall, directivo petrolero de empresas ligadas a la CIA. El elegido fue Jamie Dimon. Tras ser seleccionado, el propio Dimon compró una participación significativa en Bank One. De su decisión dijo más tarde: «Iba a darlo todo, y esta iba a ser mi nueva familia». Una familia que pronto se haría más grande, con la adquisición de Bank One por JP Morgan Chase en 2004. Dimon se convirtió en presidente y director de operaciones de la empresa combinada y después director ejecutivo de JP Morgan Chase y presidente. En marzo de 2008, fue miembro de la junta de Clase A del Banco de la Reserva Federal de Nueva York. Bajo su liderazgo, y con las adquisiciones durante su mandato, JP Morgan Chase pasó a ser el banco estadounidense líder en activos domésticos bajo administración, valor de capitalización de mercado y valor de acciones que cotizan en bolsa.

[9] Carlos González, «Información privilegiada: ¿qué compran los políticos de EE.UU. en bolsa?», *Investing.com*, 18 de junio de 2025.

[10] Liz Moyer, «A Decade after its Fire-Sale Deal for Bear, a Look at what JP Morgan Got in the Bargain», *CNBC*, 14 de marzo de 2018.

[11] Carter Johnson, «Why this is the Banking Crisis JPMorgan's Jamie Dimon Has Been Waiting for», *Business Insider*, 1 de mayo de 2023.

[12] Una *stablecoin*, ligada al dólar, es un tipo de moneda digital cuyo valor está anclado al del dólar, a diferencia de bitcoin o ethereum, que pueden fluctuar fuertemente. La relación es 1 token = 1 USD, por lo tanto, en la práctica, es muy similar a un dólar digital.

[13] Tal como admitió el propio Luis de Guindos, exministro de Economía de España y vicepresidente del Banco Central Europeo (BCE) en una conversación mantenida con el autor justo antes del rescate financiero español.

[14] Desarrollamos el riesgo para las libertades que suponen las CBDC en el capítulo 9.

[15] El papel de la gestora americana fue vender y comprar bonos corporativos, préstamos corporativos y ETF de bonos corporativos «con el objetivo de cumplir de la mejor manera el programa de facilidad al crédito corporativo en el mercado secundario de Estados Unidos (el SMCCF por sus siglas en inglés). El contrato se firmó el 25 de marzo del año 2020, y puede consultarse en la web de la Reserva Federal de Nueva York»: https://www.newyorkfed.org/medialibrary/media/markets/special_facilities/ima-blackrock-fma

[16] Michael Roberts, «Reconstructing Ukraine», *The Next Recession Wordpress*, junio de 2023.

[17] Editorial de *Financial Times* publicado el 20 de junio de 2023 (justo antes de que comenzara la conferencia internacional) con el título «How to Support the Reconstruction of Ukraine».

[18] *«Jack-of-all-trades».* Ben Protess, «Adept Moves in Financial Crisis Clear Citigroup Chief's Path to Top Job», *The New York Times*, 16 de octubre de 2012.

[19] VV.AA., «The Billionaire Elite who Answered Donald Trump's Call on Panama Canal», *Financial Times*, 5 de marzo de 2025.

[20] La reserva fraccionaria es un sistema donde los bancos solo deben mantener una mínima fracción (un porcentaje) de los depósitos de sus clientes como reserva líquida, pudiendo prestar o invertir el resto. Este sistema permite la creación de dinero nuevo a través del efecto multiplicador, ya que el dinero prestado y depositado vuelve al sistema para ser prestado nuevamente, aumentando la liquidez económica, pero también genera riesgos de liquidez y es la base de las crisis bancarias cuando no se cumplen las expectativas de demanda de depósitos.

[21] «Empeñarse en perseguir el objetivo teóricamente imposible (desde el punto de vista jurídico-contractual y técnico-económico) de ofrecer un contrato que simultáneamente combine las mejores características de los fondos de inversión (y en especial la que consiste en la posibilidad de obtener interés de los "depósitos" realizados) con el contrato tradicional de depósito (que por definición ha de permitir su retirada a su valor nominal en cualquier momento) tarde o temprano, pero siempre de manera inexorable, ha de producir unos inevitables ajustes espontáneos, en forma, en un primer momento, de expansiones incontroladas de la oferta monetaria, inflación, mala asignación generalizada de los recursos productivos a nivel microeconómico y, en última instancia, recesión, liquidación de los errores inducidos por la expansión crediticia en la estructura productiva, y paro masivo». Jesús Huerta de Soto, «El sistema bancario de reserva fraccionaria, el banco central y la teoría de los ciclos económicos», *jesushuertadesoto.com*.

[22] Jesús Huerta de Soto, *Dinero, crédito bancario y ciclos económicos*, Unión Editorial, Madrid, 1998.

[23] Ludwig von Mises, *La acción humana*, Unión Editorial, Madrid, 2007.

[24] John Maynard Keynes, *The Economic Consequences of the Peace*, 1919.

[25] Entrevista concedida al autor.

[26] Adam LeBor, *Tower of Basel: The Shadowy History of the Secret Bank that Runs the World*, Public Affairs, Nueva York, 2014.

[27] Tienen incluso página web: *group30.org.*

[28] Niall Ferguson, *La plaza y la torre: el papel oculto de las redes en la historia*, Debate, Barcelona, 2022.

[29] *Reviving and Restructuring the Corporate Sector Post-Covid: Designing Public Policy Interventions*, Group of Thirty, Washington, diciembre de 2020.

[30] Jan Fitchner; Eelke Heemskerk; Javier García-Bernardo, «Hidden Power of the Big Three? Passive Index Funds, Re-Concentration of Corporate Ownership, And New Financial Risk», *Business and Politics*, 25 de abril de 2017.

[31] Helen Lewis, «Liz Truss Fought the Lettuce, and the Lettuce Won», *The Atlantic*, 20 de octubre de 2022.

[32] Philip Collins, «It's Truss v the Blob in The Hidden Corners Where Conspiracies Thrive», *The Observer*, 1 de julio de 2025.

[33] Mark Caputo, «Musk vs. Bessent Dispute Erupted into West Wing Shouting Match», *Axios*, 23 de abril de 2025.

[34] Cita extraída de la entrevista a George Soros realizada por el periodista Philip Dodd, «George Soros: "El dinero da poder. No está bien, pero es un hecho"», *BBC Mundo*, 27 de junio de 2011.

[35] Entrevista realizada por Michael Steinberger, «George Soros, el poder en la sombra: "Me gustaría tener más amigos"», *XL Semanal*, 4 de noviembre de 2018.

[36] George Soros, *Underwriting Democracy*, Public Affairs, Nueva York, 2004 e id., *Soros on Soros: Staying Ahead of the Curve*, Willey, Nueva York, 1995.

[37] Antes de que fundar esta telaraña de ONG y asociaciones defensoras de malignos intereses, Soros llegó en 1956 a Wall Street tras una década en Inglaterra trabajando en diversos oficios, desde maletero en un hotel hasta camarero. La intención inicial de este inmigrante recién licenciado no era hacerse rico en la Bolsa de Nueva York, sino tan solo ahorrar 100.000 dólares en cinco años para dedicarse a su verdadera pasión: la actividad intelectual. El joven Soros no sabía aún que tenía un sexto sentido para las finanzas que le permitiría amasar una fortuna con la que convertirse en el ingeniero social que siempre soñó. Su carrera ascendente se vio impulsada por la creación del fondo Quantum a finales de los años setenta del pasado siglo, un vehículo de inversión pionero en ese extraño arte de invertir mediante el apalancamiento con operaciones cortas a descubierto (*short selling*) que tantos éxitos le ha dado a lo largo de su carrera y que tuvo como episodio destacado el ataque especulativo a la libra que acabamos de describir.

[38] George Soros, *La alquimia de las finanzas,* Distal, Buenos Aires, 1997.

[39] José Carlos Rodríguez, «Una teoría sobre George Soros», *Disidentia*, 30 de junio de 2018.

[40] Daniel Estulin, *La historia definitiva del Club Bilderberg*, Booket, Barcelona, 2011.

[41] Expresión utilizada por la presidenta del Banco Central Europeo, Christine Lagarde.

[42] La expresión original es *«You'll own nothing and be happy»* y fue popularizada por el Foro Económico Mundial (WEF, por sus siglas en inglés) a partir de un ensayo publicado en 2016 por la política danesa Ida Auken titulado *Welcome to 2030. I Own Nothing, Have no Privacy, And Life Has Never Been Better* (luego renombrado como *Here's How Life Could Change in My City By the Year 2030*). En ese texto, Auken imaginaba una ciudad futura donde la gente no posee autos, casas, ropa ni electrodomésticos, sino que accede a ellos mediante servicios compartidos. El Foro Económico Mundial (también conocido como Foro de Davos) incluyó esa idea en un vídeo titulado *8 Predictions for the World in 2030*.

[43] Johnny Vedmore, «Dr. Klaus Schwab or How the CFR Taught Me to Stop Worrying and Love the Bomb», *Unlimited Hangout*, 10 de marzo de 2022.

[44] Kissinger era el director ejecutivo del seminario internacional, que Schwab menciona a menudo cuando recuerda su estancia en Harvard. El 16 de abril de 1967, se informaría de que varios programas de Harvard habían recibido financiación de la Agencia Central de Inteligencia (CIA). Esto incluía 135.000 dólares para el seminario internacional de Henry Kissinger, aunque él afirmó que no sabía que habían venido de la agencia de inteligencia estadounidense. La implicación de la CIA en la financiación del seminario internacional de Kissinger fue expuesta en un informe de Humphrey Doermann, el asistente de Franklin L. Ford, que era decano de la Facultad de Artes y Ciencias. El informe de Humphrey Doermann, escrito en 1967, solo se centraba en el patrocinio de la CIA entre 1961 y 1966, pero el seminario internacional de Kissinger, que había recibido la mayor financiación de todos los programas de Harvard sufragados por la CIA, seguiría funcionando hasta 1967. Klaus Schwab llegó a Harvard en 1965. El 15 de abril de 1967, *The Harvard Crimson* publicaría un artículo, no atribuido a ningún autor, en relación con el informe de Doermann, en el que se afirmaba: «La ayuda no tenía condiciones, por lo que el Gobierno no podía influir directamente en la investigación ni impedir la publicación de sus resultados».

[45] El año en que Klaus Schwab dejó Harvard, fue contactado por Peter Schmidheiny, que acababa de vender Escher Wyss al Grupo Sulzer. La fábrica de Escher Wyss en Ravensburg durante la Segunda Guerra Mundial había sido dirigida por el padre de Schwab, Eugen Schwab, y había participado en la fabricación de turbinas de agua pesada para el secreto esfuerzo nazi de la

bomba atómica. Schwab habla en una entrevista —mencionada en la investigación de Vedmore— del momento en que Schmidheiny le llamó, diciendo: «Tú vienes de Harvard y conoces los métodos modernos de gestión, ayuda a que la integración sea un éxito». Lo que Klaus no mencionaría en esa entrevista es que ayudaría a Sulzer y Escher Wyss a fusionarse, dando lugar a una nueva empresa llamada Sulzer AG. Esa empresa, en la que Schwab ejercería de director, pasaría a infringir la ley internacional al ayudar al régimen del *apartheid* sudafricano en su programa ilegal de bombas termonucleares.

[46] Johnny Vedmore, «Dr. Klaus Schwab or How…», *op. cit.*

[47] Herman Kahn, *The Nature and Feasibility of War and Deterrence, A Study*, The Rand Corporation, Santa Mónica, 1960.

[48] *Ancillary Pilot Study for the Educational Policy Research Program (Final Report)*, Hudson Institute, Nueva York, 1968.

[49] Sharon Ghamari-Tabrizi, *The Worlds of Herman Kahn,* Harvard University Press, Cambridge, 2005.

[50] https://www.inclusivecapitalism.com/news-insights/the-council-for-inclusive-capitalism-with-the-vatican-launches/

[51] «Y cuando los hijos de los hombres se multiplicaron, en aquellos días, les nacieron hijas hermosas y atractivas. Y los vigilantes, los hijos del cielo, las vieron y las desearon. Y se dijeron unos a otros: "Vayamos, escojamos esposas para nosotros de entre las hijas de los hombres, y engendremos hijos para nosotros…". Entonces ellos juraron entre ellos y se comprometieron mediante maldición. Y todos ellos eran doscientos, quienes descendieron en los días de Jared hasta la cima del monte Hermón (…) Estos y todos los otros con ellos tomaron esposas de entre ellas según las escogieron. Y empezaron a allegarse a ellas, y a contaminarse a través de ellas, y les enseñaron sortilegios y encantamientos, y les revelaron cómo cortar las raíces y las plantas. Y ellas concibieron de ellos y les parieron gigantes enormes. Y los gigantes engendraron a los Nephilim». 1 Enoc, 6 (*El libro de los vigilantes*).

[52] Génesis 3:5.

[53] «Esto no significa que todo el mundo tenga que convertirse en un cíborg. Si estás contento con tu condición de humano, entonces que así sea, puedes seguir siendo como eres. Pero ten cuidado: al igual que los humanos nos separamos de nuestros primos chimpancés hace años, los cíborgs se separarán de los humanos. Los que sigan siendo humanos probablemente se convertirán en una subespecie. En la práctica, serán los chimpancés del futuro». Kevin Warwick, *I, Cyborg*, University of Illinois Press, Urbana-Chicago, 2004.

[54] Yuval Noah Harari, *Homo Deus. Breve historia del mañana*, Debate, Barcelona, 2017.

[55] Klaus Schwab; Thierry Malleret, *COVID 19: The Great Reset*, Forum Publishing, Ginebra, 2020.

9.

MORDAZA DIGITAL

La verdad se defiende sola, la mentira necesita ayuda del Gobierno.
ANTONIO ESCOHOTADO

Desde el principio de los tiempos la manipulación y el control de la información han sido cuestiones prioritarias en el ámbito de las luchas de poder. La propaganda no es un fenómeno característico ni exclusivo de nuestra era. Gobernantes, líderes religiosos, familias acaudaladas y caudillos militares —así como aspirantes a destronarles— han coincidido en la necesidad de diseñar e implantar un relato que les permitiera sacar ventaja, provocando al mismo tiempo la pérdida de apoyo popular de sus adversarios. Difundir ideologías, sistemas de creencias, legitimar el poder o ampliar y movilizar seguidores han sido objetivos esenciales de los procesos de fabricación de narrativas, en las cuales siempre ha existido una parte de verdad, adaptando el resto del cuerpo del mensaje a los fines de quienes las elaboran. Cuanto más componente de realidad objetiva se incluye en estas narrativas, más sencillo es convencer a los pueblos y, por el contrario, si se incorporan demasiados elementos de distorsión, exageración, omisión, excesiva simplificación o directamente falsedad, entonces se requieren ingentes recursos materiales y sociales para fijar el relato en las mentes de los ciudadanos. En estos casos, se apela a las emociones, prejuicios y anhelos con los que se pastorea al rebaño para que no se cuestione su propia realidad.

La diversidad de opiniones y creencias es inherente a la especie humana. Sin esta pluralidad habría sido imposible abandonar viejos errores, y cuando ha provocado enfrentamientos sangrientos ha sido por el sectarismo de aquellos que no han estado dispuestos a revisar sus propias estructuras de pensamiento y las han defendido a sangre y fuego. El problema surge cuando los sistemas de creencias

se constituyen sin atenerse a los hechos, aceptando axiomas sin contrastarlos con datos o razonamientos lógicos. En nuestra época hemos recuperado de cierta manera el oscurantismo de la Edad Media en la que la evidencia empírica es abandonada de forma sistemática si ataca alguno de los pilares del relato fabricado con dogmas ideológicos. «Cuando las creencias no se contrastan con los hechos, sino que son los hechos los que deben ajustarse a la visión predominante, estamos en proceso de aislarnos de la retroalimentación de la realidad. Sin prestar atención al pasado, estamos volando a ciegas hacia el futuro»,[1] indica a este respecto el economista Thomas Sowell. Una sociedad donde el debate racional se reemplaza por ataques personales y el uso masivo de la censura corre el riesgo de caer en dogmatismos que bloquean el progreso intelectual y social. Esto es lo que está ocurriendo en nuestra sociedad actual: una regresión histórica en la que se demoniza la pluralidad de creencias y se suprime el disenso de quienes cuestionan las ideas dominantes con datos y argumentos sólidos, a los cuales se silencia mediante la cultura de la cancelación, el ostracismo o la violencia. Ha nacido una nueva Inquisición.

Todos estos mecanismos totalitarios forman parte de una guerra mental que se libra sin que la mayoría de la población sea consciente y que se oculta tras la pantalla de la denominada «lucha contra la desinformación», concepto que esconde un tenebroso peligro para las democracias al imponer un sistema de creencias que acaban con la libertad de pensamiento y, por lo tanto, de acción. Desde la Antigüedad la mentira se ha combatido exponiendo hechos constatables, pero en nuestras sociedades actuales todo aquel que cuestiona el relato oficial —aunque lo haga con datos objetivos— es considerado un enemigo del pueblo, como sucedía en los regímenes comunistas del pasado siglo y que tan certeramente refleja la obra de Henrik Ibsen**,** que lleva este título.[2] Hoy en día esta noción se sigue empleando en los países del supuesto mundo libre como acusación política o social destinada a deslegitimar a quien contradice a la mayoría y coloca una etiqueta que busca aislar a

quienes denuncian verdades que cuestionan la narrativa imperante, presentándolo como contrario al interés general y el bien común.

Sucedió durante la pandemia, pero también respecto a la cuestión climática y en clave geopolítica con motivo de las alianzas internacionales en el nuevo desorden global. La aspiración no es acabar con la desinformación, sino minar la capacidad del que se opone a ser manipulado con un discurso falaz que, además, ha sido diseñado para ser modificado en función de los intereses de cada momento y lugar. La historiadora y politóloga Hannah Arendt exponía esta realidad de forma magistral: «Mentir constantemente no tiene como objetivo hacer que la gente crea una mentira, sino garantizar que ya nadie crea en nada (…) un pueblo que ya no puede distinguir entre la verdad y la mentira no puede distinguir entre el bien y el mal (…) un pueblo así, privado del poder de pensar y juzgar, está, sin saberlo ni quererlo, completamente sometido al imperio de la mentira. Con gente así, puedes hacer lo que quieras».[3] Una cita que es muy similar a la que se atribuye a William Casey, director de la CIA durante la Administración Reagan y que en una reunión de personal celebrada en 1981 dijo lo siguiente: «Sabremos que nuestra campaña de desinformación está completa cuando todo lo que el público estadounidense cree sea falso».[4] Esto es extrapolable al resto de los países con independencia de sus sistemas políticos.

Por lo tanto, cuando desde los púlpitos políticos, empresas de medios de comunicación y organizaciones supranacionales se proclama que hay que luchar contra la desinformación, lo que se pretende realmente es lograr el monopolio de la mentira. Aquellos que se erigen en jueces censores que determinan lo que es verdad y lo que no actúan exactamente igual que los burócratas de las dictaduras que hacían pogromos para eliminar disidentes. La gran amenaza para cualquier Gobierno o institución con poder y capacidad de mando no son los opositores organizados, sino aquellos individuos libres que tienen criterio propio y lo emplean como antídoto contra la propaganda y las ideologías dominantes, cuando estas son falaces. El periodista Henry Louis Mencken decía,

en la primera mitad del siglo XX, que «el hombre más peligroso para cualquier Gobierno es el que es capaz de reflexionar... sin tener en cuenta las supersticiones y tabúes imperantes, porque casi inevitablemente llega a la conclusión de que el Gobierno bajo el que vive es deshonesto, demente e intolerable».[5] Son las personas que manejan los resortes de las estructuras de poder las principales fuentes de desinformación y por eso están tan interesadas en cercenar cualquier crítica constructiva, mientras se permite a mentirosos profesionales campar a sus anchas, disponer de espacio en las tertulias televisivas y aparecer públicamente como los verdaderos garantes de la libertad y la democracia.

La injerencia extranjera

Los principales aliados de los creadores del relato en Occidente son las compañías tecnológicas de Silicon Valley, que actúan como un verdadero factótum al servicio de los departamentos de ingeniería social de los servicios de inteligencia, *think tanks* y organismos que se sitúan por encima de los Gobiernos (a los cuales nos hemos referido anteriormente). Microsoft, Alphabet (Google), Apple, Amazon, Meta, X y el resto de las compañías que han diseñado el ágora digital del nuevo siglo son quienes controlan el relato en colaboración con una red de agencias «de verificación» que intentan cubrir el hueco dejado por unos medios de comunicación de masas cuyo descrédito —ganado a pulso— les ha apeado de su labor social. Es muy significativo cómo nos fijamos en el riesgo que supone para las democracias europeas el creciente protagonismo de las empresas tecnológicas chinas, pero se presta menos atención a la influencia que tienen sus homólogas norteamericanas, que colaboran con las autoridades para modelar los mensajes en las redes sociales y realizar censos digitales que violan las soberanías nacionales. Directivos de Microsoft comparecieron en el Senado francés para admitir que «no pueden garantizar que los datos de ciudadanos europeos no serán remitidos al Gobierno estadounidense sin la autorización explícita del Gobierno del país europeo».[6] Y esto es extensible a empresas como Google y Amazon, que junto con la

multinacional fundada por Bill Gates controlan las dos terceras partes del mercado de servicios de alojamiento de datos en la nube. Miembros de la Comisión Europea y los jefes de Gobierno del Viejo Continente aseguran que la soberanía digital se ha convertido en una prioridad estratégica, pero, cuando negocian con las autoridades de Washington —como ha sucedido en el pacto comercial con Donald Trump—, esta cuestión siempre queda al margen. No hay ninguna intención de reducir el poder de las grandes tecnológicas norteamericanas, sino más bien todo lo contrario. Solo preocupa el espionaje de las empresas chinas, si nos vigilan y controlan las multinacionales de Silicon Valley no hay problema alguno, incluso se les pide que intervengan en los procesos electorales para favorecer los intereses de la esfera atlántica.

Sirva como ejemplo el caso de Meta, la compañía de Mark Zuckerberg, cuya responsabilidad en el escándalo de Cambridge Analytica en Estados Unidos[7] no fue un problema para que en las elecciones al Parlamento Europeo del año 2024 las autoridades comunitarias le pidieran que pusiera en marcha un sistema de censura, disfrazado de «lucha contra la desinformación», para eliminar contenidos que pusieran en tela de juicio el relato impuesto por la cúpula de la OTAN, lo que perjudicó a partidos políticos que defendían la necesidad de replantear las relaciones con la Alianza. Incluso Bruselas utilizó la amenaza para forzar a la empresa dueña de Facebook e Instagram a realizar este encargo, con una acusación formal que le responsabilizaba de no combatir suficientemente a los partidarios de opciones políticas que consideraban un error las sanciones a Rusia y que acusaban a la propia OTAN de no defender los derechos de los países del propio club —como Hungría—, poniendo por delante los intereses del Gobierno de un país, el ucraniano, que no pertenece a la Alianza.

A la operación se sumaron gustosamente Google y TikTok. Como resultado, los equipos de estas compañías borraron cientos de miles de mensajes al calificarlos de contenido «falso» o de «baja calidad». Meta estimó que estas acciones impidieron que aproximadamente la mitad de las personas que querían compartir esos contenidos

pudieran hacerlo, aunque con variaciones según el país.[8] Una mordaza digital tutelada por la política checa Věra Jourová, que ocupaba el cargo de vicepresidenta de la Comisión Europea de Valores y Transparencia (el nombre lo dice todo). Viajó a varios países del Viejo Continente para vigilar la existencia de políticas de censura concretas bajo el marco de la Ley de Servicios Digitales,[9] con la excusa de evitar la injerencia extranjera, en referencia a Rusia, eludiendo las campañas de propaganda que llegaron de los departamentos de ingeniera social de Reino Unido y Estados Unidos. Por no mencionar el caso de Marruecos o de Qatar, países que han sobornado a parlamentarios sin que nadie se atreva a llegar a fondo del asunto.[10]

Ya lo dejó muy claro Ursula von der Leyen cuando, en la reunión del Foro de Davos celebrada en enero de aquel mismo año, expuso en la jornada inaugural que el mayor peligro para el *statu quo*, para el sistema que las élites defienden, es que la gente piense por sí misma y rompa las cadenas que mantienen a sus mentes en prisiones diseñadas a la carta. Evidentemente, la presidenta de la CE no empleó estas palabras, sino que hizo uso de la neolengua orwelliana para decirnos que la prioridad de los Gobiernos, dirigidos por las entidades supranacionales, debe ser luchar contra la desinformación encarnada en todos los que se opongan al guion. ¿Y qué entienden ellos por desinformación? Todos los datos, hechos, análisis y pensamientos que vayan contra los cimientos de la agenda globalista y su criatura atlantista. El mismo mecanismo empleado para atacar a los que cuestionaron la Gran Reclusión o la causa oficial de la emergencia climática se emplean también para demonizar a los que ponen en duda el sistema de alianzas geopolíticas que mantienen a pueblos subyugados por la injerencia extranjera de la esfera anglosajona,[11] mientras se centra el foco en parar los pies a regímenes como el ruso o el chino, que no tienen ningún interés en modificar nuestros sistemas políticos ni económicos. Quieren hacer negocios, sí, y que salgamos de la órbita de servilismo de Londres y Washington, evidentemente, pero no promueven golpes del Estado disfrazados de revoluciones populares

ni financian a terroristas islamistas para impulsar cambios de régimen.

Y aquí llega la primera gran cuestión: la principal fuente de desinformación sobre la injerencia extranjera es, precisamente, la propia OTAN y, por extensión la Comisión Europea, al intentar extender la idea de que Moscú y Pekín quieren alterar nuestros sistemas electorales para impulsar cambios políticos. ¿A qué cambios se refieren? No hay ningún partido político que muestre algún tipo de filia con rusos o chinos, al menos en Europa Occidental, donde los gobernantes que se salen del carril lo hacen por intereses estrictamente nacionales, como por ejemplo aquellos que dependen del suministro de recursos del país de los Urales. Si nos atenemos a los hechos no existen alianzas políticas con Moscú o Pekín de ningún tipo para situar a candidatos electorales afines, con la excepción de países cuyos pueblos reclaman estas asociaciones por motivos culturales, económicos, ideológicos o sociales. ¿Tienen derecho los votantes a escoger a un líder que no desee que su país esté dentro del club europeo? ¿Puede gobernar un partido político que rechace pertenecer a la OTAN? ¿O es que solo tiene derecho Washington a financiar y promocionar a políticos que gobiernen en el Viejo Continente?

Censura, *fact checking* y democracia controlada

Todo enmarcado en el concepto de «democracia controlada» que emergió de otro de los autores estrella de la Comisión Trilateral, Samuel Huntington, conocido por su obra sobre el choque de civilizaciones, pero cuyo papel en la injerencia extranjera de las democracias europeas permanece en la sombra. En un informe publicado en 1973 —elaborado para la organización patrocinada y desarrollada por Rockefeller—, el politólogo indicaba desde su estrado en la Universidad de Harvard: «Cuanto más democrático es en realidad un sistema, más probable es que sea perjudicado por amenazas interiores. Los desafíos interiores son, en este sentido, más preocupantes que los exteriores, y se resumen en (A) ruptura de los mecanismos tradicionales de control social, (B)

deslegitimaciones de la autoridad política y de otras formas de autoridad, y (C) exceso de demandas de la sociedad al Gobierno, superando su capacidad de respuesta».[12]

Para Huntington, la democracia debe fomentar cierto nivel de apatía ciudadana porque una participación política incrementada, no en el voto, sino en la acción social, «podría someter los regímenes a presiones políticas internas que les conduzcan a adoptar políticas contrarias a los intereses a largo plazo de Estados Unidos». En el caso español tenemos una muestra de ello, con la sucesión del régimen franquista que se llevó a cabo de modo que se dificultara e imposibilitara un proyecto nacional o una política exterior independiente.[13] Como consecuencia de ello era solo cuestión de tiempo que el país se desintegrara hacia afuera, cediendo competencias a organismos supranacionales, y hacia dentro, vaciando la capacidad de toma de decisiones y transformando a los dirigentes en meros peones administrativos que además son intercambiables. Es el mismo sistema sobre el que se ha realizado la llamada construcción europea. Pero de esta injerencia no se quiere hablar, aunque sea la más evidente.

La censura va más allá de las redes sociales y se extiende a foros de internet, videojuegos, páginas web en un proceso en el que también participan las empresas publicitarias, las cuales son presionadas por instituciones gubernamentales sin ningún tipo de cortapisa legal. Un informe publicado en febrero de 2021 por el Centro de Excelencia de la USAID sobre Democracia, Derechos Humanos y Gobernanza,[14] describía a la perfección esta agenda, donde especificaba cómo la organización ha estado alentando a Gobiernos, plataformas tecnológicas, medios de comunicación tradicionales y anunciantes a trabajar juntos para censurar grandes franjas de internet. Con la excusa de combatir las noticias falsas, se crea una estructura para evitar que las personas que recelen de las versiones oficiales puedan encontrar información que confirme sus dudas y, por lo tanto, favorezcan un mayor cuestionamiento del sistema en general.

En este documento se establece como modelo de información veraz al Atlantic Council, un *think tank* financiado por el Pentágono y que tiene su junta directiva repleta de exdirectores de la CIA. Evidentemente, no se trata de un organismo imparcial, algo que el propio *The New York Times* constató al definirlo, junto a la Brookings Institution y el Center for Strategic and International Studies, como «un *think tank* que ha alcanzado acuerdos no divulgados con Gobiernos extranjeros». En el caso concreto del Atlantic Council, el rotativo norteamericano denunciaba su papel manipulador al «abrir una nueva ventana hacia un aspecto de la compra de influencias en Washington que no había sido previamente expuesto».[15] También aseguró que se trata de un *lobby* de presión que trabaja para los principales países exportadores de petróleo de Oriente Medio y advirtió que «al menos 64 Gobiernos extranjeros, entidades controladas por el Estado o funcionarios del Gobierno» han financiado una treintena de investigaciones de esta organización. Además, recibe dinero de Open Society, entidad que ha sido expulsada de Hungría y que está siendo auditada en otros países por intromisión en elecciones nacionales buscando influir en la opinión pública de forma soterrada y en algunos casos ilegal.[16]

La organización de Soros también ha destinado ingentes recursos a la industria de los «verificadores de noticias» y las agencias de *fact checking* han crecido como setas ante la incapacidad de los grandes medios de comunicación para «fabricar el consenso» siguiendo las directrices de Walter Lippmann. Esta red fue desarrollada notablemente a raíz de las elecciones presidenciales de Estados Unidos en el año 2016 que llevaron a Trump por primera vez al Despacho Oval. El término *fake news* fue precisamente popularizado por el candidato republicano, sobre todo en su vuelta a la Casa Blanca. El crecimiento de la industria de los verificadores de noticias surge por el descrédito del periodismo tradicional, que, en teoría, debería ser el encargado de aportar datos y argumentos para que los ciudadanos puedan acercarse lo más posible a la verdad de las cosas. Es lo que Kurt Lewin denominaba la función de guardián (*gatekeeper*) en su teoría de la comunicación social[17] que describía,

ya en 1947, cómo los profesionales de los medios que seleccionan y filtran la información que se publica, decidiendo qué noticias son relevantes, cuánto espacio se les dedica y cómo se presentan al público. Así es como se fija la agenda (*agenda setting*) mediante la cual las empresas periodísticas influyen en la opinión pública eligiendo los temas relevantes y estableciendo su jerarquía,[18] de forma que su poder no se basa en decir qué hay que pensar, sino en qué se debe pensar.

La gran industria de medios de comunicación ha ido poco a poco perdiendo la confianza del público y esta función se ha trasladado a las agencias de verificación, que, en algunos casos, se han incrustado en los propios periódicos en su versión digital. Lo que la mayoría desconoce es que todas estas entidades están integradas en una matriz, la International Fact-Checking Network (IFCN), que hace de la independencia una de sus principales banderas, a pesar de que emerge de las entrañas del Instituto Poynter, una organización, en teoría, filantrópica, sin ánimo de lucro, con base en Florida. Cuando uno acude a los registros para comprobar quiénes son los que financian a Poynter, descubrimos a un amplio número de sospechosos habituales que aparecen siempre detrás de los proyectos de ingeniería social globalista: las Fundaciones Knight, McArthur, Ford, Hearst, la de Bill y Melinda Gates, las tecnológicas Google y Meta, el National Endowment for Democracy (NED) y, cómo no, la Open Society Foundation. Además, también inyecta fondos Omidyar Network, la red del empresario Pierre Omidyar, fundador de eBay, colaborador de Soros y de los Clinton, conocido por ayudar al Partido Demócrata norteamericano a buscar injerencia rusa hasta debajo de las piedras.[19] Con todos estos donantes, el Instituto Poynter no se limita a ejercer de Ministerio de la Verdad, sino que también hace estudios sobre desigualdad y cambio climático, donde promueve eslóganes como el famoso Build Back Better («reconstruir mejor»), que sirvió de lema de campaña de Joe Biden como marco para su agenda económica, social y medioambiental después de la crisis provocada por la Gran Reclusión.

Los mismos que han destruido el periodismo son los creadores de estas redes de verificación: supuestos filántropos con el poder financiero de sus fundaciones sin ánimo de lucro que funcionan como verdaderas lavadoras de dinero y que destinan ingentes recursos a los medios de comunicación tradicionales que son rechazados por el público ante la evidencia de que son plataformas de desinformación al servicio del poder. Entonces ellos mismos fabrican agencias de verificación para realizar la *agenda setting*, particularmente en el entorno digital para, en último término, controlar la información que llega a las masas a través de internet. El sistema se nutre de la falta de educación y de cultura, promovida por las élites, así como por la ausencia de tiempo y medios de los ciudadanos para poder separar el grano de la paja informativa. La mayoría de la población no se documenta (en muchos casos, porque asomarse al abismo del conocimiento es aterrador, y en otras, por falta de tiempo o simple desidia).[20] Es evidente que Gobiernos y corporaciones llevan años promoviendo una destrucción de la educación (España es un claro ejemplo de ello), y ahora, cuando los ciudadanos carecen de criterio y están indefensos ante la desinformación, entonces los mismos que han creado los problemas ofrecen la solución: grandes tecnológicas asegurando la trazabilidad de los mensajes y agencias de verificación para determinar lo que es real.

Había razones para pensar que la sociedad de la información, que nació con los avances tecnológicos y el crecimiento de internet, podría facilitar el acceso masivo al conocimiento. Nunca antes hemos tenido tantas posibilidades acceder a las fuentes y, paradójicamente, la desinformación, la mentira, el insulto zafio y, en última instancia, la mala educación y la ignorancia se han apoderado de nuestras vidas. Las redes sociales, que permiten, en teoría, un avance sin precedentes de la libertad de expresión, son un instrumento al servicio del poder.

«De entrada, la digitalización ha venido acompañada por imaginarios liberales y libertarios de acceso a la información, libre expresión y descentralización —explica el profesor Daniel Innerarity

—. La objeción más inmediata a esta expectativa democratizadora apunta al control que las plataformas ejercen sobre el espacio digital. Lo que había sido saludado como un ámbito abierto y sin dueño termina revelándose como un lugar acotado y con propietarios. Es cierto que los gigantes digitales han tenido un gran éxito a la hora de presentarse como meros intermediarios neutrales, pero esta neutralidad ha sido desmentida tanto por el control sobre el acceso y la utilización como por su prescripción sobre los contenidos. Las plataformas no son meros servidores que alojan cualquier opinión, no son anfitriones neutros, como pudo verse cuando Donald Trump fue expulsado de Twitter, curiosamente no antes de dejar la presidencia, lo que hizo evidente que no eran simples fontaneros que gestionan las tuberías sin preocuparse de los contenidos. Aquí nos encontramos con el problema democrático de que quien decide quién puede actuar en la plataforma —que ya no es algo meramente privado, sino el espacio en el que desarrolla buena parte de la conversación pública— no está democráticamente legitimado y se está haciendo cargo de tareas que corresponderían a la sociedad, la política o el Estado».[21]

Este enfoque —esencialmente acertado— debe complementarse revelando la connivencia de las grandes tecnológicas con agencias estatales, especialmente en el ámbito militar, un factor que suele ocupar los grandes titulares cuando se atribuye a China, pero que parece no existir en Occidente. Las revelaciones de Edward Snowden[22] son consideradas por muchos como desinformación, a pesar de que ponen sobre la mesa una realidad evidente: la fusión de Silicon Valley con la inteligencia estadounidense y las agencias de seguridad nacional, para crear un panóptico digital de vigilancia masiva, sin intervención judicial y al margen del escrutinio público. En mi obra sobre los atentados del 11M hice un recorrido por la historia de las reformas normativas que han permitido el crecimiento de este monstruo totalitario, cuyo máximo exponente en estos momentos es la empresa Palantir Technologies, fundada y dirigida por el tecnócrata Peter Thiel, valedor y socio financiero del vicepresidente de Estados Unidos JD Vance.

Palantir, el ojo que todo lo ve

Palantir es una empresa especializada en la gestión del Big Data, es decir, de recoger los datos que dejamos los seres humanos en nuestras acciones diarias en las cuales existe un componente digital, pero también actúa como uno de los más sofisticados espías y policías del mundo, al margen de la legalidad, en esa zona oscura en la que se encuentran los que mueven los hilos. La historia oficial nos dice que la empresa nació en 2003 porque Peter Thiel quería evitar otro 11S. En aquel momento las investigaciones internas y auditorías de protocolos efectuadas en las cañerías de la Administración norteamericana mostraron que había muchas agencias federales con información fragmentada que, de haber sido integrada, podría haber evitado los atentados. Y entonces Peter Thiel sacó el conejo de la chistera: usemos los algoritmos, que ya empleaba en PayPal, otra de sus creaciones, para crear una plataforma que integre todos los datos posibles. Un Gran Hermano global que pueda controlarlo todo y a todos… por nuestro bien, claro.

Thiel se inspiró en *El señor de los anillos* para escoger el nombre de la empresa. Palantir es un objeto ficticio del *legendarium* creado por el escritor británico J. R. R. Tolkien. Se trata de una piedra vidente, con forma esférica, que sirve para observar acontecimientos o lugares distantes, o, más frecuentemente, para comunicarse con otros usuarios.[23] A menudo también son llamadas «las piedras videntes» y con una de ellas conversaba el mago Saruman con el señor del mal, Sauron, el ojo que todo lo ve, que disponía de otro de estos artefactos. La elección del nombre no es casual e ilustra cuáles eran los fines últimos de Thiel cuando puso en marcha este proyecto. La *startup* comenzó su andadura de la mano de una firma de capital riesgo, llamada In-Q-Tel, que es una herramienta financiera de la CIA con la que invierte en compañías para que le sirvan en sus labores de espionaje. De hecho, la inteligencia estadounidense fue el principal cliente de Palantir hasta el año 2008, siendo proveedor también del Departamento de Seguridad Nacional, del Pentágono y otras agencias federales.

En el ámbito corporativo, la filosofía principal de Thiel ha sido la de defender a ultranza la disrupción tecnológica, es decir, que las empresas tecnológicas deben crecer tanto y tan rápido como puedan y, para ello, está justificado eludir la regulación existente si es necesario y forzar la creación de nuevas leyes que les beneficien. Es un enfoque que ha triunfado en ese Silicon Valley que Thiel dice odiar, pero al que ha marcado el camino, sobre todo desde que entró en Facebook. El empresario de origen alemán se convirtió en el primer inversor externo de la criatura de Mark Zuckerberg, cuyo origen hay que buscar en el proyecto LifeLog procedente de Agencia de Proyectos de Investigación Avanzados de Defensa (DARPA), agencia que la investigadora Annie Jacobsen define como el «cerebro del Pentágono».[24] El objetivo era construir una base de datos que rastreara toda la existencia de una persona con el fin de elaborar un registro digital de todo lo que un individuo dice, ve o hace. LifeLog entonces tomaría estos datos no estructurados y los organizaría en episodios discretos o instantáneas en las que se reflejaran las relaciones, recuerdos, eventos y experiencias. Una especie de diario virtual electrónico y permanente. El proyecto fue cerrado el 4 de febrero de 2004 por un «cambio de prioridades de la agencia».[25] Ese mismo día dos chavales, Mark Zuckerberg y Dustin Moskovitz lanzaron Facebook, la primera gran red social.

Peter Thiel, junto con Sean Parker, otro colaborador de la CIA y fundador de Napster, se sentaron en el consejo ejecutivo de Facebook. Zuckerberg era la cara visible de la compañía, pero su origen no tuvo nada de independiente: fue una creación del Pentágono. A partir de ese momento, Palantir y Facebook unieron sus destinos y tejieron una relación simbiótica que dura hasta la actualidad y que crece gracias a que los datos de los usuarios de Facebook acaban en las bases de datos de Palantir. ¿Y qué hace Palantir con ellos? Usarlos para su motor de vigilancia que utilizan tanto la policía de Estados Unidos como el Ejército y los servicios de inteligencia. Estas corporaciones —y también Google— han trabajado en los últimos años con dos objetivos prioritarios: en primer lugar, avanzan en la tecnología que permita la vigilancia y la

minería de datos y, en segundo lugar, usar toda esta información para desarrollar lo que ellos llaman una inteligencia artificial «humanizada».

Para entender lo que hace Palantir, nada mejor que acudir a lo que la misma compañía indicó en su presentación en sociedad. La empresa se dedica a «ingerir las montañas de datos recopilados por soldados, espías y policías (huellas dactilares, inteligencia, registros bancarios, información de confidentes), integrándolos en una plataforma que permite a sus usuarios detectar relaciones ocultas, descubrir redes criminales y terroristas, e incluso anticipar futuros ataques». Así planteado parece una especie de Google para espías, que, atención al dato, pretende servir no solo para encontrar delincuentes, sino para evitar que cometan delitos. En este sentido, impulsa lo que ellos denominan la «policía predictiva», con la que aspiran a saber si una persona cometerá un delito antes de que incluso haya pensado en ello. Es el concepto de «precrimen» que anticipó el autor de ciencia ficción Philip K. Dick —adaptado al cine por Steven Spielberg en la película *Minority Report*— y que es usado cada vez más en la literatura académica para describir y criticar la tendencia de los sistemas de justicia criminal a focalizarse en crímenes aún no cometidos. Para lograr saber si alguien va a cometer un delito, Palantir realiza «análisis de patrones de vida». Lo cual consiste en establecer la identidad de una persona a partir de sus hábitos acumulados, gran parte de los cuales son captados por la vigilancia aérea y, sobre todo, mediante los datos electrónicos que proporciona la persona misma cuando lleva a cabo su actividad diaria. Esta información es seleccionada y cribada por algoritmos que utilizan la inteligencia artificial para diseñar los patrones que luego son empleados para fines que no están del todo claros y que están siendo probados usando cobayas humanas, especialmente en dos zonas de guerra: Ucrania y la Franja de Gaza.

En los últimos años los palestinos han vivido en primera persona lo que implica el desarrollo de la tecnología del control y la vigilancia a la hora de manejar grupos completos de personas, como si se trataran de animales en una granja. La ocupación israelí ha servido como un gran campo de pruebas para probar sistemas de

identificación biométrica combinados con tecnologías de inteligencia artificial que han permitido implantar mecanismos de vigilancia y predicción policial, que ahora llegan a las sociedades de Europa y Norteamérica. De igual forma que las grandes farmacéuticas realizan sus pruebas de medicamentos en población de países del tercer mundo —algo que también permanece fuera el radar público—, los palestinos han sido uno de los grupos de control para este desarrollo tecnológico. En la Cisjordania ocupada, y en la Franja de Gaza, Israel utiliza cada vez más tecnología de reconocimiento facial para vigilar y regular los movimientos de los palestinos. Y no es el único campo de pruebas.

Como admitía un informe del Carnegie Endowment,[26] ya antes del ataque de Hamás cometido el 7 de octubre de 2023 en los puestos de control fuertemente fortificados de Hebrón, los palestinos debían someterse a escáneres de reconocimiento facial, con un mecanismo codificado por colores que orientaba a los soldados sobre si se les debía permitir seguir adelante, someterlos a más interrogatorios o detenerlos. «Aunque Israel lleva mucho tiempo imponiendo restricciones y vigilancia a los palestinos, los avances de la IA permiten ahora a las fuerzas de defensa israelíes (el Ejército) recopilar gran cantidad de datos de manera más eficiente», señalaba el documento. El Ejército tiene ficheros de la inmensa mayoría de los objetivos potenciales en Gaza —incluyendo viviendas— que estipulan el número de civiles que es probable que mueran en un ataque concreto. El dato se calcula y lo conocen con antelación las unidades de inteligencia militar para saber, poco antes de llevar a cabo una ofensiva, cuántos civiles aproximadamente morirán. El nombre de esta herramienta es Habsora, «Evangelio»,[27] y, aunque sigue sin estar claro qué empresas están colaborando en su desarrollo, hay tres que destacan en la lista: Palantir y otras dos compañías con cometidos y productos similares a los de la corporación de Thiel: Booz Allen Hamilton y Anduril Tech.

«En el mundo moderno, la defensa es *hardware*, más *software*, más IA. Eso se traduce en cómo identificas un objetivo, qué munición necesitas para enfrentarte a él, si puedes hacerlo con

seguridad», deslizaba el consejero delegado de Palantir, Alex Karp, durante el Foro Reagan de Defensa Nacional celebrado a finales del año 2023, poco antes de que la existencia de Habsora fuera desvelada a la opinión pública.[28] Este programa es básicamente una herramienta tecnológica enfocada al genocidio: selecciona un centenar objetivos diarios y en algunos momentos de la guerra hasta un 50 por ciento de ellos han sido atacados. Es terrorífico, porque muchos de ellos son civiles. Por ejemplo, la máquina determina qué niños se convertirán en terroristas cuando sean adultos y los incluye en la categoría de «operativos jóvenes de Hamás». Además, a los técnicos que trabajan con esta herramienta diabólica se les juzga por la cantidad de objetivos que logran seleccionar. Actividades que, tras la ofensiva del Gobierno de Netanyahu para anexionarse todos los territorios de Gaza y Cisjordana, tiene a Palantir como uno de sus principales colaboradores.[29]

Alex Karp es el brazo ejecutor de Thiel también en Ucrania. Sus cincuenta y seis años contrastan con su imagen de *enfant terrible* de pelo ensortijado y complexión delgada que le dan una apariencia de científico excéntrico**,** aficionado al taichí y con espíritu soñador. Tiene un doctorado en Filosofía por una universidad alemana, en la que estudió con el teórico social Jürgen Habermas, autor que, paradójicamente, advirtió de los riesgos de que el desarrollo técnico y científico —en lugar de servir a la emancipación— termine debilitando los cimientos democráticos. Karp entabló amistad con Thiel en la Facultad de Derecho de Stanford, y desde entonces ha estado a su lado. Fue él quien sacó a la compañía de Silicon Valley estableciendo su sede en Denver, aunque normalmente trabaja desde un granero en New Hampshire cuando no está de viaje dando conferencias, firmando contratos o conspirando, como sucedió en Ucrania tras la ofensiva de las fuerzas rusas.

En la madrugada del primer día de junio de 2022, Karp cruzó a pie la frontera desde Polonia acompañado por un equipo de cinco personas. Al otro lado esperaban guardias armados al volante de dos Toyota Land Cruiser destartalados, que, una vez recogida a la comitiva, recorrieron las carreteras del este del país a toda velocidad

rumbo a Kiev. Llegaron a capital justo antes del toque de queda, descansaron y, a la mañana siguiente, Karp fue escoltado al búnker fortificado del palacio presidencial, convirtiéndose en el primer líder de una importante empresa occidental que se reunía con Zelenski desde que Putin inició la operación militar. Mientras tomaban unas tazas de café, Karp le dijo al presidente ucraniano que estaba dispuesto a abrir una oficina en Kiev y a utilizar el *software* de datos e inteligencia artificial de Palantir, «para apoyar la defensa de Ucrania». El directivo norteamericano dijo que podrían formar equipo con el Gobierno del país «de manera que David pudiera vencer al Goliat moderno».[30] Es así como Ucrania se convirtió en un laboratorio de Palantir, con soldados y civiles de ambos bandos sirviendo de cobayas humanos en tiempo real. Como en uno de esos videojuegos de estrategia y gestión de recursos que hacen las delicias de los tecnócratas modernos, pero utilizando personas de carne y hueso. «Son los traficantes de armas de inteligencia artificial del siglo XXI», admitía en declaraciones a la revista *Time*, Jacob Helberg, analista de seguridad nacional y asesor externo de Karp.[31]

A partir de aquella reunión, Palantir tomó el control del Ministerio de Transformación Digital de Ucrania y se integró en el trabajo diario de un Gobierno de un país extranjero —de fuera de la OTAN— en una operación sin precedentes. Más de media docena de agencias ucranianas, incluidos los Ministerios de Defensa, Economía y Educación, utilizan los productos de la empresa. El *software* de Palantir, que emplea inteligencia artificial para analizar imágenes satelitales, datos de código abierto, imágenes de drones e informes sobre el terreno para presentar opciones militares a los comandantes, «es responsable de la mayor parte de los objetivos en Ucrania», según admite el propio Karp. Los funcionarios ucranianos declararon a la revista *Time* que están usando el análisis de datos de la empresa «para proyectos que van mucho más allá de la inteligencia en el campo de batalla, como la recopilación de pruebas de crímenes de guerra, la remoción de minas terrestres, el reasentamiento de refugiados desplazados y la erradicación de la corrupción».[32] Palantir estaba tan interesada en mostrar sus

capacidades que se las proporcionó a Ucrania de forma gratuita. Una vez más, el lobo vestido de cordero.

La firma de Thiel no es la única que ha aprovechado la guerra para poner a prueba sus sistemas. Microsoft, Google, Amazon y Starlink también han realizado actividades con la connivencia del Gobierno de Kiev, han usado a la OTAN como vehículo para firmar contratos por cientos de millones de dólares. La controvertida empresa estadounidense de reconocimiento facial Clearview AI fue otra de las protagonistas, al proporcionar sus herramientas a más de 1.500 funcionarios ucranianos para que les hagan de probadores gratuitos. Además, pequeñas empresas estadounidenses y europeas, muchas de ellas dedicadas a los drones autónomos, también se han instalado en Kiev, lo que ha llevado a los jóvenes ucranianos a bautizar algunos de los concurridos espacios de *coworking* de la ciudad como «Mil-Tech Valley». La guerra siempre ha impulsado la innovación, desde la ballesta hasta internet, y en la era moderna la industria privada ha contribuido de manera decisiva a avances como la bomba atómica. Pero la colaboración entre las empresas tecnológicas extranjeras y las fuerzas armadas ucranianas, que afirman tener un ingeniero de *software* destinado en cada batallón, está alumbrando un nuevo tipo de experimentación en la IA militar. El resultado es una aceleración del «cambio fundamental más significativo en el carácter de la guerra jamás registrado en la historia», tal como declaró el general Mark Milley, antiguo presidente del Estado Mayor Conjunto, a los periodistas en Washington en una rueda de prensa celebrada en el año 2023.

Según Palantir, los modelos aprenden y mejoran con cada ataque gracias a una herramienta llamada MetaConstellation para ofrecer una imagen casi en tiempo real de un espacio territorial determinado. El *software* integra esa información con datos clasificados del Gobierno, incluidos los de países de la OTAN que respaldan a Zelensky. Esto forma parte de lo que Karp denomina una «cadena de destrucción» digital. El propio ministro de Transformación Digital ucraniano, y vicepresidente del país, el empresario Mijailo Fédorov, celebró la llegada de sus nuevos amigos para trabajar «en el mejor campo de pruebas para todas las

tecnologías más novedosas, porque aquí se pueden probar en condiciones reales». A lo que Karp añadió: «Hay cosas que podemos hacer en el campo de batalla que no podríamos hacer en un contexto nacional».[33]

La dictadura de la IA

Esto es lo que están haciendo los tecnócratas norteamericanos: aprovechar las guerras, atentados, crisis económicas y catástrofes naturales para entrar, como un virus, en los organismos políticos, con la excusa de aumentar la capacidad de defensa de los países, mejorar la eficiencia de las Administraciones, reducir las desigualdades mediante el uso de la tecnología, garantizar el derecho a la educación de todas las sociedades, en definitiva, presentarse como una solución a los problemas estructurales al mismo tiempo que subvierten las democracias desde dentro. Como apunta Harari, el profeta transhumanista, la democracia liberal puede quedar obsoleta antes de que termine el siglo y ser sustituida por formas de gobierno tecnocráticas asistidas por inteligencia artificial.[34]

En un artículo[35] publicado en *Financial Times*, cuando se estaban decidiendo los primeros confinamientos con motivo del COVID, Harari dejaba claro el futuro que los tecnócratas persiguen: «La tecnología de vigilancia se está desarrollando a una velocidad vertiginosa y lo que parecía ciencia ficción hace diez años son hoy viejas noticias. Como experimento mental, considere un Gobierno hipotético que exige que cada ciudadano use un brazalete biométrico que monitoriza la temperatura corporal y la frecuencia cardíaca las veinticuatro horas del día. Los datos resultantes son atesorados y analizados por algoritmos gubernamentales. Los algoritmos sabrán que estás enfermo incluso antes de que te des cuenta, y también sabrán dónde has estado y a quién has conocido. Las cadenas de infección podrían acortarse drásticamente e incluso cortarse por completo. Tal sistema podría detener la epidemia en cuestión de días. Suena maravilloso, ¿verdad?».

«La desventaja —continúa Harari— es, por supuesto, que esto le daría legitimidad a un nuevo y aterrador sistema de vigilancia. Si sabe, por ejemplo, que hice clic en un enlace de Fox News en lugar de un enlace de CNN, eso puede enseñarle algo sobre mis puntos de vista políticos y tal vez incluso mi personalidad. Pero si puede controlar lo que sucede con la temperatura de mi cuerpo, la presión arterial y la frecuencia cardíaca mientras veo el videoclip, puede aprender qué me hace reír, qué me hace llorar y qué me enoja mucho. Es crucial recordar que la ira, la alegría, el aburrimiento y el amor son fenómenos biológicos al igual que la fiebre y la tos. La misma tecnología que identifica la tos también podría identificar las risas. Si las corporaciones y los Gobiernos comienzan a cosechar nuestros datos biométricos en masa pueden llegar a conocernos mucho mejor de lo que nos conocemos a nosotros mismos, y no solo pueden predecir nuestros sentimientos sino también manipularlos y vendernos lo que quieran, ya sea un producto o un político. El monitoreo biométrico haría que las tácticas de piratería de datos de Cambridge Analytica parecieran algo de la Edad de Piedra. Imagine a Corea del Norte en 2030, cuando cada ciudadano tiene que usar un brazalete biométrico las veinticuatro horas del día. Si escuchas un discurso del Gran Líder y el brazalete recoge los signos reveladores de ira, estás listo». Los comunistas le preocupan a Harari, pero Estados Unidos y Europa no, aunque en los países occidentales la tecnocracia se introduzca como un termómetro rectal.

Estamos en lo que la autora norteamericana Shoshana Zuboff ha bautizado como «la era del capitalismo de la vigilancia», una idea que, aunque yerra a la hora de definir lo que es realmente un sistema de libre mercado, acierta plenamente respecto al tráfico de datos que se produce en nuestra granja humana, en la que cedemos información esencial a las grandes corporaciones y a los servicios de inteligencia sin ser conscientes de ello (y sin ser remunerados, porque el producto somos nosotros mismos). La socióloga y profesora de Harvard advierte acerca de la reinvención de los clientes como fuentes de datos, de cómo el «capitalismo de la vigilancia» está transformando la economía, la política, la sociedad y nuestra propia vida al producir asimetrías de conocimiento

profundamente antidemocráticas y manifiesta la relevancia del poder que recae en el conocimiento. Nos preocupa que las compañías o los Gobiernos acumulen nuestros datos personales y nos preguntamos por qué tienen que hacer negocio con ellos. ¿Quién es el dueño de los datos?, nos planteamos. Pero, en cualquiera de nuestros debates o análisis sobre la protección de la privacidad o sobre la propiedad de datos, olvidamos hacernos la pregunta más importante de todas: ¿por qué nuestra experiencia es convertida en datos conductuales? Hasta ahora, hemos tendido a pasar por alto con demasiada facilidad ese trascendental paso en la cadena de hechos que conducen a la generación de lo que Zuboff denomina un «excedente conductual», un concepto que recuerda al de la plusvalía porque su análisis bebe de fuentes marxistas.

A este respecto, la autora denuncia cómo las empresas tecnológicas «actúan por medio de unas asimetrías de conocimiento sin precedentes y del poder que se acumula con ese conocimiento. Los capitalistas de la vigilancia lo saben todo sobre nosotros, pero sus actividades están diseñadas como lo están para que no puedan ser conocidas por nosotros. Acumulan montañas ingentes de nuevos conocimientos extraídos de nosotros, pero no para nosotros. Predicen nuestros futuros para el beneficio de otros, no para el nuestro. Permitiendo que prosperen el capitalismo de la vigilancia y sus mercados de futuros conductuales, permitimos también que la propiedad de los nuevos medios de modificación conductual eclipse en importancia a la propiedad de los medios de producción como principal fuente de riqueza y poder capitalista en el siglo XXI (...) Nuestra dependencia es un elemento básico del proyecto de la vigilancia comercial, en el que las necesidades que sentimos de aumentar la eficacia en nuestra vida compiten con nuestra inclinación a resistirnos a tan osadas incursiones por parte de aquel. Este conflicto produce un entumecimiento psíquico que nos habitúa a la realidad de ser monitorizados, analizados, explotados como minas de datos y modificados. Nos predispone a racionalizar la situación con resignado cinismo y a crear excusas que funcionan como mecanismos de defensa (tampoco tengo nada que ocultar),

cuando no hallamos otras formas de esconder la cabeza y optar por la ignorancia para afrontar la frustración y la impotencia. Por esa vía, el capitalismo de la vigilancia nos impone una decisión fundamentalmente ilegítima que los individuos del siglo XXI no deberíamos tener que tomar, y cuya normalización hace que, finalmente, no solo estemos encadenados, sino que también vivamos contentos de estarlo».[36]

Si a este enfoque le sumamos el componente que va más allá de la actividad comercial subiendo peldaños en el control social, entonces el peligro es aún más evidente. En los últimos años se incrementará la presión para incorporar la tecnología a los procesos electorales dando lugar a lo que se califica como la «democracia de los datos», con el argumento de que las urnas deben convertirse en reliquias del pasado. Se nos dice que podríamos expresar nuestra opinión con solo pulsar una tecla del teléfono móvil varias veces al día, permitiendo a los gobernantes conocer nuestras preferencias en tiempo real. Esta visión de la democracia, en la que lo relevante es solo el voto, es propia de los regímenes dictatoriales o, en el mejor de los casos, de los sistemas populistas. Y se presenta como un remedio eficaz para superar el actual modelo, podrido desde su raíz. Esta es la trampa. «No deberíamos minusvalorar el riesgo de que el tecnoautoritarismo resulte cada vez más atractivo en un mundo en el que la política cosecha un largo listado de fracasos. Hay quien sostiene que los algoritmos y la inteligencia artificial pueden distribuir los recursos más eficientemente que el pueblo irracional o mal informado. Una nueva especie de populismo tecnológico podría extenderse bajo la promesa de una mayor eficiencia. Sería algo así como una nueva versión digital de la clásica tecnocracia, coaligada, ahora, con las grandes empresas tecnológicas, con irresistibles ofertas de servicios, información y conectividad».[37]

Google y el Estado profundo

Sin embargo, estas multinacionales que han crecido como la espuma con la revolución digital, y que ahora cabalgan a lomos de una nueva burbuja bursátil, no son estrictamente compañías comerciales.

El caso de Google es seguramente el más evidente, una corporación que a estas alturas ya casi todos saben que no es lo que parece.[38] El famoso buscador de internet es una máquina de hacer dinero gracias a los anuncios y a los servicios en la nube, que son las principales fuentes de ingresos de la empresa. Pero si rascamos en la superficie hallamos conexiones oscuras, especialmente gracias a la figura de Eric Schmidt, otro de esos personajes poco conocidos para el gran público pero que tiene una importancia capital en este proceso de control social a través de la tecnología.

Empresario y filántropo que se puso en año 2001 al frente de la firma con sede en Mountain View, California, cuando comenzaba a tomar velocidad el sistema de vigilancia global con la excusa terrorista. Desde su llegada, Schmidt dejó claro que debía configurarse un núcleo interno dentro de la compañía que diseñara ideas para llevarlas a la práctica. Los miembros del grupo usaban la expresión *«think do tank»* para diferenciarse de los *think tanks* tradicionales que establecen la agenda para que otros la implementen. En el caso de Schmidt lo que quería era ejecutarla, y para eso encontró un aliado fundamental en Jared Cohen, que aterrizó en la firma en el año 2010 procedente del Departamento de Estado de Estados Unidos, donde había ejercido de consejero de Condoleezza Rice y Hillary Clinton. Ambos, Schmidt y Cohen, pertenecen también al Consejo de Relaciones Exteriores y han escrito varios libros de forma conjunta en los que abordan cómo la creciente conectividad a nivel global puede transformar y «modelar» (*reshape*) la relación entre ciudadanos, Gobiernos, empresas y sociedades.[39]

Mucho antes de que los fundadores de Google (Larry Page y Sergey Brin) contrataran a Schmidt como director ejecutivo un mes antes de los atentados contra las Torres Gemelas, ya habían recibido los dólares del presupuesto de DARPA. Pero desde la llegada del empresario licenciado en ingeniería en la Universidad de Princeton, la colaboración de Google con la NSA dio un paso definitivo. Esta conexión se hizo más estrecha y evidente a partir de 2010, después de que el Gobierno chino fuese acusado por Estados Unidos de estar

hackeando a la multinacional tecnológica. Casi al mismo tiempo, Google se incorporó al programa de la inteligencia norteamericana conocido como Estrategia de Seguridad Duradera (ESF por sus siglas en inglés), el cual implicaba compartir información entre las compañías tecnológicas de Silicon Valley y las agencias del Pentágono. La incestuosa relación es tan evidente que incluso Schmidt contrató a la directora de DARPA, la oscura Regina Dugan, con el cargo de *senior executive*, sin que quedaran muy claras sus funciones, aunque, como estamos desvelando es algo que no debería sorprendernos, porque esta agencia de investigación de desarrollo de nuevas tecnologías para uso militar, creadora de lo que hoy conocemos como internet, es, en realidad, quien mueve los hilos de Google y su matriz Alphabet.

Julian Assange ha dejado constancia por escrito cómo se dio cuenta de que la tecnológica estadounidense es un brazo del «Estado profundo» (*deep state*) que dirige los designios del mundo occidental.[40] La historia comienza en el año 2009 cuando Jared Cohen envió desde el Departamento de Estado un *email* al CEO de Twitter, Jack Dorsey, para pedir que la red social retrasara un mantenimiento programado para ayudar a la inteligencia norteamericana a promover un levantamiento popular en Irán.[41] La plataforma era clave para canalizar las protestas en el marco de la «Revolución Verde» y la Casa Blanca y el Pentágono solicitaban al directivo de Twitter que no interrumpiera las comunicaciones. En ese momento, Cohen estaba tejiendo su red en el resto de las empresas tecnológicas y es precisamente cuando comienza su documentada historia de amor con Google. Se hizo amigo de Eric Schmidt mientras evaluaban conjuntamente la destrucción posterior a la ocupación de Bagdad. Cohen formaba parte del Policy Planning Staff del Departamento de Estado y encabezó una delegación tecnológica que viajó a la capital iraquí en la que estaba el CEO de Google, además de otros actores clave como el financiero Don Dixon y el antiguo jefe del Estado Mayor Conjunto, Peter Pace.

La sinergia que surgió de ese encuentro fue clave: apenas unos meses después, Schmidt recreó el hábitat natural de Cohen dentro

de la compañía tecnológica. Es así como nace Google Ideas, instrumento del imperio norteamericano para realizar acciones encubiertas y manejado desde la cueva digital de la corporación. Ambos participaron en un debate organizado por el Consejo de Relaciones Exteriores, donde se alababa el potencial reformador de las tecnologías de Silicon Valley como instrumento de política exterior y confiaba en el poder de las redes para provocar cambios de gobierno en el exterior. Denominaron a esta nueva herramienta de ingeniería social las «coaliciones de los conectados», expresión que recuerda a la «coalición de voluntades», utilizada para designar en 2003 a la alianza de Gobiernos encabezada por Estados Unidos que se preparaban para invadir Irak sin la aprobación del Consejo de Seguridad de la ONU, o a la «coalición de voluntarios» que han intentado promover Reino Unido y Francia con motivo de la guerra de Ucrania. Semanas después de que Schmidt y Cohen presentaran su proyecto para empoderar a las masas con la tecnología de Silicon Valley estallaron las primeras revueltas en Túnez, que luego se expandieron a Egipto, Libia, Yemen y Siria; para ello usaron, precisamente, las redes sociales. Primavera árabe *made in Google.*[42]

En medio de estas revoluciones tuvo lugar el escándalo de WikiLeaks, cuando filtraciones masivas de documentos clasificados por Estados Unidos mostraron la cruda realidad de las actuaciones del Ejército y la inteligencia norteamericana. El vídeo de un ataque contra civiles en Bagdad fue uno de los documentos que más ríos de tinta hicieron correr y golpeó la credibilidad de la Administración Obama, en la que Hillary Clinton ejercía de secretaria de Estado. En este contexto, en junio de 2011, el departamento de comunicación de Google se puso en contacto con Assange para ver si podía concertar una entrevista. En aquellos momentos, el fundador de WikiLeaks estaba siendo criticado por todos, pero especialmente por Clinton, que le acusaba de ser una amenaza para la seguridad nacional norteamericana.

El motivo oficial del encuentro era recabar la visión de Assange sobre el poder de la tecnología en la nueva era digital. El australiano aceptó con el objetivo de aportar sus ideas sobre la necesidad de

descentralizar internet, garantizar el anonimato, facilitar a los ciudadanos el uso de sistemas de comunicación cifrados y, en definitiva, reducir el control corporativo y gubernamental de la información. Cuál fue su sorpresa al ver entrar por la puerta de su residencia rural en Norfolk, a unos 200 kilómetros de Londres, a Eric Schmidt en persona acompañado por una señora, llamada Lisa Shields, que por aquel entonces era la vicepresidenta del Consejo de Relaciones Exteriores. Al poco rato sonó el timbre: era Jared Cohen. Solo faltaba por llegar un desconocido, llamado Scott Malcomson, que fue presentado a Assange como editor de un libro que iban a escribir Schmidt y Cohen. Tres meses después, ingresó al Departamento de Estado como redactor de discursos y asesor principal de Susan Rice, entonces embajadora de Estados Unidos ante las Naciones Unidas y después asesora de seguridad nacional. También miembro del Consejo de Relaciones Exteriores.

Según supimos después, a través de muchos de los correos filtrados por WikiLeaks, Google ha sido una herramienta fundamental para cambiar regímenes políticos, y se llegó incluso a plantear que Cohen y Schmidt eran capaces de realizar acciones que ni siquiera la CIA puede hacer,[43] al menos a la luz pública, que es lo mismo que señalaba Alex Karp respecto a la labor de Palantir en Israel y Ucrania. De Google Ideas salen un ramillete de ONG que bajo la supuesta defensa de la democracia y los valores liberales actúan como tapaderas para promover golpes del Estado. Organizaciones en las que el dinero no solo viene de los contribuyentes, sino también de General Electric, Boeing, Shell, Edelman, Siemens y un largo etcétera. En el núcleo duro se encuentran los contratistas de armas y militares: caciques activos de los cibercomandos estadounidenses. Envolviendo el paquete están Jared Cohen y Eric Schmidt. El propio Assange lo exponía de este modo: «Empecé pensando que Schmidt era brillante, pero también un multimillonario tecnológico californiano políticamente ingenuo que estaba siendo usado por la gente que él mismo había reclutado del área de política exterior: agentes contratados para que oficiaran de intérpretes entre él y Washington. Estaba equivocado».[44]

No en vano antes de entrar en Google, en 1999, Schmidt ocupó un asiento en la directiva de un grupo con sede en Washington denominado New America Foundation, un *think tank* financiado, entre otros, por la Fundación Ford, BlackRock, la Open Society de Soros, el propio Departamento de Estado, la Agencia de los Estados Unidos para el Desarrollo Internacional (USAID), la Fundación Rockefeller y la Fundación Bill y Melinda Gates. En su consejo de administración ha estado un hijo de Soros, Jonathan. Esta institución dispone de una amplia red de influencia y con una acreditada red de expertos en seguridad nacional, política exterior y tecnología, que le sirve para colocar cientos de artículos y columnas de opinión en los grandes medios de desinformación masiva.[45] Varios de sus consejeros son miembros del Consejo de Relaciones Exteriores En 2008, Schmidt se convirtió en presidente, cargo que compatibilizó con la dirección de Google. En la actualidad, el empresario y tecnócrata sigue trabajando para el complejo militar industrial, siendo una voz de referencia en Washington y haciendo negocios en el sector aeroespacial y el desarrollo de la inteligencia artificial.

ID Digital, la marca de la Bestia

Es evidente que Google, Palantir y Meta, al igual que el resto de las grandes tecnológicas, cada una con diferente grado, son parte intrínseca de las estructuras de poder. No se trata de simples empresas privadas con accionistas y consejos de administración que buscan exclusivamente maximizar sus beneficios. Lo mismo sucede en China, pero allí no lo ocultan. Aunque pensemos que el Gran Hermano solo afecta a las sociedades de países con regímenes autoritarios, debemos ser conscientes de que nuestras sociedades occidentales avanzan sin freno a un modelo similar, aunque se disfracen con los ropajes de la democracia y el libre mercado. Por eso es vital que nos opongamos a la agenda que aspira a extender la identidad digital para que sea la vía exclusiva de relación con las administraciones públicas y privadas. Una versión secular de la marca de la Bestia bíblica.

El sistema de crédito social, que puntúa a los ciudadanos en función de su comportamiento, ha traspasado las fronteras chinas. Va dirigido a modificar las pautas y actividades de los seres humanos en función de lo que el gobernante de turno decida que es conveniente o «correcto», apelando para ello al «interés general». Personas que tengan una referencia objetiva, de tipo religioso, o una ética que no sea de carácter discrecional, podrían defender este sistema, siempre y cuando quienes lo implantaran compartieran sus mismos valores morales, pero en los tiempos actuales el relativismo imperante abre la puerta al secuestro en la toma de decisiones. Quienes deciden lo que es bueno y lo que es malo no son los Gobiernos, aunque sean quienes firmen los papeles... quien determina la bondad o maldad de un acto son los planificadores sociales al servicio de las élites, grupos de poder que aspiran a diseñar una nueva sociedad desde sus torres de marfil. Este modelo solo es posible gracias a la vigilancia masiva, no solo a través de videocámaras, que es en lo que todos pensamos cuando nos imaginamos esta pesadilla distópica, sino a través del teléfono móvil, que debe volverse imprescindible en todas las actividades diarias antes de poder imponer esta granja humana tecnocrática.

La necesidad de llevar siempre el celular es algo que en China no hace falta imponer. Y además el uso de superaplicaciones, como WeChat, facilita el control: a través de ella, el usuario realiza todas las tareas diarias, desde pagar en establecimientos comerciales, desplazarse, acudir al médico, abonar las facturas e incluso establecer relaciones personales y solicitar el divorcio.[46] Una centralización de los datos que ha permitido al Partido Comunista Chino realizar algunos experimentos de crédito social, aunque, en contra de lo que apuntan muchos analistas occidentales, no se ha impuesto a nivel nacional. Existen diversos ecosistemas compuestos por esquemas de varios tamaños y alcances, administrados por gobiernos locales, ministerios gubernamentales, proveedores de pagos en línea, vecindarios y hasta empresas.

Una estructura que medios norteamericanos como la revista globalista *Foreign Policy* (fundada en 1970 por Samuel Huntington)

presentó en el año 2018 al público occidental para colocar la ventana de Overton en un nuevo lugar. La periodista Simina Mistreanu mostró el resultado de su visita a la ciudad oriental de Rongcheng, que operaba entonces su propio programa piloto de crédito social basado en puntos.[47] Empezaba asignando 1.000 unidades a cada adulto que iban creciendo o menguando en función del comportamiento de los individuos ligado a una serie de baremos. «Si te ponen una multa de tráfico, pierdes cinco puntos. Si obtienes un premio a nivel municipal, por ejemplo, por realizar un acto heroico, llevar a cabo una actividad empresarial ejemplar o ayudar a tu familia en circunstancias excepcionalmente difíciles, tu puntuación aumenta en treinta puntos. Por un premio a nivel departamental, se ganan cinco puntos. También se pueden ganar puntos donando a organizaciones benéficas o participando como voluntario en el programa de la ciudad. Cualquier cosa que influya en los puntos debe estar respaldada por hechos oficiales con documentos oficiales. Esto reduce la subjetividad y limita las sanciones principalmente al incumplimiento de las leyes y reglamentos», exponía la corresponsal de la revista.

«Dependiendo de su puntuación —proseguía Mistreanu—, los residentes obtienen una calificación similar al de los exámenes escolares que va de A+++ a D. Algunas infracciones pueden perjudicar mucho la puntuación. Por ejemplo, por conducir ebrio, la puntuación cae directamente a C. Por otro lado, las triples A se recompensan con ventajas como poder alquilar bicicletas públicas sin pagar depósito (y utilizarlas gratis durante una hora y media), recibir un descuento de 50 dólares en la calefacción cada invierno y obtener condiciones más ventajosas en los préstamos bancarios». Y viceversa. En el experimento de Rongcheng los que obtenían mejores puntuaciones aparecían destacados en tablones de información situados en las calles, como los carteles de «empleado del mes» en las empresas.

En este modelo los «ciudadanos poco fiables» son los que tiene deudas sin pagar, los «incívicos» o los «desinformadores». Una serie de conductas que si bien en muchos casos no se encuentran

tipificadas como un delito penal son consideradas «una desgracia» por parte de las autoridades y merecedoras de un castigo en la sociedad china, llegando incluso a penalizarse comportamientos como «ofrecer disculpas poco sinceras». Como explicamos en el primer capítulo, en el gigante asiático existe una cultura de grupo que facilita este tipo de mecanismos de control. Los ciudadanos asumen su papel de piezas en un engranaje mayor y, aunque existan excepciones, muchas veces no es necesario aplicar medidas coercitivas, porque la población se ha acostumbrado a esta fiscalización continua.

Esto conlleva también un sentimiento de temor y desconfianza, así como un estado orwelliano permanente. De hecho, un experimento social similar realizado en el año 2010 fracasó precisamente porque sus cobayas humanas no pasaron por el aro. Fue en Suining, un condado de la provincia de Jiangsu, cerca de Shanghái, cuyas autoridades pusieron en marcha un proyecto piloto de crédito social que incluía criterios como el nivel de educación de los residentes, su comportamiento en internet y el cumplimiento de las normas de tráfico. Los habitantes ganaban puntos por cuidar de familiares mayores o ayudar a los pobres, y los perdían por infracciones de tráfico leves o si solicitaban ayuda ilegalmente a las autoridades superiores. Por su parte, aquellos que obtenían puntuaciones altas disfrutaban de una vía rápida para ascensos laborales y acceso a las mejores escuelas, mientras que a los que registraban puntuaciones bajas se les restringía el acceso a algunos permisos y servicios sociales. El plan fue un desastre. Tanto los residentes como los medios de comunicación estatales lo criticaron por sus criterios aparentemente injustos y arbitrarios, y un periódico estatal comparó el sistema con los certificados de «buen ciudadano» emitidos por Japón durante su ocupación de China en tiempos de guerra. El programa piloto de Suining fue cancelado, pero no sin antes enseñar al Gobierno algunas lecciones sobre lo que es aceptable para el público.

Pasaportes pandémicos

En Occidente la situación es distinta, aunque avanzamos hacia un sistema probablemente más peligroso porque está oculto bajo el manto de la supuesta protección de los datos y la defensa de los derechos y libertades. En Europa y Estados Unidos utilizamos diferentes aplicaciones móviles para realizar distintas tareas y eso es un problema para imponer modelos de control de este tipo. O al menos lo era hasta que llegó el COVID y se lanzaron los programas de identidad digital, primero con los certificados de vacunación y más tarde con la Wallet ID que tanto interés tiene en implementar el ejecutivo comunitario de Von der Leyen. La gestión política de la pandemia empezó a sembrar en las cabezas de los ciudadanos la idea del «control bueno», pero el caldo de cultivo se había creado antes. La labor de los medios de comunicación y de los laboratorios de ideas es clave para comprender el proceso porque este tipo de sistema solo puede implantarse por la fuerza o convenciendo a los ciudadanos de que los políticos, agazapados tras la impersonal y magnánima forma del Estado, tienen una mayor capacidad que nosotros para determinar lo que es mejor para todos. Este es el principal camino hacia el totalitarismo.

Todo esto ya estaba en marcha en Occidente antes de que el virus quimera saliera del laboratorio de Wuhan. A principios de 2019 apareció la iniciativa CommonPass de las entrañas del Foro Económico Mundial a través de una fundación, denominada The Commons Project Foundation, cuyo objetivo, según indicaron sus creadores era «liberar todo el potencial de la tecnología y los datos para el bien común» en la era digital. Este organismo nació gracias a la financiación de varias instituciones filantrópicas y oficialmente no tenía ánimo de lucro, afirmación completamente falaz al comprobar que la aportación inicial la realizó la Fundación Rockefeller, posteriormente ampliada por la Fundación Mastercard. Su sede se encuentra en la Quinta Avenida de Nueva York, muy cerca del cuartel general que tiene el imperio financiero de la familia Rockefeller y que recibe a sus visitantes con una estatua de Prometeo/Lucifer.[48] En su directiva estaban Matt Anestis, alto directivo de BlackRock; el asociado de Goldman Sachs, Bunty Bohra;

Andrew Cohen, de JP Morgan; Jitesh Gadhia, de la gestora de inversión Blakckstone, acompañados por una decana de la Johns Hopkins; la directora del centro de prevención de enfermedades infecciosas de Atlanta (CDC), y el presidente de la Fundación Rockefeller. El principal proyecto de esta organización, amparada por el Foro de Davos y dirigida por los señores de la banca era una herramienta digital denominada CommonPass, que es lo que los pobres mortales conocimos posteriormente como el «pasaporte» o «certificado COVID».

La fundación creadora del Common Pass trabaja estrechamente con otra organización que se llama ID2020, cuyo nombre no es casual. Se creó en 2016 para lograr en el año 2020 que la mayoría del planeta tuviera una identidad digital, poniendo sus esfuerzos sobre todo en los países menos desarrollados, ya que en el primer mundo era más difícil lograr el beneplácito social. Sus patrocinadores fueron, de nuevo, la Fundación Rockefeller, junto con Microsoft y Gavi Alliance, es decir, la asociación de la fundación de Bill y Melinda Gates que llevan años advirtiendo de la llegada de nuevas pandemias globales. Una de las ONG que trabaja con esta institución puso en marcha un proyecto de identificación biométrica para recién nacidos en un campamento de refugiados situado en la frontera entre Myanmar y Tailandia. El programa piloto se llevó a cabo a través de una clínica financiada por la USAID, Mastercard y la Open Society de Soros. ¿Y qué hacen con los bebés? Pues los marcan digitalmente como si fueran animales: les realizan un certificado digital basado en *blockchain*, vinculado a través del reconocimiento del iris, con el objetivo de «documentar electrónicamente tanto el nivel educativo como las habilidades profesionales» futuras.[49]

Cuando se lanzó el programa fue publicado incluso en la revista *Newsweek* y en el texto se destacaba, citando fuentes de ID2020, que este programa piloto era «solo el primer paso en un esfuerzo que tiene como objetivo equipar a toda la población de refugiados del campamento con carteras digitales seguras y portátiles que contendrán no solo sus registros médicos, sino también credenciales educativas y laborales, y otros múltiples registros», incluyendo la

actividad financiera.[50] Justo lo que ha presentado la Comisión Europea en su Wallet ID. La empresa promotora del proyecto en el sudeste asiático dice que los participantes son voluntarios. ¿Cómo los consiguen? Pues todo aquel que acepte la identificación biométrica y el escaneo de iris puede acceder a atención médica, comida y agua potable.[51] Les dan a elegir entre salud y privacidad, entre supervivencia y dictadura digital. No podemos cerrar los ojos ante esta terrible realidad. Ante nuestros ojos existen multitud de campos de concentración modernos, impulsados por corporaciones y Gobiernos supuestamente democráticos, que experimentan con personas del tercer mundo. Otro de los socios es el Comité Internacional de Rescate (IRC), ONG con sede en Reino Unido, que acumula escándalos de abusos sexuales infantiles en los países donde opera.[52] Este tipo de organizaciones son los que dicen buscar el bien común, los que se jactan de proteger a los desfavorecidos, mientras les usan como cobayas y, en algunos casos, les maltratan física, psicológica y sexualmente.

Lo que está persiguiendo el Foro Económico Mundial, con la gran banca de inversión, empresas de medios de pago, farmacéuticas, tecnológicas y Gobiernos es implantar una ID digital para todos y están usando las conclusiones extraídas de la pandemia para ello, junto con el resto de las crisis, reales o inventadas. No tiene nada que ver ni con la salud, ni con la desigualdad, ni con la protección del medioambiente. Se trata de configurar un nuevo orden tecnocrático, en el que las personas estén controladas de forma biométrica, que permita iniciar el experimento monetario de las divisas digitales con el que se quiere evitar la quiebra absoluta del modelo actual, y en el que Gobiernos y grandes corporaciones trabajan juntas para ir orientando las decisiones de los seres humanos en el sentido que sea pertinente. Este es el reinicio social y económico con el que sueñan aquellos que dicen ser los buenos.

Inmigración y control biométrico

Nadie en su sano juicio admitiría un control como el que estamos exponiendo en estas líneas y la maquinaria política y corporativa es consciente de ello. Por eso se ha articulado un programa de actuación con dos palancas esenciales: el uso de la inmigración descontrolada para que la población acepte la introducción de sistemas de identificación biométrica, y la crisis de los sistemas de seguridad social que facilitará la aceptación del dinero digital en el pago de las prestaciones. Como esbozamos en el capítulo anterior la idea es dar el último paso del sistema de dinero/deuda, haciendo que las monedas de curso legal sean emitidas directamente por el banco central y digitales, lo cual implica que sean trazables y, lo más importante, susceptibles de ser utilizadas como elemento de control.

Poner tipos de interés negativos en las cuentas corrientes para fomentar la compra de un determinado bien o la adquisición de un activo concreto (por ejemplo bonos de empresas consideradas estratégicas o deuda pública), establecer criterios de sostenibilidad para orientar el consumo de los hogares o la inversión de las empresas, fijar periodos de caducidad para una determinada cantidad de dinero y crear sistemas de crédito social son algunos de los objetivos que persigue este nuevo modelo. Y no se trata de algo que esté oculto, sino que se encuentra en los trabajos preparatorios de los bancos centrales, especialmente adelantados en Europa, Estados Unidos y China, país en el que el efectivo prácticamente ya no se usa por parte de las generaciones más jóvenes. Como denuncia en sus artículos y conferencias el economista Marc Vidal, otro de los grandes luchadores por la libertad monetaria, las CBDC o Central Bank Digital Currencies (en español, monedas digitales de banco central) son una forma de dinero que puede ayudar a Gobiernos e ingenieros sociales a alcanzar distintos objetivos políticos, económicos, geopolíticos y geoeconómicos en todo el mundo, y donde el espionaje a los ciudadanos alcanzará niveles nunca vistos en la historia humana. Son el último misil que les queda para defender este sistema corrupto. Por desgracia, es un arma que la gente no percibe y que va a estar llena de anzuelos para que piquemos todos.

Uno de estos anzuelos es la gestión de la política migratoria, mediante la cual se están modificando legislaciones a ambos lados del Atlántico para normalizar y extender las tecnologías de control biométrico que ya se han probado en las citadas zonas de guerra y países del tercer mundo. Desde octubre de 2025, la Unión Europea ha puesto en marcha su sistema digital de control de fronteras, el Entry/Exit System (EES), una plataforma biométrica que marcará un cambio radical al sustituir los sellos tradicionales en los pasaportes por escaneos faciales y huellas dactilares. La implantación de esta iniciativa que forma parte del paquete normativo de «fronteras inteligentes» se realiza de forma progresiva durante seis meses permitiendo su integración gradual en aeropuertos internacionales, puertos y pasos fronterizos terrestres de los 29 países del espacio Schengen, incluidos asociados como Noruega o Suiza. Se recopilan nombres, datos de los documentos de viaje, imágenes faciales y huellas dactilares en un registro digital central. Según la Comisión Europea, el sistema se cambia para «mejorar el control del tiempo de estancia, prevenir posibles irregularidades y surge como respuesta a los desafíos de seguridad y migración irregular». Una excusa sin ningún tipo de fundamento porque los inmigrantes que llegan a las costas de los países del Mediterráneo en pateras, ayudados por mafias que se hacen pasar por organizaciones de ayuda, no serán usuarios del nuevo sistema de identificación.

Aunque todo se andará y es muy posible que en los centros de acogida también se extienda el uso de este control biométrico, en unas instalaciones que no dan abasto por el elevado volumen de personas que traspasan la frontera de forma ilegal, sobre todo en países como España, Francia e Italia, que sufren avalanchas recurrentes, o en lugares del centro de Europa que son habituales receptores de refugiados. Un fenómeno que no se ha producido de forma casual, sino que ha sido permitido —y, en algunos casos, favorecido— para que se enquistara un problema que ahora se pretende solventar: generar caos para imponer orden, reduciendo la capacidad de la sociedad para oponerse a nuevas medidas de control.

La emigración descontrolada se ha convertido en un reto global para el cual se nos presentan una serie de soluciones trampa, unas recetas que apelan a nuestros sentimientos de empatía y humanidad, pero que son un caballo de Troya para ir desestructurando las sociedades occidentales y hacerlas más manejables. No es racismo considerar que deben existir unos mecanismos adecuados para integrar a los ciudadanos extranjeros, ya que de lo contrario se destruyen los pilares económicos de los países y sus sistemas de seguridad social, afectando también a sus propios valores y culturas. Los Gobiernos, con sus actuaciones en esta materia, son los que se convierten en principales promotores de pensamientos xenófobos, de una forma similar a lo que sucede con las acciones del Gobierno de Israel, que aumentan el antisemitismo por rechazo a la barbarie militar. Las grandes capitales europeas han experimentado un auge de los delitos derivados de este incremento del flujo de inmigración irregular masiva, algo que también se ha convertido en un tabú a pesar de ser muy real.[53] El efecto llamada se ha convertido un arma de doble filo: al principio sirve para atraer a los inmigrantes irregulares y, luego, cuando se retiran o reducen los programas de apoyo, cuando llegan los recortes presupuestarios ante la incapacidad de las arcas públicas para asumir el incremento del gasto, se genera el caldo de cultivo para el aumento de la delincuencia y los disturbios sociales, al mismo tiempo que se criminaliza al extranjero, sobre todo al que proviene del sur, por el solo hecho de serlo. Muchas personas se llevan las manos a la cabeza en las sociedades actuales, diciendo: «¿Cómo hemos llegado a esta situación?».

Un autor francés llamado Renaud Camus publicó un polémico libro en el año 2011 para responder a esta cuestión, titulado *El gran reemplazo*, en el que desarrollaba su tesis sobre la gestión de los flujos migratorios en Europa. La obra ha sido criticada con dureza por considerarla una teoría de la conspiración procedente de la ultraderecha que alimenta las locuras de los supremacistas blancos, olvidando oportunamente que durante varias décadas su autor perteneció a un selecto club de la izquierda cultural gala, siendo

reconocido como artista de vanguardia e «icono gay», según le calificó la revista estadounidense *The Nation*. Camus empleó el concepto de «gran reemplazo» para explicar el proceso de «cambio de pueblo y de civilización» provocado por las élites «globalistas» a quienes a veces denomina como «reemplacistas».[54] El autor plantea que llegaría un momento en el que los inmigrantes irregulares que cometieran delitos en los países europeos tendrían en su contra solo a una parte de las fuerzas de seguridad, pero a su favor el poder mediático-político. A pesar de lo que se dice en la mayoría de los foros públicos, Camus no es racista; de hecho, apelando a Charles de Gaulle, sostiene que está bien que exista una diversidad que permita mantener su «vocación universal». A este respecto es muy claro indicando que «el racismo convirtió a Europa en un campo en ruinas y el antirracismo la está transformando en un tugurio ultraviolento». Es importante destacar que Camus no habla exclusivamente de un reemplazo demográfico, sino principalmente cultural, que lleva a la desaparición de la identidad europea facilitando la aplicación de políticas que reduzcan la soberanía de los pueblos y, con ello, amenazando a los Estados nación.

«No es un concepto, es un fenómeno evidente, como la nariz delante de la cara —explicó en una ocasión—. Un pueblo estaba allí, estable, ocupando el mismo territorio desde hace quince o veinte siglos. Y de golpe, muy rápidamente, en una o dos generaciones, uno o varios pueblos lo sustituyen, lo reemplazan, y ya no es más el mismo». Camus instituyó el título de «reemplacistas» para las «élites» que estarían fomentando, casi adrede, una «gran deculturización», enseñando el olvido y provocando el derrumbe de los sistemas políticos, sociales y económicos. Algo de lo que se dan cuenta tarde muchos políticos encuadrados en los partidos denominados de izquierda, que aspiran a tener un beneficio electoral[55] pero que, al final, ven como los mercados laborales y los sistemas de asistencia social se desbordan, provocando un descontento social que termina yendo en su contra y un «reemplazo» de valores. Y en esta imagen de futuro residen muchos de los cambios actuales en el escenario político global.

Tras años en los que se ha calificado de peligrosos ultraderechistas a quienes han recuperado las ideas de Camus, los Gobiernos occidentales empiezan a aceptar la existencia del problema, y la industria de gestión de fronteras se frota las manos. Aquí también están varias tecnológicas, consultoras y compañías del complejo militar industrial. Un informe elaborado por el Transnational Institute expone a estas compañías poniendo especial énfasis en su escaso respeto por los derechos humanos.[56] Destacan Accenture, socia de la fundación de Bill y Melinda Gates en su proyecto de identificación biométrica de poblaciones en el tercer mundo, empresas como IBM, la italiana Leonardo, Lockheed Martin, Airbus, Deloitte, PWC, la propia Palantir y otras muchas que se benefician de lo que el informe denuncia como la «industria de la guerra de frontera». Es una fuente de ingresos en alza, con un dinero que sale de los bolsillos de los contribuyentes de los países occidentales, para ir a parar a unas empresas que se hacen de oro y, además, implantan la agenda globalista, no solo destruyendo sociedades, sino avanzado en sus planes transhumanistas. La mayor expansión se produce en los mercados de la biometría y la inteligencia artificial con fines de control migratorio. Primero, serán los extranjeros en situación irregular; luego, los que lleguen con los papeles en regla; finalmente, todos los habitantes del país.

Renta básica universal

Prácticamente todos los sectores económicos están a las puertas de vivir una especie de tsunami y los que no estén preparados quedarán bajo las olas de un océano en el que solo sobrevivirán quienes sepan anticipar el futuro y adaptarse al mismo. Es muy probable que la revolución digital favorezca un incremento de la productividad, seguramente el mayor de la historia, y se crearán nuevos empleos y profesiones, aunque prácticamente todos los estudios coinciden en señalar que, en términos netos, se reducirá la fuerza laboral, es decir, que no habrá empleos para todos, lo cual casi con toda probabilidad sea el mayor reto al que nos enfrentamos como sociedad. Y las crisis de los sistemas de protección social, que

tienen su origen en la imposibilidad de mantener unos modelos basados en una alta natalidad, natalidad que no solo no es fomentada, sino que es perseguida por las legislaciones supranacionales, lubricando a la industria del aborto, la industria de la muerte, obliga a plantear qué ocurrirá con las personas que pierdan este tren de la historia.

Los ingenieros sociales ya tienen preparada una solución, pero tiene trampa, la renta básica universal, un instrumento que, aunque pueda parecer adecuado, es un gran engaño, porque eleva la dependencia del ciudadano del poder político que le entrega su sustento diario, un sustento que solo le dará para vivir, de forma humilde, en ese umbral de subsistencia del que ya hablaba Bernard de Mandeville en *La fábula de las abejas*, y que permite al poderoso manejar al débil.[57] Y el pago se hará en moneda digital de banco central (CBDC), así como el resto de las prestaciones sociales, incluidas las pensiones públicas y los subsidios por desempleo. En países como España, donde los ciudadanos que reciben sus rentas del sector público ya superan a los del privado,[58] el proceso de implantación será relativamente sencillo.

Los defensores de la renta básica creen que utilizar divisas digitales para los pagos de los sistemas de seguridad social mejorará la eficacia y reducirá los costes administrativos, porque los pagos en efectivo suelen conllevar elevadas comisiones de transferencia y problemas de seguridad. Además, el empleo de CBDC también limitaría el uso indebido de los fondos, porque el dinero puede rastrearse fácilmente, garantizando que llegan a los destinatarios previstos. No falta quien suma a estos argumentos la idea de que con este sistema se promueve la inclusión financiera porque los pagos son fácilmente accesibles y pueden ser realizados por personas incluso sin cuenta bancaria. Además, ofrece a los países la oportunidad de impulsar sus monedas digitales locales. Sin embargo, este enfoque aparca del debate sobre aumento de la vigilancia y a problemas de privacidad. Los Gobiernos pueden utilizar la CBDC para controlar las actividades financieras de las personas y restringir el uso de los fondos, estableciendo limitaciones. Por no mencionar el

hecho de que para recibir el dinero es imprescindible el uso de dispositivos electrónicos, lo que podría suponer un reto para las personas mayores y las menos expertas en tecnología, aumentando la ya de por sí elevada brecha digital intergeneracional. Todo ello acompañado de un problema adicional: la falta de capacidad de los Gobiernos para regular adecuadamente las monedas digitales centralizadas, que podrían sufrir brechas de seguridad y ciberataques. Finalmente, como ya hemos analizado, el nuevo sistema es profundamente inflacionario, castigando más a los que menos tienen y aumentando las desigualdades.

No caigamos en la trampa de pensar que todos los problemas sociales se solventan con subsidios y ayudas públicas de la mano de la tecnología, aún estamos a tiempo de reclamar acciones de formación y adaptación para conseguir que el salto de la economía material a la digital deje a la menor cantidad de gente en los márgenes del camino. Este cambio estructural de nuestras sociedades es probable que genere cierto caos social, revoluciones, y que promueva el auge de extremismos. La moderación es un factor que brilla por su ausencia, y políticos, ingenieros sociales y medios de comunicación participamos de ello cada día, polarizando a las poblaciones y alimentando la división y la fractura social. La solución pasa porque nos fijemos menos en lo que nos separa y pensemos más en lo que tenemos en común, olvidar las derechas y las izquierdas, el norte y el sur, oriente y occidente, para llegar a una serie de elementos y factores comunes que nos unen como seres humanos. Esto no quiere decir que debamos enterrar las ideologías, sino aprender a convivir con el que piense distinto, aunque no compartamos su enfoque, y para ello hay que dejarle expresar sus puntos de vista, siempre que lo haga con respeto y rigor.

Elon Musk, un Iron Man de carne y hueso

No me gustaría concluir este capítulo sin mencionar a la figura de Elon Musk, al que se considera en determinadas esferas como un «tecnócrata bueno», defensor incansable de la libertad de expresión, brillante emprendedor que ha levantado un imperio de la nada hasta

convertirse en una especie de Tony Stark de carne y hueso, personaje de ficción conocido como Iron Man, cuya creación fue inspirada, precisamente, por el millonario de origen sudafricano. El actor Robert Downey Jr. se reunió con Musk para entender mejor al personaje, y ambos, el superhéroe y el empresario tecnológico, comparten rasgos comunes, como ser inventores visionarios y figuras públicas cuestionadas. El magnate apareció en la segunda edición de la saga interpretándose a sí mismo en el año 2010. Cuando Stark le estrecha la mano a Musk en la película, aprovecha para decirle «los motores Merlín son fantásticos», en referencia a la tecnología que estaba implementando en aquel momento en su empresa aeroespacial SpaceX. En respuesta, Musk agradeció el halago y comentó al protagonista que estaba trabajando en un jet eléctrico de última generación. Uno de los principales guionistas de la serie, Mark Fergus, define al millonario como una «mezcla de la brillantez de Steve Jobs con el talento para el espectáculo de Trump». No va muy desencaminado.

Musk había permanecido al margen de las instituciones gubernamentales hasta que fue designado director de una agencia de nueva creación, el Departamento de Eficiencia Gubernamental (DOGE, por sus siglas en inglés), en la segunda ocasión que Trump volvió a la presidencia de Estados Unidos. El empresario, dueño de multinacionales que reciben contratos públicos, subvenciones y ayudas directas o regulatorias —sobre todo SpaceX y Tesla—, se puso al frente de este departamento, junto con el empresario Vivek Ramaswamy, con la misión de desmantelar la burocracia gubernamental, dinamitar las regulaciones excesivas, recortar los gastos innecesarios y reestructurar las agencias federales. Trump comparó la nueva cartera con el «proyecto Manhattan» de nuestros tiempos por su carácter revolucionario, en relación con el programa que desarrolló la bomba atómica durante la Segunda Guerra Mundial.

El nuevo cometido de Musk fue aplaudido por buena parte de aquellos que critican y cuestionan los intereses espurios de las élites globalistas. El magnate adquirió la red social Twitter, hoy denominada X, en una operación que parecía ruinosa desde el punto

de vista económico, pero muy relevante si nos atenemos a la capacidad de la red para modelar el discurso público. Una adquisición que hizo con la ayuda de la gran banca de Wall Street, en concreto de las gestoras de inversión Vanguard y BlackRock, que son, a su vez, dos de los accionistas más importantes de Tesla. Más allá de las prácticas financieras y publicistas de Musk, de las que se jacta con frecuencia en ese aire de millonario gamberro que tanto le gusta cultivar, justificó la adquisición en la necesidad de liberar la red social de la censura para promover la idea de que hay que garantizar que todas las cuentas tienen humanos detrás, es decir, que no son operadas por algoritmos (los famosos *bots*). La propuesta fue bien recibida por aquellos que no se dan cuenta de que se trata del primer paso para acabar con el anonimato en internet. El objetivo final de las élites tecnocráticas es que naveguemos por la red con el documento de identidad digital en la frente. Es muy curioso lo que hace Musk cuando interviene en actos del Foro Económico Mundial y otros aquelarres globalistas, como la Cumbre del Gobierno Mundial, a la que también asiste. Porque advierte de los peligros que acechan a la humanidad por la robotización masiva, al mismo tiempo que alimenta su filia transhumanista con su proyecto Neuralink, cuya aspiración final es que las personas podamos conectar nuestros cerebros a máquinas para crear felicidad artificial y aplicar mejoras cognitivas. En una de estas intervenciones dijo a los asistentes: «Los robots podrán hacerlo todo mejor que nosotros. Me refiero a todos vosotros».[59]

De cara a la opinión pública se nos presenta a Musk como la antítesis de figuras como la de Bill Gates, lo cual es otra manipulación informativa. Aunque es cierto que difieren en algunos puntos concretos, como en la necesidad de reducir la población mundial, al estudiar las relaciones corporativas se revela una colaboración estrecha, no solo en el sector tecnológico, sino también en la industria farmacéutica. Ambos han sido socios en Curevac, una empresa alemana fabricante de terapias génicas contra el COVID (las denominadas «vacunas» de ARN mensajero): Tesla fabricó las

máquinas y la Fundación Gates puso el dinero y sus contactos al servicio de la compañía.

Sus defensores también suelen obviar la relación de Musk con el complejo militar industrial, al cual pertenece por derecho propio. El empresario es uno de los hombres de referencia del Pentágono y, sobre todo, de su agencia de proyectos avanzados de defensa (o de ataque, según se mire), la mencionada DARPA. Y en esta materia la empresa estrella es SpaceX, corporación que parece sacada de novelas de ciencia ficción y que aspira a llevar al hombre a Marte. Un planeta en el que Musk ha dicho públicamente que desea crear una «tecnocracia marciana» dirigida por seres humanos. El imperio de Musk no ha surgido de la nada, sino que se ha construido en buena medida gracias a la colaboración con el sector público. Es cierto que es un gran innovador y un tipo que se anticipa al futuro, pero precisamente por eso ha sido ayudado y jaleado por el Estado profundo que necesita cubrir ambas partes del espectro ideológico, en esa artificial batalla entre izquierda y derecha cuyo objetivo es alejar a la opinión pública de la realidad.

Además, también es poco conocido el hecho de que Musk viene de una estirpe muy poco recomendable: estaba estrechamente relacionado con el Mossad, el servicio de espionaje israelí, lo que seguramente explique su relación con Ghislaine Maxwell, la proxeneta y pareja de Jeffrey Epstein, cuyo padre trabajaba para los servicios secretos de la estrella de David y colaboraba con los británicos y norteamericanos. En cuanto al progenitor de Musk, tuvo un hijo con su propia hijastra, y su madre mantiene estrechas relaciones con la sociedad de brujería de Sudáfrica, conocida por realizar numerosa simbología ocultista en su trabajo de modelo. Claro, que de casta le viene al galgo, porque el abuelo, Joshua Haldeman, fue el máximo representante del movimiento tecnocrático de Canadá, algo que incluso aparece en las páginas del diario *Financial Times*, en artículos en los que se destaca su papel en la denominada «revolución de los ingenieros» (sociales) de la década de los años treinta del pasado siglo.[60] Un grupo que planteaba superar el sistema capitalista con una mezcla de fascismo y

tecnología, modelo que ahora se está recuperando sin que muchos se den cuenta. Sus integrantes articulaban su nuevo mundo en tres ejes: la planificación centralizada (entonces tan de moda no solo en la Alemania nazi y la Italia fascista, sino también en amplios sectores de Reino Unido y Estados Unidos); la mitología popular del ingeniero como salvador de la sociedad, todo ello embadurnado con las teorías de gestión científica de Frederick W. Taylor.

Otro de los aspectos inquietantes de Musk es su defensa a ultranza de la necesidad de crear un mercado de carbono en el país norteamericano, similar al europeo, que castigue las emisiones de CO_2. En 2018, Elon Musk declaró que el cambio climático era «la mayor amenaza que enfrenta la humanidad en este siglo». Una postura basada en la necesidad de azuzar el fantasma de la influencia de la actividad humana en el cambio climático para que sus empresas tengan más ingresos, sobre todo las ligadas a la famosa descarbonización, con Tesla a la cabeza. Por eso, cuando Trump presentó su reforma fiscal, que eliminaba buena parte de los créditos fiscales ligados con la agenda verde, Musk montó en cólera. Esto motivó un enfrentamiento abierto entre ambos en el que se intercambiaron exabruptos de todo tipo. Una batalla que se produjo una vez que Musk abandonó su cargo como director de DOGE al perder a su vez la pugna con el secretario del Tesoro para situar a su candidato al frente del departamento fiscal, el IRS, equivalente, salvando las distancias, a las agencias tributarias europeas.

Otro de los elementos que permanece fuera del radar del gran público es la cancelación de la iniciativa Minerva, que forma parte de la guerra encubierta que el Pentágono y otras agencias norteamericanas mantienen contra los pueblos y Gobiernos del mundo. El cierre no llegó a los grandes medios, no hubo anuncios grandilocuentes ni mensajes en redes sociales, a diferencia de lo que sucedió con la USAID. En este caso no hubo fanfarrias y todo se hizo al margen de la opinión pública. El 4 de marzo de 2025, el portavoz jefe del Departamento de Defensa, Sean Parnell, comunicó simplemente que el Departamento de Eficiencia Gubernamental de Elon Musk estaba trabajando para ahorrar millones de dólares de los

contribuyentes ubicados en partidas presupuestarias del ejército en varios programas de diversidad, equidad e inclusión, los famosos programas *woke*,[61] así como en varias subvenciones otorgadas a universidades para investigar problemas relacionados con el cambio climático. Parnell no habló de Minerva, pero estos programas estaban incluidos en esta iniciativa, proyecto muy poco conocido, creado en el año 2008 y que fue implantado por la Administración Obama, con Biden de vicepresidente. Un plan que no solo introducía estos criterios sociales de la agenda globalista en el ámbito castrense, sino que patrocinaba e impulsaba estudios para investigar temas muy específicos relacionados con el control social, y se ponía un especial interés en aquellos dirigidos a la ingeniería de masas y la dirección del comportamiento.[62]

El proyecto contemplaba la financiación de investigaciones académicas de distinto tipo que fueran, cito textualmente, de «interés para las fuerzas armadas estadounidenses», con el objetivo de «lograr una mayor comprensión de las dinámicas políticas, sociales y culturales que rigen en las regiones de interés estratégico para Washington en todo el mundo, a fin de consolidar la hegemonía norteamericana». Y aquí es donde está una de las trampas: de forma bien significativa se habla de hegemonía de un país, cuando en realidad a lo que se refiere es a la defensa de un orden basado en las premisas globalistas que no beneficia a los intereses de los ciudadanos, sino que les perjudica al usar recursos humanos y materiales de forma indiscriminada para favorecer a una serie de élites que, en buena medida, secuestran las Administraciones gubernamentales, con una estructura que se mantiene con independencia de quien esté en el Despacho Oval.

Minerva se enmarca en la doctrina de la guerra no convencional basada en la inteligencia y las operaciones de acción psicológica, las *psyops*, que se han popularizado sobre todo en relación con el relato climático, el pandémico, y la manipulación social a través de la creación de emergencias recurrentes para infundir miedo, provocando parálisis mental, minando el espíritu crítico y desestructurando los núcleos familiares mediante un aislamiento

provocado. Y como en otros proyectos de este tipo, en lugar de ocultarlo a los ojos de la sociedad, lo que se hizo fue presentarlo disfrazado como un mecanismo público para conectar la Academia y el Gobierno en beneficio de los estadounidenses. A decir verdad, se trataba de estudiar la dinámica de los movimientos sociales en todo el mundo (también dentro del país norteamericano) con el objetivo de neutralizarlos y erradicarlos, si atentaban contra el relato globalista.

El nombre escogido no fue casual. En la mitología romana Minerva era la diosa de la sabiduría, las artes y las técnicas de la guerra, conceptos que le vienen como anillo al dedo a esta iniciativa de control social empleando el canal militar y la universidad. A Minerva se le representa con casco, pica en una mano y un escudo en la otra y es una interpretación de la diosa griega Atenea, con la que comparte el componente intelectual. Minerva era hija de Júpiter y nació de la cabeza de este, sin intervención femenina, otra característica más que explica la cuidadosa elección del nombre de este proyecto, el cual fue lanzado en 2008 por el entonces secretario de Defensa, Robert Gates, asignando un presupuesto de 50 millones de dólares, que luego crecería notablemente, ante todo con la llegada del COVID y el auge de la inteligencia artificial.

Pero hete aquí que llega Donald Trump a la Casa Blanca por segunda vez y pone a Elon Musk al frente del Departamento de Eficiencia Gubernamental, este comienza a trabajar y, entre los programas a fiscalizar, encuentra Minerva. Se fija en él por el elemento *woke* y de manipulación del relato climático, pero rápidamente se da cuenta de que hay mucho más y decide cerrarlo sin informar al gran público, algo muy extraño en él, porque está constantemente comunicándose por esas vías. ¿Había llegado a un pacto con el Pentágono, la inteligencia e incluso la Casa Blanca, para no ir más allá de lo anunciado por el portavoz jefe del Departamento de Defensa, Sean Parnell? ¿La propia empresa de IA de Musk trabajó con Minerva y quería ocultarlo?

Aunque el anuncio del cierre se produjo en marzo de 2025, es muy probable que se decidiera antes, y es aquí donde entra en juego Stargate, proyecto que une investigación sanitaria, ingeniería social y

uso masivo de inteligencia artificial. Una iniciativa presentada en la Casa Blanca como la principal herramienta para impulsar la IA en la guerra de Estados Unidos contra China y que es, en realidad, un caballo de Troya para avanzar en la agenda tecnocrática. Stargate está liderado por Sam Altman, el fundador de Open AI, la empresa creadora del famoso ChatGPT, uno de los enemigos confesos de Musk. Para Altman, «el desarrollo de una inteligencia artificial es probablemente la mayor amenaza para la continuidad de la humanidad» y su «peor temor es que causemos un daño significativo al mundo», lo cual manifestó a los senadores norteamericanos que le escuchaban atónitos en un comité sobre privacidad y tecnología celebrado en mayo de 2023. A este ejecutivo tecnológico le acompañan en su aventura la entidad financiera japonesa Softbank y la empresa tecnológica Oracle, con sede en Texas, compañía que está en los primeros puestos mundiales en lo que a bases de datos se refiere. Otro de los socios del proyecto es NVIDIA, joya de la corona de los chips *made in USA* y, por supuesto, Microsoft, cuya omnipresencia roza lo paranormal.

Algunos consideran que Stargate recupera todas las competencias de Minerva y que las lleva a un estadio superior. Otros, como el periodista de investigación Jeffrey Kaye, profesional que ha documentado ampliamente las operaciones de guerra psicológica en el país norteamericano, piensa que la administración quería eliminar por completo la supervisión externa y que utilizaron a Musk para ello. Esta es una de las razones que explicaría el portazo de Elon Musk tras su pelea con las bestias del pantano. En la rueda de prensa de presentación, Trump dio la palabra a algunos de estos directivos, y cuando se subió al estrado Larry Ellison, de Oracle, puso algunos ejemplos de cómo se podía utilizar la IA en beneficio de toda la humanidad, donde destacó el uso de tecnología de ARNm para diseñar vacunas personalizadas que se pudieran producir en tan solo cuarenta y ocho horas. De esa forma, logran estas empresas acceso al presupuesto público y luz verde para levantar sus granjas de servidores y centros de datos, que necesitan ingentes recursos energéticos para su funcionamiento y mucha agua para refrigerar los equipos.

Nada más presentarse en sociedad, Musk criticó abiertamente, Stargate, justo después puso coto a Minerva y a otras iniciativas similares, después se enfrentó con el Tesoro y finalmente salió de la Administración con una maleta repleta de muchos secretos que se ha guardado y que ha obtenido gracias a su posición en la entidad fiscalizadora. Ha tenido acceso a muchos datos que le van a venir bien para desarrollar su propia agenda, también tecnocrática, aunque desde otra perspectiva, de lo que implica el control de las sociedades, en su caso enarbolando una bandera de libertad que usa a su antojo. Todo ello, junto con su relación con Peter Thiel, con el que creó PayPal, le sitúan, al menos a mi juicio, en la lista de aquellos que, aunque a veces lo parezcan o tomen decisiones acertadas, no están en el lado correcto de la historia.

A pesar de la gravedad de todo lo expuesto aquí, no debemos caer en el error de demonizar el desarrollo tecnológico por el hecho de que estas figuras estén al mando de las principales compañías que están acelerando su implantación. Las herramientas solo son peligrosas si se utilizan de manera indebida, pero si se emplean de forma adecuada pueden ayudar a los seres humanos a superar barreras físicas, disponer de más tiempo de ocio, facilitar el aprendizaje, mejorar la organización y la conexión social, potenciar la investigación y, en definitiva, ayudarnos en nuestro desarrollo vital. El problema, como apunta el profesor Innerarity, es «cuando se buscan soluciones no a través de la tecnología, sino en la propia tecnología, en una aplicación inmediata e irreflexiva de los nuevos instrumentos a los problemas sociales, esperando, así, que se resuelvan de manera rápida y eficiente. La transformación digital nos ofrece muchos ejemplos de esta ceguera social de la tecnología (…), pero conviene no perder de vista el hecho de que, si bien no es la solución, tampoco es el problema; el problema es la falta de reflexividad a la hora de articular tecnología y sociedad».[63]

Tampoco debemos caer en el determinismo al que nos empujan los promotores de esta agenda tecnocrática, porque todo avance científico o tecnológico ha tenido resultados abiertos que no estaban en la mente de los inventores o planificadores. Las sociedades hacen

suyas las transformaciones y las adaptan para su propio beneficio, que, en la mayoría de los casos, no coincide con el guion de los ingenieros sociales. Desde que se inventó la rueda o se descubrió el fuego, los pueblos han convivido con los avances, y el uso concreto que se haga de los mismos es lo que separa lo positivo de lo negativo. Como dijo J. Robert Oppenheimer, padre de la bomba atómica, «en la lucha por evitar la guerra, los hombres deben cambiar su forma de pensar. Los instrumentos que han inventado han cambiado su modo de vida, pero no han cambiado la manera en que piensan».[64] Tomemos nota y no desfallezcamos, aún estamos a tiempo.

---

[1] Thomas Sowell, *Black Rednecks and White Liberals*, Encounter Books, San Francisco, 2005.

[2] El origen del término está en la legislación romana, con el concepto de *hostis publicus*, literalmente «enemigo público». Con la misma intención fue utilizado en la Revolución francesa y en las represiones de Stalin.

[3] Hannah Arendt, *La mentira en política*, Alianza Editorial, Madrid, 2022.

[4] La primera mención documentada aparece años después de la reunión, en blogs y libros críticos con la CIA utilizando como fuente primaria el testimonio de Barbara Honegger, asistente de la Casa Blanca que en 2014 defendió públicamente la veracidad de la cita. Analistas como J. Michael Walter, indican que en realidad la frase nunca salió d ellos labios de Casey. https://centerforsecuritypolicy.org/cia-director-caseys-alleged-quote-about-disinformation-is-itself-a-falsehood/

[5] La frase aparece en *The Smart Set* (1919) y más tarde en colecciones de ensayos, como *Chrestomathy* (1949).

[6] Durante una sesión del 18 de junio de 2025, en el marco de una investigación del Senado francés sobre contratación pública y soberanía digital, Anton Carniaux, director de asuntos públicos y legales de Microsoft Francia, fue consultado sobre la posibilidad de impedir legal o técnicamente que los datos europeos almacenados en sus servidores fuesen accesibles para el Gobierno de Estados Unidos.

[7] En 2013, el científico Aleksandr Kogan creó una aplicación en Facebook llamada *This Is Your Digital Life*, bajo el aparente propósito de investigación académica. Alrededor de 270.000 personas la instalaron y permitieron acceder a sus datos —así como a los de sus contactos— a través de la plataforma Open Graph. Esto permitió a Cambridge Analytica recolectar información de

hasta 87 millones de perfiles. El caso estalló en 2018 tras reportajes de *The Guardian* y *The New York Times*, además de una investigación encubierta de Channel 4 que captó a ejecutivos de la empresa describiendo tácticas como chantajes sexuales y sobornos para manipular elecciones. Facebook (Meta) fue sancionada por los reguladores y tuvo que abonar una indemnización por una demanda colectiva.

[8] Peter Caddle, «Big Tech Deboosted Millions of Posts during EU Elections», *Brussels Signal*, 25 de septiembre de 2024.

[9] La UE, bajo la Ley de Servicios Digitales (DSA), estableció obligaciones para las grandes plataformas de internet (con más de 45 millones de usuarios mensuales) antes del periodo electoral. Estas incluyeron equipos internos dedicados a monitorear interferencias electorales y ajustes en algoritmos para reducir la viralidad de contenidos.

[10] Aunque es cierto que hay determinados elementos financiados e impulsados por el Gobierno ruso, la diferencia respecto a la injerencia de la esfera anglo es abrumadora, a la que hay que sumar la que ejerce el *lobby* marroquí. Otro grupo que permanece oculto y que tan solo algunos periodistas se han atrevido a denunciarlo, sufriendo la persecución y el acoso de la inteligencia marroquí, mientras los gobernantes y la justicia española miraban hacia otro lado, aunque estos ataques los sufrieran profesionales españoles. Uno de ellos es Ignacio Cembrero, que ha sido perseguido por poner nombres y apellidos a este *lobby* en el que se mezclan empresarios, políticos, espías, analistas y periodistas, que cobran jugosos estipendios por ensalzar el papel de Marruecos y denostar a sus adversarios, especialmente a los saharauis a los que tratan de vincular con al-Qaeda, o demonizando a un Gobierno argelino que es determinante para garantizar la seguridad del suministro energético de España. Las actividades de este grupo de mercenarios españoles a sueldo del vecino del sur también se dirigen contra ciudadanos a los que el régimen de Mohammed VI incluye en listas negras, que son atacados en colaboración con medios de comunicación y *think tanks* franceses y norteamericanos.

[11] Destaca el papel de determinadas instituciones británicas como la Integrity Initiative, fundada por el británico Chris Donnelly, asistido por funcionarios de la OTAN. Se financia en gran medida con dinero público, ya que recibe fondos del British Foreign and Commonwealth Office, la propia OTAN, el Ministerio de Defensa de Lituania, el Departamento de Estado de Estados Unidos, Facebook y la Fundación Smith Richardson, relacionada con *think tanks* militaristas como el American Enterprise Institute y el Institute for the Study of War. Tiene en nómina a periodistas, académicos, políticos y militares en cada uno de los estados donde tiene instaladas sus células (*clusters*). Depende orgánicamente del Instituto Statecraft, que recibe el 95 por ciento de sus fondos del Gobierno británico, de la OTAN y del Departamento de Estado de Estados Unidos. En su primer simposio en España, financiado por el cuartel general de la OTAN, el

tema fue «La influencia maligna de Rusia en Europa del Este y norte de África». Le seguiría un segundo simposio en el European Council on Foreign Relations (ECFR) en Madrid, con el fin de garantizar una cobertura nacional.

[12] Samuel P. Huntington; Michel Crozier; Joji Watanuki, *The Crisis of Democracy: Report on the Governability of Democracies to the Trilateral Commission*, New York University Press, Nueva York, 1973.

[13] Fue la Alemania de Willy Brandt la encargada de articular el régimen bipartidista español que había preparado la Trilateral. Los aparatos civiles y militares fueron renovados de forma paulatina mientras se creaban partidos descendientes de centros de decisión de la OTAN, en especial de la RFA. La democristiana Fundación Adenauer había financiado su ascendiente sobre la denominada «derecha», mientras que la Fundación Naumann hizo lo propio sobre los considerados liberales de dentro y fuera de la UCD. Por su parte, la Fundación Friedrich Ebert, dirigida por el propio Brandt, fue quien elevó a los altares al equipo de Felipe González, con bolsas de dinero que entraban en la sede socialista en maleteros de vehículos destinados a tal fin.

[14] *Disinformation Primer*, Center of Excellence on Democracy, Human Rights and Governance, USAID, 2021.

[15] Eric Lipton; Brooke Williams; Nicholas Confessore, «Foreign Powers Buy Influence at Think Tanks», *The New York Times*, 6 de septiembre de 2014.

[16] Juan Antonio de Castro, *Soros, rompiendo España,* Homo Legens, Madrid, 2018.

[17] El término acuñado por Kurt Lewin hace referencia al emisor, es decir, al autor que se encarga de filtrar los datos del entorno y dar forma a las noticias. Esta definición ha de entenderse en un sentido amplio ya que puede aplicarse tanto a un sujeto como a una empresa informativa. La labor del *gatekeeper* es necesaria puesto que el volumen de información es tal que siempre hay que elegir un pequeño grupo de acontecimientos que sobresalgan del resto. Realiza cuatro funciones básicas. En primer lugar, debe interpretar los hechos, después valorarlos en función del interés de la audiencia, hacer una selección según la política editorial de la empresa y, finalmente, ubicar la noticia dentro del medio para el que trabaja. Ver Kurt Lewin, *Frontiers in group dynamics*. *Human Relations*. 1 (2): 143–153, 1947.

[18] Maxwell McCombs y Donald Shaw publicaron en el año 1972 su primer trabajo sobre la función de *agenda setting* de los medios de comunicación, planteamiento que enlaza con las ideas de Walter Lippmann. *The Agenda-Setting Function of Mass,* Public Opinion Quarterly, volumen 36, número 2, páginas 176-187

[19] Las estructuras de Omidyar también se vieron involucradas en el proceso político de Ucrania. Junto con la Agencia de Estados Unidos para el Desarrollo

Internacional (USAID) y la embajada estadounidense en Kiev, el multimillonario colaboró en el lanzamiento de un canal televisivo para participar en la propaganda del Euromaidán que terminó con el derrocamiento del entonces presidente prorruso Víktor Yanukóvich.

[20] El filósofo alemán Emmanuel Kant hablaba de esta cuestión en 1784. En su opúsculo «¿Qué es la Ilustración?», el sabio de Königsberg achacaba a «la pereza y la cobardía» que los hombres sigan instalados en las tinieblas.

[21] Daniel Innerarity, *Una teoría crítica de la inteligencia artificial,* Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2025.

[22] Edward Snowden (nacido en 1983) es un excontratista de la Agencia de Seguridad Nacional de Estados Unidos (NSA) que en 2013 filtró a la prensa documentos clasificados que revelaban programas masivos de vigilancia electrónica a nivel mundial. Entre ellos destaca PRISM, que permite a la NSA acceder a datos de usuarios de grandes empresas tecnológicas como Google, Facebook, Apple y Microsoft.

[23] Se mencionan por primera vez en *El Silmarillion*, para posteriormente hacer una aparición en *Las dos torres*, segundo tomo de *El señor de los anillos*. Tras la muerte de Tolkien se publicó un ensayo llamado «Las palantiri», dentro de la obra *Cuentos inconclusos*, en el que se profundiza en detalles de su origen, naturaleza y funcionamiento. Gandalf, el mago bueno, le decía a Saruman, cuando todavía no había sido captado por mal, que tuviera mucho cuidado con Palantir, y que era mejor que se alejara de esa piedra.

[24] Annie Jacobsen, *The Pentagon's Brain*, Back Bay Books, Nueva York, 2016.

[25] Whitney Webb, «The Military Origins of Facebook», Unlimited Hangout, 12 de abril de 2021.

[26] Anwar Mhajne, «Israel's AI Revolution: From Innovation to Occupation», *Carnegie Endowment*, 2 de noviembre de 2023.

[27] Harry Davies; Bethan Mckernan; Dan Sabbagh, «"The Gospel": How Israel Uses AI to Select Bombing Targets in Gaza», *The Guardian*, 1 de diciembre de 2023.

[28] Mario Escribano, «Un "radar" para identificar objetivos: quién está detrás de la polémica IA que usa Israel en Gaza», *El Confidencial*, 5 de diciembre de 2023.

[29] Marisa Newman, «Palantir Supplying Israel with New Tools since Hamas War Started», *Bloomberg*, 10 de enero de 2024.

[30] Vera Bergengruen, «How Tech Giants Turned Ukraine into an AI War Lab», *Time*, 8 de febrero de 2024.

[31] *Ibid.*

[32] *Ibid*.

[33] *Ibid*.

[34] Yuval Noah Harari, *21 Lessons for the 21st Century*, Penguin Random House, Londres, 2018.

[35] Yuval Noah Harari, «The World after Coronavirus», *Financial Times*, 20 de marzo de 2020.

[36] Shosana Zuboff, *La era del capitalismo de la vigilancia*, Paidós, Barcelona, 2020.

[37] Daniel Innerarity, *Una teoría crítica…*, *op. cit.*

[38] Alejandro Suarez Sánchez-Ocaña, *Desnudando a Google. La inquietante realidad que no quieren que conozcas*, Deusto, Barcelona, 2012.

[39] Su obra más destacada es *The New Digital Age: Reshaping the Future of People, Nations and Business*, John Murray Publishers, Londres, 2013.

[40] Julian Assange, *Cuando Google encontró a WikiLeaks*, Clave Intelectual, Madrid, 2014.

[41] Christina Ruffini, «State Department Asked Twitter to Delay Maintenance», *CBS News*, 16 de junio de 2009.

[42] Los ecos de estos eventos en las redes sociales y en general en el mundo *online* se convirtieron en un espectáculo para los usuarios de internet de Occidente. Los comentaristas profesionales, ansiosos por racionalizar levantamientos contra dictaduras respaldadas por Estados Unidos, las denominaron «las revoluciones de Twitter», desconociendo el verdadero origen del plan.

[43] Hay un *email* interno enviado por el vicepresidente de inteligencia de Stratfor, Fred Burton (también exfuncionario de seguridad del Departamento de Estado), que es muy revelador: «Google está consiguiendo apoyo aéreo y respaldo de la Casa Blanca y el Departamento de Estado. En realidad, están haciendo cosas que la CIA no puede hacer… [Cohen] va a terminar él mismo secuestrado o asesinado. Para ser franco, podría ser lo mejor para exponer el papel encubierto que Google está jugando en la incitación a levantamientos. El Gobierno puede entonces negar cualquier conocimiento y Google deberá hacerse cargo de toda la mierda». https://search.wikileaks.org/gifiles/?viewemailid=1121800

[44] Julian Assange, *Cuando Google encontró…, op. cit.*

[45] Kenneth Vogel, «New America, a Google-Funded Think Tank, Faces Backlash for Firing a Google Critic», *The New York Times*, 1 de septiembre de 2017.

[46] Isabel Rubio, «El secreto del éxito de WeChat en China», *Xataka*, 20 de noviembre de 2018.

[47] Simina Mistreanu, «Life inside China's Social Credit Laboratory», *Foreign Policy*, 3 de abril de 2018.

[48] La estatua es *Prometheus*, realizada en 1934 por el escultor estadounidense Paul Manship e instalada en el Rockefeller Center, en Manhattan, Nueva York. En algunos contextos esotéricos se equipara a Prometeo con Lucifer (del latín: portador de luz), asociado a la idea de llevar el conocimiento (o la luz) a los humanos, lo que representaría una rebelión contra el orden establecido. Esto aparece en escritos ocultistas como los de Helena Blavatsky. Sin embargo, esta interpretación se excluye en las explicaciones del origen histórico o artístico oficial de la estatua, que se inspira en la mitología griega clásica y en el simbolismo de progreso y civilización.

[49] La entidad se llama iRespond, una organización internacional sin ánimo de lucro con sede en Seattle, cuya misión oficial es utilizar la identidad para mejorar los resultados de las poblaciones desfavorecidas; está combinando la biometría que protege la privacidad con la tecnología de contabilidad, distribuida para proporcionar a las poblaciones más vulnerables del mundo una prueba de identidad altamente segura y verificable que no se puede perder, robar ni confiscar. Entre los proyectos de la empresa se incluyen la emisión de un identificador único mediante biometría a 170.000 pescadores migrantes tailandeses para prevenir abusos contra los derechos humanos; a 60.000 pacientes con VIH en Myanmar para una prestación sanitaria eficiente; y a 10.000 refugiados, en su mayoría karén, en el campo de Mae La, en el oeste de Tailandia, así como otros muchos proyectos en el sudeste asiático y el África Subsahariana.

[50] Adam Piore, «Can Blockchain Finally Give Us the Digital Privacy We Deserve?», *Newsweek*, 22 de febrero de 2019.

[51] Whitney Webb, «"Charity" Accused of Sex Abuse Coordinating ID2020's Pilot Program for Refugee Newborns», *Unlimiyed Hangout*, 2 de julio de 2020.

[52] Charlie Bayliss, «Charity David Miliband "Hushed Up 37 Allegations Of Fraud, Sex Abuse and Bribery"», *Daily Mail*, 14 de febrero de 2018.

[53] Marcos Ondarra, «Igualdad confirma que los extranjeros cometen tres veces más violaciones en proporción», *The Objective*, 6 de septiembre de 2025.

[54] Renaud, Camus, *Le grand remplacement*, Reinharc, París, 2011.

[55] La politóloga española Irene González expone como lo verdaderamente importante del «gran reemplazo» no es su realidad numérica, sino su impacto en la convivencia y en el cambio en el sentido del voto. La consecuencia principal es crear una mayoría poblacional, de voto identitario exterior y subsidiado. Dos características que no ayudan a enfocar la dirección del país en alcanzar un objetivo común de defensa y prosperidad, sino en la ruina y

expolio mientras se favorecen políticas culturales de terceros países. A partir de las segundas generaciones suelen votar al partido que más ayudas les prometa o que mejor represente su identidad originaria y no los intereses del país en el que han nacido. En Europa, en Francia, en España, los hijos y nietos de inmigrantes han sido criados en el odio a su país de acogida que les ha dado más del que sus padres abandonaron. Con una política actual basada en el desprecio a todo lo que fuimos y somos y con una red de subsidios se ha creado un campo abonado para que sea sustituido por otra cultura. Como sucedió con la religión al expulsar al cristianismo de la vida pública. Irene González, «El gran reemplazo y la ceguera», *La Gaceta*, 7 de mayo de 2025.

[56] Mark Akkerman, *El financiamiento de las guerras de fronteras. La industria fronteriza, sus financiadores y los derechos humanos*, Transnational Institute, 29 de abril de 2021.

[57] En *La fábula de las abejas* (1714), Mandeville defendía que el bienestar colectivo dependía de mantener a la mayoría de la población en un nivel bajo de ingresos. Los pobres debían de estar cerca de la subsistencia para que trabajasen y produjeran. Si los trabajadores gozaban de demasiado confort, se volvían ociosos y menos productivos. Por eso, las clases populares debían permanecer en condiciones cercanas a la subsistencia, lo suficientemente pobres como para trabajar duro, pero no tanto como para morir de hambre. Esta idea es un precedente temprano de la teoría de salarios de subsistencia formalizada en el siglo XIX por David Ricardo y posteriormente criticada por Karl Marx en *El Capital*.

[58] El número de funcionarios, trabajadores públicos, pensionistas y beneficiarios de prestaciones es mayor al de ocupados en la empresa privada, según los datos de la Encuesta de Población Activa (EPA) publicados por el Instituto Nacional de Estadística (INE) correspondientes al cierre del año 2024.

[59] Estas declaraciones fueron realizadas en 2017, durante una intervención en la reunión anual de la Asociación Nacional de Gobernadores en Estados Unidos.

[60] John Thornhill, «The March of the Technocrats», *Financial Times*, 19 de febrero de 2018.

[61] El término *woke* proviene originalmente del inglés y significa literalmente «despierto». Su uso comenzó en la cultura afroamericana para referirse a ser consciente de las injusticias sociales y raciales, especialmente frente a la discriminación y el racismo. Actualmente engloba actitudes que se perciben como excesivamente moralistas, dogmáticas o centradas en el activismo identitario, a veces asociadas a la llamada cultura de la cancelación.

[62] John Tirman, «Pentagon Priorities and the Minerva Program», *Items. Insights from the Social Sciences*, 9 de octubre de 2008.

[63] Daniel Innerarity, *Una teoría crítica…, op. cit.*

[64] Richard Rhodes, *The making of the atomic bomb*, Simon & Schuster, Nueva York, 2016. (25th ED.)

Epílogo

Una generación de ovejas pronto engendra un gobierno de lobos.

Edward R. Murrow[1]

Este libro no pretende ser un testamento de la sociedad occidental, sino una advertencia respaldada con suficientes datos y argumentos que sirven de aportación a un debate que los grandes poderes quieren hurtar a la opinión pública, situando otros focos de atención en la esfera global. El escenario que presenta este viaje por el pasado y el presente de nuestras sociedades —con un tímido apunte sobre el futuro— puede resultar aterrador, pero sin conocer las realidades que subyacen bajo las aguas es imposible que recuperemos el timón de nuestro destino. Las amenazas externas que acechan son múltiples y variadas, pero para poder manejarlas y desactivarlas es imprescindible que recuperemos los principios y valores que nos hicieron crecer como civilización, empleando la tecnología como una herramienta —no como un fin en sí mismo— y reduciendo al mínimo posible el riesgo moral en el plano gubernamental y corporativo. Las élites son muy conscientes de que si estrechamos los lazos de unión social tendrán más dificultades para poder implantar sus agendas y por ello alimentan fracturas artificiales y generan caos por doquier. Su objetivo principal es minar la capacidad de los ciudadanos para llegar a conocer su propio poder, solo así pueden ser manejados.

No debemos ser presas del desánimo porque nuestras fortalezas potenciales superan con creces las debilidades. Como expone Pedro Baños en su estudio sobre los peligros de la guerra mental: «Somos menos ovejas de lo que nos han hecho creer y el primer paso para desprendernos de este lastre con el que nos han cargado es ser conscientes de ello. Luego, debemos mantener la esperanza en que la fortuna nos sonría y un día surjan verdaderos líderes que nos guíen respetando nuestro pleno libre albedrío y garantizando todas y

cada una de las libertades individuales. Que devuelvan al pueblo la auténtica soberanía que los actuales, aprovechando el desvirtuado sistema democrático presente, nos han sustraído».[2] No obstante, para que la recuperación de nuestra soberanía individual sea factible, la esperanza no es suficiente y la fortuna debe buscarse en cada una de las acciones vitales de la existencia, tanto en el plano público como en la intimidad del hogar, proclamando nuestras ideas y percepciones del mundo sin temor al qué dirán.

No hay libertad de expresión si no existe previamente la libertad de pensamiento. El trabajo a realizar es titánico porque debemos retirar muchas capas de la cebolla para lograr volver a la esencia. A este respecto, el coronel Baños deja patente que «el proceso para desintoxicarnos de la narcotización en la que nos han sumido no será fácil. Liberarnos del yugo del dominio mental nos llevará tiempo y el camino será tortuoso. Los que ven peligrar su poder y sus privilegios nos pondrán infinidad de trabas. Pero hay que hacerlo, el resultado final merece la pena. Lo que está en juego es lo más importante que tenemos: nuestra libertad».

El mayor peligro es que el proceso de toma de conciencia y despertar global que afortunadamente comienza a vislumbrarse en determinados sectores de la población vaya acompañado de olas de violencia que sirvan a los poderes para justificar la violencia institucional y la represión legislativa. En el momento en el que estoy escribiendo estas líneas resuenan los ecos del asesinato de Charlie Kirk, analista político estadounidense, fundador y presidente de Turning Point, una organización de corte conservador que se ha convertido en un movimiento nacional que organiza eventos, conferencias y que produce contenido audiovisual con notable éxito entre los jóvenes. En una de sus apariciones públicas Kirk fue asesinado, recibió un impacto de bala en el cuello cuando se encontraba sentado debajo de una carpa y debatía con los asistentes, como había hecho en tantas ocasiones. Este analista, tratado por muchos como si fuera una estrella del cine o de la música, se sentaba ante cualquier público, abría el micrófono a todo el que quisiera argumentar y se ponía a debatir. Por eso lo mataron.[3]

Diversos medios de corte progresista no tardaron en demonizarle tildándole de peligroso propagandista y en algunos casos —como sucedió en la cadena de televisión MSNBC—, un comentarista llegó a sugerir que de alguna forma se había ganado a pulso su asesinato por haber enervado a las masas con sus discursos.[4] Lo cual rebela que hay un determinado grupo de sectarios altavoces mediáticos que han perdido cualquier pretensión de debate racional: ya no discuten ideas, sino que pretenden eliminar al que consideran un adversario o aplauden cuando es derribado por otros, legitimando la violencia siempre que venga de su lado. Este es un ejemplo claro del proceso de desintegración moral que genera fracturas sociales en Occidente, cuyas sociedades están cada vez más polarizadas.

Es difícil predecir el futuro de la política estadounidense y europea, en la que se normaliza el atentado, incluso contra presidentes electos, pero lo que es indudable es que el panorama es desolador. Los ingenieros sociales aprovechan para culpar de esta situación a la retórica y al tono de los mensajes en las redes, que además se alimentan de las burbujas informativas de las nuevas herramientas de comunicación digital. Pero no nos llevemos a engaño. Este conato de caos social es provocado, no es casual, forma parte de un estado de cosas dirigido a reducir derechos y libertades usando para ello la capacidad que otorga el procesamiento masivo de los datos y los algoritmos de inteligencia artificial. La Casa Blanca ha anunciado que todos los denominados grupos ANTIFA pasan a ser considerados terroristas, iniciando un proceso similar al impulsado tras los atentados del 11S, pero con una diferencia fundamental: se busca al enemigo dentro de casa, lo cual supone, como están denunciando analistas nada sospechosos de apoyar estos movimientos políticos, como Tucker Carlson, una deriva liberticida y autoritaria. Era previsible cuando se confirmaron los nombramientos del equipo de Trump, con la sombra siempre oscura de Peter Thiel y Alex Karp, de Palantir, Larry Ellison, de Oracle y el resto de tecnócratas que hacen de la vigilancia y el control social su razón de ser.

Existen algunos politólogos que están analizando lo que ocurre particularmente en Estados Unidos como un preludio de un

enfrentamiento civil de mayor magnitud. Los disturbios de la campaña Black Lives Matter fueron un aperitivo de lo que vino después. Uno de los más destacados es un guionista cinematográfico, Davis Mamet, que era un miembro de la comunidad que se considera a sí misma progresista, pero que ahora se ha convertido en martillo del movimiento *woke*. Nos advierte de que su país está inmerso «en una guerra civil prodrómica» (es decir, en ciernes), poniendo en tela de juicio nada menos que la democracia constitucional estadounidense.[5] Esta exposición la realizó durante la presidencia de Joe Biden, al que acusaba de haber robado las elecciones a Donald Trump en 2020. No se habían producido aún los intentos de atentado contra el republicano ni el asesinato de Kirk y la situación ya era de extrema gravedad. En la misma época, Barbara F. Walter sostenía en una entrevista que la probabilidad de una guerra civil en el país norteamericano era mayor que veinte años antes, pero por culpa de un Trump que no aceptaba los resultados electorales, y que, en el caso de volver al poder (lo que ya ha ocurrido), querría mantenerse en él a toda costa.[6] Es decir, que se está configurando un pensamiento de trinchera, de facciones enfrentadas que no augura nada bueno. Por un lado se acusa a los conservadores de portar armas y formar milicias, algo que aparece en series de televisión de forma recurrente, mientras por el otro lado se sitúa a los movimientos de corte izquierdista en las listas de terroristas. ¿Estamos en el preludio de una guerra que traspase las fronteras ideológicas? Esperemos que reine la cordura y se evite una ola de enfrentamientos civiles que se está fomentando y alimentando.

Como hemos expuesto en esta obra, detrás de este proceso subyace una filosofía, muy antigua, que ha sido revestida de modernidad por los ingenieros sociales actuales y que plantea que hay que dejar pasar lo viejo para que surja lo nuevo, aunque ello suponga asumir unos dolores de parto e, incluso, que la madre de la criatura pueda fallecer alumbrando al retoño. Insistamos en ese concepto *adanista* de «*Build Back Better*», (reconstruir mejor), que implica que algo se ha roto, pero lo que no nos dicen es que lo han

destruido las mismas élites que dicen tener la solución. Los ingredientes de este caos previo al orden son evidentes y nadie puede decir ya que su exposición se limite solo a teóricos de la conspiración, porque se está desarrollando ante nuestros ojos. La inflación global coordinada a largo plazo, el persistente «gasto de estímulo», el estrangulamiento «ecologista» del sector energético, la locura destructiva de los confinamientos en las pequeñas y medianas empresas, y la incesante promoción de la religión *woke* forman claramente una tormenta perfecta planificada a nivel mundial.[7]

El escritor Eduardo Luque nos muestra la simpleza y efectividad del planteamiento: «Es necesario crear el caos social en los estados que condicionen o limiten la hegemonía de Estados Unidos con el objetivo de crear un desorden de tal magnitud que nada pueda oponerse a la voluntad de la potencia hegemónica. Eso presupone desde la destrucción y/o desarticulación de las infraestructuras imprescindibles, para empeorar las condiciones de vida de los habitantes, hasta éxodos masivos de población (…). El verdadero poder no se ejerce en una situación de inmovilidad, sino mediante la destrucción de toda forma de resistencia. Si se arrojan las masas al caos de las guerras civiles o de agresión, los grupos dominantes pueden aspirar a mantener su *statu quo*».[8]

Muchas personas no llegan a comprender la esencia y el fin del proceso de desintegración provocado, porque piensan que no se puede ser tan malvado como para promover una agenda de este tipo contra la propia población. Pero es que, aunque aislemos ese componente ético, moral e incluso religioso, es innegable que desde hace décadas se ha introducido a la sociedad en una espiral de decadencia estructural, de sistema, que está siendo ahora acelerada y catalizada con crisis sanitarias, energéticas y monetarias. La gran banca se prepara para un incremento de los disturbios civiles en un escenario de recrudecimiento sin precedentes de enfrentamientos en Estados Unidos y en Europa,[9] sociedades que no están acostumbradas al caos social y que llevan décadas viviendo en la ilusión de que todo funciona, aunque los políticos nos tomen el pelo y los *empresaurios* saquen tajada de cualquier decisión

gubernamental. Como consecuencia de esta previsión, los presidentes de los gigantes financieros están pidiendo a sus equipos directivos que preparen planes de contingencia.

No son los únicos: organizaciones supranacionales y globalistas como el Foro Económico Mundial, el FMI, el Banco Mundial y la ONU llevan tiempo planteando este riesgo en sus informes y grupos de estudio, pero el hecho de que sea la gran banca la que esté descontando este escenario es muy revelador. Lo que está sobre el tapete es la destrucción de la clase media occidental, el aumento de la pobreza y el hecho de que las herramientas adoptadas por gobiernos y bancos centrales para mantener la ilusión de estabilidad se han evaporado. Y este puede ser el caldo de cultivo perfecto para provocar protestas masivas y, con ello, implantar ese «Gran Reinicio» con el que sueñan los agentes del caos. El propio Klaus Schwab lo señalaba en su libro homónimo: «Uno de los peligros más serios de la era postpandemia es la agitación social. En algunos casos extremos, podría acarrear la desintegración social y el colapso político. Se han publicado innumerables estudios, artículos y advertencias que han puesto de relieve este riesgo concreto basándose en la clara observación de que cuando los ciudadanos no tienen ni trabajo ni ingresos ni perspectivas de una vida mejor, a menudo recurren a la violencia».[10] Como el perro de Pávlov, el filántropo debió salivar mientras lo escribía.[11]

Esta advertencia tiene un olor nauseabundo, sobre todo ahora que sabemos hasta qué punto la pandemia sirvió para poner en marcha una operación psicológica a nivel mundial (seguramente la mayor de toda la historia por su extensión y magnitud). Las restricciones aprobadas para, en teoría, luchar contra la extensión de la enfermedad fueron las que catalizaron este proceso de desintegración social. Advertencia que, colocando en un nuevo lugar la ventana de Overton, nos presentaban los órganos propagandistas del estadounidense Consejo de Relaciones Exteriores el 19 de marzo de 2020, pocos días después de que la Organización Mundial de la Salud (OMS), financiada por los falsos filántropos,[12] decretara la emergencia pandémica: «Aquellos que se quedan sin esperanza, sin

empleo y sin activos podrían fácilmente volverse contra aquellos que están en mejor situación. Ya hay un 30 por ciento de norteamericanos que tienen patrimonio cero o negativo. Si aumenta el número de personas que salen de esta crisis sin dinero ni trabajo ni acceso a la atención médica, y si estas personas caen en la desesperación y la indignación, situaciones como la reciente fuga de presos en Italia o el saqueo que siguió al huracán Katrina en Nueva Orleans en 2005 podrían convertirse en habituales. Si los gobiernos han de recurrir al uso de fuerzas militares o paramilitares para sofocar, por ejemplo, disturbios o atentados contra la propiedad, las sociedades podrían comenzar a desintegrarse».[13]

Después de la pandemia, cuando todavía coleaba la operación psicológica y se había introducido el caballo de Troya del pasaporte digital global, embrión de la identidad digital para el futuro sistema de crédito social, llegó el siguiente paso: la crisis energética provocada por la ruptura de los puentes con Rusia, uno de los principales exportadores de hidrocarburos y de productos derivados de los mismos, que son imprescindibles para la vida moderna. Esos que ahora escasean y que, cuando se pueden conseguir, es a precios prohibitivos. El diario chino *Global Times* lo dejaba muy claro en un artículo en el que exponía cómo Europa se sumergía en una crisis más profunda en medio de una oleada de protestas: «Ahora es la crisis energética, y lo próximo será la crisis de seguridad, que causará el pánico entre la población».[14] Las protestas a las que hacía referencia el diario eran las diferentes manifestaciones contra la política de la OTAN, e incluso en oposición a la propia pertenencia, que se produjeron en las calles de París, Berlín y otras capitales europeas. Más allá del interés que pueda tener este periódico chino en minar la moral de la población de los países occidentales —lo cual es indudable—, nadie puede negar que las políticas de la Unión Europea, dirigidas a la esfera atlantista, están empeorando dificultades latentes y estructurales que se han ido gestando a lo largo de los últimos años. Y las decisiones que se adoptan, en lugar de solucionar y aliviar estos problemas, los acentúan, creando una especie de círculo vicioso.

Es evidente, por lo tanto, que estamos a las puertas de una ola de protestas que están ya gestándose, y que muchos piensan que tienen un carácter espontáneo resultado del hartazgo de buena parte de la población, que no está dispuesta a tragar sapos que les lanzan sus gobernantes y empleadores. Pero esta película ya la hemos visto muchas veces a lo largo de la historia, a través de movimientos que surgen con personas que, con más o menos razón, se levantan contra sus opresores. El problema es que esos movimientos son secuestrados prácticamente desde su inicio por la tela de araña que conforman organizaciones que, con la bandera de la defensa de la democracia, los derechos humanos, las libertades e incluso el patriotismo, utilizan estos conceptos para desactivar esta bomba que amenaza los cimientos del sistema. En España lo hemos visto recientemente con el nacimiento de Podemos, partido que aplastó con bota de hierro el movimiento 15M y el grupo Democracia Real Ya, para terminar dirigiendo una parte de la política del país, con una vicepresidencia a cargo de la propia Agenda 2030.[15] Pero no es el único caso, ha habido muchos otros en la historia reciente, también en Estados Unidos con el movimiento Qanon, dirigido por el estado profundo para provocar un falso asalto al Congreso que se saldó con la defenestración temporal de Trump y la desactivación de los disidentes, haciéndoles pasar por locos nacionalistas supremacistas. Una caricatura que sirvió para meter en un cajón un movimiento social muy relevante que amenazaba las bases del sistema y el poder de estas élites extractivas. Se ha demonizado a este colectivo usando mentiras, falacias, falsas verdades y mucha propaganda, ocultando que muchos de los que acudieron aquel 6 de enero al Congreso fueron condenados a pesar de no haber hecho nada más que asistir a una especie de teatro, en el que no sabían que estaban actuando, pero que estaba dirigido por los mismos que luego colocaron a Biden en el despacho oval.

Y aquí nos encontramos con otra realidad difícil de digerir: los movimientos populares están controlados por esas mismas élites contra las que en teoría se levantan. Parece un contrasentido, pero es la estrategia que siempre funciona. Un caso claro es el de los

grupos que se oponen a la globalización, situados a ambos lados del espectro político, y que son dirigidos desde las oficinas del Foro de Davos, los edificios de los servicios de inteligencia y, en los últimos tiempos, canalizados a través de las grandes tecnológicas mediante el uso de las redes sociales. La fabricación del consenso necesita una antítesis a toda tesis para llegar a la síntesis que conforma el pensamiento único sobre el que se edifica el sistema. La mayoría de la disidencia que aparece en los medios, los supuestos subversivos a los que se les da cancha en los telediarios, son una herramienta más de la estructura de poder, como sucede con los grupos que asaltan museos pidiendo el fin de los hidrocarburos por criterios medioambientales, organizaciones que rescatan migrantes de las aguas del mediterráneo o las ONG que se oponen al libre mercado, todos ellos financiados por las élites. La estrategia no se limita a la compra de favores de los políticos. Los supuestos filántropos controlan grandes fundaciones, supervisan y canalizan la financiación de numerosas organizaciones no gubernamentales y de la sociedad civil, que históricamente han estado involucradas en el movimiento de protesta contra el orden económico y social establecido. Magnates riegan con miles de millones de dólares a organizaciones anticapitalistas y ecologistas, lo cual parece absurdo, pero no lo es. Son sus creaciones.

Los mecanismos de construcción de disidencia requieren un entorno de manipulación, un proceso de presión y la sutil cooptación de los individuos dentro de las organizaciones. Considerando que los medios de comunicación fabrican el consenso (y el consentimiento), esta amplia y compleja red de organizaciones no gubernamentales (incluidos segmentos de medios alternativos) son utilizados por las élites corporativas para moldear y manipular los movimientos de protesta. Esto lo explica muy bien en sus libros y artículos el autor canadiense Michel Chossudovsky, economista que analiza este proceso de disidencia controlada del cual forma parte esencial el Foro Económico Mundial, donde se mezclan élites empresariales globalistas con supuestos progresistas escogidos a dedo, haciendo un ritual de selección que crea y mantiene el proceso. El truco consiste en seleccionar personalmente a los líderes de la sociedad

civil, aquellos en quienes «podemos confiar» e integrarlos en un «diálogo», apartarlos de sus bases, que se sientan que son «ciudadanos globales» que actúan en nombre de sus compañeros, pero a los que hacen actuar de una manera que sirva a los intereses del *establishment* y de las empresas.[16]

Ante la exposición de esta cruda realidad, es humano caer en el derrotismo y el miedo siguiendo el argumento de que, si los movimientos de oposición al sistema actual, a este régimen de las élites, están dirigidos por los mismos ingenieros sociales a los que queremos derrotar, pues entonces no merece la pena oponerse. Esta es la gran trampa en la que los agentes del caos quieren que caigamos. Para salir de ella volvemos a insistir en la necesidad del conocimiento: hay que conocer las estrategias de control para combatirlas o, en el peor de los casos, eludirlas. No estamos asistiendo al fin de la civilización, aunque sea cierto que en muchos aspectos se está produciendo un derrumbe del sistema, pero esto no implica que vayamos a convertirnos de la noche a la mañana en personajes de la película *Mad Max*. En esta gran operación psicológica que está siendo impulsada desde las alturas materiales y las profundidades morales hay un elemento que tiene un papel fundamental: la sensación de urgencia y emergencia constante. Nos quieren tener asustados, preocupados, estériles intelectualmente para así poder ceder a las élites la toma de decisiones.

Se trata del mayor proceso de este tipo que ha existido, porque tiene un alcance global, a través del cual se intenta formar una especie de conciencia de masa planetaria que permita avanzar en esta ola totalitaria y que tiene cuatro componentes fundamentales e inducidos: el aislamiento social, la falta de propósito (versión moderna de alienación), el descontento que genera ansiedad (una auténtica epidemia) y la frustración constante que alimenta las tendencias agresivas contra el disidente (cazar al enemigo). Estos ejes han sido estudiados desde hace décadas, e incluso siglos, por los teóricos de la ciencia política. Quizás el más famoso sea el francés Gustave Le Bon, que en su libro *La psicología de las masas* profundizó en las características de las multitudes humanas y puso el

acento en cómo las personas tienden a renunciar a la deliberación consciente a favor de la acción inconsciente de la masa. En el siglo XIX este autor advirtió de forma clarividente que si la sociedad no prestaba atención al aislamiento social y a la idea antirreligiosa de que la vida no tiene ningún propósito, terminaríamos en un estado como el que estamos experimentando en la actualidad, en el cual personas psicológicamente dañadas son las que están pastoreando al rebaño, que también ha sido castrado mentalmente.

Este mecanismo se ha comprobado de forma empírica en múltiples trabajos científicos basados en el trabajo seminal de Solomon Asch, psicólogo estadounidense de origen polaco, quien demostró en la década de los años cincuenta del pasado siglo la influencia de la presión del grupo en las opiniones individuales. Ha habido muchos otros, incluidos experimentos en los que se les pedía a los participantes que infligieran descargas eléctricas a una persona, cada vez más elevadas, como el realizado por Stanley Milgram, con el que ya no solo constató la cruda realidad de la actuación de rebaño, sino que se probaba que si una persona cree en la autoridad de otra, está dispuesta a hacer lo que sea obedeciendo órdenes que vayan contra su propia conciencia, incluso matar. En términos generales, aproximadamente solo una de cada cuatro personas, de media, está dispuesta a no seguir la corriente si piensa que no es lo adecuado. Una tercera parte está bajo el hechizo hipnótico de la masa y de los pastores que la guían, y casi la mitad simplemente se suma al pensamiento mayoritario sin plantearse nada; no quiere sobresalir y se adapta a lo que hay.[17] Criterio cero. Es decir, que los ingenieros sociales no necesitan ni siquiera obtener el apoyo expreso de la mayoría para impulsar sus agendas.

Incluso los más inteligentes se vuelven estúpidos cuando se trata de analizar un tema sobre el cual impera este pensamiento único. Y por ello no dudan en abrazar el totalitarismo, hasta el punto de que en ocasiones, cuando ellos mismos son los que sufren la persecución, llegan a sentir que deben ser perseguidos por su bien. El proceso psicológico del asesinato de la mente motiva que el pensamiento racional desaparezca, volviendo al afectado crédulo.

Pero no solo respecto de los mensajes de las élites que aspiran a gobernar las vidas de los demás, sino de los supuestos disidentes que nutren con barbaridades el debate para que así parezca que todo discrepante es un loco peligroso. Además, las personas que sufren esta castración se sienten cada vez más aisladas, lo cual es una paradoja porque siguen el rumbo de todos, pero ya han perdido la individualidad, carecen de significado y propósito vital, lo cual provoca ansiedad y otra serie de patologías que retroalimentan el proceso. Y es entonces cuando las grandes farmacéuticas, gobiernos y médicos les suministran pastillas de colores.

No caigamos tampoco en el error de considerar que para evitar el caos social es mejor permanecer pasivo, estableciendo una resistencia exclusivamente mental limitando el alcance de la figura del «emboscado» que expusimos en el capítulo introductorio. Las protestas civiles son una vía legítima y necesaria de expresar el descontento popular solo si se realizan de forma adecuada: primero hay que destapar a quienes las utilizan para sus propios fines, desenmascarar a sindicatos, ONG, partidos políticos, fundaciones y multinacionales que son parte esencial del problema, entidades e instituciones a las que hay que perseguir y denunciar públicamente. Y finalmente, además de la confrontación directa, no olvidemos que en muchas ocasiones la mejor manera de combatir al *establishment* liberticida es reforzando nuestros lazos afectivos, cuidando de los que menos tienen y ayudando a las personas que no son capaces de valerse por sí mismas, en el plano físico, pero también en el mental y espiritual. De esta forma lanzamos un misil en la línea de flotación de las estructuras diabólicas cuyo sueño húmedo es que dejemos de ser humanos. Jünger nos advirtió de ello: «De lo que aquí se trata es o de aullar con los lobos o de batallar contra ellos».[18] ¿Qué escoge usted?

---

[1] La cita se atribuye al periodista estadounidense Edward R. Murrow, aunque posiblemente su origen esté en la frase del filósofo francés Bertrand de Jouvenel: «Una sociedad de ovejas acabará por engendrar un gobierno de

lobos», mencionada en 1949 en *Reader's Digest* y después utilizada en periódicos norteamericanos.

[2] Pedro Baños, *El dominio mental: la geopolítica de la mente*, Ariel, Barcelona, 2020.

[3] Su conferencia se desarrollaba bajo una carpa, en el conocido formato «Demuéstrame que estoy equivocado», con el que animaba a los estudiantes a cuestionar sus planteamientos ideológicos en debates abiertos. Él mismo era consciente de que le podía ocurrir algo, y advirtió en varias ocasiones que sus críticos no dudarían en emplear la violencia para silenciarlo, a pesar de lo cual no dejó nunca de visitar campus universitarios, tomados en su mayoría por asociaciones de estudiantes de corte progre, incluso en instituciones conservadoras en las que los hijos de las élites juegan a ser de izquierdas.

[4] Tras las críticas en redes sociales, la cadena de televisión se vio obligada a publicar un comunicado de disculpa: https://x.com/MSNBCPR/status/1965913652671754280

[5] Ángel Vivas, «¿Puede haber una guerra civil en Estados Unidos?», *Nueva Revista*, 15 de abril de 2025.

[6] Entrevista emitida en formato audiovisual por el programa de televisión *Efecto Naím*, producido por Naím Media y NTN24. Publicada en formato digital en *Ethic* el 13 de septiembre de 2023 con el título: «Los que inician las guerras civiles son aquellos que fueron dominantes y están en declive».

[7] Jean-François Braunstein, *La religión woke*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2024.

[8] Eduardo Luque, «El amigo de mi enemigo es… Siria y el caos creativo», 4 de septiembre de 2016.

[9] «La banca internacional se prepara para una ola de disturbios sin precedentes en los países occidentales», *MPR21*, 19 de mayo de 2022.

[10] Klaus Schwab; Thierry Malleret, *COVID 19: The Great Reset…, op. cit.*

[11] Pávlov era fisiólogo y estudiaba la digestión en perros. Durante sus observaciones, notó que los animales no solo salivaban al ver la comida, sino también al escuchar los pasos del ayudante que se la llevaba. Eso lo llevó a investigar lo que hoy conocemos como condicionamiento clásico.

[12] Los mayores donantes privados de la OMS son la Fundación Bill y Melinda Gates y Gavi Vaccine Alliance.

[13] Branko Milanovic, «The Real Pandemic Danger Is Social Collapse», *Foreign Affairs*, 19 de marzo de 2020.

[14] «Europe engulfed in deeper crisis as new waves of protests unfold over rising energy cost, inflation», *Global Times*, 11 de octubre de 2022.

[15] Lorenzo Ramírez y César Vidal, «Spanish Experiment: creación de Podemos, secuestro del 15M y agenda globalista», Cesarvidal.tv, 18 de enero de 2025.

[16] Michel Chossudovsky, «Globalistas y élites controlan los movimientos populares», The Real Agenda/Rebelion.org, 5 de noviembre de 2010.

[17] En el caso concreto de la prueba de Asch, aproximadamente el 37 por ciento de los participantes cedió a la presión del grupo y dio respuestas incorrectas. Un 75 por ciento se conformó al menos una vez con la respuesta errónea de la mayoría. Y solo un 25 por ciento se mantuvo independiente durante todo el experimento. Los participantes debían identificar cuál de tres líneas era igual de larga que una línea de referencia. La respuesta correcta era obvia. El experimento muestra cómo la conformidad social puede llevar a una persona a negar la evidencia de sus propios sentidos. Además, se genera una especie de fractura artificial entre lo que uno percibe individualmente y lo que acepta públicamente por presión grupal. La prueba explica cómo se construyen consensos falsos, que luego pueden derivar en fracturas sociales mayores.

[18] Ernst Jünger, *La Emboscadura…*, *op. cit.*